MÜLLER

LITERATURA GRIEGA

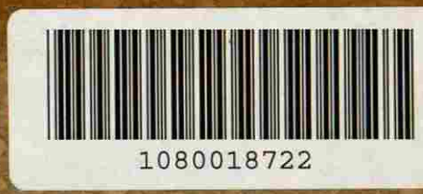
3

PA3057
.M8
v.3
1889

10004



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



HISTORIA

DE LA

LITERATURA GRIEGA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA D NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CARLOS OTFRIDO MÜLLER

HISTORIA

DE LA

LITERATURA GRIEGA

HASTA LA EPOCA DE ALEJANDRO

ANOTADA Y CONTINUADA

POR

EMILIO HEITZ

Profesor en la Universidad de Estrasburgo

TRADUCIDA DE LA CUARTA EDICIÓN ALEMANA

POR

RICARDO DE HINOJOSA

Doctor en Filosofía y Letras

CON UN PRÓLOGO

DEL

EXCMO. SR. D. ALFREDO ADOLFO CAMUS

Catedrático de Literatura Griega y Latina en la Universidad Central

—

TOMO III

—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ

Calle de Cedaceros, núm. 11

—

1889

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
46384

Es propiedad:
Queda hecho el depósito que previene la Ley.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
PA3057
.H8
v.3
1889
CAPILLA ALFONSINA
FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

CAPITULO XXXVII

Sócrates y la nueva educación ateniense.

En aquella parte de su *Política* que Aristóteles consagra á examinar la cuestión de cómo se originan ó evitan los cambios de las diversas formas de gobierno, presenta como el medio más eficaz para conservar y mantener una determinada organización política, el de educar á la juventud en ella y para ella. No es menos importante que esta observación, las indicaciones que la acompañan, relativas al olvido casi general en que en aquella época se tenía tan interesante máxima [1]), y que fué lo que más principalmente motivó la decadencia y desquiciamiento interior de los Estados de Grecia. Desde el momento en que fué irremediable el divorcio cada vez mayor entre las ideas y aspiraciones en que había sido educada la generación de entonces, y las convicciones políticas y religiosas que, estrechamente unidas, constituían la base de la vida política antigua, su ruina estaba asegurada, y el desarrollo nacional del helenismo, fundado en la diversidad de razas, llegaba á su fin. Entonces comenzó una época completamente nueva, cuyas diferencias respecto de la que acababa de transcurrir, estribaban no sólo en la completa transformación de las relaciones políticas hasta allí existentes, sino también y muy principalmente, en los cambios que sufriera la manera de pensar y el modo de ver las cosas del mundo y de la vida.

En Atenas hallamos las primeras manifestaciones de este cambio, inmediatamente después del siglo de Pericles. En medio de una fermentación general producida por las vicisitudes de la guerra y por la lucha cada vez más viva y enconada de los partidos, surge de repente un problema cuya solución había de lla-

[1]) *Política*, 5, 9, p. 1.310, a, 12: μέγιστον δὲ πάντων τῶν εἰρημένων πρὸς τὸ διαμένειν τὰς πολιτείας, οὗ νῦν ὀλιγωροῦσι πάντες, τὸ παιδεύεσθαι πρὸς τὰς πολιτείας.

010004

mar en alto grado la atención de los hombres pensadores de la época. El interés por tan grave problema despertado, no tan sólo se refleja en la comedia, sino que se muestra patente por largo tiempo en una parte considerable de la literatura; y bien se comprende que los hombres que más se interesaban por el mejoramiento de las costumbres, fueran también los que con más empeño se dedicaran al estudio de aquella cuestión. Tratábase nada menos que de introducir radicales cambios en el sistema de educación y de enseñanza á la sazon en boga: de plantear una reforma que, aunque había de poner término á un período tan ensalzado por el poeta, en que «los encantos de la poesía servían aún para realzar el brillo de la verdad», debe ser considerada como uno de los más importantes progresos que registra la historia de la civilización.

Mas antes de indicar en qué ha consistido este progreso y la lucha que hubo de sostener para conseguir el triunfo, parece conveniente que dirijamos una nueva mirada al pasado. Si recordamos cuáles eran los fines de la educación en los siglos anteriores, y los ramos á que la enseñanza de la juventud se hallaba limitada, nos será fácil formar idea exacta y juicio seguro, así del origen y gestación, como de la importancia de innovaciones que tan de repente alcanzaron completo predominio.

Si, sobre todo, intentáramos aplicar al sistema educativo en boga en Atenas durante la época de su mayor esplendor y poderío, el criterio y las ideas de hoy con todas sus más rigorosas exigencias, causaríannos seguramente cierta sorpresa, de una parte la esfera pequeña y limitada de aquellos conocimientos tenidos por tan vastos, y de otra, la casi total indiferencia y apatía del Estado, en cuestiones que se cuentan entre las más importantes y trascendentales de aquellas á que todo organismo político debe consagrar su atención. Por lo que á Atenas respecta, parece haberse limitado el cuidado del legislador, á proteger en lo posible á la juventud contra las seducciones y halagos que la amenazaban [1]). Mas, según parece, para ejercer el magisterio, tenido entonces en bien poca estima, no se exigían condiciones de ningún linaje. De un pasaje de Platon en que habla del asunto

[1]) Contribuyen á aclarar este punto las disposiciones legales citadas por Esquines en el discurso *Contra Timarco*, § 8—12, las cuales estaban encargados de hacer cumplir los σωφρονισταί y los ἐπιμεληταὶ τῶν ἐφήβων, raras veces nombrados.

sólo como de pasada y por accidente [1]), parece inferirse la existencia de una ley que obligaba á los padres á enseñar á sus hijos la música y la gimnasia, las cuales, según expresa en otro pasaje el mismo escritor [2]), formaban la base de aquel desarrollo armónico y uniforme de las facultades intelectuales y físicas, que los griegos consideraban como el último y más noble fin de todo sistema educativo. La agilidad y la fuerza corporal, de una parte, de otra el amor á la exactitud y la armonía representadas en el ritmo, y la sensibilidad para las bellezas de la forma en las obras poéticas y musicales: éstos, en unión de los conocimientos elementalísimos indispensables de leer, escribir y contar, eran los fines á que aspiraba la enseñanza. Las obras poéticas eran las que sobre todo despertaban y mantenían vivos los sentimientos moral y religioso, y hasta el mismo sentimiento nacional. Al lado de las pinturas de los héroes en ellas celebrados, á los cuales se presenta como prototipos de las más nobles virtudes, dábase capital importancia á pasajes de carácter esencialmente didáctico y moral [3]). Sobre todo entraba como factor importante de toda enseñanza, el hacer aprender de memoria al discípulo determinadas partes de las obras de los poetas [4]). Desde un principio, sin

[1]) *Criton*, p. 50, d: ἢ οὐ καλῶς προσέταττον ἡμῶν οἱ ἐπὶ τούτοις τεταγμένοι νόμοι, παραγγέλλοντες τῷ πατρὶ τῷ σῷ σε ἐν μουσικῇ καὶ γυμναστικῇ παιδεύειν. Es posible que Platon no tuviera presente en este pasaje otra ley sino la que disponía que los padres que no proporcionaran á sus hijos enseñanza alguna, perdieran todo derecho á la protección y apoyo de éstos en su vejez. Véase *República*, libro II, p. 376, e, y Vitruvio en el discurso preliminar al libro VI. Lo que Diodoro, 12, 12, pone en boca de Carondas: ἐνομοθέτησε γὰρ τῶν πολιτῶν τοὺς υἱεῖς ἅπαντας μανθάνειν γράμματα χορηγούσης τῆς πόλεως τοὺς μισθοὺς τοῖς διδασκάλοις, no tiene fundamento histórico alguno. Como á menudo ha sucedido con Licurgo, algún escritor político ha atribuído á Carondas la idea de establecer la enseñanza por el Estado, insistentemente pedida ya por Platon y Aristóteles.

[2]) *República*, 4, p. 441, e: κρᾶσις μουσικῆς καὶ γυμναστικῆς. Véanse también los versos 728 y 729 de las *Ranas* de Aristófanes:

ἄνδρας ὄντας καὶ δικαίους, καὶ καλοὺς τε κἀγαθούς,
καὶ τραφέντας ἐν παλαίστραις καὶ χοροῖς καὶ μουσικῇ.

[3]) Platon, *Protágoras*, p. 325, e: παρατίθεσιν αὐτοῖς ἐπὶ τῶν βάθρων ἀναγιγνώσκειν ποιητῶν ἀγαθῶν ποιήματα καὶ ἐκμανθάνειν ἀναγκάζουσιν, ἐν οἷς πολλαὶ μὲν νουθετήσεις ἔνεισι, πολλαὶ δὲ διέξοδοι καὶ ἔπαινοι καὶ ἐγκώμια παλαιῶν ἀνδρῶν ἀγαθῶν, ἵνα ὁ παῖς ζηλῶν μίμηται καὶ ὀρέγηται τοιοῦτος γίγνεσθαι.

[4]) Además de los pasajes antes citados, deben verse el § 43 de la exhortación de Isócrates *A Nicocles*, y el § 135 del discurso de Esquines *Contra Ctesifon*. Como ya hemos observado en el tomo I, pág. 195, la colección de sentencias de Teognis

embargo, la verdadera fuente y el punto de partida de la educación, lo mismo de las generaciones antiguas que de las posteriores, fueron las obras de Homero. Así pues, muy bien podía decir el filósofo Jenófanes, que todo ciudadano estaba familiarizado desde la infancia con las obras del gran poeta [1]), de cuya difusión cuidaron con gran esmero, especialmente en Atenas, Solon y los Pisistrátidas [2]). Las impresiones sentidas en la niñez, eran reanimadas sin cesar por las declamaciones de los rápsodas; y fácilmente se comprende que con tan constante comunicación con Homero, habían de grabarse de una manera indeleble en el ánimo de los griegos, las opiniones por él emitidas, sus ideas sobre las cosas divinas y humanas. No sólo los asuntos de sus poemas pasaban por indiscutiblemente verdaderos, sino que la exactitud de todos sus pormenores estaba por encima de toda duda; y llegó á ser tal la fe en la infalibilidad de Homero, que el conocimiento completo de sus obras era considerado como la mejor instrucción y como la escuela más excelente para la vida práctica [3]). Aunque en el *Banquete* de Jenofonte, Nicerato refiere cómo su padre, al querer desarrollar y educar sus facultades y aptitudes, no halló otro medio mejor que el de obligarle á aprender de memoria toda la *Iliada* y toda la *Odisea* [4]), es evidente que el autor no cita este ejemplo, sino para censurar un sistema anticuado ya y demostrar la necesidad de sustituirlo por otro mejor. Es de todas suertes digno de nota que Jenofonte encontrara en aquel tiempo defensores, cuando de otra parte, aquellos á quienes Platon llama «panegiristas de Homero» [5]), tenían perfecta razon al ensalzar al gran poeta como maestro de la Hélade.

---

que hoy conocemos, debió su origen, según todas las probabilidades, al propósito de reunir una serie de trozos escogidos con destino á la enseñanza.

[1]) Véanse sus palabras en Dracon, *De metris*, p. 33: ἐξ ἀρχῆς καϑ' Ὅμηρον ἐπεὶ μεμαϑήκασι πάντες. Sin embargo de que se refería á una época muy anterior, es perfectamente aplicable á todas las posteriores, lo que Heráclito dice en las *Alleg. Homer.*, c. 1: εὐϑὺς γὰρ ἐκ πρώτης ἡλικίας τὰ νήπια τῶν ἀρτιμαϑῶν παίδων διδασκαλίᾳ παρ' ἐκείνῳ τιτϑεύεται καὶ μονονοὺ ἐνεσπαργανωμένοις τοῖς ἔπεσιν αὐτοῦ καϑαπερεὶ ποτίμῳ γάλακτι τὰς ψυχὰς ἐπάρδομεν.

[2]) Véase el tomo I, pág. 106.

[3]) Bajo este aspecto, es muy interesante lo que Aristófanes, *Ranas*, versos 1.033 y ss. pone en boca de Esquilo.

[4]) Cap. III, § 5.

[5]) *República*, 10, p. 606, e: οὐκοῦν ὅταν Ὁμήρου ἐπαινέταις ἐντύχῃς λέγουσιν ὡς τὴν Ἑλλάδα πεπαίδευκεν οὗτος ὁ ποιητής.

Haber tenido un maestro como Homero, era para la Grecia entera, según un conocido dicho de Alejandro, una suerte no menos estimable que la de haber sido patria de Aquíles, el cual halló en el gran poeta digno heraldo de sus hazañas. Mas á medida que el pueblo griego avanzaba en su desenvolvimiento intelectual, y que, ensanchando la esfera de los nuevos conocimientos desarrollaba también su penetración extraordinaria, tomaban necesariamente mayor vuelo las ideas pregonadas y enaltecidas por los poemas homéricos. La ingenuidad y el candor con que por largo tiempo se había estudiado á Homero y á los demás poetas, disipose desde el momento en que se comenzó á consagrar atención marcada á la investigación de las causas originarias de las cosas y fenómenos de la vida, ó en que se principió á estudiar seriamente los problemas morales y religiosos. Esta circunstancia explica la oposición en que desde un principio se hallaron los más antiguos filósofos de la Grecia, respecto de los poetas [1]). La guerra hecha por Platon á la poesía y á los males por ella causados, es pura y simplemente la continuación de la lucha comenzada ya por Jenófanes, Heráclito y Parménides.

Los ensayos que hallamos, por cierto en época relativamente remota, de acudir en ayuda del amenazado prestigio de los poetas, apelando á la interpretación alegórica, prueban que los ataques contra ellos dirigidos no dejaron de hallar eco en el gran público [2]). Por lo demás, el éxito de estos medios no podía ser muy eficaz, desde el momento en que su empleo acusaba implícitamente el reconocimiento de que tales censuras eran justificadas [3]).

Las noticias que la antigüedad nos ha trasmitido son, por des-

---

[1]) Véase el tomo II, pág. 13.

[2]) De tales ensayos hablan Jenofonte en el *Banquete*, 3, 6, y Platon en la *República*, 2, p. 378, d. En el último de estos pasajes se hace resaltar cómo la juventud de entonces no se hallaba en condiciones de poder distinguir lo que necesitaba ser interpretado por la alegoría, de lo que no lo necesitaba. Ὑπονοία era la expresión usada en lugar de ἀλληγορία, que se empleó después. Véase Plutarco, *De aud. poet.*, p. 19, e, y el cap. XXIX, pág. 289, nota 2 del tomo II. En parte, los cargos que Platon hace á Antistenes, parecen fundarse en lo que dice Dion Crisóstomo, *Or.*, 53, 276: ὁ δὲ λόγος οὗτος Ἀντισϑένους ἐστὶ πρότερον ὅτι τὰ μὲν δόξῃ τὰ δὲ ἀληϑείᾳ εἴρηται τῷ ποιητῇ.

[3]) Las palabras que Platon, *República*, 10, p. 595, d, pone en boca de Sócrates: ῥητέον, ἦν δ' ἐγώ, καίτοι φιλία γέ τίς με καὶ αἰδὼς ἐκ παιδὸς ἔχουσα περὶ Ὁμήρου ἀποκωλύει λέγειν, demuestran cómo estas censuras eran tímidas y vacilantes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gracia, demasiado deficientes, para que con ellas podamos dar minuciosa cuenta de cómo se produjo y propagó aquel libre vuelo de la inteligencia, que en tiempo relativamente breve originó tan completo cambio en las ideas y aspiraciones de los griegos. Todos los indicios, sin embargo, inducen á creer que este movimiento tiene su origen allí donde el desarrollo intelectual fué siempre más rápido y poderoso, esto es, en las colonias orientales y occidentales de Grecia [1]).

Mas este nuevo progreso no adquirió verdadera importancia hasta el momento en que consiguió penetrar en Atenas. Si desde la terminación de la guerra con los persas, y más aún desde los comienzos del ciclo de Pericles, Atenas fué entre los helenos el centro de toda vida intelectual, el lugar donde ésta alcanzó su completo desarrollo, no se debió ciertamente al apresuramiento con que acogía toda nueva idea, todo pensamiento fecundo, para desenvolverlo de una manera gradual hasta llevarlo á completa madurez [2]). Pero en cambio todos los gérmenes y ensayos que habían prosperado en otras partes, alcanzaron su mayor y espontáneo florecimiento y su verdadero valor en Atenas. No sucedió de otra suerte con la poesía dramática y la oratoria, y otro tanto puede decirse de la filosofía, la cual adquirió por vez primera entre los atenienses las cualidades que la han distinguido en las edades posteriores, á saber: la fuerza y la elevación de miras que han hecho de ella el primer factor de toda cultura intelectual.

Según una noticia, sobre cuya autenticidad caben fundadas dudas, Pitágoras debió ser el primero que recabó para sí el nombre de filósofo [3]). Si prescindimos de este testimonio, el primer empleo de aquella palabra lo encontramos en Heródoto y en Tucídides [4]). Ciertamente no hay que mirar como simple casualidad

---

[1]) Si tuviéramos noticias más completas que las que poseemos, respecto del origen y verdadera época en que fueron compuestas las obras que hasta nosotros han llegado con el nombre de Hipócrates, de muchas de ellas podríamos sacar interesantísimas deducciones acerca del modo cómo, á consecuencia de ciertas investigaciones científicas, han sido combatidas y desechadas muchas tradicionales preocupaciones. Esta misma consideración conviene perfectamente á las teorías de Demócrito.

[2]) Tal es lo que Tucídides, 2, 39, pone en boca de Pericles: οὐκ ἔστιν ὅτι ξενηλασίαις ἀπείργομέν τινα ἢ μαθήματος ἢ θεάματος.

[3]) Diógenes Laercio, 1, 12, Ciceron, *Disput. Tuscul.*, 5, 3, y Quintiliano, *Instit. Orat.*, 12, 1, 19.

[4]) En Heródoto, 1, 30, es Creso quien dice de Solon: ὡς φιλοσοφέων γῆν πολλὴν

la circunstancia de que hallemos empleada en ambos historiadores la nueva denominación, para ensalzar una cualidad del carácter ateniense, á saber: la aspiración constante á ampliar todo lo posible la esfera del propio saber, desarrollar las facultades intelectuales y darse cuenta exacta de las cosas. La existencia de esta cualidad en el carácter de los hijos de Atenas está en relación estrecha con la viveza de su imaginación, con sus dotes ya por naturaleza brillantes, y desarrolladas aún más gracias á su activo comercio con otros pueblos, y, finalmente, con su amor, ya notado por Platon [1]), á la comunicación oral de ideas y pensamientos, que contrastaba con la concisión y reserva espartanas. El íntimo consorcio de estas cualidades no sólo produjo en los atenienses una afición mayor á todo lo nuevo, sino que también despertó en ellos el deseo de emanciparse de lo puramente tradicional, ó por lo menos de someter al examen de la crítica lo que no tenía otro fundamento que la mera tradición. En este libre rumbo, así del pensamiento como de la voluntad, unido al deseo de no limitarse al mero examen de los hechos, sino de intentar además conocer las relaciones entre las causas y los efectos, es donde está la esencia de lo que en la antigüedad se entendió bajo el nombre de Filosofía, y de lo que en el fondo no es otra cosa que la aspiración á elevarse, desde el estrecho círculo de ideas basadas en tradiciones de pasadas épocas, al mundo del raciocinio.

Claro es que necesitó mucho tiempo para conseguir aquel fin; con tanto más motivo cuanto que no habían faltado ensayos de oponer viva resistencia al ardiente anhelo de luz y de cultura; mas cuando surgieron ingenios que, como Pericles por ejemplo, alentaron tales aspiraciones [2]), favorecidas éstas al propio tiempo por diversas circunstancias, no tardaron en vencer y prosperar. Para evidenciar cómo semejante transformación se operó en plazo relativamente breve, no hay sino comparar las tragedias de Eurípides con las de sus predecesores. El nuevo espíritu de la época revélase ya de una manera clara en las obras del primero de aquellos poetas, quien contribuyó poderosamente á propagar-

---

θεωρίης εἵνεκεν ἐπελήλυθας. Una cosa parecida dice Tucídides, 2, 40, de los atenienses: φιλοκαλοῦμεν γὰρ μετ' εὐτελείας καὶ φιλοσοφοῦμεν ἄνευ μαλακίας.

[1]) *Leyes*, 1, p. 641, e: τὴν πόλιν ἅπαντες ἡμῶν Ἕλληνες ὑπολαμβάνουσιν ὡς φιλόλογος τέ ἐστι καὶ πολυλόγος.

[2]) Plutarco, *Pericles*, cap. IV.

lo entre sus contemporáneos. Por otra parte, la predilección que por sus escritos mostraron las generaciones posteriores, tiene sus principales raíces en la conformidad que existe entre sus ideas y las imperantes entre estas generaciones.

Pero fué aún más decisiva, por ser también más inmediata, la influencia ejercida por los sofistas en la propagación de opiniones y tendencias completamente diversas de las que antes prosperaran. Ya el mismo nombre con que se les designa indica por sí solo el propósito de trabajar constantemente por la consecución de un grado de cultura mayor del alcanzado hasta entonces. Aun cuando fuera cierto, como su más enconado enemigo ha dicho [1]) que, considerada en sus fundamentos, la ciencia enseñada por ellos no se diferenció en nada de la que ya poseía la multitud que los admiraba, el papel que desempeñaron en el desarrollo de la cultura de su tiempo, es de todas suertes por extremo importante y fecundo. Bajo más de un aspecto cabe compararlos con los llamados humanistas, pues tanto unos como otros marcharon siempre á la cabeza del progreso intelectual de su época. Mas tan difícil como es negar su celo por la propagación y desarrollo de la cultura, es desconocer la parcialidad y verdadera significación de sus esfuerzos: pues que no sólo consagraban casi exclusivamente sus desvelos á la cultura meramente formal, sino que á todas luces exageraron el verdadero valor de la misma. Bien mirado, ésta y no otra fué la causa de que así el florecimiento de los sofistas como el prestigio de los humanistas, fuera efímero y pasajero. Tan vivo como fué el entusiasmo que despertó la primera aparición de unos y otros, tan rápido fué también su desvanecimiento, para ceder el puesto, en plazo relativamente breve, á un desdén más ó menos pronunciado.

No es mi propósito, aunque sería tarea fácil, proseguir semejante paralelo, para poner de relieve otros muchos puntos de analogía que median entre los sofistas y los representantes del humanismo; con tanto más motivo cuanto que no parecería bien volver de nuevo á este asunto, después de lo que ya se ha dicho sobre los sofistas en capítulos anteriores. No sería, sin embargo, fuera de sazon, consignar aquí algunas observaciones acerca de

[1]) Platon, *República*, 6, p. 493, a: ἕκαστος τῶν μισθαρνούντων ἰδιωτῶν, οὓς δὴ οὗτοι σοφιστὰς καλοῦσι καὶ ἀντιτέχνους ἡγοῦνται, μὴ ἄλλα παιδεύειν ἢ ταῦτα τὰ τῶν πολλῶν δόγματα, ἃ δοξάζουσιν ὅταν ἀθροισθῶσιν.

los repetidos ensayos hechos más modernamente para mejorar la opinión que de ellos se tiene formada. Aunque las pinturas que Platon hace del sistema y procedimientos de los sofistas, las cuales muestran estar destinadas á proseguir la guerra contra ellos comenzada por Sócrates, no siempre parezcan completamente imparciales y libres de todo espíritu de partido, sólo puede ponérseles esta tacha en puntos perfectamente secundarios, y de ninguna suerte en lo fundamental. Por otra parte, no se puede conceder una importancia decisiva al hecho de que á menudo no se haya establecido diferencia alguna entre las tendencias de los sofistas y las de Sócrates, como tampoco á la circunstancia de que en cuestiones determinadas y concretas, no sea fácil trazar la línea divisoria que separa y distingue al uno de los otros. La razon de esto debe buscarse única y exclusivamente en el doble significado de la palabra sofista, el cual hace que no pueda sostenerse que la aplicación de ella á Sócrates, por un orador posterior, lleve necesariamente envuelto el propósito de adjudicarle un calificativo deshonroso [1]). Pero aun prescindiendo de lo que en realidad constituye el fundamento del significado desfavorable de la palabra sofista, tanto menos motivo hay para poner en tela de juicio lo justificado de las censuras lanzadas contra los que se apropiaron este nombre, cuanto que la razon de ellas está en que engañaban al auditorio asegurando estar en posesión de lo que en realidad carecían. Como Aristóteles, no menos categóricamente que Platon, ha sostenido, la ciencia de los sofistas era sólo aparente [2]). En todo caso, sus esfuerzos carecían de idealidad y alteza de miras; pues cuando no eran resultado del egoísmo y del interés personal, no iban á otra cosa enderezados que á alcanzar un éxito. Pero aún más daño que con este proceder, hicieron indudablemente con su filosofía, la cual no era en su mayor parte más que mero excepticismo, no circunscrito por cierto á simples hipótesis, sino aplicado indistintamente á todas las cosas.

[1]) Así lo ha indicado Esquines en el discurso *Contra Timarco*, § 173. De igual suerte se llama sofistas á los filósofos, en la ley de Sófocles del año 307: Polux, 9, 42.

[2]) *Metafísica*, 3, 2, p. 1.004 b, 18: ἡ γὰρ σοφιστικὴ φαινομένη μόνον σοφία ἐστίν. *De Soph. el.* cap. XI, p. 171, b, 27: ἡ γὰρ σοφιστικὴ ἐστιν, ὥσπερ εἴπομεν, (y lo mismo en el cap. I, p. 165, a, 21): χρηματιστική τις ἀπὸ σοφίας φαινομένης, διὸ φαινομένης ἀποδείξεως... καὶ γὰρ ἡ σοφιστικὴ ἐστι φαινομένη σοφία τις ἀλλ' οὐκ οὖσα y en otros pasajes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estas consideraciones no impiden en manera alguna reconocer y proclamar, con los males acarreados por los sofistas, los bienes por los mismos producidos. Gran beneficio fué, y ciertamente el mayor que hay que agradecerles, el de que rompiendo los límites por extremo estrechos en que se hallaban encerradas la civilización y la cultura de su época, enderezaran sus esfuerzos á propagar la enseñanza, hasta entonces completamente abandonada, para abrirle nuevos y dilatados horizontes. Los sofistas fueron los primeros en difundir los conocimientos cuya suma designamos nosotros con el nombre de enseñanza superior; y por más que sus esfuerzos en este punto fueran deficientes y que á menudo incurrieran en errores, en manera alguna puede regateárseles el mérito de haber sido los que abrieron tan fecundo camino.

El ejemplo dado por ellos hizo prosélitos tanto más rápidos, cuanto que su proceder había respondido á una verdadera necesidad. En plazo relativamente breve, la enseñanza y la educación adquirieron una importancia infinitamente mayor que la que hasta entonces habían tenido; y muchos ingenios sobresalientes encontraron en el magisterio una misión tan honrosa como influyente. Mientras tal ejercicio les servía como compensación de la actividad práctica á que no podían consagrarse, realizóse en menos de un siglo aquella gran transformación gracias á la cual Atenas vino siendo durante casi mil años, el principal centro de la cultura que las escuelas de los retóricos y filósofos estaban llamadas á propagar.

No puede negarse que los sofistas fueron los iniciadores del gran impulso dado á la enseñanza, y que ciertamente no sólo es este su mayor mérito, sino que es el único que les ha sobrevivido. Por lo demás, analizados sus esfuerzos y tendencias, no sólo se ve que, más ó menos directamente, todos iban encaminados al mismo fin, sino que en ellos se encuentran los comienzos de un progreso que, con el transcurso del tiempo, hubo de conducir á la creación de institutos cuya analogía con nuestros actuales centros de enseñanza superior, no es posible negar.

Entre todos los ramos del saber á que más ó menos directamente enderezaron su actividad—y apenas si existe alguno á que ésta no se extendiera—la Retórica fué, sin duda, no sólo la en que mejores éxitos alcanzaron, sino también la en que ejercieron más duradera influencia. El elogio dedicado á Gorgias por el nieto de su hermana, proclamándole inventor del arte que es entre todos el más á propósito para desarrollar las facultades intelectuales [1]), si, atendida su procedencia, puede ser tachado de parcial, no es, sin embargo, ni inmerecido ni injusto. Si en punto al valor de la Retórica cabe diversidad de opiniones, no puede en cambio desconocerse ni su importancia como elemento de cultura, ni el extraordinario influjo que posteriormente ha conservado. Es de igual suerte un hecho innegable, que á despecho de todas las consideraciones formuladas por Platon y los ensayos de Aristóteles para dar á la Retórica una base científica, el carácter que la imprimieron los sofistas es el que, en general, ha seguido imperando en ella. El desenvolvimiento de la prosa griega se completó y perfeccionó, sobre todo, bajo el influjo de las reglas por ellos establecidas; y al mismo tiempo que colocaban los cimientos de un arte de la palabra cultivado con maravillosa delicadeza, consagrábanse, persiguiendo por supuesto fines prácticos, á atentas investigaciones sobre la estructura del lenguaje, merced á las cuales el estudio de la Gramática pudo figurar en el número de las disciplinas que á la sazon eran asunto de enseñanza [2]).

En esta tendencia constante á la cultura meramente formal, había un peligro manifiesto. En un hombre como Gorgias, el peligro estaba en el exagerado aprecio del arte por él enseñado; pero era mucho mayor el que ofrecían aquellos que—tal sucedió con un gran número de sofistas—recibieron dicho arte estrechamente unido con tendencias ya por sí mismas dignas de acre censura. Sin entrar á examinar ahora la cuestión de si los sofistas son sólo responsables de los males que Tucídides señala en un pasaje muy conocido,—sobre todo al observar cómo cambiaron completamente el significado de palabras usuales y corrientes [3])—consignaremos que por lo menos su aparición contribuyó de una manera eficaz á alentar las malas pasiones. El premio relativamente fácil que ofrecían á la ambición; sus ataques contra ideas y costumbres tradicionales; el modo y manera cómo iban éstos enderezados á favorecer ideas puramente subjetivas enfrente del mérito protegido por las leyes del Estado: todo esto po-

[1]) Véase el cap. XXXII, nota 5, pág. 332 del tomo II.

[2]) Son muy de tener en cuenta sus investigaciones sobre la ὀρθοεπεία y la ὀρθότης ὀνομάτων.

[3]) Libro III, 82, 4: καὶ τὴν εἰωθυῖαν ἀξίωσιν τῶν ὀνομάτων ἐς τὰ ἔργα ἀντήλλαξαν τῶν ὀνομάτων.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

día naturalmente aumentar la perplejidad y la duda que ya reinaban en los espíritus, y engendrar una situación de esas que suelen acompañar, retardándolo, al comienzo de todo progreso.

Debería ser considerado como uno de los hechos más inexplicables y dignos de nota, el de que el poeta Aristófanes, en aquella de sus obras en que más especialmente se ocupa en la aparición y procedimientos de los sofistas y en que con más negras tintas los retrata, intente hacer responsable de las teorías malsanas por ellos difundidas, al hombre á quien, lejos de esto, estamos acostumbrados á considerar como el enemigo más enconado de aquellos oradores, si la experiencia no demostrase que aún allí donde con más empeño los combate, la diferencia entre sus teorías y las sofísticas es escasa. Sin embargo, aun debiéramos tenernos por dichosos, si fuera éste el único punto oscuro relacionado con el proceder de un hombre, cuya personalidad es quizá la más sobresaliente entre cuantas desempeñaron algún papel importante en la Grecia antigua: pues que no sólo ejerció sobre una buena parte de sus contemporáneos increible atracción, sino que ha vivido en la memoria de las generaciones posteriores, como ejemplo de las más nobles virtudes.

No es, ciertamente, la menor prueba que puede darse de la importancia de Sócrates, la consideración de que, sin embargo de que jamás intentó consignar en escrito alguno sus doctrinas [1]), es imposible omitir su nombre en una Historia de la Literatura Griega. La influencia por él ejercida, se manifiesta de diversas maneras. Mientras por una parte la descripción de su persona, de su carácter, de sus doctrinas y de sus virtudes, no por haber sido innumerables veces repetida, dejaba de ser siempre asunto nuevo é inagotable, por otra, del estilo que por ser suyo se denominaba socrático, nacía la forma artística del diálogo filosófico. A esto hay que añadir, además, la impresión profunda que dejó en los espíritus y el impulso por él dado á la cultura de la Grecia: impulso cuyo poder y eficacia no han podido expresar mejor los antiguos, que remontando hasta él el origen del desenvolvimiento filosófico en épocas posteriores.

---

[1]) Dicho se está que no merecerían tenerse en cuenta en este caso los ensayos poéticos de que habla Diógenes Laercio, aun cuando su autenticidad estuviese mejor demostrada que lo está hoy. Lo mismo podemos decir de las supuestas cartas de Sócrates.

Como es natural, ya para los mismos antiguos fué tema de discusión amplia, el intento de determinar en qué estribaba, en definitiva, la gran importancia y significación de Sócrates, y en qué consistía la verdadera esencia de su actividad intelectual. Puede considerarse como un ensayo de solución de este problema, el conocido aserto de Ciceron, de que Sócrates fué quien hizo bajar la Filosofía del cielo á la tierra, y el que la obligó á disputar sobre la vida y las costumbres, las cosas buenas y malas [1]). Al lado de esta apreciación de lo que Sócrates hizo y de lo que con ello se proponía, merece quizá colocarse otra que, si bien revela claramente la intención de invocar en apoyo de las propias opiniones las de aquél á quien la Pythia había proclamado el más sabio entre todos los griegos, confirma el juicio que anteriormente dejamos consignado: como dice uno de los escritores cristianos más antiguos, Justino el Mártir, Sócrates fué el que sustituyó á la creencia en las divinidades Olímpicas, basada en Homero y los demás poetas, la fe en el verdadero Dios [2]).

Créase lo que se quiera sobre la exactitud de esta opinión, es de todas suertes cierto que, gracias á Sócrates, lo mismo en su época que en las sucesivas, las cuestiones éticas y las religiosas fueron las que despertaron mayor interés. La manera cómo consiguió esto, es absolutamente original. Difícil es determinar si la influencia que Sócrates ejerció, estribaba más en la índole y esencia de sus doctrinas, que en la perfecta armonía existente entre sus teorías y consejos y su manera de obrar. No obstante lo mucho que sobre Sócrates se ha escrito, aun permanecen en la oscuridad numerosos pormenores que desearíamos conocer. ¿Cómo el hijo del escultor Sofronisco y de la partera Fenarete—ambos

---

[1]) *Tuscul. disput.*, 5, 4, 10: *Socrates autem primus philosophiam devocavit e cælo et in urbibus collocavit et cœgit de vita et moribus rebusque bonis et malis quærere.* En términos más sencillos ha dicho lo mismo Aristóteles. *De part. anim.*, 1, 1 p. 642, a, 28: ἐπὶ Σωκράτους τοῦτο μὲν ἠύξήθη, τὸ δὲ ζητεῖν τὰ περὶ φύσεως ἔληξε, πρὸς δὲ τὴν χρησιμὸν ἀρετὴν καὶ τὴν πολιτικὴν ἀπέκλιναν οἱ φιλοσοφήσαντες.

[2]) *Apolog.*, II, 10: ὁ πάντων δὲ αὐτῶν εὐτονώτερος πρὸς ταῦτα γενόμενος Σωκράτης τὰ αὐτὰ ἡμῖν ἐνεκλήθη· καὶ γὰρ ἔφασαν αὐτὸν καινὰ δαιμόνια εἰσφέρειν, καὶ οὓς ἡ πόλις νομίζει θεοὺς μὴ ἡγεῖσθαι αὐτόν. Ὁ δὲδαίμονας μὲν τοὺς φαύλους καὶ τοὺς πράξαντας ἃ ἔφασαν οἱ ποιηταί, ἐκβαλὼν τῆς πολιτείας καὶ Ὅμηρον καὶ τοὺς ἄλλους ποιητάς, παραιτεῖσθαι τοὺς ἀνθρώπους ἐδίδαξε, πρὸς θεοῦ δὲ τοῦ ἀγνώστου αὐτοῖς διὰ λόγου ζητήσεως ἐπίγνωσιν προὐτρέπετο εἰπών (Platon, *Timeo*, p. 28, c.) τὸν δὲ πατέρα καὶ δημιουργὸν πάντων οὐδ' εὑρεῖν ῥᾴδιον, οὐδ' εὑρόντα εἰς πάντας εἰπεῖν ἀσφαλές.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

nombres, si no estuvieran basados en una tradición perfectamente cierta y segura, podrían muy bien despertar la sospecha de que habían sido inventados en época posterior para indicar la futura grandeza de Sócrates—pudo, no sólo cautivar en tan alto grado la atención de sus contemporáneos, sino atraerse á hombres cuya posición social era muy superior á la suya? Lo que sabemos respecto de su educación, no da á esta pregunta contestación satisfactoria; y aun la mayoría de los pormenores que sobre este particular nos transmiten escritores posteriores, parece descansar en meras invenciones [1]). Indudablemente merecen más crédito las alusiones que á menudo hallamos á su profundo conocimiento de las obras literarias [2]); y no parece menos creible que, durante su permanencia en Atenas—la cual sólo abandonó para cumplir en el Ejército sus deberes de ciudadano—mantuvo estrechas relaciones de amistad con gran número de hombres notables. Las extraordinarias energía é independencia de su carácter, excluyen enteramente la idea de que Sócrates tuviera que agradecer otra cosa á ajena influencia, que el simple estímulo y materia para la propia meditación. Ante todo, el espectáculo de lo que él mismo había tenido ocasión de observar en Atenas, no podía dejar de ejercer en su alma el consiguiente influjo. Ahora bien, como se necesitaba una vida intelectual tan activa y variada cual era la de Atenas en el ciclo de Pericles, para que pudiera producirse una personalidad como la suya, difícilmente podríamos comprender bien el carácter y la significación de Sócrates, si quisiéramos estudiar uno y otro abstrayendo la figura del gran sabio, de la vida y cultura del pueblo ateniense en aquella época. En otra parte cualquiera, considerado como un ente raro y original, sus doctrinas sólo habrían despertado una atención pasajera y efímera. Gracias únicamente á que Sócrates vivió siempre en Atenas, su influencia fué duradera; al paso que la de la mayoría de los sofistas, merced sobre todo á sus constantes cambios de morada

[1]) Este juicio es sobre todo aplicable á lo que se ha dicho acerca de la enseñanza que recibió de Anaxágoras ó de su discípulo Arquelao. Es indudablemente inventada la noticia trasmitida por el escoliasta de las *Nubes* de Aristófanes, verso 828, de que fué discípulo de Diágoras el Ateo.

[2]) Especialmente en Jenofonte, *Memorias de Sócrates*, I, 6, 14: καὶ τοὺς θησαυροὺς τῶν πάλαι σοφῶν ἀνδρῶν,, οὓς ἐκεῖνοι κατέλιπον ἐν βιβλίοις γράψαντες, ἀνελίττων κοινῇ σὺν τοῖς φίλοις διέρχομαι, καὶ ἄν τι ὁρῶμεν ἀγαθόν, ἐκλεγόμεθα καὶ μέγα νομίζομεν κέρδος, ἐὰν ἀλλήλοις ὠφέλιμοι γιγνώμεθα.

tan á menudo censurados por Platon, fué por extremo fugaz. No puede dudarse, sin embargo, que Sócrates, á pesar de todo aquello que hacía ver en él un personaje extraño y de no ajustarse por ende á la idea que nosotros acostumbramos formar del ciudadano griego, era un verdadero ateniense.

Para comprender bien el hecho, ya apuntado, de que Sócrates hallara muchos partidarios no sólo en la clase social á que pertenecía, sino también entre hombres que, bien por razon del nacimiento, bien por razon de las riquezas, eran muy superiores á él, bastará con recordar lo que ya se ha dicho sobre la mayor libertad en el trato social y la menor importancia que en Atenas se iba dando á la diferencia de clases. El secreto de lo que se ha llamado arte de partear inteligencias, de Sócrates [1]), para cuyo ejercicio no desperdiciaba ocasión alguna, en la plaza pública, en los gimnasios, en el mercado, en los talleres, en el trato privado y personal, sólo puede ser explicado suficientemente mediante un examen detenido de su carácter y la comprensión clara y concreta de sus ideas nobles y elevadas, las cuales levantaron el nivel así moral como intelectual de sus conciudadanos. Es difícil determinar hasta qué punto contribuyó esto á prestarle una especie de consagración, y á despertar la creencia de que estaba en relación directa con la divinidad. Con las instrucciones que, como el mismo Platon indica á menudo, recibía de ella directamente, tiene estrechas conexiones, aquella revelación secreta á que sus discípulos llamaban su *dæmonium*. Es muy de notar que ni Jenofonte ni Platon estimaran necesario extenderse sobre este punto, y que donde han tenido ocasión de tratarlo, lo han hecho como si hablaran de cosa sabida y corriente. Ahora bien, aludan estas instrucciones, como algunos han sostenido, á la voz de la conciencia, para expresar la cual carece de palabra la lengua griega, ó refiéranse á cualquiera otra cosa, siempre y ante todo hacen relación á aquél detenido y profundo examen de las propias inclinaciones y manera de ser, que Sócrates recomendaba como lo más necesario é importante. Al mismo tiempo, constituyen una prueba elocuente de cómo se hermanaba en él la sobriedad del entendimiento, con la persuasión íntima de la dependencia en que se halla la naturaleza humana, respecto de un misterioso poder supremo.

[1]) Platon, *Theatetus*, p. 150, I. 161, e. *Politicus*, p. 268, 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero si Sócrates no fué un simple moralista como aquellos que en tan crecido número conoció la antigüedad, tampoco era lo que nosotros entendemos por un filósofo de escuela. Partiendo, pues, de esta base, no hay que buscar en Sócrates ni un sistema filosófico propio, ni un sistema de enseñanza metódico y ajustado á reglas determinadas; pues cuando se engolfaba en discusiones teóricas, atendía única y exclusivamente á las relaciones inmediatas de ellas, con las cuestiones prácticas; y ciertamente, acaso es esto lo que más le hizo asemejarse á los sofistas. Sin embargo, el camino que Sócrates seguía, era completamente distinto del emprendido por estos últimos. Para Sócrates, como para los sofistas, lo que sobre todo importaba, era persuadir. Pero no es que él intentara imponer á su auditorio el convencimiento y la persuasión, deslumbrándolo con argumentos irrefutables; pues lejos de presentarse como maestro ó de exponer en discursos prolijamente meditados y dichos con tono de superioridad, una opinión cualquiera, contentábase con guiar á aquellos con quienes conversaba al conocimiento de la verdad, por medio de una hábil y bien dispuesta serie de preguntas. No en otra cosa consistía el procedimiento denominado socrático, del cual se precian de ser fiel imagen, las *Memorias de Sócrates* de Jenofonte.

Aun cuando fuera cierto que á esto se limitaba la diferencia en lo esencial existente entre Sócrates y los sofistas, esta diferencia sería de todas suertes sobrado importante. Pero lejos de ello, era sin duda infinitamente más profunda — aunque como es natural, hay que admitir también grados intermedios — y debe, por consiguiente, investigarse su verdadero alcance, lo mismo por lo que respecta al fin que uno y otros se proponían, como por lo que atañe á su respectiva eficacia. Por lo pronto, Sócrates tenía el mérito de desdeñar toda recompensa. Sabido es, por otra parte, cuán frecuentemente habla del asunto Platon y echa en cara á los sofistas el comercio que hacían con su ciencia. Con nuestras ideas de hoy acerca de la materia, es muy difícil sustraerse á la impresión de que semejante censura no estaba las más veces completamente justificada; pero de todas suertes, no es posible negar que su razon de ser se hallaba en la manera ideal de ver las cosas que constituía uno de los rasgos más salientes del carácter de Sócrates, y que, no obstante toda su sobriedad, no ha podido borrar la obra de Jenofonte.

Pero por grande que sea esta diferencia, en realidad no es

sino secundaria y de poco momento, en comparación de la oposición completa y radical de principios en que Sócrates se hallaba respecto de los sofistas, al tomar como punto de partida de sus ideas y opiniones, la máxima según la cual «la virtud es ciencia.» De esta suerte, al paso que para los sofistas lo principal era el *poder*, para Sócrates el *saber* era la base del bien obrar. Ahora bien; como el exacto conocimiento de las cosas produce como consecuencia necesaria, el obrar justamente, fuerza es inferir que nadie puede voluntariamente hacer nada malo, sino que toda acción mala hay que achacarla á ignorancia. Agréguese á esto que, según el sentir de Sócrates, lo bueno era al mismo tiempo lo útil [1]), y se comprenderá que faltaba aún mucho á esta teoría para ser formulada con precisión y claridad, á la vez que se verá claro cómo más tarde se pudieron derivar de ella opiniones, en la apariencia, completamente contradictorias. Pero si esta doctrina era deficiente para responder á las objeciones que podrían hacérsele desde un punto de vista estrictamente filosófico, constituye, en cambio, un notable progreso. Por otra parte, su influencia sólo puede examinarse estudiando á la vez al hombre que la propagó, y sobre todo aquel inquebrantable teson, con que no sólo mantenía sus convicciones, sino que las exponía francamente donde quiera se le ofreciese para ello ocasión propicia.

Conocida es la suerte que esta conducta llegó á acarrearle. En una acusación presentada contra él por Melito y Anito el año 1 de la 85.ª Olimpiada, 399 a. Chr., acusábasele de innovador de las cosas divinas y de corruptor de la juventud. No ha llegado hasta nosotros noticia alguna [2]) sobre los fundamentos en que apoyaban la primera imputación; pero la manera como está formulada, permite inferir que, en concepto de los acusadores, era la más

---

[1]) Véase Jenofonte, *Memorias*, 3, 9, 4: πάντας γὰρ οἶμαι προαιρουμένους ἐκ τῶν ἐνδεχομένων ἃ οἴονται συμφορώτατα αὐτοῖς εἶναι, ταῦτα πράττειν.

[2]) Lo que Esquines sostiene en el pasaje citado en la pág. 9 del presente tomo, y de lo cual se tomó pie para formular un grave cargo contra Sócrates, acerca de la influencia que ejerció en Cricias y Alcibiades, está confirmado por las noticias de la *Apología*. Pero evidentemente se refiere esto sólo al segundo extremo de la acusación. Lo mismo sucede con lo que se ha dicho acerca de las ideas de Sócrates sobre que la suerte decidiera las personas que hubiesen de desempeñar los cargos públicos. Esto aparte de que semejante cosa, no podía en manera alguna motivar una sentencia de muerte.

importante. Probablemente Sócrates no habría sido condenado, ó por lo menos la sentencia no habría sido ejecutada, si él mismo no hubiese querido sugerir la prueba: resuelto, como estaba á disipar la más ligera sospecha de que la perspectiva de la muerte pudiera hacer vacilar sus convicciones ó turbar un momento su tranquilidad de ánimo. Sin embargo, la verdadera causa de la muerte de Sócrates debe buscarse en el egoísmo de los que entonces empuñaban las riendas del Poder. Sin duda habían reconocido en él al más terrible de sus enemigos; pero la esperanza, si es que la llegaron á abrigar, de que su muerte pusiera fin á la propagación de las doctrinas por Sócrates preconizadas, resultó completamente vana é ilusoria. La semilla arrojada por él en las almas había germinado, y su muerte, lejos de poner término á su desarrollo y crecimiento, contribuyó eficazmente á activarlo.

En manera alguna puede considerarse á Sócrates como el primer pensador de Grecia; pues que no sólo no alcanzó á competir con muchos de los que le precedieron, en profundidad de ideas y audacia en la especulación, sino que entre los posteriores hubo también varios que le aventajaron por la amplitud de sus conocimientos, perspicacia y aptitudes para distinguir con precisión y exactitud las ideas. Sin embargo, ninguno hay, sin excluir al mismo Pitágoras, que pueda colocarse á su nivel, si se atiende al grado de influencia que ejerció en sus contemporáneos y generaciones posteriores. Si es verdad que la razon de esto debe buscarse, en parte, en las circunstancias y condiciones de la época, verdad es también que hay que atribuirlo además al carácter del hombre que, con su palabra y con sus obras, fué no sólo para sus coetáneos, sino para los siglos siguientes, modelo de la más pura virtud y de creencias religiosas tan arraigadas como imperturbablemente sostenidas. Es de todo punto exacto que la época en que floreció Sócrates era, para su sistema, la más favorable que puede imaginarse. Cierto que no partió de él aquel vigoroso arranque que de repente invadió y animó los espíritus; pero también es cierto que al mismo tiempo que Sócrates le señalaba su justa aspiración, encauzábalo por el único camino que podía conducirlo á un verdadero progreso. La influencia de Sócrates fué tanto más duradera, cuanto que no era el fin suyo propagar una teoría completa, un perfecto sistema filosófico. En el fondo, sus doctrinas no eran ni más ni menos que verdades

aisladas, pero cada una de las cuales encerraba el germen de un desarrollo fecundo; y precisamente por ello, aquel desarrollo se realizó por los más diversos y, en parte también, opuestos caminos. No otra cosa revela claramente el hecho de que desde un principio las ideas por Sócrates difundidas, dieron origen, no á una, sino á varias escuelas denominadas socráticas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXVIII

Los socráticos.

Cuantos escritos consagró la antigüedad á dar á conocer el desenvolvimiento y progreso de la Filosofía, obedecen evidentemente á la idea de relacionar entre sí lo más estrechamente posible á los distintos cultivadores de aquella ciencia. Tal revela el papel asignado á Sócrates, el cual no deja de ofrecer gran analogía con el que, según opinión muy generalizada entre los griegos, desempeñaba Homero respecto de todos los poetas. Es indudable que, dada la manera en que los antiguos cultivaron la Historia de la Filosofía, esta idea ofrecía ciertas ventajas; mas es cuestión distinta la de si se halla siempre suficientemente justificada. No faltan ciertamente razones para negarlo, y más adelante tendremos ocasión de dar de ello más de una prueba. Ofrece, sin embargo, grandes dificultades el prescindir de la tradición que hemos recibido, pues para hacerlo necesitaríamos noticias más detalladas de las que nos ofrecen las fuentes de que hoy disponemos. Además, en la mayoría de los casos la riqueza de datos resulta engañosa. Por otra parte, aunque las noticias que se conservan bastaran para hacer con exactitud y claridad suficientes, una clasificación de las diversas tendencias seguidas por aquellos á quienes se señala como discípulos de Sócrates, ó para reducir á un sistema más ó menos completo las opiniones de los mismos, todavía la tarea del historiador sería por extremo ingrata: porque de los innumerables escritos consagrados á consignar la doctrina de Sócrates ó las teorías inmediatamente relacionadas con ella, sólo se conserva un número hasta cierto punto escaso, y las noticias que tenemos respecto de los demás se limitan muchas veces á la simple enumeración de sus títulos. Hay que agregar á éstas, otra dificultad, á saber: que ya en época relativamente remota parece haber sido considerable el número de obras que corrían

con nombres supuestos: de donde, como es natural, se ha originado una inseguridad tanto mayor cuanto que con frecuencia no encontramos base sólida á que atenernos.

Hechas estas observaciones para explicar el por qué de las lagunas que han de encontrarse más adelante, volvamos ante todo á aquellos ensayos cuyo objeto no era otro que reproducir lo más fielmente posible la imagen de Sócrates, tal y como se reflejaba en las conversaciones y pláticas por él sostenidas. Estos ensayos, entre los cuales deben contarse las *Memorias de Sócrates*, de Jenofonte, de que después hablaremos circunstanciadamente, son los que en la literatura se conocen sobre todo con la denominación de *discursos socráticos* (λόγοι Σωκρατικοί). Aristóteles señala como el primero que puso por escrito estos discursos, á un cierto *Alexameno* de Teos [1]). La carencia de toda otra noticia sobre este personaje, es la mejor prueba de la extraordinaria insuficiencia de la tradición histórico-literaria, de que antes hablábamos. Suponerle autor de buen número de los diálogos que corren con nombres de antiguos socráticos, sería grandemente aventurado, aun cuando ya los mismos antiguos profesaron la opinión de que no eran obras de aquellos cuyos nombres llevaban. En este sentido se expresa, en el siglo segundo de nuestra Era, el estóico Panecio, al calificar de únicos auténticos, entre todas las obras de este género, las de Platon, Jenofonte, Aristóteles y Esquines; la autenticidad de los diálogos de Euclides y de Fedon le parecía dudosa, y todos los demás, sin excepción alguna, los consideraba apócrifos [2]).

Aunque desconocemos las razones y fundamentos de este juicio, tenemos, sin embargo, tanto más motivo para estimarlo exacto, cuanto que Panecio, en punto á sentido crítico, era digna

[1]) En Ateneo, 11, p. 505, c: Ἀριστοτέλης δὲ ἐν τῷ περὶ ποιητῶν οὕτως γράφει· οὐκοῦν οὐδὲ ἐμμέτρους τοὺς καλουμένους Σώφρονος μίμους μὴ φῶμεν εἶναι λόγους καὶ μιμήσεις, ἢ τοὺς Ἀλεξαμενοῦ τοῦ Τηΐου τοὺς πρώτους γραφέντας τῶν Σωκρατικῶν διαλόγων; ἀντικρὺς φάσκων ὁ πολυμαθέστατος Ἀριστοτέλης πρὸ Πλάτωνος διαλόγους γεγραφέναι τὸν Ἀλεξαμενόν. Véase también lo que de la misma obra de Aristóteles cita Diógenes Laercio, 3, 48: διαλόγους τοίνυν φασὶ πρῶτον γράψαι Ζήνωνα τὸν Ἐλεάτην. Ἀριστοτέλης δ' ἐν πρώτῳ περὶ ποιητῶν Ἀλεξαμενὸν τὸν Στυρέα ἢ Τηΐον, ὡς καὶ Φαβωρῖνος ἐν ἀπομνημονεύμασιν. Δοκεῖ δέ μοι Πλάτων ἀκριβώσας τὸ εἶδος καὶ τὰ πρωτεῖα δικαίως ἂν ὥσπερ τοῦ κάλλους οὕτω καὶ τῆς εὑρέσεως ἀποφέρεσθαι.

[2]) Diógenes Laercio, 2, 64. No nos debe extrañar ciertamente que donde no cita las obras en cuestión, muestre no conocer esta opinión de Panecio.

excepción entre todos los mantenedores y propagandistas del estoicismo. Con esto queda en su mayor parte desvirtuado cuanto se ha dicho acerca de los supuestos diálogos de *Criton*, *Glauco*, *Simias* y *Cebes* [1]). Algunos de estos diálogos parecen también haber llevado nombres de personajes fabulosos. Entre éstos debía contarse, por ejemplo, el zapatero Simon, no obstante aparecer citado en alguna de las cartas atribuídas á varios socráticos, que han llegado hasta nosotros [2]).

Sentados estos precedentes, parecería inútil que quisiéramos ocuparnos más detenidamente en las obras de este género, que sólo conocemos por las noticias que acerca de ellas nos da Diógenes Laercio. A juzgar por los títulos, los asuntos de todas ellas debían ser bastante análogos: eran cuestiones filosófico-morales, tratadas sin duda de la manera más sencilla y comprensible para el vulgo. Su escaso mérito explica el por qué estos escritos se han perdido casi por completo. Sólo los de *Fedon* merecieron posteriormente alguna estima [3]). Su autor, era el mismo cuyo nombre perpetuó Platon, en el diálogo que lleva aquel título. Después de mil extrañas vicisitudes, trabó relaciones con Sócrates, poco tiempo antes de su muerte; su escuela, estable-

[1]) Es en sumo grado oscura la denominación de σκυτικοί, que se da á estos diálogos; Diógenes Laercio, 2, 105, por ejemplo, cita los de Fedon, añadiendo: καὶ τούτους τινὲς Αἰσχίνου φασί. En cambio en el 122, dice: Σίμων Ἀθηναῖος, σκυτοτόμος. οὗτος ἐρχομένου Σωκράτους ἐπὶ τὸ ἐργαστήριον καὶ διαλεγομένου τινά, ὡς ἐμνημόνευεν ὑποσημειώσεις ἐποιεῖτο, ὅθεν σκυτικοὺς αὐτοῦ τοὺς διαλόγους καλοῦσιν.

[2]) En ninguna de las más antiguas fuentes que han llegado hasta nosotros, se encuentra alusión alguna á las relaciones de Sócrates con un zapatero llamado Simon. Evidentemente no era sino una especie de Sócrates rústico y grosero. De aquí que parezcan débiles los fundamentos en que se ha apoyado Böckh para atribuirle los dos breves diálogos, que aún se conservan, intitulados *Minos* é *Hiparco*. Véase su edición *Simonis Socratici dialogi*, Heidelberg, 1810, y la *Encyclopädie und Methodologie der philologischen Wissenschaften*, p. 228. Aun en el caso más favorable, sólo podría tratarse de obras falsificadas con su nombre. El hecho de que sea su asunto idéntico á los de los dos diálogos περὶ νόμου y περὶ φιλοκερδοῦς, catalogados como obras de Simon, nada prueba, pues que los mismos temas han sido tratados multitud de veces.

[3]) Véase Gelio, *Noct. att.*, 2, 18, donde se dice de él: *is postea philosophus illustris fuit, sermonesque eius de Socrate admodum elegantes leguntur*. Séneca, *Epist. ad Lucil.*, 94, 41, los cita. Como se desprende de los *Aneed.*, p. 107, 1, de Bekker, los vocablos λογάρια y λογοποιήματα de Fedon, citados por Pollux, 2, 112, pertenecen al diálogo *Zopiro*, del cual han sido tomadas también las palabras ἀβελτηρία y προπαππική, citadas igualmente por Pollux. De los cuatro diálogos que con su nombre han llegado hasta nosotros, sólo dos pasan por auténticos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

cida en Elea, siguió siempre el mismo rumbo que la de Euclides; más tarde, Menedemo la trasladó á Eretria.

Si entre las obras de este género que hoy existen, hay alguna que con más ó menos probabilidades de acierto pueda atribuirse á uno de los antiguos socráticos, es cuestión que ciertamente no debe rezar con la que con el título de *Cuadro* (Πίναξ) de Cebes, ha llegado hasta nosotros. En primer lugar, no debe contarse este trabajo en el número de los discursos socráticos, porque ni Sócrates desempeña en él papel alguno, ni siquiera se le nombra; esto aparte de que hay motivos más que suficientes para creerlo posterior á la muerte de Platon. No sólo revela ya esta obra el influjo de la doctrina de los Estóicos, sino que las denominaciones con que en ella se designa á las diversas tendencias filosóficas, acusan evidentemente una época menos remota [1]). Por otra parte, el pensamiento que la informa no deja de tener cierta semejanza con el conocido asunto de «Heracles entre el vicio y la virtud», tomado por Jenofonte, de Pródico el sofista. Trátase de la explicación de un supuesto cuadro, en el cual, al lado de la ancha y cómoda vía que conduce al vicio, se halla trazada la senda estrecha y difícil que lleva á la virtud.

Lo mismo ha de decirse de los tres diálogos que hasta nosotros han llegado con el nombre de *Esquines;* pues ninguno de ellos debe ser considerado como obra del hombre, que, según general opinión de la antigüedad, ocupó uno de los puestos más eminentes entre aquellos que se habían limitado á reproducir lo más fielmente posible las teorías de Sócrates, conservando, por supuesto, la forma en que éste las había comunicado. Por lo demás, Esquines, hijo de Lisanias, desempeñó un papel señalado entre los socráticos. Como su homónimo el orador, pertenecía á una familia pobre y oscura. Después de la muerte de Sócrates, á quien le unían las relaciones más cordiales, permaneció aún largo tiempo en la corte de Dionisio el Antiguo [2]). En cambio, parece

[1]) Véanse los capítulos XXXIII y XIII, y lo que Calcidio ha dicho al final de su comentario al *Timeo* de Platon. Luciano, *De mercede cond.*, cap. XLII, parece citar esta obrita como auténtica. Además del Πίναξ, Diógenes Laercio, 2, 125, menciona como obras de Cebes, los diálogos intitulados Ἑβδόμη y Φρύνιχος. En los fragmentos de la obra de Plutarco sobre el *Alma*, lib. 5, p. 13 y 14 de la edición Didot, se citan pasajes con el nombre de Cebes y con el de Simias (ambos eran oriundos de Tebas.)

[2]) Véase Séneca, *De beneficiis*, 1, 8, y Diógenes Laercio, 2, 34.

poco fidedigno cuanto se ha dicho sobre sus relaciones con Platon ó con Aristipo: como que muchas noticias de esta índole parecen haber sido sacadas de cartas á todas luces apócrifas, que en determinada época sirvieron para retratar el carácter de los socráticos y platónicos, y en las cuales, como es natural, la exactitud histórica está tan desatendida como en los diálogos. Dícese que después Esquines vivió en Atenas, consagrado, en parte, á escribir discursos para otros, en parte también al magisterio [1]). Los fragmentos de un discurso de Lisias á él alusivos y que hoy se conservan, no le presentan ciertamente bajo el aspecto más favorable [2]).

Entre los diálogos que llevan el nombre de Esquines, el *Erixias* es á lo sumo el único que podría pasar por suyo, por hallarse retratadas en él algunas de las cualidades que los antiguos elogiaron en este socrático. Hay que observar, sin embargo, que en ninguna parte aparece citada esta obrita como original de Esquines. El modo cómo está desenvuelto el asunto—se trata de las riquezas—revela, sin embargo, que su autor era hombre de no vulgar talento; de todas suertes este diálogo es muy superior á los otros dos. Constituye el asunto del uno, la tan discutida cuestión de si la virtud es ó no susceptible de ser enseñada; el otro, conocido con el título de *Axioco*, trataba de la muerte. El principal interés de esta obrita, por lo demás de mérito muy mediano, consistía, según parece, en una disertación enteramente sofística del sofista Pródico sobre las miserias de la vida humana. No ha de inferirse, sin embargo, de aquí, que Esquines rindiera homenaje al concepto pesimista del mundo, que abrigaba este último; antes debe creerse que profesaba ideas radicalmente contrarias. Cierto que existió un *Axioco* de Esquines; pero de los pasajes que de él se citan, no se encuentra la menor huella en los diálogos que hasta

[1]) Diógenes Laercio, 2, 63, cita uno de sus discursos con el título de Ἀπολογία τοῦ πατρὸς Φαίακος τοῦ στρατηγοῦ.

[2]) El intento de Welcker, *Rhein. Museum*, n. F. vol. 2, p. 391 y ss., *Kleine Schriften*, vol. 1, p. 412, de presentar como parte de un discurso apócrifo, este fragmento de Lisias que cita Ateneo, 13, p. 611, d, no es en manera alguna convincente. Por lo demás, citase también la maliciosa observación que allí encontramos sobre la amada de Esquines, cuyos dientes eran tan fáciles de contar como sus dedos. Otros dos discursos de Lisias, que ya no existen, se referían á otro Esquines. De los dos pasajes de Platon en que se habla de Esquines, no puede sacarse consecuencia alguna respecto de su carácter.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

hoy se han conservado [1]); y menos todavía del retrato de Alcibiades que, según testimonio de un antiguo escritor [2]), contenía el *Axioco*, y en el cual se le presentaba como un borracho y seductor del sexo femenino. Además del *Axioco*, se citan otros seis diálogos de Esquines. Su primer trabajo fué el *Milciades*, cuyo título no aludía ciertamente al famoso capitán, sino al oscuro hijo de un cierto Esteságoras [3]). No necesitan ser explicados los títulos de los diálogos *Calias*, *Aspasia*, del cual reproduce Ciceron un extenso fragmento [4]) y *Alcibiades*; en cambio el del *Rhinon* y el del *Telauges* [5]), sólo consienten muy dudosas hipótesis.

Según testimonio de un escritor de veracidad sobrado dudosa, Menedemo de Eretria, á quien ya antes hemos citado como discípulo de Fedon, había echado en cara á Esquines el haber dado como suyos diálogos originales de Sócrates, que él había recibido de Xantipa [6]). Si esto es cierto, la intención de Menedemo no pudo ser otra que la de hacer resaltar, al mismo tiempo que la elogiaba con su habitual ingenio [7]), la fidelidad con que Esquines presentaba hablando á Sócrates. La brevedad de los fragmentos de diálogos, á todas luces auténticos, de Esquines, que han llegado hasta nosotros, no permite formar juicio alguno sobre la manera cómo éste desenvolvía y explanaba los discursos socráticos. Los críticos posteriores, sin embargo, tribútanle grandes elogios, pues no sólo le colocan á la altura de Jenofonte y de Platon, sino que algunos le presentan como superior al primero de estos escritores, á quien no sólo aventajaba en el arte de dar forma dramática á los asuntos, sino también en el manejo de una sátira más punzante que la empleada por los poetas cómicos [8]); al mismo tiempo elogian la gracia, naturalidad, pure-

[1]) Pollux, 7, 135, y Ateneo, 5, p. 220, c.

[2]) Ateneo, 5, p. 220, c: ἐν δὲ τῷ 'Αξιώχῳ, πικρῶς 'Αλκιβιάδου κατατρέχει, ὡς οἰνόφλυγος, καὶ περὶ τὰς ἀλλοτρίας γυναῖνας σπουδάζοντος.

[3]) Diógenes Laercio, 2, 61. Según Luciano, *De parasito*, c. 32, Esquines debió á este diálogo el favor de Dionisio.

[4]) *De inventione*, 1, 31. Sirve como ejemplo de una inducción, por medio de la cual tratan de demostrar, primero Sócrates á la esposa de Jenofonte y luego Aspasia á Jenofonte, la necesidad de la buena vida conyugal.

[5]) En Ateneo, 5, p. 220, a, encontramos algo sobre el último diálogo.

[6]) Diógenes Laercio, 2, 60, Ateneo, 13, 611, e.

[7]) Diógenes Laercio, 2, 127.

[8]) Ateneo, 5, p. 220, a: πεφύκασι δ' οἱ πλεῖστοι τῶν φιλοσόφων τῶν κωμικῶν κατήγοροι μᾶλλον εἶναι, donde se citan una serie de ejemplos de Esquines.

za y trasparencia de su estilo [1]), el cual, por lo armonioso, comparaban con el de Platon y Antístenes [2]). Difícil es determinar qué es lo que en estos elogios hay de justo y exacto, y qué lo que debe atribuirse á una predilección repentinamente concebida por un escritor raras veces citado; hecho este último que, según parece, no dejó de repetirse entre los retóricos del siglo segundo de nuestra Era. No es tampoco fácil decidir si la noticia, confirmada por un pasaje que se conserva [3]), de que el influjo de Gorgias revelábase claramente en las obras de Esquines, debiera explicarse como se explica en pasajes análogos de Platon, á saber: no viendo en ello más que el deseo de imitar con la mayor fidelidad posible, el estilo afectado y pretencioso de algún personaje que interviene en el diálogo.

Indudablemente debe contarse á *Euclides* en el número de los discípulos de Sócrates que ofrecen bastante menos interés á la historia de la Literatura, que á la de la Filosofía. Según todas las probabilidades uníanle á Sócrates relaciones menos estrechas, que las que mantenía con los Eclécticos. De la escuela creada por él en Megara, y en la cual, como veremos más tarde, parece que trabajó Platon algún tiempo, salió no escaso número de hombres que llegaron á adquirir cierta importancia, gracias, en parte, á que su afición á las sutilezas dialécticas y el extraordinario amor á la polémica que, según Simon el Silógrafo, Euclides inspiró á los megarenses [4]), provocaron no pocas veces las burlas de la comedia. No

[1]) Hermógenes, *De ideis*, 2, 2, t. 3, p. 394 de Walz: οὗτος τοίνυν ἐστὶ μὲν ἀφελὴς καὶ αὐτός, εἴπερ τις ἕτερος, πλείονι δὲ τῷ καθαρῷ καὶ εὐκρινεῖ ἢ τῷ ἀφελεῖ χρῆται, ταῦτά τοι καὶ λεπτότερός ἐστι κατὰ τὴν λέξιν τοῦ Ξενοφῶντος, etc.

[2]) Longino, *De invent.*, t. 9, p. 359 de Walz.

[3]) Diógenes Laercio, 2, 63. Véase Filóstrato, *ep.*, 13: Αἰσχίνης ὁ ἀπὸ τοῦ Σωκράτους, ὑπὲρ οὗ πρώην ἐσπουδάζες, ὡς οὐκ ἀφανῶς τοὺς διαλόγους χολάζοντος, οὐκ ὤκνει γοργιάζειν ἐν τῷ περὶ Θαργηλίας λόγῳ· φησὶ γάρ που ὧδε· «Θαργηλία ἐλθοῦσα εἰς Θετταλίαν, ξυνῆν 'Αντιόχῳ Θετταλῷ βασιλεύοντι πάντων Θετταλῶν.» Bergk, *De reliquiis com. att.*, p. 237, cree que es del diálogo *Aspasia*. Véase Welcker, *Kleine Schriften*, vol. 1, p. 421.

[4]) Diógenes Laercio, 2, 107: περὶ αὐτοῦ ταῦτὰ φησι Τίμων προσπαρατρῴγων καὶ τοὺς λοιποὺς Σωκρατίκους.

ἀλλ' οὔ μοι τούτων φλεδόνων μέλει, οὐδὲ γὰρ ἄλλων
οὐδενός, οὐ Φαίδωνος, ὅστις γε, οὐδ' ἐριδάντεω
Εὐκλείδου, Μεγαρεῦσιν ὃς ἔμβαλε λύσσαν ἐρισμοῦ.

De este amor á la polémica se deriva también la denominación de «eristicos», que á veces se da á los megarenses.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

queda vestigio alguno de los escritos de Euclides; entre ellos se citan seis diálogos, uno de los cuales se intitulaba *Esquines*.

El tradicional acuerdo con que Aristipo, fundador más tarde de una escuela filosófica en Cirene, su patria, célebre por la vida voluptuosa á que eran dados sus habitantes, es calificado de socrático, se hace sospechoso desde el momento en que Aristóteles le cuenta sin rebozo en el número de los sofistas [1]). El único punto de contacto que sus doctrinas tienen con las de Sócrates está en que subordina el placer (ἡδονή), que es á su juicio el fin á que debe aspirarse, á la inteligencia (φρόνησις).

Son numerosas, y en su mayoría inventadas, las anécdotas que sobre Aristipo se nos han trasmitido. En el fondo todas ellas se limitan á describir su amor á la vida cómoda, ó la agudeza de su ingenio; en cambio, no poseemos fragmento alguno evidentemente auténtico de sus obras [2]). Ya para los antiguos era discutible si existieron alguna vez escritos suyos. El dicho del historiador Teopompo, de que Platon tomó en parte sus diálogos de las *Diatribas* de Aristipo [3]), no puede considerarse como una prueba de su existencia: porque con esta denominación no se designaba una obra del mismo Aristipo, sino, lo que es más verosímil, apuntes sacados por los oyentes de sus discursos orales. Esta hipótesis explica la maliciosa inculpación de Teopompo, la cual no habría podido prevalecer si no hubiera sido difícil comprobar su exactitud. Sin embargo, aun aquellos que como Panecio [4]) se inclinaban á admitir la existencia de escritos auténticos de Aris-

[1]) *Metafísica*, 2, 2, p. 996, a: τῶν σοφιστῶν τινές, οἷον Ἀρίστιππος. Merece consignarse que solia enseñar á cambio de dinero.

[2]) Los únicos pasajes que quizá podian ser considerados como tales, son los que conserva Estobeo, *Florilegio*, 17, 18: κρατεῖ ἡδονῆς οὐχ ὁ ἀπεχόμενος, ἀλλ' ὁ χρώμενος μέν, μὴ παρεκφερόμενος δέ, ὥσπερ καὶ νεὼς καὶ ἵππου, οὐχ ὁ μὲν (léase μή) χρώμενος, ἀλλ' ὁ μετάγων ὅποι βούλεται, y 95, 32: οὐχ ὥσπερ ὑπόδημα τὸ μεῖζον δύσχρηστον, οὕτω καὶ ἡ πλείων κτῆσις· τοῦ μὲν γὰρ ἐν τῇ χρήσει τὸ περιττὸν ἐμποδίζει, τῇ δὲ καὶ ὅλῃ χρῆσθαι κατὰ καιρὸν ἔξεστι καὶ μέρει, los cuales concuerdan con el conocido pasaje de Horacio, *Epist.*, 1, 1, 18:

Nunc in Aristippi furtim praecepta relabor,
et mihi res, non me rebus, subiungere conor.

[3]) Ateneo, 11, 508, c: Θεόπομπος ὁ Χῖος ἐν τῷ κατὰ τῆς Πλάτωνος διατριβῆς· «τοὺς πολλούς, φησιν, τῶν διαλόγων αὐτοῦ ἀχρείους καὶ ψευδεῖς ἄν τις εὕροι ἀλλοτρίους δὲ τοὺς πλείους ὄντας ἐκ τῶν Ἀριστίππου διατριβῶν, ἐνίους δὲ κἀκ τῶν Ἀντισθένους, πολλοὺς δὲ κἀκ τῶν Βρύσωνος τοῦ Ἡρακλειώτου.

[4]) Diógenes Laercio, 2, 84.

tipo, rechazaban como apócrifos la mayoría de los que corrían con su nombre. Con tales circunstancias, claro es que poco partido puede sacarse de las dos largas listas de obras suyas que nos trasmite Diógenes Laercio, y en las cuales, según todas las apariencias, van comprendidos los trabajos destinados á difundir teorías atribuídas á Aristipo. Verosímilmente no nos equivocaremos, si calificamos de muy escaso el mérito de estas producciones, así en lo tocante á la riqueza de ideas, como en lo que respecta á la belleza de su forma. El hecho de que se hayan perdido completamente, habla muy alto en favor de esta opinión. Lo único que quizá merece consignarse, es que entre los veinticinco diálogos atribuídos á Aristipo, había algunos compuestos en dialecto dórico. Lo mismo, por lo demás, puede decirse de algunas de las cartas que corren con el nombre de este escritor, y que se encuentran en la colección de epístolas de socráticos. No obstante estar escritas con más habilidad que la mayoría de las producciones de análoga índole, revelan demasiado claramente haber sido fruto de una época menos remota, para que podamos sacar de ellas, en este caso, provecho alguno [1]).

No hemos de examinar aquí el posterior desenvolvimiento de las doctrinas de la escuela de Cirene, el cual se halla, hasta cierto punto, en aparente contradicción con las opiniones de su fundador. Como sucedió más tarde á la filosofía de Epicuro, con la que se hallaba en lo esencial de perfecto acuerdo, su influencia quedó limitada á un estrecho círculo cuyas aspiraciones á la vida más cómoda y tranquila posible, respondían á su general carácter

[1]) En contra de la opinión emitida por R. Bentley en sus notables disertaciones sobre las cartas de Falaris, p. 549 y 550 de la traducción de Wold. Ribbeck, aboga en favor de estas cartas el filólogo holandés Walckenaer, *Diatr. in Euripidis fragmenta*, p. 190. En la época moderna ha defendido su autenticidad Mullach, quien en los *Fragmenta philos. gr.*, t. 2, p. 404 de la colección Didot, la sostiene considerando que están escritas de manera que revelan perfectamente el genio de Aristipo, y al mismo tiempo adaptadas á la condición y opiniones de aquellos á quienes iban dirigidas. Que Aristipo no debe ser considerado como autor de un escrito repetidas veces citado con el título de περὶ παλαιᾶς τρυφῆς, se desprende claramente del tiempo en que se realizaron algunos de los sucesos que en él se mencionan. Es innecesario acudir al medio á que en casos análogos suele apelarse, y atribuir esta obra á un Aristipo posterior; verosímilmente, por razones fáciles de comprender, esta obra se intitulaba *Aristipo*. Por lo demás, existió un Aristipo posterior: el nieto de Arete el Antiguo. Llamábase μητροδίδακτος, porque su madre le habia enseñado la filosofia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mientras que el exagerado pesimismo—representado, entre los posteriores campeones de la escuela cirenáica, principalmente por *Hegesias*—que con sus vivas y enérgicas descripciones de los males que amenazan á la vida humana, despertó una verdadera monomanía del suicidio [1]), sólo era la consecuencia lógica y necesaria de una transformación fácil de comprender.

Con esta filosofía para las altas clases sociales, se hallan en completa oposición las teorías preconizadas y difundidas por *Antístenes*. Parece que no dejó de ejercer algún influjo en el rumbo por él emprendido, la mancha, según las ideas de los griegos, inherente á su nacimiento; pues como hijo de padre ateniense y de mujer tracia, le fué negado el derecho de ciudadanía. El sobrenombre de νόθος que más tarde se dió á sus partidarios, demuestra cuán profundamente arraigadas estaban en Atenas tales preocupaciones. En un principio discípulo de Gorgias y amigo de Pródico y de Hipias, contaba veinte años cuando entabló relaciones íntimas con Sócrates, sin que para cultivarlas le arredrase la necesidad de recorrer diariamente el camino del Pireo á Atenas. Parece exacto que Antístenes mantuvo estrecha amistad con Sócrates hasta la muerte de este último [2]); aun cuando concedamos que la noticia [3]) de que fué él quien exigió á los acusadores de Sócrates cuenta de su conducta, y quien obligó á Anito á expatriarse, mientras que Melito era condenado á muerte,—de todo lo cual no dicen palabra sus contemporáneos,—no fué inventada sino con el fin de asegurar bajo este aspecto á Antístenes, cierta superioridad respecto de los demás socráticos.

Con más claridad aún que en las teorías de Aristipo, se advierten en las de Antístenes puntos de contacto con la doctrina de Sócrates. Menospreciando, como Sócrates, toda ciencia meramente teórica, presenta como único fin de la vida, la práctica de la virtud. Si Antístenes hacía radicar en el entendimiento la esencia de la virtud,—considerada esta palabra en el sentido que se daba á la griega ἀρετή—declarándola en consecuencia, como también lo hacía Sócrates, susceptible de ser enseñada, negaba en cambio la necesidad de toda educación puramente científica. Mas esta

[1]) Ciceron, *Disp. tusc.*, 1, 34. Por esto se dió á Hegesias el sobrenombre de Pisitanato.

[2]) Véase Jenofonte, *Memorias*, 3, 11, 17.

[3]) Diógenes Laercio, 6, 9 y 10.

virtud, cuya posesión es lo único que puede proporcionar al hombre ventura completa, consiste en gran parte en el menosprecio de todo goce y en el hábito de soportar penalidades y disgustos. Sólo el que puede vanagloriarse de poseerla es verdaderamente sabio y aún libre, porque ella hace innecesaria y supérflua toda ley.

Antístenes trabajó eficazmente para propagar sus ideas, por medio de la palabra y de la escritura. Es difícil dar idea exacta de su sistema de enseñanza. Cuéntase que escogió para teatro de sus explicaciones el gimnasio conocido en Atenas con el nombre de Cinosarges, á que debían acudir los que no gozaban de los derechos de ciudadanía. El nombre de este gimnasio explica por sí sólo el calificativo de cínicos que primero llevaron los adeptos de Antístenes, y que después pasó á los que se consagraron á practicar las máximas fundamentales de la doctrina que profesaban. De igual suerte, una estatua de Heracles que se hallaba en las inmediaciones del citado gimnasio, sugirió la idea de elegirle como dios tutelar, así de los sectarios de Antístenes como de los cínicos posteriores [1]), los cuales veneraban en él el ideal mítico del trabajo desinteresado y de la aspiración constante á la virtud, en lucha abierta con el vicio.

No puede decirse en manera alguna que el sistema de enseñanza de Antístenes fuera igual al que, como veremos más adelante, practicaba Platon; pues que el de este último, no habría sido compatible con el desprecio de todo conocimiento teórico por aquél pregonado. Así, lo único admisible es que Antístenes empleó el mismo sistema ya puesto en práctica por Sócrates: pues el círculo de sus habituales oyentes no debía ser mayor que lo fué más tarde el de los cínicos, los cuales, en la primera época de su existencia, al menos, eran en bien escaso número. De igual suerte los Estóicos, para difundir sus teorías, debieron acudir á los discursos y exhortaciones, más bien que á la enseñanza propiamente dicha.

Como escritor fué, en cambio, Antístenes muy fecundo: tanto que por ello Timon el Silógrafo le tildó de haberse puesto en contradicción consigo mismo [2]). Sus numerosos escritos fueron reco-

[1]) Todo esto lo cuenta Diógenes Laercio, lib. 6, 1.

[2]) Diógenes Laercio, 6, 18: ὁ Τίμων διὰ τὸ πλῆθος (de los libros) ἐπιτιμῶν αὐτῷ »παντοφυῆ φλέδονά« φησιν αὐτόν.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gidos más tarde, en una colección dividida en diez partes ó secciones [1]). Gracias á que se ha conservado un índice de ella, en el cual acompañan á los títulos originales de las obras, breves explicaciones sobre los asuntos de las mismas, podemos formarnos idea exacta de su contenido. Por lo que hace á la forma, puede asegurarse que era muy distinta de la de las dos declamaciones, de gusto esencialmente sofístico, que llevan el nombre de Antístenes, y cuyos asuntos están tomados de la mitología. Constituye la base de ambas, la hipótesis de que se había deferido á los troyanos prisioneros, el decidir sobre la posesión de las armas de Aquiles. El primer discurso, puesto en labios de Ajax, responde perfectamente al carácter de este personaje, y es por ende breve y conciso. El héroe comienza lamentándose de que los Atridas, al rehusar el dictar sentencia, hubieran encomendado esta misión á personas que no estaban informadas de nada de lo que para ello necesitaban saber. El retrato que hace de Ulises y de sus pretensiones, presenta, como es natural, á este héroe, bajo el prisma más desfavorable. En el segundo discurso, en cambio, Ulises, después de relatar los servicios que ha prestado al ejército entero, presenta á Ajax como un valiente sin talento, que, envidioso, quiere arrebatarle el premio tan merecido.

Se ha negado repetidas veces que estos discursos, sobre un asunto tan del gusto de los antiguos, fueran originales de Antístenes [2]); mas no se alega en favor de este juicio, razon alguna persuasiva: á menos que se quiera admitir como prueba, la circunstancia de que no justifican ciertamente estas oraciones los grandes elogios que en la antigüedad tributaron algunos á Antístenes, y no se tenga en cambio en cuenta, que su asunto cuadra por completo á la predilección que siempre parece haber mostrado Antístenes por Homero. Por lo demás, el ejemplo de Teopompo demuestra con cuánta cautela deben ser acogidas alabanzas como las ya citadas. La predilección que este historiador, cuyo carácter atrabiliario y rencoroso es sobrado conocido, dispensó á Antístenes, y su opinión, que nadie por cierto ha secundado, de que entre todos los diálogos socráticos son los de Antístenes los mejores [1]), no tienen otra razon de ser que la mala voluntad que Teopompo profesaba á Platon. Mas no faltó quien elogiase las cualidades que como escritor tenía Antístenes, á quien se ha llegado á asignar un puesto al lado de los escritores modelos de Atenas, como Platon, Esquines y Jenofonte [3]). No se puede formar cabal juicio del estilo de Antístenes, por las citas que hoy se conservan, sin embargo, parece claro que tenía gran amor á los equívocos, efecto quizá de la influencia de Gorgias. Lo mismo esta cualidad, que la predilección por las parodias de Homero, las heredaron los cínicos [3]); y así como éstos se distinguieron por el acre y mordaz ingenio—cualidad para ellos fácil de adquirir, gracias á su completa despreocupación—que brillaba en sus escritos, así parece que acaeció también á Antístenes. A esta idea, por lo menos, responde el juicio que emite Ciceron, al decir de él que era hombre más ingenioso que erudito [4]).

Es tanto menos de creer que vayamos á analizar aquí detenidamente y en particular, cada uno de los escritos de Antístenes, cuanto que es por extremo difícil formular conclusiones definitivas y seguras respecto de la mayoría de ellos. Consta, por lo demás, no sólo que unos eran de carácter retórico y otros de índole filosófica [5]), sino que los compuestos en forma de diálogo, pertenecían al primero de estos géneros [6]); como ejemplo de ellos cítase, además del intitulado la *Verdad* [7]), el denominado *Protrêptico*. Algunos títulos de los diálogos de Antístenes, son iguales á los de Platon: tal sucede con los intitulados *Alcibiades*, *Me-*

[1]) Cada sección constaba de una lista en la cual iban clasificadas las distintas obras, seguramente de escasa extensión, según sus respectivos asuntos. Véase sobre este particular á Th. Birt, *Das antike Buchwesen*, Berlin, 1882, p. 449 y 450.

[2]) Frinico, en Focio, *Cod.*, 158, p. 326, los declara auténticos.

[1]) Diógenes Laercio, 6, 14: τοῦτον μόνον ἐκ πάντων τῶν Σωκρατικῶν Θεόπομπος ἐπαινεῖ καί φησι δεινόν τε εἶναι καὶ δι' ὁμιλίας ἐμμελοῦς ὑπάγεσθαι πανδ' ὁντινοῦν. δῆλον δ' ἐκ τῶν συγγραμμάτων κἀκ τοῦ Ξενοφῶντος Συμποσίου. Véase también á este propósito, el pasaje de Ateneo ya citado.

[2]) Véanse las págs. 26 y 27 del presente tomo, y Arriano, *Epictet. dissert.*, 2, 17, 35: θαυμαστῶς, ἄνθρωπε, γράφεις. καὶ σὺ μεγάλως εἰς τὸν Ξενοφῶντος χαρακτῆρα, σὺ εἰς τὸν Πλάτωνος, σὺ εἰς τὸν Ἀντισθένους, y Fronton, *De Orat.*, 1, 1.

[3]) Trata expresamente este punto C. Wachsmuth, *De Timone Phliasio*, Leipzig, 1869, p. 360.

[4]) En la *Epist. ad Attic.*, 12, 38, dice de los diálogos atribuidos á Ciro: *Mihi sic placuit, ut cetera Antisthenis, hominis acuti magis quam eruditi.*

[5]) Jerónimo, *Contra Iovin.*, 2, 14: *Innumerabiles eius libri, quorum alios philosophico, alios rhetorico genere conscripsit.*

[6]) El título completo era: Ἀλήθεια περὶ τοῦ διαλέγεσθαι. Verosímilmente eran varios libros.

[7]) τὸ ῥητορικὸν εἶδος ἐν τοῖς διαλόγοις ἐπιφέρει καὶ μάλιστα ἐν τῇ Ἀληθείᾳ καὶ τοῖς προτρεπτικοῖς. Véase Diógenes Laercio, 6, 15, y más adelante.

nexeno y *Político*, el último de los cuales iba dirigido contra los demagogos [1]). Probablemente, como la mayoría de las obras de este escritor, era una especie de polémica ó controversia la denominada *Fisiognomónico*, dirigido contra los sofistas; en cambio, en otro diálogo sobre la *Realeza* (περὶ βασιλείας) así intitulado por tratarse del rey Arquelao de Macedonia, la emprendía contra Gorgias [2]). Parece que en el diálogo que con el título de *Sathon* escribió contra Platon, fué donde, según parece, dió Antístenes más libre vuelo á su habitual maledicencia [3]).

Es indudable que en los diálogos de Antístenes, entre los cuales pueden citarse además, los intitulados *Erótico*, *Heracles*, *Ciro* y *Aspasia*, lo mismo que en los de Platon, Sócrates era el protagonista [4]). Prescindiendo del cargo que contra él como contra el mismo Platon se ha formulado, de apreciar en más de lo justo los servicios militares de Sócrates, en un diálogo en que porcierto era él uno de los interlocutores, observaremos que, como á menudo ha sucedido también con otros de Platon, atribúyese á Sócrates un pasaje del *Protréptico* de Antístenes [5]).

La pérdida de este diálogo es grandemente sensible, porque

---

[1]) Véase Ateneo, 5, p. 220, d. De esta misma obra estaba tomado quizá el pasaje que cita Aristóteles, *Política*, 3, 3, p. 1284, a, 16, sobre la respuesta que los leones dan á las liebres que pretenden la igualdad de derechos.

[2]) Ateneo, *loc. cit.*, según la hipótesis verosímil de Ferd. Dümmler, *Antisthenica*, Halis, 1882, p. 9 y 10, este diálogo fué utilizado por Dion Crisóstomo en su discurso décimotercio. Véanse muy especialmente las palabras en que H. Usener, p. 431, ha fijado la atención.

[3]) *Loc. cit.*, y 11, p. 507, a: ἀλλὰ μὴν οὐδ' Ἀντισθένη ἐπαινῶ. καὶ γὰρ οὗτος πολλοὺς εἰπὼν κακῶς, οὐδ' αὐτοῦ τοῦ Πλάτωνος ἀπέσχετο, ἀλλὰ παλέσας αὐτὸν φορτικῶς Σάθωνα τὸν ταύτην ἔχοντα τὴν ἐπιγραφὴν διάλογον ἐξέδωκε. Que por lo demás Platon nada quedó á deber á Antístenes, es indudable, si, según la hipótesis bastante verosímil de Zeller, debemos ver la *Republica* de Antístenes, en el Estado de cerdos de que Platon habla en el libro 2, p. 372, d, de su *Republica*.

[4]) Ateneo, 5, p. 216, b: καὶ Ἀντισθένης δ' ὁ Σωκρατικὸς περὶ τῶν ἀριστείων τὰ αὐτὰ τῷ Πλάτωνι ἱστορεῖ. οὐκ ἔστι δ' ἔτυμος ὁ λόγος οὗτος. χαρίζεται γὰρ καὶ ὁ κύων οὗτος πολλὰ τῷ Σωκράτει, ὅθεν οὐδετέρῳ αὐτῶν δεῖ πιστεύειν, σκόπον ἔχοντα Θουκυδίδην. ὁ γὰρ Ἀντισθένης καὶ προσεπάγει τῇ ψευδογραφίᾳ λέγων οὕτως· —»Ἡμεῖς δὲ ἀκούομεν κἂν τῇ πρὸς Βοιωτοὺς μάχῃ τἀριστεῖά σε λαβεῖν.—Εὐφήμει, ὦ ξένε. Ἀλκιβιάδου τὸ γέρας, οὐκ ἐμὸν.—Σοῦ γε δόντος, ὡς ἡμεῖς ἀκούομεν.

[5]) Ateneo, 11, p. 784, c: βομβυλιός. Θηρίκλειον Ῥοδιακόν, οὗ περὶ τῆς ἰδέας Σωκράτης φησίν· »οἱ μὲν ἐκ φιάλης πίνοντες ὅσον τάχιστ' ἀπαλλαγήσονται, οἱ δὲ ἐκ βομβυλιοῦ κατὰ μικρὸν στάζοντες. Pollux, *On.*, 6, 98 y 10, 68, demuestra que esta cita está tomada del *Protréptico* de Antístenes, mencionado por Ateneo, 14, p. 656 y 657.

esta obra habría contribuído á aclarar y precisar más, no sólo el conocimiento que hoy se tiene de las doctrinas de Sócrates, sino también el del carácter de los discursos socráticos. Si Antístenes no estaba á la altura de Platon, era en cambio, en genio y agudeza, muy superior á Jenofonte [1]).

Además de un escrito intitulado Φυσικόν, respecto del que nada seguro sabemos, y del cual se citan dos notables sentencias sobre la divinidad [2]), Antístenes compuso toda una serie de obras consagradas á explicar pasajes de Homero y de Teognis [3]), en su mayor parte con fines morales. Otros, por el contrario, como *Helena y Penélope*, el *Cíclope*, *Circe*, *Ulises y Penélope*, y *El perro de Ulises*, parecen haber sido simples ensayos de interpretación alegórica, semejantes á los reprobados por Platon, cuando más tarde los Estóicos siguieron en este punto las huellas de Antístenes.

De estas estimables cualidades, que como escritor distinguieron á Antístenes, poco pasó, según parece, á sus inmediatos sucesores. Alardeando de su escasa cultura—que más tarde Aristóteles les echó en cara [4])—como si para ellos esta cualidad fuera tan indispensable como su aspecto sucio y descuidado, llegaron pronto á ver la verdadera esencia de la Filosofía, no sólo en la despreocupación más completa, sino también en la negación de

---

[1]) Aboga en pro de esta opinión la circunstancia de que Aristóteles no cita en parte alguna á Jenofonte, y en cambio toma con frecuencia pasajes de Antístenes; por ejemplo, el precioso paralelo de la *Retórica*, 3, 4, p. 1407, a: καὶ ὡς Ἀντισθένης Κηφισόδοτον τὸν λεπτὸν λιβανωτῷ εἴκασεν, ὅτι ἀπολλύμενος εὐφραίνει. La cuestión de si el pasaje de la misma obra, 10, p. 1411, a: ὁ κύων δὲ τὰ καπηλεῖα τὰ Ἀττικὰ φειδίτια (ἐκάλει), se refiere á Antístenes ó á Diógenes, sólo puede resolverse en favor del último.

[2]) La primitiva forma de la sentencia inexactamente reproducida por Ciceron, *De nat. deor.*, 1, 13, Clemente Alejandrino, *Protr.*, 6, p. 61, Theodoret., *Affect. graec. cur. disp.*, 1, t. 8, p. 713, se halla en Filodemo, *Sobre la Piedad*: παρ' Ἀντισθένει ἐν μὲν τῷ Φυσικῷ λέγεται τὸ κατὰ νόμον εἶναι πολλοὺς θεούς, κατὰ δὲ φύσιν ἕνα. También en este punto resalta la mayor consecuencia de Antístenes si se le compara con Sócrates. Como con su habitual ingenio ha hecho notar Bernays, *Lucian und die Cyniker*, Berlín, 1879, p. 31, los cínicos fueron la secta más deísta que produjo la antigüedad greco-romana.

[3]) Véase Diógenes Laercio, 6, 16. Según la hipótesis de Bergk, *Poetae lyrici*, p. 497, en Estobeo, *Florilegio*, 88, 14, debe leerse Ἀντισθένους, en lugar de Ξενοφῶντος, ἐκ τοῦ περὶ Θεόγνιδος.

[4]) *Metafísica*, 8, 3, p. 1043, b, 24: ὥστε ἡ ἀπορία ἦν οἱ Ἀντισθένειοι καὶ οἱ οὕτως ἀπαίδευτοι ἠπόρουν.

los más elementales sentimientos de dignidad y decoro. El modelo de los cínicos, es *Diógenes* de Sínope: el hombre á quien Platon llamaba, con justicia, un Sócrates extravagante y tosco [1]). Marchando por el camino abierto por Antístenes, llegó á un punto más allá del cual era imposible pasar. Por más que su despreocupación y osadía,—cualidades que fueron las que más estimaron los cínicos—y su propósito de hacer guerra cruda á la perversidad y á la mentira, nacieran de una aspiración perfectamente moral, Diógenes, con sus tendencias y doctrinas llevadas mucho más allá del justo límite, no es más que la caricatura de un moralista, mezcla de sofista y de socrático: una figura, en suma, cuya aparición sólo alcanza á explicarla la corrupción de la sociedad de entonces, y que bajo formas aún más groseras y por análogas causas, se reprodujo dos siglos después.

No hay para qué profundizar más aquí en el estudio del carácter de Diógenes. La larga lista de sus escritos que nos trasmite Diógenes Laercio, no comprende sino los encaminados á propagar y difundir las doctrinas por él profesadas; y las *Diatribas* que se citan con su nombre, no son evidentemente otra cosa que simples apuntes de índole análoga á las *Memorias de Sócrates*, de Jenofonte [2]). Cuán variados eran, por lo demás, los adornos y disfraces de que se servían para hacer aceptable á las distintas clases sociales la doctrina cínica, lo evidencia la colección de cartas que corre con el nombre de *Crates* el tebano, el más famoso de los partidarios de Diógenes, y en la cual se hallan recogidas cuantas anécdotas se cuentan de Diógenes y del mismo Crates [3]). Importa poco el tiempo en que se formó esta colección; lo cierto es que ella basta para dar idea de un género de litera-

[1]) Evidentemente se trastorna el sentido de la frase cuando en las palabras de Diógenes Laercio, 6, 54, se ve el juicio de Diógenes sobre Platon.

[2]) Después de citar los títulos de las supuestas obras de Diógenes, dice Diógenes Laercio, 6, 80: Σωσίκρατης δ' ἐν πρώτῳ τῆς διαδοχῆς καὶ Σάτυρος ἐν τῷ τετάρτῳ τῶν βίων οὐδὲν εἶναι Διογένους φασί, τὰ δὲ τραγῳδάρια φασὶν ἁ Σάτυρος Φιλίσκου εἶναι τοῦ Αἰγινήτου, γνωρίμου τοῦ Διογένους. Σωτίων δ' ἐν ἑβδόμῳ ταῦτα μόνα φησὶ Διογένους εἶναι· περὶ ἀρετῆς, περὶ ἀγαθοῦ, Ἐρωτικόν, Πτωχόν, Τολμαῖον, Ἡράβαλιν, Κάσσανδρον, Χρείας, Ἐπιστολάς. Estobeo, *Florilegio*, 8, 15; 9, 49; 13, 18, 19, y 49, 27, cita pasajes de las Διατριβαί. Göttling, *Gesammelte Abhandlungen*, vol. 1, p. 260, la tiene por obra del mismo Diógenes.

[3]) El primero que publicó esta colección fué Boissonade, en las *Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothèque Nationale*, tomo XI, y después Hercher en los *Epistolographi graeci*.

tura, cuyo carácter está en la más completa pugna con todas las exigencias del buen gusto y del sentido moral. Por lo demás, y circunscribiéndonos á Crates, conocemos varias parodias suyas, del género de las que antes hemos citado; así, por ejemplo, la descripción que en la *Odisea* (19, 172 y ss.) hace Homero de Creta, la emplea Crates para retratar una de las prendas más interesantes del traje cínico: el zurron [1]); y el fragmento que se conserva de una llamada tragedia, no es ni más ni menos que la parodia, en estilo hueco y altisonante [2]), de la respuesta que dió Diógenes, cuando, habiéndosele preguntado cuál era su patria, contestó que era cosmopolita [3]).

Y ciertamente este cosmopolitismo se halla más ó menos pronunciado en todos aquéllos, Platon inclusive, que soportaron el influjo de las doctrinas socráticas. Aunque en este punto pueda considerarse á Sócrates como una excepción, en todos sus discípulos aunque en diversos grados, se observa un evidente decaimiento del sentimiento nacional, ó para hablar con más propiedad, del sentimiento basado, de una parte en la diferencia de razas, y de otra en la unidad del Estado. El hecho de que en cierto tiempo llegaran á generalizarse estas ideas, las cuales sirvieron como de preparación al progreso de la cultura en la época siguiente, no puede ser motivo bastante para acusar de falta de patriotismo á cada uno de los que las profesaron, bien que casos como el de Jenofonte eran excepcionales también. En realidad, fueron un síntoma precursor de la transformación radical consumada cuando aún no había transcurrido un siglo desde la muerte de Sócrates. Al mismo tiempo, realizáronse otros cambios no menos importantes que los que fueron necesaria consecuencia de una educación tan completamente distinta de la de anteriores épocas, y de las variaciones y desarrollo constantes que, desde principios del siglo IV, a. Chr., había venido sufriendo el nuevo sistema educativo. Del conflicto entre opiniones que mantenían entre

[1]) Diógenes Laercio, 6, 85.

[2]) *Loc. cit.*, 6, 98: γέγραφε καὶ τραγῳδίας ὑψηλότατον (Nauck supone, no sin fundamento, que debe ser ψιλότατον) ἐχούσας φιλοσοφίας χαρακτῆρα, οἷόν ἐστι κἀκεῖνο·

οὐχ εἷς πάτρα μοι πύργος οὐ μία στέγη,
πάσης δὲ γέρσον καὶ πόλισμα καὶ δόμος
ἕτοιμος ἡμῖν ἐνδιαιτᾶσθαι πάρα.

[3]) *Loc. cit.*, 63: ἐρωτηθεὶς πόθεν εἴη, κοσμοπολίτης, ἔφη.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sí enconada lucha, la que continuaba considerando la Retórica como el medio más eficaz de hacer apta á la juventud para todo trabajo así intelectual como material, y la que, por el contrario, veía este poderoso resorte únicamente en la Filosofía, fué poco á poco surgiendo la unión y consorcio de ambas, que han sido en los siglos posteriores la base de la enseñanza superior.

Como se ve, aunque fueron distintos y en parte también contrarios los elementos que contribuyeron al posterior desarrollo de la civilización y de la cultura, la influencia de Sócrates ha sido el principal factor. Con Sócrates, la persuasión fundada en la verdad filosófica, ocupa en la vida un puesto al lado de la tradición religiosa y de la creencia en los dioses. Importa poco investigar cuál de estas opuestas tendencias fué la que hizo más prosélitos. Lo que en realidad interesa, es determinar cuál de ellas prevaleció; y á este propósito consignaremos que un siglo después de la muerte de Sócrates, nadie dudaba en Atenas que eran las ideas y aspiraciones de este último las que habían triunfado. Claramente lo revela el fragmento, que se conserva, de una defensa de la ley dictada en el año 307 a. Chr. por Sófocles, hijo de Antíclides, contra las escuelas filosóficas. «Así como de una vara de tomillo—había dicho Demócares—no puede hacerse una buena lanza, así ni de Sócrates puede hacerse un buen soldado, ni con discursos como los suyos se forman hombres verdaderamente dignos de llevar tal nombre» [1]). En labios de un sobrino de Demóstenes,—tal era Demócares—esta especie puede parecer quizá algo aventurada; mas en una cosa sin duda tenía razon el orador: en hacer á Sócrates responsable, en primer término, de aquella revolución en la manera de pensar de sus conciudadanos, que estaban llamadas á propagar las escuelas filosóficas.

[1]) Véase Ateneo, 5, p. 215, c.

CAPITULO XXXIX

Demócrito.

De un pasaje puesto en labios del mismo Demócrito, se infiere que figuraba, siendo aun joven, en una época en que Anaxágoras era ya de avanzada edad, y seguramente la diferencia entre ambos no bajaba de cuarenta años [1]). Así, pues, si convenimos en que Anaxágoras nació el año 500 a. Chr. [2]), podremos asegurar que fué el 460, el año en que nació Demócrito. Por consiguiente, era próximamente nueve años menor que Sócrates, á quien sobrevivió mucho tiempo, dado que parece verosímil la noticia de que, como Gorgias, vivió más de cien años [3]). Por notable coincidencia, fueron contemporáneos los dos hombres que, con razon, pueden ser considerados como iniciadores de las dos principales y opuestas tendencias que más tarde han imperado en el campo de la Filosofía. De todas suertes, la diferencia de edad no era tan considerable que, como se desprende de una

[1]) Véase el tomo II, pág. 13.

[2]) Diógenes Laercio, 9, 41: γέγονε δὲ τοῖς χρόνοις, ὡς αὐτός φησιν, ἐν τῷ μικρῷ Διακόσμῳ, νέος κατὰ πρεσβυτὴν Ἀναξαγόραν, ἔτεσιν αὐτοῦ νεώτερος τετταράκοντα. Sexto Empírico, *Adv. log.*, 140, demuestra que Demócrito citó con elogio á Anaxágoras, en una de sus obras.

[3]) El cálculo de Trasilo, en Diógenes Laercio, *loc. cit.*, según el cual Demócrito era un año menor que Sócrates, descansa probablemente en otra noticia del mismo Demócrito también, y verosimilmente relacionada con la precedente: la de que había compuesto su μικρὸς Διάκοσμος el año 730, después de la toma de Troya, lo cual hace suponer que Demócrito consignaba también en aquel pasaje su propia edad. Véase Diels, *Rhein. Museum*, vol 31, p. 30 y 31. La divergencia entre las noticias que se dan sobre el año de su nacimiento, explica la que existe entre las que corren acerca de la edad á que llegó. Véanse Hiparco en Diógenes Laercio, 9, 43, Luciano, *Macrob.*, 18, y Censorino, *De die nat.*, 15, 10. Lucrecio, 3, 1037, sólo habla de la *matura vetustas* del filósofo, que según parece le movió á darse la muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sí enconada lucha, la que continuaba considerando la Retórica como el medio más eficaz de hacer apta á la juventud para todo trabajo así intelectual como material, y la que, por el contrario, veía este poderoso resorte únicamente en la Filosofía, fué poco á poco surgiendo la unión y consorcio de ambas, que han sido en los siglos posteriores la base de la enseñanza superior.

Como se ve, aunque fueron distintos y en parte también contrarios los elementos que contribuyeron al posterior desarrollo de la civilización y de la cultura, la influencia de Sócrates ha sido el principal factor. Con Sócrates, la persuasión fundada en la verdad filosófica, ocupa en la vida un puesto al lado de la tradición religiosa y de la creencia en los dioses. Importa poco investigar cuál de estas opuestas tendencias fué la que hizo más prosélitos. Lo que en realidad interesa, es determinar cuál de ellas prevaleció; y á este propósito consignaremos que un siglo después de la muerte de Sócrates, nadie dudaba en Atenas que eran las ideas y aspiraciones de este último las que habían triunfado. Claramente lo revela el fragmento, que se conserva, de una defensa de la ley dictada en el año 307 a. Chr. por Sófocles, hijo de Antíclides, contra las escuelas filosóficas. «Así como de una vara de tomillo—había dicho Demócares—no puede hacerse una buena lanza, así ni de Sócrates puede hacerse un buen soldado, ni con discursos como los suyos se forman hombres verdaderamente dignos de llevar tal nombre» [1]). En labios de un sobrino de Demóstenes,—tal era Demócares—esta especie puede parecer quizá algo aventurada; mas en una cosa sin duda tenía razon el orador: en hacer á Sócrates responsable, en primer término, de aquella revolución en la manera de pensar de sus conciudadanos, que estaban llamadas á propagar las escuelas filosóficas.

[1]) Véase Ateneo, 5, p. 215, c.

CAPITULO XXXIX

Demócrito.

De un pasaje puesto en labios del mismo Demócrito, se infiere que figuraba, siendo aun joven, en una época en que Anaxágoras era ya de avanzada edad, y seguramente la diferencia entre ambos no bajaba de cuarenta años [1]). Así, pues, si convenimos en que Anaxágoras nació el año 500 a. Chr. [2]), podremos asegurar que fué el 460, el año en que nació Demócrito. Por consiguiente, era próximamente nueve años menor que Sócrates, á quien sobrevivió mucho tiempo, dado que parece verosímil la noticia de que, como Gorgias, vivió más de cien años [3]). Por notable coincidencia, fueron contemporáneos los dos hombres que, con razon, pueden ser considerados como iniciadores de las dos principales y opuestas tendencias que más tarde han imperado en el campo de la Filosofía. De todas suertes, la diferencia de edad no era tan considerable que, como se desprende de una

[1]) Véase el tomo II, pág. 13.

[2]) Diógenes Laercio, 9, 41: γέγονε δὲ τοῖς χρόνοις, ὡς αὐτός φησιν, ἐν τῷ μικρῷ Διακόσμῳ, νέος κατὰ πρεσβυτὴν Ἀναξαγόραν, ἔτεσιν αὐτοῦ νεώτερος τετταράκοντα. Sexto Empírico, *Adv. log.*, 140, demuestra que Demócrito citó con elogio á Anaxágoras, en una de sus obras.

[3]) El cálculo de Trasilo, en Diógenes Laercio, *loc. cit.*, según el cual Demócrito era un año menor que Sócrates, descansa probablemente en otra noticia del mismo Demócrito también, y verosimilmente relacionada con la precedente: la de que había compuesto su μικρὸς Διάκοσμος el año 730, después de la toma de Troya, lo cual hace suponer que Demócrito consignaba también en aquel pasaje su propia edad. Véase Diels, *Rhein. Museum*, vol 31, p. 30 y 31. La divergencia entre las noticias que se dan sobre el año de su nacimiento, explica la que existe entre las que corren acerca de la edad á que llegó. Véanse Hiparco en Diógenes Laercio, 9, 43, Luciano, *Macrob.*, 18, y Censorino, *De die nat.*, 15, 10. Lucrecio, 3, 1037, sólo habla de la *matura vetustas* del filósofo, que según parece le movió á darse la muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

observación incidental de Aristóteles [1]), no pudiera Demócrito, á pesar de ser más joven, haber sido el primero en distinguirse por sus ideas y tendencias.

Entre todos los grandes pensadores que florecieron antes que Aristóteles, Demócrito fué no solo el más erudito y, en cierta manera, quizá también el más importante, sino que según autorizados testimonios, su dicción no era menos brillante que la de Platon [2]). Como modelo de estilo filosófico, cita el suyo, equiparándolo al de Platon y Aristóteles, un crítico de la antigüedad [3]). Sin embargo de esto, en la Historia de la Literatura Griega, basada en la tradición, Demócrito no ocupa ya el lugar preeminente que por virtud de aquellas noticias le corresponde. Varias son las causas que explican este enigma: ante todo el temor que despertaron en los espíritus apocados sus doctrinas, tenidas por peligrosas, y el trato en cierto modo injusto y cruel que frecuentemente le han dispensado los modernos escritores de Historia de la Filosofía; en segundo lugar, la pérdida de sus escritos, la cual se explica en parte por lo que antes decimos, en parte también por el general abandono de que, excepción hecha de las obras de Platon y de Aristóteles, han sido víctima las producciones de todos los demás filósofos; y finalmente, la circunstancia de que por haber empleado el dialecto jónico, quedó excluído Demócrito del número de los escritores cuya lectura era preferentemente recomendada en las escuelas de los filósofos. Heródoto y Ctesias constituían en este punto una excepción, que sólo alcanza á explicar satisfactoriamente la índole de sus obras.

Por lo demás, si necesitáramos una prueba para juzgar de la impresión que dejó Demócrito, bastaría con que recurriésemos á lo que de él se decía. Hasta nuestros días, se le ha venido representando como filósofo siempre propenso á la burla y á la risa, en contraposición de Heráclito, siempre lloroso y compungido [4]).

---

[1]) *De part. animal.*, I, 1.

[2]) Véase Ciceron, *De orat.*, I, 11, 49: *Materies illa fuit physici de qua dixit, ornatus vero ipse verborum oratoris putandus est und besonders*, y especialmente en *Orator*, 20, 67: *itaque video visum esse nonnullis, Platonis et Democriti locutionem, etsi absit a versu, tamen quod incitatius feratur et clarissimis luminibus utatur, potius poema putandum quam comicorum poetarum.*

[3]) Dionisio de Halicarnaso, *De compos. verb.*, c. 24.

[4]) Véase Horacio, *Epist.*, 2, 1, 194 y ss., y Juvenal, 10, 331. El hecho de que en la supuesta correspondencia entre Hipócrates y Demócrito se hablara de ello

Las generaciones posteriores le consideraban también como encantador, á quien habían enseñado su arte los supuestos mágicos que Jerjes había dejado en Abdera. Es más creíble, aunque en su mayor parte es inventado, lo que se dice sobre sus relaciones con Hipócrates, el médico más famoso de su época.

Pero dejemos, como es justo, á un lado todas estas noticias [1]) para atenernos solamente á las que parecen confirmadas por testimonios serios y suficientes. Según la opinión más generalizada, era Demócrito oriundo de Abdera, ciudad que, por lo menos en aquella época, no había merecido la mala fama que adquirió más tarde. Como sucede también con Leucipo, de quien se le cree discípulo, algunos le suponían nacido en Mileto [2]). El padre de Demócrito, á quien unas veces se nombra Hegesístrato, otras Damasipo, y otras Atenócrito, debió poseer grandes riquezas; lo cual se infiere, menos de la noticia, á todas luces inventada, de que dió hospitalidad en sus tierras á todo el ejército de Jerjes, que de los viajes que Demócrito se halló en condiciones de emprender. Parece perfectamente cierto lo que se cuenta sobre la manera cómo se condujo con sus dos hermanos, al partir con ellos la herencia de sus padres, á saber: que contentándose con los bienes muebles, les cedió todos los raíces [3]). Las noticias evidentemente exageradas que se nos han trasmitido, no nos permiten marcar con exactitud el número y extensión de sus viajes. Debe, por el contrario, tenerse por cierto, lo que sin duda él mismo había dicho, esto es: que había visto más tierras y oído á más hombres sabios que ninguno de sus contemporáneos: noticia quizá tomada de las relaciones de los logógrafos, y acaso del mismo Heródoto [4]). Diodoro dice que Demócrito permaneció en Egipto

---

(véase la carta 17), no constituye prueba alguna respecto al tiempo en que nació esta idea.

[1]) La mayoría de ellas se halla en Diógenes Laercio.

[2]) De todas suertes resulta inexacto el dicho del escoliasta de Juvenal, 10, 50, que le llama megarense.

[3]) Eliano, *Historias varias*, 4, 29: τὴν παρὰ Δαμασίππου τοῦ πατρὸς οὐσίαν εἰς τρία μέρη νεμηθεῖσαν τοῖς ἀδελφοῖς τοῖς τρισί, ταὐτηγύριον μόνον λαβὼν ἐφόδιον τῆς ὁδοῦ, τὰ λοιπὰ τοῖς ἀδελφοῖς εἴασε. Διὰ ταῦτά τοι καὶ Θεόφραστος αὐτὸν ἐπῄνει ὅτι περιῆει κρείττονα ἀγερμὸν ἀγείρων Μενελάου καὶ Ὀδυσσέως.

[4]) Este fragmento se encuentra en Clemente Alejandrino, *Stromat.*, I, 15, 69, p. 357 de Pott: ἐλὼ δὲ τῶν κατ' ἐμεωυτὸν ἀνθρώπω γῆν πλείστην ἐπεπλανησάμην ἱστορίων τὰ μήκιστα κατ' ἄέρας τε καὶ γέας πλείστας εἶδον καὶ λογίων ἀνθρώπων πλείστων ἐσήκουσα καὶ γραμμέων ξυνθέσιος μετὰ ἀποδέξιος οὐδεὶς καὶ με παρήλλαξε,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cinco años [1]). En Atenas se detuvo también algún tiempo, sin que, no obstante asegurarse que allí conoció á Sócrates, fuera él conocido de nadie [2]). La noticia de que si no se dió á conocer fué porque no tenía sed alguna de gloria, revela el mismo amor propio, que el dicho de que en punto á resolver problemas geométricos, nadie, ni los mismos matemáticos egipcios, le habían aventajado. Que este tan alto aprecio que de sí mismo hacía Demóstenes, era justo, confírmalo plenamente el fruto de su larga estancia en extraños países, el cual se revela sobre todo en las observaciones por él recogidas. De regreso en Abdera, parece que Demócrito se consagró enteramente al estudio [3]). De las numerosas noticias que se conservan acerca de esta época de su vida, ninguna hay que ofrezca garantías de autenticidad, si se exceptúa lo que se cuenta sobre la veneración de que era objeto, y á la cual debió el sobrenombre de "σοφία" [4]).

No es ciertamente tarea fácil la de dar idea exacta de la fecundidad de Demócrito como escritor. Poseemos el índice de la colección de sus obras—que parece nunca llegó á ser completa—que Trasilo había reunido en quince tetralogias [5]). Parece, sin embargo, que en la clasificación de los escritos auténticos y apócrifos de Demócrito, puso el matemático del emperador Tiberio tan escaso cuidado, como en la de las obras de Platon. Aunque queramos admitir que la noticia de un escritor tan poco escrupuloso como Suidas, según la cual, de todas las obras que corren con el nombre de Demócrito, sólo dos hay que pueden ser consi-

οὐδ' οἱ Αἰγυπτίων καλεόμενοι Ἁρπεδονάπται, σὺν τοῖς δ' ἐπὶ πᾶσιν ἐπ' ἔτεα πέντε ἐπὶ ξείνης ἐγενήθην.

[1]) Libro 1, 98.

[2]) Demetrio Magno en Diógenes Laercio, 9, 36: δοκεῖ δὲ καὶ Ἀθήναζε ἐλθεῖν καὶ μὴ σπουδάσαι γνωσθῆναι δόξης καταφρονῶν, καὶ εἰδέναι μὲν Σωκράτην, ἀγνοεῖσθαι δὲ ὑπ' αὐτοῦ. „Ἦλθον γάρ, φησιν, εἰς Ἀθήνας, καὶ οὔτις με ἔγνωκεν". Lo mismo dice Ciceron, *Disput. tuscul.*, 5, 36, 104: *Veni Athenas, inquit Democritus, neque me quisquam ibi agnovit.* No tiene gran importancia la contradicción de Demetrio Falereo, en Diógenes Laercio, 9, 37.

[3]) Lo que Petronio, *Sat.*, 88, p. 103, 8, dice: *itaque herbarum omnium succos Democritus expressit, et ne lapidum virgultarumque vis lateret aetatem inter experimenta consumpsit*, prescindiendo de la limitación que hallamos en estas palabras, debía ser exacto.

[4]) Clemente Alejandrino, *Stromat.*, 6, 13, 22.

[5]) En Diógenes Laercio, 9, 45. Véase también sobre este particular á Fr. Nietzsche, *Beiträge zur Quellenkunde und Kritik des Laertius Diogenes*, Basel, 1870, p. 22 y ss.

deradas como auténticas [1]); aunque admitamos, repito, que esta noticia se refiere exclusivamente á las que versan sobre cuestiones físicas, no es posible dudar que acontece con Demócrito lo mismo que con la mayoría de los escritores antiguos, muy especialmente con aquellos que gozaban fama de haber compuesto muchos libros, y que por consecuencia, no puede admitirse como indudable la autenticidad de todas las obras cuyos títulos constan en el catálogo de Trasilo, cuando, por otra parte, en la antigüedad pasaban por suyas, muchas que, ó no eran sino simples aglomeraciones de ideas y pasajes entresacados de los escritos de Demócrito, ó eran completamente ajenas á él [2]).

Es por lo menos dudoso si, dada la falta de datos seguros y el conocimiento por extremo escaso que tenemos de estas obras, sería oportuno intentar hacer en ellas un verdadero deslinde. De las dificultades que éste ofrecería, es ya buena muestra el hecho de que uno de los dos escritos cuya autenticidad parece suficientemente demostrada por el testimonio de Suidas, aparece citado en otra parte como obra de Leucipo, con la garantía de autoridad tan respetable como la del filósofo Teofrasto, de quien sabemos que, en una obra sobre las doctrinas de los físicos antiguos, había analizado detenidamente las teorías de Demócrito [3]).

Sin entrar á examinar aquí separadamente cada uno de los escritos que á Demócrito se atribuyen, creemos deber parar mientes en el dicho de Diógenes Laercio, según el cual el número de obras auténticas de Demócrito, si bien no alcanzó á ser tan considerable como el de las producciones de los filósofos posteriores, Aristóteles por ejemplo, no es tampoco en modo alguno insignificante [4]). Aunque Aristóteles, á consecuencia de una costumbre para nosotros lamentable, olvida frecuentemente consignar las

[1]) Δημόκριτος... γνήσια δ'αὐτοῦ βιβλία εἶσι β', ὅ τε μέγας Διάκοσμος καὶ τὸ περὶ φύσεως.

[2]) Diógenes Laercio, 9, 49: τὰ δ' ἄλλα ὅσα τινὲς ἀναφέρουσιν εἰς αὐτὸν τὰ μὲν ἐκ τῶν αὐτοῦ διεσκεύασται, τὰ δ' ὁμολογουμένως ἐστὶν ἀλλότρια.

[3]) Diógenes Laercio, 9, 46: μέγας Διάκοσμος, ὃν οἱ περὶ Θεόφραστον Λευκίππου φασὶν εἶναι. En las *Verhandl. der* 35 *vers. der Philologen*, p. 100 y 101 ha tratado Diels esta cuestión con grandísima claridad y provecho. En su opinión, lo mismo el μέγας Διάκοσμος, que una segunda obra intitulada περὶ νοῦ, son de Leucipo. No es, por lo demás, inverosímil, la hipótesis de que el título de Διάκοσμος debía comprender toda una serie de producciones.

[4]) *Loc. cit.*, 1, 16.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fuentes de que se sirvió para conocer y analizar las opiniones de Demócrito, de sus obras pueden sacarse pruebas de la existencia de producciones de este último, sobre los asuntos más diversos. Parece, sin embargo, indudable, que gran número de los pasajes en que Aristóteles habla de Demócrito, no deben referirse á opiniones consignadas en tratados especiales por este último. Ha de admitirse, por tanto, que estas opiniones están tomadas de varias obras [1]. Como parte de los que trataban especialmente de cuestiones físicas, consideraba sin duda Aristóteles los que se referían á estudios de historia natural, sobre todo de zoología; al paso que en ninguna parte se encuentran vestigios de que hubiera utilizado obras de filosofía moral, de las cuales parecen proceder el mayor número de los fragmentos de Demócrito que se conservan. Por extraña que pueda parecer esta última circunstancia, existen fundamentos que la explican, sin que ninguno de ellos sea la aseveración, á menudo repetida, de que son apócrifas todas las obras de este género atribuídas á Demócrito; pues no sería imposible que en la época en que se pronunciaron los discursos de que parece estar sacada la Etica Nicomaquea, el Gran Lector, como le llamaba Platon, no hubiera profundizado aún en las doctrinas de Demócrito.

Por lo demás, la tradición coloca el verdadero centro de la teoría preconizada por Demócrito, más bien en el campo de la Física que en el de la Etica. Las noticias de los antiguos nos la muestran en cierta íntima conexión con las doctrinas de los Eleáticos. Leucipo, de quien se dice que fué colega (ἑταῖρος) [2] de Demócrito, era contemporáneo de Anaxágoras, y aun pasa por colega también de Zenon [3]. Tal confirma el mismo Aristóteles, al señalar ciertos puntos de contacto entre las opiniones de los Eleáticos y las de aquellos cuyos representantes eran simultáneamente Leucipo y Demócrito [1]. Lejos de nuestro propósito examinar aquí los diversos ensayos hechos por los modernos escritores de Historia de la Filosofía, para asignar al sistema preconizado por estos dos hombres el puesto que en justicia le corresponda en la historia del desenvolvimiento de la Filosofía griega, ni tampoco la cuestión, aún casi por resolver, de cual sea la parte que en el mismo hayan tenido cada uno de ellos. Parece que los antiguos renunciaron ya á todo ensayo de deslinde en este asunto. Pero aunque Demócrito no fuera el iniciador y creador de aquella doctrina, fué seguramente, abstracción hecha de lo que contribuyó á su consolidación y posterior desarrollo, su verdadero expositor y propagandista: aquel cuyo nombre va constantemente unido á la teoría de los átomos, y cuyas opiniones, en materia de Física, se apropió más tarde Epicuro [2].

La doctrina á cuya difusión se consagró Demócrito, descansa principalmente en la doble hipótesis, por una parte, de un espacio vacío (τὸ κενόν) al lado del ocupado por la materia, y por otra, de una división de esta materia en una serie de corpúsculos indivisibles, á que se da el nombre de átomos (ἄτομα). Estos átomos por sí mismos invariables, ofrecen sin embargo entre sí numerosas diferencias, no sólo en punto á su magnitud, sino también á su forma; y precisamente estas diferencias infinitas, explican la infinita variedad de las cosas. Ahora bien: así como éstas nacen de la reunión de mayor ó menor número de átomos, así mueren por la disgregación de los mismos, y así también se transforman y cambian cuando cambia la respectiva disposición de los átomos.

No podemos analizar el planteamiento y desarrollo de esta doctrina, la cual, como queda dicho, abrazó Epicuro y de la que más tarde fué el poeta romano Lucrecio el más entusiasta propagandista, sino en lo que, sin salirnos de los límites convenientes, sea necesario para mostrar de qué manera Demócrito intentó explicar, por medio de ella, la impresión que las cosas producen en nuestros sentidos. Aunque sus argumentos descansan en parte, en la observación de hechos y accidentes de la vida ordinaria, no carecen de agudeza y sobre todo de lógica. Muchos son los cargos y censuras que se han formulado contra Demócrito, á quien, en la época moderna, se ha llegado hasta tildar de sofis-

[1]) Véanse los justificantes en Bonitz, *Index Aristot.*

[2]) Así lo dice el autor de la *Etica*, 1, 4, p. 985, 6, 4, que ha llegado á nosotros entre los escritos de Aristóteles, y en los extractos de la obra de Teofrasto sobre las opiniones de los primitivos físicos, en Simplicio, Comentario á la *Física* de Aristóteles, p. 28, 15 de la edición de Diels. Debe mirarse como fracasado el intento de Rohde, *Verhandl. der* 34 *Philologen v.*, quien apoyándose en el pasaje de Diógenes Laercio, 10, 7, pretendió poner en tela de juicio la existencia de Leucipo.

[3]) Diógenes Laercio, 9, 30: Λεύκιππος Ἐλεάτης ἢ Μιλήσιος... οὗτος ἤκουσε Ζήνωνος. Teofrasto, *loc. cit.*, quien también le llama Ἐλεάτης ἢ Μιλήσιος, dice además κοινωνήσας Παρμενίδῃ τῆς φιλοσοφίας.

[1]) *De gener. et corr.*, 1, 8.

[2]) Lucrecio alude también en dos distintos pasajes á la *sancta sententia* de Demócrito, pero no habla de Leucipo. Véase 3, 371 y 5, 622.

ta: no hemos de investigar aquí si esta censura es ó no justa; pero sí consignaremos que no lo es en modo alguno la de que mostraba afición decidida y manifiesta al saber empírico. Se comprenderá también que no puede formarse de Demócrito un juicio definitivo, simplemente porque se le considere culpable de materialismo, y porque por ello se le asigne sólo un lugar secundario en el progreso de la filosofía griega, cosa que puede atribuirse en parte á la manifiesta mala voluntad que parece le profesó Platon. Ahora bien: ¿por qué este último evitaba con gran cuidado nombrar á Demócrito, á pesar de que según todas las probabilidades en algunos pasajes seguía sus opiniones? [1]. Cuestión es esta ya suscitada por los antiguos, quienes sin embargo no llegaron á darle una solución satisfactoria [2]. En cambio sólo difícilmente se compadece con los vicios y defectos de que se ha tildado á su filosofía, el manifiesto aprecio que Aristóteles hace de Demócrito y de sus doctrinas, aun allí donde no le mueve otro propósito que el de combatirlas [3]. Antes bien, es indudable que sin embargo de la diferencia fundamental de sus ideas filosóficas, debía existir entre ambos escritores manifiesta semejanza [4], y aun quizá, si conociéramos mejor las obras de Demócrito y sus teorías sobre

[1]) Véase sobre este particular á R. Hirzel, *Untersuchungen zu Ciceros philosoph. Schriften*, part. I, p. 141 y ss., el cual cree verosímil que se refieran á Demócrito los pasajes 10, p. 583, b y ss. de la *República*, y p. 13, d. y ss. del *Filebo*.

[2]) Diógenes Laercio, 3, 25, dice de Platon: πρῶτός τε ἀντειρηκὼς σχεδὸν ἅπασι τοῖς πρὸ αὐτοῦ ζητεῖται διὰ τί μὴ ἐμνημόνευσε Δημοκρίτου. Parece altamente inverosímil lo que dice en el 9, 40: 'Αριστόξενος δ' ἐν τοῖς ἱστορικοῖς ὑπομνήμασί φησι Πλάτωνα ϑελῆσαι συμφλέξαι τὰ Δημοκρίτου συγγράμματα, ὁπόσα ἠδυνήϑη οὖν συναγαγεῖν. 'Αμύκλαν δὲ καὶ Κλεινίαν τοὺς Πυϑαγορικοὺς κωλῦσαι αὐτόν, ὡς οὐδὲν ὄφελος· παρὰ πολλοῖς γὰρ εἶναι τὰ βιβλία ἤδη. Más explicable sería hasta cierto punto, que la conducta de Platon para con Demócrito, fuera sólo una consecuencia del deseo de no entrar en polémica con uno de los filósofos más sobresalientes. Véase, por lo demás, el pasaje de Trasilo citado en la nota 4 de esta misma página.

[3]) Así, el pasaje *De part. anim.*, 1, 1, p. 642, a, 24: αἴτιον δὲ τοῦ μὴ ἐλϑεῖν τοὺς προγενεστέρους ἐπὶ τὸν τρόπον τοῦτον, ὅτι τὸ τί ἦν εἶναι καὶ τὸ ὁρίσασϑαι τὴν οὐσίαν οὐκ ἦν, ἀλλ' ἥψατο μὲν Δημόκριτος πρῶτος, ὡς οὐκ ἀναγκαῖον δὲ τῇ φυσικῇ ϑεωρίᾳ ἀλλ' ἐκφερόμενος ὑπ' αὐτοῦ τοῦ πράγματος, encierra un elogio, aunque moderado, del filósofo: puesto que, comparándolas con las de todos sus predecesores, reconoce en las doctrinas de Demócrito un verdadero progreso.

[4]) Como la de Aristóteles, atestigua sobre todo la variedad del ingenio de Demócrito, por ejemplo Filodemo, *De musica col. Herc.*, 1, p. 135, col. 36, según la corrección de Mullach: ἀνὴρ οὐ φυσιολογώτατος μόνον τῶν ἀρχαίων, ἀλλὰ καὶ περὶ τὰ ἱστορούμενα οὐδενὸς ἧττον πολυπράγμων. A esto se refiere también lo que Diógenes Laercio, 9, 37, dice de Trasilo: εἴπερ οἱ 'Αντερασταὶ Πλάτωνός εἰσι, φησὶ

cada una de las distintas cuestiones filosóficas, encontraríamos que era esta semejanza mucho mayor de lo que á primera vista parece. Por otra parte, no es imposible que en las obras zoológicas de Aristóteles y en las botánicas de Teofrasto, haya muchas ideas y apreciaciones tomadas de Demócrito. No estaba por lo menos en contradicción con los usos admitidos en estas materias, la costumbre, por cierto muy generalizada, de no nombrar al mantenedor y propagandista de una opinión cualquiera, sino cuando se trataba de combatirla por inexacta.

Por lo demás, en ninguna parte se habla de que las teorías de Demócrito hubieran ejercido influencia alguna perniciosa, y ciertamente debe considerarse el ya citado silencio que Platon ha guardado en este punto, como un síntoma favorable á la índole moral de su doctrina. Aunque la censura que se dirige contra la filosofía de Demócrito, por menospreciar la investigación de las últimas causas de las cosas y ver en todo la obra de la necesidad, fuera fundada y razonable [1], y aunque sus ideas sobre la existencia de los dioses pareciesen peligrosas [2], su doctrina sobre la virtud, no ofrece en manera alguna un carácter esencialmente distinto del que ostenta la ética de Sócrates [3]. Para Demócrito, el bien supremo era la tranquilidad del espíritu, asunto sobre el cual versaba su obra intitulada περὶ εὐϑυμίης. Para conseguir aquella tranquilidad, son necesarias, segun él, la moderación en los goces materiales y una vida armónica y ordenada [4]): pues que todo lo

Θράσυλλος, οὗτος (esto es Demócrito) ἂν εἴη ὁ παραγενόμενος ἀνώνυμος, τῶν περὶ Οἰνοπίδην καὶ 'Αναξαγόραν ἕτερος, ἐν τῇ πρὸς Σωκράτην ὁμιλίᾳ διαλεγόμενος περὶ φιλοσοφίας, ᾧ, φησίν, ὁ φιλόσοφος ὡς πεντάϑλῳ ἔοικεν. καὶ ἦν ὡς ἀληϑῶς ἐν φιλοσοφίᾳ πένταϑλος.

[1]) Aristóteles, *De anim. gener.*, 5, 8, p. 789, b, 2: Δημόκριτος δὲ τὸ οὗ ἕνεκα ἀφεὶς λέγειν πάντα ἀνάγει εἰς ἀνάγκην οἷς χρῆται ἡ φύσις.

[2]) El principal pasaje á este punto relativo, es el de Sexto Empírico, *Adversus mathematicos*, 9, 24: ὁρῶντες γάρ, φησιν ὁ Δημόκριτος, τὰ ἐν τοῖς μετεώροις παϑήματα οἱ παλαιοὶ τῶν ἀνϑρώπων, καϑάπερ βροντὰς καὶ ἀστραπάς, κεραυνούς τε καὶ ἄστρων συνόδους ἡλίου τε καὶ σελήνης ἐκλείψεις, ἐδειματοῦντο, ϑεοὺς οἰόμενοι τούτων αἰτίους εἶναι. Zeller trata más ámpliamente y con grandísima claridad esta cuestión; sobre todo hace ver cómo Demócrito, cual á menudo aconteció más tarde, intentó transformar en demonios los dioses de la religión popular.

[3]) Ha tratado notablemente este punto Th. Ziegler en su *Geschichte der Ethik*, Bonn, 1882, vol 1, p. 34 y ss.

[4]) Estobeo, *Florilegio*, 1, 40: ἀνϑρώποισι γὰρ εὐϑυμίη γίνεται μετριότητι τέρψιος καὶ βίου ξυμμετρίῃ, τὰ δὲ λείποντα καὶ ὑπερβάλλοντα μεταπίπτειν τε φιλέει καὶ μεγάλας κινήσεις ἐμποιέειν τῇ ψυχῇ.

que es excesivo suele fácilmente redundar en propio daño y ocasionar honda perturbación al espíritu. Esta obra es de las pocas de Demócrito que hallamos citadas, pues en la mayoría de los casos los escritores hablan de las opiniones de este filósofo, pero sin consignar la fuente de donde las toman. Con habilidad extraordinaria, un investigador moderno y de mucha nota, ha demostrado cómo el mencionado trabajo de Demócrito ha sido utilizado en grande escala, allí donde quizá menos pudiera pensarse, á saber: en un tratado sobre la tranquilidad del alma, cuyo autor fué el representante más genuíno del Estoicismo en Roma, el filósofo Séneca [1]). Muchas de estas ideas, tal y como más tarde las desenvolvieron los Epicúreos—cuyo sistema en materias de Ética, no menos que el de su Física, está edificado sobre los cimientos colocados por Demócrito—y aun los mismos Estóicos, se encuentran ya expuestas de una manera notable en las obras de Demócrito. Tal demuestran no sólo la misma palabra εὐθυμίη, sino también una serie de análogos vocablos que encontramos ya en los fragmentos que se citan de la obra arriba mencionada, como εὐεστώ, ἀδαυμασία, ἀταραξία, ἁρμονίη, ξυμμετρίη y que hasta cierto punto desempeñan papel importantísimo en las doctrinas de los Epicúreos y de los Estóicos.

Cuanto demás de esto se dice sobre determinados escritos de Demócrito es, por las causas ya mencionadas, demasiado inseguro, para que podamos profundizar más en tal cuestión. Así como merced á serias investigaciones como aquellas á que debemos el conocimiento del contenido de la obra περὶ εὐθυμίης, no sólo ha podido formarse una colección de todos los fragmentos de producciones de Demócrito que se han conservado, y la cual satisface cumplidamente todas las exigencias, sino que al mismo tiempo se han desvanecido muchas ideas completamente erróneas, sobre todo acerca del origen de varias máximas citadas con el nombre de Demócrito, de la misma suerte es muy posible que más adelante se pongan en claro puntos que hasta ahora permanecen en la oscuridad. Estos descubrimientos habrían de demostrarnos cómo

[1]) R. Hirzel, *Democrits Schrift* περὶ εὐθυμίης, en el *Hermes*, vol. 14, p. 354 y siguientes. Según ha evidenciado este mismo escritor, por propia declaración de Séneca consta que el título de su obra, es simple traducción del título de la de Demócrito, *De tranquillitate anima*, c. 2: *hanc stabilem animi sedem Graeci* εὐθυμίαν *vocant, de qua Democriti volumen egregium est, ego tranquillitatem voco.* Véase Ciceron, *De finibus*, 5, 8, 23: *Democriti autem serenitas, quae est animi tamquan tranquillitas.*

más de una idea posteriormente difundida, había sido ya formulada en la forma misma en que después la hallamos, por un hombre cuyas doctrinas hicieron profunda impresión en los espíritus: si bien la suerte que cupo á sus producciones haya sido tan lamentable como inmerecida [1]). Esta última consideración es aplicable muy particularmente á las obras de Demócrito sobre la música, la poesía y el lenguaje, de las cuales sólo conocemos la opinión de que «la esencia de la poesía está en la inspiración divina» [2]).

De la dicción de Demócrito, tan elogiada por los antiguos, hemos tenido ya ocasión de hablar. Bajo este punto de vista, Demócrito debió merecer el respeto del mismo Timon el Silógrafo, quien, parodiando un dicho muy conocido de Homero, le presenta como περίφρονα ποίμενα μύθων [3]). Sin duda alguna, con esto Timon quería hacer resaltar el colorido poético y la energía del estilo de Demócrito; mas no puede negarse en absoluto que aludiera también á su doctrina, la cual, admitiendo la pluralidad de mundos; explicando, por ejemplo, la naturaleza de la Vía Láctea diciendo que no era más que el resplandor que producían infinito número de estrellas agrupadas; y suponiendo al mundo poblado de demonios, en determinadas circunstancias visibles para el hombre, ofrecía anchísimo campo á la fantasía.

De igual suerte proclama y reconoce Plutarco la avasalladora sublimidad del estilo de Demócrito [4]); y acaso siguiendo esta opinión, su lenguaje se ha comparado nada menos que al del

[1]) La noticia de la traducción armenia de la obra de Filo, *De provid.*, 2, p. 54, *porro ex suis operibus celebratis, quod appellatur magnus Diacosmus centum, ut nonnulli dicunt, adhuc amplius atticis talentis CCC æstimatum fuit*, no es sino una desfiguración de lo que dice Diógenes Laercio, 9, 39 y 40. Véase sobre el particular á Diels, *loc. cit.*, p. 103. Por consiguiente, no se trata del precio de los libros como cree Birt, *loc. cit.*, p. 434.

[2]) Clemente Alejandrino, *Stromat.*, 6, p. 827: Δημόκριτος ὁμοίως· ποιητὴς δὲ ἅσσα μὲν ἂν γράφῃ μετ' ἐνθουσιασμοῦ καὶ ἱροῦ πνεύματος καλὰ κάρτα ἐστί. Dion Crisóstomo, *Or.*, 53, in.: Ὁ μὲν Δημόκριτος περὶ Ὁμήρου φησὶν οὕτως· Ὅμηρος φύσιος λάχων θεαζούσης ἐπέων κόσμον ἐτεκτήνατο παντοίων. Véase Ciceron, *De Orat.*, 2, 46; *De divinatione*, 37, y Horacio, *Epistola ad Pisones*, verso 296.

[3]) Diógenes Laercio, 9, 40: ὅν γε καὶ Τίμων τοῦτον ἐπαινέσας τὸν τρόπον ἔχει

οἷον Δημόκριτόν τε περίφρονα ποιμένα μύθων
ἀμφίνοον λεσχῆνα μετὰ πρώτοισιν ἀνέγνων.

[4]) *Quaest. conviv.*, 5, 7, 6, 2: οὕτω γὰρ οἶμαί πως τὸν ἄνδρα τῇ δόξῃ, τῇ δὲ λέξει δαιμονίως τε λέγειν καὶ μεγαλοπρεπῶς.

padre de los dioses [1]). Además—y quizá constituya esto una diferencia más esencial entre él y aquel otro filósofo con quien los antiguos acostumbraban presentarle en completa oposición, que la que parece existir entre los rasgos de sus fisonomías respectivas—poseía Demócrito el arte de exponer sus ideas con más claridad que ninguno de sus predecesores [2]). El estilo de Demócrito se distinguía, así por el arranque poético, como por el frecuente uso de neologismos. La profusión con que empleaba en sus obras las denominadas «glosas», esto es, locuciones peculiares de un escritor ó de un dialecto determinado, revélala suficientemente el hecho de que Calímaco formó con ellas una colección [3]).

Poco hay que decir de los discípulos de Demócrito, pues ninguno de ellos alcanzó, al menos por sus escritos, gran importancia [4]). Es, en cambio, enigmática la noticia propalada en época relativamente remota, de que el sofista Protágoras recibiese enseñanzas de Demócrito, después que por casualidad este último tuvo ocasión de admirar la agudeza de ingenio del primero. Sin embargo de que los antiguos sostuvieron tenazmente esta opinión, y á pesar de estar apoyada por la respetable autoridad de Aristóteles [1]), no parece que deba dársele gran crédito. Pero sea de ello lo que quiera, es lo cierto que pugna con todos los datos cronológicos que conocemos; en efecto, Protágoras, que era de bastante más edad que Sócrates, debió nacer por lo menos veinte años antes que Demócrito. Esto aparte de que no se descubre el más ligero vestigio, de que ni personalmente, ni por medio de sus doctrinas, hubiera ejercido Demócrito influencia alguna en Protágoras [2]). Por lo demás, cómo Epicuro, en cuyo testimonio parece que en definitiva se funda esta noticia, se atrevió á propalar tamaña invención cuando apenas había transcurrido un siglo desde la muerte de Protágoras, debería con razon extrañarnos, si no hubiera propalado otras análogas, y en parte más increíbles, respecto de Platon y Aristóteles, filósofos mucho más cercanos á su época [3]).

---

[1]) Sexto Empírico, *Adversus log.*, § 265: Δημόκριτος δὲ ὁ τῇ Διὸς φωνῇ παρεικαζόμενος. Amiano Marcelino, 22, 16, 22: en las palabras *ex his fontibus per sublimia gradiens sermonum amplitudine Iovis æmulus non visa Aegypto militavit sapientia gloriosa*, Valerio ha suplido con el de Platon el nombre que falta en lugar de *non*. Bien podría suplirse el de Demócrito, lo cual en todo caso sería más verosímil que la desdichada idea de leer *ex his Jesus*, conservando el *non*, como se hace en una edición moderna.

[2]) *De divinatione*, 2, 64, 133: *Valde Heraclitus obscurus, minime Democritus*. La censura que en cambio le dirige Teofrasto, *De sensu*, § 57: τὸ μὲν οὖν ἀσαφῶς ἀφορίζειν ὁμοίως ἔχει τοῖς ἄλλοις, refiérese como es natural, más bien que al estilo, á la falta de penetración filosófica. De que el excéptico Pirron—á quien, como discípulo de Anaxarco de Abdera que mantenia estrechas relaciones con Demócrito, también se presenta íntimamente relacionado con este último—imitara el estilo de Demócrito, como sostiene Müllach, no se dice palabra en el pasaje de Eusebio, *Prapar. evang.*

[3]) En la lista de sus obras que da Suidas, aparece citada con el título, ciertamente difícil de explicar, de πίναξ τῶν Δημοκρίτου γλωσσῶν καὶ συνταγμάτων. De aquí proceden las numerosas citas de Demócrito en el *Lexicon* de Hesiquio. No tenemos noticias más detalladas de una obra de Hegesianax intitulada περὶ τῆς τοῦ Δημοκρίτου λέξεως, ni de otra de Trasilo τὰ πρὸ τῆς ἀναγνώσεως τῶν Δημοκρίτου βιβλίων, citada por Diógenes Laercio, 9, 41.

[4]) Cítase como partidario de Demócrito, á Anaxarco, compañero de Alejandro, muy conocido por su desgraciado fin, y sobre el cual debe verse á Th. Gomperz, *Abhandlung Anaxarch und Kallisthenes* en los Comm. Momms., Berlin, 1877, p. 471 y ss.

[1]) Parece ser que esta noticia está tomada de una carta de Epicuro que traen Ateneo, 8, p. 354, c, y Diógenes Laercio, 9, 35, y, con algunos más pormenores sin importancia, Aulo Gelio, *Noct. att.*, 5, 3. Es exacta la adición de Amiano Marcelino, 22, 8, 3: *cuius apud principium* (esto es, del golfo llamado Melas) *Abdera visitur Protagoræ domicilium et Democriti*.

[2]) Según Böckh, *Encycl. und Methodologie*, p. 236, Platon, por ironía y por burla, empleó en el *Protágoras* el ritmo democrítico.

[3]) Véase Diógenes Laercio, 10, 8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XL

La literatura médica y las obras atribuídas á Hipócrates.

No son únicamente las brillantes producciones poéticas, históricas, oratorias y filosóficas las que dan testimonio de las superiores dotes del pueblo griego: con igual fuerza, y en época bien temprana, revelaronse también sus maravillosas aptitudes en otros ramos del saber humano. Si las obras médicas que constituyen la colección sin duda más importante, si bien no la más extensa, de la antigüedad, son del autor cuyo nombre llevan, debieron ser escritas á fines del siglo v ó principios del iv antes de nuestra Era. Y sin que aquí tratemos de prejuzgar la cuestión de si hay fundamento bastante para atribuir á estas producciones tan remota fecha, no será inoportuno enlazar inmediatamente su estudio, que, como haremos ver, tiene perfecta cabida en una Historia de la Literatura griega, con el del filósofo de que acabamos de hablar, contemporáneo de Hipócrates, y á quien por otra parte la tradición ha relacionado bajo diversos aspectos con el célebre médico.

Tal vez al observador superficial pueda parecer explicable la llaneza, mezcla de protección y de lástima, con que hoy en día se juzga á veces lo que la antigüedad hizo en materia de investigación científica [1]). Pero cuanto más fundado sea el orgullo con que contemplemos los maravillosos resultados obtenidos por los continuos progresos de la investigación científica en nuestros días, tanto menos debemos olvidar que, como con admirable previsión dijo Aristóteles, en los dominios de la ciencia el tiempo es inventor y colaborador excelente [2]). Siendo siempre el punto de

[1]) Tal es el punto de vista que adopta, por ejemplo, el inglés G. H. Lewes en su obra sobre Aristóteles, publicada en alemán en Leipzig, 1865.

[2]) *Etica Nicomaquea*, 1, 7 p. 1098, a 22: δόξειε δ' ἂν παντὸς εἶναι προαγαγεῖν καὶ διαρθρῶσαι τὰ καλῶς ἔχοντα τῇ περιγραφῇ, καὶ ὁ χρόνος τῶν τοιούτων εὑρετὴς ἢ σύνεργος ἀγαθὸς εἶναι.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

partida para toda observación y descubrimiento, una verdad científica perfectamente conocida, es natural que las verdades se enlacen y relacionen unas con otras como los diferentes eslabones de una cadena. Á medida que va siendo mayor el número de observaciones y más rico el caudal de los experimentos, van perfeccionándose los medios que han de hacer posibles descubrimientos nuevos. Aunque parezca ocioso tratar de investigar ahora á qué altura hubieran llegado los griegos si hubiesen podido disponer de los medios que hoy no sólo facilitan sus observaciones á médicos, astrónomos y naturalistas, sino que les prestan garantías de seguridad, es evidente que si se reflexiona que los antiguos lanzáronse, por decirlo así, con los ojos vendados, á resolver problemas científicos, más bien que mirarlos con desprecio, debiéramos admirar los resultados que alcanzaron.

Tenían los griegos una pronunciada tendencia á la especulación. Es indudable, sin embargo, que las tentativas por pasar inmediatamente de la percepción de determinados hechos y fenómenos, á la explicación de los mismos, fueron muchas veces prematuras y que por esta causa no tuvieron éxito. Pero esta necesidad de elevarse de lo particular á lo general, nos explica el por qué ellos no se contentaron, como otros pueblos, con un saber puramente empírico, sino que á pesar de todas sus deficiencias y errores, siempre se remontaron á una concepción verdaderamente científica. Por más que su método fuese imperfecto, era ya un importante progreso el haber llegado á adoptar un método determinado; y sólo así era posible que trasmitiesen á la posteridad una serie de teorías científicas, que en parte han prevalecido hasta el comienzo de la época moderna.

Independiente en absoluto de esta superioridad científica que distingue á los griegos entre todos los pueblos cultos de la antigüedad, es la cuestión acerca de la prioridad de ciertos descubrimientos. Mucho antes del tiempo á que podemos remontarnos en busca de los primeros orígenes de la civilización helénica, habíanse hecho en el Oriente observaciones astronómicas, y por medio de éstas habíanse consignado como verdades inconcusas, hechos importantes. Asimismo la Medicina también alcanzó cierto desarrollo entre los egipcios, por ejemplo, mucho antes que entre los griegos, y de esta suerte tal vez pudo ser importado á Grecia un gran caudal de conocimientos y experiencias. Pero lejos de contentarse, como lo hicieron los romanos, con utilizar

prácticamente este caudal, no sólo lo aumentaron en la medida de sus fuerzas, sino que ante todo procuraron poner en relación unos hechos con otros, para así poder llegar á darse fácil explicación de los mismos.

No puede determinarse con precisión en qué época se hicieron los primeros ensayos de este género, en el campo de la Medicina. Se pretende que la Colección de obras médicas, algunas bastante extensas, que hemos mencionado, data aproximadamente del tiempo en que aparecieron las primeras producciones en prosa. No sólo no consisten estas obras en meras anotaciones ó apuntes como los que pudieron inspirar las necesidades de la práctica, y que más tarde prodigó la misma antigüedad, si no que aparece en ellas la Medicina como ciencia ya muy desarrollada, y, lo que es todavía más notable, en la que se advierten diversas tendencias; lo cual, bien mirado, presupone no sólo diversidad de origen en aquellos escritos, sino también un grado de desarrollo alcanzado en época muy anterior. De acuerdo con este hecho se halla también el de que, si por una parte en la época á que la mayoría de estas obras corresponde, ya la Medicina había tenido su historiador [1]), por otra cierto escritor no vacila en afirmar de esta ciencia, que había llegado ya á donde en último resultado podía llegar [2]). Por más extraña que semejante afirmación pueda parecernos, la posteridad, sin embargo, vino á justificarla, por cuanto estas antiquísimas producciones son las más importantes que los antiguos produjeron en este ramo: fenómeno que por lo demás no es único en la historia.

Florecimiento tan repentino como este, supone necesariamente un largo período de lento desenvolvimiento. Para mejor comprenderlo, tal vez no será supérfluo exponer á grandes rasgos el modo cómo, con el transcurso del tiempo, adquirió la Medicina la importancia con que aparece en el siglo v antes de nuestra Era, y que de seguro había alcanzado largo tiempo atrás.

---

[1]) En la obra περὶ ἀρχαίης ἰητρικῆς.

[2]) Véase la obra atribuída á Hipócrates: περὶ τόπων τῶν κατὰ ἄνθρωπον, c. 46, t. 6, p. 342 de la edic. de Littré: ἰητρικὴ δή μοι δοκέει ἤδη ἀνευρῆσθαι ὅλη, ἥτις οὕτως ἔχει, ἥτις διδάσκει ἕκαστα καὶ τὰ ἔθεα καὶ τοὺς καιρούς, y además: βέβηκε γὰρ ἰητρικὴ πᾶσα, καὶ φαίνεται τῶν σοφισμάτων τὰ κάλλιστα ἐν αὐτῇ συγκειμένα ἐλάχιστα τυχῆς δεῖσθαι. En este punto se expresa muy razonablemente el autor del ya mencionado escrito περὶ ἀρχαίης ἰητρικῆς, cuyo segundo capítulo debe verse.

010004

Ya en los poemas homéricos, espejo fiel de la primitiva civilización del pueblo griego, aparece la Medicina como un arte en cuyo ejercicio, y á pesar de que acababa de salir de la infancia [1]), habían adquirido ya muchos gran renombre. Como Peon presta socorro á los dioses con sus medicamentos [2]), así Podalirio y Macaon están al lado de los griegos para salvar sus vidas ó aliviar sus dolores. Los ἄνδρες ἰητῆρες, que es como se llamaba á los médicos, gozan en los cantos de Homero de consideración análoga á la que se concedía á los augures y á los poetas inspirados por la divinidad; nadie puede prescindir de su asistencia, y en todas partes tienen asegurada favorable acogida [3]). Si en general aparece más adelantada la Cirugía, explícalo el carácter de las escenas que en ambos poemas se desarrollan. Por esta misma razon los médicos son también mencionados con más frecuencia en la *Iliada* que en la *Odisea*. Con no menos elogios habla de este arte, el autor de uno de los más antiguos poemas cíclicos [4]). El saber de los médicos, que, por supuesto, era puramente empírico, se trasmitía por herencia dentro de determinadas familias, de las cuales la más célebre fué la de los Asclepiadas. Según hace notar Platon [5]), y lo confirma la costumbre general de la antigüedad, los discípulos y colegas de Esculapio, divino protector del arte de curar, eran mirados como sus descendientes naturales. El culto de Esculapio floreció desde remotos tiempos, especialmente en las islas de Cos y de Cnido, cada una de las cuales había erigido un templo en su honor. Ahora bien: esta conexión íntima de la enseñanza y el ejercicio de la Medicina con la religión, que conservaron siempre intacta los antiguos, no tenía otro fundamento que la creencia en que, así como las enfermedades provienen inmediatamente de la divinidad que las envía, así tampoco pueden ser curadas sin el auxilio de la misma divinidad: idea más tarde combatida merced al influjo de la filosofía [6]), y que en

[1]) Daremberg, *La médecine dans Homère*, París, 1865, ha tratado admirablemente esta cuestión. Véase también Welcker, *Kleine Schriften*, vol. 3.

[2]) *Iliada*, 5, versos 401, 899 y 900.

[3]) Véase la *Odisea*, 17, 381.

[4]) Véanse los *Fragm. ep. gr.*, p. 35 de Kinkel, y Welcker, *loc. cit.*, 46 y ss.

[5]) *Republ.*, 10, p. 599, e. Véase la *Iliada*, 4, 219.

[6]) Especialmente en uno de los más notables escritos que corren con el nombre de Hipócrates: περὶ ἀέρων τόπων καὶ ὑδάτων, y lo mismo en el περὶ ἱερῆς νούσου.

aquella época no podía menos de abrir ancho campo á la superstición. Sería un trabajo muy propio de un historiador de la cultura de la humanidad, escribir la historia de esta superstición y de las diferentes formas en que ha reaparecido en el trascurso de los siglos: por más que los resultados que semejante tarea arrojara respecto al desarrollo é imperio del sentido común en determinadas épocas, habrían de ser poco consoladores. El celo con que en algunas de las obras hipocráticas se trabaja por desterrar tales quimeras, habla tan alto en favor del espíritu que reinaba en el siglo en que dichos escritos aparecieron, como clama en sentido opuesto, la circunstancia de que cinco siglos más tarde rindiera tributo á semejantes extravíos, un médico tan ilustrado como Galeno.

Al lado de estos hechos, cuyos vestigios se descubren hasta en las producciones meramente literarias, realízase aunque con lentitud, el desenvolvimiento de una medicina racional. Investigar á quién cabe la gloria de haber puesto los primeros cimientos de tamaña empresa, es de todo punto imposible. Sin duda alguna los progresos hechos en este sentido debieron limitarse durante largo tiempo á la práctica de dicho arte, cuyos representantes llegaron á reunir, con el tiempo, gran caudal de observaciones consignadas por escrito. La especie de que Hipócrates había quemado las noticias que sobre casos patológicos se conservaban en el templo de Cos, después de haberlas copiado para utilizar sus enseñanzas [1]), pertenece seguramente al número de aquellas invenciones de que tan pródiga se muestra la antigüedad; puede, no obstante, aducirse como prueba de la existencia, acreditada también por otros medios de memorias ó historias clínicas [2]), semejantes á las que constituyen el fondo de algunas de las obras que corren con el nombre de Hipócrates, y que, dicho sea de paso, se distinguen tanto por la elegancia y concisión del lenguaje como por la agudeza de las observaciones.

Juntamente con la observación constante, influyó no poco en los progresos de la Medicina, la especulación filosófica. La íntima

[1]) Varron en Plinio, *Hist. nat.*, 29, 2. El autor de una ἰατρικὴ γενεαλογία, citada en la *Vida de Hipócrates*, p. 450, 17 de la colección de Westermann, refiere la misma historia, consignando, sin embargo, que ocurrió en Cnido. Al mismo tiempo, afirma que á causa de esto Hipócrates fué desterrado.

[2]) Estrabon, 8, p. 374, menciona algunas de ellas, conservadas en el templo de Epidauro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

relación en que ambas se hallaban entre los griegos, la da ya á conocer el hecho de que entre los más antiguos filósofos de la Grecia, se nombran á menudo algunos que eran médicos, ó por lo menos estaban dedicados á estudios fisiológicos: punto sobre el que Aristóteles llama repetidas veces la atención [1]). Uno de los últimos, fué Diógenes de Apolonia, de cuya obra *Sobre la Naturaleza* (περὶ φύσεως) poseemos un largo fragmento que trata del origen y división de las venas [2]), y á quien se atribuye la opinión, por tanto tiempo seguida, de que la bilis es la causa determinante de casi todas las enfermedades [3]). Entre los títulos de las obras atribuídas á Demócrito, hay no pocos relativos á materias médicas: razon por la que es más de sentir que no tengamos detalles más precisos acerca de ellas, ya que Demócrito fué, al parecer, el maestro de Hipócrates, según una tradición á la verdad no más auténtica que la que nos ha trasmitido las noticias sobre las mutuas relaciones de estos dos hombres. Son especialmente celebrados los trabajos del pitagórico Alcmeon; en todo caso, es indudable que su ciudad natal era de antiguo conocida por el gran número de médicos notables que de ella habían salido. Allí vivió aquel Democedes que, según testimonio de Heródoto, gozó de gran fama entre sus contemporáneos [4]). Alcmeon debió ser el primero en consagrarse á investigaciones anatómicas, limitadas, naturalmente, á los animales [5]). En una obra que llevaba el tan frecuente título de περὶ φύσεως, expuso una serie de ideas fisiológicas de que se han hecho eco Platon y Aristóteles [6]). Debemos recordar aquí el hecho de haber gozado de especial consideración

[1]) Véase especialmente *De sensu*, 1, p. 436, a, 19: διὸ σχεδὸν τῶν τε περὶ φύσεως οἱ πλεῖστοι καὶ τῶν ἰατρῶν οἱ φιλοσοφωτέρως τὴν τέχνην μετιόντες, οἱ μὲν τελευτῶσιν εἰς τὰ περὶ ἰατρικῆς, οἱ δ' ἐκ τῶν περὶ φύσεως ἄρχονται περὶ τῆς ἰατρικῆς, palabras repetidas al fin del tratado *De respiratione*.

[2]) Aristóteles, *Hist. anim.*, 3, 2, p. 511, b, 30.

[3]) Ders, *De part. an.*, 4, 2.

[4]) Lib. 3, cap. 125. La noticia que encontramos en el cap. 131, ἐγένετο γὰρ ὧν τοῦτο ὅτε πρῶτοι μὲν Κροτωνιῆται ἰητροὶ ἐλέγοντο ἀνὰ τὴν Ἑλλάδα εἶναι, δεύτεροι δὲ Κυρηναῖοι: podría ser muy bien, como acaso sin razones suficientes ha supuesto Stein, una adición posterior, sin que esto autorice á poner en tela de juicio la exactitud del hecho mismo. Es muy extraño que Heródoto no hable de Cos ni de Cnido.

[5]) Calcidio en *Timeo*, c. 244.

[6]) Véase Platon, *Fedon*, p. 96, b. y las observaciones de Hirzel en el HERMES, vol. 11, p. 240 y ss.

en Atenas, aun en época muy posterior, médicos de origen dórico: tal prueba de una manera incontestable, un largo fragmento que se ha conservado de la *Mandragorizomena* del poeta Alexis [1]). También parece que los atenienses solían tener más confianza en los médicos extranjeros, que en los del país.

De las colonias griegas de Occidente era también originario el hombre á quien, si son exactas las noticias que se nos han trasmitido, podemos considerar como el autor más antiguo que se conoce de una obra de Higiene: *Acron* de Agrigento. Lo poco que de éste sabemos refiérese á sus relaciones con su compatriota, el filósofo Empédocles, mucho más célebre que aquél [2]). Un epigrama atribuído unas veces á este filósofo y otras, quizá sin más motivo, á Simónides de Ceos, no es sino un insulso juego de palabras en que desempeña el papel principal el nombre de Acron [3]). De una anécdota que se lee en Diógenes Laercio [4]), así como del título de la obra escrita por Acron *Sobre la sana alimentación* (περὶ τροφῆς ὑγιεινῶν), se infiere que se ocupaba en inquirir y formular reglas higiénicas. La tentativa hecha por la secta llamada de los Empíricos, nacida posteriormente, de elevar su origen hasta Acron [5]), responde sin duda al deseo de atribuir á su doctrina mayor antigüedad que á la de Hipócrates. Y aun revela más claramente la rivalidad de ambas escuelas, la circunstancia de que muchas veces se designe á Acron, en vez de Hipócrates,

[1]) En Ateneo, 14, p. 621, d: ἐὰν ἐπιχώριος
ἰατρὸς εἴπῃ· «τρύβλιον τούτῳ δότε
πτισάνης ἑῴθεν» καταφρονοῦμεν εὐθέως·
ἂν δὲ «πτισάναν» καὶ «λιδρίον» θαυμάζομεν.
καὶ πάλιν ἐὰν μέν «τευτλίον» παρείδομεν,
ἐὰν δὲ «σεῦτλον» ἀσμένως ἠκούσαμεν,
ὡς οὐ τὸ σεῦτλον ταὐτὸν ὂν τῷ τευτλίῳ.

[2]) No es fácil explicar el error de Suidas en la palabra Ἄκσων: ἐσοφίστευσεν ἐν Ἀθήναις ἅμα Ἐμπεδοκλεῖ. Las palabras ἐστὶν οὖν πρεσβύτερος Ἱπποκράτους revelan una intención manifiesta. Sin razon alguna presenta Häser, *Geschichte der Medicin*, vol. 1, p. 78 de la tercera edic., á Acron, como discípulo de Empédocles.

[3]) Diógenes Laercio, 8, 65. *Ibid*, 61, encontramos un epigrama que se cree compuesto por Empédocles á un médico, amigo suyo, llamado Pausanias.

[4]) *Loc. cit.*, 60. Véase Welcker, *Op. cit.*, p. 62.

[5]) Plinio, *Hist. nat.*, 29, 1: *alia factio ab experimentis se cognominans empirice, cœpit in Sicilia, Acrone Agrigentino Empedoclis physici auctoritate commendato*. En Galeno, *Isag.*, t. 14, p. 683 de Kühn, se da por infundada esta aserción, y se proclama fundador de la secta empírica á un cierto Filino de Cos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como autor del consejo de que, para precaverse de la peste que se declaró en Atenas al principio de la guerra del Peloponeso, había que purificar el aire por medio de grandes hogueras [1]). De Epicarmo, originario también de Sicilia y autor de una obra sobre las virtudes curativas de la col, sólo puede afirmarse que es distinto del poeta que lleva el mismo nombre [2]).

No mucho más que de estos ingenios, de quienes parece que Plinio el Mayor tuvo noticias más detalladas, se sabe de otros, que, ó precedieron inmediatamente á Hipócrates, ó fueron sus contemporáneos. Entre los últimos se cuenta *Eurifon*, el cual, si no era natural de Cnido, procedía al menos de esta escuela [3]). Sus escritos debieron conservarse hasta mucho tiempo después de su muerte: por lo menos Galeno trae un fragmento de una de sus obras, aunque sin citar el título [4]). Mas no hay motivo serio para atribuirle, como se ha pretendido, la obra de la Colección hipocrática *Sobre el régimen higiénico* (περὶ διαίτης ὑγιεινῆς), la cual, según Galeno [5]), había sido también atribuída á otros autores anteriores á Hipócrates ó contemporáneos suyos. Esto mismo sucede respecto de la parte que se le atribuye en los llamados *Apotegmas de Cnido* (Κνιδίαι γνῶμαι) [6]). De la respuesta que

---

[1]) Plutarco, *De Is. et Osir.*, c. 79. Lo mismo refiere Aecio, *Tetrabl.*, 1, 1, 94, y cita á Acron al lado de Hipócrates. Paúl, *Aeg. med.*, 2, 35, habla sólo de Acron, sin mentar á Atenas.

[2]) Plinio, *Hist. nat.*, 20, 9, extr. y 36. Verosímilmente es el mismo siracusano de quien Columella, *De re rustica*, 7, 3, 6, dice: *pecudum medicinam diligentissime conscripsit*. Véase L. Schmidt, *Gött. gel. Anz.*, 1865, p. 936 y 937.

[3]) En la *Vida de Hipócrates*, p. 450, 22, de Westermann, se dice de él que fué enviado, juntamente con el célebre médico, al rey de Macedonia Perdicas. Al mismo tiempo se observa: καθ' ἡλικίαν ἦν πρεσβύτερος αὐτοῦ. Indudablemente se alude á Perdicas II, el cual, según Gutschmid, *Die makedonische Anagraphe* en los SYMBOL. PHILOL., Bonn, p. 107, comenzó á reinar el año 413 a. Chr. Véase además Cael. Aurel., *De morbis acut.*, 3, 17.

[4]) *Comm. in Hippocr. epidem.*, 1, t. 17, p. 888. Véase *De simpl. med.*, t. 11, p. 795 y *De succed.*, t. 19, p. 721.

[5]) *Comm. in Hippocr. de acutor. morb. victu*, t. 15, p. 455: εἰ γὰρ μὴ Ἱπποκράτους ἐστὶν ἐκεῖνο τὸ βιβλίον, ἀλλ' Εὐρυφῶντος, ἢ Φαιῶντος, ἢ Φιλιστίωνος, ἢ Ἀρίστωνος, ἤ τινος ἄλλου τῶν παλαιῶν (εἰς πολλοὺς γὰρ ἀναφέρουσιν αὐτό) πάντες ἐκεῖνο τῶν παλαιῶν ἀνδρῶν εἰσι, ἔνιοι μὲν Ἱπποκράτους πρεσβύτεροι τινές δὲ συγκμακότες αὐτῷ. Véase *De diffic. resp.*, c. t. 7, p. 960: ὅσα δοκεῖ Εὐρυφῶντος εἶναι, φέρονται δ' ἐν τοῖς Ἱπποκράτους.

[6]) *Comm. in Hippocr. epidem.*, t. 17, 1, p. 886: εἴρηταί γε μὴν ἡ πέμψις καὶν ταῖς Κνιδίαις (en lugar de ἰδίαις) γνώμαις, ἃς εἰς Εὐρυφῶντα τὸν Κνιδίον (en lugar de

se dice dió Eurifon á la pregunta acerca de quién había sido su maestro, diciendo que lo había sido el tiempo, no puede sacarse gran partido [1]); en cambio, de la celebridad que tuvo entre sus contemporáneos, da testimonio un pasaje del poeta cómico Platon [2]).

Aunque de lo que acabamos de exponer, se deduce que hubo un tiempo en que los antiguos se inclinaban á creer que en la Colección que lleva el nombre de Hipócrates, hay obras de autores anteriores á éste, difícilmente podremos hoy resolver con seguridad este punto. Mas basta hojear dicha Colección, para advertir que en ella se alude repetidas veces á obras anteriores, y para convencerse de que las llamadas obras de Hipócrates, sólo pudieron ser dadas á luz en una época en que el estudio de la Medicina había hecho ya grandes progresos.

La obra que en primer lugar puede darnos importantes indicaciones acerca de esta materia, es la ya antes mencionada *Sobre la medicina antigua*. Tiene especial interés la opinión en ella expresada, de que los sistemas filosóficos ofrecen base muy insegura para la ciencia médica [3]), por ser esta idea enteramente distinta de la que informa otras obras, y por haber sido sobre todo adoptada por los que en tiempos posteriores fueron designados con el nombre de «Jatrosofistas».

Tanto interés como esta diferencia, tiene para el conocimiento del desarrollo de los estudios médicos cuanto se relaciona con la enseñanza oral ó escrita del arte de curar [4]). Bajo este aspecto, los datos más importantes son los que nos suministra la obra conocida con el título de *Juramento hipocrático* (ὅρκος), cuyo origen atribuyen algunos á época más remota. Sorprende desde luego en ella la alta idea que su autor tiene del ejercicio de la medicina, y al mismo tiempo también de la responsabilidad que esta profesión impone. Merecen especial mención los preceptos relativos á la enseñanza de este arte, pues que no sólo revelan el vínculo que

---

καί) ἰατρὸν ἀναφέρουσι. En el comienzo de la obra de Hipócrates, περὶ διαίτης ὀξέων, t. 2, p. 224, se habla de οἱ ξυγγράψαντες τὰς Κνιδίας καλεόμενας γνώμας, y más adelante, c. 3, de οἱ ὕστερον διασκευάσαντες.

[1]) Estobeo, *Ecl. phys.*, 8, 40.

[2]) Galeno, *In Hippocr. aphorism.*, 7, 44, t. 18, 1, p. 149.

[3]) *Loc. cit.*

[4]) *Loc. cit.*, c. 1, t. 1, p. 571: ὁκόσοι ἐπεχείρησαν περὶ ἰατρικῆς λέγειν ἢ γράφειν.

unía entre sí á los Asclepiadas [1]), si no que hacen suponer la existencia de una especie de asociación médica, y de instituciones análogas á las que más tarde se introdujeron también en las escuelas filosóficas [2]).

Hechas estas observaciones ya es hora de que examinemos la Colección que lleva el nombre de Hipócrates. Lo dicho hasta aquí, basta para comprobar la diversidad de origen de las obras que comprende; y más adelante haremos ver que esta diferencia es tan grande, que no puede explicarse sólo por la influencia de dos escuelas diferentes, la de Cos y la de Cnido. Pero si bien no es un hecho aislado entre los antiguos la reunión de elementos, hasta cierto punto incompatibles, en una Colección que ha pasado á la posteridad con el nombre de un solo autor—prescindiendo de Demócrito, esto es lo que ha sucedido con Platon, con Aristóteles y con otros muchos—sería, sin embargo, difícil citar un caso tan sorprendente como este. Mas todos ellos se explican, considerando que á un número más ó menos grande de producciones que pasaban por ser obras de un autor célebre, se agregaron con el tiempo otras que, aunque de carácter completamente distinto, se asemejaban en la materia á que se referían [3]).

Como sucede respecto del mayor número de los escritores antiguos, las noticias que acerca de Hipócrates han llegado hasta nosotros, son en gran parte poco dignas de crédito [4]). Si bien

[1]) *Loc. cit.*, t. 4, p. 628: ἠγήσασθαι μὲν τὸν διδάξαντά με τὴν τέχνην ταύτην ἴσα γενέτῃσιν ἐμοῖσι καὶ βίου κοινώσασθαι, καὶ χρεῶν χρηίζοντι μετάδοσιν ποιήσασθαι, καὶ γένος τὸ ἐξ ωὐτέου ἀδελφοῖς ἴσον ἐπικρινέειν ἄρρεσι, καὶ διδάξειν τὴν τέχνην ταύτην, ἢν χρηίζωσι μανθάνειν, ἄνευ μισθοῦ καὶ ξυγγραφῆς, παραγγελίης τε καὶ ἀκροήσιος καὶ τῆς λοιπῆς ἁπάσης μαθήσιος μετάδοσιν ποιήσασθαι υἱοῖσί τε ἐμοῖσι καὶ τοῖσι τοῦ ἐμὲ διδάξαντος, καὶ μαθηταῖσι συγγεγραμμένοισί τε καὶ ὡρκισμένοις νόμῳ ἰητρικῷ, ἄλλῳ δὲ οὐδενί.

[2]) Bajo este aspecto la obra Νόμος συσσιτικός, atribuída á Aristóteles, tenía indudablemente cierta semejanza con la atribuída á Hipócrates.

[3]) Descansa sobre base ciertamente muy insegura, la empresa acometida por Petersen en su disertación *Hippocratis nomine quæ circumferuntur scripta ad temporis rationes disposita*. Hamb., 1839, de determinar la sucesión cronológica de las varias obras de Hipócrates. El cuadro que da en la pág. 48 abraza desde el año 550 al 340 a. Chr.

[4]) Las noticias que parecen mejores, las debemos al Ἱπποκράτους βίος καὶ γένος κατὰ Σωρανόν: biografía que, á juzgar por su título, debe ser un extracto de la obra περὶ τῶν ἐνδόξων ἰάτρων, del médico Sorano, de Efeso, que floreció en el siglo segundo de la Era cristiana. No tiene valor alguno una serie de supuestas cartas de Hipócrates; y evidentemente son apócrifos los documentos re-

las que se refieren á la época en que floreció, ofrecen no escasas diferencias, merece, al parecer, crédito la de que nació el día primero del mes Agriano, año 1 de la 80.ª Olimpiada 460, 59 a. Chr. [1]). No hay argumento verdaderamente decisivo que pueda hacerse valer contra esta fecha [2]), la cual está conforme con lo que Platon dice de Hipócrates en diálogos que se publicaron en vida de éste, y cuando ya había alcanzado la edad que se le atribuye [3]). Pertenecía á la antiquísima familia de los Asclepiadas de Cos [4]). Además de su padre Heráclides y de otro médico llamado Heródico [5]), parece que fueron sus maestros Demócrito, y lo que es más de extrañar, Gorgias. Pero tan destituído de fundamento está lo que respecto de estos dos últimos se dice, como lo de que Hipócrates se hubiese hallado en Atenas por la época en que la peste hizo terribles estragos en el país. Hecho de tal importancia, seguramente no lo hubieran pasado en silencio Tucídides ni Platon. El lugar en que Hipócrates ejerciera sobre todo su arte, sólo podría determinarse resolviendo de antemano si son ó no auténticas las distintas obras que se le atribuyen, y en especial, algunas de las partes de que constan las llamadas *Epidemias*. Esto no obstante, parece probable que vivió largo tiempo en Abdera y en Tesalia. Cuéntase que murió allí, en la ciudad de Larisa, donde mucho tiempo después se enseñaba su sepulcro y atribuíase maravillosa virtud curativa á la miel de un enjambre de abejas que en él se había establecido. Si es exacto lo que respecto de la fecha de su fallecimiento se dice, murió el año 377 a. Chr., á la edad de 83 años. Esto es cuanto sabemos acerca del hombre á quien

lativos al llamamiento de Hipócrates á Abdera y á sus relaciones con Demócrito.

[1]) Cítase, como garantía de la exactitud de este dato, á Iscómaco: ἐν τῷ α' περὶ τῆς Ἱπποκράτους αἱρέσεως.

[2]) El intento de Petersen, *Philol.*, vol. 4, p. 299 y ss., de retrotraer el nacimiento de Hipócrates al año 470, se apoya en una tradición falsa, según la cual, en todo caso, debe suponerse que fué anterior el florecimiento de Hipócrates. Véase también la noticia que da Eusebio.

[3]) *Protágoras*, p. 311, b, y *Fedro*, p. 270, c.

[4]) No debe concederse valor alguno á estas genealogías. Tampoco debe fiarse mucho del nombre de Fenarete (igual al de la madre de Sócrates) que se da á la madre de Hipócrates.

[5]) Véanse los escolios á la *República* de Platon, p. 402. La mención de Pródico como maestro de Hipócrates, no es más que el resultado de una confusión entre Πρόδικος y Ἡρόδικος.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Platon coloca á la altura de Fidias y Policleto [1]), y á quien Aristóteles, la única vez que lo nombra, designa simplemente con el calificativo de «el Grande» [2]).

La Colección hipocrática en su estado actual, y según la enumeración seguida por uno de los más modernos y competentes editores, se compone de cincuenta y tres obras ó fragmentos de tales [3]). Una de éstas, la que lleva el título de *Las semanas (De hebdomadibus)* sólo existe traducida al latín. No cabe duda alguna en que estas producciones fueron coleccionadas en época hasta cierto punto remota. Galeno, que las estudió con gran atención y que comentó algunas de ellas que se han conservado, refiérese incidentalmente al catálogo de las obras hipocráticas, y el hecho de no figurar en éste el título de una denominada περὶ ἀδένων, *Sobre las glándulas*, lo aduce como argumento contra la autenticidad de la misma [4]). La mención que en otro lugar hace de un «catálogo breve» [5]), sólo se explica admitiendo la existencia de listas más extensas y de otras en que no se incluían más que las escritos indudablemente auténticos. Pero la formación de semejantes catálogos sólo se comprende en poblaciones donde, como en Alejandría por ejemplo, se había reunido inmensa riqueza de libros. En la parte de su obra histórico-literaria en que figuraban todos los médicos célebres, daba ya Hermipo un catálogo de este linaje [6]). La pérdida de estos catálogos está, en parte, compensada por el *Glosario* de Erociano, publicado en el reinado de Neron [7]) y por el cual puede á lo menos

[1]) *Protágoras, loc. cit.*

[2]) *Política*, 7, 4, p. 1326, a, 15: οἷον Ἱπποκράτην οὐκ ἄνθρωπον ἀλλ' ἰατρὸν εἶναι μείζω φήσειεν ἄν τις τοῦ διαφέροντος κατὰ τὸ μέγεθος τοῦ σώματος. Es muy incierto el que Aristóteles utilizara obras de Hipócrates, pues que tal aserción sólo puede apoyarse en la concordancia de algunas opiniones.

[3]) Tzetzes, *Chil.*, 7, 155, cita muchos. Los datos que arriba consignamos se refieren á la clasificación de Littré, en la cual han sido incluídas algunas obras antes sin razon excluídas. Sobre las supuestas obras de Hipócrates que hoy no existen, véase Häser, *Geschichte der Medecin*, vol. 1, p. 112 de la 3.ª edic.

[4]) *Comm. in Hippocr. de artic.*, 1, 45, t. 18, 1, p. 379.

[5]) *De respir. diffic.*, 2, 8, t. 7, p. 855, donde se dice de los libros II y III de las *Epidemias*, que son originales de Hipócrates καὶ ἐπιγεγράφθαι γέ που διὰ τοῦτο τὰ ἐκ μικροῦ πιναικιδίου. Véase la nota 1 de la página 65 del presente tomo.

[6]) Se halla citado en un escoliasta de Oribasio en Mai, *Script. class. auct. e cod. Vatic. coll.*, t. 4, p. 11. Ἑρμιππος ἐν τῷ ε΄ περὶ τῶν ἐνδόξων ἰατρῶν.

[7]) En su estado actual esta obra consta de dos partes, de las cuales sólo la primera ha conservado el primitivo orden, pues que lleva la explicación de las frases de comprensión dificil después de los diversos escritos. La segunda, por el contrario, guarda el orden alfabético, y ambas son extractos de una obra mucho más extensa.

venirse en conocimiento, de cuáles eran las obras que aquél tenía por auténticas. Pero la utilidad que de dicho Glosario podemos sacar, apenas si aventaja á la que nos puedan ofrecer las disquisiciones de Galeno. No sólo los conocimientos de Galeno eran tan deficientes como lo son por desgracia los nuestros, sino que por ser meramente subjetivas las razones que alega en favor de sus opiniones, carecen en general de fuerza. En lo esencial, es el representante de la opinión de que con las producciones auténticas de Hipócrates, se mezclaron otras debidas á contemporáneos suyos más ó menos jóvenes que él [1]). Merece notarse sobre todo lo que dice acerca de la parte que Tésalo y Polibo, hijo y yerno respectivamente de Hipócrates, tuvieron en la redacción de algunas de las obras ó en la colección y ordenación de las mismas. Mas en este terreno, es muy discutible el mayor ó menor valor que debe concederse al juicio de aquellos que, como él asegura, conocían á fondo las obras en cuestión. Hay, en cambio, otro punto de extraordinaria importancia: en la *Historia Natural* de Aristóteles, se halla citada una larga descripción de las venas, con el nombre de Polibo [2]); y si bien su conformidad con la parte correspondiente de la obra de Hipócrates *Sobre la naturaleza del hombre* (περὶ φύσιος ἀνθρώπου) no es exactamente literal [3]), es sin embargo bastante para poder inferir la época en que se dieran á luz algunas por lo menos de las obras contenidas en la colección de Hipócrates, y asegurar que, en todo caso, debió ser antes del tiempo en que floreció Aristóteles.

No hay para que hacer aquí un detenido examen de las con-

[1]) *De respir. diffic.*, 2, 8, t. 7, p. 855: τισὶ δὲ οἵπερ καὶ ἀκριβέστερά μοι δοκοῦσι καταμαθεῖν τῶν βιβλίων τὴν δύναμιν, ὑπὸ μὲν τοῦ Θεσσαλοῦ γεγράφθαι δοκεῖ τὰ ε΄ (esto es, las *Epidemias*, excepción hecha de los libros I y III) δύο δ' εἶναι τοῦ μεγάλου Ἱπποκράτους καὶ ἐπιγεγράφθαι γέ που διὰ τοῦτο τὰ ἐκ τοῦ μικροῦ πιναικιδίου, δηλόνοτι τοῦ Θεσσαλοῦ πάντα ὅσα περ ὁ πατὴρ αὐτοῦ γεγραφὼς ἔτυχεν ἀθροίσαι σπουδάσαντος ἐς ταὐτόν, ὡς μηδὲν ἀπόλοιτο. En los *Comm. in Hippocr. de nat. hom.*, c. 2, t. 15, p. 110, siguiendo la opinión de Dioscórides, se cita un pasaje como original de Hipócrates, hijo de Tésalo.

[2]) Libro 3, 3. Véase Zeller, *Philosophie der Griechen*, vol. 2, 2, p. 441 de la 3.ª edic., y Galeno, *Comm. in Hippocr. de nat. hom.*, t. 15, p. 9 y 109. Atribuyóse á Polibo la obra περὶ διαίτης ὑγιεινῆς.

[3]) Cap. 11, t. 6, p. 59. Más adelante volveremos á hablar de la obra *Sobre la naturaleza del hombre*.

jeturas formuladas en la antigüedad ó en los tiempos modernos, acerca de la época en que debió ser compuesta cada una de las dichas obras. Aun cuando estas conjeturas fuesen más verosímiles de lo que realmente son, estarían muy lejos de poder resolver la gran mayoría de las cuestiones que de todos lados se suscitan. Una de las más grandes dificultades, nace evidentemente de la carencia de todo testimonio coetáneo respecto á la actividad de Hipócrates como escritor. Pero querer inferir de esto que Hipócrates no compuso obra alguna, sería ir demasiado lejos [1]). Como en todo otro caso análogo, sólo argumentos positivos respecto á cada una de aquellas producciones, podrían convencernos de que son inexactas las noticias que la tradición nos ha conservado.

El examen, en que ahora vamos á entrar, de las obras más importantes que componen la Colección hipocrática, está muy lejos de ser una crítica de las mismas desde el punto de vista técnico. Por fortuna en muchas de estas obras podemos descubrir aspectos de interés general, bien porque las cuestiones que tratan no son exclusivamente médicas, bien porque, merced á la relación que á todas luces tienen con determinadas ideas filosóficas, permiten reconocer la general influencia que éstas ejercieron. Esto aparte de que hay otras muchas que merecen especial mención, ó por su peculiar forma, ó porque, como producciones probablemente auténticas de Hipócrates, han llegado á adquirir extraordinaria celebridad.

Casi todas estas razones militan en favor de la obra que con el modesto título de περὶ ἀέρων, ὑδάτων, τόπων, *Del aire, del agua y de los lugares*, nada menos se propone que referir á la acción ejercida por las condiciones naturales de la vida, las diferencias existentes entre los habitantes de regiones distintas. Aunque en forma aún muy imperfecta, es el primer tímido ensayo de una antropología. Fácilmente se comprende lo limitado del punto de vista del autor, cuyas observaciones sólo se extienden al reducidísimo espacio que las circunstancias permitían en la antigüedad. Aunque el autor no muestra tener idea de las diferencias llamadas de raza, tal y como éstas se revelaban en las poblaciones que menciona, merece la obra ser calificada de excelente en su género. Sírvele de introducción una serie de consideraciones sobre la necesidad que tiene el médico de adquirir claro conocimiento

[1]) Tal ha intentado V. Rose, *De Aristotelis librorum ordine et auctoritate*, p. 43.

de las condiciones climatológicas y demás que son resultado de la situación geográfica de cada comarca, con lo cual se combate la idea de que semejantes observaciones médico-meteorológicas no tienen valor alguno. [1]). Después de examinar los efectos producidos por la diferencia del agua ó de las corrientes atmosféricas, el autor concluye la primera parte de su obra, fijando los preceptos y reglas que deben observarse en cada una de las estaciones del año. En la segunda parte, tomando por base los resultados á que en la primera ha llegado, establece un paralelo entre la Europa y el Asia, con el fin de hacer ver cómo el cambio de las condiciones climatológicas, produce efectos enteramente distintos. Pero esta comparación dista mucho de ser completa. Por lo que á Europa se refiere, queda en lo esencial limitada á los Escitas: porque, como observa el autor, al que llegue á explicarse las diferencias más pronunciadas y salientes, fácil le ha de ser darse cuenta de todas las demás [2]). Por otra parte, creemos innecesario detenernos á explicar aquí por qué eran los Escitas los que ofrecían á los ojos del autor, que evidentemente los conocía muy bien, el mayor número de cualidades características de un tipo bien definido [3]).

Distínguese esta obra, no sólo porque acusa un espíritu observador frio y severo, sino también por una gran sencillez de exposición y por hallarse exenta de toda tendencia á la exageración y vanas sistematizaciones: cualidad que es tanto más de elogiar cuanto que era rara entre los griegos. Cuidando de atenuar todo aquello que pudiera hacer repulsivas sus ideas, el autor pone de relieve la influencia que las instituciones políticas, las leyes y el desarrollo de determinadas cualidades, por ejemplo el espíritu militar, pueden ejercer; y en este punto se revela claramente el amor propio y la dignidad del heleno orgulloso de sus

[1]) *Loc. cit.*, cap. 2, t. 2, p. 14: εἰ δὲ δοκέοι τις ταῦτα μετεωρολόγα εἶναι, εἰ μεταστὰίη τῆς γνώμης, μάθοι ἂν ὅτι οὐκ ἐλάχιστον μέρος ξυμβάλλεται ἀστρονομίη ἐς ἰητρικήν, ἀλλὰ πάνυ πλεῖστον. ¿Quién no recuerda aquí la denominación de μετεωροφένακες que Aristófanes da á los médicos en el verso 332 de las *Nubes?*

[2]) *Loc. cit.*, cap. 24, p. 92: αἱ μὲν ἐναντιώταται φύσιές τε καὶ ἰδέαι ἔχουσιν οὕτως· ἀπὸ δὲ τουτέων τεκμαιρόμενος τὰ λοιπὰ ἐνθυμέεσθαι καὶ οὐχ ἁμαρτήσει.

[3]) En dos lugares, caps. 91 y 94, se hace resaltar la semejanza de los distintos individuos entre los escitas, y se les compara bajo este aspecto con los egipcios. Véanse las notables observaciones de Neumann, *Die Hellenen im Skythenlande*, Berlín, 1855, p. 148 y ss.

libertades. Bien merece ser conocido el pasaje en que se propone hacer ver que la cobardía de los asiáticos no sólo es consecuencia del clima, sino también de la esclavitud en que viven. «Esto—dice el autor—y las leyes á que viven sujetos, son los motivos por los que la raza asiática es tímida y cobarde. La mayor parte del Asia está dominada por reyes; y donde los hombres no son dueños de sí mismos ni se gobiernan por sus propias leyes, sino que están despóticamente regidos, no sólo no cuidan de ejercitarse en el manejo de las armas, sino que lejos de ello, procuran aparecer ineptos para su uso. El peligro, por otra parte, no es tampoco igual. Los que viven sometidos al capricho de un tirano, vénse obligados á marchar á la guerra, á sufrir penalidades y á morir lejos de sus hijos, de sus mujeres y de sus amigos. Sus hazañas sólo sirven para robustecer y aumentar el poder de los amos; para ellos no hay más recompensa que el peligro y la muerte. De otro lado, como la guerra y la suspensión del trabajo les amenazan con convertir en eriales sus campos, aun los naturalmente animosos y valientes rehuyen el hacer valer estas cualidades. Prueba de todo ello es que en Asia son los primeros combatientes los helenos ó los bárbaros, que no estando sometidos á un señor, se gobiernan por sus propias leyes y gozan del fruto de su actividad. Estos arrostran los peligros por su propio interés, y disfrutan la recompensa que á su valor ó á su cobardía se debe.» [1]). El mismo pensamiento expresaba también Heródoto casi por esta misma época, al decir que las dotes militares de los atenienses no empezaron á brillar, hasta el momento en que sacudieron el yugo de la tiranía [2]).

Cualidades semejantes á las de la obra que acabamos de examinar, revela también, á juicio de los hombres peritos en la materia, la intitulada *Sobre el régimen que debe observarse en las enfermedades agudas* (περὶ διαίτης ὀξέων). Por este motivo se la considera por lo general como original de Hipócrates. Por lo demás, y como claramente se desprende de gran número de citas, esta obra es parte de otra mucho más extensa, que fué desfigurada con adiciones, en sentir de Galeno, á todas luces apócrifas [3]). Fueron

[1]) Cap. 16, t. 2, p. 62 de Littré. Véase el cap. 23, p. 84.

[2]) Libro 5, 78.

[3]) Según Ateneo, 2, p. 45, e, esta obra era designada con tres títulos: περὶ διαίτης, περὶ ὀξέων νουσημάτων, περὶ πτισάνης. *Ibid.*, p. 57 c, se encuentra la siguiente observación: Ἱπποκράτης δ' ἐν τῷ περὶ πτισάνης, ὃ ἐκ τοῦ ἡμίσους νοθεύεται. Galeno, *De Hippocr. et Platon. dogm.*, 9, 6, t. 5, p. 762, tilda de inexactas estas denominaciones.

en igual grado célebres, el *Prognósticon* y los *Pronósticos de Cos* (Κωακαὶ προγνώσεις), las cuales parten de ideas análogas á las que informan el comienzo de la que hemos examinado en primer lugar. Por este lado, pues, no puede hacerse objeción alguna contra la creencia de que son obras de Hipócrates, suponiendo, como es natural, que sea también suya la primera. Pero tal vez ofrece mayores dificultades el atribuir á Hipócrates un trabajo cuyas observaciones—tal se ha dicho del *Prognósticon* [1])—se refieren exclusivamente, á la Libia, á la isla de Delos y á la Escitia. Por lo demás, el *Prognósticon* es superior bajo todos conceptos á los *Pronósticos de Cos*: tanto que la razon principal para admitir que la última sea de Hipócrates, ha sido su título. La forma de estas dos obras ofrece gran semejanza con la de la colección de *Problemas*, que con el nombre de Aristóteles ha llegado hasta nosotros. En ellas hallánse frecuentemente repetidos ciertos pasajes. Una misma observación se reproduce hasta cuatro veces en el *Prognósticon*. Mas si esto excluye toda posibilidad de que este escrito sea, en su actual estado, de Hipócrates, no deja de ser bastante probable la presunción de que se halla compuesto de simples extractos [2]).

Pero la prueba más clara de las profundas alteraciones que las obras de Hipócrates han debido sufrir en cierto tiempo, nos la da la intitulada *Epidemias*. Los siete libros de que hoy se compone, son de asuntos y origen distintos. Los libros primero y tercero contienen las observaciones practicadas durante tres años en la isla de Tasos, sobre la influencia de las condiciones atmosféricas en los síntomas patológicos; á ellas se agregan otras que comprenden el año cuarto, sin que se indique el lugar en que se hicieron. Estos dos libros son los únicos que pueden ser de Hipócrates: los demás son de otros autores. No es posible, sin embargo, atribuirlos á Tésalo, como Galeno pretende, porque las doctrinas en ellos contenidas, nos recuerdan las de la escuela de

[1]) Cap. 25, t. 2, p. 190.

[2]) Véase Ermerin, *Hippocr. op.*, t. 1, prol. p. XXV. No se echan de menos en este editor, conclusiones por extremo aventuradas; así, por ejemplo, sostiene que los pronósticos, 400 y 401, debían ser necesariamente originales del mismo autor que escribió el pasaje περὶ διαίτης, cap. 7.

Cnido [1]), Todos estos libros revelan una penetración extraordinaria y gran soltura y facilidad de expresión. Préstales además especial interés, la mención que en ellos se hace de muchos lugares [2]), especialmente de Abdera, y el conocimiento que nos proporcionan de las costumbres de aquella época.

La colección designada con el título de *Aforismos* es sin disputa la obra de Hipócrates que con más frecuencia se cita, y en lo que sobre todo se funda la consideración de que su nombre goza, aun en la época moderna, entre la gente de su profesión. Su objeto es presentar al práctico, en forma breve y compendiosa, las reglas generales según las cuales debe formar juicio en cada caso particular. A cuántos hombres haya podido prolongar la vida la exacta aplicación de estas reglas, y á cuántos, por el contrario, habrá acarreado la muerte el uso torpe y desacertado de las mismas, es cuestión en la que por fortuna no tenemos aquí por qué ocuparnos. Mas casi tan difícil como esta cuestión, es el decidir hasta qué punto pueden los *Aforismos* ser tenidos por obra de Hipócrates.

No sólo existe gran conformidad entre esta obra y otras que pasan por auténticas de dicho autor, sino que á veces hallamos textualmente reproducidos párrafos enteros. Por esto no hay más que elegir entre dos extremos: ó son los *Aforismos* una obra más antigua, y cuyas máximas gozaban de general aceptación ya en la época en que las producciones arriba citadas aparecieron, ó por el contrario constan en gran parte, y esto es lo más probable, de extractos que con el fin ya indicado se hicieron en época posterior. Mas aun en este caso es naturalmente muy considerable la parte que en su contenido corresponde á Hipócrates. Su célebre principio «la vida es corta, el arte es largo, la ocasión fugaz, la experiencia engañosa», apenas podría darnos fundamento bastante para poderla considerar, cual ha hecho un editor moderno, como engendro de un sofista [3]). En todo caso, de

[1]) Por desgracia, no es posible determinar la época del asedio de la ciudad de Dato, en Tracia, de que se habla en el libro 7, 121. En el libro 5, 98, se repite literalmente el pasaje en cuestión.

[2]) Véase Meinecke, *Ueber die Epidemieen des Hippokrates besonders in Rücksicht auf griechische Namenskunde*, en las Monatsb. der Berl. Akad., 1852, p. 569 y ss.

[3]) Véase Ermerin, *op. cit.*, t. 1, prol. p. XCIII: *Character huius sententiæ eiusmodi est, ut ad inanem potius contemplationem pertineat, quam ad artem amplificandam, aut emendandam, aut ad ipsam naturæ observationem, ad quas res Hippocratis scripta semper tendunt*, y las observaciones de Leutsch, *Philol.*, vol. 30, p. 264 y ss. Véase Demetrio, *De elocut.*, 4 y 238.

mucho más peso que lo que se dice de su estilo, aunque algo punzante no del todo impropio, es el paralelo con análogos apotegmas atribuídos á Demócrito, Anaxágoras y Empédocles [1]).

Por lo que hace á las obras puramente científicas, nos contentaremos con examinarlas muy á la ligera. Entre éstas ocupan el primer lugar las obras de Cirugía. Dos de ellas, las que se intitulan *Sobre las fracturas* (περὶ ἀγμῶν) y *Sobre las articulaciones* (περὶ ἄρθρων), fueron, según Galeno [2]), atribuídas por algunos al abuelo de Hipócrates: el primero que en las genealogías lleva este nombre. Si esta afirmación fuese exacta, deberíamos considerar estas dos obras, como los más antiguos monumentos de la prosa griega que hoy se conservan. Según otra opinión no mucho más fundada [3]), la última de estas producciones es también la única acerca de la cual tenemos un testimonio casi contemporáneo: suponiendo que el pasaje en que Ctesias contradice una apreciación de Hipócrates, se refiere á alguna de las expresadas en este libro. Pero la obra que pasa por la más importante de materias quirúrgicas, es la que trata *De las fracturas de la cabeza* (περὶ τῶν ἐν κεφαλῇ τρωμάτων). No parece imposible que los tres escritos citados formasen primitivamente un todo, al que bien podía servir de oportuna introducción el tratado *Sobre el ejercicio de la Medicina* (κατ' ἰητρεῖον). Esto mismo pudiera decirse respecto de las obras ginecológicas, las cuales, por otra parte, según juicio unánime de los inteligentes, revelan con demasiada claridad que son producciones de la escuela de Cnido, para que puedan pasar por originales de Hipócrates [4]).

[1]) Véase Ciceron, *Acad. post.*, 1, 13: *Democritum, Anaxagoram, Empedoclem, omnes paene veteres, qui nihil cognosci, nihil percipi, nihil sciri posse dixerunt: angustos sensus, imbecillos animos, brevia curricula vitæ, et, ut Democritus, in profundo veritatem esse demersam: opinionibus et institutis omnia teneri, nihil veritati relinqui, deinceps omnia tenebris circumfusa esse dixerunt.*

[2]) *Comm. in Hippocr. de acut. morb. victu*, cap. 17, t. 15, p. 456: ὁ γάρ τοι πάππος αὐτοῦ, ὁ Γνωσιδίκου υἱὸς Ἱπποκράτης, κατά τινας μὲν ὅλως οὐδὲν ἔγραψε, κατά τινας δὲ δύο μόνα, τὸ περὶ ἀγμῶν καὶ τὸ περὶ ἄρθρων. Véase *Comm. in Hippocr. de fracturis*, 1, 1, t. 18, 2, p. 323 y 324.

[3]) Galeno, *Comm. in Hippocr. de artic.*, 4, 10, t. 18, 1, p. 731: κατεγνώκασιν Ἱπποκράτους ἐπεμβάλλειν τὸ κατ' ἰσχίον ἄρθρον, ὡς ἂν ἐκπιπτὸν αὐτίκα, πρῶτος μὲν Κτησίας ὁ Κνίδιος συγγενὴς αὐτοῦ.

[4]) Véase lo que observa Galeno en sus *Comm. in Hippocr. de fracturis*, 1, 1, t. 18, 2, p. 323.

En este rápido bosquejo hemos abarcado las producciones de sobresaliente mérito, por más que á algunas de ellas, y fundados en razones poderosas, tengamos que excluirlas de entre las originales de Hipócrates. Las que ahora vamos á examinar, ofrecen un carácter completamente distinto.

Ya hemos citado varias obras cuyos autores profesaban opiniones é ideas de todo punto opuestas á las que se contienen, por ejemplo, en el tratado sobre la Medicina antigua. Los escritos *Sobre la dieta* (περὶ διαίτης), *Sobre la alimentación* (περὶ τροφῆς) y *Sobre la naturaleza del hombre* (περὶ φύσιος ἀνθρώπου) tienen de común, el propósito de tratar cuestiones que entran en el dominio de la Medicina, tomando como base doctrinas filosóficas determinadas, ó por lo menos ideas de carácter filosófico. No obstante esta semejanza en el punto de vista general, la diferencia de origen de estas obras es indiscutible. El médico Erixímaco que figura en el *Banquete* de Platon, puede tomarse como tipo de este linaje de autores. El que más parecido tiene con él, es sin duda alguna el autor de la *Dietética*. Su objeto al tratar un asunto que, como él mismo indica [1]), había sido tratado ya repetidas veces, no es otro que dar á conocer un descubrimiento de que se muestra orgulloso [2]): si sus antecesores descubrieron algunas cosas útiles, desconocieron en cambio cuánto depende la salud, de que se guarde una justa medida así en la alimentación como en el cuidado del cuerpo. Este es el pensamiento que desenvuelve en su obra, que dicho sea de paso, contiene muchos datos interesantes para el conocimiento de la vida antigua: entre otros la enumeración y descripción de las diferentes clases de ejercicios corporales más

[1]) *Loc. cit.*, 1, 1, t. 6, p. 466: νῦν δὲ πολλοὶ μὲν ἤδη ξυνέγραψαν. También se dice en el libro 2, 39, p. 534: ὁκόσοι μὲν οὖν κατὰ παντὸς ἐπεχείρησαν εἰπεῖν περὶ τῶν γλυκέων, ἢ λιπαρῶν, ἢ ἁλυκῶν, ἢ περὶ ἄλλου τινὸς τῶν τοιούτων τῆς δυνάμιος.

[2]) Véase el libro 3, 67, p. 592: ἀλλὰ γὰρ αἱ διαγνώσιες ἔμοι γε ἐξευρημέναι εἰσὶ τῶν ἐπικρατεόντων ἐν τῷ σώματι, y más adelante: ὡς μὲν οὖν δυνατὸν εὑρεθῆναι, ἔγγιστα τοῦ ὄρου ἐμοὶ εὕρηται, τὸ δὲ ἀκριβὲς οὐδεν'. Véase además c. 70, p. 606: τόδε δὲ τὸ ἐξεύρημα καλὸν μὲν ἐμοὶ τῷ εὑρόντι, ὠφέλιμον δὲ τοῖσι μαθοῦσιν, οὐδεὶς δέ κω τῶν πρότερον οὐδὲ ἐπεχείρησε ξυνθεῖναι (Littré supone que debe decir συνεῖναι, quizá ξυνιέναι), ὃ πρὸς ἅπαντα τὰ ἄλλα πολλοῦ κρίνω εἶναι ἄξιον; y sobre todo el final del libro 4, c. 93, p. 662: τούτοισι χρώμενος ὡς γέγραπται, ὑγιανεῖ τὸν βίον, καὶ εὕρηταί μοι δίαιτα ὡς δυνατὸν εὑρεῖν ἄνθρωπον ἐόντα ξὺν τοῖσι θεοῖσιν.

generalizados en aquella época [1]), y al final un libro consagrado á la interpretación de los sueños [2]). Es sobre todo digno de nota, el principio de este libro, muy discutido recientemente por la completa oposición en que está con el resto de la obra. Tan extraña como las opiniones filosóficas que allí el autor expone, es la forma de que las reviste. En primer lugar, sus razonamientos filosóficos no parecen tomados de una misma doctrina. Al lado de algunas ideas indudablemente de Heráclito, se encuentran otras con seguridad extrañas á este filósofo. Decididamente no es de Heráclito, por ejemplo, aquello de que todo debe su origen al agua y al fuego: pensamiento que la tradición atribuye más bien á Arquelao [3]). El estilo es á todas luces imitación del de Heráclito. Pero no se descubre en él ni el más pequeño rastro de aquella profundidad de pensamiento que, junta con una dicción enérgica y gran riqueza de imágenes, distinguía á este filósofo. Sólo atribuyendo al autor la idea de escribir una parodia, podría decirse que había realizado su objeto; pues de otra suerte sólo puede calificarse esta obra de pura extravagancia [4]). No hay que buscar aquí un talento filosófico como el del platónico Erixímaco: sino que antes bien, todo es en ella mera palabrería, semejante á la que Platon echa en cara en el *Teateto* á los sectarios de Heráclito [5]); los cuales, cuanto menos adornados se

[1]) Lib. 2, 62 y ss.

[2]) En las ediciones anteriores, este libro figuraba con el título especial de περὶ ἐνυπνίων. Littré, fundándose en la tradición escrita y singularmente en las palabras citadas al final de la penúltima nota, lo ha colocado en su primitivo lugar.

[3]) Diógenes Laercio, 2, 16, dice de Arquelao: ἔλεγε' δὲ δύο αἰτίας εἶναι γενέσεως, θερμὸν καὶ ὑγρόν. Véase *Doxogr. gr.*, edic. de Diels, p. 139.

[4]) Como ejemplo de ello puede servir el siguiente pasaje, libro 1, c. 15: «De la misma manera que los zapateros dividen el todo en partes y de las partes hacen un todo, y cortando y agujereando componen y curan lo malo y averiado, otro tanto sucede con los hombres: el todo se divide en partes, y reuniendo las partes se forma un todo; los médicos curan á los hombres poniendo sano al enfermo. El fin de la medicina no es otro que evitar el dolor, y curar mediante la extirpación de las causas del mal. La naturaleza misma pide lo que necesita: el que está sentado apetece levantarse, como el que está en movimiento demanda tranquilidad y reposo. Estos y otros caracteres tienen de común la naturaleza y la medicina.»

[5]) Pág. 180, a: ἄλλ' ἂν τινά τι ἔρῃ, ὥσπερ ἐκ φαρέτρας ῥηματίσκια αἰνιγματώδη ἀνασπῶντες ἀποτοξεύουσι, κἂν τούτου ζητῇς λόγον λαβεῖν, τί εἴρηκεν, ἑτέρῳ πεπλήξει καινῶς μετωνομασμένῳ, περανεῖς δὲ οὐδέποτε οὐδὲν πρὸς οὐδένα αὐτῶν.

hallaban de las maravillosas dotes que constituía la grandeza del pensador de Efeso, tanto más procuraban imitar el tono profético de su maestro. En la obra que venimos examinando, este prurito se traduce no pocas veces en verdadera manía, al emplear palabras y antítesis completamente vacías de sentido. A menudo es la consonancia de los vocablos lo que determina la sucesión y enlace de los pensamientos [1]). De este modo su destreza en jugar, por decirlo así, con las palabras, es tal que aturde y marea [2]). Esto es á lo que en definitiva queda reducido el arte del autor; al paso que sería tiempo perdido buscar en su obra un pensamiento filosófico profundo [3]).

Mucho más uniforme que ésta, es la segunda obra intitulada *Sobre la alimentación*. Hay en ella indudablemente algunas sentencias tomadas de Heráclito, y su estilo, consistente en una serie de oraciones sueltas, desligadas unas de otras y faltas muchas veces de verbo, produce un efecto singular [4]). La tercera, *Sobre la naturaleza del hombre*, muévese también en los confines de la Medicina y la Filosofía. Galeno, que escribió sobre ella un extenso comentario, es de opinión de que consta de dos partes distintas. Según él, entre un tratado de Hipócrates intitulado *Sobre la naturaleza del hombre* y otro *Sobre el régimen higiénico* (περὶ διαίτης ὑγιεινῆς), el cual, aunque sin apoyar su juicio en razon alguna, declara producción de Polibo, debió intercalarse algo extraño á uno y otro autor, sólo con el fin de aumentar el volumen de

[1]) Véase, por ejemplo, el pasaje siguiente, lib. 1, c. 5: Φάος Ζηνί, σκότος Ἄιδῃ φάος Ἄιδῃ, σκότος Ζηνί, φοιτᾷ καὶ μετακινεῖται κεῖνα ὧδε, καὶ τάδε κεῖσε, πᾶσαν ὥρην, πᾶσαν χώρην διαπρησσόμενα κεῖνά τε τὰ τῶνδε, τὰ δέ τε τὰ κείνων.

[2]) Como en el libro 1, c. 4: ὅ τι δ' ἂν διαλέγωμαι γενέσθαι ἢ ἀπολέσθαι, τῶν πολλῶν εἵνηκεν ἑρμηνεύω· ταῦτα δὲ ξυμμίσγεσθαι καὶ διακρίνεσθαι, δηλῶ. ἔχει δὲ ὧδε· γενέσθαι καὶ ἀπολέσθαι τωὐτό, ξυμμιγῆναι καὶ διακριθῆναι τωὐτό, αὐξηθῆναι καὶ μειωθῆναι τωὐτό· γενέσθαι ξυμμιγῆναι τωὐτό, ἀπολέσθαι μειωθῆναι διακριθῆναι τωὐτό, ἕκαστον πρὸς πάντα καὶ πάντα πρὸς ἕκαστον τωὐτό,καὶ οὐδὲν πάντων τωὐτό. ὁ νόμος γὰρ τῇ φύσει περὶ τούτων ἐναντίος.

[3]) Con más exactitud que Lassalle, *Heráclito*, lib. 2, p. 141, Schuster, *Herakleitos von Ephesos*, en los ACTA SOC. PHILOL., Lipsiæ, vol. 3, y Teichmüller, *Neue Studien zur Geschichte der Begriffe*, Gotha, 1876, part. 1, ha discurrido en este punto Zeller, *Philosophie der Griechen*, vol. 1, p. 633 y ss.

[4]) Véase Bernays, *Die Heraklitischen Briefe*, p. 145 y ss., el cual compara con la tesis 45, t. 9, p. 116: ὁδὸς ἄνω κάτω μία, la que Hipólito, *c. Haer.*, 9, 10, página 446, cita de Heráclito: ὁδὸς ἄνω κάτω μίη καὶ ὠυτή. En el escrito περὶ διαίτης, lib. 1, c. 5, dice también: χωρεῖ δὲ πάντα καὶ θεῖα καὶ ἀνθρώπινα ἄνω καὶ κάτω ἀμειβόμενα.

la obra [1]). Como se ve, no deja de ser hábil la crítica de Galeno; pero, por desgracia, las razones que alega no son muy convincentes. Desde luego la última parte revela por su forma que es una adición extraña, mientras que la primera es un discurso, según lo indica claramente el exordio [2]). En este trabajo, se refuta la opinión de que los hombres están formados de una materia primitiva. Análogas á estas son las especulaciones, ajenas seguramente á Hipócrates, que contiene la obra *Sobre las partes carnosas* (περὶ σαρκῶν) en la cual se atribuye el origen de los distintos elementos del cuerpo humano, á la influencia del calor [3]). Por lo demás, lo mismo el hecho de que este escrito ofrece muchos puntos de contacto con la doctrina de Aristóteles, que la importancia que en él se atribuye al número siete, inducen á creer que es fruto de una época posterior.

Por lo que hace al libro *Sobre la epilepsia* (περὶ ἱερῆς νούσου), aunque en él no se trata ya de hacer prevalecer determinadas ideas filosóficas, descansa en un verdadero concepto filosófico del mundo. Son perfectamente lógicos y razonables los argumentos que alega para demostrar que la epilepsia, como cualquiera otra enfermedad, no reconoce otras causas que las puramente naturales, y que son por lo tanto de todo punto inútiles, los conjuros y demás medios sobrenaturales con que se trata de obtener su curación. El método dialéctico del autor, tal vez debiéramos buscarlo más bien entre los sofistas que entre los discípulos de la escuela de Cos [4]).

El fin á que en general tienden las obras que acabamos de

[1]) Véase el proemio del libro segundo de la citada obra, t. 15, p. 109. En él se encuentra la conocida observación sobre las falsificaciones de libros, ocasionadas por la rivalidad de los Ptolomeos y los Atálidas.

[2]) Part. 6, p. 32: ὅστις μὲν εἴωθεν ἀκούειν λεγόντων ἀμφὶ τῆς φύσιος τῆς ἀνθρωπίνης προσωτέρω ἢ ὁκόσον αὐτεῆς ἐς ἰητρικὴν ἐφήκει, τουτέῳ μὲν οὐκ ἐπιτήδειος ὅδε ὁ λόγος ἀκούειν. Si la versión ὅστις μὲν οὖν, dada por Littré es exacta, el todo está falto de principio y de fin.

[3]) Cap. 2, t. 8, p. 585: δοκέει δέ μοι ὃ καλέομεν θερμόν, ἀθάνατόν τε εἶναι καὶ νοέειν πάντα καὶ ὁρῆν καὶ ἀκούειν καὶ εἰδέναι πάντα ἐόντα τε καὶ ἐσόμενα. τοῦτο οὖν τὸ πλεῖστον, ὅτε ἐταράχθη πάντη ἐξεχώρησεν εἰς τὴν ἀνωτάτω περιφορήν· καὶ ὀνομῆναί μοι αὐτὸ δοκέουσιν οἱ παλαιοὶ αἰθέρα.

[4]) Son dignas de nota las palabras c. 17, t. 6, p. 392: αἱ δὲ φρένες ἄλλως οὔνομα ἔχουσι τῇ τύχῃ κεκτημένον καὶ τῷ νόμῳ, τῷ δ' ἐόντι οὔκ, οὐδὲ τῇ φύσει, porque dan la clave de la opinión del autor, acerca de un punto repetidamente discutido en aquel tiempo, sobre todo entre los sofistas.

mencionar, el cual no es otro que difundir las ideas en ellas vertidas, se manifiesta más claramente en algunas otras obras. Entre éstas figura en primer término una *Apología del arte de la Medicina* (περὶ τέχνης), cuyo objeto es defender este arte contra los ataques de aquéllos cuya superioridad estriba en desprestigiar cuanto pueden todas las artes, excepto la que ellos ejercen. Parecido á este, es el objeto de la obrita *Sobre el buen comportamiento del médico* (περὶ εὐσχημοσύνης), en la que á la exposición de las reglas de conducta que éste debe seguir, sirven de introducción algunas consideraciones generales sobre la verdadera y la falsa sabiduría. Con la primera de ellas tiene íntima relacion el arte de la Medicina: cuando el médico es además filósofo, se hace semejante á los dioses [1]). De asunto análogo, pero en forma de consejos prácticos ó aforismos, son las παραγγελίαι. La conclusión de este escrito es con toda evidencia una adición casual. En las mismas prescripciones ó reglas, domina un sentido noble y verdaderamente humano, al aconsejar con insistencia que se evite toda clase de charlatanería. Es hermosa la máxima: «Donde hay amor al hombre, hay también amor al arte» [2]). Para concluir, merece citarse un discurso sobre *Los flatos* (περὶ φυσῶν) [3]), en el que de un modo hábil se expone el singular pensamiento de que todas las enfermedades deben su origen á los gases encerrados en el cuerpo.

El último grupo de las obras que estamos estudiando, lo constituyen las que versan sobre la que puede llamarse Medicina popular. Tal es, por ejemplo, la que lleva por título περὶ διαίτης ὑγιεινῆς, *Sobre el régimen higiénico*, la cual, según claramente se desprende de su principio y del tono general en ella dominante, está escrita para uso de los profanos en aquella ciencia. Y aun lo indicaría con más claridad su conclusión, si las palabras que en ésta

[1]) Cap. 5, t. 9, p. 232: διὸ δεῖ ἀναλαμβάνοντα τουτέων τῶν προειρημένων ἕκαστα, μετάγειν τὴν σοφίην ἐς τὴν ἰητρικὴν καὶ τὴν ἰητρικὴν ἐς τὴν σοφίην· ἰητρὸς γὰρ φιλόσοφος ἰσόθεος.

[2]) Cap. 6, t. 9, p. 258: ἦν δὲ καιρὸς εἴη χορηγίης ξένῳ τε ἐόντι καὶ ἀπορεόντι, μάλιστα ἐπαρκέειν τοῖσι τοιαυτέοισιν· ἦν γὰρ παρῇ φιλανθρωπίη, πάρεστι καὶ φιλοτεχνίη.

[3]) Da cabal idea de este género de discursos, el comienzo de la obra περὶ φύσεως ἀνθρώπου, c. 1, t. 6, p. 32: γνοίη δ' ἄν τις τόδε μάλιστα παραγενόμενος αὐτέοισιν ἀντιλέγουσιν· πρὸς γὰρ ἀλλήλους ἀντιλέγοντες οἱ αὐτοὶ ἄνδρες τῶν αὐτέων ἐναντίων ἀκροατέων οὐδέποτε τρὶς ἑφεξῆς ὁ αὐτὸς περιγίνεται ἐν τῷ λόγῳ, ἀλλὰ ποτὲ μὲν οὗτος ἐπικρατέει, ποτὲ δὲ οὗτος, ποτὲ δὲ ᾧ ἂν τύχῃ μάλιστα ἡ γλῶσσα ἐπιρρυεῖσα πρὸς τὸν ὄχλον.

se encuentran no fueran mera repetición de aquellas con que termina otra obra análoga, intitulada *Sobre las enfermedades* (περὶ παθῶν) [1]). En cambio, la obrita que lleva el título de περὶ ἰητροῦ *Sobre el médico*, digna de nota por la frecuencia con que en ella se alude á otras producciones, está destinada á los principiantes en el arte de curar. A este mismo grupo pertenece el fragmento conservado con el título de *La Ley* (νόμος). De este, así como del *Juramento* antes mencionado, puede inferirse cuáles eran las condiciones que había de reunir en la antigüedad, el médico que hubiera de estar á la altura de su profesión.

Si con lo que precede no hemos logrado disipar la oscuridad en que están envueltos el origen y la época en que apareció cada una de las obras que se han conservado con el nombre de Hipócrates, creemos por lo menos haber demostrado cuán interesantes son bajo varios conceptos. Interesan desde luego á la historia de la civilización, en cuanto nos hacen ver que el genio creador de los griegos dió frutos tan admirables en el terreno de la investigación científica, como en el del arte. La variedad de tendencias y de fines que en dichas obras se observa, revela al propio tiempo una actividad que, á juzgar por el escaso número de producciones que se ha conservado, debió ser durante largo tiempo verdaderamente extraordinaria; y puede fijarse á fines del siglo v la época de su mayor florecimiento.

Pero aun prescindiendo del fondo, la Colección de las obras hipocráticas ofrece al historiador de la literatura, juntamente con multitud de dificultades insolubles, excelentes puntos de comparación con otras colecciones análogas que con el transcurso del tiempo han aparecido. Y aun cuando toda tentativa por determinar los primitivos elementos de estas producciones, sólo sirve, al parecer, para aumentar las dificultades, ofrece innegables atractivos el estudio del carácter y estructura de unas obras que no sólo entre los antiguos, sino también hasta muy entrada la época moderna, han gozado de tanta autoridad, y ejercido, como li-

[1]) Comienza así, t. 6, p. 208: ἄνδρα χρή, ὅστις ἐστὶ συνετός, λογισάμενον ὅτι τοῖσιν ἀνθρώποισι πλείστου ἄξιόν ἐστι ἡ ὑγιείη, ἐπίστασθαι ἀπὸ τῆς ἑωυτοῦ γνώμης ἐν τῇσι νούσοισιν ὠφελέεσθαι· ἐπίστασθαι δὲ τὰ ὑπὸ τῶν ἰητρῶν καὶ λεγόμενα καὶ προσφερόμενα πρὸς τὸ σῶμα τὸ ἑωυτοῦ καὶ διαγινώσκειν· ἐπίστασθαι δὲ τούτων ἕκαστα, ἐς ὅσον εἰκὸς ἰδιωτήν. Ambas obras las atribuyó Galeno á Polibo. Véase la nota 4 de la pág. 74 y el escolio citado por Littré.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bros de enseñanza, tanta influencia como las producciones de Aristóteles, de Euclides y de Ptolomeo.

Mas aun tienen otros encantos algunos de estos tratados; pues no sólo se revela en muchos de ellos un sentido científico que ha sido poco común en todo tiempo, sino que la forma es por extremo agradable, gracias á su claridad y concisión, y sobre todo á la amenidad propia del dialecto jónico. La cuestión de por qué Hipócrates, á pesar de su origen dórico [1]), escribió en dialecto jónico, puede ser contestada del mismo modo que hemos apuntado ya al hablar de Heródoto [2]). Menos admisible parece la idea según la cual, Eliano empleó aquel dialecto por consideración á Demócrito [3]): pues que ésta no pasa de ser un mero recurso para explicar un hecho cuya razon general ha de hallarse en el grado de perfección que ya la lengua jónica había alcanzado. Si la historia de la prosa jónica fuese más conocida, tal vez podríamos hallar en ella la clave para dilucidar y comprender algunas de las dificultades anteriormente indicadas. Pero si, como parece cierto, la diversidad de origen de cada una de las obras se refleja también en las diferencias de su estilo, es claro que aquí sólo podemos hablar de éste último en términos generales: con tanto más motivo, cuanto que la inseguridad de la tradición respecto á los textos, por un lado, y por otro el escaso conocimiento que aun los mismos antiguos tuvieron de los caracteres diferenciales de las distintas variedades del dialecto jónico, habrían de hacer casi imposibles las investigaciones que sobre este punto pudieran intentarse. Ni las obras de Demócrito, ni las de Hipócrates, han sido objeto de especial estudio en lo que al dialecto se refiere. Unicamente han estudiado algunos su vocabulario, explicando las frases peculiares y características de cada uno de estos escritores [4]). El mismo Galeno, no llegó á realizar el estudio que se proponía hacer del dialecto de Hipócrates [5]).

---

[1]) Aunque Gregorio de Corinto, *De dial. praef.*, p. 6, escribe Ἱπποκράτην τὸν Ἴωνα, es un error poco importante. Como de origen dudoso, aparece el jónico Hipócrates en Grociano, *vide* τριταιοφυεῖς, p. 123, 16 de Klein.

[2]) Véase la pág. 54 del tomo II.

[3]) *Var. Hist.*, 4, 20.

[4]) Véase Klein, *Praefat. ad Erotian*, p. XXII y ss.

[5]) *Comm. in Hippocr. de fracturis*, 1, 1, t. 18, 2, p. 322: ἐμοὶ δὲ καθ' ἑτέραν ἰδίαν γράμμα μικρὸν ἃ φρονῶ περὶ τῆς Ἱπποκράτους διαλέκτου δεδήλωται. Reconoce por causa esta observación, las diferencias de lecciones que se dan al comienzo de la obra περὶ ἀγμῶν. donde se ha leído χρῆν y ἐχρῆν. En esta última descansa la mayor semejanza del jonismo de Hipócrates con el dialecto ático. Cuánto discrepan las opiniones emitidas acerca de este punto, lo demuestra la observación de Galeno, *loc. cit.*: ἔστι γὰρ ἀμέλει καὶ τοῦτο συνῆθες τοῖς Ἀττικοῖς, ὧν τῇ διαλέκτῳ χρῆται κατά τι καὶ ὁ Ἱπποκράτης, ὡς ἀποφήνασθαί τινας αὐτὴν ἀρχαίαν Ἀτθίδα comparada con lo que se dice en los extractos bizantinos de Bachmann, *Anecd.*, t. 2, p. 367, 35: ὃς (esto es, Hipócrates) ἀκράτῳ τῇ Ἰάδι χρῆται· ὁ γὰρ Ἡρόδοτος συμμίγει αὐτὴν τῇ ποιητικῇ.

Por lo que hace al estilo que la antigüedad consideraba como peculiar de Hipócrates, halla Galeno la nota característica del mismo, en una concisión que estaba perfectamente de acuerdo con los hábitos de los antiguos, y la cual en modo alguno perjudicaba á la claridad [1]). Las obras cuyo estilo produce la impresión más favorable, se distinguen por ciertas seguridad y soltura que no excluyen algún descuído y abandono. Donde más claramente se revelan estas cualidades, es en el empleo de construcciones libres, las cuales ó se deben al deseo de dar gran sobriedad á la expresión, ó revelan la libertad de que gozaba la prosa, no sometida todavía á reglas fijas. Por motivos fáciles de comprender, tales consideraciones son aplicables con más razon á aquellas producciones —y no es corto su número—que más que trabajos acabados, parecen meros apuntes ó memorias [2]). En estas obras no originales de Hipócrates, adviértese por el contrario claramente, como ya hemos tenido ocasión de decir, el propósito de imitar con la mayor fidelidad posible un estilo determinado; y aun la

---

[1]) *De elem.*, 1, 9: ὁ μὲν οὖν Ἱπποκράτης βραχυλογίᾳ χρῆται παλαιᾷ. *De usu partium*, 1, 9: πολλὰ Ἱπποκράτης δι' ὀλίγων ῥημάτων διδάσκει, τοὺς γε δυναμένους μανθάνειν τὰ αὐτοῦ. *De crisibus*, 3, 2: ἔπεσθαι δὲ οἱ πολλοὶ βραχυλογίᾳ παλαιᾷ μὴ γεγυμνασμένοι, λείπειν οἴονταί τινα. *De fracturis*, 3, 4: ἴδιόν ἐστι τῆς Ἱπποκράτους βραχυλογίας ἅμα σαφηνείας διὰ τῶν ἐπιφερομένων ἐπιδείκνυσθαι τὸ παραλελειμμένον ἐν τῷ προειρημένῳ λόγῳ. Véase además *De respir. diffic.*, 3, 5, y *De artic.*, 4, 16.

[2]) Véase la observación de Herodiano, *De figuris.*, t. 8, p. 582, en la *Rhet. gr.* de Walz: καὶ τὸ παρ' Ἱπποκράτει· ἡ γυνὴ τοῦ κηπωροῦ πυρετὸς εἶχεν αὐτήν· διεσπαρμένας γὰρ ἐπιδημίας ὑπομνήματος δίκην γράφων, εἰπὼν τὸ ἡ γυνὴ τοῦ κηπωροῦ, ὡς ἀφ' ἑτέρας ἀρχῆς, ὁ πυρετὸς εἶχεν αὐτήν, ἐπήνεγκεν. ὅτι γὰρ οὕτως πως ὁ ἰατρὸς εἰς τὸ τοιοῦτον σχῆμα κατῆλθε, δῆλον ἐκ τοῦ μηδέποτε λόγου τελείου ἀπὸ τοῦ δὲ συνδέσμου ἀρχομένου. ἐκεῖνος ἐν τῷ περὶ ἄρθρων ἔφη εἰσβάλλων οὕτως· ὧμον δ' ἔναρθρον, ἕνα τρόπον οἶδα· καὶ γὰρ ἐνταῦθα ὡς ἐν ὑπομνηματισμῷ, πεπονημένων αὐτῷ καὶ ἑτέρων ἔμπροσθεν καὶ εἰς τοῦτο τὸ εἶδος, οὕτως ἤρξατο. El ejemplo en primer término citado, se encuentra en las *Epidemias*, 5, in. t. 5, p. 500. El segundo forma el comienzo de la obra *De artic.*, y debe decir: ὧμου δὲ ἄρθρον ἕνα τρόπον οἶδα.

misma influencia de Gorgias parece haberse hecho en ellas más ó menos sensible. En el discurso *Sobre los flatos*, particularmente, muéstrase más claro quizá que en ningún otro escrito de cuantos la antigüedad nos ha transmitido, el amor á la consonancia y al ritmo [1]).

[1]) Véase *loc. cit.*, t. 6, p. 92: τῶν δὲ δὴ νούσων ἁπασέων ὁ μὲν τρόμος ὁ αὐτός, ὁ δὲ τόπος διαφέρει. *Ibid.*, 3, p. 94: ἄνεμος γὰρ ἐστιν ἠέρος ῥεῦμα καὶ χεῦμα, 8, p. 102: πέπληνται γὰρ αἱ φλέβες ἠέρος, πλησθεῖσαι δὲ καὶ πρησθεῖσαι, 10, p. 106: ἢν μὲν οὖν ἐπὶ τὴν ὄψιν ἔλθῃ, ταύτης ὁ πόνος· ἢν δὲ ἐς τὰς ἀκοάς, ἐνταῦθ' ἡ νοῦσος· ἢν δὲ ἐς τὰς ῥῖνας, κόρυζα γίνεται· ἢν δὲ ἐς τὰ στέρνα, βράγχος καλέεται.

CAPITULO XLI

Jenofonte.

No es sólo la casualidad lo que ha decidido en la suerte de las producciones literarias de la Grecia. Excepción hecha de un corto número de escritos, los que hoy subsisten deben principalmente su conservación á la predilección que en el transcurso del tiempo se ha ído dispensando á determinadas producciones de cada uno de los dos grandes géneros literarios: la poesía y la prosa. Para las obras en prosa, fué, sobre todo, decisivo el gusto que casi desde el comienzo de nuestra Era, empezó á imperar gracias al influjo de las escuelas de los retóricos. Merced á éstas, sobrevivieron aquellos escritores que no tardaron en ganarse por completo el interés general, contribuyendo, por ende, al estado en que había caído ya en la época bizantina la anterior riqueza literaria.

Si la selección de esta suerte realizada ha sido siempre justa, y sobre todo, si fué la que nosotros hoy juzgaríamos como la más apetecible, es, por razones fáciles de comprender, cuestión muy difícil de contestar. Ahora bien; sin profundizar mucho en esta materia, debemos llamar la atención sobre dos puntos cuya importancia es tanto mayor, cuanto que nuestra propia opinión ha de depender necesariamente, en no pequeña parte, del juicio que formaron los antiguos. Ante todo, es indudable que este juicio fué á menudo parcialísimo, pues que su verdadero regulador era un interés meramente formal, siempre ajustado á una determinada tendencia. Mas quizá trajo consigo aun peores resultados la circunstancia de que, en realidad, el objeto de la general predilección en aquella época no eran las obras sobresalientes por su forma ó por su contenido, sino más bien cierto número de escritores. Este hecho explica el origen y formación de las colecciones que los antiguos nos han trasmitido. Al esforzarse por reunir y coleccionar, sin género alguno de crítica, todo cuanto, con razon ó sin ella, se atribuía á un escritor cualquiera, sucedió

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

misma influencia de Gorgias parece haberse hecho en ellas más ó menos sensible. En el discurso *Sobre los flatos*, particularmente, muéstrase más claro quizá que en ningún otro escrito de cuantos la antigüedad nos ha transmitido, el amor á la consonancia y al ritmo [1]).

[1]) Véase *loc. cit.*, t. 6, p. 92: τῶν δὲ δὴ νούσων ἁπασέων ὁ μὲν τρόμος ὁ αὐτός, ὁ δὲ τόπος διαφέρει. *Ibid.*, 3, p. 94: ἄνεμος γὰρ ἐστιν ἠέρος ῥεῦμα καὶ χεῦμα, 8, p. 102: πέπληνται γὰρ αἱ φλέβες ἠέρος, πλησθεῖσαι δὲ καὶ πρησθεῖσαι, 10, p. 106: ἢν μὲν οὖν ἐπὶ τὴν ὄψιν ἔλθῃ, ταύτης ὁ πόνος· ἢν δὲ ἐς τὰς ἀκοάς, ἐνταῦθ' ἡ νοῦσος· ἢν δὲ ἐς τὰς ῥῖνας, κόρυζα γίνεται· ἢν δὲ ἐς τὰ στέρνα, βράγχος καλέεται.

CAPITULO XLI

Jenofonte.

No es sólo la casualidad lo que ha decidido en la suerte de las producciones literarias de la Grecia. Excepción hecha de un corto número de escritos, los que hoy subsisten deben principalmente su conservación á la predilección que en el transcurso del tiempo se ha ído dispensando á determinadas producciones de cada uno de los dos grandes géneros literarios: la poesía y la prosa. Para las obras en prosa, fué, sobre todo, decisivo el gusto que casi desde el comienzo de nuestra Era, empezó á imperar gracias al influjo de las escuelas de los retóricos. Merced á éstas, sobrevivieron aquellos escritores que no tardaron en ganarse por completo el interés general, contribuyendo, por ende, al estado en que había caído ya en la época bizantina la anterior riqueza literaria.

Si la selección de esta suerte realizada ha sido siempre justa, y sobre todo, si fué la que nosotros hoy juzgaríamos como la más apetecible, es, por razones fáciles de comprender, cuestión muy difícil de contestar. Ahora bien; sin profundizar mucho en esta materia, debemos llamar la atención sobre dos puntos cuya importancia es tanto mayor, cuanto que nuestra propia opinión ha de depender necesariamente, en no pequeña parte, del juicio que formaron los antiguos. Ante todo, es indudable que este juicio fué á menudo parcialísimo, pues que su verdadero regulador era un interés meramente formal, siempre ajustado á una determinada tendencia. Mas quizá trajo consigo aun peores resultados la circunstancia de que, en realidad, el objeto de la general predilección en aquella época no eran las obras sobresalientes por su forma ó por su contenido, sino más bien cierto número de escritores. Este hecho explica el origen y formación de las colecciones que los antiguos nos han trasmitido. Al esforzarse por reunir y coleccionar, sin género alguno de crítica, todo cuanto, con razon ó sin ella, se atribuía á un escritor cualquiera, sucedió

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que, al lado de obras indudablemente suyas, conservaron considerable número de escritos, los cuales sólo gracias á su supuesto origen, lograron sustraerse á la suerte de que no se pudieron librar tantos otros á todas luces mejores.

Un ligero examen de las obras que en definitiva han llegado hasta nosotros, entre las muchas que produjo el movimiento intelectual despertado por Sócrates, confirmará la perfecta exactitud de estas observaciones. ¡Cuán distinto sería el conocimiento que hoy tenemos de la vida intelectual de aquella época, si nos fuera posible escoger, de entre los tesoros literarios acumulados en la Biblioteca de Alejandría hacia mediados del siglo III antes de la Era cristiana, las obras que con mayor claridad pudieran dar á conocer las distintas tendencias, las mutuas relaciones de los socráticos y las luchas por ellos empeñadas! Desgraciadamente, las consideraciones que lo mismo el historiador de la Literatura que el de la Filosofía tienen hoy ante todo en cuenta, eran perfectamente ajenas á las ideas de los antiguos; así se explica que sólo dos escritores de aquella escuela, hayan sido los que en definitiva cautivaron su atención. Si dejamos á un lado los tres diálogos verosímilmente sin razon atribuídos á Esquines, de los cuales ya hemos hablado, y la llamada *Tabla* de Cebes, en realidad de importancia escasa, sólo se ofrecen á nuestro estudio las dos colecciones que con los nombres de Jenofonte y de Platon han llegado hasta nosotros.

Esta circunstancia basta por sí sola, para explicar el por qué hemos de consagrar á estos dos hombres atención más detenida que á los demás socráticos. Mas si en lo que respecta á Platon semejante interés estaría completamente justificado por su significación é importancia, muy superiores á las de sus colegas, acaso no acontece lo mismo con Jenofonte. Como filósofo, Jenofonte es muy inferior no sólo á Platon, sino á muchos de sus contemporáneos; y aun como escritor, es muy dudoso si gozó en su época una influencia análoga á la que ejerció, por ejemplo, Antístenes. En cambio, en tiempos posteriores, la suerte más propicia, al asignarle un puesto eminente entre los representantes del aticismo, aseguróle en la Historia de la Literatura una importancia que quizá no cuadraba por completo á la que en realidad merecía.

Si prescindimos de las noticias que hallamos en declaraciones meramente incidentales del mismo Jenofonte, todo cuanto se refiere á su persona es por extremo incierto. Aun en las postrimerías de la Edad Antigua, parece que no se conservaban ya de su vida otros pormenores, si se exceptúa un discurso en que un joven contemporáneo de Demóstenes, el orador Dinarco, parece tuvo ocasión de tratar detenidamente hechos relacionados con Jenofonte [1].

Sentados estos precedentes, no nos admirará que tropiece con grandísimas dificultades el que intente determinar con exactitud la época de su nacimiento. Si la noticia que encontramos así en el geógrafo Estrabon [2] como en la biografía, por cierto muy incompleta, que Diógenes Laercio dedica á Jenofonte [3], de que este último fué librado por Sócrates de caer prisionero en la batalla de Delion; si tal noticia, repito, fuera exacta, en el año en que se libró aquella batalla, 1 de la 89.ª Olimpiada, 424 a. Chr., Jenofonte contaría próximamente veinte años. Tal creencia, sin embargo, es por más de un concepto inadmisible. En primer término, semejante hecho no se halla citado ni por el mismo Jenofonte ni por Platon, á pesar de que este último habla en diversas ocasiones del supuesto papel desempeñado por Sócrates en la batalla de Delion [4]. Pero aun más que este silencio, pugna contra la exactitud de aquel dato, la completa imposibilidad de armonizar con él toda una serie de noticias que el mismo Jenofonte nos trasmite acerca de su edad [5]. Ante todo, es difícil de creer que hasta cumplidos los cuarenta años no pensara en buscar la profesión que más convenía á su carácter, como necesariamente habría sucedido en la hipótesis de que naciera el año 444, a. Chr. Por otra parte, lo mismo el puesto secundario que ocupó al comenzar la expedición organizada por Ciro, que sus relaciones con Proxeno, quien á la sazon contaba apenas treinta años, parecen justificar la opinión de que en aquella época Jenofonte era más

---

[1]) Se halla citado en Diógenes Laercio, 2, 52, y titulábase πρὸς Ξενοφῶντα ἀποστασίου.

[2]) Libro 9, 2, 7.

[3]) Libro 2, 22.

[4]) Laques, p. 181, a: Cármides en el *Banquete*, p. 221, a. Este último pasaje parece haber dado margen á la leyenda relativa á Jenofonte.

[5]) *Anabasis*, 3, 1, 14. 25. 6, 4, 25. 7, 3, 46. No es, en cambio, aplicable á este caso lo que se dice en el pasaje 7, 3, 38 de la misma *Anabasis*. Véase sobre este particular y sobre otras cuestiones relativas á la vida de Jenofonte, á Cobet, *Novae lect.*, p. 535 y ss.

joven. Según esto, ofrece suficientes garantías de verosimilitud la opinión de que en 401, a. Chr., contaba unos veintiocho años. Una vez aceptada, queda un espacio de ocho á diez años, durante los cuales pudo Jenofonte permanecer al lado de Sócrates; y no debe tampoco mirarse en manera alguna como cosa extraña, que algunas de sus obras las compusiera hacia el año 355, a. Chr. [1]).

Carecemos completamente de noticias acerca de la progenie de Jenofonte, pues excepción hecha del nombre de su padre, Grilo, no hallamos ningún otro dato. Parece ser simple invención la especie que encontramos en un escritor posterior, de que, estando prisionero en Beocia, oyó al sofista Pródico [2]); y sin duda es una de tantas ficciones á que dieron margen los discursos socráticos, lo que se dice acerca del primer encuentro de Jenofonte con Sócrates [3]). De las mismas declaraciones de Jenofonte, se desprende la extraordinaria influencia que en sus determinaciones ejerció este último [4]). No es menos verosímil, por otro lado, que su resolución de alistarse en la empresa de Ciro, obedeciera en parte á los mismos móviles que él atribuye á Proxeno, á cuya invitación debió dar oídos Jenofonte [5]). Además de la esperanza de cobrar gloria y prestigio, la perspectiva de acumular riquezas determinóle quizá á incorporarse á la expedición; pero lo que Proxeno no pudo conseguir por haber muerto prematuramente, logrólo por fortuna su colega.

No podemos dejar de reconocer que su determinación de

[1]) Que contrajo matrimonio cuando aun sostenia relaciones con Sócrates, parece inferirse del pasaje de un diálogo de Esquines que citamos en la pág. 256 del tomo II. Según las noticias que nos trasmite Demetrio Magnes, en Diógenes Laercio, 2, 52, los dos hijos de Jenofonte habían nacido ya cuando éste se trasladó á Scillus.

[2]) Filóstrato, en la palabra *Sofista*, 1, 12: Προδίκου δὲ τοῦ Κείου ὄνομα τοσοῦτον ἐπὶ σοφίᾳ ἐγένετο, ὡς καὶ τὸν Γρύλου Ξενοφῶντα ἐν Βοιωτοῖς δεδέντα ἀκροᾶσθαι διαλεγομένου, καθίσταντα ἐγγυητὴν τοῦ σώματος. La mención posterior del conocido pasaje de Pródico, que Jenofonte nos ha trasmitido en sus *Memorias de Sócrates*, hace verosímil que la referida noticia deba su origen á una combinación basada en esta circunstancia. Mucho menos puede sostenerse que Jenofonte fuera discípulo de Isócrates, como se ha afirmado modernamente.

[3]) Diógenes Laercio, 2, 48.

[4]) *Anabasis*, 3, 1, 5.

[5]) *Loc. cit.*, 2, 6, 17. En cuanto se dice sobre la amistad de Jenofonte con Proxeno sólo encontramos meras hipótesis. En cambio es perfectamente seguro, según la *Anabasis*, 2, 6, 16, que este último recibió enseñanzas de Gorgias.

unirse á los griegos expedicionarios no le coloca ciertamente muy por encima de los demás jefes de huestes mercenarias, cuyo número aumentó sobre todo desde el término de la guerra peloponense. Como en no pocos de ellos, concurrió en Jenofonte la circunstancia agravante de haber prescindido de las consideraciones y respetos que debía á su patria. Con esta reserva, bien pueden elogiarse la actividad y talentos militares que desplegó este último. No sólo su prudencia y sangre fría parecieron aumentar con el peligro, sino que reunía en alto grado todas cuantas dotes demandaba la buena dirección de una empresa cuyas dificultades podían parecer insuperables. Si el relato de la *Anabasis* es fiel y exacto—é impiden ponerlo en duda así la falta de todo otro testimonio que lo contradiga, como el carácter de la obra, perfectamente libre de toda jactancia y vanagloria—corresponde á Jenofonte una parte importantísima, quizá la principal, en la salvación definitiva de aquel monton de griegos, amenazados por el poderío persa, rodeados por todas partes de pueblos enemigos, aislados de toda comunicación con su patria, y cuya retirada es celebrada en la historia de la guerra como una de las más brillantes, ante todo y sobre todo, por haber hecho imperecedera su memoria la magistral descripción de Jenofonte.

La parte que éste tomó en la expedición á Asia, y el prestigio que por ella alcanzó en su patria, ejercieron en su vida decisiva influencia. Es grandemente dudoso si volvió á Atenas [1]), pero resulta claro é inconcuso que abrazó el partido de Esparta. En 394, a. Chr., asistió como simple consejero á la batalla de Coronea, con lo cual, aunque su opinión no prevaleció, declaróse en abierta hostilidad contra sus propios conciudadanos, y los lazos que aun le unían con Atenas quedaron por completo rotos. Importa poco si en realidad se dictó contra él un decreto de destierro; lo cierto es que Jenofonte no podía regresar á su patria [2]). Mas no dejaron los espartanos de dar pruebas de su re-

[1]) Lo que se dice en la *Anabasis*, 7, 7. 57, refiérese simplemente á una resolución sobre cuyo cumplimiento no encontramos, sin embargo, dato alguno.

[2]) Hay gran variedad de opiniones acerca de la época en que Jenofonte fué condenado á destierro, de lo cual hablan Diógenes Laercio, 2, 14, 51, Pausanias, 5, 6, 4, y Dion Crisóstomo, *Or.*, 8. De las palabras de la *Anabasis*, 7, 7, 57, parece inferirse que pudo muy bien ser decretado hacia el año 399. Es á todas luces falsa la noticia de Istro, en Diógenes Laercio, 2, 59, según la cual Eubulo fué el promovedor de esta medida, así como lo fué más tarde de su revoca-

conocimiento, al hombre que tan franca y abiertamente había abrazado su partido: el donativo de tierras en Scillus, comarca del Alfeo [1]), así como la progenie que le adjudicaron, pregonan su gratitud. En este retiro fué sin duda donde Jenofonte compuso la mayoría de las obras sin las cuales su memoria apenas habría llegado hasta nosotros, ó sólo habría alcanzado á producir una impresión poco profunda, y lo que es más, completamente desfavorable.

Por lo demás, Jenofonte no debía permanecer en Scillus durante todo el resto de su vida: el resultado de la batalla de Leuctra el año 2 de la 102.ª Olimpiada, 371 a. Chr., le obligó á abandonar sus posesiones y á establecerse en Corinto. Pero aun tuvo para él otras consecuencias, la repentina é inesperada mudanza que las victorias de Tebas operaron en las mutuas relaciones de los que hasta entonces habían sido Estados enemigos. Con la alianza entre Esparta y Atenas cambió la situación de Jenofonte para con su patria. Pero si bien por razones que ignoramos no quiso regresar á Atenas, no renunció por esto á procurar ser útil con sus consejos á sus antiguos conciudadanos. Según todas las apariencias, permaneció en Corinto hasta su muerte, ocurrida á lo sumo el año 1 de la 106.ª Olimpiada, 355 a. Chr. [2]). Mas antes de morir tuvo la desgracia de perder á uno de sus hijos, los cuales, quizá por haber heredado la hermosura varonil de su padre [3]), fueron comparados con los Dioscuros. Grilo cayó entre las filas de la caballería ateniense, peleando en la batalla de Mantinea el año 2 de la 104.ª Olimpiada, 363 a. Chr.,

ción. Véase sobre el particular á Cobet, *Novae lect.*, p. 757, y Schenkl, *loc. cit.*, p. 639 y 640.

[1]) Véase Dinarco, en Diógenes Laercio, 2, 52, y la *Anabasis*, 5, 3, 7.

[2]) Según el testimonio de Estesicleides de Atenas, ἐν τῇ τῶν ἀρχόντων καὶ Ὀλυμπιονικῶν ἀναγραφῇ, citado por Diógenes Laercio, 2, 56, debió morir el año 1 de la 105.ª Olimpiada, 360 a. Chr. Pugna, sin embargo, con esta noticia, el hecho de mencionarse en las *Helénicas*, 6, 4, 37, acontecimientos realizados después del año 357, a. Chr., así como la época probable en que vió la luz el tratado sobre las *Rentas*. Mientras que Demetrio Magnes, en el citado pasaje de Diógenes Laercio, sólo habla de que Jenofonte ἤδη δηλάδη γηραιὸς ἱκανῶς murió en Corinto, Luciano, *Macrob.*, 22, refiere que llegó á la edad de noventa años. No hay para qué hablar de lo que Ateneo, 10, 428 y 429, dice sobre la presencia de Jenofonte en la corte de Dionisio el Antiguo.

[3]) Véase Diógenes Laercio, 2, 48, el cual dice de Jenofonte: αἰδήμων δὲ καὶ εὐειδέστατος εἰς ὑπερβολήν.

y expiando en cierto modo de tal suerte la falta cometida por su padre para con Atenas. Su muerte produjo viva compasión, y siguiendo una costumbre en aquella época muy generalizada, compusiéronse en su honor muchos encomios. Al asegurar Aristóteles, quien también escribió un diálogo intitulado *Grilo*, que uno de los fines que los autores de aquellos elogios se proponían, era agradar á Jenofonte [1]), ofrece la prueba de que al fin de su carrera éste gozó de gran autoridad y prestigio.

Pero, aun mucho más que en lo que respecta á la vida de Jenofonte, es sensible que carezcamos de noticias fidedignas acerca de la colección de obras que lleva su nombre. Que en ella están contenidas cuantas producciones suyas conocía la antigüedad, parece inferirse del hecho de no existir vestigios perfectamente seguros de ningún otro trabajo de este escritor [2]). En cambio, encierra sin duda la colección obras que en manera alguna pueden atribuirse á Jenofonte, y otras de las que cabe suponer que nos han sido trasmitidas en forma muy distinta de la original. Para explicar bien el por qué de todo ello, constituye no pequeño obstáculo la carencia de toda noticia acerca de la época en que se formó esta colección, así como respecto á quién fué su autor [3]).

La pintura más exacta de la actividad de Jenofonte como escritor, resultaría indudablemente del examen de sus escritos por el orden en que fueron compuestos; mas semejante empresa tropezaría con insuperables dificultades desde el momento en que, descansando en meras hipótesis más ó menos probables la época en

[1]) Diógenes Laercio, 2, 55: φησὶ δὲ Ἀριστοτέλης ὅτι ἐγκώμια καὶ ἐπιτάφιον Γρύλλου μυρίοι ὅσοι συνέγραψαν, τὸ μέρος καὶ τῷ πατρὶ χαριζόμενοι. Según Hermipo, Isócrates escribió también un elogio de Grilo.

[2]) Un supuesto comentario de carácter ético, á las poesías de Teognis, parece debería ser atribuido más bien á Antistenes. Véase la nota 3 de la página 35 del presente tomo. Era una hipótesis completamente falta de fundamento, la de algunos que, como dice Ateneo, 11, p. 506, c, consideraban el segundo *Alcibiades*, como obra de Jenofonte.

[3]) Cuanto sobre esto sabemos se reduce á la noticia, ciertamente de importancia muy secundaria, que trae Diógenes Laercio, 2, 56: συνέγραψε δὲ βιβλία πρὸς τὰ τετταράκοντα, ἄλλων ἄλλως διαιρούντων. Según nuestra actual división, constaría de 37 libros, resultado que aproximadamente concuerda con el de 40; sobre todo — y acerca de esto ha llamado ya la atención C. Wachsmuth, en el *Rhein. Museum*, vol. 34, p. 334 — si se considera que las *Helénicas* estaban divididas primeramente en nueve libros, en lugar de los siete de que hoy constan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que vieron la luz la mayoría de estas obras, el resultado que se obtuviese habría de ser siempre muy inseguro. Aunque sobre la base de un criterio como el que se desprende de la exacta observación de ciertas particularidades en el uso de la lengua — estudio á que no ha mucho se ha dado laudable principio [1] — se llegaran á obtener conclusiones satisfactorias, la extraordinaria diversidad de asuntos que ofrecen las obras que hoy corren con el nombre de Jenofonte, constituye por sí sola un motivo suficiente á justificar la clasificación de las mismas en determinados grupos. A este fin pueden perfectamente agruparse las obras cuyo verdadero protagonista es Sócrates; por ellas, pues, comenzaremos este estudio, examinando las *Memorias socráticas*, el *Económico* y el *Banquete*.

En su forma actual, las *Memorias de Sócrates* (Ἀπομνημονεύματα) constan de cuatro libros. Los dos primeros capítulos del libro primero no son otra cosa que una introducción á toda la obra, y de ella se desprende con toda claridad cuál fué el verdadero propósito del autor al escribirla, á saber: hacer la apología del maestro, refutando de paso las inculpaciones que á éste se habían dirigido.

Aunque este punto se halla fuera de toda duda y al hacer la crítica de aquella producción ha de apuntarse necesariamente en primer término, es por extremo difícil determinar qué acusaciones pudieron mover á Jenofonte á emprender semejante defensa. De la solución que se dé á tal pregunta depende á la vez la que haya de darse á esta otra: ¿en qué época escribió su obra?

Lo primero que se ocurre pensar — y tal es lo que más á menudo ha sucedido — es que la composición de este trabajo siguió inmediatamente á la sentencia de Sócrates, de suerte que venía á ser como una refutación de las acusaciones contra éste dirigidas por Anito y Méleto. Cierto que durante su estancia en Asia, al lado de Agesilao, desde el año 399 al 397, a. Chr., pudieron no haber faltado á Jenofonte horas de ocio para dedicarse á escribir; mas el atento examen de las *Memorias* conduce á una serie de consideraciones que inducen á creer fueron compuestas en época pos-

[1]) Véase lo que acerca de las obras de Jenofonte observa Dittenberger, *Chronologie der Platonischen Dialoge*, en el HERMES, vol. 16, p. 330 y 331, y la opinión de G. Sauppe, *Commentatio de Xenophontis vita et scriptis*, t. 1, p. XIV de su edición, sobre la sucesión cronológica de las obras de aquel escritor.

terior, aun cuando no concedamos más valor que el que corresponde á las cartas de los socráticos, evidentemente apócrifas é inventadas, á la noticia que hallamos en una supuesta producción de Jenofonte [1]), y según la cual las *Memorias* fueron escritas en Scillus. En cambio, el adversario contra quien Jenofonte se revuelve, no podía ser otro que el sofista Polícrates de Atenas, muy conocido, no sólo como maestro de Zoilo, de celebridad tan inmerecida como poco envidiable, sino también en concepto de autor de obras en las cuales, como el mismo Zoilo, gustaba de defender ideas diametralmente opuestas á las generales y corrientes. Bajo este aspecto, su elogio de Busiris, famoso por su crueldad para con los extranjeros, y su acusación contra Sócrates, eran dos obras dignas de figurar la una al lado de la otra.

El intento de Isócrates de enseñar á Polícrates cómo debiera haber tratado el asunto por él escogido, limítase por desgracia al primero de estos discursos; de todas suertes, de lo que acerca del segundo dice [2]), se desprende que no debe entenderse en manera alguna, como parece haber sido opinión muy generalizada en época relativamente remota, que fuera una oración pronunciada por encargo de los acusadores de Sófocles [3]). Para comprobar la inexactitud de esta hipótesis, los antiguos mismos llamaron ya la atención sobre la alusión que en este discurso hace Polícrates á la reedificación de las grandes murallas, llevada á cabo seis años después de la muerte de Sócrates [4]). Ahora bien, partiendo del supuesto de que fué el sofista Polícrates el adversario á quien Jenofonte había tomado á su cargo contestar, y contra quien iba dirigido un discurso de Lisias varias veces mencionado [5]), habrá que convenir en que las *Memorias de Sócrates* no debieron ver la luz antes del año 393, a. Chr.

[1]) Carta XVIII, de las atribuidas á los socráticos.

[2]) Véase *Busiris*, § 4 y ss.

[3]) Tal había sostenido el primero Hermipo, segun Diógenes Laercio, 2, 38, y después otros escritores como Quintiliano, *Inst. orat.*, 2, 17, 4, Eliano, *Var. hist.*, 11, 10, Temist., *Orat.*, 2, p. 38, y el autor de la carta XIV de los socráticos. Suidas, en la palabra Πολυκράτης habla de dos discursos.

[4]) Diógenes Laercio, 2, 39: Φαβωρῖνος δέ φησιν ἐν τῷ πρώτῳ τῶν ἀπομνημονευμάτων μὴ εἶναι ἀληθῆ τὸν λόγον Πολυκράτους κατὰ Σωκράτους· ἐν αὐτῷ γάρ, φησί, μνημονεύει τῶν ὑπὸ Κόνωνος τειχῶν ἀνασταθέντων, ἃ γέγονεν ἔτεσιν ἓξ τῆς τοῦ Σωκράτους τελευτῆς ὕστερον· καὶ ἔστιν οὕτως ἔχον. Véase Cobet, *Novae lect.*, p. 662 y siguientes.

[5]) *Schol. Arist.*, t. 3, p. 320 y 480 de Dindorf.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por su forma, las *Memorias socráticas* pertenecen á un género á menudo cultivado en la antigüedad, sobre todo cuando se trataba de apuntes de discursos dirigidos por los filósofos á sus discípulos. Y hay que advertir que no determinaba diferencia alguna en la índole de aquellas producciones, el que estos discursos fueran meras disquisiciones improvisadas é incidentales como las de Sócrates, ó verdaderos discursos didácticos [1]). Quizá la obra de Jenofonte es el primer ensayo de esta clase de trabajos [2]), el cual contiene al mismo tiempo no escaso número de los llamados apotegmas: máximas sencillas, enérgicas y concisas, muy del gusto de los antiguos, por parecerles las más apropiadas para facilitar y mantener vivo el trato y comunicación con los hombres notables de las edades pasadas.

Claro es que en este linaje de obras en que sólo se trataba de reproducir simples diálogos, no había que esperar un plan propio y determinado. El de Jenofonte no consiste en realidad en otra cosa que en la simple sucesión de partes que mutuamente se completan, sin que se advierta el menor vestigio que revele el intento de enlazarlas y combinarlas en un orden verdaderamente sistemático. Así como el cuerpo de la obra va precedido de una introducción, así el final no es ni más ni menos que una especie de breve epílogo destinado á formar, con los rasgos y cualidades que resultan de las descripciones y relatos precedentes, un retrato, incompleto, es verdad, del hombre [3]) en cuya defensa se acude, con la simple reproducción de las mismas máximas y doctrinas que brotaron de sus labios. La falta de cohesión de que no puede negarse adolece esta clase de producciones por efecto de su propia estructura, hace posibles posteriores modificaciones, bien por la supresión de algunas partes de la obra original, bien

[1]) Bajo este punto de vista, necesita ser completada la obra de E. Köpke, *Ueber die Gattung der ἀπομνημονεύματα in der griechischen Litteratur*, Brandenburg, 1857.

[2]) Sólo de esta suerte parece que puede interpretarse el pasaje de Diógenes Laercio, 2, 48: καὶ πρῶτος ὑποσημειωσάμενος τὰ λεγόμενα εἰς ἀνθρώπους ἤγαγεν, ἀπομνημονεύματα ἐπιγράψας· ἀλλὰ καὶ ἱστορίαν φιλοσόφων (φιλόσοφον?) πρῶτος ἔγραψε. El escoliasta de Aristides, t. 3, p. 718 de Dindorf, es el único que dice: Ξενοφῶν δὲ ἐν τοῖς ἀποφθέγμασι Σωκράτους; lo cual alude al pasaje 2, 7, de las *Memorias*.

[3]) Prescindimos aquí del final del capítulo VII y de todo el VIII del libro IV, que con evidente sinrazon han sido considerados como posteriores adiciones. Quizá el principio del libro IV es resultado también de una refundición posterior.

por la adición de otras; y ofrece por ende á tales cambios un campo mucho más ancho, que el que ofrecer pueden los escritos cuyo asunto es uno, perfecto y acabado. Hay que advertir que sería tanto más aventurado afirmar, como se ha intentado modernamente, que ciertas partes de esta obra sólo pudieron ser compuestas bajo la influencia de las doctrinas estóicas [1]), cuanto que en muchos puntos las ideas de Jenofonte parecen estar más en armonía con las de Antístenes que con las de Platon.

De todo lo dicho se infiere que no hay que buscar en esta obra una exposición propiamente artística del asunto y mucho menos el arte en la manera de desarrollar los distintos diálogos. No se encuentra apenas vestigio alguno de que Jenofonte se propusiera enlazar entre sí los diálogos por medio de transiciones hábiles. Aparte muy contadas excepciones, el autor expone con gran concisión el tema sobre el que ha de consignar luego la opinión de Sócrates y el cual debe constituir el asunto de una discusión más ó menos amplia. Los interlocutores y aun los meros oyentes, personajes reales unos y otros, figuran como testigos, con el objeto ostensible de hacer creer que se trata de verdaderos diálogos de Sócrates. En pocos casos reproduce el autor diálogos que sólo conociera por referencia [2]), pues los más son de aquellos que él mismo había tenido ocasión de escuchar. Acaso pueda parecer extraña la circunstancia de que Jenofonte sólo una vez intervenga directamente en el diálogo [3]); este hecho, sin embargo, puede muy bien atribuirse á razones análogas á la que explican esta misma conducta en Platon, á saber: la aversión general en los primeros tiempos á llevar á la escena la propia persona.

La cuestión de hasta qué punto los diálogos que constituyen las *Memorias* pueden ser considerados como reproducción fiel y exacta de lo manifestado por Sócrates [4]), no es en el fondo dis-

[1]) En este sentido ha hecho una crítica tan detenida como caprichosa, A. Krohn en su obra *Sokrates und Xenophon*, Halle, 1874.

[2]) Por ejemplo, el libro 4, 8, 4: λέξω δὲ καὶ ἃ Ἑρμογένους τοῦ Ἱππονίκου ἤκουσα περὶ αὐτοῦ.

[3]) Libro 1, 3, 8. No es ciertamente casual el que al principio aparezca el nombre de Jenofonte.

[4]) Para demostrar esto, se ha pretendido utilizar las palabras arriba citadas de Diógenes Laercio, 2, 48, interpretando el vocablo ὑποσημειωσάμενος en el sentido de anotación tomada en signos taquigráficos. Véase Gardthausen, en el Hermes, vol. 11, p. 446. Una cosa parecida cuenta Diógenes Laercio, 2, 122, del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

tinta de otra de mayor importancia, á saber: si el cuadro que resulta de los apuntes de Jenofonte, responde perfectamente y bajo todos aspectos, á la verdad histórica. Que el propósito del autor fué presentar un retrato lo más fiel posible de su maestro, no puede en manera alguna ponerse en tela de juicio, pues de ello responde el amor que sin duda profesaba á Sócrates, y que él mismo declara en otro de sus escritos [1]). Pero es cuestión distinta, la de si para Jenofonte el querer y el poder eran una misma cosa. Si las dotes filosóficas relativamente escasas del autor excluyen desde luego toda hipótesis de que estuviera en condiciones de completar ó exponer con más claridad y mejor lo que oyese á Sócrates, autoriza en cambio la duda de si en su obra se ajustó perfectamente y bajo todos conceptos á las ideas y opiniones emitidas por el maestro. A este propósito débese recordar además lo que ya antes hemos notado, á saber: que entró menos en sus miras el propósito de exponer el valor y sentido propiamente filosóficos de las doctrinas de Sócrates, que el deseo de defender á un hombre cuya condena era tanto más injusta [2]) cuanto que eran de todo punto infundadas las acusaciones contra él dirigidas.

Mas apenas puede sostenerse en justicia que Jenofonte realizara esta tarea de una manera completamente satisfactoria; pues si cada uno de los rasgos del retrato por él bosquejado responde á la realidad, falta en cambio al conjunto aquella verdad sublime que vemos brillar en el Sócrates que pinta Platon. Y no hay que atribuir este fenómeno sólo á la diferencia palmaria entre las dotes que adornaban á Jenofonte y las que poseía Platon, sino que el verdadero motivo es mucho más profundo, á saber: que sólo Platon alcanzó á penetrar en el interior de Sócrates, mientras que la pintura que de este último hace Jenofonte, como nunca pasa de la superficie, no puede dar á conocer la serie de cualidades y preeminencias en que descansaba la gran significación de Sócrates y la influencia por él ejercida.

El *Banquete* (συμπόσιον) se diferencia en primer término de las

supuesto zapatero Simon. Indudablemente debe mirarse este vocablo como puramente retórico; de la misma suerte es también mera ficción lo que en el *Teateto*, p. 143, a, se dice de Euclides.

[1]) *Anabasis*, 3, 1, 4 y s.

[2]) Véase especialmente 1, 1, 20.

Memorias socráticas, por su estructura mucho más artística, sin que por ello el tono que en aquella producción impera deje de ser el más sencillo posible. El conjunto, sin embargo, tiene todo el carácter de un pequeño drama. La acción es tan agradable como animada. Calias, á menudo citado en el número de los socráticos y famoso por sus riquezas, prepara un banquete en su propia casa con ocasión de las fiestas Panateneas, mas en realidad para celebrar el triunfo obtenido en el Pancracio por su favorito Autolico, é invita á Sócrates, á quien encuentra al paso, y á algunos de sus camaradas, entre los cuales eran los más conocidos Antístenes y Cármides. A poco de comenzar la comida se presenta de improviso el bufon Filipo, siracusano vagabundo, acompañado de dos muchachas diestras en el baile y en la música, y un mancebo de maravillosa hermosura. Aunque sus ejercicios absorben por el pronto la atención de los comensales, no tarda en entablarse una conversación general provocada por Sócrates. Invitados por él, cada uno de los presentes señala aquello á que concede mayor valor y estimación; y cuando todos han hablado toma Sócrates la palabra. Su discurso, que es entre todos el más importante, describe á maravilla el arte que él se gloriaba de poseer y que no consistía en otra cosa que en saber inspirar amor. El verdadero asunto de este trabajo lo constituyen las dos disertaciones de Sócrates sobre la esencia del amor, en las cuales establece la conveniente diferencia entre el amor vulgar y sensual y el amor espiritual y puro. La obra termina con la descripción de una danza mímica que representa el encuentro de Diónysos y Ariadna.

Los numerosos puntos de contacto que esta obra ofrece con una de las mejores creaciones de Platon, no sólo en la forma sino también en el asunto y aun en determinados pormenores, dieron margen ya en la antigüedad á que se hicieran todo género de ensayos para explicar satisfactoriamente estas semejanzas y analogías. Es error manifiesto el que ha conducido á suponer la existencia de una gran rivalidad entre Platon y Jenofonte, y á dar por sentado que el primero se propuso hacer una crítica más ó menos maliciosa de la obra de este último [1]). El hecho de que en reali-

[1]) Véase sobre este particular á Ateneo, 11, p. 504, e, y el tratado de Böckh, *De simultate quae inter Platonem et Xenophontem intercessisse fertur*, Berlin, 1811, reimpreso en el tomo IV de los *Kleine Schriften*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad la solución más verosímil y fundada que puede darse al problema de cuál de las dos obras fué la más antigua, es indudablemente afirmar que el *Banquete* de Jenofonte fué el primero en salir á luz, no demuestra en manera alguna la exactitud de los cargos que se hacen á Platon. Aun concediendo por otra parte que tomó de Jenofonte la forma que éste dió á su trabajo y que se apropió toda una serie de resortes empleados ya por su predecesor, en definitiva no habría hecho otra cosa que lo que en la antigüedad pasaba por cosa llana y corriente. Sin embargo, el número de estas analogías es insignificante, en comparación con lo que Platon puso de su propia inventiva. La fuerza creadora de que este último hizo gala en su *Banquete*, basta por sí sola para excluir de antemano la posibilidad de que Jenofonte intentara siquiera rivalizar con semejante predecesor. Sin embargo, si admitimos que su obra fué la primera, no puede negarse que ofrece no escaso número de relevantes cualidades. Como las *Memorias de Sócrates*, no carece este trabajo de gran altura de pensamiento, y sobre todo de índole verdaderamente dramática. Por lo que hace á los caracteres, están delineados con gran delicadeza: no sólo la figura de Antístenes nos inspira interés profundo, sino que el humor chistoso de Sócrates aparece felizmente retratado, y el joven Autolico es un carácter tan delicado como agradable.

Por lo que respecta á los repetidos intentos de negar á Jenofonte la paternidad del *Banquete*, puede decirse que ninguno de ellos encontró eco ni logró resultado alguno [1]). Sobre si, como se ha sostenido con frecuencia y acaso también entre los antiguos, esta obra formó primitivamente parte de las *Memorias de Sócrates*, tendremos ocasión de decir lo que sea del caso cuando conozcamos á fondo la producción de que al punto vamos á hablar.

La forma del *Económico* (Οἰκονομικός) es también la dialogada. Sin embargo, por razones fáciles de comprender, Sócrates en esta obra no expone teoría alguna propia, pues en realidad habría sido muy difícil poner en labios de un hombre que á pesar de to-

[1]) En la obra *De Minervae Poliadis sacris*, p. 17, O. Müller había emitido la opinión de que el *Banquete* era obra de un sofista. Posteriormente ha retirado esta hipótesis. De los trabajos modernos encaminados á demostrar que esta obra es apócrifa, bastará con citar los de Steinhart, *Leben Platons*, p. 301, nota 1; Krohn, *Sokrates und Xenophon*, p. 98, y Herchner, *De Symposio quod fertur Xenophontis*, Halle, 1875, ninguno de los cuales ha conseguido por completo el fin á que iba enderezado.

das las eminentes cualidades que le adornaban jamás fué un padre de familia celoso y capaz de aumentar su patrimonio, enseñanzas é instrucciones sobre la economía doméstica. Esta consideración y quizá también el recuerdo de Xantipa, explica el por qué Jenofonte apeló al recurso de presentar á Sócrates pidiendo informes á un cierto Iscómaco, de cómo se había conducido éste para adquirir fama de padre de familia prudente, circunspecto y amigo del ahorro.

Más aun que las otras dos obras de Jenofonte de que hemos hablado, parece el *Económico* fiel trasunto del carácter y modo de pensar de su autor; de aquí que no parezca completamente infundada la hipótesis de que este Iscómaco, de quien no se halla mención en ninguna otra parte, no era otro que el mismo Jenofonte; y que en la pintura de una vida conyugal feliz y venturosa que contiene la obra, se vea una descripción de su propio hogar. Es indudable que en toda la obra se advierte una gran frescura de estilo y de pensamiento. Aunque las reglas que el autor da no revelan gran penetración, es en cambio muy interesante la pintura que hace de la esposa griega, tan distinta de los retratos que de la misma acostumbraban hacer los antiguos [1]).

No deja de ser extraño lo mismo el comienzo del *Económico* que el del *Banquete*, pues ambos empiezan de manera que parece como que debían ir enlazados con algún otro escrito que inmediatamente los precediera. Por un dicho de Galeno, médico que en el siglo segundo de la Era cristiana se distinguió por su maravillosa erudición en los más distintos ramos de la ciencia, sabemos que por lo menos en lo que al *Económico* toca, este punto fué discutido y explicado ya en la antigüedad de diversos modos [2]). El

[1]) Son realmente hermosas las palabras que Iscómaco dirige á su esposa, cap. 7, 42: τὸ δὲ πάντων ἡδιστον, ἐὰν βελτίων ἐμοῦ φανῇς, καὶ ἐμὲ σὸν θεράποντα ποιήσῃ, καὶ μὴ δέῃ σε φοβεῖσθαι, μὴ προϊούσης τῆς ἡλικίας ἀτιμότερα ἐν τῷ οἴκῳ γένῃ, ἀλλὰ πιστεύῃς, ὅτι πρεσβυτέρα γιγνομένη, ὅσῳ ἂν καὶ ἐμοὶ κοινωνὸς καὶ παισὶν οἴκου φύλαξ ἀμείνων γίγνῃ, τοσούτῳ καὶ τιμιωτέρα ἐν τῷ οἴκῳ ἔσει· τὰ γὰρ καλά τε κἀγαθά, ἐγὼ ἔφην, οὐ διὰ τὰς ὡραιότητας, ἀλλὰ διὰ τὰς ἀρετὰς εἰς τὸν βίον τοῖς ἀνθρώποις ἐπαύξεται.

[2]) *Comm. in Hippocr. l. de artic.*, 1, 1, t. 18, 1, p. 301 de Kühn: καιτοί τινες εἰς τοσοῦτον ἥκουσι σοφίας ὥστε τοῦ Ξενοφῶντος Οἰκονομικοῦ μνημονεύειν οἰόμενοι μαρτυρεῖν αὐτοῖς ἔθος εἶναι τοῖς παλαιοῖς ἐν ἀρχῇ χρῆσθαι τῷ δέ συνδέσμῳ, διὰ τοῦτό φασιν ἄρχεσθαι τὸν Ξενοφῶντα τοῦ συγγράμματος οὕτως· „ἤκουσα δέ ποτε αὐτοῦ, φησί, καὶ περὶ οἰκονομίας τοιάδε μοι διαλεγομένου", μὴ γιγνώσκοντες ὅτι τὸ βιβλίον τοῦτο τῶν Σωκρατικῶν ἀπομνημονευμάτων ἐστὶ τὸ ἔσχατον.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismo Galeno no sólo desecha la interpretación de que el uso toleraba entonces el empleo de una conjunción copulativa al principio de una obra, sino que antes bien estima, como si en realidad fuese ésta cosa fuera de toda duda, que el *Económico* formaba el último libro de las *Memorias de Sócrates*. Mas si esto fuese exacto, cosa parecida debía suceder también con el *Banquete*, el cual comienza de idéntica manera [1]). El hecho con tanta seguridad afirmado por Galeno parece ser, sin embargo, un simple recurso. No sólo no puede negarse que el final de las *Memorias de Sócrates* habría seguido en todo caso á aquellas dos partes, sino que á pesar de todas las semejanzas que entre estas dos producciones existen, no es posible desconocer que media una cierta diferencia entre las *Memorias* y los otros dos trabajos, así por lo que toca al objeto como por lo que respecta al carácter de cada uno de ellos. Por más verosímil que la hipótesis de que para facilitar la mutua y más estrecha conexión de las obras de Jenofonte, introdujéronse en ellas posteriores cambios, tendría yo la opinión de que Jenofonte comenzó de propósito de tan extraña manera ambas obras: lo cual trae á la memoria lo que Diógenes Laercio dice sobre los supuestos diálogos «acéfalos» de Esquines [2]).

En unión de las tres mencionadas producciones, y por referirse como ellas á la persona de Sócrates, examinaríamos la *Apología de Sócrates*, si desde ha mucho tiempo no estuviese demostrado que es una obra á todas luces apócrifa [3]). En realidad esta obra se compone en lo esencial de máximas y pasajes tomados, ya de las *Memorias*, ya de algunos diálogos de Platon; y en ella el lenguaje, aunque resulta claro el esfuerzo por imitar con la mayor fidelidad posible el estilo de Platon, no está completamente libre de giros que más son propios y característicos de Heródoto ó Tucídides [4]).

Aunque semejante en la forma, ostenta un carácter perfectamente distinto del de los discursos socráticos, el diálogo intitulado *Hieron*. En conversación natural y sencilla departen el tirano

[1]) Dice así: ἀλλ' ἐμοί γε δοκεῖ.

[2]) Diógenes Laercio, 2, 60: ὧν οἱ μὲν καλούμενοι ἀκέφαλοι σφόδρ' εἰσὶν ἐκλελυμένοι καὶ οὐκ ἐπιφαίνοντες τὴν Σωκρατικὴν εὐτονίαν· οὓς καὶ Πεισίστρατος ὁ Ἐφέσιος ἔλεγε μὴ εἶναι Αἰσχίνου.

[3]) En este sentido se expresó ya en el siglo pasado Valckenaer.

[4]) Véase Schenkl, *Xenophontische Studien*, cuad. 3, el cual cree que el autor floreció en el siglo II, a. Chr.

de Siracusa celebrado por Píndaro y el poeta Simónides de Ceos, sobre las ventajas é inconvenientes que al soberano ofrece la posesión de su poder ilimitado, y con este motivo Hieron pinta su situación como la más desgraciada y miserable. El principal motivo de su desventura y malestar, es la imposibilidad en que se halla de retirarse á la vida privada; pues para hacerlo no sólo tendría que devolver antes las considerables sumas que recaudara, si no también expíar las muchas penas de prisión que había señalado y sufrir la muerte tantas veces como él la había impuesto á los demás. Simónides, en cambio, ensalza la felicidad del tirano ante todo porque se halla en condiciones de hacer felices á otros, y da á Hieron el consejo, ciertamente peligroso, de que todo aquello que hubiese de despertar odiosidades y rencores lo hiciera ejecutar por otros [1]). Sobre todo, este diálogo, en que el autor se limitó á presentar los dos aspectos bajo los cuales podía verse la cuestión, pero sin deducir conclusión alguna, tiene un sabor marcadamente sofístico. Respecto á las causas que determinaron á Jenofonte á componer esta obra y elegir tal asunto, nada podemos decir con seguridad [2]).

La *Ciropedia* (ἡ Κύρου παιδεία) constituye como el paso de los diálogos filosóficos á los escritos históricos de Jenofonte. Consta esta obra de ocho libros, y si por consideración á su verdadero objeto puede contarse entre las obras filosóficas, en atención á la forma por su autor elegida, los antiguos la colocaron sin más ni más entre las producciones propiamente históricas de Jenofonte.

No sin razon se ha llamado á la *Ciropedia* novela de tendencias filosóficas, cuyo principal objetivo es la glorificación de la dignidad real con un sabor perfectamente espartano [3]). Bajo la forma de una narración histórica, muéstrase de qué manera Ciro, descendiente por su padre y por su madre de regia estirpe, gra-

[1]) Cap. 9, 3: ἐφὼ οὖν φημι ἀνδρὶ ἄρχοντι τὸ μὲν τὸν ἀναγκῆς δεόμενον ἄλλοις προστακτέον εἶναι κολάζειν, τὸ δὲ τἆλλα ἀποδιδόναι δι' αὐτοῦ ποιητέον.

[2]) No tiene importancia alguna lo que Delbrück, en el *Schrift Xenophon*, Bonn, 1829, p. 93, observa acerca de que fué compuesto con motivo de la exaltación de Jason al trono de Tesalia. Con más motivo pudiera atribuirse al regreso de Dionisio el Joven; pero en todo caso habría que convenir en que Jenofonte no pudo ser su autor.

[3]) Véase lo que ya Ciceron observa sobre el particular en su *Epist. ad Quint.*, 1, 1, 8: *Cyrus ille a Xenophonte non ad historiae fidem scriptus, sed ad effigiem iusti imperii, cuius summa gravitas ab illo philosopho cum singulari comitate coniungitur.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cias á sus dotes naturales y más aun á una educación esmerada, fué fundador y soberano de un gran Imperio. Como los griegos gustaban de encarnar determinadas aptitudes en ciertas personalidades típicas, Ciro fué para ellos el representante de la realeza ideal, al paso que Sardanápalo representaba á sus ojos el más alto grado de crueldad y de infamia á que conducir puede el abuso del poder absoluto y de inmensas riquezas [1]). Según esto, Jenofonte había encontrado ya trazado el retrato de su héroe, sobre todo en la pintura que de él había hecho Antístenes en su diálogo intitulado *Ciro*. Aunque no puede determinarse cuántos de los rasgos y detalles de la *Ciropedia* han sido tomados de trabajos anteriores, es indudable que para algunas partes de su obra sirvieron de modelo á Jenofonte, Ciro el Joven y aun más Agesilao. Por lo demás, la inventiva del autor se redujo en este trabajo á bien modestos límites; ni pudo dar á su asunto una forma dramática, ni infundir aliento y vida á los personajes que presentaba. No obstante el esmero que puso en trazar caracteres distintos, todos en el fondo son semejantes, con la sola diferencia de que unos son hombres de heróicas virtudes y otros por el contrario rematadamente malos. Estos defectos y sobre todo la falta de interés dramático, están muy débilmente compensados por el indiscutible talento del narrador y por la clara trasparencia del estilo. La lectura de la *Ciropedia*, abstracción hecha de algunos encantadores rasgos de la infancia de Ciro ó del siempre interesante episodio de la desgraciada Pantea, despierta pronto un sentimiento de fastidio y enojo, semejante al que puede producir la famosísima y en cierto tiempo exageradamente admirada imitación de esta obra: *Las aventuras de Telémaco*. Pero aun ha de ser más desfavorable el juicio que sobre ella se pronuncie, si se la compara con la admirable creación de Platon que persigue un fin análogo. En lugar de las ideas y pensamientos sublimes y profundos que en la última se encuentran en tan gran número, sólo se ve en la de Jenofonte una serie de fantásticas imágenes, las cuales inducen á preguntar si el autor, aparte quizá de las máximas y reglas que da sobre cuestiones militares, se proponía algún otro fin práctico: salvo, como es natural, la tendencia ética

[1]) Véase Platon, *Menexeno*, p. 239; *Leyes*, 3, p. 693, 694; la carta IV de Platon, p. 320, donde el nombre de Ciro figura al lado de los de Licurgo y Dión; y Aristóteles, *Política*, 5, 10, p. 1310, b, 38.

que resalta siempre en el fondo de la mayoría de sus producciones, y que aparece más claramente que en ninguna otra parte, en los diálogos y discursos que á menudo alternan en la *Ciropedia* con la narración histórica. No intenta el autor armonizar el pensamiento fundamental de esta obra con las verdaderas ideas de los personajes que en ella intervienen; antes bien pone en sus labios máximas y opiniones como las que hubiera podido formular Sócrates [1]).

Infinitamente más que en la *Ciropedia*, la cual con todas sus bellas cualidades, no es ni más ni menos que una obra de carácter mixto y ambiguo, descansa la importancia de Jenofonte, como escritor, en la obra destinada á describir la expedición de Ciro el Joven y la retirada de los mercenarios griegos después de la desgraciada batalla de Cunaxa. Hay motivos bastantes para dudar que la *Anabasis* (ἡ Κύρου ἀνάβασις), hoy dividida en siete libros, haya llegado á nosotros en su primitiva forma. Especialmente los sumarios que preceden á todos los libros, á partir del segundo, y en los cuales, excepción hecha del libro sexto, se resume todo lo dicho desde el principio, han despertado la sospecha de que fueron agregados en una distribución posterior de las distintas partes de este trabajo [2]). No son, sin embargo, tan importantes estas modificaciones ni otras que quizá se han introducido en ella, que hayan cambiado mucho el carácter de la obra, como ha acontecido en otros escritos muy leídos por los antiguos.

Mucho más difícil es poner perfectamente en claro otros varios puntos. De la descripción que de su residencia de Scillus hace Jenofonte en el libro quinto, dedúcese que la *Anabasis* fué compuesta en una época posterior á la que de otra suerte quizá podría suponerse. Del contexto de este mismo libro parece también inferirse que fué escrito en una época en que el autor se había visto obligado ya á trasladarse á Corinto [3]). No podemos en manera alguna determinar las razones que movieron á Jenofonte á dilatar por tanto tiempo la publicación de su obra.

[1]) Véase, por ejemplo, el 3, 1, 16. 3, 3, 53. 5, 1, 11.

[2]) Véase Birt, *Das antike Buchw.*, p. 464 y ss.

[3]) Véase Schenkl, *Xenophontische Studien*, cuad. 1, p. 635, quien con justo motivo llama la atención sobre los imperfectos ἐποίει y μετεῖχον, allí usados. De igual suerte el pasaje del libro 6, 6, 9: ἦρχον δέ τότε πάντων τῶν Ἑλλήνων οἱ Λακεδαιμόνιοι, aunque muy bien pudo ser escrito antes del año 371, acusa una época posterior.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es en cambio indudable, que circularon antes relaciones escritas de la retirada de los Diez mil. No se sabe á ciencia cierta si Ctesias, cuyo relato de los acontecimientos inmediatamente posteriores á la batalla de Cunaxa menciona Jenofonte [1]), escribió también una narración de la retirada de los Diez mil; pero sí consta que Sofaneto de Estinfalia, á quien se cita á menudo en la *Anabasis* como uno de los caudillos del ejército, consignó sus recuerdos en una obra con el mismo título que la de Jenofonte [2]). Verosímilmente este escrito fué el que sirvió de base á la relación de Eforo, utilizada por Diodoro de Sicilia [3]). No sugiere menos dificultades la mención que en el libro tercero de sus *Helénicas* hace Jenofonte de una historia de la retirada de los Diez mil, cuyo autor dice ser un siracusano llamado Temistógenes, á quien, por lo demás no se conoce por ningún otro concepto [4]). Sólo hallándose muy generalizada entre los antiguos, como parece que en realidad sucedió, la opinión de que esta obra de Temistógenes no era ni más ni menos que la del mismo Jenofonte, se comprende cómo ha podido acontecer que no obstante haber salido á luz con un nombre supuesto, en ningún tiempo se hayan suscitado dudas sobre el origen de la *Anabasis* [5]). De todas suertes, para todo lector atento hubiera sido absurda é imposible la más ligera duda; ¿quién si no el mismo Jenofonte habría podido expresar sus más íntimos pensamientos y los más secretos impulsos de su alma, de la manera que los vemos traducidos en innumerables pasajes de la *Anabasis?* Mas sea cualquiera la opinión que se adopte [1]), hay que convenir en que esta inseguridad en punto á una de las obras más leídas por los antiguos, revela bien á las claras cuán frágiles eran los cimientos en que á menudo descansaba entre los griegos la tradición histórico-literaria.

El conocimiento de la *Anabasis* que debo suponer en mis lectores, me releva de examinar más detenidamente el contenido de esta obra. Al que la haya leído, difícilmente habrá dejado de interesarle en gran manera. La variedad del asunto, los atractivos que á menudo ofrece la narración, la gracia de las descripciones unida á los encantos de un estilo sencillo, pero cuya sencillez contribuye á hacerlo aún más agradable: todas estas son cualidades que explican el interés que despierta tan hermosa producción. Conspira á aumentar en gran manera este interés, el tono y colorido general de ella, los cuales inspiran la más completa confianza en la veracidad del autor. Así como en las descripciones militares se revela la experiencia del caudillo, numerosas máximas, sobre todo acumuladas en los discursos, dan á conocer al discípulo de Sócrates. En la narración de los hechos, jamás olvida Jenofonte ciertas ideas y aspiraciones de carácter meramente moral; de tal suerte que aun al informarnos de la conducta de cada uno de los personajes, gusta siempre de exponer también los motivos y consideraciones morales que la ha-

---

[1]) *Anabasis*, 1, 8, 26 y ss.

[2]) Las cuatro citas de esta obra que encontramos en Esteban de Bizancio versan sobre datos geográficos. Véase Müller, *Fragm. hist. gr.*, t. 2, p. 74 y 75. Siendo Sofaneto el más viejo de los estrategos, la publicación de la obra que lleva su nombre no debió ser muy posterior al término de la Retirada. Mas de todas suertes, es cuestionable si la escribió él mismo. Véase Volquardsen, *Untersuchungen über die Quellen der gr. und sic. Geschichten bei Diodor*, lib. XI—XVI, Kiel, 1868, p. 131 y 132. En el capítulo siguiente hablaremos de otro escritor de Estinfalia.

[3]) Diodoro, 14, 19—31.

[4]) *Loc. cit.*, 1, 2: ὡς μὲν οὖν Κῦρος στράτευμά τε συνέλεξε καὶ τοῦτ' ἔχων ἀνέβη ἐπὶ τὸν ἀδελφὸν καὶ ὡς ἀπέθανε καὶ ὡς ἐκ τούτου ἀπεσώθησαν οἱ Ἕλληνες ἐπὶ θαλάτταν, Θεμιστογένει τῷ Συρακοσίῳ γέγραπται.

[5]) Plutarco, *De gloria Athen.*, c. 1: Ξενοφῶν μὲν γὰρ αὐτὸς ἑαυτοῦ γέγονεν ἱστορία, γράψας ἃ ἐστρατήγησε καὶ κατώρθωσε, καὶ Θεμιστογένη περὶ τούτων συντετάχθαι τὸν Συρακούσιον, ἵνα πιστότερος ᾖ διηγούμενος ἑαυτὸν ὡς ἄλλον, ἕτερῳ τὴν τῶν λόγων δόξαν χαριζόμενος. Tzetzes, *Chiliad.*, 7, 930 y ss., refiere toda una novela acerca de la conocida anécdota de Fidias, el cual cedió á su amada, para que aparecieran como obras suyas, dos estatuas modeladas por él:

ταὐτὸ ποιεῖ καὶ Ξενοφῶν τῇ Κύρου 'Αναβάσει·
ἐπέγραψε καὶ οὗτος γάρ τοῦ ἐρωμένου χάριν,
Κύρου μὲν ἡ 'Ανάβασις ὑπάρχει, τὸ βιβλίον,
Θεμιστογένους δέ ἐστι τοῦτο Συρακουσίου
κἂν πάλιν ἐπεκράτησε καλεῖσθαι Ξενοφῶντος.

Una cosa parecida se dice de la *Retórica*, cuya paternidad cedió Aristóteles á Teodectes. La fuente común de estas leyendas fué probablemente el poema de Fanocles: Ἔρωτες ἢ καλοί. Suidas en la palabra Θεμιστογένης, dice: Συρακούσιος ἱστορικός· Κύρου 'Ανάβασιν, ἥτις ἐν τοῖς Ξενοφῶντος φέρεται καὶ ἄλλα τινὰ περὶ τῆς ἑαυτοῦ πατρίδος.

[1]) Véase Böckh, *Encykl. und Methodologie der philol. Wissensch.*, p. 327. La hipótesis formulada por Fr. Jacob, *Verm. Schrift.*, vol. 6, en el opúsculo intitulado *Xenophon oder Themistogenes*, p. 60, y á la cual se ha adherido Böckh, según la que Temistógenes era amigo de Jenofonte y le ayudó en la composición de su obra, no favorece mucho á Jenofonte como escritor. Sin embargo de la noticia de Suidas, es muy posible que el nombre de Temistógenes fuese simple invención; si bien parece que al elegirlo debió tenerse en cuenta su significado propio. No es suficiente la opinión de Schenkl, *loc. cit.*, p. 636, según la cual no es ésta sino una mera hipótesis originada por el pasaje de las *Helénicas*.

bían determinado. Es notable, sobre todo si se le compara con Tucídides, la limitación del punto de vista que el autor adopta con respecto á las cosas religiosas. No sólo muéstrase fuertemente arraigada en la conciencia de Jenofonte la creencia en una intervención constante de la divinidad en la suerte de cada individuo, sino que en todas ocasiones aparece clara su fe en la revelación directa, ya por medio de sueños, ya por señales de todo linaje. Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el calificativo de «historiador justo» que ha dado á Jenofonte un escritor posterior [1]) está basado ante todo y sobre todo en la *Anabasis*.

La tercera obra histórica de Jenofonte es sus *Helénicas*, las cuales constan de siete libros, y cuyo asunto no es otro que el relato de los sucesos acaecidos desde el año 411, a. Chr., hasta la batalla de Mantinea, año 2 de la 104.ª Olimpiada, 362, a. Chr.; por consecuencia comprende la historia de unos cincuenta años. Es muy extraño que esta obra carezca de introducción, pues sin previas aclaraciones de ningún género continúa el hilo del relato desde el momento mismo en que lo deja Tucídides. En cambio las últimas frases del libro séptimo, revelan bien á las claras el propósito del autor de no pasar de una determinada época, con la cual podía terminar perfecta y naturalmente su trabajo [2]).

Aunque es cierto que jamás se ha intentado en serio poner en duda la autenticidad de las *Helénicas* [3]), está en cambio muy generalizada la opinión de que la mayoría de los defectos de que hoy adolecen no proceden del mismo Jenofonte; y partiendo de esta base, muchos se han inclinado á creer que las *Helénicas* han sufrido, corriendo el tiempo, importantes modificaciones. Sin embargo, las opiniones están muy divididas en punto al alcance y verdadero carácter de las mismas. En parte, y como suele acontecer en tales casos, estos distintos criterios han nacido de toda una serie de hipótesis que sólo podrían servir de sólida base, si estuvieran plenamente demostradas. No se ha encontrado tampoco vestigio alguno que acredite que la obra de Jenofonte fuese en su origen bajo todos aspectos excelente; ni

[1]) Luciano, *Quomodo hist. conscr.*, c. 40: δίκαιος συγγραφεύς.

[2]) *Helénicas*, lib. 7, 5, 27: ἐμοὶ μὲν δὴ μέχρι τούτου γραφέσθω· τὰ δὲ μετὰ ταῦτα ἴσως ἄλλῳ μελήσει.

[3]) Lobeck, *Soph. Ai.*, verso, 1120: *Antiquorum scriptorum nullus eo verbo usus videtur, praeter Xenophontem, qui dicitur, Hellenicorum conditorem.*

menos se ha logrado dar apariencias de verosimilitud á la opinión de que las *Helénicas* tuvieran en algún tiempo una forma distinta de la que hoy conocemos [1]). Pero no está el menor mal de todas las hipótesis hasta aquí expuestas, en las grandísimas dificultades que suscitan. Si, por ejemplo, partimos de la idea de que las *Helénicas* que hoy poseemos no es sino un simple extracto, habrá que calificarlo de malo y defectuoso. No sólo es difícil concebir cómo hubo quien sin habilidad alguna acometiera tal empresa, sino que es aun menos comprensible que los antiguos se declarasen satisfechos con semejante extracto, cuando el más ligero paralelo con la obra, según se dice incomparable, de Jenofonte, debía poner tan de relieve los defectos de aquél.

No hay para qué ocuparnos en las opiniones en esta hipótesis basadas, ni conduce tampoco á nuestro propósito examinar si en época relativamente posterior se han interpolado ó no en aquella obra una buena serie de datos cronológicos ú observaciones incidentales que rompen la cohesión propia de las diversas partes de la misma [2]). Entre los juicios siempre sobrios que acerca de este escrito nos ha trasmitido la antigüedad, no hay ni uno sólo que, como ya arriba hemos indicado, pueda justificar el que se atribuya á las *Helénicas* un mérito sobresaliente en punto á la composición histórica. Lo que Dionisio de Halicarnaso dice de la relación en que se hallaba Jenofonte respecto de sus dos predecesores Heródoto y Tucídides [3]), se refiere muchísimo más que á las *Helénicas*, á la *Anabasis* y muy especialmente á la *Ciropedia*. En definitiva, sólo á éstas alude en realidad Dionisio cuando afirma que

[1]) No existe prueba alguna de que, como se ha sostenido, Plutarco utilizara las *Helénicas* en su forma más completa.

[2]) Según una hipótesis de Unger, último escritor que ha tratado esta cuestión, *Die historischen Glosseme in Xenophons Hellenika*, SITZUNGSB. DER PHILOS., PHIL. UND HIST. KLASSE DER K. B. AKAD., 1882, cuad. 2.º, en la Edad Media fué interpolado el texto, utilizando para ello la Crónica de Flegon Traliano, ó, por lo que respecta á la narración 2, 1, 8—9, de Ctesias.

[3]) *Epist. ad. Cn. Pompei.*, c. 4; véase también *Vet. script.*, 3, 2. Encontramos tratada muy imparcialmente esta cuestión en Hänel, *Besitzen wir Xenophons Geschichte in Auszuge?*, Berlín, 1872. Poco partido puede sacarse de lo que dice Ciceron en su tratado *De Oratore*, 2, 14, 58: *Denique etiam a philosophia profectus princeps Xenophon, Socraticus ille, post ab Aristotele Callisthenes, comes Alexandri scripsit historiam, et hic quidem rhetorico paene more, ille autem superior leniore quodam sono est usus et qui illum impetum oratoris non habeat, vehemens fortasse minus, sed aliquanto tamen est, ut mihi quidem videtur, dulcior.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la elección del asunto estuvo más feliz Jenofonte que Tucídides, y sólo á ellas también cuadra el elogio que hace de una oportuna distribución de las partes (οἰκονομία), del orden en que se narran los acontecimientos y del empleo de episodios hábilmente escogidos, los cuales adornan y realzan el conjunto de la narración. Aunque al lado de las excelencias de la *Anabasis* y la *Ciropedia* no aparece una sola palabra que haga relación á los indiscutibles defectos de las *Helénicas*, ni cabe abrigar duda alguna sobre éstos, ni siquiera es posible—tantos y tan grandes son—explicar satisfactoriamente su existencia, atribuyéndolos á una refundición posterior. Por muchos que se creyera poder atribuir á tal refundición, aun quedaría considerable número, y por cierto los más importantes, los cuales necesariamente habría que convenir que existían ya en la obra primitiva. No sólo la exposición es incompleta y carece de la exactitud y precisión necesarias, sino que en todas partes se advierte la falta de verdadero sentido histórico, el cual, si el autor lo hubiese tenido, jamás hubiera podido borrarlo por completo el compendiador más torpe.

Con mayor certeza que la cuestión que acabamos de tratar, puede resolverse la de si las *Helénicas* fueron ó no compuestas en dos distintos períodos. Parece garantizar la afirmativa, la circunstancia de que, si de una parte la mención incidental de la muerte de Alejandro de Fere, ocurrida el año 359, a. Chr. [1]), marca claramente la época antes de la cual no pudo en manera alguna terminarse la obra, de otro lado, según una aguda observación de Niebuhr [2]), hasta aquí por nadie combatida, la alusión que en el libro segundo [3]) se hace á la reconciliación de los partidos de Atenas después del triunfo de Trasíbulo, no podía en manera alguna haber sido escrita cuarenta años después, época en que las circunstancias habían ya cambiado por completo desde hacía largo tiempo. Según las investigaciones más recientes y escrupulosas, las *Helénicas* parecen constar de tres partes; pues á la primera, que, continuando la Historia de Tucídides, viene á terminar el relato de la guerra del Peloponeso, se han agregado en diversas

[1]) Libro 6, 4, 35.

[2]) Sobre las *Helénicas* de Jenofonte, véase el *Rhein. Museum*, vol. 1, p. 195 y siguientes, y los *Kleine Schriften*, primera serie, p. 464 y ss.

[3]) Cap. 4, 43: καὶ ὀμόσαντες ὅρκους ἦ μὴν μὴ μνησικακήσειν, ἔτι καὶ νῦν ὁμοῦ τε πολιτεύονται καὶ τοῖς ὅρκοις ἐμμένει ὁ δῆμος.

épocas otras dos [1]). La razon de que esto apenas pueda reconocerse hoy, estriba quizá en parte, en que verosímilmente la primitiva división de la obra en nueve libros se sustituyó en cierta época con otra en siete [2]). A consecuencia de ello, el comienzo de cada una de las partes se halla donde, juzgando por la distribución actual, menos pensaríamos en buscarlo. No debe extrañarnos tampoco, dado lo que ya hemos dicho sobre la manera cómo comienza la obra, antes bien debemos considerarlo como premeditado é intencional, el hecho de que unas partes sucedan á otras sin que á primera vista pueda advertirse el verdadero punto de transición. Sin embargo de esto, aparece suficientemente clara la diferencia entre las diversas partes. No sólo entre la primera y las siguientes, esta diferencia resulta palmaria por las variantes que se observan en el uso de los vocablos [3]), sino que si comparamos las últimas con las dos primeras, la hallaremos más patente aún, porque revelan un cambio evidente en el ánimo del autor. Tal se infiere, sobre todo, del pasaje en que el autor declara que el fin principal de su relato es demostrar cómo desde el momento en que los lacedemonios se rebelaron contra los dioses, haciéndose por ende culpables de una injusticia, comenzaron á ser castigados por los tebanos [4]). No sólo acreditan estas palabras las creencias religiosas de Jenofonte, sino que además prueban que los acontecimientos habían hecho cambiar radicalmente sus convicciones políticas.

Entre las varias hipótesis á que han dado lugar las *Helénicas*, es seguramente una de las más injustificadas, aquella según la

[1]) Además de la disertación de W. Nitzsche, *Ueber die Abfassung von Xenophons Hellenika*, Berlín, 1871, deben verse las observaciones de Dittenberger, en el Hermes, vol. XVI, p. 330.

[2]) Véase la pág. 83 y Arn. Schäfer en *Fleck. Jahrb.* año 1870, p. 527.

[3]) La primera parte llega al 2, 3, 10. Véase sobre este particular á Dittenberger, *loc. cit.*

[4]) 5, 4, 1: πολλὰ μὲν οὖν ἄν τις ἔχοι καὶ ἄλλα λέγειν καὶ Ἑλληνικὰ καὶ βαρβαρικά, ὡς θεοὶ οὔτε τῶν ἀσεβούντων οὔτε τῶν ἀνόσια ποιούντων ἀμελοῦσι· νῦν γε μὴν λέξω τὰ προκείμενα. Λακεδαιμόνιοί τε γάρ, οἱ ὀμόσαντες αὐτονόμους ἐάσειν τὰς πόλεις, τὴν ἐν Θήβαις ἀκρόπολιν πατασχόντες ὑπ' αὐτῶν μόνων τῶν ἀδικηθέντων ἐκολάσθησαν, πρῶτον οὐδ' ὑφ' ἑνὸς τῶν πώποτε ἀνθρώπων κρατηθέντες, τούς τε τῶν πολιτῶν εἰσαγαγόντας εἰς τὴν ἀκρόπολιν αὐτοὺς καὶ βουληθέντας Λακεδαιμονίοις δουλεύειν τὴν πόλιν, ὥστε αὐτοὶ τυραννεῖν, τὴν τούτων ἀρχὴν ἑπτὰ μόνον τῶν φυγόντων ἤρκεσαν καταλῦσαι· ὡς δὲ τοῦτ' ἐγένετο διηγήσομαι. For lo demás, esta parte comienza en el 5, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cual deben ser considerados como simples fragmentos de la supuesta primitiva obra, tres breves composiciones que llevan el nombre de Jenofonte, á saber: el discurso en *Elogio de Agesilao* y los dos escritos sobre las *Constituciones de Esparta y Atenas*.

Si en las cuestiones acerca de la autenticidad de obras científicas ó literarias, fueran únicos argumentos decisivos el número y unanimidad de los testimonios, el *Elogio de Agesilao* debería pasar por obra indiscutible de Jenofonte. Mas sin embargo de que lo hallamos citado como tal con pasmosa frecuencia [1]), son de grandísimo peso las razones que inducen á poner en duda la exactitud de la tradición en este punto [2]). Lo que ante todo debe extrañarnos, es la frecuente concordancia de los textos del *Elogio de Agesilao* y las *Helénicas;* mas si admitimos semejante concordancia como argumento en pro de la autenticidad del *Elogio*, necesariamente han de parecernos más alarmantes y extrañas las variantes que encontramos así en la exposición de los hechos como en el juicio sobre Agesilao. Si Jenofonte es el autor del *Elogio*, no puede menos de motejársele de haber sido muy poco escrupuloso en el relato de los sucesos, pues pasa en silencio algunos que mencionan las *Helénicas*. Ni sirve apenas alegar la avanzada edad que Jenofonte tenía al morir Agesilao; pues que en este caso debiera parecernos aún más incomprensible la gran diferencia que existe entre el estilo de esta obra y el de sus demás producciones; diferencia que no alcanza á justificar por completo la índole especial de este discurso, y mucho menos la posibilidad de que Isócrates hubiera ejercido en Jenofonte influencia directa. En cambio, el conocido afecto que Jenofonte profesaba á Agesilao, por una parte, por otra el resultar claro que el autor del *Elogio* utilizó para su trabajo las *Helénicas*, y sobre todo la manera por extremo superficial con que los antiguos acostumbraban resolver esta clase de cuestiones, explican bien que el único escrito que quedaba de los muchos á que sirvió de motivo la muerte de Agesilao, pasara por obra de Jenofonte [3]).

[1]) Véanse los pasajes en E. Hagen, *De Xenophontis qui fertur Agesilao*, Berna, 1865, p. 5 y ss. Unicamente es dudoso si el dicho de Dicearco, en Plutarco, *Vit. Agesilai*, c. 8, como este último cree verosímil, se refiere ó no á la obra en cuestión.

[2]) O Müller, en los *Doriern*, vol. 2, p. 321, nota 6, habla también del «supuesto Agesilao».

[3]) Véase la carta novena de Isócrates, dirigida á Arquidamo, hijo de Agesilao. En tales condiciones, parece muy aventurado formular hipótesis alguna

La obra sobre la *Constitución de Atenas* (Ἀθηναίων πολιτεία) demuestra á las claras lo mucho que en estos casos queda abandonado á la casualidad. La única razon que hay para atribuir á Jenofonte este trabajo, es la existencia de otra obra sobre la *Constitución de Esparta*, que también se le atribuye [1]). Sin embargo, no puede dudarse un punto que son radicalmente distintos el fin y el carácter de cada una de estas producciones. La *Constitución de Atenas* es una obra eminentemente política y de circunstancias; y bajo este aspecto tiene grandísima analogía con buen número de escritos de Isócrates: con la sola gran diferencia, por supuesto, de que no es trabajo de un simple moralista, si no de un verdadero político. Bajo la forma de una carta á un lacedemonio, emite sus opiniones un defensor del partido oligárquico de Atenas. Esta obra fué compuesta durante la guerra peloponense y quizá muy á los comienzos de la lucha, pero de ningún modo después del año 413, a. Chr.: datos que excluyen toda posibilidad de que fuera su autor Jenofonte. Sin embargo, y á despecho de todos los esfuerzos hasta aquí realizados, difícilmente se conseguiría demostrar quién fué el autor de este monumento, quizá el más antiguo de la prosa ática [2]). Por lo demás, el estado en que esta obra ha llegado hasta nosotros, deja mucho que desear; pues no sólo se halla desnaturalizado el texto por numerosas lagunas y corrupciones de lenguaje, sino que parece como que se han confundido y tergiversado las diversas partes.

El tratado sobre la *Constitución de Esparta* (Λακεδαιμονίων πολιτεία), ostenta un carácter bajo todos aspectos distinto: de tal manera, que sólo atribuyéndolas á una mala inteligencia, pueden explicarse las dudas que según Diógenes Laercio, formulaba Demetrio de Magnesia sobre la autenticidad de este escrito [3]).

acerca del autor de este escrito; Berkhaus, por ejemplo, en el Programa *Xenophon der jüngere und Isokrates*, Posen, 1872, y en la *Zeitschrift für Gymnasialwesen*, 1872, p. 225 y ss., atribuye, así esta obra como otras varias que corren con el nombre de Jenofonte, al nieto de éste, el cual llevaba el mismo nombre de su abuelo. Parece que existió tal personaje, pero no hay prueba alguna de que fuese también escritor.

[1]) Se ha intentado explicar el por qué comienza esta obra: περὶ δὲ τῆς Ἀθηναίων πολιτείας, suponiendo que ambas formaban un solo cuerpo.

[2]) Así, se ha supuesto como autor á Crisias; en concepto de Böckh, *Staatsh. der Athener*, 1, 432 y ss., 700, lo era Alcibiades.

[3]) Libro 2, 57: συνέγραψε δὲ.. καὶ Ἀθηναίων καὶ Λακεδαιμονίων πολιτείαν, ἣν φησιν οὐκ εἶναι Ξενοφῶντος ὁ Μάγνης Δημήτριος. La natural ligereza de Dióge-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Confírmanla plenamente no sólo los testimonios expresos de Polibio [1]) y de Plutarco [2]), sino también el estilo y el contenido de la obra, el último de los cuales cuadra bien á la predilección no siempre prudente que Jenofonte sentía por las instituciones y tendencias políticas de los lacedemonios. En este tratado, como en la *Ciropedia*, sueña con un ideal político irrealizable, cuyas excelencias fueron principalmente ensalzadas en la época en que ya se manifestaban con toda claridad los malos resultados de la Constitución espartana.

Es, por último, muy discutida también la autenticidad del tratado sobre las *Rentas* (πόροι ἢ περὶ τῶν προσόδων), el cual contiene sobre todo consejos eminentemente prácticos. Con gran calor y no sin una cabal comprensión de las relaciones entre la situación geográfica de Atenas y sus recursos pecuniarios, aconsejaba el autor á los atenienses que, inaugurando en interés de Atenas, como ciudad comercial que era, una política estable de paz, regulasen la administración de su Hacienda y renunciaran á atacar á sus enemigos [3]). No existe razon alguna para negar á Jenofonte la paternidad de esta obra, aunque á este fin se alegara como argumento el tiempo en que salió á luz. Mas para esto, sería preciso demostrar que la paz dos veces mencionada en ella [4]), se pactó en una época posterior á la en que se convino aquella otra que en el año 355, a. Chr., puso fin á la llamada guerra de los Aliados [5]).

Réstanos aun que hablar de varios pequeños tratados de índole especialísima, compuestos en muy diversas épocas. Si la hipótesis según la cual el tratado sobre las *Obligaciones de un jefe de la caballería* (Ἱππαρχικός) fué compuesto poco tiempo antes de la batalla de Mantinea y dedicado á Cefisodoro, jefe de la

nes Laercio, autoriza la sospecha de que confundió ambos escritos. Véase Cobet, *Novae lect.*, p. 706 y ss., el cual insiste también en atribuir á Jenofonte la paternidad del tratado sobre la *Constitución de Atenas*.

[1]) Libro 6, 45.

[2]) *Vida de Licurgo*, cap I.

[3]) Cap. 4, 33.

[4]) Cap. 4, 40, y 5, 12.

[5]) Böckh, *Staatshaush. der Athener*, vol. 1, p. 778 y ss., opina en pro de esto último. Véase Cobet, *Novae lect.*, p. 756. En cambio, E. Hagen, en el *Eos*, vol. 2, p. 1499, ha intentado retrotraer la época de la composición de esta obra, al año 346, a. Chr.; según esto, dificilmente podria atribuirse su paternidad á Jenofonte.

caballería, es exacta [1]), Jenofonfe debió escribirlo cuando ya contaba una edad muy avanzada. Análogos intereses revela el tratado sobre la *Cría del caballo* (περὶ ἱππικῆς), que trata un asunto sobre el cual había escrito exactamente en la misma época un ateniense llamado Simon [2]). Según todas las probabilidades, debe considerarse como una de las primeras obras que escribió Jenofonte, el *Cinegético* (Κυνηγετικός). El modo como trata el asunto, al cual llega después de dirigir una rápida ojeada á los orígenes mitológicos de la caza, es en general muy ameno y por muchos conceptos interesante.

Por lo que hace á la autenticidad de este último tratado, ó se ha negado rotundamente [3]), ó se ha creído deber afirmar que su estado actual acusa la intervención de una mano extraña [4]). El principio y el fin de la obra, es lo que sobre todo se considera como resultado de posteriores adiciones. El hecho de acompañar á las reglas relativas á la caza, máximas generales sobre la mejor manera de educar á la juventud, es tanto más sospechoso cuanto que no se hallan enlazadas las unas á las otras por medio de hábiles transiciones. Sin embargo, difícilmente podría alegarse razon persuasiva alguna, para hacer responsable de tamaño defecto á algún refundidor posterior y no al autor mismo. Si como parece indudable, el *Cinegético* fué uno de los primeros escritos de Jenofonte [5]), esta circunstancia bastaría para explicar ciertas imperfecciones de la obra: mientras que por otra parte, sería una prueba más de la predilección con que Jenofonte trató siempre las cuestiones que en aquella época inspiraban mayor interés, sobre todo á los socráticos.

No dificulta poco la solución así de este punto como de otros análogos, el puesto que Jenofonte ocupa en la historia de la Literatura griega; y otro tanto puede decirse, de la variedad de sus escritos y la diversidad de asuntos y formas por él cultivados. No tiene en manera alguna fácil respuesta, la cuestión de si no obs-

[1]) Véase E. W. Krüger, *Hist. phil. Studien*, 2, p. 282 y 283.

[2]) Véase Simonis, *De re equestri libri fragm. em. et enarr.*; y Fr. Blass, en los *Lib. miscell. ed. a societ. philol. Bonnensi*, Bonn, 1864.

[3]) Valkenaer fué el primero en suponer que esta obra era apócrifa. Véase el mismo autor, sobre el *Hipólito* de Eurípides, verso 85.

[4]) El americano J. D. Seymour, *On the composition of the Cynegeticus of Xenophon, in den Transactions of American philological association*, 1878, va muy allá en sus sospechas de que esta obra ha sufrido interpolaciones.

[5]) Véase Cobet, *Novae lect.*, p. 774, y Dittenberger, *loc. cit.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tante esta diversidad, en todas las obras de Jenofonte domina ó no un sello único y peculiarísimo, porque carecemos en absoluto de antecedentes acerca de las razones que motivaron y de la época en que vió la luz cada una de sus producciones. Pero aunque no se ponga en duda el carácter común que impera en todas las obras que pueden pasar por de Jenofonte, nunca se podrá desconocer la diferencia que existe entre él y Platon, por ejemplo; diferencia cuya verdadera razon de ser, está sin duda en lo distintas que eran sus respectivas capacidad y facultades. A pesar de las indiscutibles dotes que adornaban á Jenofonte, ni sentía amor por la Filosofía, ni por el arte; sus aficiones eran muy varias, pero superficiales y poco arraigadas, y todos sus escritos ostentan un sello de diletantismo semejante al que, según todas las apariencias, revelaban los escritos de Ion de Chíos, de quien sabemos que cultivó los más diversos ramos del saber.

Hay además otro aspecto bajo el cual Jenofonte se distingue de todos los demás escritores antiguos. Aunque como ateniense de nacimiento, tenía que agradecer ante todo á Atenas no sólo su primera educación, sino también sus aficiones y tendencias posteriores, sus relaciones con la literatura ateniense son ciertamente excepcionales, dado que ninguna de sus obras vió la luz en Atenas. Con esto se comprenderá cuán escasos son los títulos que puede alegar Jenofonte para ser contado entre los cultivadores del verdadero estilo ateniense y cómo carece en absoluto de fundamento el sobrenombre que se le dió de «Musa ateniense» ó de «Abeja ática» [1]), aludiendo al esmero que ponía en emplear en toda su pureza el dialecto ático. El cargo que bajo este aspecto dirige á Jenofonte un gramático posterior, no deja de estar justificado; por más que la razon que aduce para explicar las desviaciones, que en él se observan, del verdadero y genuíno uso del dialecto ateniense, á saber: la larga estancia de Jenofonte en el campamento y entre extranjeros, no debe quizá ser considerada como única y exclusiva [2]). Pero sea de ello lo que quiera,

[1]) Diógenes Laercio, 2, 57: ἐκαλεῖτο δὲ καὶ Ἀττικὴ Μοῦσα γλυκύτητι τῆς ἑρμηνείας. Suidas dice, con más exactitud, Ἀττικὴ μέλιττα: símil que antes que al carácter ateniense, se refiere á la célebre miel del Ática. Véase Ciceron, *Orat.*, 19, 62: *Xenophontis voce Musas quasi locutos ferunt*, y Quintiliano, 10, 1, 33.

[2]) Eladio, en Focio, *Cod.*, 279: οὐδὲν θαυμαστὸν εἴ τινα παρακόπτει τῆς πατρίου φωνῆς ἀνὴρ ἐν στρατείαις σχολάζων καὶ ξένων συνουσίαις· διὸ νομοθέτην αὐτὸν οὐκ ἄν τις ἀττικισμοῦ παραλάβοι.

y por mucho que lo hayan aumentado los errores de los copistas, el número de formas y expresiones no áticas empleadas por Jenofonte, es siempre relativamente considerable [1]).

Mas no se funda la diferencia entre el dialecto de Jenofonte y el de la verdadera prosa ática, única y exclusivamente en el empleo de giros tomados de otros dialectos, los cuales están en ciertos casos justificados por el deseo, muy común entre los escritores griegos, de dar á los discursos de determinados personajes el mayor colorido individual posible. Lejos de esto, estriba mucho más en la circunstancia de que Jenofonte recurrió con frecuencia al vocabulario de los poetas [2]). Ahora, bien; el sabor épico que á su dicción da no pocas veces este procedimiento, vienen á aumentarlo considerablemente el empleo del pleonasmo [3]) y la manera cómo van enlazados entre sí los distintos períodos; pues diríase que el escritor atendía sólo á la sucesión de las ideas y no á sus relaciones y dependencia mutuas [4]). Tal es, sin duda, á lo que alude Dionisio de Halicarnaso cuando cuenta á Jenofonte, así por lo que respecta á los asuntos, como por lo que toca á la dicción, entre los imitadores de Heródoto [5]). Sin embargo, el mismo crítico no olvida decir que no llegó á igualar completamente á su modelo; pues aunque conviene en que su dicción, como la de Ctesias, era dulce y agradable, le niega la belleza que caracterizaba la de Heródoto [6]).

Por lo que toca á la galanura del estilo, los críticos antiguos

[1]) G. Sauppe, *Lexilogus Xenophonteus*, Lipsiae, 1869, ofrece ejemplos de ello. Véase además el prólogo de su edición de las obras de Jenofonte, vol. 1, p. XV.

[2]) Véase Lobeck, *In Phrynich.*, p. 89 y 90; el pasaje de Galeno, *Comm. in Hippocr. de artic.*, 1, 67, p. 18, allí citado; 1, p. 414, de Kühn, y Hermógenes, περὶ ἰδεῶν, 2, 12; 6, 3, p. 393 de Walz: ἴδιον δὲ Ξενοφῶντος καὶ τὸ κατὰ ποσὰ διαστήματα χρῆσθαι ποιητικαῖς πως λέξεσι, πολὺ τῶν ἄλλων τῇ φύσει διεστηκυίαις λέξεων, ὥσπερ ὅταν λέγῃ πορσύνειν (*Ciropedia*, 4, 2, 47 y 7, 5, 17) καὶ ὅσα τοιαῦτα.

[3]) A este propósito llamaremos la atención sobre ciertos pasajes, como por ejemplo el de la *Anabasis*, 4, 4, 15: οὗτος γὰρ ἐδόκει καὶ πρότερον πολλὰ ἤδη ἀληθεῦσαι τοιαῦτα, τά ὄντα τε ὡς ὄντα καὶ τὰ μὴ ὄντα ὡς οὐκ ὄντα, y otros en los cuales se expresan ideas de una manera pleonástica.

[4]) Véase á este propósito la relación de la *Anabasis*, 5, 6, 15 y ss.

[5]) *Epist. ad Cn. Pomp.*, 4, p. 777: Ξενοφῶν μὲν γὰρ Ἡροδότου ζηλωτὴς ἐγένετο κατ' ἀμφοτέρους τοὺς χαρακτῆρας, τόν τε πραγματικὸν καὶ τὸν λεκτικόν. Véase *De vet. script. cens.*, 2, p. 426.

[6]) *De compos. verbor.*, 10: ἡ δέ γε τοῦ Κνιδίου συγγράφεως Κτησίου, καὶ ἡ τοῦ Σωκρατικοῦ Ξενοφῶντος, ἡδέως μὲν ὡς ἔνι μάλιστα, οὐ μὴν καλῶς γε, ἐφ' ὅσον ἔδει. A esto alude indudablemente lo que se dice en los *Rhet. gr.*, t. 5, p. 598 de Walz:

cuidan de consignar que Jenofonte no escribió siempre con la misma perfección que los escritores áticos. Bajo este aspecto, es muy chocante un pasaje que por su oscuridad y amaneramiento recuerda el estilo de Gorgias, y el cual ha sido censurado por el autor del tratado *Sobre lo sublime* [1]). Pero aunque la censura en este caso estuviese de todo punto justificada, á lo sumo podría alegarse como un ejemplo aislado de mal gusto, de los que no siempre logró evitar el mismo Platon [2]). Indudablemente con mucho más motivo ha llamado la atención otro retórico, sobre la circunstancia de que Jenofonte empleó con frecuencia el símil en lugar de la metáfora [3]). Pero la suavidad y dulzura que constituye el rasgo característico del estilo de Jenofonte, así como la carencia de un tecnicismo fijo y seguro, no excluía en absoluto el empleo accidental de las galas del lenguaje. Mas es difícil determinar en cada caso, si este empleo es meditado ó es por el contrario espontáneo y en cierta manera inconsciente. Ni en la narración de los hechos, ni en los numerosos discursos que la interrumpen, se echan de menos aquellas figuras de dicción cuyo oportuno uso fué en la antigüedad tema de atento y detenido estudio [4]); si bien, excepción hecha de las del *Elogio de Agesilao*, cuya paternidad precisamente por esto ha sido puesta en tela de juicio, su empleo, es, por decirlo así, meramente esporádico.

El principal secreto del encanto y atractivos que, no obstante

---

οἱ χαρακτηρίσαντες Ξενοφῶντος τοῦ Σωκρατικοῦ τοὺς λόγους ἡδεῖαν μὲν αὐτῷ συνθήκην ἀπέδοσαν, οὐ μὴν καὶ καλήν.

[1]) *De subl.*, 4, p. 15, 15 de Jahn: Ἀμφικράτει καὶ οὐ Ξενοφῶντι ἔπρεπε τὰς ἐν τοῖς ὀφθαλμοῖς ἡμῶν κόρας λέγειν παρθένους αἰδήμονας. Alúdese al pasaje *De rep. Laced.*, 3, 5: ἐκείνων γοῦν ἧττον μὲν ἂν φωνὴν ἀκούσαις ἢ τῶν λιθίνων, ἧττον δ' ἂν ὄμματα μεταστρέψεις ἢ τῶν χαλκῶν, αἰδημονεστέρους δ' ἂν αὐτοὺς ἡγήσαιο καὶ αὐτῶν τῶν ἐν τοῖς θαλάμοις παρθένων. tal y como se encuentra en las ediciones; mientras que Estobeo, *Florilegio*, 44, 27, como el autor de la obra antes citada, escribe ὀφθάλμοις. Apenas puede dudarse de que esta última lección es la más exacta; como tampoco puede ponerse en duda la posibilidad de interpretar el pasaje citado en el sentido de que Jenofonte no quería hablar de otra cosa que de las doncellas que se exponen á las miradas del público. Es, en cambio, chocante que un escritor de lenguaje tan escogido como el médico Areteo, *De caus. morb.*, 1, 7, escriba siempre παρθένος, por pupilas, en lugar de κόρη.

[2]) Como ejemplos de ello cita el ya mencionado retórico los pasajes *De leg.*, 5, p. 741, c, y 6, p. 778, d.

[3]) Demetrio, *De elocutione*, §§ 80, 89 y 274.

[4]) Véanse los pasajes que G. Sauppe cita en el *Lexil. Xenoph.*, en las palabras «anáfora» y «parequesis».

tamañas imperfecciones, hallamos en las obras de Jenofonte, se encuentra á todas luces, así en lo que se ha llamado la dulzura de su dicción, como en la perfecta transparencia y claridad (ἀφελεία) de su estilo. Con razon se han considerado estas últimas cualidades como verdaderos modelos; de tal suerte, que el libro segundo de la *Retórica* atribuída á Arístides, que trata del estilo sencillo, toma casi todos sus ejemplos de las obras de Jenofonte. En este punto débese hacer constar, como ya indicaron los mismos antiguos [1]), que comparada con la de Platon, la claridad de Jenofonte no estriba en manera alguna en la mayor comprensibilidad de las ideas.

Para caracterizar bien á Jenofonte como escritor, debe tenerse en cuenta la diversa índole de sus obras; pues aunque en definitiva el tono general es siempre el mismo, en la *Anabasis* y la *Ciropedia* la dicción ostenta un colorido perfectamente distinto del de las *Memorias Socráticas*. Que en estas últimas no encontró el verdadero carácter de la dicción de Sócrates, interpretación tan exacta como en las producciones de Platon ó de Esquines, despréndese de un interesante bosquejo trazado por un crítico antiguo, con el fin de hacer ver de qué manera habrían formulado un mismo pensamiento Arístipo, Jenofonte, Platon y Esquines. Según él, la diferencia estriba en que Arístipo enuncia pura y simplemente el hecho; Jenofonte lo presenta como precepto, y los verdaderos socráticos lo exponen como un problema de que se origina una serie de raciocinios [2]).

---

[1]) Hermógenes, περὶ ἰδεῶν, 2, 12, t. 3, p. 392 de Walz: καθαρὸς δὲ καὶ εὐκρινής, εἴπερ τις ἕτερος, ὁ Ξενοφῶν, ὁριμύτησί τε καὶ ὀξύτησι καίρων... ἐπιμελείᾳ δέ, ὡς ἐν ἀφελείᾳ τε καὶ ἁπλάστῳ λόγῳ χρῆται πολλῇ· τῆς δὲ παρὰ τῷ Πλάτωνι ἀφελείας πολλῷ ἡ παρὰ τούτῳ ἀφελεστέρα ἐστί, κατ' αὐτὰς τὰς ὑποθέσεις τῶν πραγμάτων τοιαύτη γενομένη, οὐ μόνον κατὰ τὴν λέξιν καὶ τὰ ἑπόμενα τῇ λέξει.

[2]) Demetrio, *De elocutione*, § 296 y 297: καθόλου δὲ ὥσπερ τὸν αὐτὸν κηρὸν ὁ μέν τις κύνα ἔπλασεν, ὁ δὲ βοῦν, ὁ δὲ ἵππον, οὕτω καὶ πρᾶγμα τ' αὐτὸν ὁ μὲν τις ἀποφαινόμενος καὶ κατηγορῶν φησιν ὅτι „οἱ ἄνθρωποι χρήματα μὲν ἀπολείπουσι τοῖς παισίν, ἐπιστήμην δὲ οὐ συναπολείπουσι τὴν χρησομένην τοῖς συναπολειφθεῖσι." τοῦτο δὲ τὸ εἶδος τοῦ λόγου Ἀριστίππειον λέγεται, ἕτερος δὲ τὸ αὐτὸ ὑποθετικῶς προοίσεται, καθάπερ Ξενοφῶντος τὰ πολλά, οἷον ὅτι „δεῖ γὰρ οὐ χρήματα μόνον ἀπολείπειν τοῖς αὑτῶν παισίν, ἀλλὰ καὶ ἐπιστήμην τὴν χρησομένην αὐτοῖς". Τὸ δὲ ἰδίως καλούμενον εἶδος Σωκρατικόν, ὃ μάλιστα δοκοῦσι ζηλῶσαι Αἰσχίνης καὶ Πλάτων, μεταρυθμίσειεν [ἄν] τοῦτο τὸ πρᾶγμα τὸ προειρημένον εἰς ἐρώτησιν, ὧδέ πως, οἷον· „ὦ παῖ, πόσα σοι χρήματα ἀπέλιπεν ὁ πατήρ; ἢ πολλά τινα, καὶ οὐκ εὐαρίθμητα;" „πολλά, ὦ Σώκρατες" „ἆρα οὖν καὶ ἐπιστήμην ἀπέλιπέ σοι τὴν χρησομέ-

También bajo otro aspecto, este sistema intermedio de Jenofonte es característico suyo; ó para servirnos de la imagen empleada por Dionisio de Halicarnaso, el método por él iniciado se asemeja al terral, que no bien se desencadena, cuando de repente cesa y desaparece [1]). Los pensamientos por él expresados son en general exactos,—prescindiendo de que, como observa el nombrado crítico [2]), pone no pocas veces en boca de determinados personajes ideas que hasta cierto punto parecen desdecir de su carácter y tendencias—si bien carecen de profundidad filosófica y de aquella sagacidad política que en tan alto grado distingue á Tucídides. El horizonte de Jenofonte es bajo todos aspectos más reducido; su punto de vista moral y religioso atestigua cierta estrechez de miras, y su interés por las cosas, en cuanto se trata de una narración histórica, es casi exclusivamente estratégico. Mas no debe admirarnos que Jenofonte, á pesar de sus defectos, cuente con tantos admiradores,—el que más entusiastas elogios le ha tributado es Dión Crisóstomo, quien tiene con él gran analogía de ideas [3]),—pues que el abuso que en determinadas épocas se ha hecho de la oratoria, había de despertar necesariamente el amor á la sencilla naturalidad que parece peculiar de sus obras.

νην αὐτοῖς;" ἅμα γὰρ καὶ εἰς ἀπορίαν ἔβαλε τὸν παῖδα λεληθότως καὶ ἀνέμνησεν, ὅτι ἀνεπιστήμων ἐστὶ καὶ παιδεύεσθαι προετρέψατο.

[1]) *Epist. ad Cn. Pompei.*, 4, p. 779: ἀλλὰ κἂν ποτε διεγεῖραι βουληθείη τὴν φράσιν, ὀλίγον ἐμπνεύσας, ὥσπερ ἀπόγειος αὔρα, ταχέως σβέννυται.

[2]) Cens., *vet. script.*, 3, 2, p. 426: ἀλλ' οὐδὲ τοῦ πρέποντος τοῖς προσώποις πολλάκις ἐστοχάσατο, περιτιθεὶς ἀνδράσιν ἰδιώταις καὶ βαρβάροις ἐσθ' ὅτε λόγους φιλοσόφους.

[3]) En una extensa crítica de las obras de Jenofonte, *Or.*, 18, t. 1, p. 480, dice, entre otras cosas, que leyendo la *Anabasis* estuvo varias veces á punto de llorar.

CAPÍTULO XLII

Ctesias, Filisto y Eneas el Táctico.

Aunque ninguna de las obras de Jenofonte vió la luz en Atenas, es, según opinión generalmente admitida, uno de los representantes de la prosa ática, entre los cuales ha venido con el tiempo á ocupar un puesto muy importante. Antes, pues, de tratar de aquel de sus contemporáneos con quien con más frecuencia aparece agrupado, no sólo porque el fondo de las obras del uno tiene íntimas relaciones con las del otro, sino principalmente porque ambos, aunque no con igual derecho, vienen por tradición siendo contados entre los escritores filósofos, será oportuno fijar la atención en algunas manifestaciones literarias que pertenecen al escaso número de aquellas que, por lo mismo que son suficientemente conocidas, demuestran que si bien la prosa ática ocupó el primer lugar tanto por su fecundidad como por la importancia de las obras que produjo, fuera de Atenas y en diferentes puntos reinó también animado movimiento literario. No hay entre dichas manifestaciones otro punto de contacto que el que acabamos de indicar. Pero la causa de esto ha de buscarse únicamente en la pérdida de numerosas obras que, si fueran conocidas, nos pondrían seguramente en estado de relacionar las que hoy aparecen como fenómenos casi aislados, con otras análogas que indudablemente debieron existir.

Estas relaciones existen ya en parte en el escritor de que ante todo vamos á tratar. Es este *Ctesias*, médico é historiador, oriundo de Cnido en la Caria, y cuya obra menciona Aristóteles repetidas veces, al paso que á Jenofonte parece no haberlo nombrado más que en un solo pasaje [1]).

El parentesco de Ctesias con el célebre médico Hipócrates, de

---

[1]) Véase la pág. 84 del presente tomo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

También bajo otro aspecto, este sistema intermedio de Jenofonte es característico suyo; ó para servirnos de la imagen empleada por Dionisio de Halicarnaso, el método por él iniciado se asemeja al terral, que no bien se desencadena, cuando de repente cesa y desaparece [1]). Los pensamientos por él expresados son en general exactos,—prescindiendo de que, como observa el nombrado crítico [2]), pone no pocas veces en boca de determinados personajes ideas que hasta cierto punto parecen desdecir de su carácter y tendencias—si bien carecen de profundidad filosófica y de aquella sagacidad política que en tan alto grado distingue á Tucídides. El horizonte de Jenofonte es bajo todos aspectos más reducido; su punto de vista moral y religioso atestigua cierta estrechez de miras, y su interés por las cosas, en cuanto se trata de una narración histórica, es casi exclusivamente estratégico. Mas no debe admirarnos que Jenofonte, á pesar de sus defectos, cuente con tantos admiradores,—el que más entusiastas elogios le ha tributado es Dión Crisóstomo, quien tiene con él gran analogía de ideas [3]),—pues que el abuso que en determinadas épocas se ha hecho de la oratoria, había de despertar necesariamente el amor á la sencilla naturalidad que parece peculiar de sus obras.

νην αὐτοῖς;" ἅμα γὰρ καὶ εἰς ἀπορίαν ἔβαλε τὸν παῖδα λεληθότως καὶ ἀνέμνησεν, ὅτι ἀνεπιστήμων ἐστὶ καὶ παιδεύεσθαι προετρέψατο.

[1]) *Epist. ad Cn. Pompei.*, 4, p. 779: ἀλλὰ κἂν ποτε διεγεῖραι βουληθείη τὴν φράσιν, ὀλίγον ἐμπνεύσας, ὥσπερ ἀπόγειος αὔρα, ταχέως σβέννυται.

[2]) Cens., *vet. script.*, 3, 2, p. 426: ἀλλ' οὐδὲ τοῦ πρέποντος τοῖς προσώποις πολλάκις ἐστοχάσατο, περιτιθεὶς ἀνδράσιν ἰδιώταις καὶ βαρβάροις ἐσθ' ὅτε λόγους φιλοσόφους.

[3]) En una extensa crítica de las obras de Jenofonte, *Or.*, 18, t. 1, p. 480, dice, entre otras cosas, que leyendo la *Anabasis* estuvo varias veces á punto de llorar.

CAPÍTULO XLII

Ctesias, Filisto y Eneas el Táctico.

Aunque ninguna de las obras de Jenofonte vió la luz en Atenas, es, según opinión generalmente admitida, uno de los representantes de la prosa ática, entre los cuales ha venido con el tiempo á ocupar un puesto muy importante. Antes, pues, de tratar de aquel de sus contemporáneos con quien con más frecuencia aparece agrupado, no sólo porque el fondo de las obras del uno tiene íntimas relaciones con las del otro, sino principalmente porque ambos, aunque no con igual derecho, vienen por tradición siendo contados entre los escritores filósofos, será oportuno fijar la atención en algunas manifestaciones literarias que pertenecen al escaso número de aquellas que, por lo mismo que son suficientemente conocidas, demuestran que si bien la prosa ática ocupó el primer lugar tanto por su fecundidad como por la importancia de las obras que produjo, fuera de Atenas y en diferentes puntos reinó también animado movimiento literario. No hay entre dichas manifestaciones otro punto de contacto que el que acabamos de indicar. Pero la causa de esto ha de buscarse únicamente en la pérdida de numerosas obras que, si fueran conocidas, nos pondrían seguramente en estado de relacionar las que hoy aparecen como fenómenos casi aislados, con otras análogas que indudablemente debieron existir.

Estas relaciones existen ya en parte en el escritor de que ante todo vamos á tratar. Es este *Ctesias*, médico é historiador, oriundo de Cnido en la Caria, y cuya obra menciona Aristóteles repetidas veces, al paso que á Jenofonte parece no haberlo nombrado más que en un solo pasaje [1]).

El parentesco de Ctesias con el célebre médico Hipócrates, de

---

[1]) Véase la pág. 84 del presente tomo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que Galeno nos habla [1]), estribaría probablemente en la común procedencia de uno y otro de la familia de los Asclepiades. Más seria comprobación necesita el dicho de Diodoro, según el cual, á consecuencia de la insurrección de Ciro el Joven, vino Ctesias á ser prisionero del rey de Persia Artajerjes II [2]). Esto era desde luego imposible, porque al librarse la batalla de Cunaxa, ya aquél ocupaba el puesto de médico de cámara, según testimonio de Jenofonte [3]) y aun según el suyo propio, del cual, al menos en este caso, no hay razon para desconfiar. A juzgar por lo que él mismo asegura, ya en 398, a. Chr., había regresado á Cnido, desde donde luego trasladóse á Esparta, después de haber sido durante diecisiete años médico del rey [4]). Por lo tanto debió llegar á la corte de Persia en el año 415, a. Chr., esto es, cuando todavía Cnido estaba sometida á la dominación persa [5]).

No es tan digno de crédito cuando afirma que el papel que desempeñó en aquella corte no se redujo únicamente al ejercicio de su arte, sino que también se le confiaron muchas veces negociaciones diplomáticas [6]); y sobre todo cuando añade que inmediatamente después de la batalla de Cunaxa, fué por encargo del rey, en unión de Falino, al campamento de los griegos: pues la relación de Jenofonte no sólo no hace mención de semejante hecho, sino que está redactada de tal modo, que bien claramente descubre el propósito de hacer ver que el aserto de Ctesias era inexacto [7]). No es pues de extrañar el que Plutarco, apoyándose en esto, llame á Ctesias embustero [8]). Este hecho basta para que se forme de Ctesias desfavorable juicio, y para que se le incluya entre los numerosos griegos que no tenían escrúpulos en

[1]) *Comm. in Hippocr.*, t. 18, 1, p. 731 de Kühn: κατεγνώκασιν Ἱπποκράτους ἐπεμβαλεῖν τὸ κατ' ἰσχίον ἄρθρον, ὡς ἂν ἐκπίπτον αὐτίκα, πρῶτος μὲν Κτησίας ὁ Κνίδιος συγγενὴς αὐτοῦ· καὶ γὰρ αὐτὸς ἦν Ἀσκληπιάδης τὸ γένος.

[2]) Libro 2, 32. Véase además Tzetzes, *Chiliad*, 1, 82 y ss.

[3]) *Anabasis*, 1, 8, 27. El mismo Ctesias, según lo que cuenta Plutarco, *Vita Artax.*, capítulo 14, habló de la espléndida recompensa que recibiera por los servicios que había prestado.

[4]) Véase el final de los extractos de las *Pérsicas*, en Focio y Diodoro, 14, 39.

[5]) Ctesias, frag. 29, § 30 y 42, habla de un Apolonio de Cos, que, siendo médico de Artajerjes I, abusó de la confianza que se le había dispensado.

[6]) Véase, por ejemplo, Plutarco, *Vita Artax.*, c. 21.

[7]) *Anabasis*, 2, 1, 17: οἱ μὲν ἄλλοι βάρβαροι, ἦν δ' αὐτῶν Φαλῖνος εἷς Ἕλλην.

[8]) *Vita Artax.*, c. 13: ἐκεῖνο δὲ τοῦ Κτησίου λαμπρὸν ἤδη ψεῦσμα, τὸ πεμφθῆναι φάναι πρὸς τοὺς Ἕλληνας αὐτὸν μετὰ Φαλίνου τοῦ Ζακυνθίου καί τινων ἄλλων.

mentir, bien para darse á sí mismos más importancia, bien para comunicar mayor grado de interés á sus narraciones.

Nada se sabe sobre la suerte posterior de Ctesias [1]). Por lo que á sus obras se refiere, era la principal la intitulada *Pérsicas*, dividida, al parecer en veintitrés libros. Según datos que debemos á Diodoro, Ctesias abarcó en ella todo el tiempo comprendido desde el gobierno de Nino y de Semíramis hasta el arcontado de Iticles, esto es, hasta su salida de Persia, año 3 de la 95.ª Olimpiada, 398 a. Chr. [2]). Siguiendo una costumbre muy generalizada, dividió su obra en dos grandes partes, de suerte que los tres primeros libros forman lo que se ha llamado *Historias asirias*, y los tres siguientes las *Historias médicas* [3]). La marcha que Ctesias seguía en sus tres primeros libros nos la da á conocer, en sus principales rasgos, el relato de Diodoro, en el libro segundo de su *Biblioteca histórica*. La obra de Ctesias fué también la fuente del breve resumen sobre los destinos del Imperio de los medos, que debemos al mismo compilador. Aparte esto, el patriarca Focio, que vivió en el siglo nueve, dió cabida en su *Biblioteca* á una porción de importantes extractos, si bien, cosa fácilmente explicable en un escritor bizantino, su elección se limita demasiado á la relación de las intrigas cortesanas. Finalmente, Plutarco utilizó también largos capítulos de la obra de Ctesias para su biografía de Artajerjes. Como por desgracia estos extractos no son literales, es más fácil formarse idea del fondo que de la forma de aquella producción.

La continua contradicción en que la parte que conocemos de la *Historia* de Ctesias, se halla con la de Heródoto, pudiera parecer sorprendente si no fuera á todas luces intencionada. Prueba suficiente de ello, es que Ctesias llama sin ningún respecto á su predecesor, embustero y narrador de fábulas [4]). No sólo la larga residencia de Ctesias en Persia si no su conocimiento de la

[1]) Véase Volquardsen, *Untersuchungen über die Quellen der gr. und sic. Gesch. des Diodor*, Kiel, 1868, p. 121 y 122.

[2]) Libro 14, 46, 1. Para juzgar de la exactitud de las noticias de Diodoro no es preciso averiguar si éste utilizó directamente la obra de Ctesias, ó si, como con argumentos apenas convincentes ha tratado de demostrar Jacoby en el *Rhein. Museum*, vol. 30, p. 6 y ss., sólo había tenido presente la refundición de Cleitarco.

[3]) Estrabon, 14, p. 969, les da el título de *Asiriacas*, mientras que el de *Médicas* no se encuentra en parte alguna.

[4]) Focio, *Cod.*, 72, p. 106: σχεδὸν ἐν ἅπασιν ἀντικείμενα Ἡροδότῳ ἱστορῶν, ἀλλὰ καὶ ψεύστην αὐτὸν ἐπελέγχων ἐν πολλοῖς καὶ λογοποιὸν ἀποκαλῶν.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lengua persa, atestiguado por indicios varios, y especialmente el hecho de haberse servido de las actas ó documentos oficiales, designados con el nombre de βασιλικαὶ διφθεραί [1]), inducen á creer que estuviese mejor informado que Heródoto; pero siempre quedará la duda de si á la posesión de más numerosas y mejores fuentes acompañó también el uso honrado y concienzudo de las mismas; ó si, supuesto esto, adornaba á Ctesias el sentido histórico y crítico necesario para que, aun esforzándose él por conocer la verdad, no se dejase inducir á error por las fuentes que utilizaba. Hasta qué punto, y según costumbre de los pueblos orientales, andaban en ellas mezclados y confundidos los elementos legendarios con los hechos históricos, nos lo hace ver ya claramente Heródoto. Pero Ctesias es además inferior á éste no sólo en amor á la verdad, sino también en imparcialidad y rectitud de juicio. De aquella discreta modestia que tan simpático hace á Heródoto, de aquel cuidado que con frecuencia pone en no responder de la exactitud de lo que refiere [2]), no parece que se descubriera en Ctesias ni la más ligera huella. Heródoto defiende siempre cuidadosamente los derechos de los críticos, y deja que el lector forme por sí mismo juicio sobre el mayor ó menor crédito que cada uno de los hechos por él referidos deben merecer; Ctesias, por el contrario, pretende parecer poco menos que infalible. Al mismo tiempo, su manera de tratar la cronología asiria y meda, muestra bien á las claras lo caprichoso de sus procedimientos y revelan tendencias manifiestas á una distribución completamente simétrica [3]). Es verdad que de esto puede culparse en parte á las fuentes de que se sirvió. No menos indigno de crédito es Ctesias, en aquellas cosas de que debió estar perfectamente informado. La contradicción constante en que se encuentra con Jenofonte, no tiene otra explicación que el deliberado propósito de falsificar los hechos con el exclusivo objeto de atribuirse un papel mucho más importante del que en realidad había desempeñado.

[1]) Diodoro, 2, 32, 4. Véase también lo que dice Focio. Según él mismo afirma, de la mayoría de los sucesos que Ctesias narra fué testigo ocular, y los que no había presenciado los refiere ajustándose al relato de las personas que los habían visto. Claro es que deben dejarse á un lado los asertos que parecen más adecuados á despertar dudas.

[2]) Véase la pág. 52 del tomo II.

[3]) Véase J. Brandis, *Rerum assyriacarum tempora emendata*, Bonn, 1853, p. 12, y *De temporum antiquiss. ratione*, Bonn, 1857, p. 21 y ss.

Por otra parte, la fama de poco veraz de que Ctesias gozó entre los antiguos, mucho más que en sus *Historias pérsicas* se fundaba en su segunda obra, intitulada *Indicas*, si es que ésta no era una parte de la primera. A algo que en esta última se decía, alude manifiestamente Luciano cuando en su célebre parodia de inventados relatos con apariencias de verdadera historia, dice que Ctesias refirió cosas que ni él había visto ni á nadie había oído contar [1]). Y aunque el conocimiento que hoy tenemos de la India, mucho más perfecto que el que tenían los antiguos, nos demuestra que algunas de las cosas por Ctesias referidas más bien que puras invenciones eran hechos reales simplemente desfigurados, basta su afirmación—que como fácilmente se comprende tampoco pudo librarse de la sátira de Luciano [2])—de que de intento pasa por alto muchas cosas, por temor de suscitar dudas acerca de otras de que como testigo ocular nos habla, para conocer con toda claridad el espíritu en que se inspiraba al escribir su obra. Esto no obstante, el trabajo de Ctesias sobre la India, de la que Focio nos ha conservado también un extracto, siguió siendo fuente principal de las falsas ideas que, no sólo en la antigüedad sino en los comienzos de la época moderna, gozaron de general aceptación respecto de aquel país; á tal punto, que hubo historiadores que, como los inmediatamente posteriores á Alejandro, lejos de rectificarlas, las confirmaron y embellecieron.

En una y otra obra [3]) sirvióse Ctesias del dialecto jónico, no

[1]) *Veræ hist.*, 1, 3, donde E. Rohde, *Griech. Roman*, p. 192, sin razón ostensible, pretende deberse leer ἀληθεύοντος en lugar de εἰπόντος. No es menos favorable el juicio de Arriano, *Exped. Alex.*, 5, 4, 2.

[2]) *Veræ hist.*, 1, 3, y 2, 18. Véase también E. Rohde, *op. cit.*, p. 192, nota 3. Donde quiera que hallamos citado el nombre de Ctesias, se nos presenta como testimonio muy sospechoso. Véase Aristóteles, *H. an.*, 2, 1, p. 501, a, 25; 3, 22, p. 523, a, 26; 7, 28, p. 606, a, 8, *De gen. an.*, 2, 2, p. 736, a, 2, Antig., *hist. mirab.*, c. 15, y en otros lugares. Merece atención especial su paralelo con Aristeas el proconesio, Isigono de Nicea, Onesicrito, Polistéfano y Hegesias, en Gelio, *Noct. att.*, 9, 4.

[3]) Es dudoso si Ctesias escribió otras obras además de las *Pérsicas* y las *Indicas*. El título de περὶ τῶν κατὰ τὴν Ἀσίαν φόρων, que encontramos en Ateneo, 2, p. 67, a, y 10, p. 442, a, parece aludir únicamente á una parte de las *Pérsicas*. No ofrecen garantía alguna las dos obras περὶ ὀρῶν y περὶ ποταμῶν citadas por Pseudoplutarco, *De fluviis*. Resta un escrito intitulado περίπλους ὁ περιήγησις, al cual se refieren las citas del escoliasta de Apolonio de Rodas, 2, 1017 y 2, 401.

obstante ser, como Heródoto é Hipócrates, originario de una colonia dórica. Según Focio, el carácter jónico de la lengua de Ctesias estaba ya bastante atenuado en comparación con el de Heródoto, y se revelaba menos en las *Pérsicas* que en las *Indicas* [1]. El escaso número de fragmentos conservados en su forma primitiva, hace sumamente difícil todo intento de marcar con precisión esta diferencia.

Por lo que hace á la forma, Heródoto y Jenofonte son, por motivos que fácilmente se comprenden, los que con más frecuencia han sido puestos en parangon con Ctesias. Asemejábase al primero en el tono de la narración, pero no en la sencillez de su estilo [2]; en cambio participa de la elegancia de estilo de Jenofonte. Elogiábanse sobre todo en sus obras las digresiones que interrumpen la marcha de la narración, así como el arte de hacerla dramática y de mantener despierto el interés [3]. Por otra parte, la soltura [4] de su estilo revela sus conexiones con los logógrafos y los representantes de la prosa jónica. Las excelencias del estilo de Ctesias han sido elogiadas sobre todo por un escritor probablemente del siglo primero, autor de una obra sobre la elocución (περὶ ἑρμηνείας), en la que dió muestras de gran sagacidad y vastos conocimientos de la literatura anterior á su época. No sólo le defiende del cargo de haber incurrido en frecuentes repeticiones—defecto que designa con el nombre de διλογία—sino que hasta las califica de verdadera belleza, á lo menos en determinados casos, por que comunican cierto énfasis á la expresión [5]. Y va tan allá en sus apreciaciones, que llama á Ctesias nada menos que poeta, no sólo por la animación y energía

[1]) Focio, sobre las *Indicas*: Κτησίου τὰ 'Ινδικά ἐστιν, ἐν οἷς μᾶλλον ἰωνίζει. Es evidente que Arriano se sirvió también en sus *Indicas* del dialecto jónico.

[2]) Dionisio de Halicarnaso, *De compos. verb.*, cap. 10.

[3]) Evidentemente, como Plutarco, *Vita Artax.*, c. 6, observa, sucedía así á menudo, á expensas de la verdad: οἷα πάσχει πολλάκις ὁ λόγος αὐτοῦ πρὸς τὸ μυθῶδες καὶ δραματικὸν ἐκτρεπόμενος τῆς ἀληθείας.

[4]) Focio, *Bibl.*, p. 45 de Bekk.

[5]) Demetrio, *De elocutione*, § 212: ὅπερ δὲ τῷ Κτησίᾳ ἐγκαλοῦσιν ὡς ἀδολεσχοτέρῳ διὰ τὰς διλογίας, πολλαχῆ μὲν ἴσως ἐγκαλοῦσιν ὀρθῶς, πολλαχῆ δὲ οὐκ αἰσθάνονται τῆς ἐναργείας τοῦ ἀνδρός· τίθεται γὰρ ταὐτὸ διὰ τὸ πολλάκις ποιεῖν ἔμφασιν πλείονα. La διλογία en cuestión, se encontraba en una carta que un medo llamado Estriaglio dirigió á una mujer, á quien había vencido en la batalla y perdonado la vida, y por la cual había concebido de repente profunda pasión amorosa: ἐγὼ μέν σε ἔσωσα, καί συ δι' ἐμὲ ἐσώθης, ἐγὼ δὲ διά σε ἀπωλόμην.

(ἐναργεία) de sus descripciones [1]), sino también y más principalmente, por el arte con que sabe despertar el interés y simpatía del lector, de lo cual cita como ejemplo la narración del modo cómo el mensajero comunica á Parisatis la muerte de su hijo Ciro, informándola lenta y gradualmente de lo acontecido [2]).

De cuanto respecto de este punto hacen observar autores posteriores, resulta con claridad que advertíase á primera vista en la obra de Ctesias un arte muy calculado y el decidido propósito de producir efecto; cosa que ya se revela en la amplitud [3]) que daba á la pintura de detalles, con rasgos hijos de su fantasía ó tomados de narraciones que ostentasen manifiesto carácter poético. No sólo abundaban en su Historia adornos retóricos de todo linaje, sino que daba cabida en ella, como suele hacer cierta clase de historiadores, á prolijos discursos que ponía en boca de los personajes, ó cartas que suponía escritas por ellos. Mas sea lo que quiera, es lo cierto que las cualidades de su obra parece fueron bastantes para asegurarle un éxito y numerosos lectores, no sólo en su tiempo sino también entre las generaciones siguientes [4]). En cambio, el mérito de Ctesias como historiador es tanto menor, cuanto que el fin que se propuso desde el principio de su trabajo

[1]) *Op. cit.*, § 215: καὶ ὅλως δὲ ὁ ποιητὴς οὗτος· ποιητὴν γὰρ αὐτὸν καλοίη τις εἰκότως· ἐναργείας δημιουργός ἐστιν ἐν τῇ γράφῃ συμπάσῃ. Teon, *Progymn.*, c. 11, cita un pasage de una descripción de Ctesias, notable por la claridad de la exposición. Mas éste parece á todas luces abreviado. Trátase de la estratagema, contada también por Polien, *Strat.*, 7, 6, y por Tzetzes, *Chiliad*, 1, 1, 82 y ss., de que se valió Ciro para apoderarse de Sardes.

[2]) Demetrio, *De elocutione*, § 216: οἷον καὶ ἐν τοῖς τοιούσδε· δεῖ τὰ γενόμενα οὐκ εὐθὺς λέγειν ὅτι ἐγένετο, ἀλλὰ κατὰ μικρόν, κρεμῶντα τὸν ἀκροατὴν καὶ ἀναγκάζοντα συναγωνιᾶν. Τοῦτο ὁ Κτησίας ἐν τῇ ἀγγελίᾳ τῇ περὶ Κύρου τεθνεῶτος ποιεῖ. 'Ελθὼν γὰρ ὁ ἄγγελος οὐκ εὐθὺς λέγει, ὅτι ἀπέθανε Κῦρος, παρὰ τὴν Παρυσάτιν· τοῦτο γὰρ ἡ λεγομένη „ἀπὸ Σκυθῶν βῆσις" ἐστιν· ἀλλὰ πρῶτον μὲν ἤγγειλεν, ὅτι νικᾷ· ἡ δὲ ἥσθη καὶ ἠγωνίασε· μετὰ δὲ τοῦτο ἐρωτᾷ „βασιλεὺς δὲ πῶς πράττει"; ὁ δέ „πέφευγε" φησί· καὶ ἡ ὑπολαβοῦσα „Τισσαφέρνης γὰρ αὐτῷ τούτων αἴτιος" καὶ πάλιν ἐπανερωτᾷ „Κῦρος δὲ ποῦ νῦν;" ὁ δὲ ἄγγελος ἀμείβεται. „ἐνθὰ χρὴ τοὺς ἀγαθοὺς ἄνδρας αὐλίζεσθαι" κατὰ μικρὸν καὶ κατὰ βραχὺ προϊὼν μόλις δὴ τὸ λεγόμενον „ἀπέρρηξεν" αὐτό, μάλα ἠθικῶς καὶ ἐναργῶς τόν τε ἄγγελον ἐμφήνας ἀκουσίως ἀγγελοῦντα τὴν συμφοράν, καὶ τὴν μητέρα εἰς ἀγωνίαν ἐμβαλὼν καὶ τὸν ἀκούοντα, y lo mismo en Greg. Corinth., en Walz, *Rhet. gr.*, t. 7, 2, p. 1180 s.

[3]) A lo mismo alude la observación de Plutarco, *Vita Artax.*, cap. 11: ἡ δὲ Κτησίου διήγησις ὡς ἐπιτεμόντα συντόμως ἀπαγγεῖλαι, τοιαύτη τίς ἐστι.

[4]) La escritora Pánfila, del tiempo de Neron, hizo un extracto de las *Pérsicas*, en tres libros.

no fué la exposición rigorosamente histórica de los hechos, sino sólo el entretenimiento y recreo de los lectores. De aquí que constituya, por decirlo así, el término medio entre los llamados logógrafos y los escritores que aparecieron un siglo más tarde, de los cuales, la mayoría de los que se llaman historiadores de Alejandro, más que entre los verdaderos historiadores debieran ser incluídos entre los novelistas. No se dice, en verdad, en parte alguna que Ctesias les sirviera de modelo; pero parece creíble que procuraron seguir sus huellas, aunque sin conseguir igualarle, tanto en sus tendencias á la exageración como en la manera de relatar los sucesos.

Carácter muy distinto y mucho más conforme con la nobleza y seriedad de la historiografía tiene indudablemente la obra de uno de los más antiguos historiadores, del cual se afirma que tomó por modelo nada menos que á Tucídides. Mas puede con razon ponerse en duda que llegase á asemejarse á éste en otra cosa que en detalles puramente externos, y hasta cierto punto también en los accidentes de su vida.

El nombre de *Filisto* de Siracusa, hijo de Arcoménides, supuesto discípulo del poeta elegiaco Eveno, á quien Platon cuenta en el número de los sofistas [1]), aparece mezclado en los acontecimientos que sirvieron de base á la dominación de Dionisio el Antiguo [2]). Pero aunque estaba emparentado con éste por haber contraído matrimonio con su sobrina, y no obstante ser además entusiasta partidario del tirano, fué condenado á destierro, de donde volvió llamado por Dionisio el Joven. Como aconteció con frecuencia en la antigüedad—además del de Heródoto, Tucídides y Jenofonte puede también citarse en época posterior el ejemplo de Timeo—aprovechó Filisto los forzados ocios de la emigración, que pasó parte en Turio y parte en Adria, en la región del Po, para escribir la historia de Siracusa y la de Dionisio el Antiguo. La historia, que también empezó á escribir, de Dionisio el Joven, quedó sin terminar, porque siendo jefe de la Armada de Siracusa fué vencido en un combate naval contra los partidarios de Dion, y por no caer prisionero dióse voluntariamente la muerte el año 4 de la 105.ª Olimpiada, 357 a. Chr. [3]).

[1]) Apol., p. 20, b.
[2]) Diodoro, 13, 9.
[3]) *Loc. cit.*, 16, 16, según Eforo. Timónides, por el contrario, contaba que había sido hecho prisionero, y ejecutado después de hacerle sufrir horribles tormentos.

Su primera obra comenzaba unos cien años antes de la guerra de Troya, y en siete libros qué llevaban el título de *Sicilianas*, historiaba los acontecimientos realizados hasta la toma de Agrigento, 93.ª Olimpiada, 406, a. Chr. Según esto, abarcaba su narración un espacio de ocho siglos. Apenas si es posible determinar hasta qué punto esta Historia estaba de acuerdo con la de otro historiador de Sicilia más antiguo, Antioco de Siracusa. A esta primera obra de Filisto seguía inmediatamente la *Historia de Dionisio el Antiguo* [1]); era también continuación de la anterior la *Historia de Dionisio el Joven*, que sólo constaba de dos libros, y en la que únicamente hablaba de los cinco primeros años de su gobierno.

El juicio sobre Filisto que Cornelio Nepote tomó de una de sus fuentes, no parece muy á propósito para prevenirnos en su favor. Echale en cara el haber sido tan amigo del tirano como de la misma tiranía [2]). Pero mucho más grave que esta acusación, la cual no sólo no está fundada en buenas razones, sino que se contradice, al parecer, con el destierro de Filisto, ó al menos pierde por él mucha fuerza, es la que con insistencia le dirige Dionisio de Halicarnaso, al atribuirle un carácter bajo y adulador [3]). Si fuera verdad, como se afirma [4]), que Filisto emprendió su *Historia de Dionisio el Antiguo*, con el deliberado objeto de que se le levantase el destierro, pudieran estas inculpaciones pasar por suficientemente fundadas. Pero en su mayor parte parece que deben proceder de Timeo, quien merced al

[1]) *Loc. cit.*, 13, 103, de donde resulta que constaba de cuatro libros. El número de seis que se encuentra en Suidas, en este punto, por cierto muy abundante en errores, se refiere á esta obra y á la siguiente. Véase Ciceron, *Ep. ad Quint.*, páginas 2, 13.
[2]) Véase Dionisio, 3, 2: *Eodemque tempore* (juntamente con Platon) *Philistum historicum Syracusas reducit, hominem amicum non magis tyranno quam tyrannis.* De la misma fuente en que bebió Cornelio Nepote parece haber emanado el dicho de Plutarco, *Dión*, c. 11.
[3]) Dionisio de Halicarnaso, *Epist. ad Cn. Pompei.*, c. 5, p. 780: Ἦθος δὲ κολακικὸν καὶ φιλοτύραννον ἐμφαίνει καὶ ταπεινὸν καὶ μικρολόγον. Véase Plutarco, *Pelop.*, cap. 34.
[4]) Pausanias, 1, 13, 9: εἰ δὲ καὶ Φίλιστος αἰτίαν δικαίαν εἴληφεν, ἐπελπίζων τὴν ἐν Συρακούσαις κάθοδον ἀποκρύψασθαι τῶν Διονυσίου τὰ ἀνοσιώτατα, ἤπου πολλή γε Ἱερωνύμῳ συγγνώμη τὰ ἐς ἡδονὴν Ἀντιγόνου γράφειν.

odio que profesaba á Agatocles, dejábase con facilidad llevar de la exageración.

Sea de ello lo que quiera, más favorables son los juicios que bajo el punto de vista de la forma, ha merecido la obra de Filisto. Todos los testimonios están conformes en que, como ya hemos indicado, Tucídides fué el modelo que se propuso imitar [1]). Este es un hecho en el cual debe fijarse bien la atención, con tanto más motivo cuanto que en la misma Atenas era completamente diverso el gusto general en la época siguiente. Ya el calificativo de *pusillus Thucydides* que Ciceron le da [2]), si bien por sí mismo indica que no pudo Filisto colocarse á la altura de su modelo, induce á suponer que poseía cualidades brillantes. Esto mismo viene á confirmar el autor de la obra *Sobre lo sublime*, según el cual Filisto, ostenta á veces una dicción verdaderamente sublime, aunque no por completo exenta de cierta pesadez y monotonía [3]). Algo menos favorable es el juicio de Dionisio de Halicarnaso; según él no tiene Filisto la riqueza de pensamientos de Tucídides ni la variedad de giros que distinguían á éste último [4]), de modo que con frecuencia se hallan en él gran número de períodos de

---

[1]) Es ciertamente ridicula la afirmación de Dionisio de Halicarnaso, cuando dice que Filisto, para asemejarse más á Tucídides, dejó también su obra sin concluir. Es mucho más importante la noticia de Teon, según la cual todo el relato de la expedición de los atenienses á Sicilia, lo tomó de Tucídides.

[2]) *Epist. ad Quint. fratrem*, 2, 11, 4: *Siculus ille (Philistus) capitalis, creber, acutus, brevis, pene pusillus Thucydides.* Véase *De orat.*, 2, 13, 57: *Hunc (Thucydidem) consecutus est Syracusius Philistus qui, cum Dionysii tyranni familiarissimus esset, otium suum consumpsit in historia scribenda maximeque Thucydidem est, sicut mihi videtur, imitatus.* Es menos favorable el juicio que emite en el *Brutus*, c. 17. Véase *Quintiliano*, 10, 1: *imitator Thucydidis et ut multo infirmior ita aliquatenus lucidior.*

[3]) Cap. 40: ἀλλά μὴν ὅτι γε πολλοὶ καὶ συγγραφέων καὶ ποιητῶν οὐκ ὄντες ὑψηλοὶ φύσει, μήποτε δὲ καὶ ἀμελέΞεις, ὅμως κοινοῖς καὶ δημώδεσι τοῖς ὀνόμασι καὶ οὐδεν ἐπαγόμενοι περιττὸν ὡς τὰ πολλὰ συγχρώμενοι διά μόνου τοῦ συνΞεῖναι καὶ ἁρμόσαι ταῦτα [δ' ὅμως] ὄγκον καὶ διάστημα καὶ τὸ μὴ ταπεινοὶ δοκεῖν εἶναι περιεβάλοντο, καΞάπερ ἄλλοι τε πολλοὶ καὶ Φίλιστος.

[4]) *Epist. ad Cn. Pompei.*, c. 5, p. 780: τῆς δὲ λέξεως, ἡ Θουκυδίδης κέχρηται τὸ μὲν σημειῶδες καὶ περίεργον πέφευγε, τὸ δὲ στρογγύλον καὶ πικρὸν καὶ ἐνΞυμηματικὸν ἀπομέμακται. Τῆς μέντοι καλλιλογίας τῆς ἐκείνου καὶ τοῦ πλούτου τῶν ἐνΞυμημάτων κατὰ πολὺ ὑστερεῖ· οὐ μόνον δὲ τούτοις, ἀλλὰ καὶ κατὰ τοὺς σχηματισμούς. Ἦ μὲν γὰρ πλήρης σχημάτων, καὶ οὐδὲν οἶμαι περὶ τῶν φανερῶν ἐπιπλέον δεῖν λέγειν· ἡ δὲ Φιλίστου φράσις ὁμοειδὴς πᾶσα δεινῶς καὶ ἀσχημάτιστός ἐστι· καὶ πολλὰς εὕροι τις ἂν περιόδους ὁμοίως ἐφέξης ὑπ' αὐτοῦ σχηματιζομένας, οἷον ἐν ἀρχῇ τῆς δευτέρας τῶν περὶ Σικελίας· „Συρακούσιοι δὲ παραλαβόντες Μεγαρεῖς καὶ Ἐνναίους... Καυαριναῖοι δὲ Σικελοὺς καὶ τοὺς ἄλλους συμμάχους, πλὴν Γελῴων ἀΞροίσαντες... Γελῷοι δὲ Συρακουσίους οὐκ ἔφασαν πολεμήσειν... Συρακούσιοι δὲ πυνΞανόμενοι Καμαριναίους τὸν Ὑρμινὸν διαβάντας." Ταῦτα δ' ἀηδῆ πάνυ ὄντα ἐμοὶ φαίνεται.

idéntica construcción. A esto se agrega que los discursos que ponía en boca de los personajes no eran siempre adecuados á la situación en que éstos se hallaban; pero poseía en cambio cierta claridad natural y cierto sentido del justo medio; sus descripciones de las batallas eran mejores que las de Tucídides, el cual, sin embargo, le aventajó en la ordenación y distribución de los materiales. Bien se comprende que es muy difícil determinar aquí, hasta qué punto sería exacto el dicho de que Filisto no hizo más que tomar de Tucídides el relato de la expedición de los atenienses á Sicilia [1]).

Continuó la obra de Filisto el siracusano *Atanis* [2]). Tal vez era el mismo que menciona Teopompo en su libro XL, y el que en el año 356, a. Chr., desempeñó, en unión de un cierto Heráclides, el cargo de Próstates en la ciudad de Siracusa [3]). Por lo poco que de su obra se conoce, sólo puede asegurarse que historió en trece libros los siete años de la dominación de Dionisio el Joven, que faltaban en el relato de Filisto, además de los hechos de Dion y Timoleon. Verosímilmente llegaba en su narración hasta la muerte de este último.

Escribió también la historia de Dión, su amigo *Timónides*. Plutarco da la preferencia á la obra de este historiador, porque fué testigo ocular de los acontecimientos que narra [4]). Timónides, que había dedicado su obra á Espeusipo, pertenecía al grupo de los discípulos de Platon á quienes Dión había llevado á su lado [5]).

---

[1]) Teon, *Progymn.*, t. 1, p. 154 de Walz: καὶ μέν τοί γε ὁ Φίλιστος τὸν Ἀττικὸν ὅλον πόλεμον ἐν τοῖς Σικελικοῖς ἐκ τῶν Θουκυδίδου μετενήνοχε. Véase Plut., *Nic.*, 1. Debemos citar también el elogio que hace Teon, *loc. cit.*, p. 164 de una descripción del libro 11 de Filisto.

[2]) Diodoro escribe Atanas. Plutarco en la *Vida de Timoleon*, cap. 23 y 37, escribe, de acuerdo con Ateneo, 3, p. 98, d, Atanis. Esta variante es análoga á la de Tamiris y Tamiras.

[3]) Fragm. 212, donde se escribe Ἄδηνις. Véase Brunet de Presle, *De l'établissement des Grecs en Sicile*, p. 281.

[4]) *Vita Dion.*, c. 31 y 35. Véase c. 21.

[5]) En Diógenes Laercio, 4, 5, aparece enmendado Τιμωνίδης en lugar de Σιμωνίδης. Las palabras τὰς ἱστορίας, ἐν αἷς κατέταχε τὰς πράξεις Δίωνός τε καὶ Βίωνος parecen encerrar una ditografía.

Tan escasas como las noticias que tenemos acerca de los dos historiadores de que acabamos de hablar, y cuyo mérito no debió ser muy sobresaliente, son las que han llegado hasta nosotros respecto de otros dos de quienes vamos á tratar al punto, reservándonos para más adelante el estudio de Timeo, escritor de mucha más importancia. Nos referimos á *Antandro* y *Calias*, los cuales se limitaron á escribir la historia de Agatocles. La obra del primero tenía un interés especial por haber sido Antandro hermano carnal del alfarero que supo elevarse á señor de Siracusa. Por lo que hace á Calias, se le acusa de haber vendido su pluma á Agatocles, caso frecuente en todos tiempos. Si es esto exacto, hay también que consignar en honor suyo, la circunstancia de que su gratitud sobrevivió á la muerte del hombre á quien debía grandes riquezas. En su Historia, que constaba de veintidós libros, refería también la muerte de Agatocles [1]. Merece indicarse además, que fué el primer historiador que habló de las supuestas colonias de troyanos en Sicilia [2].

Terminaremos este capítulo, que fácilmente podríamos ampliar si respondiera al objeto de la presente obra la enumeración de todos los historiadores locales de la Edad antigua cuyos nombres se han conservado, con algunas indicaciones acerca del fragmento de una obra, que no sólo merece especial atención por ser del número relativamente escaso que, de las muchas publicadas en el siglo IV de nuestra Era, ha llegado hasta nosotros, sino que además es notable bajo otro aspecto, á pesar de que su asunto no puede considerarse como propiamente histórico.

Es posible que el autor, designado ordinariamente con el nombre de *Eneas el Táctico*, fuera el capitán de los arcadios, nacido en Estinfalia, en la Arcadia, de quien habla Jenofonte [3]. En todo caso, á esta hipótesis no se opone la antigüedad de la obra, pues ni uno solo de los numerosos hechos que en ella se citan, es posterior á la primera mitad del siglo IV antes de la Era Cristiana [4]. Agrégase á esto la circunstancia de que Cineas, el célebre consejero del rey Pirro, hizo un extracto de esta obra [1], que Polibio conoció evidentemente, y que como trabajo de uno de sus compatriotas, lo consideró digno de especial mención [2].

Como claramente se deduce de las muchas referencias que esta producción contiene, no es en suma sino una parte de otra sobre el arte de la guerra [3]. El título especial de este tratado es *De la defensa contra los sitiadores* (περὶ τοῦ πῶς χρὴ πολιορκουμένους ἀντέχειν), pues que la palabra πολιορκητικόν frecuentemente usada, se refiere al arte de asediar las plazas. La obra entera, de la que sólo se ha conservado esta parte debió llevar, según se infiere del texto de Polibio, el título de στρατηγικά.

El plan de este trabajo ofrece evidentes analogías con el titulado libro segundo del *Económico*, falsamente atribuído á Aristóteles, y que corresponde al principio de la época de los Diadogos (sucesores de Alejandro). Así como en este libro se ofrecen ejemplos para instrucción de los empleados administrativos y de hacienda aun poco prácticos, de la misma suerte se emplean en dicha obra para aclarar más las reglas del arte de la guerra. En este concepto, ambas producciones son de excepcional importancia, pues demuestran que la influencia que en un principio ejercieron los sofistas—que como es sabido figuraron también como maestros en el arte de la guerra—extendióse al terreno puramente práctico. Obras didácticas de esta clase, escribiéronse indudablemente en gran número y sobre los más diversos asuntos, en la época indicada.

Como suele suceder, y fácilmente se comprende que suceda con producciones cuya conservación se debe á la casualidad, lo

---

[1]) Diodoro, 21, 16, 1, 72.

[2]) Dionisio de Halicarnaso, *Ant. Rom.*, 1, 72.

[3]) *Helénicas*, 7, 3, 1.

[4]) Con más exactitud, A. Hug, *Aeneas von Stymphalos, ein arkadischer Schriftsteller aus classischer Zeit*, Zurich, 1877, p. 8, ha fijado en 359, y á lo sumo en 358, a. Chr., la época en que vió la luz esta obra. Que el autor, como muestra el capítulo 27, estaba familiarizado con el dialecto de la Arcadia, lo ha hecho notar ya Casaubonus, en el prólogo de su edición.

[1]) Eliano, *Tact.*, c. 1: ἐξειργάσατο δὲ τὴν θεωρίαν τὴν τακτικὴν Αἰνείας τε διὰ πλειόνων, ὁ στρατηγικὰ βιβλία ἱκανῶς συνταξάμενος, ὧν ἐπιτομὴν ὁ Θετταλὸς Κινέας ἐποίησεν. Es tanto menos de admitir la posibilidad de una confusión, fácil en griego, de los nombres Αἰνείας y Κινέας, cuanto que Ciceron, *Ep. ad fam.*, 9, 25, cita obras de Pirro y de Cineas sobre el arte de la guerra.

[2]) Libro 10, 44, 1: Αἰνείας... ὁ τὰ περὶ στρατηγικῶν ὑπομνήματα συνταξάμενος.

[3]) Cap. 21, 2: ἐν τῇ στρατοπεδευτικῇ βίβλῳ. Cap. 7, 4; 8, 5; 21, 2; 40, 7: ἐν τῇ παρασκευαστικῇ βίβλῳ. Gap. 14, 2: ἐν τῇ πριστικῇ βίβλῳ. De igual suerte, en el capítulo 11. 1, remite al lector á otra parte ó sección, cuyo titulo, se ha perdido. Además, lo que dice en el cap. 38, parece referirse á otra obra histórica del mismo autor: ἐν οἷς δὲ καιροῖς ἕκαστα τούτων δεῖ παρεῖναι ἐν τοῖς Ἀκόυσμασι γέγραπται, á lo cual alude quizá también lo que dice en los capítulos 22 y 28.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que respecto de este tratado nos comunica la tradición no vale más que lo que nos dice, por ejemplo, de la obra sobre la *Constitución de Atenas* que lleva el nombre de Jenofonte. Son tales los deterioros que ha sufrido el texto, que se ha podido á veces tener por semibárbaro el estilo de Eneas, al paso que otras se han creído reconocer en su incorrecta forma, vestigios de la rudeza del soldado. Un estudio más detenido, ha hecho que en los modernos tiempos se formase opinión muy diferente. Ni en pureza ni en propiedad de dicción, cede Eneas á ninguno de sus contemporáneos; en tal manera que muy bien puede comparársele con Jenofonte [1]. Por do quiera revela conocer las obras literarias anteriores á su tiempo, y haber utilizado la de Heródoto, por ejemplo, y tal vez también la de Tucídides. Ahora bien: es indudable que no puede determinarse con seguridad, si tanto el fondo como la forma de esta obra, hasta aquí casi olvidada y que ha venido á enriquecer, por decirlo así, la literatura antigua, son debidos al mismo autor; pero sí puede afirmarse que en la época de su aparición, no faltaban en manera alguna hombres capaces de dar á un asunto cualquiera, forma y estilo en armonía con las exigencias del gusto refinado de sus contemporáneos.

[1]) Meineke, en el HERMES, vol. 2, p. 190, llama la atención acerca de ciertas analogías entre Platon y Tucídides en punto al dialecto.

CAPÍTULO XLIII

Vida y magisterio de Platon.

Cuentan, sin que esta historia ofrezca más garantías de verosimilitud que otras muchas análogas que la antigüedad nos ha trasmitido, que poco antes de morir felicitábase Platon de la suerte que le cupo en haber nacido hombre más bien que irracional, varon más bien que mujer, griego más bien que bárbaro, y sobre todo en haber venido al mundo en la época en que vivió Sócrates [1]. Para tener clara idea de la influencia ejercida por Sócrates sobre Platon, no hacía falta poner en boca de éste último semejante dicho. Más claramente que en ella, revélase esta influencia en cada una de sus producciones. La manera como en estas se representa á Sócrates pudiera hasta suscitar con algún fundamento, la cuestión de cuál de los dos es el que en definitiva tiene más que agradecer al otro. Sócrates fué sin duda, el que enseñó á Platon el fin á que este encaminó luego toda su actividad. Pero no debe tenerse por menos cierto que sin el discípulo, la alta significación del maestro, toda la imponente grandeza de su carácter intelectual y moral, apenas habrían llegado á noticia de las generaciones posteriores.

Mas por íntimas que sean las relaciones en que en todo tiempo aparecen unidos estos dos hombres, ofrecen, sin embargo, más de un aspecto á primera vista extraño y chocante. Entre el gran número de discípulos que rodearon á Sócrates y que fueron sus más entusiastas partidarios, sería difícil, si quisiéramos juzgar por meras apariencias, citar uno solo que se pareciese menos á su maestro que Platon. Es muy de extrañar el empeño con que

[1]) Plutarco en la *Vida de Mario*, cap. 46. Análogas manifestaciones se ponen en labios así de Tales como del mismo Sócrates. Véase Hermipo, en Diógenes Laercio, 1, 33.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que respecto de este tratado nos comunica la tradición no vale más que lo que nos dice, por ejemplo, de la obra sobre la *Constitución de Atenas* que lleva el nombre de Jenofonte. Son tales los deterioros que ha sufrido el texto, que se ha podido á veces tener por semibárbaro el estilo de Eneas, al paso que otras se han creído reconocer en su incorrecta forma, vestigios de la rudeza del soldado. Un estudio más detenido, ha hecho que en los modernos tiempos se formase opinión muy diferente. Ni en pureza ni en propiedad de dicción, cede Eneas á ninguno de sus contemporáneos; en tal manera que muy bien puede comparársele con Jenofonte [1]. Por do quiera revela conocer las obras literarias anteriores á su tiempo, y haber utilizado la de Heródoto, por ejemplo, y tal vez también la de Tucídides. Ahora bien: es indudable que no puede determinarse con seguridad, si tanto el fondo como la forma de esta obra, hasta aquí casi olvidada y que ha venido á enriquecer, por decirlo así, la literatura antigua, son debidos al mismo autor; pero sí puede afirmarse que en la época de su aparición, no faltaban en manera alguna hombres capaces de dar á un asunto cualquiera, forma y estilo en armonía con las exigencias del gusto refinado de sus contemporáneos.

[1]) Meineke, en el HERMES, vol. 2, p. 190, llama la atención acerca de ciertas analogías entre Platon y Tucídides en punto al dialecto.

CAPÍTULO XLIII

Vida y magisterio de Platon.

Cuentan, sin que esta historia ofrezca más garantías de verosimilitud que otras muchas análogas que la antigüedad nos ha trasmitido, que poco antes de morir felicitábase Platon de la suerte que le cupo en haber nacido hombre más bien que irracional, varon más bien que mujer, griego más bien que bárbaro, y sobre todo en haber venido al mundo en la época en que vivió Sócrates [1]. Para tener clara idea de la influencia ejercida por Sócrates sobre Platon, no hacía falta poner en boca de éste último semejante dicho. Más claramente que en ella, revélase esta influencia en cada una de sus producciones. La manera como en estas se representa á Sócrates pudiera hasta suscitar con algún fundamento, la cuestión de cuál de los dos es el que en definitiva tiene más que agradecer al otro. Sócrates fué sin duda, el que enseñó á Platon el fin á que este encaminó luego toda su actividad. Pero no debe tenerse por menos cierto que sin el discípulo, la alta significación del maestro, toda la imponente grandeza de su carácter intelectual y moral, apenas habrían llegado á noticia de las generaciones posteriores.

Mas por íntimas que sean las relaciones en que en todo tiempo aparecen unidos estos dos hombres, ofrecen, sin embargo, más de un aspecto á primera vista extraño y chocante. Entre el gran número de discípulos que rodearon á Sócrates y que fueron sus más entusiastas partidarios, sería difícil, si quisiéramos juzgar por meras apariencias, citar uno solo que se pareciese menos á su maestro que Platon. Es muy de extrañar el empeño con que

[1]) Plutarco en la *Vida de Mario*, cap. 46. Análogas manifestaciones se ponen en labios así de Tales como del mismo Sócrates. Véase Hermipo, en Diógenes Laercio, 1, 33.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un joven emparentado con las más nobles familias de Atenas, se unió á un hombre cuya profesión era completamente distinta de aquella para la que él parecía tener vocación especial. Mas no sólo en lo que toca al nacimiento y á las riquezas, sino también en lo que respecta al carácter y á la manera cómo comenzó á figurar más tarde, no es fácil hallar entre Sócrates y Platon la analogía que indudablemente mediaba entre el primero de aquellos hombres y Antístenes. Aunque no concedamos gran crédito á la multitud de conocidas anécdotas inventadas, según parece, con el fin de hacer resaltar lo más posible el contraste entre Antístenes y Platon, es tanto más difícil desconocer la distinción y nobleza innatas que caracterizaban á este último, cuanto que parece haberlas trasmitido á sus partidarios. Mas degenerando á menudo estas cualidades en hueca ostentación y vanidad, han venido á constituir el sello característico que aun en época muy posterior—basta con ver, para convencerse de ello, las descripciones de Luciano—diferenció á los partidarios de la Academia de los que siguieron otras tendencias filosóficas.

Es, sin embargo, más importante que esta diferencia, por mucho que se hicieran sentir sus resultados, la que se advierte entre las ideas filosóficas de Sócrates y las de Platon. Que este último superó frecuentemente al primero, es tan cierto, como indudable es que otros diversos sistemas filosóficos que antes ó después llamaron particularmente su atención, ejercieron en él un influjo más ó menos profundo y decisivo. No ofrece, sin embargo, pocas dificultades la tarea de determinar con exactitud y bajo todos aspectos, la verdadera línea divisoria, especialmente en lo que se refiere á Sócrates. A medida que más se esfuerza Platon, aun allí donde expone sus más peculiares ideas ú opiniones con las cuales no podía estar familiarizado Sócrates, por cubrirse con la autoridad de éste, es tanto más difícil marcar con seguridad completa el punto en que termina de hablar el maestro y comienza realmente el discípulo. Mas sea cualquiera el criterio que en definitiva se adopte en este asunto, hay que reconocer que Platon fué, entre todos los discípulos de Sócrates, el que mejor comprendió los fundamentos de su doctrina y el que con más acierto los ha desarrollado.

Dada la adoración de que Platon fué objeto para los antiguos, podrá parecer extraño que no se haya honrado su memoria con una biografía digna de él; y es que mucho más frecuente que

el deseo de inquirir la verdad sobre las cualidades de su persona y vicisitudes de su vida, parece haber sido el empeño en rodear con los resplandores de la gloria al que siempre se ha dado el sobrenombre de divino. Así se explica el número relativamente considerable de maravillosas leyendas que contienen cuantas biografías suyas nos ha trasmitido la antigüedad; mientras que las noticias que de él tenemos, sobre todo de cuanto toca á su educación y desarrollo, sus viajes, su magisterio y la época en que escribió sus varias obras, ofrecen diversas lagunas [1]).

Entre las distintas fechas que se citan como años del nacimiento de Platon, cuyas diferencias son, por lo demás, poco considerables, debe ser indudablemente preferida la garantizada por el testimonio de su discípulo Hermodoro, la cual siguió ya en la antigüedad el cronógrafo Apolodoro al asegurar que Platon nació el año 1 de la 88.ª Olimpiada, 428/427, a. Chr. [2]). Mas es dudoso si realmente nació Platon el 7 del mes Targelion, punto al cual se ha concedido en época posterior gran importancia, porque los delios celebraban solemnemente en este día, la fiesta del natalicio de Apolo [3]).

Lo mismo por su padre Ariston que por su madre Perictione,

---

[1]) Los apuntes tomados por los primeros discípulos de Platon, entre los cuales habían escrito Espeusipo un ἐγκώμιον Πλάτωνος, Xenócrates un περὶ τοῦ Πλάτωνος βίου, y Filipo de Opuncia un περὶ Πλάτωνος, son demasiado poco conocidos para que pueda formarse juicio seguro sobre los mismos. Otro tanto puede decirse de una obra de Hermodoro (véase E. Zeller, *Diatr. de Hermodoro*, Marb., 1859), á la cual, por lo menos, tenemos que agradecer el conocimiento de algunos hechos importantes. Esta parte de la obra de Diógenes Laercio es una compilación formada con los elementos más heterogéneos. Por lo que toca á los trabajos posteriores—además de la noticia biográfica que precede al comentario de Olimpiodoro al *Primer Alcibiades*, poseemos aquella otra que forma parte de una introducción á las obras de Platon—su principal valor consiste en que muestran la imperfecta y equivocada idea que los neoplatónicos tenían de Platon. Lo mismo puede decirse de las noticias que hallamos en Suidas. Las que contienen las supuestas cartas de Platon, no pueden ofrecernos garantía de ningún linaje.

[2]) Diógenes Laercio, 3, 6 y 3, 2. La noticia que encontramos en Ateneo, 5, p. 217, a., de que Platon nació el año 3 de la 87.ª Olimpiada, se explica perfectamente por el deseo de suponer nacido al filósofo el mismo año en que murió Pericles. Puede estudiarse más detenidamente este punto en Steinhart, *Platons Leben*, Leipzig, 1873.

[3]) Señalábase como día del nacimiento de Sócrates el 6 del mes Targelion, en que se celebraba el natalicio de Artemis. Véase O. Müller, *Dorier*, vol. 1, p. 330: «Es mera leyenda lo de que Sócrates naciera en aquel día, y en éste Platon.»

descendía Platon, cuyo primitivo nombre debió ser Aristocles [1]), de ilustres y antiquísimas familias de Atenas. No han faltado intentos de derivar su árbol genealógico, no solo de Solon y de Codro, sino de los mismos dioses, cuando no se ha preferido atribuirle un orígen inmediatamente divino. En todo caso, mucho más importantes que pueden ser para nosotros semejantes genealogías en su mayor parte fabulosas, debió ser para el joven Platon el parentesco cercano que le unía á hombres como Cricias, por ejemplo. El papel desempeñado por éste, como jefe del partido oligárquico, y su violenta muerte, no podían en manera alguna dejar de producir impresión en Platon; con tanto más motivo cuanto que habían sido muy variados los esfuerzos y aspiraciones de un hombre que, aunque en definitiva y en armonía sobre todo con su carácter superficial y ambicioso llegó á figurar entre los sofistas, durante algún tiempo había mantenido estrechas relaciones con los socráticos. Ni por aserto alguno de Platon ni por ningún otro testimonio, sabemos nada sobre la influencia que sobre él ejercieron los acontecimientos en que Cricias tomó tan activa parte; mas no puede negarse la posibilidad de que la circunstancia de no intervenir posteriormente Platon en los asuntos públicos de su patria—hecho que ya los antiguos intentaron explicar á menudo [2])—tuviera su principal fundamento en el desasosiego y turbulencias políticas, bajo cuyo imperio se deslizó su niñez. Al imponente desarrollo del poderío político de Atenas, al breve esplendor del ciclo de Pericles, sucedió, á consecuencia de los reveses de la guerra y muy especialmente del desastroso resultado de la expedición contra Sicilia, una decadencia tan completa como rápida. Ahora bien: tan desfavorable como era la situación de Atenas en el exterior, lo era en el interior, merced á la enconada lucha que entre sí mantenían los partidos extremos.

Que bajo el imperio de tales circunstancias un carácter como el suyo, más propenso al idealismo que atento á la realidad, debía sentirse anonadado y abatido, habríamos de darlo por más que verosímil, si semejante hecho no estuviese ya completamente

[1]) Ni puede dudarse de la exactitud de este aserto, ni es fácil determinar el motivo de este cambio de nombre. Las explicaciones que sobre este hecho dieron los antiguos no satisfacen, porque el nombre de Platon—basta para ello recordar al poeta cómico—parece no haber sido raro. Análogos ejemplos nos ofrecen el poeta Estesicoro, y posteriormente Teofrasto.

[2]) Trata esta cuestión el autor de la séptima carta atribuída á Platon.

garantizado por afirmaciones incidentales de sus propias obras. Es además muy dudoso que Platon, á quien en todo tiempo se ha contado entre los políticos teóricos de más genio, poseyera también aptitudes para poner por obra sus opiniones y doctrinas. Que carecía del tacto necesario para amoldarse á las circunstancias de la vida política, lo demuestra la acritud á todas luces parcial con que no raras veces juzgó á hombres á quienes los atenienses solían recordar con orgullo; y no menos vienen á demostrar en cuán escasa medida poseía la flexibilidad de carácter necesaria para poder imponerse á las diversas situaciones, los fracasos de que fueron seguidos sus conatos de ejercer influencia política directa. Conviene, por último, con todo ello, lo que se dice sobre los ensayos poéticos á que consagró su juventud. Aun cuando las noticias que á esto se refieren no concuerdan completamente, ó se nos ofrecen en parte ataviadas con las galas de la fantasía [1]), en general hay tanto menos motivo para ponerlas en duda, cuanto que su carácter poético aparece claro, no sólo en sus obras posteriores, sino en todo su ser.

En el estudio de la Filosofía, Platon, cuyas dotes intelectuales y morales llegaron muy prematuramente á su completo desarrollo [2]), fué guiado primero por Cratilo, de la escuela de los Heráclidas [3]). Aunque el diálogo de Platon que lleva este nombre, debe

[1]) Diógenes Laercio, 3, 5, habla de que Platon comenzó á figurar como atleta en los juegos ístmicos, y cita en su apoyo la autoridad de Dinarco. Menciona luego sus ensayos pictóricos, y más adelante dice: καὶ ποιήματα γράψαι πρῶτον μὲν διθυράμβους, ἔπειτα καὶ μέλη καὶ τραγῳδίας. Por el contrario, Eliano, *Hist. var.*, 2, 30, refiere que Platon comenzó por cultivar la epopeya, pero que quemó sus poemas cuando los hubo comparado con los de Homero. Después hubo de dedicarse á la tragedia, y tenía ya concluída una tetralogía destinada al teatro, cuando oyó á Sócrates; este suceso le movió á retirarse del concurso. De los epigramas que hoy se conservan con el nombre de Platon, ninguno es auténtico, cosa que ya sospecharon también los antiguos.

[2]) Apuleyo, *Dogm. Plat.*, c. 2: *Nam Speusippus domesticis instructus documentis pueri eius acre in percipiendo ingenium et admirandæ verecundiæ indolem laudavit et pubescentis primitias labore atque amore studendi imbutus refert et in viro harum incrementa virtutum et ceterarum convenisse testatur.*

[3]) Tal confirma el testimonio expreso de Aristóteles, *Metafísica*, 1, 6, página 986, a, 31: ἐκ νεοῦ τε γὰρ συνήθης γενόμενος πρῶτον Κρατύλῳ καὶ ταῖς Ἡρακλειτείοις δόξαις, ὡς ἁπάντων τῶν αἰσθητῶν ἀεὶ ῥεόντων καὶ ἐπιστήμης περὶ αὐτῶν οὐκ οὔσης, ταῦτα μὲν καὶ ὕστερον οὕτως ὑπέλαβεν, con lo cual concuerda el dicho de Apuleyo, *De magia*, c. 2: *Et antea quidem Heraclíti secta fuerat imbutus.* Otros, como la fuente de que tomó sus noticias Diógenes Laercio, 3, 6,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ser considerado como muestra de la gratitud que conservaba á su primer maestro, algunas declaraciones dispersas en varios de sus coloquios inducen á creer que juzgó con gran severidad á los insípidos sectarios del gran pensador de Efeso [1]). Así como la tradición ha exornado el origen de la amistad de Sócrates y Platon, con el relato de un sueño del maestro alusivo á la futura grandeza del discípulo, así también ha procurado ampliar á una larga serie de años, perfectamente incompatible con la sucesión de los acontecimientos, la amistad y comunicación directa de ambos. Tampoco en este punto merecen crédito otras noticias que las de Hermodoro, según el cual Platon solo mantuvo relaciones estrechas con Sócrates durante ocho años [2]).

El mismo cuidado con que Jenofonte evitó el hablar detenidamente de sus relaciones personales con Sócrates, se advierte también en Platon. Tal circunstancia autoriza la hipótesis de que la noticia que hallamos en el *Fedon* sobre que un ligero malestar impidió á Platon asistir á la última conferencia de Sócrates [3]), no fuera más que un simple recurso empleado por el autor para salvar la dificultad, ó de tener que presentarse á sí mismo como uno de los interlocutores, ó, lo que evidentemente habría sido más impropio, de aparecer como simple oyente y mudo espectador. Sobre las relaciones de Platon con Sócrates sólo hallamos una indicación ligera en Jenofonte. Necesariamente estas relaciones habían de ser muy cordiales, cuando la amistad que Sócrates le profesaba bastó para asegurar también su benevolencia á Glaucon, hermano de Platon [4]). Cuán dolorosamente impresionó á este último la sentencia y muerte de Sócrates, demuéstranlo con suficiente claridad los diversos pasajes de sus diálogos en que habla del asunto. En cambio debe considerarse como una invención del peor gusto la tentativa que se le atribuye, y que desde luego se tiene por frustrada, de modificar la sentencia de los jueces [5]).

---

afirman que cuando recibió lecciones de Cratilo, había conocido ya á Sócrates.

[1]) Como en el *Teeteto*.

[2]) En Diógenes Laercio, 3, 6.

[3]) Pág. 59, b. Que Platon se halló presente al proceso de Sócrates, lo prueba la *Apología*, p. 38, b: Πλάτων δὲ ὅδε, ὦ ἄνδρες Ἀθηναῖοι, καὶ Κρίτων, καὶ Κριτόβουλος, καὶ Ἀπολλόδωρος κελεύουσί με τριάκοντα μνῶν τιμήσασθαι, αὐτοὶ δ' ἐγγυᾶσθαι.

[4]) *Memorias*, 3, 6, 1.

[5]) Diógenes Laercio, 2, 41, dice de Sócrates: κρινομένου δ' αὐτοῦ φησὶν Ἰοῦστος

Pero no sólo en el ánimo de Platon, sino en las vicisitudes de su vida, influyó también grandemente la muerte de Sócrates, dado que á consecuencia de ella vióse obligado á salir de Atenas. De esta suerte dieron principio sus viajes, y con ellos las dificultades con que tropiezan siempre cuantos pretenden descubrir lo que hay de cierto en las noticias, contradictorias unas veces, arbitrarias ó inventadas con determinado objeto otras, que han llegado hasta nosotros. Cuanto mayor haya sido el influjo que la estancia de Platon fuera de Atenas ejerciera no solo en su propia vida, sino también en las tendencias filosóficas por él más tarde cultivadas, tanto más necesario nos será agrupar y exponer lo que de cuanto se ha dicho sobre este particular parece indudable y seguro. En cambio, nos será permitido pasar en silencio no sólo posteriores anécdotas, sino también apreciaciones formuladas modernamente, según las cuales carecen de todo fundamento cuantos testimonios confirman la estancia de Platon fuera de Atenas [1]). Con ser mucho lo que se ha inventado acerca de los viajes de Platon, semejante aserto excede, en lo atrevido, á las más peregrinas invenciones.

Aunque no consta en todas las biografías de Platon que poseemos, pocos hechos hay mejor atestiguados que el de que inmediatamente después de la muerte de Sócrates, Platon se trasladó á Megara [2]). En cambio, es por extremo sospechosa la noticia de que fué el temor lo que le movió á tomar esta resolución, pues es relativamente fácil suponer lo que en realidad le determinara á emigrar; ¿qué más natural, después de haber sido violentamente disuelta la escuela á que él pertenecía, que el deseo de afi-

---

ὁ Τιβεριεὺς ἐν τῷ Στέμματι Πλάτωνα ἀναβῆναι ἐπὶ τὸ βῆμα καὶ εἰπεῖν· „νεώτατος ὤν, ὦ ἄνδρες Ἀθηναῖοι, τῶν ἐπὶ τὸ βῆμα ἀναβάντων·" τοὺς δὲ δικαστὰς ἐκβοῆσαι, κατάβα, κατάβα. Con esto concuerda el biógrafo anónimo.

[1]) Han defendido esta opinión, Stein, *Sieben Bücher zur Geschichte des Platonismus*, Göttingen, 1862, lib. 2, p. 158 y ss., y Schaarschmidt, *Die Sammlung der Platonischen Schriften zur Scheidung der echten von den unechten versucht*, Bonn, 1866, página 61-81.

[2]) Hermodoro en Diógenes Laercio, 2, 106 y 3, 6. Zeller ha demostrado que la observación que hallamos en el primer pasaje acerca de que los socráticos que fueron á Megara temieran los ὠμότητα τῶν τυράννων, no perjudica en manera alguna el valor del testimonio. No faltan razones para creer que estas palabras fueron agregadas posteriormente. Debe añadirse aquí que no se sabe nada de que los partidarios de Sócrates, y sobre todo Antístenes, sufrieran molestia alguna. La frase por sí sola ofrece ya no pocas dificultades.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

liarse á otra análoga que, dirigida por Euclides, existía en Megara?

Las noticias que sobre Euclides han llegado hasta nosotros son por extremo escasas. Pero más aun que la anécdota poco creíble de que para ver á Sócrates, y habiendo de quebrantar con ello la ley que prohibía la entrada en Atenas á los habitantes de Megara, tuvo que penetrar disfrazado y durante la noche, demuestra cuan estrechas debieron ser sus relaciones con el filósofo, la circunstancia de que un buen número de socráticos acudió luego á su lado; mas no debe inferirse de aquí que los que hasta entonces habían figurado en la escuela de Sócrates se redujesen con esto á la simple condición de discípulos de Euclides. Por lo que toca á Platon, no se compadecen con semejante hipótesis, ni la edad que en aquel tiempo contaba—como el mismo Hermodoro asegura, había cumplido ya los veintiocho años—ni la autoridad y el prestigio que indudablemente tenía conquistados con la publicación de algunas de sus obras que había compuesto, ó antes de la muerte de Sócrates ó inmediatamente después de ella. Así, pues, sus relaciones con Euclides, debieron ser de índole análoga á las que posteriormente le unieron á Espeusipo y Aristóteles. Tratábase pura y simplemente del ingreso en una especie de corporación—y como tales deben ser consideradas las antiguas escuelas filosóficas—que con el fin de «filosofar en común», como dicen Teofrasto y Epicuro [1]), formaban cierto número de pensadores, animados todos del deseo de coadyuvar con igual esfuerzo, así al mutuo auxilio, como á la difusión de las ideas que ellos tenían por verdaderas.

No sólo carecemos de noticias acerca del tiempo que Platon permaneció en Megara, sino que desconocemos también las razones que le movieron á separarse de Euclides. En cambio, es perfectamente indudable que desde allí pasó á Cirene, hecho que explican las relaciones que de antiguo tenía en esta población. Poco tiempo antes de la muerte de Sócrates, Teodoro, que como matemático y maestro gozaba de gran fama en Cirene, su patria, estuvo en Atenas [2]), donde indudablemente le había conocido Platon.

[1]) Véase más adelante la pág. 142, nota 1.

[2]) Platon, *Teeteto*, p. 143, d y ss., el comienzo del *Sofista*, y Jenofonte, *Memorias*, 4, 2, 10.

La mayoría de las noticias que hoy tenemos convienen en que de Cirene, cuna de la civilización griega, pasó á Egipto. Pero según otros testimonios, más fidedignos si fuese aplicable en todo caso la conocida regla de crítica según la cual lo que á primera vista parece más inverosímil debería tenerse por lo más cierto, el viaje á Egipto fué posterior al de Italia [1]). Es de todas suertes mucho más importante que esta cuestión, en la cual sería muy difícil lograr ver completamente claro, la de si Platon estuvo ó no en Egipto. Para resolver este último punto, apenas basta alegar los pasajes de las obras de Platon alusivos á las cosas de Egipto, porque no son en manera alguna de índole tal, que necesariamente hayan de creerse resultado de la propia observación [2]). Por otra parte, aunque no haya motivo alguno para dudar de la exactitud de una tradición tan generalizada entre los antiguos, no hay tampoco que dar crédito á la especie á menudo sostenida en épocas posteriores, de que la filosofía egipcia ejerció gran influencia en Platon. Por viva que fuera la impresión que le produjese el país del Nilo, con su cultura tan esencialmente distinta de la griega, sus observaciones debieron de coincidir en definitiva tanto más con las de Demócrito [3]), cuanto que verosímilmente fué muy breve el tiempo que permaneció en Egipto.

Es de todas suertes indudable, que más huellas que su estancia en Egipto dejó en Platon el tiempo que pasó en la Italia meridional y en Sicilia. En realidad, estos viajes no sólo le facilitaron el trato personal con los partidarios que en la Magna Grecia tenían las doctrinas pitagóricas, sino que le ofrecieron ocasión de conocer más á fondo, cierto número de obras de la literatura greco-siciliana. Finalmente, las relaciones que entonces contrajo, así

[1]) Por lo que respecta á los diversos testimonios, los de Diógenes Laercio, 3, 6, y de Quintiliano, *Instit. orat.*, 1, 12, 15, son contrarios á los de Ciceron, *De rep.*, 1, 10, *De finibus*, 5, 29, 87, de Valerio Máximo, 8, 7, *ext.* 3 y de San Agustín, *De civ. Dei*, 8, 4. La opinión emitida por Diógenes Laercio y Quintiliano sería de mayor peso, si se demostrase que los datos de Diógenes proceden de Hermodoro. En cambio son á todas luces inexactas las noticias según las cuales Platon no fué á Cirene sino después de haber visitado á Italia y á Sicilia.

[2]) Las noticias que sobre este punto encontramos en el *Fedro*, p. 274, c., serían muy importantes, en cuanto pudieran servir para resolver la cuestión relativa á la época en que Platon compuso estas obras. Deben citarse además *Politic.*, p. 264, c, el *Timeo*, p. 21, e, *Político*, 4, p. 435, e, y diversos pasajes de las *Leyes*.

[3]) Véase la pág. 42 del presente tomo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con el tirano de Siracusa, Dionisio el Antiguo, como con su cuñado Dion, no sólo fueron para él causa de extrañas vicisitudes, sino que ejercieron también gran influencia en la vida de algunos de los que más tarde fueron discípulos suyos.

El carácter fabuloso que sobre todo ostenta la tradición relativa á los pitagóricos, es en parte causa de que choquen también por sus inexactitudes, las noticias sobre las relaciones que Platon sostuvo con algunos de ellos; pues ó no concuerdan entre sí los pormenores, ó nombran á personas que, como sucede por ejemplo, con Filolao, no podían vivir en la época á que se alude, ó se citan nombres de otras cuya existencia es muy discutible. Por lo que hace á los individuos á quienes Platon pudo muy bien tratar personalmente, como Arquitas por ejemplo, ó no tenemos noticias perfectamente indudables, ó consta que fué completamente imposible [1]; por consecuencia, también en este punto debemos renunciar á descubrir datos precisos y seguros, sobre todo respecto de lo que tantas veces hallamos relatado acerca de la adquisición por Platon, y mediante un precio fabuloso, de una obra de Filolao. Mas sea ó no exacto el dicho de que la idea principal del *Timeo* está tomada de aquella obra [2], es innegable que Platon no sólo estudió á fondo las doctrinas de los pitagóricos, sino que éstas ejercieron evidente influjo en sus propias opiniones.

Las investigaciones modernas han demostrado, que también ejercieron en él palmaria influencia algunas obras de la literatura greco-siciliana. El hecho de revelarse esta en ciertos giros del lenguaje, es una prueba de que el interés que aquellas producciones le inspiraron no fué ciertamente efímero y pasajero; y viene á confirmar lo que se ha dicho sobre la predilección que Platon dispensó á los *Mimos* del siracusano Sofron, colocados por Aristóteles al nivel de los discursos socráticos.

La ída de Platon á la corte de Dionisio el Antiguo nada tie-

[1]) Véanse además Ciceron, *De rep.*, 1, 10, *De finibus*, 5, 29, Valerio Máximo, 8, 7, Apuleyo y otros escritores posteriores.

[2]) El testimonio más antiguo acerca de este punto, y al mismo tiempo el más seguro, es el de Timon el Silógrafo, en Gelio, 3, 17: *in eo libro (qui σίλλος inscribitur) Platonem philosophum contumeliose appellat, quod impenso pretio librum Pythagoricæ disciplinæ emisset exque eo Timæum nobilem illum dialogum concinasset. versus super ea re Timonis hi sunt:*

πολλῶν δ' ἀργυρίων ὀλίγην ἠλλάξατο βίβλον·
ἔνθεν ἀπαρχόμενος τιμαιογραφεῖν ἐδιδάχθης.

ne de extraña, aun cuando no fuera motivada, como la de Esquines [1]), por la fama de escritor que había conquistado. Parece que ni los mismos antiguos conocieron la causa determinante de este viaje, pues que unos señalan como tal la amistad que unía á Platon con Dion, mientras otros aseguran que cuando fué á Sicilia conocía ya á Dionisio [2]). Sin embargo, todas las noticias convienen en que las buenas relaciones que unían á Platon con Dionisio, se trocaron bien pronto en perjudicialísimas para el filósofo; pues, aunque difieren en los pormenores, no se encuentra testimonio alguno antiguo, que ponga en duda el hecho de que Platon fué vendido como esclavo por Dionisio [3]).

Casi tan difícil como explicar este hecho, es poner en claro la conexión que, segun parece, tuvo con él, la forma y manera en que Platon llegó á adquirir los terrenos donde erigió su escuela. Cuéntase que se los cedió un cierto Aniceris, de Cirene [4]), el cual los había adquirido por la misma suma que antes pagara por el rescate de Platon, después que le hubo indemnizado Dion.

No puede determinarse con exactitud la época en que, tras vicisitudes tan extrañas, regresó Platon á Atenas. Sábese, sin embargo, que volvió cuando entraba ya en la edad madura [5]). La fundación de la Academia, que siguió inmediatamente á su re-

[1]) Véase la pág. 25 del presente tomo.

[2]) Según Cornelio Nepote, 10, 2, Dion fué el que indujo á Dionisio á llamar á su lado á Platon.

[3]) Diodoro, 15, 7, cuenta que Dionisio hizo vender á Platon en el mercado de Siracusa. Tzetzes, *Chiliad.*, 10, 995, refiere la pueril historieta de que el pitagórico Arquitas lo compró para enseñarle sus doctrinas. Según otras noticias, Dionisio, después que Dion le hubo disuadido de su primer propósito de matar á Platon, entrególo al embajador espartano Pollis, el cual le mandó llevar á Egina y venderle. Tampoco faltan testimonios sobre el precio pagado por la compra de Platon. La suma de 40 minas, pagada á cambio de su persona, estaba muy lejos de responder á la idea que Séneca se había formado del valor de un filósofo. Véase sus cartas á Lucilio, 47, 12.

[4]) No debe confundirse á éste, con el filósofo de igual nombre, perteneciente á la secta cirenaica, quien según Suidas, floreció á lo sumo en la época de Alejandro.

[5]) Aunque no está confirmada por ninguna otra, la noticia de que Platon contaba ya cuarenta años cuando conoció á Dionisio no deja de tener valor, porque existen testimonios según los cuales el primer viaje á Siracusa fué posterior á la fundación de la Academia. Por lo que toca á la cuestión de si Platon habitó temporalmente en Atenas, en la época que medió entre la muerte de Sócrates y su primer regreso de Sicilia, es muy difícil resolverla de plano, aun cuando parece verosímil la afirmativa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

greso, y el comienzo del magisterio de Platon, son acontecimientos de tanta importancia, que reclaman detenido examen.

Cuanto dejamos dicho acerca de Euclides y de la escuela por él abierta en Megara, es perfectamente aplicable á Platon. Por lo que se llama escuela platoniana ó se designa con el título de Academia, no debemos entender otra cosa que la asociación de cierto número de hombres animados de idénticas tendencias, con el fin de trabajar en común. Más que al carácter é instituciones de los pitagóricos—aunque en realidad no puede negársele cierta analogía—asemejábase á las sociedades formadas con los más distintos fines, de que hallamos numerosos modelos en la antigüedad griega. Ante todo debe recordarse como ejemplo de ellas, la sociedad de las Musas, instituída por Sófocles para la propagación del arte dramático [1]). Ahora bien, la circunstancia de que tanto en uno como en otro caso eran las Musas las diosas protectoras, basta á justificar plenamente un paralelo entre ambas clases de corporaciones.

El carácter religioso que imprimía á estas congregaciones aquella protección, no sólo respondía á la manera de pensar de los antiguos, sino que al mismo tiempo consolidaba su existencia. No es preciso recordar aquí el ejemplo del Museo de Alejandría, organizado sobre análogas bases, y cuyo carácter y tendencias se diferenciaban sólo por su grandiosidad, de los de las escuelas filosóficas nacidas en Atenas. Entre estas últimas, la fundada por Platon alcanzó una no interrumpida existencia de casi mil años.

El título de Academia con que se la conoce, tomábalo del de una posesión situada en las inmediaciones de Atenas—á seis estadios de Dipilontore, por donde cruzaba el camino que conducía á Eleusis—poblada de césped y de árboles, y cuyo nombre derívase generalmente de un cierto Academo, á quien se supone su antiguo propietario [2]). La costumbre, más tarde muy generalizada, de designar también con el nombre de este paraje la propia morada de Platon, y, según todas las apariencias, todos los lugares en que prodigó sus enseñanzas, hace muy difícil distinguir con exactitud el sitio de que en cada caso se habla [1]). Que de todas suertes debe establecerse la conveniente diferencia entre lo que pertenecía á cada escuela y los lugares de público aprovechamiento, no puede ponerse en duda á juzgar por las noticias que sobre el particular hallamos en los testamentos de varios filósofos, sobre todo de Teofrasto y Epicuro, que nos trasmite Diógenes Laercio. Por lo que á la Academia toca, carecemos en absoluto de noticias que ilustren este punto. Pero es indudable que no sólo su organización, sino todos sus mecanismos, fueron completamente iguales á los de las escuelas filosóficas fundadas más tarde, y á las cuales había servido de modelo [2]). No deja de tener también importancia la noticia de que todavía á principios del siglo VI de nuestra Era, estaba muy generalizada la creencia de que los bienes que constituían el patrimonio de la Academia neoplatónica, procedían de Platon [3]).

Por lo que hace al verdadero fin y aspiraciones de la sociedad fundada por este filósofo, no es preciso demostrar que no pudie-

---

[1]) Véase la pág. 169 del tomo II.

[2]) Además de lo que Diógenes Laercio, 4, 3, dice sobre el sobrino y sucesor de Platon, Espeusipo: Χαρίτων τ' ἀγάλματ' ἀνέθηκεν ἐν τῷ Μουσείῳ τῷ ὑπὸ Πλάτωνος ἐν Ἀκαδημίᾳ ἱδρυθέντι, debe verse muy especialmente á Olimpiodoro, *Vita Platonis*, c. 5: ἀφικόμενος δ' εἰς τὰς Ἀθήνας διδασκαλεῖον ἐν τῇ Ἀκαδημίᾳ συνεστήσατο, μέρος τι τούτου τοῦ γυμνασίου τέμενος ἀφορίσας ταῖς Μούσαις, y al biógrafo anónimo: πρὸ δὲ τοῦ διδασκαλείου τέμενος καθιέρωσε ταῖς Μούσαις ὁ Πλάτων. Según Diógenes Laercio, 3, 20, Mitridates, príncipe persa, mandó colocar en este Museo una estatua de Platon, obra de Silanión. Que la escuela de Aristóteles poseía igualmente un Museo de este género, lo atestigua expresamente la mención del mismo en el *Testamento* de Teofrasto. Además, de la ley citada por Esquines en su discurso *Contra Timarco*, § 3, debe inferirse que hasta en las mismas escuelas elementales había lugares que llevaban aquel nombre.

[1]) No es preciso examinar aquí más detenidamente las distintas opiniones que en la antigüedad se propalaron para explicar esta denominación. Es imposible desconocer la malicia que envuelve el nombre Ἑκάδημος, empleado por Timon: Diógenes Laercio, 3, 7, al paso que por lo menos debe ponerse en duda la forma Ἐχέδημος, que Plutarco, *Vita Thes.*, c. 32, cita tomándola de Dicearco. Por lo demás, el nombre Academo se encuentra en Teognis, verso 987. La más antigua mención de aquel lugar se halla en Aristófanes, *Nubes*, verso 1.005.

[2]) Además de la monografía de C. G. Zumpt, *Ueber den Bestand der philosophischen Schulen in Athen und die Succession der Scholarchen*, en las ABHANDLUNGEN DER BERL. AKAD. DER WISSENSCHSCHAFTEN, año 1843, deben verse, Bruns, *Die Testamente der griechischen Philosophen*, en la ZEITSCHRIFT DER SAVIGNYSTIFTUNG, vol. I, 33, y el trabajo de Wilamowitz Möllendorf, en el cuaderno IV de las *Philologischen Untersuchungen*, Berlin, 1881.

[3]) Véase Damascio, en Focio, *Cod.*, CCXLII, p. 346 de Bekk: ἡ τῶν διαδόχων οὐσία οὐχ ὡς πολλοὶ νομίζουσι Πλάτωνος ἦν τὸ ἀνέκαθεν· πένης γὰρ ἦν ὁ Πλάτων καὶ μόνον τὸν ἐν Ἀκαδημίᾳ ἐκέκτητο κῆπον, οὗ ἡ πρόσοδος νομισμάτων τριῶν, ἡ δὲ τῆς οὐσίας ὅλης χιλίων ἢ καὶ ἔτι πλειόνων ὑπῆρχεν ἐπὶ Πρόκλου, πολλῶν τῶν ἀποθνησκόντων κτήματα τῇ σχολῇ καταλιμπανόντων.

ron ser otros que aquellos á que más tarde aspiraron Teofrasto y Epicuro: pues que al común aprovechamiento de lo que en propiedad poseía la escuela, unían la obligación única de vivir en comunidad también y de cultivar juntos la filosofía [1]). Ante todo debe recordarse aquí el papel que á juicio de Platon—así aparece consignado en su *República*—correspondía desempeñar á los filósofos en el Estado y en la gobernación de los pueblos. ¿Qué cosa, pues, más lógica que el deseo de formar hombres en condiciones de poder ejercer más tarde tamaño influjo en bien de la humanidad? Y, no es ciertamente escaso el número de los primeros discípulos de Platon, cuyos nombres figuran en el relato de los acontecimientos políticos de su época [2]); aunque por otra parte sería muy difícil determinar si la conducta de éstos se ajustó siempre y en todos los casos á las máximas y consejos del maestro.

Pero dejemos á un lado todo género de disquisiciones sobre este punto, para abordar otro para nosotros más interesante. Prescindiendo del ya citado objeto, que en definitiva fué sólo aspiración de los filósofos, relativamente escasos en número, que habían formado la escuela personalmente dirigida por Platon, la Academia se proponía otro más remoto: influir por medio de la enseñanza; de manera que, como demostraremos después, hay sobrado fundamento para creer que otros enseñaron en ella al mismo tiempo que Platon. Con los solos testimonios que hoy tenemos, no es posible resolver la cuestión de si entraba también en sus miras contrarrestar de esta suerte la influencia de Isócrates. Sea de ello lo que quiera, la diferencia entre Isócrates y Platon, así en punto al fin que cada uno de ellos se proponía como al método que para conseguirlo habían de seguir, debió ser muy considerable; pues mientras el primero sólo puede ser mirado como sucesor de los sofistas, Platon, en cambio, reconocía y aceptaba los principios asentados por Sócrates. Para hacer ver más claramente esta diferencia, bastará quizá con recordar que la enseñanza en la Academia era gratuíta [1]). Pero más profundo aún que este contraste, cuya importancia, como parece desprenderse de algunas manifestaciones [2]), no debe menospreciarse, debía ser el que resultaba de la manera de pensar y de las inclinaciones y tendencias de aquellos dos hombres. Por desgracia es por extremo difícil formarse idea exacta de sus mutuas relaciones [3]), pues Isócrates jamás nombra á Platon, y este último cita á aquél solo una vez. Mas es indudable que hubo un tiempo en que Platon consideró frustradas las lisonjeras esperanzas que concibiera respecto de Isócrates y que había puesto en labios de su maestro en un conocido pasaje del *Fedro* [4]). Por nobles que en el fondo fuesen las intenciones y propósitos de Isócrates, y por mucho que le interesara la grandeza y poderío de Atenas, su carácter no dejó de ser siempre frívolo y superficial. Con todas sus preocupaciones, puede muy bien considerársele como el representante más caracterizado de aquella cultura exclusivamente formal, que conduciendo á la vulgar rutina, fué á menudo preferida á aquella otra cuyos fines eran más nobles y elevados, pues que tendía al conocimiento exacto y la investigación de la verdad, y no en modo alguno á la sutileza ó al vano brillo de un saber falso y aparente. Ahora bien: que sólo éste pudo ser el fin á que aspiraban las enseñanzas de Platon, es un hecho que sólo puede ponerse en tela de juicio, comenzando por sostener que renunció á la idea fundamental que constituía la verdadera esencia de las doctrinas socráticas.

Más adelante tendremos ocasión de volver á examinar si Platon avanzó ó no demasiado por el camino que había emprendido, y si sus opiniones sobre el valor de la Retórica, no son en parte inexactas, ó si deben ser más bien consideradas como emitidas

[1]) En el *Testamento* de Teofrasto, Diógenes Laercio, 5, 53, se dice: τὸν δὲ κῆπον καὶ τὸν περίπατον καὶ τὰς οἰκίας τὰς πρὸς τῷ κήπῳ πάσας δίδωμι τῶν γεγραμμένων φίλων ἀεὶ τοῖς βουλομένοις συσχολάζειν καὶ συμφιλοσοφεῖν, y en el de Epicuro, *ibid.*, 10, 17: τὸν μὲν κῆπον καὶ τὰ προσόντα αὐτῷ παρέξουσιν Ἑρμάρχῳ Ἀγεμάρχου Μιτυληναίῳ καὶ τοῖς συμφιλοσοφοῦσιν αὐτῷ καὶ οἷς ἂν Ἕρμαρχος καταλίπῃ διαδόχοις τῆς φιλοσοφίας, ἐνδιατρίβειν κατὰ φιλοσοφίαν.

[2]) Véase Plutarco, *Adv. Colot.*, c. 33, y Ateneo, 11, p. 508.

[1]) Diógenes Laercio, 4, 2: Πλάτων ἀτελεῖς φόρων τοὺς παρ' αὐτὸν φοιτῶντας ἐποίει. Véase al biógrafo anónimo: τὸ γὰρ μὴ ἐπὶ μισθῷ διδάσκειν, ἠθικὸν ὄν, πρῶτος εὗρεν.

[2]) Entre éstas debe contarse, por ejemplo, la exclamación en que prorrumpió Isócrates al recibir el primer dinero á cambio de sus enseñanzas. Véase *Vitæ X or.*, p. 837, b.

[3]) Véase C. Spengel, *Isokrates und Platon*, München, 1856.

[4]) Pág. 279, a: δοκεῖ μοι ἀμείνων ἢ κατὰ τοὺς περὶ Λυσίαν εἶναι λόγους τὰ τῆς φύσεως, ἔτι τε ἧθει γεννικωτέρῳ κεκρᾶσθαι· ὥστε οὐδὲν ἂν γένοιτο θαυμαστόν, προϊούσης τῆς ἡλικίας εἰ περὶ αὐτούς τε τοὺς λόγους, οἷς νῦν ἐπιχειρεῖ, πλέον ἢ παίδων διενέγκοι τῶν πώποτε ἁψαμένων λόγων, ἔτι τε, εἰ αὐτῷ μὴ ἀποχρήσαι ταῦτα, ἐπὶ μείζω δέ τις αὐτὸν ἄγοι ὁρμὴ θειοτέρα, φύσει γάρ, ὦ φίλε, ἔνεστί τις φιλοσοφία τῆ τοῦ ἀνδρὸς διανοίᾳ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

simplemente desde un punto de vista polémico. Por el momento, parece oportuno bosquejar de la manera más completa posible el sistema de enseñanza seguido en la Academia.

Ha sucedido á menudo que se ha formado idea de él juzgando por relatos sacados de las pinturas de algunos diálogos de Platon. Pero así como estas no son en el fondo más que simples invenciones, así también deben considerarse como meros productos de la fantasía aquellos coloquios de Platon con sus discípulos, ya á la sombra de hermosos plátanos, ya á la orilla de murmurador arroyo que se desliza bajo floridos arbustos, ya en la cima de alguna montaña desde donde se descubren dilatados horizontes, ya, en fin, en las calles de árboles de la Academia. A pesar de su carácter indudablemente satírico, podríamos muy bien, por nuestra parte, conceder más crédito que á tales descripciones, no solo faltas de toda base segura sino hasta cierto punto absurdas, al testimonio de un poeta de la llamada comedia media, contemporáneo del filósofo [1]); pues aunque contrasta grandemente el carácter más que prosáico de las escenas de la Academia por él descritas, con la sublime idea que solemos formar de Platon, no hay fundamento alguno razonable para poner en duda, en general al menos, la exactitud de las noticias que estas encierran. Preguntar qué había de nuevo en Atenas—dice—era tanto como preguntar qué era lo que á la sazon enseñaban en los gimnasios de la Academia, Platon, Espeusipo y Menedemo; á esto se respondía que no hacían otra cosa que ejercitar á sus discípulos en formular definiciones y distingos. A la pregunta ¿qué es una calabaza?, citada como ejemplo, dan los discípulos las más peregrinas respuestas, las cuales provocan de tal modo el desagrado de un médico siciliano que por casualidad se halla presente, que sin tratar de disimularlo, dá de él muestras tan francas como procaces. Mas este incidente no logra turbar las meditaciones de los discípulos ni las del mismo Platon; antes bien este último invita á sus oyentes á proseguir su trabajo.

Esta descripción que recuerda una famosa escena de las *Nubes* de Aristófanes, en la cual se atribuye á Sócrates un sistema de enseñanza que no concuerda en modo alguno con la idea que en

[1]) El poeta en cuestión, Epicrates, es por lo demás completamente desconocido. Tampoco conocemos el título de la pieza, de la cual cita Ateneo, 2, p. 59, c, un extenso fragmento.

general de el suyo se tiene [1]), no es presumible que pudiese ser llevada á la escena si hubiera sido completamente contraria á la verdad, esto es, si no hubiese encerrado una alusión á hechos públicos y notorios. En ella se advierten con toda claridad los rasgos característicos de un método de enseñanza indudablemente socrático. Por otra parte, ¿había de ser mera casualidad que todavía se conserven hoy con el nombre de Platon dos colecciones, de las cuales una sólo contiene definiciones y la otra distingos, llamados diéresis, que nunca pudieron ser aplicables á otra cosa que á la enseñanza? Abona además la exactitud de la ya citada escena, la circunstancia de que al lado de Platon aparecen también, como representantes de la Academia, Espeusipo y Menedemo [2]): hecho que envuelve á la vez la prueba de que, como luego tendremos ocasión de ver, si bien la escuela sólo estaba dirigida por una persona, esto no excluía en manera alguna la cooperación simultánea en los trabajos de la misma, de otros filósofos.

Existen otros monumentos que, como la escena citada, no responden á la idea generalmente tenida del método de enseñanza de Platon. Contradice la creencia de que éste enseñaba sólo por el método socrático, esto es, por medio de diálogos, una serie de discursos suyos que se suponen pronunciados en presencia de numeroso auditorio. No puede ponerse en duda la exactitud de esta noticia, en cuyo abono se invoca nada menos que la autoridad de Aristóteles [3])—además de estar ya suficientemente garantizada por la existencia de apuntes de estos discursos toma-

[1]) Que estas ideas estaban ya muy generalizadas y difundidas en la antigüedad, lo demuestran las palabras de Plutarco, *An seni gerenda sit resp.*, c. 26: ὅμοιον δ' ἐστὶ τῷ φιλοσοφεῖν τὸ πολιτεύεσθαι. Σωκράτης γοῦν οὔτε βάθρα θεὶς οὔτ' εἰς θρόνον καθίσας, οὔτε ὥραν διατριβῆς ἢ περιπάτου τοῖς γνωρίμοις τεταγμένην φυλάττων, ἀλλὰ καὶ [συμ]παίζων, ὅτε τύχοι, καὶ συμπίνων, καὶ συστρατευόμενος ἐνίοις, καὶ συναγοράζων, τέλος δὲ καὶ συνδεδέμενος καὶ πίνων τὸ φάρμακον ἐφιλοσόφει, aun cuando evidentemente están basadas, en parte, en las descripciones de los diálogos de Platon. Es, en cambio, muy digna de nota, la oposición en que se presenta á Sócrates respecto de todos los filósofos posteriores.

[2]) Véase el fragmento del Ναυαγός de Efipo, citado por Ateneo, 11, p. 509, c.

[3]) Aristoxeno, *Elem. rhythm.*, p. 30 de Meib.: καθάπερ Ἀριστοτέλης ἀεὶ διηγεῖτο τοῦτο πλείστοις τῶν ἀκουσάντων παρὰ Πλάτωνος τὴν περὶ τἀγαθοῦ ἀκρόασιν παθεῖν· προσιέναι γὰρ ἕκαστον ὑπολαμβάνοντα λήψεσθαί τι τῶν νομιζομένων τούτων ἀνθρωπίνων ἀγαθῶν, οἷον πλοῦτον, ὑγίειαν, ἰσχύν, τὸ ὅλον εὐδαιμονίαν τινὰ θαυμαστήν. Ὅτε δὲ φανείησαν οἱ λόγοι περὶ μαθημάτων καὶ ἀριθμῶν καὶ γεωμετρίας καὶ τὸ πέρας, ὅτι ἀγαθόν ἐστιν ἓν παντελῶς, οἶμαι, παράδοξόν τι ἐφαίνετο αὐτοῖς.

dos por los discípulos de Platon [1])—por más que á menudo puedan parecer exagerados otros testimonios posteriores, entre los cuales encontramos el extraño dato de que estas oraciones fueron pronunciadas en el Pireo [2]). Mas sea de ello lo que quiera, parece indudable que los discursos didácticos de Platon no consiguieron jamás el éxito que alcanzaron sus escritos; y aunque este hecho quisiera atribuirse á la índole de los asuntos, sería siempre factor muy digno de tenerse en cuenta el de que jamás fué celebrado Platon como hombre que poseyera en grado eminente el don y la magia de la palabra.

Tras tan largo paréntesis, necesario, sin embargo, así para formar la idea más exacta posible del tiempo y trabajo que, al par que escribía sus obras, consagraba Platon á la enseñanza, como también para comprender ciertas disensiones que, como más adelante veremos, surgieron en su escuela, hora es de volver á lo que resta por decir sobre las vicisitudes de su vida.

El cambio de gobierno que en el año 1 de la 103.ª Olimpiada, 367 a. Chr., produjo en Siracusa la muerte de Dionisio el Antiguo, movió á Platon, instado también por Dion, á emprender su segundo viaje á Sicilia; pero desavenencias surgidas entre éste y su sobrino Dionisio el Joven, no tardaron en obligarle á regresar segunda vez á su patria. Mas aun tuvo para él peores consecuencias su tercer viaje á la isla, gracias á haber fracasado completamente su deseo de reconciliar á Dion con Dionisio. Cuéntase que esta vez Platon pudo difícilmente librarse del peligro que amenazó su persona, huyendo de nuevo á Atenas sin haber realizado sus buenos propósitos. Con estos sucesos desvanecíase su última esperanza de hallar en Siracusa terreno abonado para ensayar sus teorías políticas, al mismo tiempo que parecían confirmar la exactitud de su opinión, según la cual, los males que aquejan á la humanidad no terminarán hasta que los filósofos sean reyes ó los reyes filósofos [3]).

---

[1]) Citanlos Aristóteles, Espeusipo, Xenócrates, Heráclides Pônticos y Hestieo.

[2]) Por ejemplo, la descripción de Temistio, *Orat.*, 21, p. 245, c: ἐπεὶ καὶ Πλάτωνα τὸν σοφὸν οὐδὲν ἐκώλυεν εἶναι σοφόν, ὅτι αὐτοῦ λέγοντος ἐν τῷ Πειραιεῖ, ξυνέρρεόν τε καὶ ξυνήεσαν οὐ μόνον ἐκ τοῦ ἄστεος κατιὼν ὁ δῆμος, ἀλλὰ καὶ ἐκ τῶν ἀμπέλων καὶ ἐκ τῶν ἔργων τῶν ἀργυρείων. Καὶ οὖν ὑπηνίκα τοὺς περὶ τἀγαθοῦ διεξῄει λόγους, εἰλιγγίασέ ποτε ὁ πολὺς ὅμιλος, καὶ ἀπερρύησαν τοῦ χοροῦ, καὶ τελευτῶν ὀλὴ κατέληξεν εἰς τοὺς συνηθεῖς ὁμιλητὰς τῷ Πλάτωνι μόνους τὸ θέατρον.

[3]) *República*, 5, p. 473, d: ἐὰν μή, ἦν δ' ἐγώ, ἢ οἱ φιλόσοφοι βασιλεύσωσιν ἐν ταῖς πόλεσιν ἢ οἱ βασιλεῖς τε νῦν λεγόμενοι καὶ δυνάσται φιλοσοφήσωσι γνησίως τε καὶ ἱκανῶς, καὶ τοῦτο εἰς ταὐτὸν ξυμπέσῃ, δύναμίς τε πολιτικὴ καὶ φιλοσοφία, τῶν δὲ νῦν πορευομένων χωρὶς ἐφ' ἑκάτερον αἱ πολλαὶ φύσεις ἐξ ἀναγκῆς ἀποκλεισθῶσιν, οὐκ ἔστι κακῶν παῦλα, ὦ φίλε Γλαύκων, ταῖς πόλεσιν. Es sabido que Aristóteles modificó el pensamiento de Platon, diciendo que el estudio de la filosofia no era necesario á los gobernantes, á quienes bastaba con escuchar los consejos de los filósofos.

Su tercer regreso de Sicilia, debió realizarse cuando Platon contaba ya unos setenta años. En los últimos de su vida hubo de soportar nuevos sinsabores y amarguras, producidas en parte, según parece, por disensiones surgidas en el seno de la escuela que dirigía; aun cuando las noticias que sobre el particular han llegado hasta nosotros son tan confusas, que no aclaran suficientemente lo acaecido, de ellas parece inferirse, que en ausencia de Platon patentizáronse en la Academia ciertas divergencias, perfectamente explicables dada la diversidad de caracteres de los que en ella militaban [1]). Pero también tenía alguna culpa de ello Platon: el empeño con que sin cesar insistía en sus teorías y opiniones personales, no quedó sin protesta; y que ésta partió de sus discípulos más notables, habría que creerlo en vista de la actitud que Aristóteles adoptó respecto de la ideología de su maestro, si ya no estuviese expresamente atestiguado. Sin embargo, hay motivos para poner en duda que su conducta fuese la que parece inferirse de algunas noticias. Si relacionamos lo que dejamos dicho, con otros antecedentes y pormenores que se conservan, habrá que considerar como hecho indudable, el de que Aristóteles se dedicaba ya al magisterio cuando aun vivía Platon, y aun el de que el teatro de su actividad debía ser la Academia [2]). De su método de enseñanza así como de la forma que dió á su protesta contra ciertas opiniones del jefe y director de la escuela, dan indudablemente idea más clara y exacta sus propias declaraciones en un conocido pasaje del prefacio de la *Ética* [3]), que las noticias trasmitidas por escritores de época posterior; pues si bien, como en la mayoría de los casos análogos, estas noticias están evidentemente basadas en los hechos, revélase muy á las claras en ellas, en lugar de un criterio his-

---

[1]) A esto se refieren las noticias de Aristides, *Or.*, t. 2, p. 324, y de Aristocles el peripatético, en Eusebio, *Præpar. evang.*, 15, 2.

[2]) Más adelante trataremos este punto con más detención.

[3]) Es indudable que sólo podía referirse á Platon la expresión φίλοι ἄνδρες de la *Etica Nicomaquea*, 1, 4, p. 1096, a, 13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

tórico imparcial, el deseo de favorecer determinadas opiniones.

La impresión que producen sus últimas obras, no permite poner en tela de juicio el hecho de que, con los años, Platon fué perdiendo en parte su fantasía creadora. Sin embargo, es por extremo admirable la rara frescura de imaginación que conservó hasta los últimos momentos de su vida. No debe entenderse al pie de la letra la noticia de que se hallaba escribiendo cuando le sorprendió la muerte [1]); pero parece indudable que sólo el término de su existencia—murió el año 1 de la 108.ª Olimpiada, 346 a. Chr., á la edad de más de ochenta años [2])—puso fin á sus tareas científicas.

Como á todos los demás hombres notables de la antigüedad, no se han escatimado á Platon suspicacias de todo género y odiosas insinuaciones, suscitadas en parte por sus mismos contemporáneos. Muchas de ellas, sin embargo, á cuya propalación parece haber contribuído principalmente el historiógrafo Teopompo, llevan implícita la refutación oportuna. Así, por ejemplo, si Platon, como á menudo se le ha echado en cara, hubiera sido realmente un cortesano adulador y servil, es indudable que su suerte habría sido muy otra de la que en realidad le cupo. Por lo que hace á las censuras que podrían manchar su moralidad y su honra, son todas ellas simples suspicacias, como las que tan á menudo y tan inconsideradamente forjábanse en la antigüedad. Si, como hemos visto, Aristóteles no tuvo escrúpulos en valerse de tales medios para atacar á Platon, conducta fué, que le hace tanto menos honor, cuanto que tamaños ataques podían muy bien amenazar seriamente la honra de su maestro. Pero aunque sin duda debe contarse á Platon entre los mejores y más nobles hijos de Grecia, también tuvo sus debilidades y defectos. Entre las muchas censuras que le dirige Hegesandro de Delfos, escritor oscuro del siglo III de nuestra Era, en su «Catálogo de defectos» [3]), no deja de ser fundada la en que habla de la falta de benevolencia y el desamor que caracterizaron sus relaciones con los demás socráticos [4]). Con ser grandemente aventurado, en

[1]) Ciceron, *Cato major*, c. 5, 13: *Est etiam quiete et pure atque eleganter actæ ætatis placida ac lenis senectus, qualem accepimus Platonis, qui uno et octogesimo ætatis anno scribens est mortuus*. Según Hermipo, en Diógenes Laercio, 3, 2, Platon fué sorprendido por la muerte, hallándose en un banquete de bodas.

[2]) Diógenes Laercio, 3, 34. 6, 25.

[3]) En Ateneo, 11, p. 507, a y ss.

[4]) *Loc. cit.* se dice: Ἡγήσανδρος δ' ὁ Δελφὸς ἐν τοῖς Ὑπομνήμασιν, περὶ τῆς πρὸς

vista de la gran insuficiencia de la tradición, querer formar juicio sobre este punto, difícilmente podrá nadie sustraerse á la idea de que aquella superioridad que ha poco mostrábamos como uno de los principales rasgos del carácter de Platon, prestábale á veces cierta acritud ó aspereza. No hay, sin embargo, para qué insistir nuevamente en que esta cualidad que le caracterizaba, no sólo la explican si no que hasta la disculpan, así su noble cuna como la extraordinaria elevación de sus miras y el potente vuelo de su fantasía. Si le aplicamos la medida que más parece convenir á un carácter como el suyo, no sólo hallaremos que era Platon muy superior á ella, si no que sobre todo nos maravillará la armonía existente entre su manera de ser y lo que constituyó la esencia de sus doctrinas.

πάντας τοῦ Πλάτωνος κακοηθείας λέγων; y más adelante: καὶ τὸ καθόλου πᾶσι τοῖς Σωκράτους μαθηταῖς ἐπεφύκει μητρυίας ἔχων διάθεσιν. Cuéntase evidentemente entre las noticias más peregrinas y extrañas de Hegesandro, la siguiente: μετὰ τὴν Σωκράτους τελευτὴν ἐπὶ πλεῖον τῶν συνήθων ἀθυμούντων, ἔν τινι συνουσίᾳ Πλάτων συμπαρών, λαβὼν τὸ ποτήριον, παρεκάλει μὴ ἀθυμεῖν αὐτούς, ὡς ἱκανὸς αὐτὸς εἴη ἡγεῖσθαι τῆς σχολῆς, καὶ προέπιεν Ἀπολλοδώρῳ. Καὶ ὃς εἶπεν· ἥδιον ἂν παρὰ Σωκράτους τὴν τοῦ φαρμάκου κύλικα εἰλήφειν, ἢ παρὰ σοῦ τὴν τοῦ οἴνου πρόποσιν.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XLIV

Los Diálogos de Platon.

Por lo mismo que, ya por falta de datos, ya por la inseguridad de los que nos han sido trasmitidos, es muy incompleto el conocimiento que tenemos de la vida de Platon, y en especial de la acción é influencia que por su magisterio ejerció entre sus contemporáneos, debemos con mayor motivo felicitarnos de que se hayan conservado hasta hoy sus escritos, y de que en la colección de sus obras, no falte, al parecer, ni una siquiera de las que fueron en la antigüedad consideradas como suyas. Pero esta rara compensación, dista mucho de ser suficiente para resolver todas las cuestiones á que hasta ahora no se ha encontrado solución satisfactoria. Ante todo, si es verdad que poseemos todas las obras de Platon, está muy lejos de ser cierto que la colección que corre con su nombre, no contenga más producciones que las que realmente son de este filósofo. Pero es infinitamente más interesante determinar la época en que apareció cada una de las que son propiedad indiscutible de Platon, puesto que, como pudiera demostrarse y salvas muy pocas excepciones, la sospecha de ilegitimidad sólo recae sobre obras de escasa importancia. El verdadero nudo de la que suele designarse con el nombre de «cuestión platoniana» estriba evidentemente en la solución que á aquel problema se haya de dar. Sólo llegando á determinar con seguridad la época de la sucesiva aparición de cada uno de los diálogos, podrían señalarse las relaciones que existen entre éstos y los hechos conocidos de la vida de Platon, y comprenderse con claridad las modificaciones producidas por el transcurso del tiempo, y en parte también por la acción de externas influencias, en las opiniones de este filósofo; lo cual pudiera con razon llamarse su proceso psicológico.

Parécenos conveniente al fin que nos proponemos, tratar en

primer lugar lo que al origen y carácter de la colección hasta hoy conservada se refiere. Poco es lo que sabemos acerca de la formada por el célebre gramático alejandrino Aristófanes de Bizancio, unos cincuenta años después de la muerte del filósofo; hasta el punto de que ni aun el número de las obras que en ella se incluían, puede con seguridad determinarse. A los cinco grupos, llamados trilogias por constar cada uno de ellos de tres obras, seguían otras no incluídas en grupo alguno [1]). Así, es imposible decidir si á las producciones ya incluídas en la colección por Aristófanes de Bizancio, se agregaron ó no otras en los doscientos años que mediaron entre la época en que floreció éste y la en que vivió el astrólogo y gramático Trasilo, muerto en los últimos años del emperador Tiberio, á quien se debe la colección hoy existente, según demuestra el orden seguido en los manuscritos [2]). Trasilo las distribuyó no en cinco trilogias, sino en nueve tetralogias.

La afirmación terminante de que semejante manera de unir y relacionar unas obras con otras se apoya en el proceder del mismo Platon [3]), es tanto más sorprendente, cuanto que á diálogos como el *Teeteto*, el *Sofista* y el *Político*, cuyas conexiones indicó ya su mismo autor, vemos que sin razon alguna ostensible Trasilo agrega el *Cratilo*. Despierta desde luego en nosotros justificada desconfianza de su crítica, no sólo la importancia que atribuye á la misteriosa significación del número total de las obras de Platon y al de los libros de que las dos más extensas, la *República* y las *Leyes*, constan [4]), sino también y más especialmente, las dudas que él mismo manifiesta tener [5]) sobre la autenticidad de los *Anterastas*, que admite en su Catálogo. Esta circunstancia basta por sí sola para echar por tierra la idea de que Trasilo únicamente había dado cabida en su colección, á obras de autenticidad indu-

[1]) Diógenes Laercio, 3, 61, enumera las cinco trilogias, añadiendo: τὰ δ' ἄλλα καθ' ἓν καὶ ἀτάκτως.

[2]) Véase respecto de éste, á C. F. Hermann, *De Thrasyllo grammatico et mathematico*, Göttingen, 1852. De él hemos hablado ya anteriormente, como coleccionador de las obras de Demócrito.

[3]) Diógenes Laercio, 3, 56: Θράσυλλος δέ φησι καὶ κατὰ τὴν τραγικὴν τετραλογίαν ἐκδοῦναι αὐτὸν τοὺς διαλόγους, οἷον ἐκεῖνοι τέτρασι δράμασιν ἠγωνίζοντο, ὧν τὸ τέταρτον ἦν σατυρικόν.

[4]) Diógenes Laercio, *loc. cit.*

[5]) Diógenes Laercio, 9, 37: εἴπερ οἱ Ἀντερασταὶ Πλάτωνός εἰσι, φησὶ Θράσυλλος.

dable ó suficientemente garantizada, como alguno ha pretendido [1]), por los Catálogos que en Alejandría se hicieron, y aun más por la tradición conservada en la escuela Platoniana respecto de las obras del maestro.

Prescindiendo de todas las demás razones que demuestran cuán poco pueden influir en nuestra manera de pensar estas consideraciones generales, es el hecho que ya los antiguos mismos sospecharon de la autenticidad de algunas de las obras contenidas en la colección de Trasilo, por razones tan evidentes como incontrovertibles. En este caso se halla el titulado *Segundo Alcibiades*, cuyo fondo está en contradicción manifiesta con las ideas profesadas por Platon. Y si esta circunstancia es suficiente para quitar toda verosimilitud á la opinión de que este diálogo es de Jenofonte [2]), lo es aun más para negar á Platon la paternidad de esta obra. De igual modo la opinión de Eliano sobre la ilegitimidad del *Hiparco* [3]) está confirmada por los defectos de este coloquio. Y por lo que al *Epinomis* se refiere, el juicio definitivo respecto á su origen depende necesariamente de que se confirme ó no la opinión [4]) de que las *Leyes*, á las cuales, sirve de complemento, según su título indica, no fueron publicadas por el mismo Platon, sino por uno de sus discípulos, Filipo de Opuncia. Si esto fuere verdad, resultaría verosímil la hipótesis de que el *Epinomis* no era obra de otro que del que dió á luz las *Leyes*.

[1]) El principal representante de esta tendencia es el conocido escritor de la historia de Grecia, G. Grote, en su obra *Plato and the other companions of Socrates*, London, 1875. Véase especialmente el tomo I, página 132 y ss. Cuán poco valor debía concederse en la escuela á la tradición, demuéstralo claramente una noticia sobre Arcesilao que encontramos en Diógenes Laercio, 4, 32: ἐῴκει δὲ θαυμάζειν τὸν Πλάτωνα καὶ τὰ βιβλία ἐκέκτητο αὐτοῦ, lo cual apenas habría necesitado si la escuela hubiera estado ya en posesión de estos escritos.

[2]) Ateneo, 11, p. 506, c: ὁ γὰρ δεύτερος (Ἀλκιβιάδης) ὑπό τινων Ξενοφῶντος εἶναι λέγεται, ὡς καὶ ἡ Ἀλκυὼν Λέοντος τοῦ Ἀκαδημαϊκοῦ, ὡς φησιν Νικίας ὁ Νικαεύς.

[3]) *Historias varias*, 8, 2.

[4]) Diógenes Laercio, 3, 37: ἔνιοί τέ φασιν ὅτι Φίλιππος ὁ Ὀπούντιος τοὺς Νόμους αὐτοῦ μετέγραψεν ὄντας ἐν κηρῷ· τούτου δὲ καὶ τὴν Ἐπινομίδα φησὶν εἶναι. Véase Suidas en Φιλόσοφος. Como es natural, no es de gran valor la circunstancia de que los escritores posteriores, Ciceron, por ejemplo, *De oratore*, 3, 6, 21, citen como obra auténtica de Platon el *Epinomis*. En este punto constituía una excepción el neoplatónico Proclo, según la edición de las obras de Platon, hecha por Hermann, tomo 6, p. 218.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No se halla en igual caso que estas hipótesis, apoyadas todas en razones convincentes, el aserto de que el estoico Panecio puso en duda la autenticidad del *Fedon*. Pues si en esto no hay, como parece probable, una mala inteligencia ocasionada por la semejanza de nombre y por el abandono de los escritores posteriores [1]), sería tan inexplicable la duda de Panecio como la del neoplatónico Proclo, si es que realmente intentó negar que la *República* fuese obra de Platon [2]).

Estos ejemplos bastan para hacer ver cuán insegura era ya entre los antiguos la tradición en punto á la autenticidad de las obras que llevan el nombre de Platon; pero sería indudablemente mayor si no fuera porque rara vez aparecen citadas, por ser de suyo insignificantes, aquellas de cuya autenticidad más motivos hay para dudar. Para tener como obras de Platon las que evidentemente no son sino imitaciones, como el *Teages*, el *Minos* y el *Clitofon*, necesítanse argumentos de más peso que una tradición por muchos conceptos insegura; y esto, cuando no nos hallamos más bien que con una obra del filósofo con una simple impugnación de sus ideas, que no otra cosa es el último de los diálogos nombrados.

Por lo que á las *Cartas* se refiere, la cuestión es enteramente distinta. Aun cuando, según parece, los antiguos no abrigaron la más ligera duda respecto de su autenticidad, sino que antes al contrario, no titubearon en utilizarlas para comprobar determinadas opiniones de Platon ó vicisitudes de su vida, existen argumentos que no nos permiten pensar que haya sido su autor aquel filósofo. Aunque sea exacto que varias de estas cartas tienen mucho más mérito del que generalmente suelen tener producciones de esta índole, y aunque parece que con la fecha que á algunas debe indudablemente atribuirse, concuerda el conocimiento más exacto que en ellas se revela de la situación ó circunstancias de la época, todas sin excepción, son falsas; y hay

[1]) Según todas las apariencias, los escritores posteriores han aplicado por error al diálogo de Platon intitulado *Fedon*, lo que Panecio había dicho acerca de la dudosa autenticidad de los diálogos atribuidos al socrático de este nombre. Véase sobre el particular á E. Zeller, *Beiträge zur Kenntnis des Stoikers Panätios*, en COMM. IN HON. MOMMSENI, p. 407 y 408. Si Panecio hubiera dicho tal cosa, sin duda habría aludido á ello Ciceron, por ejemplo.

[2]) Véanse las investigaciones de Freudenthal, en el HERMES, vol. 16, p. 201 y siguientes.

tanto más motivo para creerlo así, cuanto que, según parece, se hizo uso en cierta época de la forma epistolar para fines análogos á los que venía sirviendo la forma dialogada. Ahora bien: no habiendo noticia de que se intentara presentar á Platon hablando en diálogos, como se había hecho con Sócrates, es de creer que fuera este el medio de que se sirvieran para describir el carácter ó expresar ideas, que se tuviese particular interés en atribuir á Platon [1]). Y aunque en algunos casos constituyeron los hechos reales el fondo por decirlo así, histórico, de semejantes producciones, es indudable que sus autores los manejaron con la misma libertad que Platon se permitió en sus diálogos. Por esto su valor como testimonios históricos, es por extremo inseguro.

Con las obras hasta aquí enumeradas no puede en manera alguna considerarse como agotada la serie de aquellas sobre cuya autenticidad recaen fundadas sospechas. Argumentos casi tan poderosos existen contra la de diálogos como los intitulados *Hipias el Mayor*, el *Primer Alcibiades*, *Ion* y *Menexeno*, si bien en favor de este último parece abogar el testimonio, en otros casos decisivo, de Aristóteles [2]); es claro, sin embargo, que la falta de este testimonio no demuestra en manera alguna la ilegitimidad de una obra. Así, el *Protágoras*, por ejemplo, aun cuando por casualidad ó por otra razon cualquiera, no lo cita nunca Aristóteles [3]), pertenece al número relativamente escaso de diálogos, de cuya autenticidad no se ha atrevido á dudar ni aun el más severo crítico. Hay

[1]) A tales ensayos debian referirse las palabras de Demetrio, *De elocutione*, § 223: Ἀρτέμων μὲν οὖν ὁ τὰς Ἀριστοτέλους ἀναγράψας ἐπιστολάς φησιν, ὅτι δεῖ ἐν τῷ αὐτῷ τρόπῳ διάλογόν τε γράφειν καὶ ἐπιστολάς εἶναι γὰρ τὴν ἐπιστολὴν οἷον τὸ ἕτερον μέρος τοῦ διαλόγου.

[2]) El texto del libro III de la *Retórica*, cap. 14, p. 1415, b, 30: ὁ γὰρ λέγει Σωκράτης ἐν τῷ Ἐπιταφίῳ, ἀληθές, ὅτι οὐ χαλεπὸν Ἀθηναίους ἐν Ἀθηναίοις ἐπαινεῖν ἀλλ' ἐν Λακεδαιμονίοις, concuerda con lo que se dice en el *Menexeno*, p. 235, d, y 236, a. Análogos pasajes del libro I de la *Retórica*, cuyo origen aristotélico es, dicho sea de paso, más indudable que el del III, cap. 9, p. 1367, b, 8: ὥσπερ ὁ Σωκράτης ἔλεγεν, οὐ χαλεπὸν Ἀθηναίους ἐν Ἀθηναίοις ἐπαινεῖν, autorizan á inferir que se trataba de una conocida máxima de Sócrates que los antiguos conservaban en la memoria. Merece también tenerse en cuenta la preterición del nombre de Platon. Por lo demás, Böckh cree en la autenticidad del *Menexeno*. Véase su *Encyclopädie und Methodologie*, p. 118.

[3]) Bonitz, en el HERMES, vol. 3, p. 447 y ss., ha demostrado que alude repetidamente á él.

no obstante, casos en que la falta de todo testimonio constituye un argumento de la mayor importancia, sobre todo cuando á ella se agregan otras razones que hacen sospechar de la autenticidad de una obra. Si es, pues, exacto que el *Parménides*, diálogo que tampoco cita Aristóteles y en el que se observan muchos rasgos que no están de acuerdo con el procedimiento ordinario de Platon, no es en el fondo, como alguno muy ingeniosamente ha sospechado [1]), otra cosa que una refutación de los argumentos formulados por Aristóteles contra la ideologia de Platon, y dado que su lenguaje se diferencia notablemente del de las producciones de este filósofo [2]), difícilmente podremos dejar de creer que fué obra de un autor posterior.

No podemos descender aquí á exponer minuciosamente las razones que militan en pro de la falsedad de los diálogos nombrados, hoy generalmente admitida, á lo menos respecto del mayor número de éstos, pues para ello sería necesario entrar también á discutir una serie de dudas, la mayor parte basadas en hipótesis arbitrarias, que con frecuencia se han formulado acerca de otros diálogos. Lo primero debe quedar reservado para trabajos especiales de investigación, y en cuanto á lo segundo, nos parece perfectamente supérfluo el intentar combatir aquí simples opiniones personales, ó conclusiones que, en pugna con toda tradición, sólo se fundan en aprensiones y prejuicios.

En cuanto al hecho de haberse interpolado muy pronto otras obras entre las de Platon y haber corrido con el nombre de éste —ya Aristófanes de Bizancio había dado cabida en sus trilogias al *Epinomis*, al *Minos* y á las *Cartas*—no sólo lo evidencia la mención incidental que los antiguos hacen de varios diálogos [3]), si no también la existencia de algunos que desde la antigüedad vienen siendo señalados como apócrifos en nuestras ediciones [4]), por más que ni en unos ni en otros se ocupó, á lo que parece, Trasilo. Dada la escasa importancia de estas obras no debe in-

[1]) Véase Überweg, *Untersuchungen über die Echtheit und Zeitfolge Platonischer Schriften*, Wien, 1861, p. 176 y ss.

[2]) Véase Dittenberger, HERMES, vol. 16, p. 324.

[3]) Diógenes Laercio, 3, 62, los menciona.

[4]) Además del *Axioco*, de que ya hemos hablado, pueden citarse el *Demodoco*, el *Sisifo*, el *Erixias* y los diálogos *Sobre la Justicia* y *Sobre la Virtud*. Los cuatro primeros los cita Diógenes Laercio. Es oscuro y enigmático lo que Walz, *Rhet. gr.*, t. 2, 130, dice de un coloquio intitulado *Temistocles*.

teresarnos gran cosa el que sea trabajo casi inútil tratar de averiguar algo cierto sobre sus autores, ó sobre la época de su publicación[1]). Mas ya que existen, pueden servir por un lado para demostrar que siguió cultivándose el diálogo socrático, mientras que por otro la falta de relevantes cualidades que tanto en su fondo como en su forma, se advierte, hace resaltar más el gran mérito de las verdaderas producciones de Platon.

Ciertamente que si la excelencia del fondo y la belleza de la forma fueran por sí solas bastantes para poder formar juicio sobre la autenticidad de una obra, podríamos pensar que en el número de las ya designadas como apócrifas, debieran ser incluídas otras varias. Pero aunque en realidad no puede ponerse en duda que bajo este doble aspecto existe notable diferencia entre unas y otras obras de Platon, esto se explica admitiendo que el filósofo no alcanzó sino muy lentamente la altura á que logró elevarse, tanto en profundidad de ideas como en la ejecución artística, y que por esto algunos de los trabajos de su juventud, están muy lejos de ser perfectos. Ahora bien: si es difícil objetar nada contra la probabilidad de esta hipótesis, también es verdad que se tropieza con graves dificultades, cuando se trata de apoyarla en testimonios explícitos. Respecto de los diálogos de Platon, no hay huella que podamos seguir para determinar el tiempo de su aparición, fundándonos en documentos auténticos, como los que hallamos al tratar de las obras dramáticas. Prescindiendo de algunas indicaciones incidentales, cuyo valor es frecuentemente muy problemático, nos vemos reducidos á meras hipótesis cuando, como sucede con un escaso número de diálogos, la época de la publicación no se deduce con claridad del fin á que ésta iba encaminada.

No se necesita, por fortuna, recurrir á cuentos como los relativos al breve diálogo *Lysis* [2]), para demostrar que las primeras producciones de Platon fueron publicadas en vida de Sócrates. Los diálogos *Chármides*, *Laches* é *Hipias el Menor* además del que acabamos de nombrar, son sobre todo los que debemos examinar aquí. De éstos y bajo el punto de vista literario, tal vez sea el *Hi-*

[1]) Sólo respecto al *Alcion*, diálogo que se ha perdido, encontramos una hipótesis sobre quién fué su autor. Véase la nota 2 de la pág. 153 del presente tomo.

[2]) Diógenes Laercio 3, 35. Lo mismo, aunque en distinta forma, se dice en la Introducción á las obras de Platon, cap. 3. De la misma fuente debia proceder la exclamación que Ateneo, 11, p. 505, e, pone en boca de Gorgias, al leer el diálogo que lleva su nombre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pias el más imperfecto: la conversación sostenida entre Sócrates y el sofista orgulloso de su ciencia, está de tal modo desarrollada, que es difícil decidir cuál de los dos lleva ventaja al otro. Aparte de esto, la afirmación de Sócrates de que son mejores los que á sabiendas mienten ó cometen injusticias, no sólo tiene mucho de sutileza, sino que se funda en el sofisma de que la imitación de una acción es idéntica á la acción misma. Todo esto ya lo hizo notar Aristóteles, aunque aduciéndolo como argumento en favor de la autenticidad de la obra [1]).

Si la agrupación de los diálogos de Platon en trilogias tuviera alguna razon de ser, podrían cómodamente formar una los tres diálogos *Lysis*, *Laches* y *Chármides*. Constituye el asunto del primero una discusión sobre la amistad, que tiene muchos puntos de contacto con las ideas más tarde desenvueltas en el *Fedro*. La agradable exposición del tema, las digresiones contra los sofistas, dan al conjunto innegable encanto, por más que no sea muy fuerte la impresión que nos produzca. Como en el *Lysis* la idea de la amistad, discútese en el diálogo *Laches*, que tiene un carácter análogo, la idea del valor (ἀνδρεία). A este fin entáblase un diálogo entre los dos generales Nicias y Laches, con motivo de una sesión de esgrima (ὁπλομαχία) dada por un profesor, á la cual fueron invitados por el oscuro hijo de Arístides y por Melesias, hijo de Tucídides. Versa al principio la conversación acerca de si es ó no conveniente instruir á la juventud en este arte nuevo, colocado al nivel de la Retórica y la Sofística [2]). Entre las opuestas opiniones de Nicias y Laches, debe decidir Sócrates que por casualidad se halla presente; con esto remóntase la discusión á grande altura, al tratarse de determinar la verdadera esencia de la virtud en sus relaciones con el valor. Ahora bien: mientras Laches, á pesar de las indicaciones de Sócrates no acierta á elevarse sobre lo puramente externo, Nicias, por el contrario, relaciona la idea de la ἀνδρεία, en el sentido que le da Sócrates, con la de σοφία. De esta suerte conviénese en definitiva, como en el *Protágoras*, en que el valor es el conocimiento de lo que se debe ó no se debe temer [3]).

[1]) *Metafísica*, 5, 29, p. 1025, a.

[2]) En el *Lysis*, p. 204, a, se llama al maestro en la palestra, sofista. Véase también *Gorgias*, p. 456, d.

[3]) *Laches*, p. 194, e: ταύτην ἔγωγε, ὦ Λάχης, τὴν τῶν δεινῶν καὶ θαρραλέων

En el *Chármides*, tercero de los diálogos que hemos mencionado, discútese sobre la virtud que los griegos llamaron σωφροσύνη. Juntamente con Sócrates se hallan dos parientes de Platon por parte de madre, Chármides y Cricias, los cuales desempeñan el papel principal. Haciendo uso Platon de su habitual libertad en materias de cronología [1]), los representa á los dos como jóvenes y de la misma edad: con lo cual coloca la escena en un tiempo en que Cricias no podía ser todavía objeto del odio político que más tarde le persiguió. El contraste entre uno y otro no puede ser más completo: Chármides aparece retratado con los mismos rasgos con que nos lo presenta Jenofonte [2]): á su belleza y amabilidad reune una discreción y modestia extraordinarias; mientras que Cricias juntamente con sus grandes talentos muestra excesiva confianza en sí mismo. Sin ser enemigo declarado de Sócrates, como nos le pinta Platon en otros diálogos [3]), no revelan su carácter, sus tendencias todas, más que un interés, por decirlo así, de conveniencia, por la filosofía, sintiéndose poderosamente inclinado á la sofística.

Sin tratar de resolver por el momento la cuestión de si, además de los diálogos que acabamos de nombrar, hay ó no algunos otros que con bastante verosimilitud pueden ser considerados como anteriores á la muerte de Sócrates, vamos á fijarnos en aquellas obras de cuya publicación fué causa determinante, la acusación y sentencia de este filósofo. En este concepto ocupa el primer lugar la *Apología de Sócrates*, la cual ostenta todo el carácter de una obra de circunstancias. Es desde luego y bajo cierto aspecto la menos artística de las obras de Platon, é indudablemente una reproducción fiel de lo que Sócrates dijo en presencia de sus jueces. Si el fin que Platon se propuso en esta obra hubiera sido realmente, como ha sostenido un distinguido platónico [4]), ofrecer-

ἐπιστήμην καὶ ἐν πολέμῳ καὶ ἐν τοῖς ἄλλοις ἅπασιν; y *Protágoras*, p. 360, d, donde se define la ἀνδρεία diciendo que es ἡ τῶν δεινῶν καὶ μὴ δεινῶν σοφία; esto concuerda con lo dicho por Jenofonte en las *Memorias*, 4, 6, 11.

[1]) E. Zeller, *Ueber die Anachronismen in den Platonischen Gesprächen*, en las ABHANDLUNGEN DER BERL. AKAD., 1873, ha coleccionado las pruebas demostrativas.

[2]) *Memorias*, 3, 7.

[3]) En el *Protágoras*, donde sin embargo desempeña el papel de simple oyente; en el *Timeo*, y finalmente en el diálogo que lleva su nombre, y que quedó sin concluir.

[4]) Esta es una hipótesis de Steinhart.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos un retrato completo de Sócrates, aunque vestido, por decirlo así, como con un disfraz, difícilmente pudiera decirse que lo haya conseguido. De todas suertes, la impresión que la *Apología* produce es muy inferior á la que se debía esperar. Como obra de arte, adolece de defectos innegables, entre éstos, de una proligidad fatigosa; y aunque en ella se deja entrever el talento artístico de Platon, la necesidad de no separarse demasiado de lo que sus contemporáneos no podían menos de conocer, ejerció, al parecer, sobre el filósofo, presión manifiesta.

Es dudoso que pueda atribuirse al *Criton* un carácter histórico semejante al de la *Apología*. En cuanto al hecho de que hubo un momento en que fué dueño Sócrates de evadirse de la cárcel, parece aludir á él un pasaje del *Fedon* [1]; mas se afirma que Platon, llevado de su odio á Arístipo, atribuyó á Criton el papel que en realidad correspondía á Esquines [2]). No merece desde luego gran crédito este aserto de un partidario de la doctrina de Epicuro, dado que lo que era asequible para la riqueza de Criton, difícilmente lo hubiese podido conseguir la reconocida pobreza de Esquines. Por lo demás no es este hecho el que constituye el asunto principal del diálogo *Criton*, sino más bien el pensamiento de que es siempre deber ineludible de todo ciudadano prestar obediencia á las leyes del Estado. Fué en la antigüedad muy admirada é imitada la prosopopeya que forma la conclusión de la obra: en ella hablan las leyes para recordar cuán necesario es cuidar de no contravenir á los estatutos que rigen en el infierno. La alusión á la existencia de otra vida que estas palabras encierran, en nada se diferencia de alusiones análogas de Píndaro ó de Sófocles. Estas exhortaciones serían indudablemente más firmes y enérgicas, si Platon hubiera adquirido ya entonces el convencimiento profundo y arraigado que revela su *Fedon*.

Tambien el *Eutifron* debió ser escrito inmediatamente después de la muerte de Sócrates. Ni la circunstancia de que no hay testimonio más antiguo en favor de este diálogo que el de Aristófanes

[1]) Pág. 99, a. El testimonio de la *Apología*, cap. 23, que corre con el nombre de Jenofonte, no tiene, como es natural, valor alguno, porque procede de una época en la cual hacia ya mucho tiempo que la tradición relativa á Sócrates había recibido forma definitiva.

[2]) Diógenes Laercio, 2, 60: τοῦτον (esto es, Esquines) ἔφη Ἰδομενεὺς ἐν τῷ δικαστηρίῳ συμβουλεῦσαι περὶ τῆς φυγῆς Σωκράτει καὶ οὐ Κρίτωνα. Πλάτωνα δέ, ὅτι ἦν Ἀριστίππῳ μᾶλλον φίλος, Κρίτωνι περιθεῖναι τοὺς λόγους, y lo mismo en el 3, 36.

de Bizancio, puede hacerse valer en contra de su autenticidad, ni parece tampoco exacto el supuesto de que estaba destinado á influir en la opinión de los jueces, antes de la sentencia, y á recabar una votación favorable á Sócrates. Con tal hipótesis se han tratado de explicar las supuestas imperfecciones de este diálogo; mas como ha demostrado un sabio investigador [1]), no existe diferencia alguna esencial entre el *Eutifron* y otros coloquios consagrados como él á definir determinadas ideas. Tiene por objeto el *Eutifron*, señalar las diferencias que existen entre los conceptos que respectivamente tienen Eutifron y Sócrates sobre lo que debe entenderse por la palabra ὁσιότης. Carácter tímido el primero, es el representante de aquella especie de piedad que por hacerse agradable á los dioses no retrocede ni aun ante los actos que en la esfera de la moral son reprobables [2]); Sócrates, por el contrario, partiendo del principio de que entre lo bueno y lo divino no puede haber diferencia, no acierta á encontrar la piedad sino en la moralidad más completa. Como, con razon, se ha observado, impresiona este diálogo por la ironía del contraste, y por esto sin duda figúrase que se verificaba poco antes de ser presentada contra Sócrates la injusta acusación. Aun cuando no puede negarse la posibilidad de que fuese compuesto más tarde, sin embargo, la manera cómo Sócrates más bien que expone deja adivinar sus pensamientos, quizá tuviera su razon de ser en la dificultad de tratar un tema, que si en todo tiempo era peligroso, en aquel había de parecerlo mucho más.

Cuán aventurado es, por otra parte, intentar sacar partido de los datos que la escena en que se representa cada diálogo pueda suministrarnos, para determinar la época en que fueron compuestos, lo evidencia el ejemplo del *Fedon*, que como está demostrado hace ya tiempo, corresponde á época muy posterior. Pero también han resultado con frecuencia erróneas, muchas apreciaciones basadas en el asunto y en el fin de la obra, como lo prueba concluyentemente el ejemplo del *Menon*, cuyo asunto, esto es, la cuestión de si la virtud puede ser enseñada, era de los más á me-

[1]) H. Bonitz, *Platonische Studien*, 2.ª edic., Berlin, 1875, p. 215 y 216.

[2]) Eutifron quiere acusar á su propio padre como culpable de la muerte de un jornalero, á quien había mandado poner grillos y cadenas por haber asesinado, hallándose ebrio, á uno de sus camaradas, y el cual, por el abandono en que se le tenía, había muerto en la prisión.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nudo discutidos en los círculos socráticos; tanto esto, como el carácter llano y sencillo del *Menon*, pudieran fácilmente inducirnos á tenerle por una de las más antiguas obras de Platon, si la mención que en él se hace de un hecho ocurrido en el año 1 de la 96.ª Olimpiada, 395 a. Chr. [1]), no hiciera enteramente imposible semejante creencia, y si además las palabras que en este diálogo se ponen en boca de Anito, no aludieran manifiestamente al papel que éste desempeñó como acusador de Sócrates [2]).

Las dificultades con que se tropieza al querer determinar los motivos que debieron guiar á Platon en la elección del asunto de cada uno de sus diálogos, y más especialmente en la de los personajes que en ellos figuran, revélanse claramente en el citado ejemplo de Anito. Para presentarle en este coloquio debieron mediar poderosas razones, como también—aunque, por lo demás no es ya tan sorprendente—para presentar á Aristófanes en el *Banquete*. Pero cuáles hayan sido éstas, es muy difícil adivinarlo; con tanto más motivo cuanto que la falta de todo género de observaciones preliminares como las que en otros sirven para orientar al lector, hace casi imposible toda explicación satisfactoria de la repentina intervención de Anito en el coloquio sostenido por Menon y Sócrates.

No sucede lo mismo con aquellos diálogos en que, al fin que se desprende del hecho de tratar una determinada cuestión, se une el de poner á Sócrates frente á frente de los más célebres representantes de la escuela sofística. De este modo, los diálogos ganan mucho en interés; si bien es cierto que cuanto más arte emplea en ellos Platon, tanto más justificada parece la duda sobre si semejantes cuadros son exactos y verdaderos bajo todos aspectos, y sobre si tales coloquios, caso de haberse verificado realmente, habrían tomado el giro que ostentan. Prescindiendo de esta reserva—y no hay diálogo escrito con fin polémico que no la reclame—es imposible dejar de admirar una obra como el *Protágoras*. De algunas ideas que en él se desenvuelven, se infiere que también este coloquio fué compuesto en un tiempo en que todavía la influencia socrática se dejaba sentir en Platon más que

[1]) Pág. 90, a. Trátase del soborno del tebano Ismenias, por el oro persa, de que habla Jenofonte en las *Helénicas*, 3, 5, 1, y cuyo hecho se menciona también en la *República*, 1, p. 336, a.

[2]) Pág. 94, e.

cuando compuso sus obras posteriores. Ni la idea del bien que en él campea, se diferencia de la que tenía Sócrates, ni Platon—como lo hizo más tarde—había dejado aun de considerar la piedad como virtud independiente. Esto basta para que podamos atribuir la composición del *Protágoras* al primer período de la carrera literaria del filósofo, por más que no podamos determinar con precisión el tiempo en que lo escribió. Ahora bien; este diálogo, comparado con los que hasta aquí hemos estudiado, es en realidad el más artístico. El decorado escénico es tal vez el más espléndido de los elegidos por Platon. Era aun muy de madrugada cuando Sócrates, que es quien refiere el suceso á un colega cuyo nombre no nos dice el autor, fué despertado por Hipócrates, hijo de Apolodoro, con la noticia de que Protágoras había llegado á casa de Calias. Con este motivo, entáblase entre ambos una conversación, en la que Sócrates, siguiendo su costumbre, pregunta á Hipócrates por qué desea tan vivamente conocer á Protágoras. Ya de día, trasládanse ambos á casa de Calias. La repulsa que allí primeramente sufren; su entrada; la brillante asamblea que encuentran; Protágoras, asediado por un enjambre de admiradores, los cuales en sus idas y venidas, cuidan siempre de mantenerse detrás de él; Hipias, rodeado de numerosos oyentes; Pródico, en fin, que envuelto en mantas y pieles, habla con calor en medio de otro corro; toda esta escena está descrita brevemente, pero con la mayor claridad y viveza. Entretanto la sociedad reunida en casa de Calias se anima extraordinariamente. Además de éste y de buen número de individuos entusiastas admiradores de los tres sofistas, hay muchos que, ó habían adquirido ya una posición brillante en la época á que el diálogo se refiere [1]), ó la adquirieron más tarde. En presencia de tan brillante asamblea, á la que después de Sócrates se incorporan Alcibiades y Cricias, y con ocasión de la pregunta dirigida por Sócrates á Protágoras sobre si está dispuesto á explicarle á él y á Hipócrates la esencia del arte en que este último desea ser iniciado, comienza un verdadero torneo [2]), dividido en varias partes é interrumpido

[1]) Claro es que no puede determinarse con exactitud la época; mas como se supone que vivían aún, así Pericles como sus dos hijos, y que Sócrates era todavía muy joven, hay que optar por una época anterior al 432. No parece concordar con esto, sobre todo, la circunstancia de que Calias estuviese ya en posesión de su herencia.

[2]) Es muy notable, por ejemplo, el pasaje, p. 339, e, en que Sócrates confiesa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por un intermedio, en que figuran Hipias y Sócrates. Las armas con que cada uno de los adversarios se disputa la victoria, son completamente distintas. Protágoras, orgulloso con la conciencia de su superioridad, y contando confiadamente con el aplauso que le espera, pero al mismo tiempo, pesado é inhábil; Sócrates, por el contrario, siempre hábil, siempre en acecho de cualquier ventaja, confundiendo á su adversario y desconcertándolo con sus repetidas preguntas.

Dado el poco espacio de que podemos disponer, es forzoso renunciar á la exposición de los pormenores de la contienda y de sus diferentes peripecias. Si el objeto de este trabajo fué, para servirnos de las palabras de un distinguido comentarista, exponer y combatir el fondo y la forma [1]) de la vana y errónea doctrina de Protágoras acerca de la virtud, uníase á éste el de impugnar la Sofística en general, poniendo bien de relieve, con intermedios hábilmente enlazados con la acción principal, tanto la afectada insignificancia de Hipias como lo defectuoso del punto de vista adoptado por Proclo, y de su ciencia limitada al conocimiento de los sinónimos.

Tan notable como la composición misma del diálogo, es la rica variedad de motivos que en él se examinan y discuten. El mito de Epimeteo y Prometeo, invocado por Protágoras, tal vez movido por el uso que de él había hecho en una de sus obras, no sólo es una muestra de la costumbre seguida por los sofistas, de producir efecto por medio de análogas narraciones legendarias ó inventadas; sino que, por lo fielmente imitadas que están así la expresión poética propia de semejantes narraciones, como quizá también la dicción de Protágoras, puede considerarse como una obra maestra de estilo, como las que á menudo se encuentran en los diálogos de Platon. En igual grado interesante es el ensayo de Protágoras de dar una prueba de su ingenio en la interpretación de los poetas, citando una contradicción descubierta en Simónides y las discusiones á que ésta da lugar. Si á esto agregamos el arte que revelan todos los detalles, podremos resueltamente contar al *Protágoras*, en lo que á la exposición dramática se refiere, entre las obras más notables que Platon ha producido.

á su interlocutor, que sólo procuró mover el ánimo de Pródico en favor de su compatricio el poeta Simónides, con el fin de ganar tiempo para reflexionar.

[1]) Véase la Introducción de H. Sauppe.

Digno de figurar al lado del *Protágoras*, es el diálogo intitulado *Gorgias*. No parecen muy difíciles de adivinar las razones que movieron á Platon á no dar entrada á este personaje en la galería de sofistas que nos presenta en el *Protágoras*. De un lado su importancia personal, de otro sus aspiraciones más bien encaminadas á una cultura puramente formal y sus nobles sentimientos, fueron sin duda bastantes para que Platon le consagrase un trabajo especial y le tratase con más consideración que á los otros. La cuestión capital sobre que versa el diálogo en el *Gorgias* es la de si la Retórica puede ó no producir los resultados que pretenden sus defensores, entre los cuales Gorgias ocupa indudablemente el primer puesto. A la cultura que sólo tiende á lo meramente formal y aparente, se contrapone la cultura verdadera, la que se funda en una base filosófica, no en una base retórica.

El estilo del *Gorgias*, es mucho más modesto que el del *Protágoras*. En el diálogo, que comienza al terminar Gorgias un discurso, al que Sócrates y Cherefon han llegado demasiado tarde, intervienen, además de Sócrates y Gorgias, Polux y Calicles, colegas de este último, y asisten como oyentes todos los que antes habían escuchado el discurso. También en este diálogo intercala Platon un mito que pone en boca de Sócrates, el cual lo invoca en apoyo de sus ideas acerca de la inmortalidad del alma. Las alusiones del mismo Sócrates á su muerte quizá no muy lejana, y que en boca de Platon se convierten en condenación severa de sus acusadores, señalan una época antes de la cual no puede el *Gorgias* haber sido escrito: y según lo que sabemos de la avanzada edad que Gorgias alcanzó, bien pudo ser que llegase á leerlo, aun cuando no por esto se ha de tener en modo alguno como cierto el dicho que respecto de esta obra se le atribuye [1]).

Una de las cuestiones con más calor debatidas en la época moderna, es la relativa al tiempo en que fué compuesto el *Fedro*. Es indudable que era en la antigüedad opinión muy generalizada la de que esta obra había sido la primera que escribió Platon. Mas no parece menos cierto que las razones en que esta creencia se fundaba, era ó la cuestión que en dicho diálogo se ventila ó la ma-

[1]) Ateneo, 11, p. 505, d: λέγεται δὲ ὡς καὶ ὁ Γοργίας αὐτὸς ἀναγνοὺς τὸν ὁμώνυμον αὐτῷ διάλογον πρὸς τοὺς συνήθεις ἔφη· „ὡς καλῶς οἶδε Πλάτων ἰαμβίζειν".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nera de tratar el asunto, en la cual se revelan juveniles entusiasmos [1]). En análogos motivos se funda también la opinión contraria, formulada por Ciceron. Según éste, las palabras relativas á Isócrates puestas en el diálogo en boca de Sócrates, sólo convienen á una época en que las esperanzas en ellas expresadas se habían ya convertido en realidades [2]). Pero cuanto más claramente se revela aquí la intención de Ciceron, tanto más hemos de desconfiar de un testimonio que, lejos de tener el menor carácter histórico, debe ser considerado como uno de tantos recursos á que suelen apelar los abogados.

Es indudable que el citado pasaje sobre Isócrates ha de ser para nosotros el punto de partida, al querer precisar el tiempo de la publicación de dicho diálogo. Pero con esto cae por tierra la hipótesis de que este coloquio tenga relación alguna inmediata con el comienzo del magisterio de Platon, y de que en él hubiese expuesto el autor el fin y método de su enseñanza [3]). Si en casos semejantes fuera posible suplir la falta de datos positivos con meras presunciones, quizá sería lógico considerar las palabras relativas á Isócrates, puestas en labios de Sócrates, como una recomendación del mismo, formulada en un tiempo en que aquél acariciaba ya la idea de erigir una escuela permanente. Con esta hipótesis conviene no sólo el tiempo en que, según todas las apariencias, vió el *Fedro* la luz pública [4]), sino también el asunto del

[1]) Diógenes Laercio, 3, 38: λόγος (esto y no λόγον acredita la tradición mejor) δέ, πρῶτον γράψαι αὐτὸν τὸν Φαῖδρον· καὶ γὰρ ἔχει μειρακιώδές τι τὸ πρόβλημα; Olimpiodoro, *V. Platon*, c. 3, dice: ὅτι δὲ τοὺς διθυράμβους ὁ Πλάτων ᾔσκητο δῆλον ἐκ τοῦ Φαίδρον τοῦ διαλόγου πάνυ πνέοντος τοῦ διθυραμβώδους χαρακτῆρος, ἅτε τοῦ Πλάτωνος τοῦτον πρῶτον γράψαντος διάλογον, ὡς λέγεται. Confróntense con estos testimonios los *Proleg. in philos. Platonic.*, c. 24.

[2]) *Orator.*, c. 12, 41: *Itaque ut ego, cum a nostro Catone laudabar, vel reprehendi me a ceteris facile patiebar, sic Isocrates videtur testimonio Platonis aliorum iudicia debere contemnere. Est enim, ut scis, quasi in extrema pagina Phaedri his ipsis verbis loquens Socrates... Hæc de adolescente Socrates auguratur; at ea de seniore scribit Plato et scribit aequalis, et quidem exagitator omnium rhetorum hunc miratur unum: me autem, qui Isocratem non diligunt, una cum Socrate et cum Platone errare patiantur.*

[3]) C. F. Hermann, en su *Geschichte der Platon. Philosophie*, p. 514 y 515, ha amplificado esta opinión, formulada primeramente por Socher.

[4]) No podemos examinar aqui detenidamente la opinión últimamente formulada por Usener en su monografía sobre la época en que fué compuesto el *Fedro* de Platon, publicada en el *Rhein. Museum*, vol. 35, p. 131 y ss., y según la cual esta obra vió la luz en la última mitad del año 402 a. Chr., por consiguiente, cuando aun vivía Sócrates; como tampoco podemos hacer la crítica de las dos monografias de Susenihl en los *Jahrbücher für Kl. Philol.*, años 1880 y 1881. Sólo observaré que las razones expuestas por el último, según las cuales el *Fedro* debió ser compuesto por los años 396 ó 395, a. Chr., parece deben merecer la preferencia, porque en otro caso sería por extremo difícil determinar con probabilidades de acierto, la época en que vieron la luz otros diálogos. Principalmente es de gran peso la circunstancia de que el *Fedro* supone ya la existencia del *Gorgias*, el cual no pudo ser compuesto, como ya hemos visto, sino después de la muerte de Sócrates.

mismo, si es que verdaderamente iba encaminado «á mostrar, con el ejemplo de Lisias, que la Retórica sólo por medio de la Filosofía puede elevarse á la categoría de arte, y que el empleo de la oratoria en trabajos escritos, juntamente con la enseñanza oral, tienen sólo un valor secundario» [1]). Pero en realidad, el tema no está desarrollado con tal sencillez; sino que va precedido de una controversia semejante á la que ya vimos en el *Lysis*, y más tarde, y en forma mucho más clara, encontramos en el *Banquete;* si bien en ella hay cosas que, con arreglo á nuestras ideas de hoy, no sólo son poco comprensibles, sino inaceptables bajo el punto de vista moral. Esta parte del diálogo, es á la que en cierta época de la antigüedad se concedió mayor importancia, como lo prueban los subtítulos elegidos para designarla «*del amor, de lo bello, del alma*». Por lo demás, á este coloquio, sostenido únicamente entre Sócrates y Fedro, el cual figura tantas veces en los diálogos de Platon, ya en calidad de oyente, como en el *Protágoras*, ya en la de interlocutor, como en el *Banquete* [2]), sirve de base un discurso de Lisias que acaba de oir Fedro. Es bella la descripción, tantas veces imitada, del lugar en que se verifica la escena: un pequeño espacio á orillas del Fhisco y á la sombra de un plátano. Allí recita Fedro el discurso de Lisias, encaminado á persuadir á un hermoso adolescente, de que la inclinación de un amante juicioso es preferible á una pasión violenta [3]). Después de escucharlo, Sócrates se considera capaz

[1]) Tal sostiene H. Usener en el *Rhein. Museum*, vol. 35, p. 134 y 135, según Bonitz, *Platonische Studien*, p. 252 y ss. Véase especialmente lo que dice Bonitz, *loc. cit.*, p. 260: «Todo el diálogo persuade y convence de que la Retórica, y en general, toda expresión del pensamiento, sólo pudieron erigirse en verdadero arte cuando buscaron su apoyo en la Filosofía;» nosotros diríamos quizá, en el conocimiento científico del asunto.

[2]) Claro está que no tiene importancia alguna lo que Ateneo, 11, p. 505 y 506 dice acerca de la imposibilidad de que hubiera mediado semejante conversación entre Sócrates y Fedro.

[3]) Con argumentos irrefutables ha demostrado L. Schmidt en las *Verh. der*

de decir cosas mejores sobre el mismo asunto, y no sólo improvisa un discurso, sino que tras el primero, que pronuncia con la cabeza cubierta, viene un segundo, destinado á reparar la falta cometida contra Eros en el primero.

No es fácil, dado el poco espacio de que podemos disponer, dar una idea clara del contenido de estos dos discursos y de las conexiones que la primera y más extensa parte del diálogo tiene con la siguiente. Mas si bien estas conexiones son innegables, no puede, por otro lado, desconocerse hasta qué punto el tono ditirámbico, á que repetidamente se alude en el curso de la obra [1]), no sólo impone la elección de determinados giros poéticos, sino que determina el curso de las ideas. Pero hay tanto menos motivo para aducir como una prueba de la juventud del autor la arrogancia que en todo ello se revela, cuanto que, como bien á las claras demuestran aquellas alusiones, es ésta perfectamente deliberada. Cuál fuera el móvil de ella, ni los que vivieron en tiempo inmediatamente posterior á Platon estuvieron, al parecer, en condiciones de poderlo sospechar; de otro modo sería muy difícil comprender la censura que contra el *Fedro* lanza Dicearco [2]).

Hay entre las obras de Platon cierto número de diálogos que, por ser sobre todo propios para dar á conocer el proceso genésico de las ideas filosóficas de su autor, más bien que la atención del historiador de la Literatura reclaman la del historiador de la Filosofía; de aquí que nos hayamos de ocupar en ellos con más brevedad que lo hemos hecho en los hasta aquí estudiados. De este número son, además del *Cratilo* y el *Eutidemo*, los tres diálo-

---

Philologenvers., Wien, 1858, que es un verdadero discurso de Lisias, y no una mera imitación. Véase el tomo II, p. 379.

[1]) Véase especialmente la p. 238, b: τὰ νῦν γὰρ οὐκέτι πόρρω διΘυράμβων φΘέγγομαι; la p. 241, e: οὐκ ἤσΘου, ὦ μακάριε, ὅτι ἤδη ἔπη φΘέγγομαι, ἀλλ' οὐκέτι διΘυράμβους, y las págs. 257, a. 262, d.

[2]) Diógenes Laercio, 3, 38: Δικαίαρχος δὲ καὶ τὸν τρόπον τῆς γραφῆς ὅλον ἐπιμέμφεται ὡς φορτικόν. Confróntese con este pasaje el *Comentario* de Hermias, p. 65 de la edic. de Ast: τὰ δὲ ἐγκλήματα νῦν, ἅ τινες κατηγοροῦσι Πλάτωνος ἐπὶ τούτῳ τῷ συγγράμματι, ἵνα καὶ τούτων προδιευκρινομένων, ἡ ἀνάγνωσις λοιπὸν ἡμῖν ἀπερίσπαστος ᾖ· φασὶ γὰρ πρῶτον μέν, οὐ (δεόντως?) κατ' ἔρωτος καὶ ὑμὲρ ἔρωτος πεποιῆσΘαι αὐτὸν τὸν λόγον, ὥσπερ μειράκιον φιλοτιμούμενον, εἰς ἑκάτερον ἔπεισι τὸ ἀντιγράφειν τῷ Λυσίου λόγῳ καὶ ἀμιλλᾶσΘαι· βασκάνου τινὸς φιλονείκου νέον ἔοικεν εἶναι, κωμῳδοῦντος τὸν ῥήτορα, καὶ εἰς ἀτεχνίαν αὐτὸν διαβάλλοντος· ἔπειτα δὲ καὶ τῇ λέξει κεχρῆσΘαι ἀπειροκάλῳ καὶ ἐξωγκωμένῃ καὶ στομφώδει καὶ ποιητικῇ μᾶλλον, ὡς καὶ αὐτὸς ἐπεσημήνατο.

gos intitulados *Teeteto*, *Sofista* y *Político*, cuyas mutuas conexiones son, no casuales, si no premeditadas por el autor.

Ocupa el *Cratilo* un lugar especial, por cuanto la cuestión que en él se discute diferénciase esencialmente de las que constituyen el fondo de los demás diálogos. Como claramente indica el subtítulo que la antigüedad nos ha trasmitido, versa sobre la exactitud de los nombres de las cosas (περὶ ὀρΘότητος ὀνομάτων). Conocida es la importancia que investigaciones tales tuvieron en aquel tiempo. Mientras que por una parte tenían conexiones íntimas con la Dialéctica, relacionábanse por otra con los estudios que desde otros puntos de vista habían hecho los sofistas [1]), entre los cuales era Protágoras el que se había ocupado principalmente en la corrección gramatical del discurso. Unese, pues, en el *Cratilo*, á la exposición de las ideas de Platon sobre la esencia del lenguaje, que, representando las cualidades de las cosas por medio de los correspondientes sonidos, no procedía, sin embargo, con rigorosa lógica, una ingeniosa parodia de las opiniones contrarias. A los ensayos etimológicos en que los partidarios de Heráclito se esforzaban por apoyar sus teorías, se contraponen otros análogos, inventados asimismo para demostrar la doctrina contraria. Siendo este diálogo, por virtud de las cuestiones en él tratadas, bastante difícil de entender, es sin embargo su forma la más sencilla y oportuna posible [2]).

Por lo que hace al *Eutidemo*, su carácter es eminentemente polémico, pues va dirigido contra los representantes de segunda fila de la sofística, esto es, inferiores á Protágoras y á Gorgias. Mas parece indudable, que alude además en algunos pasajes á Antístenes y á Isócrates. Estas alusiones sólo pueden ser consideradas como prueba de que la aparición del *Eutidemo* fué necesariamente posterior á la del *Fedro*. Pocos diálogos han sido objeto de juicios tan encontrados como éste, tanto por lo que se refiere á la importancia del fondo como al mérito de la forma. Y aunque hay que reconocer que están bien calculados el orden y sucesión de los coloquios de que el *Eutidemo* se compone, pues

---

[1]) Véase el tomo II, cap. XXXII. También Antístenes había compuesto varias obras sobre esta materia.

[2]) Además de la meritísima obra de Deuschle, *Die Platonische Sprachphilosophie*, Marburg, 1852, debe verse á Benfey, *Ueber die Aufgabe des Platonischen Dialogs Kratylos*, Göttingen, 1866.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el que Sócrates y Criton sostienen es sólo el marco en que el conjunto se encierra, y que en el empleo de los sofismas, paralogismos y preguntas enigmáticas, se sigue un orden perfectamente metódico, como ha demostrado un distinguido crítico de Platon [1]), el efecto de este diálogo es notablemente inferior al de los otros, no obstante ser su composición bastante más artística. El hecho de que el elemento cómico resulte lánguido y frío,—y lo mismo sucede en el *Cratilo* con respecto á las etimologías—se explica considerando que la agudeza del ingenio, se embota fácilmente cuando estriba en alusiones á circunstancias de actualidad. Hay además otra cosa que contribuye á desvirtuar el buen efecto. Por virtud de la frecuencia con que se renuevan los interlocutores en los dichos coloquios, la relación que de ellos hace Sócrates resulta por necesidad lánguida; inconveniente que hallamos también en los diálogos referidos de Platon, y que el mismo autor hubo de notar, como lo prueba un pasaje del *Teeteto* [2]). Pero sería incurrir en error atribuir, como alguno ha pretendido, exagerado alcance á este pasaje. Por lo demás, la forma elegida para el *Teeteto* es realmente característica y excepcional, porque aquí la conversación tenida por Sócrates con Teodoro y Teeteto no es sencillamente referida por Euclides, á quien él se la contó antes, sino que después de consignada cuidadosamente por escrito, es leída en alta voz. Nada, pues, más natural que la supresión de las expresiones que indican el cambio de interlocutores. Lo que en un coloquio oral resulta plenamente justificado, aun cuando sea pesado y molesto, no tendría explicación alguna en un diálogo ya puesto por escrito.

Bien se comprenden las razones que Platon debió tener para valerse de este medio. Aparte del deseo, fácilmente explicable, de poner en juego un resorte nuevo, la causa principal debió ser la dificultad de las cuestiones tratadas en el *Teeteto*. Realmente en el diálogo, que se supone provocado por Teodoro de Cirene, entre Sócrates y Teeteto, cuando Sócrates había sido ya acusado, y que luego refiere Euclides á Terpsion, se trata de averiguar qué es el saber (τί ἐστιν ἐπιστήμη); y á este propósito discútense tres definiciones, según las cuales el saber consiste ó en la percepción de las cosas (ἡ αἴσθησις), ó en su exacta representación (ἡ ἀληθὴς δόξα) ó en ésta combinada con la explicación (δόξα ἀληθὴς μετὰ λόγου). Además de refutar incidentalmente las respectivas opiniones de Protágoras y Heráclito,—también parece que se impugna á Antístenes en algunos pasajes—el objeto de este diálogo es demostrar que ninguna de estas definiciones es exacta. Y aun cuando, como repetidas veces se ha observado, ya es algo positivo el poner en claro lo que la ciencia no es, el resultado final no es completamente negativo, porque de diferentes pasajes se deduce ser opinión del autor, que el saber tiene un objeto enteramente distinto del de la percepción ó la idea [1]).

Sócrates pone fin al diálogo que constituye el asunto del *Teeteto* declarando que se ve precisado á trasladarse al tribunal, á causa de una acusación que contra él ha presentado Meleto, y manifestando á Teodoro el deseo de celebrar una nueva reunión al día siguiente. Estas palabras [2]) y el comienzo del *Sofista* íntimamente relacionado con ellas, demuestran que el autor quiso ligar también entre sí estos dos diálogos. Los interlocutores son los mismos, pero con la diferencia de que no es ya Sócrates quien desempeña el principal papel, sino un ciudadano de Elea, presentado por Teodoro como partidario de Parménides y de Zenon, lo cual da margen á Sócrates para aludir, con su ironía acostumbrada, al espíritu batallador de los hombres de esta escuela. La respuesta de Teodoro, afirmando que el extranjero es amigo de la verdadera sabiduría, da motivo á una discusión sobre la esencia del sofista, del estadista y del filósofo. De esta suerte, pone, por decirlo así, á discusión tres temas, de los cuales el primero constituye el argumento del *Sofista*, en el que sólo intervienen el ciudadano de Elea y Teeteto. El segundo forma el asunto del *Político*, el cual viene á ser una simple continuación del *Sofista*, tanto más cuanto que los interlocutores siguen siendo los mismos, con la única diferencia de que, para que Teeteto pue-

[1]) Bonitz, *Platonische Studien*, p. 101 y ss. Véase Alcin., *Inst. de Plat. doctr.*, 6, 9: καὶ τὴν τῶν σοφισμάτων δὲ μέθοδον εὕροιμεν ἂν ὑπὸ τοῦ Πλάτωνος ὑπογεγραμμένην ἐν τῷ Εὐθυδήμῳ.

[2]) *Teeteto*, p. 143, c: ἵνα οὖν ἐν τῇ γραφῇ μὴ παρέχοιεν πράγματα αἱ μεταξὺ τῶν λόγων διηγήσεις περὶ αὐτοῦ τε ὁπότε λέγοι ὁ Σωκράτης, οἷον, κἀγὼ ἔφην ἢ καὶ ἐγὼ εἶπον, ἢ αὖ περὶ τοῦ ἀποκρινομένου, ὅτι συνέφη ἢ οὐχ ὡμολόγει, τούτων ἕνεκα ὡς αὐτὸν αὐτοῖς διαλεγόμενον ἔγραψα, ἐξελὼν τὰ τοιαῦτα.

[1]) En el texto hemos seguido lo expuesto por Bonitz, *loc. cit.*, p. 44 y ss.

[2]) A análogas manifestaciones de Laches y de Protágoras, de las cuales no puede en manera alguna inferirse que fuera propósito de Platon anunciar de esta suerte otro diálogo, nos remite Bonitz, *loc. cit.*, p. 144, nota.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da descansar, toma ahora parte en el diálogo un compañero suyo (συγγυμναστής) llamado Sócrates el Joven, que como oyente había asistido ya á los dos diálogos anteriores [1]). Sobre si Platon llegó ó no á escribir un cuarto diálogo intitulado el *Filósofo*, no hay dato alguno positivo.

Pero no sólo son evidentes las conexiones entre el *Teeteto*, el *Sofista* y el *Político*, sino que es claro además que tanto su fin como el método de investigación, determinan una notable diferencia entre éstos y la mayoría de los diálogos de Platon. A medida que es más sencilla la decoración artística, gana en amplitud y profundidad la investigación científica. Hácese más evidente esta diferencia, comparando el *Sofista* por un lado, y el *Gorgias* y el *Protágoras* por otro. No se hace en aquél únicamente el retrato de este ó del otro sofista, sino que se describe la esencia de la Sofística misma; léjos, pues, de encontrar en el *Sofista* la representación de un carácter individual, no hallamos sino el bosquejo de una determinada tendencia, del mismo modo que en el *Político* vemos el ideal del estadista.

Respecto del tiempo en que salió á luz la *Trilogía de Teeteto* como con razon podemos denominarla, es difícil llegar á resultados completamente satisfactorios; aunque es más que probable que los diálogos de que se compone, fueran apareciendo uno tras otro con pequeños intervalos. Ahora bien: así como el *Teeteto* se relaciona, por decirlo así, con el asunto del *Menon*, admitiendo el pensamiento con que este diálogo termina, de que la virtud es ciencia, así también parece que en los diálogos posteriores se supone ya demostrada la diferencia entre la ciencia y la simple percepción. Una base de índole distinta, nos proporciona la guerra de Corinto que en el comienzo del *Teeteto* se menciona, durante la cual Teeteto, herido y enfermo, fué conducido á Atenas; dado que por esta guerra no puede entenderse sino la sostenida entre los años 394 y 387, a. Chr., y que no es posible pensar en la del año 368, a. Chr., por la avanzada edad que en aquella época debía tener Teeteto [2]). Aparte esto, la composición de estos diá-

[1]) Véase *Teeteto*, p. 147, c, y el *Sofista*, p. 218, b.

[2]) Véase Ueberweg, *Ueber die Echtheit und Zeitfolge Plat. Schriften*, p. 228 y ss., y la opinión antes formulada por Munk, *Die natürl. Ordn. der Plat. Schriften*, página 394. Por lo demás, en qué concepto los datos de Proclo, *Comm. in Euclid.*, p. 66 y ss. sobre las producciones de Teeteto como matemático, induzcan necesariamente á aceptar esta opinión, es tanto más difícil de comprender, cuanto

logos vendría á corresponder á un tiempo, contra el cual podrían invocarse razones de mucho peso, sobre todo la de la edad avanzada que entonces contaba Platon. Si admitimos que Teeteto murió á consecuencia de la herida y de la enfermedad de que se habla en la introducción del diálogo que lleva su nombre—y es indudable que, según lo que allí se dice, su muerte era inminente—pudo muy bien el diálogo haber tenido por objeto honrar la memoria de un joven que, habiendo hecho concebir las más bellas esperanzas, feneció en la flor de su vida. La traslación de la escena á Megara, la presencia de Euclides y de Terpsion [1]), así como la de Teodoro de Cirene, la del enigmático ciudadano de Elea y la de Sócrates el Joven en ambos diálogos [2]), acusan propósitos que, aunque seguramente no quedaron ocultos para los contemporáneos, nosotros no tenemos hoy medios de descubrir. A lo sumo, podemos admitir que exista alguna relación entre estos diálogos y la estancia de Platon en Megara ó en Cirene; pero hay que observar que no favorece en modo alguno la hipótesis de que fueran escritos en este tiempo, lo que dejamos indicado sobre la época probable de la publicación del *Teeteto* [3]).

Las imperfecciones de forma, que constituyen la nota característica de los diálogos de que acabamos de hablar,—razon por la que se les ha calificado á veces de eminentemente dialécticos

mayor es la arbitrariedad con que procede Platon al determinar la edad de los personajes que figuran en sus obras.

[1]) Ambos en el *Fedon*, p. 57, c. Plutarco, *De Socr. genio*, c. 11, atribuye á Terpsion una extraña explicación del *Dæmonium* socrático.

[2]) Que este es un personaje histórico, se desprende claramente de la *Metafísica* de Aristóteles, 7, 11, p. 1036, b, 24. De las observaciones de Alejandro de Afrodisia sobre el pasaje en cuestión, p. 482, 15, de Bon.: ἢ τὸν Πλάτωνα λέγει, ἢ ὃ καὶ μᾶλλον, τὸν ὁμώνυμον τῷ τοῦ Πλάτωνος διδασκάλῳ Σωκράτην, ποιεῖται γάρ τινα Σωκράτην ὁ Πλάτων προσδιαλεγόμενον μετὰ τοῦ γηραιοῦ Σωκράτους, se infiere bien á las claras que no se tenían más noticias de él.

[3]) Según C. F. Hermann, pertenecen con toda evidencia al llamado período megarense, el *Cratilo*, el *Teeteto*, el *Sofista*, el *Político* y el *Parménides*. Por lo que hace á este último, hemos señalado ya anteriormente como imperiosas las razones que obran en contra de su autenticidad. No parece inverosímil la hipótesis de que las declaraciones de Sócrates sobre sus relaciones personales con Parménides, que se hallan en el *Teeteto*, p. 183, e, y en el *Sofista*, p. 217, c, fuesen causa ocasional de la composición de este diálogo. Por lo demás, desde ha mucho tiempo se tiene por indiscutible que la importancia filosófica de esta obra ha sido injustamente apreciada, sobre todo por los neoplatónicos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—no llegan al extremo de que se eche de menos en ellos todo vestigio de aquel talento de exposición artística que adornaba á Platon. El *Político* sobre todo, en la descripción que, esmaltada de pensamientos filosóficos y tomando por base las antiguas leyendas, hace del fin de la edad de oro y de los males que luego agobiaron á la humanidad, nos ofrece un hermoso cuadro en que lucen los primores de su rica fantasía tanto como en cualquiera de las que contienen sus demás obras. En cambio el arte de la composición ó el talento mímico, se eclipsan ante el interés que despierta el asunto. Algo parecido sucede con el *Filebo*, cuyo fondo lo constituyen abstrusas disquisiciones acerca del Sumo Bien, el cual es en concepto del autor, un compuesto de diferentes elementos.

Pero cuando, como es natural, resalta más esta diferencia, es comparando estos diálogos con aquellos en que se revela, bajo estos dos aspectos, la inimitable maestría de Platon; y en tal concepto bien podemos considerar el *Banquete* como su producción más perfecta. En casa del rico poeta Agaton se reunen algunos amigos para solemnizar su primer triunfo dramático, y como todos ellos, excepto Sócrates, se hallan ebrios desde el día anterior, es acogida con aplausos la proposición de que cada uno pronuncie un panegírico de Eros. Habla el primero Fedro, de quien ha partido la idea; tras él Pausanias, Erixímaco, Aristófanes, y por fin Agaton. Sócrates, que ya antes con fina ironía había expresado su temor de tener que hacer uso de la palabra después de tantas y tan bellas oraciones, es el último que habla. Así como en los discursos precedentes se retratan con entera fidelidad no sólo las tendencias de cada orador, sino también su dicción y estilo, de la misma suerte Sócrates aparece en el *Banquete* mejor caracterizado que en ninguna otra obra. Según su costumbre, procura ante todo y mediante un diálogo que sostiene con Agaton, determinar bien el punto sobre el cual ha de girar principalmente el elogio de Eros. Hecho esto, y después de demostrar que Eros es la aspiración á lo bello, y que en el mero hecho de necesitar lo bello no puede ser bello él mismo, comienza Sócrates refiriendo un diálogo sostenido por él con una mujer de Mantinea, llamada Diotima. Tanto esta ficción como el mito sobre el origen de Eros, revelan el propósito, que al fin consigue, de dar á las ideas así expresadas una especie de alta y misteriosa consagración. Pero en el momento preciso en que Sócrates termina su discurso,

según el cual Eros, que en esencia no es otra cosa que el instinto filosófico, se revela por una parte como aspiración á la felicidad y por otra á la inmortalidad, preséntase de improviso Alcibiades en estado de embriaguez. El retrato que, dominado por profunda exaltación, hace del filósofo, y cuyos rasgos tanto internos como externos están tomados del propio Sócrates, no es ni más ni menos que una apología humorística del mismo, íntimamente relacionada, sin embargo, con lo dicho por Sócrates, y cuyo fin es presentar á éste como el representante más genuino de aquella especie de amor espiritual de que él había hablado. El deseo de Sócrates, de que se haga el elogio de Agaton, no llega á realizarse merced á la repentina invasión de otros beodos. Interrúmpese el festín, porque los asistentes, en medio del desorden producido, ó se retiran ó se rinden al sueño; Sócrates continúa hablando con Agaton y Aristófanes, hasta que también éstos se duermen, y siendo ya de día, el filósofo se retira para emplear el tiempo como tiene por costumbre.

La semejanza entre el *Banquete* y el *Fedro*, diálogo, este último, evidentemente anterior al primero, estriba sólo en los llamados discursos amorosos, los cuales desempeñan en ambos importante papel. El modo cómo este tema suministra materia para toda clase de lucubraciones más ó menos ingeniosas, parece tanto más capcioso, cuanto que no se trata en ellas de lo que nosotros entendemos realmente por amor, sino de aquel extraño fenómeno de la civilización griega, que consistía en una apasionada inclinación de los hombres hacia los adolescentes. Aun más que en el *Fedro* aparece este amor en el *Banquete*, según el concepto de Sócrates, como una pasión noble que obedece á los más elevados fines del espíritu; y en realidad no era otra cosa que aquel mismo sentimiento que á él le dominaba: la viva tendencia á elevarse, por medio de la investigación filosófica, al conocimiento de lo que es bueno y bello, y á despertar este mismo deseo en los demás. Si es cierto que esta pintura, por decirlo así alegórica, de lo que bien puede denominarse carácter íntimo de la personalidad de Sócrates, es lo que constituye el objeto capital del *Banquete*, no es menos cierto también que en él todavía se persigue otro fin, cuya clave puede darnos la idea incidentalmente expresada al concluir la obra. Si en el coloquio que al final sostienen Sócrates, Aristófanes y Agaton, se dice que el punto culminante del diálogo ha sido el que Sócrates haya obligado á sus dos interlocutores á reconocer

que debe ser tarea de un mismo individuo componer tragedias y comedias, y que el que es poeta trágico debe ser también poeta cómico, parece bastante claro que estas palabras encierran una alusión al carácter y fin de la obra precedente. El efecto que ésta produce, débese más que todo á la mezcla de la más seria gravedad con la más franca y turbulenta alegría. La ocasión misma en que la escena se desarrolla, una orgía, forma con la persona de Sócrates notable contraste, sólo atenuado por la consideración de que no se trata más que de repetir lo referido por uno de los asistentes al banquete, dado que el tiempo en que el hecho se supone realizado, aparece ya como remoto [1]). Pero donde principalmente se muestra la delicada vís cómica de Platon, es en los discursos que pone en boca de cada uno de los comensales. Manejando la parodia con una maestría superior quizá á la de Aristófanes, no sólo ha sabido caracterizar el punto de vista propio de cada uno de ellos, sino también imitar su estilo con incomparable exactitud. Claro es que la impresión que en nosotros produce esta sátira, se debilita notablemente por la absoluta imposibilidad de comparar el original con la copia; pero aun así y todo, tenemos razones más que suficientes para admirar el arte con que Platon imitó sus modelos. En realidad, es difícil encontrar en los tiempos antiguos otra obra mejor que el *Banquete*, en punto á observación delicada y talento de imitación.

Ahora bien: para demostrar esto con minuciosidad, necesitaríamos más espacio del que podemos disponer; aunque por otra parte, tampoco nos ha de faltar luego ocasión de volver sobre alguno de estos puntos, por ser el *Banquete* la más elocuente muestra de las admirables dotes de Platon como escritor. Concuerda además con todo ello, lo que podemos decir respecto al tiempo en que se escribió esta obra; si, como con razones bastante concluyentes puede demostrarse [2]), no fué escrita mucho

[1]) Refiérelo Apolodoro, el cual á su vez lo había oído referir á Aristodemo, uno de los más entusiastas partidarios de Sócrates. No consta á quién se dirige su relato. Agaton, según Ateneo, 5, p. 217, a, coloca su primer triunfo en la tragedia, en el año 416 a. Chr. El relato tiene lugar mucho tiempo después de su ida á Macedonia (p. 172, c), la cual se verificó entre los años 409 y 407 a. Chr.

[2]) Evidentemente son decisivas, al tratarse de determinar la época en que se escribió esta obra, las siguientes palabras, p. 193, a: διῳκίσθησαν ὑπὸ τοῦ θεοῦ ὥσπερ Ἀρκάδες ὑπὸ Λακεδαιμονίων. Esta alusión puesta en labios de Aristófanes sólo se explica si siguió inmediatamente á las medidas adoptadas por los lacedemonios. Es de todas suertes difícil de entender qué es lo que se proponía al satirizar el estilo afectado de Agaton, diez años después de la muerte de éste.

después del año 385, corresponde á una época en que Platon, habiendo llegado ya á la edad madura, conservaba todavía íntegra su fantasía creadora, la viveza de la juventud.

Ofrece en cambio graves dificultades, la determinación precisa del tiempo en que fué compuesta la obra, no solamente mucho más extensa que todas las hasta aquí nombradas, sino la más grandiosa, y bajo el punto de vista de las ideas que encierra, la más original de Platon: la *República* (Πολιτεία) [1]), que consta de diez libros. Según una noticia que, aunque enlazada á veces con erróneas conjeturas, pudiera ser exacta en lo esencial, no se publicó por primera vez este trabajo en la forma y extensión que hoy tiene [2]): dato con el cual se halla hasta cierto punto de acuerdo su actual estado. Si por casualidad sólo se hubiera conservado el primer libro, con igual derecho que otros varios diálogos de Platon, podría pasar por un tratado completo é independiente. Del estudio que este libro contiene sobre la idea de la justicia, no puede en manera alguna inferirse que deba ser considerado como mera introducción. Tampoco la referencia que á él se hace más adelante [3]), puede constituir un argumento contra la posibilidad de la publicación gradual de la obra, ni contra la de una considerable ampliación del primitivo plan, realizada con el transcurso del tiempo y tal vez motivada por la pública oposición con que había ído tropezando. Es tanto menos fácil determinar si se relaciona con esto la cuestión más tarde ventilada, de si para designar el asunto de la obra hubiera

[1]) El plural ἐν ταῖς πολιτείαις no sólo ha sido usado una vez por Aristóteles, *Politica*, 4, 7, p. 1293, b, 1, sino que también lo usaron escritores posteriores, como Temistio, *Orat.*, 2, p. 32, c, y Olimpiodoro en su comentario al *Gorgias* de Platon. Trasilo intitula esta obra, περὶ πολιτείας. Véanse, por el contrario, Olimpiodoro, *In Plat. Alcib.*, t. 2, p. 75 Cr., y Doxopater, en Walz, *Rhet. gr.*, t. 2, p. 130.

[2]) Gelio, *Noct. att.*, 14, 3: *Quod Xenophon inclyto illi operi Platonis, quod de optimo statu reipublicæ civitatisque administrandæ scriptum est, lectis ex eo duobus fere libris, qui primi in vulgus exierant, opposuit contra conscripsitque diversum regiæ administrationis genus.* Es de todo punto inexacta la afirmación de que la *Ciropedia* de Jenofonte, era la refutación de los dos primeros libros de la *República* de Platon.

[3]) Al final del libro X.

sido más oportuno intitularla «Sobre la justicia» (περὶ δικαιοσύνης) [1]), cuanto que no parece posible inquirir el tiempo en que se hizo la actual división en libros. Es, en cambio, indudable el hecho de que esta división más bien obedece al deseo de distribuir el trabajo en partes de extensión aproximadamente igual [2]), que al propósito de ofrecer una distribución orgánica, relacionada con el plan general. A esto se agrega, no sólo la diferencia de tono que distingue al primer libro de los demás, sino también las dimensiones de la producción, tanto más sorprendentes cuanto que se trata de un diálogo referido. Del hecho de que éste comienza ya entrada la noche, hay que inferir que se prolongó hasta el siguiente día. Ya Ciceron parece haber reparado en esta circunstancia, que utiliza para explicar la retirada de Céfalo, hombre de edad muy avanzada, que había asistido al comienzo de la conversación [3]). Pero no es este el único que se retira durante el curso del diálogo: de la numerosa concurrencia que al principio había, sólo quedan al fin los dos hijos de Ariston. Ahora bien: es difícil de creer que desde el principio Platon tuviese previstos todos estos incidentes de su obra; pues que le habría sido fácil evitar tamañas inverosimilitudes que siempre perjudican, apelando á un medio análogo al que empleó en el *Teeteto*, el *Sofista* y el *Político*.

Es mucho más hacedero demostrar la existencia de estos defectos de que visiblemente adolece la composición de la *República*, que referirlos á su verdadero origen para separar de esta suerte, unas de otras, las diferentes partes de que parece constar este tratado. Pero aun mayores dificultades ofrece el determinar el tiempo en que cada una de estas partes vió la luz. A este fin, se ha querido á menudo sacar partido de la comedia de Aristófanes intitulada las *Juntéras*, partiendo del supuesto de que esta era una sátira de lo que Platon había dicho en su *República* acerca de la condición de la mujer; y como dicha comedia se representó el año 4 de

[1]) Proclo en su *Comentario*, p. 349: εἰσὶ γοῦν τινὲς συχνοὶ περὶ δικαιοσύνης τὴν πρόθεσιν εἶναι διατεινόμενοι, y p. 350: ἕτεροι δὲ οὐκ ἐλάττους τούτων οὐδὲ ἀνεχεγγυώτερα γράφοντες περὶ πολιτείας εἶναι τὴν πρόθεσιν ἀξιοῦσιν, εἰ καὶ πρότερον ζήτημα γέγονε περὶ δικαιοσύνης, οὐχ ὡς προηγούμενον ὄν, ἀλλ' ὡς εὐπρόσωπον τῷ περὶ πολιτείας σκέμματι παρέχον ὁδόν.

[2]) Véase Birt, *Das antike Buchwesen*, p. 442.

[3]) *Epist. ad Att.*, 4, 16, 3: *Credo Platonem vix putasse satis consonum fore, si hominem id ætatis in tam longo sermone diutius retinuisset.*

la 96.ª Olimpiada, 392 a. Chr., era preciso para esto que la obra de Platon hubiese sido publicada antes de esta fecha. Semejante hipótesis, sin embargo, no sólo es poco probable, sino que bien examinada no es difícil de combatir. Indudablemente, si Aristófanes hubiese tenido la intención que se le atribuye, alguna noticia de ello habría llegado hasta nosotros. Pero más fuerza aun que la carencia de todo testimonio sobre este punto, tienen los resultados que arroja la comparación de ambas obras; entre las ocurrencias del poeta cómico que en definitiva no son más que obscenidades y lo que Platon dijo sobre la comunidad de mujeres y de hijos, por lo demás limitada á determinadas clases, la semejanza es más bien aparente que real. A lo sumo podrá aducirse como prueba de que en aquel tiempo se debatía ya la cuestión que desde entonces se ha llamado de la emancipación de la mujer, la cual desempeña también papel importante en *Lisistrata* y en las *Fiestas de Ceres*. Pero mientras que el poeta da ya por cosa sentada la creciente descomposición y disolución de la sociedad, la idea del filósofo no sólo tiene un alcance completamente distinto, sino que ante todo descansa en consideraciones de índole muy diversa.

No es, en verdad, posible, dar en reducido espacio una idea clara del asunto y plan de la obra de Platon. Aunque el plan está bien concebido, con frecuencia parece que es resultado del giro que el discurso toma, de modo que con razon dice Sócrates, que se ve obligado á acomodarse á él y á dejarse llevar como si el viento le impulsara [1]). A lo que Platon aspira es á la constitución de un Estado ideal basado en el concepto de la justicia: concepto examinado bajo todos aspectos al comienzo de la obra. Ahora bien: partiendo del principio de que la mejor *República* es la que más se asemeja al individuo, empieza por consignar que el Estado debe constar de tres clases, correspondientes á la división que antes hace del alma humana; y sin volver á hablar más de la primera, que es evidentemente la más numerosa porque comprende á los agricultores é industriales (χρηματισταί), fija sólo la atención en la segunda y tercera. La que constituyen los guardianes, guerreros ó auxiliares (ἐπίκουροι), que así se llaman, tiene por base la igualdad de deberes de mujeres y hombres. Además del cui-

[1]) Libro 3, p. 394, d: οὐ γὰρ δὴ ἔγωγέ πω οἶδα, ἀλλ' ὅπῃ ἂν ὁ λόγος ὥσπερ πνεῦμα φέρῃ, ταύτῃ ἰτέον.

dado de velar por que las leyes sean obedecidas, les incumbe la defensa de la República, y su género de vida ha de estar en lo posible en armonía con su misión. El Estado cuida de su sostenimiento; pero en cambio no sólo carecen de propiedad individual, sino que ni siquiera pueden aspirar á la vida de familia, dado que ni las mujeres ni los hijos son de ninguno de ellos en particular; mas la vida en común de los dos sexos, no es en manera alguna libre y arbitraria; sino que lejos de esto, los matrimonios están sujetos á las prescripciones que impone el fin á que todo se subordina: el de tener hijos robustos con privilegiadas dotes de inteligencia, y en determinado número. Luego, mediante una selección á la que precede una serie de reconocimientos y pruebas, son designados los hombres y mujeres de la clase de los guerreros que cuentan cierta edad, para que ingresen en la tercera clase, que es la de los perfectos guardianes ó dominadores, á la que incumbe la dirección de la República; corre á su cargo el cuidado de todos los asuntos, aun de los más insignificantes, especialmente el de preparar á los que tengan condiciones para sucederles; y sólo consagrando luego al estudio de la sabiduría todo el tiempo que el ejercicio de su misión les deje libre, conseguirán lo que únicamente puede constituir la felicidad de un Estado, esto es la unión y hermandad del Poder y la Filosofía.

Claro es, que en este rápido bosquejo no hemos expuesto todo el pensamiento de la obra de Platon. Desde luego hemos hecho caso omiso, no obstante ser una de las más importantes, de la parte—que abraza varios libros (3 á 7)—donde fundándose en que la educación es asunto del Estado, trata detenidamente de aquella á que deben someterse guerreros y soberanos. Conocidas son las ideas en esta parte consignadas respecto de la poesía; para evitar la perniciosa influencia de este arte, destiérralo Platon de su República ó somételo por lo menos á una especie de censura. Como ya hemos observado, Platon no hace aquí más que aplicar las opiniones profesadas por varios de los más antiguos filósofos griegos, indudablemente con razon; pues que la extraordinaria influencia que en las ideas morales y religiosas de los helenos ejercían las obras de los poetas, oponía un obstáculo casi insuperable á la propagación de más sanos principios.

Hasta qué punto Platon apoya las instituciones por él imaginadas en lo ya existente, y en qué materias intenta rebatir las ideas por otros sostenidas, por ejemplo, las de Antístenes,

cuestiones son en las que no hemos de entrar; en cambio examinaremos brevemente la conclusión de su obra. El pensamiento aquí desenvuelto está íntimamente relacionado con las consideraciones que, por decirlo así, le sirven de introducción; la base sobre que se levanta el Estado de Platon, sería poco segura, si no se demostrase que, si bien la experiencia enseña que no siempre es feliz el que practica la justicia, no puede faltarle nunca la compensación necesaria, la cual hallará con solo meditar en las recompensas de la otra vida. El mito de que aquí se ha servido Platon, pudiera con razon ser tachado de un defecto análogo á los que él mismo había censurado en los poetas: el panfilio Er, que resucitó después de permanecer diez días tendido sobre el campo de batalla, cuenta todo aquello de que había sido testigo durante su permanencia en el otro mundo, donde se le encomendó la misión de referir cuanto había visto y oído. Las ideas filosóficas en este relato contenidas, á saber: la de la remuneración en la otra vida y la vuelta de las almas á la vida terrena en períodos determinados, están expuestas en la misma forma poética que parece caracterizar en alto grado á Platon; pero las galas y atavíos que las adornan, más bien pueden atribuirse á influencia de la doctrina pitagórica que á la de Sócrates.

Es cuestión muy discutida la de si la obra de Platon que no sólo enseña en forma más explícita que ninguna otra de la antigüedad la doctrina sobre la inmortalidad del alma, sino que trata de apoyarla con pruebas filosóficas, fué escrita antes ó después de la *República*. Hace ya largo tiempo que se ha desechado la idea de que el *Fedon* fué compuesto inmediatamente después de la muerte de Sócrates, la cual nos describe en términos conmovedores, por estar en contradicción manifiesta con la misma doctrina del diálogo, la cual no encaja bien en el círculo de las ideas de Sócrates. Tendríamos que admitir en cambio una fecha bastante posterior, si mereciera algún crédito la noticia altamente inverosímil de que, al ser leído el *Fedon* por Platon, sólo Aristóteles pudo resistir esta lectura hasta el fin, y que todos los demás oyentes se retiraron [1]). La misma excelencia de la obra, y la admiración de que en siglos posteriores ha venido siendo objeto,

[1]) Diógenes Laercio, 3, 37: τοῦτον μόνον παραμεῖναι Πλάτωνι Φαβωρῖνός πού φησιν ἀναγινώσκοντι τὸν περὶ ψυχῆς, τοὺς δ' ἄλλους ἀναστῆναι πάντας.

bastan para demostrar que es aquella una anécdota destituída de todo fundamento, y cuyo mérito sólo estriba en estar en abierta pugna con una opinión generalmente admitida.

Difícilmente habrá un lector que no esté conforme con este juicio sobre las excelentes cualidades del *Fedon*. Es bajo cierto aspecto, una obra análoga al *Banquete*, por cuanto el centro alrededor del cual todo gira, es en ambas el retrato de la personalidad de Sócrates; pero mientras en esta última aparece Sócrates como el sabio que, aun en los más alegres goces de la vida conserva íntegra la claridad de su inteligencia, y cuya mirada está constantemente fija en los elevados ideales que constituyen el objeto de sus aspiraciones, en el *Fedon* se nos muestra la inalterable tranquilidad, la resignación, muy superior á la que después se ha llamado estoica, con que vió el filósofo llegar la muerte. El efecto del *Fedon* como obra de arte, estriba principalmente en la noble sencillez de la exposición. Por otro lado, sería difícil citar ningún otro diálogo en que se hallen tan admirablemente combinados como en éste, el arte de exponer las ideas con claridad plástica y el sentido del justo medio llevado al refinamiento: cosa tanto más extraña, cuanto que estaba muy en peligro de caer en un tono demasiado patético. Pero mejor que por ningún otro medio despiértase este sentimiento en el alma del lector, por la manera magistralmente dramática con que Platon trata el asunto de su obra. Como en el último acto de una gran tragedia, va subiendo de punto el interés hasta llegar al desenlace, sin que por ello la dicción deje de ser llana y sencilla. ¡Cuán conmovedoras son además las distintas escenas, y cuán significativas algunas alusiones, como la del canto del cisne, en labios del mismo Sócrates!

Lo que respecto del *Fedon* es siempre inseguro y dudoso, está, por el contrario, fuera de toda duda con respecto á los dos diálogos *Timeo* y *Cricias*. Ambos guardan entre sí y con la *República*, la misma relación que existe entre el *Teeteto*, el *Sofista* y el *Político*. Por esto se parte de la idea de que el coloquio que lleva el nombre de Timeo tuvo lugar un día después al en que se verificó el que versa sobre la República [1]). En el *Timeo* revélase más claramente que en el *Fedon* la influencia pitagórica. En lo esencial, constituye su asunto la doctrina de Timeo sobre el origen del

[1]) Esta ficción no obliga en modo alguno á admitir que Platon compusiera el *Timeo* inmediatamente después de la *República*.

mundo y la naturaleza humana: doctrina que el mismo Timeo expone en presencia de Sócrates, de Cricias y de Hermocrates. Aunque fácilmente se comprende que es hoy imposible determinar hasta qué punto es exacta la afirmación, que por primera vez encontramos en Timon el Silógrafo, de que para componer su obra sirvió de base á Platon un manuscrito de Timeo [1]), no sólo el hecho en sí no tiene nada de inconcebible, como claramente lo indica el objeto del diálogo, sino que parece confirmar esta hipótesis el tono de la obra, muy distinto del de las demás producciones de Platon. Pero más bien que de un trabajo de Timeo, de cuya existencia puédese hasta con razon dudarse, pudiera ser que se tratara de uno de Filolao.

Por lo que hace al *Cricias*, al cual ya se alude en el mismo *Timeo* [2]), es de notar que ha quedado incompleto. Respecto de un tercer diálogo titulado *Hermocrates*, cuya publicación parece que se esperaba, no se sabe siquiera si se llegó á empezar [3]), y lo mismo sucede con el *Filósofo*, el cual debía servir como de continuación al *Sofista*. La razon de que el *Cricias*—cuyo asunto no es en el fondo más que el mito ya bosquejado en el *Timeo* y que algunos han atribuído á Solon, sobre la lucha sostenida por los atenienses con los habitantes de la legendaria Atlántida situada al otro lado de las Columnas de Hércules—no fuese terminado, no podemos señalarla con exactitud. La creencia de Plutarco de que la causa fué la muerte de Platon [4]), parece ser mera hipótesis.

Por haberle sorprendido la muerte, parece que dejó sin con-

[1]) Véase el capítulo XLIII, p. 138, nota 2. Sinesio, *De dono astrol.*, p. 307, c: Τίμαιος... παρ' οὗ ὁ Πλάτων ἡμῖν περὶ κόσμου φύσεως διαλέγεται, y Proclo, *in Tim.*, p. 3, b: ὁμολογεῖται παρὰ πάντων, ὅτι τοῦ Πυθαγορικοῦ Τιμαίου τὸ βιβλίον ὁ Πλάτων λαβών, ὃ περὶ τοῦ παντὸς αὐτοῦ συγκεῖται τὸν τῶν Πυθαγορείων τρόπον, τιμαιογράφειν, suponen que Platon utilizó una obra de Timeo. Mas parece que el último entendia por tal obra el extracto del diálogo de Platon que aun se conserva, y que corría con el nombre de Timeo.

[2]) Pág. 26, a.

[3]) Habíase concertado que cada uno de los presentes, á quienes Sócrates había referido el diálogo sobre la *República*, trataría por su parte más ámpliamente el mismo asunto. No puede determinarse quién fuera el cuarto personaje, del cual se dice al comienzo del *Timeo* que no compareció. Son insuficientes las razones que han movido á Van Heusde, *Initia philosophiæ Platonicæ*, Lugd. Batav., 1842, p. 562, á ver en este cuarto personaje al mismo Platon. Véase *Cricias*, p. 108, a, c.

[4]) *Vita Solonis*, c. 32.

cluir Platon otra obra cuya conexión con la *República* es bien manifiesta, por más que su autor no aluda á ella expresamente. Esta obra se titula las *Leyes* (Νόμοι) y consta de doce libros. Las citas que de ella hace Aristóteles, ponen su autenticidad fuera de duda, y las diferentes tentativas que se han hecho para reducir la propiedad intelectual de Platon en esta obra, á los más estrechos límites, pueden considerarse como fracasadas [1]). En ninguna parte aparece que Filipo de Opuncia fuese otra cosa que simple editor de las obras dejadas por Platon; y, por otro lado, no faltan razones que expliquen los defectos de un coloquio que, según todas las probabilidades, fué compuesto en un tiempo en que Platon ya había pasado los límites de la edad que en la mayoría de los hombres determina el agotamiento de toda fecundidad intelectual.

Lo que se ha dicho acerca de la extensión de la *República*, realmente excesiva tratándose de un solo y no interrumpido diálogo, es, con más razon, aplicable á las *Leyes*. Hay, no obstante, una diferencia, y es que aquí la extensión del coloquio se halla hasta cierto punto justificada, pues corresponde á la duración del viaje desde Cnoso hasta el templo de Zeus, que venía á ser una jornada. Intervienen en él un ateniense, que no se nombra, el espartano Megilo y el cnosio Clinias. Así pues, no sólo se omite á Sócrates, sino que no se procura retratar el carácter de los interlocutores, en la forma que tanta animación presta á los demás diálogos de Platon. Cada uno de ellos, es ni más ni menos que el representante de una determinada opinión respecto á las excelencias de ciertas formas de gobierno, sin otra individualidad propia que la que resulta de las diferencias de raza.

La manifiesta diferencia que entre la *República* y las *Leyes* existe, tal vez depende menos del distinto punto de vista filosófico que en una y otras se adopta, que de la disposición de ánimo del autor. En vez de la segura confianza que la primera obra revela, descúbrese claramente en la segunda una especie de desaliento, el cual no sólo se vislumbra ya en algunas manifestaciones de tinte pesimista, sino que se advierte claramente en lo limitado del fin, muy inferior al ideal á que la obra tiende [2]). Causas de este

[1]) Véase, por ejemplo, Ivo Bruns, *Plato's Gesetze vor und nach ihrer Herausgabe durch Philippos von Opus*, Weimar, 1880.

[2]) Véase el libro 5, p. 739, d: ἡ μὲν δὴ τοιαύτη πόλις, εἴτε που θεοὶ ἢ παῖδες θεῶν αὐτὴν οἰκοῦσι πλείους ἑνός, οὕτω διαζῶντες εὐφραινόμενοι κατοικοῦσι· διὸ δὴ καράδειγμά γε πολιτείας οὐκ ἄλλῃ χρὴ σκοπεῖν, ἀλλ' ἐχομένους ταύτης τὴν ὅ τι μάλιστα τοιαύτην ζητεῖν κατὰ δύναμιν· ἣν δὲ νῦν ἡμεῖς ἐπικεχειρήκαμεν, εἴη τε ἂν γενομένη πως ἀθανασίας ἐγγύτατα καὶ ἡ μία δευτέρως· τρίτην δὲ μετὰ ταῦτα, ἐὰν θεὸς ἐθέλῃ, διαπερανούμεθα, y el libro 7, p. 807, b. Merece especial atención el libro 7, p. 803, b: ἔστι δὴ τοίνυν τὰ τῶν ἀνθρώπων πράγματα μεγάλης μὲν σπουδῆς οὐκ ἄξια, ἀναγκαῖον γε μὴν σπουδάζειν.

[1]) *Politica*, 2, 6, p. 1264, b, 26: σχεδὸν δὲ παραπλησίως καὶ περὶ τοὺς Νόμους ἔχει τοὺς ὕστερον γραφέντας· διὸ καὶ περὶ τῆς ἐνταῦθα πολιτείας ἐπισκέψασθαι μικρὰ βέλτιον.

[2]) Libro 1, p. 638, b. Véase también Bentley, *Abhandlungen über die Briefe des Phalaris*, p. 363 de la traducción de Wold. Ribbeck, y Böckh, *In Platonis qui fertur Minoem*, p. 73.

[3]) Libro 4, p. 709, e y ss. Véase Susemihl, *Die genet. Entw. der Plat. Philosophie*, vol. 2, p. 693 y ss.

cambio pudieron ser, así la mayor experiencia de Platon, como la oposición que hallaron sus ideas y su avanzada edad. Se ha dicho que Platon trabajó en esta obra hasta el fin de su vida;—que la escribió después que la *República*, lo consigna expresamente Aristóteles [1])—y en favor de este aserto, habla toda una serie de razones intrínsecas: sobre todo, el poco arte que se descubre en la exposición, y el cual hace innecesario buscar en la obra misma pruebas positivas. Es de todas suertes dudoso que un pasaje del libro primero aluda á la victoria que sobre los Locrios obtuvo Dionisio el Joven en el año 1 de la 106.ª Olimpiada, 356 a. Chr. [2]); y es de igual suerte meramente hipotético, el sentido que se atribuye á la descripción de un tirano que se hace en el libro cuarto, diciendo que el autor aludía con ella á Dionisio el Joven [3]). De mucha más importancia sería el poder afirmar con seguridad, que ciertas digresiones de las *Leyes* iban dirigidas contra Aristóteles; pues que con ello, no sólo tendríamos una base para determinar la fecha de esta obra, sino que nos daría mucha luz acerca de las relaciones en que en determinado tiempo estuvo Platon con sus discípulos más distinguidos. Sobre este punto, tendremos ocasión de volver más adelante.

Las razones expuestas hacen que no tengamos para que hablar nuevamente del *Epinomis*; si Platon no publicó por sí mismo las *Leyes*, tampoco pudo ser autor del *Epinomis*, obra que es continuación de la anterior, y en la que el diálogo está sostenido por los mismos personajes. A falta de mejores datos, puede atribuirse con bastantes probabilidades de acierto á Filipo de Opuncia, escritor poco conocido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hemos concluído de pasar revista—pues sólo esto y no un detenido estudio era posible—á las obras que forman la colección hoy conservada con el nombre de Platon [1]). En el capítulo siguiente expondremos el carácter de éste filósofo como escritor.

---

[1]) No hay para qué ocuparse aquí más extensamente en las llamadas *diéresis*, cuyo objeto era establecer la conveniente distinción entre ideas diversas expresadas por una misma palabra, ni en las *definiciones*. De las primeras habla Aristóteles, *De gen. et corr.*, 2, 3, p. 330, b, 25, pasaje que debe confrontarse con el 4, 11, p. 1019, a, 3 de la *Metafísica*, y el 1, 2, p. 642, b, 10, del tratado *De part. anim.* Diógenes Laercio, 3, 80, nos trasmite una colección de ellas, que dice haber sido formada por Aristóteles; de igual suerte en un manuscrito de la Biblioteca de San Marcos, del cual la publicó V. Rose, se encuentra, como obra de Aristóteles, una extensa colección de aquel linaje. Las definiciones (ὅροι) se hallan comprendidas de antiguo en nuestras ediciones. Tanto en uno como en otro caso, se trata evidentemente de temas tomados de las explicaciones de Platon. Citanse igualmente entre los escritos de Espeusipo, διαιρέσεις καὶ πρὸς τὰ ὅμοια y ὅροι. Habría que investigar además, si en la redacción actual de aquellas colecciones, se encuentran vestigios de las lecciones de Platon en la Academia.

CAPÍTULO XLV

Carácter de Platon como escritor.

Como Sófocles, estuvo dedicado Platon por espacio de sesenta años nada menos, á las tareas de escritor; y si bien su contemporáneo Isócrates le aventajó en este concepto, es, sin embargo, inferior á él en todos los demás. Para convencerse de ello, basta comparar una de las admirables creaciones de Platon con la obra de Isócrates de que éste parece mostrarse más orgulloso y en cuya preparación invirtió, según se cree, diez años. Aun prescindiendo del fondo, no puede, ni por un momento, ponerse en duda la superioridad de Platon. No sólo supera á Isócrates por su talento y por su arte infinitamente mayor y sobre todo más variado, si no que hay que considerarle como el verdadero creador de la forma artística de que se sirvió, ó reconocer por lo menos que la llevó á un grado de perfección que jamás superó escritor alguno.

Generalmente se ve en Platon al hombre que de los llamados discursos socráticos, hizo surgir el diálogo filosófico. Esta diferencia parece que no fué debidamente apreciada por Aristóteles, quien como ya hemos visto, se ocupó en esta cuestión [1]). Para él, como para toda la antigüedad, no era el fondo lo principal, sino la forma. Así se explica el paralelo que establece entre los discursos socráticos—en los cuales indudablemente incluye los diálogos de Platon—y los *Mimos* de Sofron y de Xenarco; y sobre todo la idea de que, á juzgar por su propia esencia, la cual estri-

---

[1]) Véase la pág. 22 del presente tomo. Diógenes Laercio, 3, 47, refiere que ya el eleático Zenon, se había servido de la forma dialogada. Aristóteles, en su diálogo el *Sofista*, le presentaba como inventor de la dialéctica. Diógenes Laercio, 8, 57 y 9, 25. Sexto Empírico, *Adversus dogm.*, 1, 6. An., *V. Plat.*, p. 395 de Westermann.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hemos concluído de pasar revista—pues sólo esto y no un detenido estudio era posible—á las obras que forman la colección hoy conservada con el nombre de Platon [1]). En el capítulo siguiente expondremos el carácter de éste filósofo como escritor.

---

[1]) No hay para qué ocuparse aquí más extensamente en las llamadas *diéresis*, cuyo objeto era establecer la conveniente distinción entre ideas diversas expresadas por una misma palabra, ni en las *definiciones*. De las primeras habla Aristóteles, *De gen. et corr.*, 2, 3, p. 330, b, 25, pasaje que debe confrontarse con el 4, 11, p. 1019, a, 3 de la *Metafísica*, y el 1, 2, p. 642, b, 10, del tratado *De part. anim.* Diógenes Laercio, 3, 80, nos trasmite una colección de ellas, que dice haber sido formada por Aristóteles; de igual suerte en un manuscrito de la Biblioteca de San Marcos, del cual la publicó V. Rose, se encuentra, como obra de Aristóteles, una extensa colección de aquel linaje. Las definiciones (ὅροι) se hallan comprendidas de antiguo en nuestras ediciones. Tanto en uno como en otro caso, se trata evidentemente de temas tomados de las explicaciones de Platon. Citanse igualmente entre los escritos de Espeusipo, διαιρέσεις καὶ πρὸς τὰ ὅμοια y ὅροι. Habría que investigar además, si en la redacción actual de aquellas colecciones, se encuentran vestigios de las lecciones de Platon en la Academia.

CAPÍTULO XLV

Carácter de Platon como escritor.

Como Sófocles, estuvo dedicado Platon por espacio de sesenta años nada menos, á las tareas de escritor; y si bien su contemporáneo Isócrates le aventajó en este concepto, es, sin embargo, inferior á él en todos los demás. Para convencerse de ello, basta comparar una de las admirables creaciones de Platon con la obra de Isócrates de que éste parece mostrarse más orgulloso y en cuya preparación invirtió, según se cree, diez años. Aun prescindiendo del fondo, no puede, ni por un momento, ponerse en duda la superioridad de Platon. No sólo supera á Isócrates por su talento y por su arte infinitamente mayor y sobre todo más variado, si no que hay que considerarle como el verdadero creador de la forma artística de que se sirvió, ó reconocer por lo menos que la llevó á un grado de perfección que jamás superó escritor alguno.

Generalmente se ve en Platon al hombre que de los llamados discursos socráticos, hizo surgir el diálogo filosófico. Esta diferencia parece que no fué debidamente apreciada por Aristóteles, quien como ya hemos visto, se ocupó en esta cuestión [1]). Para él, como para toda la antigüedad, no era el fondo lo principal, sino la forma. Así se explica el paralelo que establece entre los discursos socráticos—en los cuales indudablemente incluye los diálogos de Platon—y los *Mimos* de Sofron y de Xenarco; y sobre todo la idea de que, á juzgar por su propia esencia, la cual estri-

---

[1]) Véase la pág. 22 del presente tomo. Diógenes Laercio, 3, 47, refiere que ya el eleático Zenon, se había servido de la forma dialogada. Aristóteles, en su diálogo el *Sofista*, le presentaba como inventor de la dialéctica. Diógenes Laercio, 8, 57 y 9, 25. Sexto Empírico, *Adversus dogm.*, 1, 6. An., *V. Plat.*, p. 395 de Westermann.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ba en la simple imitación, deben aquéllos ser considerados como obras poéticas.

No hemos de entrar aquí en digresiones acerca de hasta qué punto pueda ó no esta apreciación parecer justificada. Mas presupuesta su exactitud, habrá que conceder que, sobre todo, parece aplicable á los diálogos de Platon. Aunque en distintas proporciones, el elemento mímico y la pintura de caracteres, son elementos esencialísimos de los mismos [1]). Cada uno de estos diálogos encierra una acción completa, motivo por el cual puede muy bien comparárseles á verdaderos dramas, y en esto precisamente estriba la diferencia que existe entre la manera cómo manejó Platon la forma dialogada, y el empleo que de la misma hicieron los escritores posteriores. Excepción hecha quizá de las *Leyes*, en las cuales, y bajo este punto de vista, se advierte un evidente retroceso, en las obras de Platon el diálogo va siempre relacionado estrechamente con la manera de tratar las cuestiones que constituyen sus respectivos asuntos. Lejos de considerarlo como mera forma ó atavío del pensamiento, debe mirársele como objeto propio de la exposición. Lo que incidentalmente dice Sócrates en la *República* [2]), tiene, aunque en medida diversa, perfecta aplicación á los coloquios. De aquí las frecuentes dificultades con que se tropieza al tratar de resumir y concretar el curso, á menudo complejo y confuso, de las ideas en cada uno de ellos, ó de determinar el verdadero objeto de los mismos.

Mas lejos de considerarla como un defecto, explica perfectamente esta circunstancia la composición infinitamente más artística que, comparados con otros, ostentan los diálogos de Platon. Lo que éste se propone no es, como sucede á Jenofonte, reproducir simplemente y con la mayor fidelidad posible coloquios en realidad sostenidos por Sócrates; de aquí que las censuras que á veces le han dirigido los antiguos, fundados en que en sus diálogos ha quebrantado la verdad histórica, sean completamente injustificadas y absurdas [3]). La conducta de Platon en este punto, sólo es comparable á la seguida por los poetas dramáticos respecto de

[1]) Véase lo que observa Aristóteles, *Retórica*, 3, 16, p. 1417, a, 19: διὰ τοῦτο οὐκ ἔχουσιν οἱ μαθηματικοὶ λόγοι ἦθη ὅτι οὐδὲ προαίρεσιν· τὸ γὰρ οὗ ἕνεκα οὐκ ἔχουσιν· ἀλλ' οἱ Σωκρατικοί· περὶ τοιούτων γὰρ λέγουσιν· ἀλλὰ ἠθικὰ τὰ ἑπόμενα ἑκάστῳ ἤθει, οἷον ὅτι ἅμα λέγων ἐβάδιζεν.

[2]) Véase lo dicho ya sobre el particular.

[3]) Véase Ateneo, 5, p. 217 y ss.

los mitos. Ahora bien; al no limitarse su método de exposición á reproducir pura y simplemente la realidad, sino más bien á imitarla de una manera artística, elévase á aquel sublime grado de verdad que, según atinada observación de Aristóteles [1]), constituye una excelencia de la poesía sobre la historiografía, y que es precisamente el motivo por el cual Platon debe ser considerado como verdadero poeta. Lo que le erige en poeta, no es ciertamente su lenguaje más ó menos poético, siquiera, como observa también Aristóteles [2]), deba ocupar su estilo el punto medio entre la poesía y la prosa, sino más bien la manera de concebir los asuntos y la forma original é ingeniosa de desarrollarlos. Cada uno de sus coloquios constituye una especie de drama, cuya composición ó es única y sencilla, ó está dividida en una serie de escenas más ó menos variadas [3]). Sin embargo, menos que en la acción, por artísticamente desarrollada que ésta se halle, estriba su naturaleza dramática en la pintura de los caracteres de los personajes que, como interlocutores, intervienen en el diálogo.

No hay para qué decir que, en general, la personalidad de Sócrates aparece en todos ellos en primer término. Que Platon debía tener el propósito de bosquejar un fiel trasunto de la existencia de Sócrates, desde su juventud hasta su muerte, al propio tiempo que el ideal del verdadero filósofo, de manera que los mismos distintos períodos de la vida de Sócrates viniesen á determinar el orden de sucesión de los diversos diálogos, es una opinión que no sólo merece fe, sino que ofrece completa garantía de verosimilitud [4]). En muchos coloquios, sin embargo, el último y principal objetivo es indudablemente retratar con la mayor exactitud posible la personalidad de Sócrates, y sobre todo su método de enseñanza, relacionado íntimamente con su anhelo de descubrir siempre la verdad. Pero así como los diversos rasgos, por más que todos ellos estén tomados de la realidad, forman, en definitiva, un conjunto perfectamente ideal, de la misma suerte todos los demás interlocutores, aunque sean personajes históricos,

[1]) *Poética*, c. 9.

[2]) Diógenes Laercio, 3, 37: φησὶ δ' Ἀριστοτέλης τὴν τῶν λόγων ἰδέαν αὐτοῦ μεταξὺ ποιήματος εἶναι καὶ πεζοῦ λόγου, que Temistio, *Orat.*, 26, p. 319, a, ha utilizado. Véase también Ciceron, *Orator*, c. 20, 67.

[3]) Véase la disertación de Fr. Thiersch, *Ueber die dramatische Natur der Platonischen Dialoge*, München, 1837.

[4]) Véase Munk, *Die natürliche Ordnung der Platonischen Schriften*, Berlín, 1856.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

son presentados más bien como defensores genuinos y entusiastas de doctrinas más ó menos afines á las preconizadas por Sócrates ó á las por éste combatidas como perjudiciales y deletéreas. Es por extremo interesante el paralelo que uno de los más notables escritores cristianos, establece entre los diálogos de Platon de una parte, y los de Aristóteles y Teofrasto por otra. Como diferencia esencial entre unos y otros, señala la falta en los de estos últimos, de las pinturas de caracteres que por doquiera hallamos en las obras de Platon; y es que, en su concepto, comprendían Aristóteles y Teofrasto que carecían ellos del talento necesario para bosquejarlos. Al mismo tiempo, observa el referido escritor que Platon se sirvió de este medio para defender y sacar triunfantes las opiniones de Sócrates, ridiculizando los errores y defectos de sus adversarios [1]). En realidad, los ataques de Platon van á menudo dirigidos no sólo contra las doctrinas, sino también contra sus defensores; y así es que no pocos de sus diálogos llevan claramente impreso el sello de la sátira. Según una conocida anécdota, cuando Gorgias llegó á Atenas y fué saludado por Platon con los calificativos de «el hermoso y el dorado», adoptando aquél el mismo tono, exclamó: «¡En verdad que Atenas ha producido un nuevo y admirable Arquíloco!» [2]) Pero aunque esta anécdota, como tantas otras que nos ha transmitido la antigüedad, hubiera sido inventada con el solo y exclusivo fin de dar el mayor realce posible á un determinado aspecto del carácter de Platon, no sería posible dudar un momento de la maestría con que éste manejó la sátira. La sátira de Platon elegía sobre todo para blanco de sus tiros á los sofistas, aunque no siempre con igual saña;

[1]) Basil., *Epist.*, 167, t. 3, p. 187 C: τῶν ἔξωθεν φιλοσόφων οἱ τοὺς διαλόγους συγγράψαντες, Ἀριστοτέλης μὲν καὶ Θεόφραστος εὐθὺς ἥψαντο τῶν πραγμάτων, διὰ τὸ συνειδέναι ἑαυτοῖς τῶν Πλατωνικῶν χαρίτων τὴν ἔνδειαν. Πλάτων δὲ τῇ ἐξουσίᾳ τοῦ λόγου ὁμοῦ μὲν τοῖς δόγμασί μάχεται, ὁμοῦ δὲ παρακωμῳδεῖ τὰ πρόσωπα· Θρασυμάχου μὲν τὸ θρασὺ καὶ ἴταμον διαβάλλων, Ἱππίου δὲ τὸ κοῦφον τῆς διανοίας καὶ χαῦνον, καὶ Πρωταγόρου τὸ ἀλαζονικὸν καὶ ὑπέρογκον· ὅπου δὲ ἀόριστα πρόσωπα ἐπεισάγει τοῖς διαλόγοις, τῆς μὲν εὐκρινείας ἕνεκεν τῶν πραγμάτων κέχρηται τοῖς προσδιαλεγομένοις, οὐδὲν δὲ ἕτερον ἐκ τῶν προσώπων ἐπεισκυκλεῖ τοῖς ὑποθέσεσιν, ὅπερ ἐποίησεν ἐν τοῖς Νόμοις,

[2]) Ateneo, 11, p. 505, d: Ἕρμιππος δὲ ἐν τῷ περὶ Γοργίου... εἰπόντος τοῦ Πλάτωνος, ὅτε ἴδεν αὐτόν· ἥκει ἡμῖν ὁ καλός τε καὶ χρυσοῦς Γοργίας, ἔφη ὁ Γοργίας· ἢ καλόν γε αἱ Ἀθῆναι καὶ νέον τοῦτον Ἀρχίλοχον ἐνηνόχασιν. Es análoga la exclamación antes citada en que se dice prorrumpió Gorgias al leer el diálogo que lleva su nombre: ὡς καλῶς οἶδε Πλάτων ἰαμβίζειν.

y precisamente estas diferencias, constituyen una prueba más de la fidelidad con que bosquejaba y describía el carácter de cada una de las diversas personalidades que hacía intervenir en sus obras. Sin embargo, el medio de que más á menudo se sirvió fué, en el fondo, el mismo que desde largo tiempo atrás acostumbraba emplear la comedia para análogos fines. La manera de imitar no sólo las cualidades puramente externas de sus personajes, sino también su dicción familiar, hasta en los pormenores más insignificantes, recuerda á todas luces la parodia. Para juzgar en todo su verdadero alcance lo que Platon hizo en este terreno, necesitaríamos, en primer término, estar familiarizados con los modelos más ó menos notables de aquella época, cuyo estilo así oratorio como literario, se propuso él copiar, y los cuales no conocemos nosotros hoy sino por meras imitaciones; sólo de esta suerte podríamos llegar á adquirir de ellos aquel profundo conocimiento en que evidentemente estriba el principal encanto, el cual sería á su vez tanto mayor cuanto más de cerca pudiéramos estudiarlos. ¡Cuán distinta de la nuestra debió ser la impresión que los discursos magistralmente imitados en el *Banquete*, produjeran en los contemporáneos, quienes no sólo no perdían la alusión más ligera, si no que se hallaban en condiciones de poder apreciar en todo su valor aun los más oscuros é insignificantes pormenores! Pero con todo esto, aun hay base más que suficiente para formar la más favorable idea, de los extraordinarios talentos de que en este terreno dió Platon brillantes pruebas. Con un raro espíritu de observación, un privilegiado golpe de vista, para el que no pasaba desapercibido el menor defecto ni atentado alguno contra el mal gusto, y finalmente, con un perfecto conocimiento de todos los medios que la Retórica, á la sazon en moda, ponía en sus manos, reunía el arte de la imitación más perfecta.

No es nuestro propósito entrar á examinar aquí el difícil problema de si el cuidado y esmero de que Platon dió en este terreno palmarias muestras, no estaba hasta cierto punto en pugna con el juicio formado por él sobre la literatura en general, y en particular, sobre la poesía imitativa [1]). Mas es de todas suertes imposible desconocer el divorcio que existe entre las convicciones por él adquiridas en sus investigaciones filosóficas, y

[1]) Véase el *Fedro*, p. 276, y la *República*, 3, p. 395, e.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su primitivo amor á la poesía: divorcio que no se muestra de manera alguna en el empleo de mitos, en sus obras tan frecuente, y los cuales sólo se diferencian de los del poeta en que no pugnan con ninguna consideración moral. Ahora bien: si dejamos á un lado este punto, para concretarnos lisa y llanamente á los hechos que se nos refieren, encontraremos que se cuenta sin duda entre las tradiciones más autorizadas, la relativa á la predilección que Platon mostró por los trabajos poéticos que tenían cierta afinidad ó analogía con los suyos propios; y en este concepto fueron para él objeto de singular estima, además de las obras de Aristófanes, las de los dos poetas siracusanos Sofron y Epicarmo. Es, sin embargo, dudoso si, como cuentan algunos, se halló en el lugar en que murió Platon un ejemplar de las obras de Aristófanes, ó si, como refieren otros, fueron los *Mimos* de Sofron [1]); pero aun cuando la forma en que se nos trasmite esta noticia fuera inventada, en el fondo no podría negarse su exactitud. Por lo que hace á Aristófanes, el papel que desempeña en el *Banquete* basta para demostrar que por lo menos no merecía á Platon un concepto desfavorable, ya que carecemos de toda otra noticia sobre las relaciones que entre ambos pudieran mediar. Es indudable, que durante su permanencia en Sicilia aficionóse y consagró atención especial á las obras de Sofron y de Epicarmo. Evidentemente, de la mención que Platon hace de este último [2]), es fuerza inferir que tenía de él la más alta idea. Sin embargo, para conceder y dar por sentado que, como un cierto Alcimo ha querido demostrar, Platon tomó de sus obras no pocas de sus teorías filosóficas, necesitaríanse mejores pruebas que las que se citan en apoyo de tamaño aserto [3]). Mayor crédito merecen las noti-

[1]) De ambas versiones habla Olimpiodoro, p. 384. La segunda es á menudo relatada verosímilmente fundándose en el testimonio de Apolodoro, el cual publicó las obras de Epicarmo y de Sofron (véase P. Schuster, *Heraklit und Sophron in Platonischen Citaten*, en el RHEIN. MUSEUM, vol. 29, p. 612 y 613), Valerio Máximo, 8, 7, Quintiliano, 1, 10, 17, y Diógenes Laercio, 3, 28. Con más circunspección se expresa Duris, en Ateneo, 11, página 504, b, pues sólo dice que Platon leía constantemente los *Mimos* de Sofron.

[2]) *Teeteto*, p. 152, e: τῶν ποιητῶν οἱ ἄκροι τῆς ποιήσεως ἑκατέρας, κωμῳδίας μὲν Ἐπίχαρμος, τραγῳδίας δὲ Ὅμηρος. Véase el *Gorgias*, p. 505, e.

[3]) Diógenes Laercio, 3, 9: πολλὰ δὲ καὶ παρ' Ἐπιχάρμου τοῦ κωμῳδοποιοῦ προσωφέληται, τὰ πλεῖστα μεταγράψας, καθά φησιν Ἄλκιμος ἐν τοῖς πρὸς Ἀμύνταν, ἃ ἐστι τέτταρα. Después de citar cuatro pasajes de comedias de Epicarmo en que se formulan opiniones que también se encuentran en Platon, dice para concluir; 17: καὶ ταῦτα μὲν καὶ τὰ τοιαῦτα διὰ τῶν τεσσάρων βιβλίων παραπήγνυσιν ὁ Ἄλκιμος, παρασημαίνων τῆς ἐξ Ἐπιχάρμου Πλάτωνι περιγινομένην ὠφέλειαν. Débese añadir que no puede en manera alguna invocarse esta prueba, sin declarar en parte apócrifos los versos de Epicarmo, como hizo Steinhart, *Leben Platons*, p. 13, 14 y 264, 265, ó tildar á Alcimo de haber utilizado una supuesta obra de Platon. Por lo demás, no parece hablar de obras de Platon, sino sólo de sus opiniones filosóficas.

cias que tenemos de Sofron según las cuales, no sólo llevó y dió á conocer Platon sus *Mimos* en Atenas, sino que utilizó para sus obras las pinturas de caracteres que en ellos hallara, y las cuales eran tenidas por muy notables [1]).

No intentaremos resolver aquí si los ensayos hechos en la época moderna para demostrar el influjo de Sofron ó reminiscencias de sus poemas en determinados pasajes de los diálogos de Platon, han logrado su objeto [2]); pues ¿para qué insistir en esta tesis, cuando el paralelo que en dos distintos lugares hace Aristóteles, revela ya bien á las claras el propósito de atribuir una misma forma artística á las poesías de Sofron y á los diálogos platónicos? Ahora bien: aun admitiéndolo así es evidente que entre los cuadros y descripciones tomadas de la vida diaria, como eran las reproducidas por Sofron, y las que sobre todo conocemos por las imitaciones de Teócrito en las *Fiestas de Adonis*, de una parte, y de otra las escenas pintadas por Platon, la diferencia queda en último término limitada á la diversidad de los personajes que en unas y otras intervienen, así como á lo que constituye el asunto del diálogo. Según parece, Sofron gustaba de elegir sus personajes de entre las últimas clases sociales, al paso que Platon nos transporta al medio de aquellos círculos ó asociaciones tan nu-

[1]) Diógenes Laercio, 3, 18: δοκεῖ δὲ Πλάτων καὶ τὰ Σώφρονος τοῦ μιμογράφου βιβλία ἡμελημένα πρῶτος εἰς Ἀθήνας διακομίσαι καὶ ἠθοποιῆσαι πρὸς αὐτόν. Véase también Tzetzes, *Chiliad.*, 10, 806 y ss.:

ὠνεῖται (ὁ Πλάτων) καὶ τοὺς μίμους δέ, τὸ Σώφρονος βιβλίον,
ἀνδρὸς σοφοῦ τοῦ Σώφρονος, ὄντος Συρακουσίου.
καὶ τοῦτο δὲ τῷ Πλάτωνι δίδωσιν (ὁ Δίων) ὡς ποθοῦντι.
ἀφ' οὗπερ ἐμιμήσατο γράφειν τοὺς διαλόγους,
ὡς ἐν τοῖς Σίλλοις φαίνεται ὁ Τίμων διαγράφων.
ὅμως καὶ οὕτω παρ' αὐτοῦ κατενηργετημένος
οὐκ ἀναργύρους οὐδ' αὐτῷ ἐδίδου τοὺς σφοὺς λόγους,

con lo cual debe confrontarse el 11, 41.

[2]) Además del citado trabajo de P. Schuster, debe verse R. Förster en el tomo 30 del *Rhein. Museum*, p. 316.

merosas en Atenas desde cierto tiempo, y que se distinguían por su cultura y saber verdaderos ó falsos. Por lo demás, es perfectamente indiferente que el objeto de la imitación fuese el lenguaje sencillo y plagado de idiotismos de todo linaje usado por el pueblo [1]), ó un lenguaje amanerado por la influencia de un gusto corrompido. Cuanto menos puede ponerse en duda el carácter mímico que ostentan los diálogos de Platon,—y ciertamente por esto es de todo punto absurdo querer ver otra cosa que simples imitaciones, en la mayoría de los discursos que con nombres ajenos hallamos en las obras de este filósofo—tanto más inclinados nos sentiremos á considerar como perfectamente fidedignas las noticias que nos han sido trasmitidas, sobre el interés que á Platon inspiraban las obras del poeta siracusano.

Pero más importante que todo género de testimonios, sería el hecho—si al fin llegara á confirmarse, como recientemente se ha intentado con habilidad [2]),—de que, bien á consecuencia del mucho estudiar las obras de Sofron y de Epicarmo, bien merced á su larga estancia en Sicilia, Platon se hubiera apropiado ciertos giros del lenguaje vulgar de Siracusa, completamente extraños al ateniense y que por lo mismo no se hallaran en sus primeras producciones. Los antiguos, que creyeron hallar en algunas tragedias de Esquilo, vestigios de su permanencia en Sicilia [3]), no han observado nada parecido en Platon. Sin embargo, apenas puede concederse gran importancia al silencio que guardan sobre este punto. Excepción hecha de colecciones formadas en época relativamente temprana, en las cuales se explican algunas frases oscuras que se hallan en las obras de Platon [4]), no conocemos in-

[1]) Filoxeno, en *Et. M.*, p. 774, 41, hace la siguiente observación: ζήτει τὸ παρὰ Σώφρονι, ὑγιώτερον κολοκύντας, πῶς οὐ λέγει ὑγιέστερον; ῥητέον οὖν, ὅτι ἑκοντὶ ἥμαρτε, τὸ ἄκακον τῆς γυναικείας ἑρμηνείας μιμησάμενος· ὃν τρόπον κἀκεῖ ἐσολοίκισε, τατώμενα τοῦ κιτῶνος, ἀντὶ τοῦ, ἐνέχυρα Ζείς.

[2]) Véase Dittenberger en el HERMES, vol. 16, p. 321 y ss.

[3]) Ateneo, 9, p. 402, c.

[4]) No se conocen más pormenores de la colección Λέξεις Πλάτωνος ἐν βιβλίοις β′ del huésped de César, Harpocración de Argos, citada por Suidas. De las dos obras que menciona Focio, Λέξεων Πλατωνικῶν συναγωγὴ κατὰ στοιχεῖον, cuyo autor era Boeto, y la de Timeo, περὶ τῶν παρὰ Πλάτωνι λέξεων κατὰ στοιχεῖον, sólo se ha conservado la última. Sin embargo, esta parece ser sólo un mezquino extracto, como lo demuestra el Διδύμου περὶ τῶν ἀπορουμένων παρὰ Πλάτωνι λέξεων, publicado por E. Miller en las *Mélanges de littérature grecque*, Paris, 1868, cuyas aclaraciones se encuentran también en su mayoría en los escolios.

vestigaciones más detenidas, sobre el dialecto de este filósofo.

Por lo que hace á su estilo, sólo ha llegado á nosotros una serie de observaciones meramente incidentales, pues que jamás parece haberse intentado señalar cumplidamente y en conjunto, sus excelencias y carácter propio. Por lo demás, el juicio que bajo este aspecto se ha formado de Platon, es muy vario; pues mientras Ciceron no desperdicia coyuntura alguna para colmarle de alabanzas, entre los críticos de la siguiente época parece haber imperado un decidido empeño de ver en él inexactitudes y defectos, y de considerarle inferior á otros escritores.

En lo que á Ciceron toca, Platon á sus ojos no sólo es una autoridad en el decir [1]), sino que está muy por encima de todos los demás filósofos así por la amenidad como por la majestad de su palabra [2]); y aunque no se encuentra en él la energía que caracteriza á los oradores, no hay que atribuir este defecto á falta de aptitudes, sino al hecho de haberse consagrado, como Demóstenes, á un determinado género de la oratoria [3]). Es, sin embargo, inconcebible el dicho de que si los dioses se sirvieran del lenguaje de los hombres, Júpiter habría hablado como Platon [4]).

Dionisio de Halicarnaso, que incidentalmente cita este elogio [5]), no se muestra propicio á hacerlo suyo. En su concepto, Platon no tiene derecho á figurar en el primer puesto, y sólo puede aspirar al segundo, el cual difícilmente podría disputársele [6]). No es nuestro propósito investigar las razones que sirvieron de base á este juicio, ni menos examinar en todos sus pormenores la

[1]) *Orat.*, 3, 10: *Ille non intelligendi solum, sed etiam dicendi gravissimus auctor et magister.*

[2]) *Loc. cit.*, 19, 62: *Quamquam enim et philosophi quidam ornate locuti sunt: siquidem et Theophrastus divinitate loquendi nomen invenit, et Aristoteles Isocratem ipsum lacessivit, et Xenophontis voce Musas quasi locutas ferunt, et longe omnium, quicumque scripserunt aut locuti sunt, extitit et suavitate et gravitate princeps Plato, tamen horum oratio neque nervos neque aculeos oratorios ac forenses habet.*

[3]) *De offic.*, 1, 1, 8: *Equidem et Platonem existimo, si genus forense dicendi tractare voluisset, gravissime et copiosissime potuisse dicere.*

[4]) *Brutus*, 31, 121: *Quis enim uberior in dicendo Platone? Iovem aiunt philosophi, si graece loquatur, sic loqui.*

[5]) *De admir. vi dic. in Demosthenes*, p. 1024: ἤδη δέ τινων ἤκουσα ἐγὼ λεγόντων, ὡς εἰ καὶ παρὰ θεοῖς διάλεκτός ἐστιν, ἡ τὸ τῶν ἀνθρώπων κέχρηται γένος, οὐκ ἄλλως ὁ βασιλεὺς ὢν αὐτῶν διαλέγεται θεὸς ἢ ὡς Πλάτων.

[6]) *Loc. cit.*, p. 1043: ὃς εἰ μὴ καὶ τὰ πρωτεῖα οἴσεται τῆς λέξεως, περί γε τῶν δευτερείων πολὺν ἀγῶνα παρέξει τοῖς διαμιλλησομένοις.

crítica que Dionisio hace de Platon, la cual descansa sobre todo en el paralelo que establece entre el discurso *Por la Corona* de Demóstenes y el discurso epitáfico del *Menexeno* [1]). Semejante paralelo, sin embargo, carece para nosotros de todo valor, porque recae en una obra de autenticidad muy dudosa, y la cual, aun concediendo que fuese indiscutiblemente auténtica, no puede contarse en manera alguna entre las mejores de aquel filósofo. Por lo demás, de esta misma parcialidad se resintió también Cecilio el retórico, contemporáneo de Dionisio. Sus prevenciones en favor de Lisias eran tan extraordinarias, que muy bien pudo decirse de él que amaba á éste más que á sí mismo y que su aversión á Platon superaba á su predilección por Lisias [2]).

Los juicios poco favorables que sobre Platon han formulado algunos retóricos—que eran intencionados, se desprende así de lo que sobre Cecilio queda dicho, como de la forma en que Dionisio intentó repetidas veces defender su opinión sobre el particular—nacen evidentemente de que no acertaron éstos á comprender bien su estilo. Mas no está menos influída su opinión por la parcialidad que caracteriza todas sus tendencias. No obstante poseer gran penetración para poder apreciar bien las delicadezas de una técnica desarrollada hasta un grado verdaderamente sorprendente, carecían de la agudeza de entendimiento necesaria para quilatar las diferencias resultantes, bien de la diversidad de géneros literarios, bien de los diversos respectivos fines. La insuficiencia de las noticias que hasta nosotros han llegado, nos impide determinar hasta qué punto se apoya su crítica en las opiniones ya formuladas en la época inmediatamente posterior á la de Platon. Sólo parece indudable que además de Dicearco, cuyas censuras contra el *Fedro* ya hemos mencionado [3]), no le escatimó tampoco las suyas Demetrio Faléreo [4]).

[1]) *Loc. cit.*, p. 1027 y ss. Que semejante paralelo se había hecho ya anteriormente, se infiere del dicho de Ciceron, *Orat.*, 44, 151.

[2]) Pseudolong., *De subl.*, c. 32, 8: καὶ ὁ Καικίλιος ἐν τοῖς ὑπὲρ Λυσίου συγγράμμασιν ἀπεθάρρησε τῷ παντὶ Λυσίαν ἀμείνω Πλάτωνος ἀποφήνασθαι, δυσὶ πάθεσι χρώμενος ἀκρίτοις· φιλῶν γὰρ τὸν Λυσίαν ὡς οὐδ' αὐτὸς αὑτόν, ὅμως μᾶλλον μισεῖ τῷ παντὶ Πλάτωνα ἢ Λυσίαν φιλεῖ.

[3]) Véase la pág. 168 del presente tomo.

[4]) Dionisio de Halicarnaso, *Epist. ad Cn. Pompei.*, p. 760, donde dice de Platon: μάλιστα δὲ χειμάζεται περὶ τὴν τροπικὴν φράσιν· πολλὴ μὲν γὰρ ἐν τοῖς ἐπιθέτοις, ἄκαιρος δ' ἐν ταῖς μετωνυμίαις, σκληρὰ δὲ καὶ οὐ σώζουσα τὴν ἀναλογίαν ἐν ταῖς μεταφοραῖς γίγνεται· ἀλληγορίας τε περιβάλλεται μακρὰς παὶ πολλάς, οὔτε μέτρον ἐχούσας, οὔτε καιρόν· σχήμασί τε ποιητικοῖς ἐσχάτην προσβάλλουσιν ἀηδίαν, καὶ μάλιστα τοῖς Γοργείοις, ἀκαίρως καὶ μειρακιωδῶς ἐναβρύνεται· καὶ πολυτέλειά τίς ἐστιν ἐν τοῖς τοιούτοις παρ' αὐτῷ, ὡς καὶ Δημήτριος ὁ Φαληρεὺς εἴρηκέ που, καὶ ἄλλοι συχνοὶ πρότερον. οὐ γὰρ ἐμὸς ὁ μῦδος. Las mismas palabras hallamos en *De admir. vi dic. in Demosthenes*, p. 966.

Aristóteles ha acertado á determinar infinitamente mejor los verdaderos caracteres de la dicción de Platon. Tan oportuna como la observación que hallamos en el libro III de la *Retórica*, sobre la ironía que resplandece en el *Fedro* [1]), es aquella otra de que el estilo de este filósofo ocupa realmente el punto medio entre la poesía y la prosa [2]). Bajo este aspecto, Platon tiene estrechas conexiones con gran número de filósofos griegos de épocas anteriores, pues, como aquéllos, unía el fundador de la Academia al amor á la forma poética, el amor también á la especulación filosófica. De poder hacerse, sería por extremo interesante un paralelo entre Platon y Demócrito, por ejemplo, cuyo estilo, como ya hemos tenido ocasión de ver, se distinguía asimismo por su arranque é inspiración poética. Mas los retóricos antiguos sólo en muy raros casos intentaron establecer tales paralelos; acostumbrados como estaban á dejarse guiar sólo por las necesidades de la escuela, sus opiniones se ajustaban siempre á un determinado modelo. No á otra cosa respondía evidentemente el juicio de Dionisio, al declarar que el estilo de Platon no era sino una mezcla de sublime y delicado (ἰσχνόν) [3]). Quizá con más justicia que á Demóstenes, podría aplicarse á Platon la denominación de «Proteo» que á aquél daba el mismo crítico [4]). Como

[1]) Cap. 7, p. 1408, b, 19.

[2]) En Diógenes Laercio, 3, 37: φησὶ δ' Ἀριστοτέλης τὴν τῶν λόγων ἰδέαν αὐτοῦ μεταξὺ ποιήματος εἶναι καὶ πεζοῦ λόγου. Una cosa análoga dice de Platon, Temistio, *Orat.*, 26, p. 319, a: λόγου ἰδέαν κερασάμενος ἐκ ποιήσεως καὶ ψιλομετρίας. Véase Ciceron, *Orat.*, c. 20, 67: *Itaque video visum esse nonnullis Platonis et Democriti locutionem, etsi absit a versu, tamen quod incitatius feratur et clarissimis verborum luminibus utatur, potius poema putandum quan comicorum poetarum: apud quos, nisi quod versiculi sunt, nihil est aliud quotidiani dissimile sermonis*, y Quintiliano, 10, 1, 81: *Philosophorum... quis dubitet Platonem esse praecipuum, sive acumine disserendi, sive eloquendi facultate divina quadam, et Homerica? Multum enim supra prosam orationem, et quam pedestrem Graeci vocant surgit: ut mihi non hominis ingenio, sed quodam Delphico videatur oraculo instinctus.*

[3]) *Epist. ad Cn. Pompei.*, 2, p. 758; ἡ δὲ δὴ Πλατωνικὴ διάλεκτος βούλεται μὲν εἶναι καὶ αὐτὴ δεῖγμα ἑκατέρου τῶν χαρακτήρων, τοῦ τε ὑψηλοῦ καὶ ἰσχνοῦ. Véase *De admir. vi dic. in Demosthenes*, p. 1083.

[4]) *De admir. vi dic. in Demosthenes*, c. 8, p. 975.

hemos procurado demostrar, su arte consistía sobre todo en la flexibilidad admirable de su estilo, y por decirlo así, en la facilidad de imitar y ridiculizar á maravilla el gusto dominante en materias de elocución.

Tal ensayo, presupone necesariamente, al lado de un delicado espíritu de observación, un completo predominio de la lengua. De poseer esta última cualidad ha dado Platon manifiestas pruebas, con haber enriquecido y perfeccionado el idioma. Bajo este aspecto, el tecnicismo filosófico tiene que agradecerle, por ejemplo, la palabra ποιότης, que más tarde llegó á hacerse de indispensable uso, y á la cual corresponde la latina *qualitas* [1]); de igual suerte, se le ha atribuído la introducción de otros vocablos como στοιχεῖον, ἀντίπους, διαλεκτική, θεοῦ προνοία [2]). Pero más aún que en el tecnicismo de la escuela, cuya inhabilidad y pesadez es á menudo imposible desconocer en el mismo Platon, manifiéstase patente la influencia del filósofo en el desarrollo de la prosa griega, la cual adquirió, gracias á él, la flexibilidad extraordinaria que sólo podía darle el empleo del diálogo. Debe mirarse como la prueba más clara del influjo por él ejercido, la circunstancia de que de ningún otro escritor posterior, se ha citado mayor número de giros y modismos que de Platon; hasta el punto de que, como ingeniosamente dice Luciano [3]), sus imitadores se complacieron á menudo en considerar como verdaderamente característicos ciertos giros áticos desterrados más tarde de la lengua griega.

Por lo que al lenguaje figurado respecta, no sólo fué empleado á menudo, sino hasta con gran licencia, por Platon. Son quizá demasiado exageradas aquellas construcciones que Aristóteles cita incidentalmente como de Platon [4]), y de las cuales, no existiendo vestigio alguno de ellas en los diálogos que hoy

[1]) *Teeteto*, p. 182, a: ἴσως οὖν ἡ ποιότης ἅμα ἀλλοκοτόν τε φαίνεται ὄνομα, καὶ οὐ μανθάνεις ἀθρόον λεγόμενον. Compárese con esto lo que Simplicio dice en su Comentario á las *Categorías* de Aristóteles, p. 66, b, 43; τὸ μὲν οὖν ὄνομα τῆς ποιότητος δοκεῖ πρῶτον ὁ Πλάτων πεποιηκέναι, ὡς αὐτὸς ἐν Θεαιτήτῳ ἐπισημαίνεται καὶ παράγει τὸ ὄνομα πεποιηκέναι, y Diógenes Laercio, 3, 24. Por lo demás, Platon sólo ha empleado esta palabra en el pasaje citado.

[2]) Véase Diógenes Laercio, 3, 24.

[3]) *Rhetor. praecept.*, c. 17. Véase Temistio, *Orat.*, 21, p. 253 de Hard.

[4]) *Topica*, 6, 2, p. 140, a, 3: ἔτι εἰ μὴ κειμένοις ὀνόμασι χρῆται, οἷον Πλάτων ὀφρυόσκιον τὸν ὀφθαλμόν, ἢ τὸ φαλάγγιον σηψιδακές, ἢ τὸν μυελὸν ὀστεογενές· πᾶν γὰρ ἀσαφὲς τὸ μὴ εἰωθός.

se conservan, ha de creerse que fueron tomadas, según todas las apariencias, de la tradición oral. No puede ponerse en tela de juicio la analogía, aunque remota, que existe entre las denominaciones de «el sombreado por las pestañas» dada al ojo, «comedores de podredumbre» aplicada á ciertos insectos, «generador de los huesos» empleada para designar la médula, y aquellas otras que Platon da en el *Timeo* á las diversas partes del cuerpo, como cuando llama á la cabeza «la ciudadela» y al cuello «el istmo que une la cabeza con el tronco» [1]). Como en el presente caso, el símil raya á menudo en verdadera alegoría. En comprobación de ello cítase á menudo un pasaje de las *Leyes* en que para hacer ver lo que conviene al Estado, se establece un paralelo con la conveniencia de mezclar el agua con el vino espumoso [2]). De igual suerte resulta sobrado extraña la comparación, cuando después de hablar del pueblo sediento de libertad, presenta á los soberanos como malos escanciadores, por cuya culpa se embriaga el pueblo [3]). Aun van más lejos en este sentido otros pasajes, como el del comienzo del libro VII de la *República*, donde para dar idea exacta del estado producido por una educación defectuosa (ἀπαιδευσία), dice que están los que en tal caso se encuentran, como los que hallándose encerrados en una caverna, con las piernas y la nuca pegadas á la roca, lo único que pueden hacer es mirar la sombra proyectada en la pared opuesta de la cueva; ó el del libro IX [4]) en el cual presenta los apetitos y pasiones que dormitan en el alma humana, como un ser de las más diversas formas, encerrado en el hombre. Con no menos razon cita también el autor de la obra *Sobre lo sublime*, un pasaje del libro IV, para mostrar, sirviéndose de una imagen empleada por el mismo

[1]) Pág. 69, d. El autor de la obra *Sobre lo sublime*, ha coleccionado una serie de análogos pasajes del mismo diálogo.

[2]) *Leyes*, lib. 6, p. 773, c: οὐ γὰρ ῥᾴδιον ἐννοεῖν, ὅτι πόλιν εἶναι δεῖ δίκην κρατῆρος κεκραμένην, οὗ μαινόμενος μὲν οἶνος ἐγκεχυμένος ζεῖ, κολαζόμενος δὲ ὑπὸ νήφοντος ἑτέρου θεοῦ καλὴν κοινωνίαν λαβὼν ἀγαθὸν πῶμα καὶ μέτριον ἀπεργάζεται. Véase Pseudolong., *De subl.*, c. 32, 7, el cual cita el pasaje con la siguiente observación: ἐπὶ γὰρ τούτοις καὶ τὸν Πλάτωνα οὐχ ἥκιστα διασύρουσι, πολλάκις ὥσπερ ὑπὸ Βακχείας τινὸς τῶν λόγων εἰς ἀκράτους καὶ ἀπηνεῖς μεταφορὰς καὶ εἰς ἀλληγορικὸν στόμφον ἐκφερόμενον.

[3]) *República*, 8, p. 562, d: ὅταν, οἶμαι, δημοκρατουμένη πόλιν ἐλευθερίας διψήσασα κακῶν οἰνοχόων προστατούντων τύχῃ, καὶ πορρωτέρω τοῦ δέοντος ἀκράτου αὐτῆς μεθυσθῇ, pasaje traducido por Ciceron en su obra *De República*, 1, 43.

[4]) Pág. 588, e y ss.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Platon, cómo su palabra, manando cual el aceite suavemente y sin ruido, se remonta á lo sublime y grandioso [1]).

El número de tales ejemplos podría aumentarse considerablemente sin gran esfuerzo,—sobre todo en el *Timeo* se hallan muchos [2])—cuando fuera necesario para dar idea de la gran fecundidad de pensamientos y de la rica fantasía de Platon. Si bajo el punto de vista de las leyes del estilo, este filósofo se ajustó siempre á la debida norma [3]), es cuestión tan discutible, como dudosa es la de si la forma y expresiones que empleaba eran tales que en todo caso dieran á conocer claro y patentemente el pensamiento filosófico en ellas encerrado. Bajo este aspecto, apenas puede combatirse enteramente la exactitud del juicio emitido, no sin visible encono, por Aristóteles, acerca de la teoría de las ideas, al decir que no era, en parte, más que vana palabrería en metáforas poéticas [4]).

Mas dejemos á un lado este punto, íntimamente relacionado con la cuestión acerca del mayor ó menor mérito de la doctrina de Platon, para exponer con brevedad cuanto queda por decir respecto de su estilo. En punto á la estructura de los períodos, diférenciase igualmente del histórico y del oratorio: pues respondiendo á la índole del diálogo, se distingue por un enlace poco consistente é íntimo; al paso que las observaciones incidentales que pone sin más ni más en boca de sus personajes, interrumpen á menudo el hilo del asunto principal. Que este abandono es aparente y calculado y que para hacer la ilusión más completa empleó todos los refinamientos del arte, acredítalo con evidencia el párrafo inicial de la *República* [5]), tantas veces citado por los re-

[1]) § 13. El pasaje citado se halla en la pág. 586, a.

[2]) Véase Pseudolong., *De subl.*, § 32.

[3]) Por ejemplo, en los pasajes citados ya en la nota 2 de la pág. 112 del presente tomo, en que se mencionan las tablas κυπαριττίναι μνήμαι, ó en que se habla del καθεύδειν ἐᾶν ἐν τῇ γῇ de las derruídas murallas. Véase lo que Pseudolong., *De subl.*, § 28, dice de Platon: ὅθεν καὶ τὸν Πλάτωνα—δεινὸς γὰρ ἀεὶ περὶ τὸ σχῆμα κἂν τισιν ἀκαίρως—ἐν τοῖς Νόμοις λέγοντα (7, p. 801, b), ὡς οὔτε ἀργυροῦν δεῖ πλοῦτον οὔτε χρυσοῦν ἐν πόλει ἱδρυμένον ἐᾶν οἰκεῖν, διαχλευάζουσιν, ὡς εἰ πρόβατα, φησίν, ἐκώλυε κεκῆσθαι, δῆλον ὅτι προβάτειον καὶ βόειον πλοῦτον ἔλεγεν. Véase también Demetrio, *De elocutione*, § 80.

[4]) *Metafísica*, 1, 9, p. 991, a, 22: τὸ δὲ λέγειν παραδείγματα αὐτὰ (τὰ εἴδη) εἶναι καὶ μετέχειν αὐτῶν τἆλλα κενολογεῖν ἐστὶ καὶ μεταφορὰς λέγειν ποιητικάς, y lo mismo en 13, 5, p. 1079, b, 25.

[5]) Diógenes Laercio, 3, 37: Εὐφορίων δὲ καὶ Παναίτιος εἰρήκασι πολλάκις ἐσ-

tóricos. La circunstancia de que, como ha observado un antiguo crítico, parece como si los varios miembros de la frase no tuvieran entre sí conexión alguna, nos produce la impresión de que no constituyen un verdadero período [1]). Compréndese, por lo demás, que allí donde lo requiere la importancia de la materia, la forma es también más elevada. Los numerosos anacolutos que se encuentran en Platon, son en gran parte resultado del empeño en imitar lo más artísticamente posible el discurso oral.

Cuanto á la colocación de las palabras [2]), está ajustada á las reglas de la eufonía; bien que por otra parte, no rinde culto á los preceptos en moda después de la transformación del llamado estilo epidéctico, por ejemplo, el cuidado en evitar el hiato [3]). Cuán incapaz era, por lo demás, de malgastar su talento en tales artificios, lo demuestra suficientemente el discurso que pone en labios de Agaton.

Tiempo es ya de que pongamos término á estas observaciones. El lugar que Platon ocupa en la historia del desarrollo de la prosa griega, sólo cabe compararlo al que de derecho le corresponde como filósofo. Ni en uno ni en otro caso puede ser considerado como fundador de una verdadera escuela. Sin embargo de esto, la influencia por él ejercida, fué poderosa. Así como lo que constituye el fondo de una doctrina revive y fructifica aun merced á las contradicciones que provoca, así ha sido enérgico y duradero el influjo de la forma artística por él creada; para igualarle en este concepto necesitaríase reunir, cosa por extremo rara, las cualidades que en modo extraordinario poseía Platon, á saber: una gran elevación de pensamiento y el don de exponer las ideas de

τραμμένην εὑρῆσθαι τὴν ἀρχὴν τῆς Πολιτείας. Dionisio de Halicarnaso, *De compos. verbor.*, c. 25; Quintiliano, *Instit. orat.*, 8, 6.

[1]) Demetrio, *De elocutione*, § 21: διαλογικὴ δὲ ἐστιν ἡ περίοδος ἡ ἔτι ἀνειμένη καὶ ἁπλουστέρα τῆς ἱστορικῆς καὶ μόλις ἐμφαίνουσα ὅτι περίοδός ἐστιν, ὥσπερ ἡ τοιάδε· „κατέβην χθὲς εἰς τὸν Πειραιᾶ“ μέχρι τοῦ „ἅτε νῦν πρῶτον ἄγοντες“. ἐπέρριπται γὰρ ἀλλήλοις τὰ κῶλα ἐφ' ἑτέρῳ ἕτερον, ὥσπερ ἐν τοῖς διαλελυμένοις λόγοις, καὶ ἀπολήξαντες μόλις ἂν ἐννοήσωμεν κατὰ τὸ τέλος, ὅτι τὸ λεγόμενον περίοδος ἦν. Véanse los pasajes coleccionados por Dissen, *De structura period. orat.* en su edición del discurso de Demóstenes *Por la Corona*, p. LXX y ss.

[2]) Véanse las observaciones que hace Demetrio, *De elocutione*, § 183–185.

[3]) Parece completamente infundado suponer que Isócrates hubiera ejercido bajo este aspecto influencia alguna en Platon, como quiere Blass, *Att. Beredsamkeit*, vol. 1, p. 429, el cual cita en apoyo de su creencia, el comienzo del *Crícias* que quedó sin concluir.

una manera esencialmente plástica. Si se agrega á esto el justo sentido de lo bello, no empañado por extravío alguno del buen gusto, hallaremos perfectamente explicable el por qué en ningún tiempo ha sido enunciada y desenvuelta idea filosófica alguna, en forma más perfecta que la empleada por Platon. Sin hacernos solidarios de los exagerados elogios de que no pocas veces ha sido objeto, no se extrañará que encontremos de todo punto justificado lo que de él ha dicho el hombre que, entre todos aquellos cuyos juicios conocemos, es el que en mejores condiciones se hallaba de poder quilatar bien sus excelencias y sus defectos: «Todos los discursos de Sócrates—ha dicho—tienen algo de ingeniosos, de delicados, de nuevo y de penetrante, mas sería exigir demasiado que todo en ellos fuera también perfecto [1]).»

[1]) Aristóteles, *Política*, 2, 6: τὸ μὲν οὖν περιττὸν ἔχουσι πάντες οἱ τοῦ Σωκράτους λόγοι καὶ τὸ κομψὸν καὶ τὸ καινοτόμον καὶ τὸ ζητητικόν, καλῶς δὲ πάντα ἴσως χαλεπόν. Refiérese esto á lo dicho en las *Leyes*, 5, 737, e, y en otros pasajes. Que en lugar del nombre del director de la Academia hallemos el de Sócrates, sólo prueba cuán acostumbrado estaba Aristóteles á identificar á este último con Platon.

CAPÍTULO XLVI

Aristóteles.

Al lado de la gran muchedumbre de hombres ilustres de la antigüedad, cuya fama no ha conseguido salvar los límites de aquella época, encontramos algunos, que no sólo pasaron sus fronteras, sino que han continuado ejerciendo poderosa influencia, cuando, decaída ya la antigua civilización, el recuerdo de Grecia y de Roma se había disipado por completo, ó sólo vivía como envuelto en densísimo y casi impenetrable velo. Tal sucedió, quizá en mucho mayor grado que con Sócrates y Platon, con Aristóteles. Lejos de disminuir con el transcurso de los siglos, su autoridad y prestigio crecieron con los progresos del tiempo, de manera que la altura que una y otro han alcanzado, es casi fabulosa é increíble. Durante una gran parte de la Edad Media, el estudio de las obras de este filósofo, aunque desfiguradas á menudo por la tradición, constituyó, tanto en Oriente como en Occidente, el verdadero centro de toda actividad intelectual; de suerte que en casi todos los ramos del saber, imperó no sólo el método aristotélico, sino también la ilimitada autoridad de la que se consideraba como doctrina suya.

No es este sitio á propósito para recordar lo mucho que ha tenido que lucharse hasta libertar á los espíritus del yugo de esta autoridad que los oprimía; pero sí preguntaremos si puede considerarse como mero azar el que haya sido á Aristóteles y no á otro cualquier filósofo de la antigüedad, á quien cupiera en suerte semejante predominio. La respuesta no será dudosa, si se considera el lugar que Aristóteles ocupa en el desarrollo y progresos del helenismo. Pudieron quizá otros filósofos griegos aventajarle en audacia y genialidad de ideas, pero en cambio él los superó á todos por la amplitud de sus conocimientos y aun por su universalidad como investigador. No sólo fué en cierto sentido el fun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una manera esencialmente plástica. Si se agrega á esto el justo sentido de lo bello, no empañado por extravío alguno del buen gusto, hallaremos perfectamente explicable el por qué en ningún tiempo ha sido enunciada y desenvuelta idea filosófica alguna, en forma más perfecta que la empleada por Platon. Sin hacernos solidarios de los exagerados elogios de que no pocas veces ha sido objeto, no se extrañará que encontremos de todo punto justificado lo que de él ha dicho el hombre que, entre todos aquellos cuyos juicios conocemos, es el que en mejores condiciones se hallaba de poder quilatar bien sus excelencias y sus defectos: «Todos los discursos de Sócrates—ha dicho—tienen algo de ingeniosos, de delicados, de nuevo y de penetrante, mas sería exigir demasiado que todo en ellos fuera también perfecto [1]).»

[1]) Aristóteles, *Política*, 2, 6: τὸ μὲν οὖν περιττὸν ἔχουσι πάντες οἱ τοῦ Σωκράτους λόγοι καὶ τὸ κομψὸν καὶ τὸ καινοτόμον καὶ τὸ ζητητικόν, καλῶς δὲ πάντα ἴσως χαλεπόν. Refiérese esto á lo dicho en las *Leyes*, 5, 737, e, y en otros pasajes. Que en lugar del nombre del director de la Academia hallemos el de Sócrates, sólo prueba cuán acostumbrado estaba Aristóteles á identificar á este último con Platon.

CAPÍTULO XLVI

Aristóteles.

Al lado de la gran muchedumbre de hombres ilustres de la antigüedad, cuya fama no ha conseguido salvar los límites de aquella época, encontramos algunos, que no sólo pasaron sus fronteras, sino que han continuado ejerciendo poderosa influencia, cuando, decaída ya la antigua civilización, el recuerdo de Grecia y de Roma se había disipado por completo, ó sólo vivía como envuelto en densísimo y casi impenetrable velo. Tal sucedió, quizá en mucho mayor grado que con Sócrates y Platon, con Aristóteles. Lejos de disminuir con el transcurso de los siglos, su autoridad y prestigio crecieron con los progresos del tiempo, de manera que la altura que una y otro han alcanzado, es casi fabulosa é increíble. Durante una gran parte de la Edad Media, el estudio de las obras de este filósofo, aunque desfiguradas á menudo por la tradición, constituyó, tanto en Oriente como en Occidente, el verdadero centro de toda actividad intelectual; de suerte que en casi todos los ramos del saber, imperó no sólo el método aristotélico, sino también la ilimitada autoridad de la que se consideraba como doctrina suya.

No es este sitio á propósito para recordar lo mucho que ha tenido que lucharse hasta libertar á los espíritus del yugo de esta autoridad que los oprimía; pero sí preguntaremos si puede considerarse como mero azar el que haya sido á Aristóteles y no á otro cualquier filósofo de la antigüedad, á quien cupiera en suerte semejante predominio. La respuesta no será dudosa, si se considera el lugar que Aristóteles ocupa en el desarrollo y progresos del helenismo. Pudieron quizá otros filósofos griegos aventajarle en audacia y genialidad de ideas, pero en cambio él los superó á todos por la amplitud de sus conocimientos y aun por su universalidad como investigador. No sólo fué en cierto sentido el fun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dador de la ciencia como tal ciencia, sino que en él hay que buscar también los comienzos de toda una serie de ramas de ella. Difícilmente podría determinarse lo que en cada caso ha tomado Aristóteles de las obras de sus predecesores; pero aun fundándose en parte sus escritos en los trabajos de aquéllos, encierran al propio tiempo el *facit* de toda investigación científica anterior, cosa que sólo consiguió la antigüedad en ocasiones excepcionales. Partiendo de esta base, explícase perfectamente por qué fué Aristóteles el maestro por excelencia de las generaciones posteriores, no sólo en Filosofía y en ciencias naturales, sino en el campo de la Filología y de la Historia.

La opinión por ciertos escritores emitida, de que Aristóteles no fué un verdadero griego, descansa en un error manifiesto [1]). Con mucha más razon puede sostenerse, por el contrario, que fué el primer griego verdaderamente tal; pues en realidad no sólo no se echa en él de menos ninguno de los rasgos generales del carácter helénico nacional, sino que tampoco se halla indicio alguno que revele descendencia de tribu ó localidad determinadas, como innegablemente vemos en las obras del mismo Platon. En vano se buscaría en sus obras, con ser muchas y muy completas las que han llegado hasta nosotros, vestigios de los cuales pudiera inferirse con certeza, su predilección por comarca alguna determinada de Grecia.

Pero es aun más extraño el que no hallemos en sus escritos la más ligera alusión á los importantísimos acontecimientos de que él fué testigo, ni de su propia actitud ante tales sucesos [2]). No parece imposible que expliquen en parte este silencio, las consideraciones que imponía á un hombre, que, como él, había pasado en Atenas una gran parte de su vida, su cualidad de simple meteco: con tanto más motivo, cuanto que sus propios sentimientos no estaban de acuerdo con los de sus contemporáneos. En realidad sus relaciones con la Casa real de Macedonia, no permiten dudar

[1]) «Semi-griego» le llama Bernays, *Die Dialoge des Aristoteles*, p. 2, á semejanza de W. v. Humboldt, el cual le califica de «no griego» en una de sus cartas, W. vol. 5, p. 125. Como con gran tino observa G. Grote, *Aristotle*, London, 1880, p. 2, por la misma razon debían calificarse de semi-griegos á Demócrito, Xenócrates y otros muchos.

[2]) El juicio acerca de Alejandro citado por *Rutilius Lupus*, *De fig. sent.*, 18, podía á lo sumo estar tomado de una carta escrita después de su muerte, si, lo que es más verosímil, no se trata de una obra apócrifa.

de que también era partidario de la política por ella seguida. El consejo que en una carta daba á Alejandro—evidentemente cuando ya éste había sometido á su dominación el Imperio persa—de que por lo tocante á los helenos se contentase con la simple hegemonía; que en cambio aspirase á la dominación de todos los pueblos bárbaros; y que por consiguiente tratara á los unos como amigos y hermanos y á los otros como animales ó plantas [1]), constituye en cierto modo un programa que, si bien, como ha hecho notar un historiador moderno [2]), concordaba en lo esencial con el régimen á la sazon existente, hallábase, sin embargo, en contradicción abierta con las opiniones entonces preponderantes en Grecia: como que partía de la hipótesis de que una sola persona pudiera conservar mucho tiempo la dirección política de una colectividad. Bajo un punto de vista distinto del político, se ofrece también á nuestros ojos Aristóteles como precursor de una nueva época. Con perfecta razon un escritor posterior, asociando su nombre á los de los dos gramáticos más célebres del siglo siguiente, Crates y Aristarco, señálale como el iniciador de lo que los antiguos entendieron bajo las denominaciones de Crítica y de Gramática [3]). Con Aristóteles comienza no sólo aquella especie de sabia investigación que principalmente floreció en Alejandría, sino que sus obras fueron una verdadera é inagotable mina para las más diversas manifestaciones de aquélla; de tal suerte, que la influencia que bajo este aspecto llegó á ejercer, fué por largo tiempo mucho más sensible que la alcanzada por su sistema filosófico.

Nació Aristóteles el año 1 de la 99.ª Olimpiada, 384 a. Chr. [4]).

[1]) Plutarco, *De Alex. fortit.*, c. 6: οὐ γάρ, ὡς Ἀριστοτέλης συνεβούλευεν αὐτῷ τοῖς μὲν Ἕλλησιν ἡγεμονικῶς, τοῖς δὲ βαρβάροις δεσποτικῶς χρωμένος' καὶ τῶν μὲν ὡς φίλων καὶ οἰκείων ἐπιμελούμενος, τοῖς δὲ ὡς ζῴοις ἢ φυτοῖς προσφερόμενος. Que no se trata de una obra apócrifa, se desprende del testimonio de Eratóstenes en Estrabon, 1, p. 116.

[2]) Droysen, *Geschichte des Hellenismus*, vol. 1, 2, p. 13.

[3]) Dion Crisóstomo, *Or.*, 53 *in.*: Ἀριστοτέλης ἀφ' οὗ φασὶ τὴν κριτικήν τε καὶ γραμματικὴν ἀρχὴν λαβεῖν.

[4]) La principal fuente de investigación para todos los críticos posteriores, fué evidentemente la obra de Hermipo de Esmirna. Además de la de Diógenes Laercio, poseemos una biografía que corre con el nombre de Ammonio, así como la llamada *Vita Marciana*, obra muy rica en datos y pormenores, y cuyo autor, aunque en realidad sin sólido fundamento, se supone fué Olimpiodoro. Determina la fecha del nacimiento de Aristóteles, Apolodoro, en Diógenes Laer-

en Estagira, ciudad enclavada en el golfo Estrimónico, antes perteneciente á Tracia. En un principio colonia de Andros, Estagira recibió más tarde en su recinto nuevos colonizadores de Calcis. Esta circunstancia explica en lo posible el hecho de que Aristóteles, como resulta de su Testamento que aun se conserva, dejara al morir grandes propiedades en la isla de Eubea, así como el de su emigración á Calcis después de muerto Alejandro. El padre de Aristóteles, Nicómaco, era médico y amigo del rey de Macedonia Amintas III, quien ocupó el trono dos veces, desde 389 á 383 y de 381 á 369 a. Chr. [1]). Indudablemente las relaciones que Aristóteles mantuvo con la Casa real de Macedonia, fueron consecuencia inmediata del puesto ocupado por Nicómaco; y aun es muy posible que siendo niño, estuviera ya en contacto con el hijo de Amintas, más tarde el rey Filipo, el cual era de menos edad que él. Es opinión muy generalizada la de que Aristóteles se dedicó á la profesión de su padre, y aun de que por espacio de mucho tiempo ejerció la Medicina. Aunque en apoyo de tal creencia se invoca el testimonio de Epicuro [2]), hállase en contradicción palmaria con no escaso número de manifestaciones dispersas en los escritos aristotélicos [3]). Ni puede afirmarse que Nicómaco ejerciera presión alguna en las tendencias y aficiones de su hijo, porque según todas las apariencias murió muy pronto, encomendando la educación del joven á un cierto Proxeno de Atarneo [4]). Co-

---

cio, 5, 9: con cuyo testimonio concuerda el de Dionisio de Halicarnaso, *Epist. ad Ammæum*, p. 727, cuando dice: ἐγεννήθη κατὰ τὴν ἐνενηκοστὴν καὶ ἐνάτην Ὀλυμπιάδα, Διοτρέφους Ἀθήνησιν ἄρχοντος, γ' ἔτεσι Δημοσθένους πρεσβύτερος. Véase Diels, *Chronol. Unters. über Apollodors Chronika*, en el RHEIN. MUSEUM, vol. 31, p. 1 y ss.

[1]) Véase Gutschmid, *Die Makedonische Anagraphe*, en los SYMBOLA PHILOL., Bonn, p. 107.

[2]) Según Aristocles, en Eusebio, *Praepar. evang.*, 15, 2, Epicuro decía que Aristóteles, después de haber disipado su patrimonio, se hizo soldado y dedicóse más tarde á la charlatanería (τὸ φαρμακοπολεῖν). Mas no habiendo hecho fortuna en este oficio ingresó en la escuela de Platon, pero no como discípulo sobresaliente, sino como uno de tantos. Véase también Ateneo, 8, p. 354, b, Diógenes Laercio, 10, 8, y Eliano, *Historias varias*, 5, 9.

[3]) Por ejemplo, *De sensu*, c. 1, *De long. et brev. vitae*, c. 1, *De respirat.*, c. 21, *De part. anim.*, 1, 5, 7. 2, 7. Bernays, *Ueber die verlorene Abhandl. des Aristoteles über die Wirkung der Tragödie*, p. 193, insiste, sin embargo, en la verosimilitud de que Aristóteles se consagrara en un principio al estudio de la Medicina.

[4]) Dionisio de Halicarnaso, *loc. cit.*, sólo dice: ἐπὶ δὲ Πολυζήλου ἄρχοντος τελευτασήντος τοῦ πατρὸς ὀκτωκαιδέκατον ἔτος ἔχων εἰς Ἀθήνας ἦλθε; mas las consideraciones que Aristóteles dispensó más tarde á Proxeno y á su hijo Nicanor, á quien dió su hija en matrimonio, demuestran cómo se sentía obligado para con aquél.

[1]) Diógenes Laercio y Dionisio de Halicarnaso, *loc. cit.*, los cuales toman esta noticia de Apolodoro.

[2]) Amm., *V. Arist.*, p. 399 de Westermann.

[3]) Joa. Philop., *Contr. Procl. de aetern. mundi*, 6, 27: (Ἀριστοτέλης) ὑπὸ Πλάτωνος τοσοῦτον τῆς ἀγχινοίας ἠγάσθη, ὡς νοῦς τῆς διατριβῆς ὑπ' αὐτοῦ προσαγορεύεσθαι.

mo acaso debe inferirse de circunstancias posteriores, parece que Aristóteles pasó la mayor parte de su juventud en esta ciudad.

Cualquiera que fuese su primera educación, es lo cierto que en su posterior desarrollo intelectual ejerció decisivo influjo el tiempo que pasó en Atenas, adonde, según noticias fidedignas, llegó á la edad de diecisiete años; por consiguiente, en una época en que Platon contaba ya casi sesenta y cinco [1]). Acerca de cómo trabó relaciones con Platon y con la escuela por él fundada, durante los veinte años que entonces permaneció en Atenas, sólo quedan noticias muy incompletas, las cuales, merced además á la singular manera que los antiguos tuvieron de cultivar la Historia de la Filosofía, préstanse fácilmente á torcidas interpretaciones. De noticias como la de que Platon llamaba á la morada de Aristóteles «la casa del lector» [2]), es evidente que poco partido puede sacarse. De mucho mayor interés es saber que aquél llamaba á éste, á causa de la agudeza de su ingenio, «el espíritu de la escuela» [3]): porque este calificativo induce á creer en la iniciativa de Aristóteles y en su cooperación en la enseñanza.

Aunque es ya en sí y por sí misma inverosímil, la noticia de que Aristóteles se contentó con ser discípulo y simple oyente de Platon hasta la edad de treinta y ocho años, que contaba cuando murió este último, viene á confirmar la duda toda una serie de hechos de los cuales ha de inferirse necesariamente lo contrario; por más que á menudo hallemos inexactitudes y errores en su mutuo encadenamiento. La sola consideración de que Aristóteles se había dado á conocer ya en vida de Platon, no sólo como escritor sino como maestro, aun dentro de la misma Academia como demostraremos luego, basta para justificar el recelo con que debe acogerse aquel dato.

Por lo que toca al primer punto, más adelante tendremos ocasión de exponer con amplitud cómo las obras en que exclusivamente se basaba la fama de escritor que Aristóteles alcanzó en la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

antigüedad y cuyo fondo tenía conexiones mucho más íntimas con las teorías de Platon que las que descubrimos en sus escritos posteriores, escribiólas durante su primera permanencia en Atenas. Por lo que respecta á su magisterio en la Academia, es tanto más necesario que lo examinemos con detenimiento, cuanto que son por extremo oscuras y contradictorias las noticias á él concernientes.

Mucho mejor demostrado está el hecho de que Aristóteles dió lecciones de Retórica, con el deliberado propósito de contrarrestar la influencia del hombre que, gozando de extraordinario prestigio dentro y fuera de Atenas después de su larga carrera de maestro de Retórica, dominaba en el gusto y tendencias á la sazon imperantes. Aunque la parodia de un verso de Eurípides con tal motivo puesta en labios de Aristóteles [1]), fuera ni más ni menos que simple invención como tantas otras anécdotas histórico-literarias, no puede ponerse en duda la existencia de una rivalidad entre este filósofo é Isócrates: pues que no sólo se hallan vestigios de ella en las obras de ambos, sino que la demuestra plenamente la extensa obra que para combatir las doctrinas de Aristóteles escribió Cefisodoro, uno de los más entusiastas partidarios de Isócrates [2]). Sin embargo, de mucha más importancia sería demostrar que con estas lecciones tiene íntima é inmediata conexión el origen de la *Retórica* que los escritores poste-

[1]) El segundo de los versos que, verosímilmente tomándolos del *Filoctetes* de Eurípides, cita Plutarco, *Adv. Colotem*, c. 2:

ὑπέρ γε μέντοι παντὸς Ἑλλήνων στρατοῦ
αἰσχρὸν σιωπᾶν βαρβαροὺς δ' ἐᾶν λέγειν,

dícese que lo varió Aristóteles de la siguiente manera:

αἰσχρὸν σιωπᾶν Ἰσοκράτην δ' ἐᾶν λέγειν.

En lugar de Isócrates, como hallamos en Ciceron, *De orat.*, 3, 35, 141, y en Quintiliano, *Instit. orat.*, 3, 1, 14, nombra Diógenes Laercio, 3, 5, á Xenócrates, y de aquí la aplicación de la anécdota á la fundación del Liceo.

[2]) Véase lo que de un diálogo de Aristóteles, cita Dionisio de Halicarnaso *De Isocr.*, c. 18, sobre los discursos forenses compuestos por Isócrates, y con los cuales comerciaban los libreros. En cambio, parece aludir á Aristóteles la acometida de Isócrates contra los dialécticos, en el discurso *Sobre las veleidades de la fortuna*, § 258. Aun encierra una censura más franca y agresiva la carta á Alejandro, § 3. La obra de Cefisodoro la vemos citada en Dionisio de Halicarnaso, *De Isocr.*, p. 577, y en Ateneo, 2, p. 60, e; 3, p. 122, b; 8, p. 354, b. El silencio de estos escritores viene, en último término, á contradecir las aseveraciones de Epicuro respecto de Aristóteles.

riores citan á menudo con el nombre de Teodectes. Como luego expondremos con mayor amplitud, esta *Retórica* apenas pudo ser otra cosa que apuntes tomados por Teodectes de las lecciones de Aristóteles.

Es insignificante la objección de que parece inverosímil que Aristóteles pudiera enseñar la Retórica en la escuela dirigida por Platon, enemigo declarado de aquel arte. Prescindiendo del largo plazo que medió entre la composición de diálogos como el *Gorgias* por ejemplo, y la aparición de Aristóteles, sólo recordaremos cuán profunda es la diferencia existente entre el concepto que él tenía de la Retórica y el que habían formado los sofistas. Agrégase á esto, el que además de una gran espontaneidad, Aristóteles poseía manifiesta independencia de carácter. De la confusión que reina en las noticias concernientes á este punto que nos ha trasmitido la antigüedad, es sobre todo causa la circunstancia de que en ellas se reflejan claramente las controversias y discusiones de escuela más tarde surgidas entre Platónicos y Peripatéticos. Es evidentemente inexacta, ó por lo menos exagerada, la afirmación de que Aristóteles llevó su ingratitud al punto de abrir una escuela propia, cuando aun vivía Platon [1]). Lejos de hallarse justificada tal creencia, combatida ya con empeño por los antiguos [2]), es indudable que la muerte de Platon no rompió por completo los

[1]) Según parece, una noticia de Aristoxeno de Tarento, en la cual no debe verse quizá más que una simple frase retórica, dió margen á esta afirmación. Véase Aristocles, en Eusebio, *Praepar. evang.*, 15, 2: τίς δ' οὐ πεισθείη τοῖς ὑπ' Ἀριστοξένου ἐν τῷ βίῳ τοῦ Πλάτωνος; ἐν γὰρ τῇ πλάνῃ καὶ τῇ ἀποδημίᾳ, φησίν, ἐπανίστασθαι καὶ ἀντοικοδομεῖν αὐτῷ τινὰς περίπατον ξένους ὄντας, οἵονται οὖν ἔνιοι ταῦτα περὶ Ἀριστοτέλους λέγειν αὐτόν, Ἀριστοξένου διὰ παντὸς εὐφημοῦντος Ἀριστοτέλην.

[2]) Al pasaje antes citado y á otro del discurso 46 del retórico Arístides, t. 2, p. 325 de Dindorf, alude así la *Vita Marciana*, p. 3, de Robbe: οὐκ ἄρα ἀντῳκοδόμησεν Ἀριστοτέλης σχολὴν ἔτι ζῶντος Πλάτωνος, ὡς Ἀριστόξενος πρῶτος ἐσυκοφάντησε καὶ Ἀριστείδης ὕστερον ἠκολούθησεν, como Ammonio, p. 399 de Westermann. El segundo añade: πῶς γὰρ ἠδύνατο, μέγα τότε δυναμένων Χαβρίου τε καὶ Τιμοθέου, τῶν Ἀθήνησι στρατηγῶν καὶ τῷ γένει προσηκόντων τῷ Πλάτωνι. Lo que sobre este último punto observa C. F. Hermann, *Geschichte der Plat. Philosophie*, p. 125, es tanto más inverosímil cuanto que Aristóteles contaba en aquella época veinticinco años de edad. Otra cosa sería si fuese cierto, como cree Bergk, *Fünf Abhandlungen zur Geschichte der griechischen Philosophie und Astronomie*, Leipzig, 1883, p. 25, que las palabras de Isócrates en su *Panatenáico*, § 17 y ss. aludieran á Aristóteles. Si se incluyera á Aristóteles en el número de los ἐν τῷ Λυκείῳ συγκαθεζόμενοι τρεῖς ἢ τέτταρες τῶν ἀγελαίων σοφιστῶν, que en sus dis-

lazos que unían á Aristóteles con la Academia. Según resulta de noticias perfectamente indudables, si á la muerte de Espeusipo, inmediato sucesor de Platon, no fué elegido Aristóteles director de la Academia, debióse á que á la sazon vivía fuera de Atenas [1]). ¿Cómo habría sido esto posible, si antes Aristóteles hubiese abierto una escuela propia?

Aunque desgraciadamente las noticias que hoy poseemos no son suficientes para darnos á conocer con claridad la vida íntima de la Academia en los últimos años de Platon, es indudable que no hay falta alguna que pueda imputarse á Aristóteles. Lo que le separaba de su maestro,—el hecho de que tanto en sus escritos como en sus discursos doctrinales combatiera á Platon, debe ser mirado pura y simplemente como prueba de un criterio tan recto como independiente—limitábase en definitiva á un solo punto: á la oposición que hizo á la teoría de las ideas sostenida cada vez con mayor empeño por Platon, alude sin duda, el paralelo, á este último atribuído, en que comparaba á Aristóteles con el potro que da de coces á su madre [2]); y á ella queda reducido cuanto de una manera fidedigna se nos ha trasmitido sobre estas supuestas disensiones [3]). Mas por viva y enérgica que fuese la polémica sostenida por Aristóteles en punto al fondo de los asuntos, la forma era siempre perfectamente moderada. Prueba de

---

cursos sobre Homero y Hesiodo así como sobre otros poetas, habían dirigido ataques á Isócrates, habria que inferir de aquí que en el año 339 se hallaba en Atenas. Tal sostiene por su parte Bergk, á la vez que tacha de inexacto todo otro aserto. Para declarar inadmisibles las noticias de Dionisio de Halicarnaso, *Epist. ad Ammæum*, necesitarianse más sólidas pruebas. Por lo demás, la interpretación de Polux, 4, 124, ἀγελαίους σοφιστάς, no podria en manera alguna convenir á Aristóteles, aun cuando por otra parte sea exacta.

[1]) *Academic. philos. index Hercul.*, p. 6 de Bücheler [Ξ]ενο[κ]ράτη[ν εἰλ]ον[το].. ['Αριστο]τέλου[ς μεν ἀ]ποδεδημοκότος εἰς Μακεδονίαν. Garantiza la completa autenticidad de estas noticias, el hecho de hacerse constar á la par que Menedemo y Heráclides fueron vencidos por faltarles muy pocos votos. Es dudoso si la especie absurda que encontramos en Diógenes Laercio, 5, 2, de que Aristóteles fué encargado por los atenienses de una embajada para el rey Filipo, es suya propia ó de Hermipo. Aun más inexacto es lo referido por David, *Comm. in Arist. Cat.*, p. 23, b, 44. Véase también la nota 1 de la pág. 214 del presente tomo.

[2]) Diógenes Laercio, 5, 2: ἀπέστη δὲ Πλάτωνος· ὥστε φασὶν ἐκεῖνον εἰπεῖν· 'Αριστοτέλης ἡμᾶς ἀπελάκτισε καθαπερεὶ τὰ πωλάρια γεννηθέντα τὴν μητέρα.

[3]) Véase Joan. Philop., *In anal.*, p. 228, b: ἱστορεῖται δὲ ὅτι καὶ ζῶντος τοῦ Πλάτωνος καρτερώτατα περὶ τούτου τοῦ δόγματος ἐνέστη ὁ 'Αριστοτέλης τῷ Πλάτωνι, el mismo, *Contr. Procl. de aetern. mundi*, fol. B, 1 verso, y Plutarco, *Adv. Colotem*, c. 14.

ello es un conocido pasaje del comienzo de la *Etica Nicomaquea* [1]), cuyo verdadero alcance sólo puede medirse bien, aviniéndose—y para ello no escasean razones de otro linaje—á admitir que las palabras en cuestión fueron pronunciadas en la misma Academia y aun en vida de Platon.

Mas ¿á qué nuevas pruebas para hacer resaltar claramente los sentimientos que respecto de Platon animaban á Aristóteles, cuando este mismo los da á conocer de manera indiscutible en el fragmento de una elegía dedicada á Eudemo de Chipre? En esta poesía, evidentemente encaminada á honrar la memoria del colega difunto,—Eudemo había muerto luchando en las filas de los partidarios de Dion, delante de los muros de Siracusa el año de 354, a. Chr.—como se hacía también en el diálogo denominado *Eudemo*, háblase de las relaciones que éste había mantenido con la Academia y su fundador; al mismo tiempo, brilla como testimonio de la más pura amistad con el hombre que jamás se había permitido ensalzar lo malo, y el único, ó por lo menos el primer mortal que, así con el ejemplo como con sus doctrinas, había demostrado que sólo el que es bueno puede ser feliz [2]). Con tan noble sencillez, no sólo responden perfectamente estas palabras á lo que el mismo Aristóteles dijo sobre la piedad de aquellos cuyas enseñanzas nos abrieron el camino para elevarnos al conocimiento de la razon suprema [3]), sino que además revelan

---

[1]) Libro 1, c. 4.

[2]) Olimpiodoro, *In Platon. Gorgiam*, publicado por A. Jahn, en Klotz, ARCHIV, vol. 14, p. 395:

ἐλθὼν δ' ἐς κλεινὸν Κεκροπίης δάπεδον
εὐσεβέως σεμνῆς φιλίης ἱδρύσατο βωμὸν
ἀνδρός, ὃν οὐτ' αἰνεῖν τοῖσι κακοῖσι θέμις·
ὃς μόνος ἢ πρῶτος θνητῶν κατέδειξεν ἐναργῶς
οἰκείῳ τε βίῳ καὶ μεθόδοισι λόγων,
ὡς ἀγαθός τε καὶ εὐδαίμων ἅμα γίνεται ἀνήρ·
οὐ νῦν δ' ἔστι λαβεῖν οὐδενὶ ταῦτα ποτέ.

Bernays, *Rhein. Museum*, vol. 33, p. 234, lee en el último verso οὐ νῦν en lugar de μοῦναξ. Menos clara que esta conjetura es la creencia, por el mismo formulada, de que no es Platon, sino Sócrates la persona elogiada aquí. Zeller, *Philosophie der Griechen*, vol. 2, 2, p. 12, de la 3.ª edición, rechaza con razon esta hipótesis. Algunos escritores posteriores han tomado de este fragmento, una inscripción en la cual anteponen al segundo pentámetro, el exámetro siguiente:

Βωμὸν 'Αριστοτέλης ἐνιδρύσατο τόνδε Πλάτωνος.

[3]) *Etica Nicomaquea*, 1, 9, p. 1164, b, 3: οὕτω δ' ἔοικε καὶ τοῖς φιλοσοφίας κοινω-

cómo á pesar de todas las diferencias de apreciación en las cuestiones filosóficas, los discípulos de Platon mantuvieron siempre entre sí las relaciones más íntimas. Para poder juzgar de opiniones que expresadas con más ó menos rudeza encontramos en algunas obras de Aristóteles, y quilatar su verdadero alcance é importancia, necesitaríamos antes saber hasta qué punto estaban destinadas á la publicidad.

No conocemos bien los motivos que impulsaron á Aristóteles á abandonar Atenas después de muerto Platon. En todo caso sería aún menos explicable este proceder, si entonces se hubiera hallado á la cabeza de una escuela por él fundada. Es de todas suertes posible que, como algunos han indicado, la elección de Espeusipo para director de la Academia, fuera la causa de su expatriación; mas quizá también influyó en ella el giro que por entonces habían tomado las relaciones de Filipo con Atenas. Al mismo tiempo que Xenócrates, se dirigió Aristóteles á la corte de Hermias, tirano de Atarneo, el cual había llamado á ambos á su lado.

La amistad que unía á Aristóteles con Hermias, no sólo fué famosa en la antigüedad, sino que también hubo de ser blanco de muchas odiosas insinuaciones, á las cuales pudo contribuir no poco la extraña suerte de Hermias [1]. En un principio esclavo de Eubulo, uno de los trapecitas oriundos de Bitinia, quien debía á sus riquezas el dominio de Atarneo y de la vecina Asos, fué á su muerte sucesor suyo. Quizá se remontaban las relaciones entre él y Aristóteles á la época en que este último vivía en casa de su tutor Proxeno; pero lo único cierto es que Aristóteles, como Platon, había sido maestro de Hermias [2]. Son pruebas manifiestas de la intimidad de relaciones en que vivieron Aristóteles y Hermias, no sólo la manera cómo el primero honró más tarde la memoria de su amigo, que había muerto víctima de una traición, erigiéndole en Delfos una estatua cuya dedicatoria aun se conser-

νήσασιν· οὐ γὰρ πρὸς χρήματ'. ἡ ἀξία μετρεῖται, τιμὴ τ' ἰσόρροπος οὐκ ἂν γένοιτο, ἀλλ' ἴσως ἱκανόν, καθάπερ καὶ πρὸς θεοὺς καὶ πρὸς γονεῖς, τὸ ἐνδεχόμενον. Véase además el pasaje del diálogo *Sobre la Filosofía*, de que hablaremos más adelante. Véanse las páginas 235 y 236 del presente tomo.

[1]) Habla extensamente de Hermias la monografía de Böckh, *Abhandlungen der Berliner Akademie*, 1853, reimpresa en los *Kleine Schriften*, vol. 6.

[2]) Estrabon, 13, p. 610. Himer., *Or.*, 6, 6, dice de Aristóteles y Hermias: καὶ γὰρ λόγους αὐτὸν ἐξήσκησεν. Suidas cita una obra de Hermias, sobre la inmortalidad del alma.

va [1]), sino principalmente el matrimonio que contrajo con su sobrina Pitia [2]). Por lo demás, Aristóteles abandonó á Atarneo después de una estancia de tres años, desde el 1 al 4 de la 108.ª Olimpiada [3]), antes de la desgraciada muerte de Hermias, para restituirse á Mitilene. Allí se hallaba cuando el año 3 de la 109.ª Olimpiada, Filipo le llamó para encomendarle la educación de su hijo.

El interés, fácilmente explicable, que en tiempos posteriores despertó la vida que hicieron en común el que luego había de ser conquistador del Imperio persa y el gran filósofo, ha dado con más frecuencia margen á todo género de invenciones y fábulas, que motivo para que se haya procurado descubrir y consignar la verdad de los hechos [4]). Puede ser perfectamente exacta la noticia de que fué Mieza ó Estrimonion, lugar situado al Sudoeste de Pella, á la salida del valle Haliacmon, el lugar en

[1]) Diógenes Laercio, 5, 5:

τόνδε ποτ' οὐχ ὁσίως παραβὰν μακάρων θέμιν ἁγνὴν
ἔκτεινεν Περσῶν τοξοφόρων βασιλεύς,
οὐ φανερῶς λόγχῃ φονίοις ἐν ἀγῶσι κρατήσας,
ἀλλ' ἀνδρὸς πίστει χρησάμενος δολίου.

Citanse también otros poemas dedicados á Hermias, especialmente un himno intitulado εἰς ἀρετήν. Véase Ateneo, 15, p. 697, a. Como indica Aristocles, en Eusebio, *Praepar. evang.*, 15, 2, el dialéctico Eubúlides y el pitagórico Licon, principalmente, habían hecho de las relaciones de Aristóteles con Hermias y de su casamiento con Pitia, asunto de las más vulgares invectivas. Aun más virulento era un epigrama de Teócrito de Chios, según testimonio de Temistio, *Or.*, 23, p. 285, c. En cambio Apelicon de Teos, escribió una obra expresamente consagrada á defender á Aristóteles.

[2]) Estrabon, 13, p. 614, cuyo testimonio concuerda con el de Demetrio de Magnesia.

[3]) Según Apolodoro, en Diógenes Laercio, 5, 9, con el cual está de acuerdo Dionisio de Halicarnaso, *Epist. ad Ammæum*, 1, 5. Estrabon, por el contrario, afirma que Aristóteles no dejó á Atarneo hasta después de muerto Hermias.

[4]) El tratado πῶς Ἀλέξανδρος ἤχθη, del historiador Onesícrito, así como el de Marsias de Pella, Ἀλεξάνδρου ἀγωγή, parecen muy pobres en datos de sucesos reales y verdaderos. Evidentemente es mera invención la carta de Filipo á Aristóteles que hallamos en Gelio, 9, 3. Sin embargo, R. Geier la considera como auténtica en su libro *Alexander und Aristoteles in ihren gegenseitigen Beziehungen*, Halle, 1856, obra que, por lo demás, no tiene valor alguno. La circunstancia de no ser sino una mera aplicación de la idea de que ya hablamos en la nota de la pág. 129, demuestra que esta carta no era más que un simple ejercicio de escuela. El autor no paró mientes en que el Aristóteles de edad de veintiocho años, debía ser distinto del que la posteridad ha conocido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que Aristóteles vivió con su discípulo. Más de cuatro siglos después, en tiempo de Plutarco, mostrábase allá el banco de piedra y las sombrías calles de árboles (ὑπόσκιοι περίπατοι) que se creía habían sido testigos de las lecciones dadas por Aristóteles al hijo del rey [1]). Respecto al método de enseñanza empleado por el filósofo con Alejandro, las noticias que hoy poseemos ó son hipótesis absurdas, como las que sirven de base á las cartas que hallamos en Gelio, relativas á la publicación de ciertas obras [2]), ó son meras reflexiones completamente insustanciales y faltas de fundamento, como el dicho de Plutarco, de que Alejandro había hallado más medios para la realización de sus conquistas en la escuela de Aristóteles, que en el poderío que le legara Filipo [3]). Es también para despertar recelo y desconfianza, cuanto se dice acerca de un análisis y comentario de la *Iliada*, hecho por Aristóteles para uso de Alejandro; pues que en todo caso sería inexplicable el silencio que los investigadores han guardado sobre este trabajo, siendo así que no escasean las noticias sobre otras obras de análoga índole.

La misión de Aristóteles cerca del príncipe, no llegó á durar tres años. Cuando Filipo nombró á su hijo, que apenas contaba á la sazon dieciséis años, administrador del reino, para hacerle tomar parte poco después en sus empresas militares, Aristóteles se trasladó para mucho tiempo á Estagira, su patria. Háblase frecuentemente de los beneficios que ésta recibió gracias á su intercesión con Filipo, así como de leyes que Aristóteles hubo de darle; pero no sabemos del asunto, más de lo que conocemos respecto de las leyes que se dice haberle debido también Ereso, patria de Teofrasto.

[1]) Plutarco, *Vita Alex.*, c. 7. Cuanto Teócrito de Chios dice de Aristóteles en el ya citado epigrama:

ὃς διὰ τὴν ἀκρατῆ γαστρὸς φύσιν εἵλετο ναίειν
ἀντ' Ἀκαδημείας Βορβόρου ἐν προχοαῖς,

hácelo con maligna intención, teniendo en cuenta el significado de la palabra βόρβορος.

[2]) *Noct. att.*, 20, 5.

[3]) *De fortit. Alex.*, c. 4. En los escritores modernos hallamos también análogas caprichosas consideraciones, como la de Stahr, *Aristotelia*, vol. 1, p. 99: «Sin afirmar que Aristóteles ejerciera una influencia directa en los posteriores proyectos de conquista de Alejandro, puede asegurarse que debia salir un conquistador del mundo, de la escuela de quien, si hubiese nacido rey, habría sido también un Alejandro.»

Trece años después, regresaba de nuevo Aristóteles á Atenas. Su vuelta coincidió con el Arcontado de Evaineto, año 2 de la 111.ª Olimpiada, 335 a. Chr. [1]), y entonces fué cuando debió fundar una escuela propia, cuyo esplendor eclipsó en plazo breve al de la Academia. El nombre de Liceo, con el cual subsistió durante algunos siglos, debíalo á la proximidad de un templo de Apolo Liceo; así como un perípato que circuía al santuario, fué causa de que posteriormente no sólo se considerase este nombre como sinónimo de escuela filosófica, sino que sobre todo fueran llamados peripatéticos los partidarios de la doctrina aristotélica [2]).

No hay mayores motivos que los que dejamos expuestos respecto de la Academia, para que deba considerarse al Liceo como creación de una sola persona; pues que éste como aquélla no era más que una asociación de individuos animados de idénticos sentimientos y tendencias, y unidos para trabajar en común por el triunfo de sus ideales. Desgraciadamente las noticias que hasta nosotros han llegado, no son tales que nos permitan vislumbrar la historia de la creación del Liceo. Sólo tenemos por seguro, que contaba á Teofrasto así en el número de sus primeros miembros, como en el de los que desde un principio se dedicaron en él á la enseñanza. No sólo eran mucho más antiguas las relaciones que le unían con Aristóteles, sino que asegúrase que vivió con él en Macedonia y después en Estagira [3]). Más claro es que no aminora en modo alguno esta comunidad de esfuerzos, el mérito evidente de Aristóteles, pues que éste continuó siendo, aun en mayor grado que Platon en su escuela, el genio director de la suya, el hombre de superiores talentos y de actividad verdaderamente creadora

En cuantas noticias de época posterior, á menudo desfiguradas, hallamos sobre el particular, no se descubre nada de las

[1]) Son insignificantes las diferencias en punto á la duración de esta segunda estancia de Aristóteles en Atenas. Apolodoro afirma que permaneció allí trece años, y Dionisio de Halicarnaso que fueron doce.

[2]) La analogia que existe entre esta denominación y las de las demás escuelas filosóficas—especialmente debe recordarse el «Jardín» de Epicuro—hace que esta interpretación sea más verosímil que aquella otra según la cual, dicha denominación tiene su fundamento en la costumbre de Aristóteles de pasear mientras enseñaba.

[3]) Véase Eliano, *Historias varias*, 4, 19, y Diógenes Laercio, 5, 32. En apoyo de su estancia en Estagira, puede alegarse la mención en la *Hist. pl.*, 4, 16, 3, del Museo existente en aquella ciudad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

profundas huellas que Aristóteles debió dejar como verdadero fundador de un método científico de enseñanza; pero precisamente la especie de carácter legendario que ostentan, es clara muestra de cómo ha continuado abrigándose la persuasión de que él había dado un paso decisivo y creado una forma con la cual la enseñanza recibió en los más diversos ramos su organización definitiva. No sólo se descubren con toda claridad los rasgos fundamentales de esta organización, sino que al mismo tiempo no es difícil darse cuenta de la manera cómo nacieron ideas que en época relativamente temprana parece llegaron á generalizarse por completo. Entre ellas desempeñó papel importantísimo la que se refiere á una teoría secreta de Aristóteles, como la que ya anteriormente se había atribuído á Platon. Semejantes hipótesis hallaron en siglos posteriores tanta más aceptación, cuanto que eran grandes los atractivos que para ellos tenía cuanto parecía ocultarse tras el velo del misterio. Mas en realidad éstas no podían referirse sino al orden gradual de los estudios, escalonados de suerte que se comenzaba por las nociones más elementales, para pasar luego á las que requerían cierta preparación. No á otra cosa respondía evidentemente la distribución de los distintos temas de enseñanza en las varias horas del día, sistema cuya existencia, prescindiendo de todo otro testimonio, está demostrada por las burlas que del orador Hipérides se permitió hacer un poeta cómico contemporáneo [1]). Mas no estaba limitada la enseñanza á los discursos del maestro (ἀκροάσεις) pues que alternaban con ellos, bien la exposición de problemas (προβλήματα ó ἀπορίαι), bien la discusión sobre determinadas tesis (θέσεις) en forma análoga á la practicada hoy en las escuelas.

Más adelante verá el lector cuán necesario es formarse idea exacta del método de enseñanza creado por Aristóteles; pues en realidad, es imposible desconocer la conexión íntima existente entre dicho método y la mayoría de las obras que con su nombre han llegado hasta nosotros, bien en lo relativo á la forma de éstas, bien al motivo ú ocasión que les diera origen.

Pero antes de profundizar más en este punto, será conve-

[1]) Lo que Ateneo, 8, p. 342, c, dice: καὶ ὁ Ἕρμιππος δέ φησιν, ἐν τρίτῳ περὶ τῶν Ἰσοκράτους μαθητῶν, ἐωθινὸν τὸν Ὑπερείδην ποιεῖσθαι νῦν τοὺς περιπάτους ἐν τοῖς ἰχθύσιν, sólo puede entenderse de una cita cuya explicación hallamos en lo dicho por Gelio, *Noct. att.*, 20, 5.

niente terminar lo que queda por decir de las vicisitudes por que atravesó Aristóteles. Entre el infinito número de fábulas absurdas ó de maliciosas invenciones que ya desde muy antiguo corren respecto de su vida, quizá son las que menos necesitan ser refutadas las referentes á sus relaciones con Alejandro. Las flagrantes contradicciones que á cada paso hallamos en la tradición, despiertan ya por sí solas justificadas desconfianzas. Prescindiendo de los relatos que presentan al filósofo como acompañante del conquistador, encontramos otros muchos que encierran noticias verdaderamente increíbles acerca del modo cómo Alejandro se esforzó por secundar las investigaciones científicas de su maestro [1]). Otros, en cambio, no vacilan en atribuir á Aristóteles una intervención directa en el pretendido envenenamiento de Alejandro [2]). Ambos asertos no son otra cosa que invenciones tan descabelladas como cándidamente creídas. Ignórase si la desgraciada suerte que cupo al sobrino de Aristóteles, el vanidoso charlatán Calístenes, ejerció algún influjo en su actitud y sentimientos respecto de Alejandro; pero aunque así hubiera sido, no hay motivo bastante para suponerle capaz de un crimen. Con tales

[1]) Plinio, *Nat. hist.*, 8, 16, 17, nos da la noticia con grandes pormenores: *Alexandro magno rege inflammato cupidine animalium naturas noscendi, delegataque hac commentatione Aristoteli, summo in omni doctrina viro, aliquot millia hominum in totius Asiæ Græciæque tractu parere iussa, omnium, quos venatus, aucupia, piscaturaque alebant quibusque vivaria, armenta, alvearia, piscinæ, aviaria in cura erant, nequid usquam genitum ignoraretur ab eo, quos percontando quinquaginta ferme volumina illa præclara de animalibus condidit.* Tiene con esto conexión íntima lo que Ateneo, 9, p. 398, e, observa al explicar la denominación πολυτάλαντος πραγματεία empleada por él para designar la *Historia de los animales:* ὀκτακόσια γὰρ εἰληφέναι τάλαντα παρ' Ἀλεξάνδρου τὸν Σταγειρίτην λόγος ἔχει εἰς τὴν περὶ τῶν ζῴων ἱστορίαν. Eliano, *Historias varias*, 4, 19, atribuye á Filipo esta liberalidad verdaderamente regia (tratábase de unos 3.750.000 marcos). Para demostrar la inexactitud de estas noticias, ya rechazadas por J. H. Schultze en una *Historia de la Medicina* publicada en 1738, basta recordar que Aristóteles no menciona ni un solo animal que no fuera conocido ya en Grecia mucho antes de la época de Alejandro.

[2]) Algunos escritores modernos, como por ejemplo Buhle, en la *Enciclopedia* de Ersch y Gruber, en la palabra *Aristoteles*, y Stahr, *Aristotelia*, vol. 1, p. 139, no han tenido reparo en conceder cierta autoridad á tamaña noticia. El último reproduce los pasajes alusivos á esta cuestión, pero utilizándolos con demasiada ligereza. Así, por ejemplo, cuando Stahr dice: «Era para Plinio el Mayor verdad incontestable, que Aristóteles mancilló para siempre su fama tomando parte en el envenenamiento de Alejandro», basta citar las propias palabras de Plinio al final del libro XXX: *magna Aristotelis infamia excogitatum.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

circunstancias, necesitábase nada menos que la monomanía de un Caracalla para pretender con seriedad, cinco siglos después, hacerle responsable de haber tenido parte en el envenenamiento de Alejandro, hecho que tampoco está demostrado [1]). En qué condiciones vivía Aristóteles en Atenas, demuéstralo bien á las claras la circunstancia de que la sola noticia de la muerte de Alejandro bastó para decidirle á abandonar aquella ciudad.

Tampoco respecto de este suceso escasean las más peregrinas invenciones. Ante todo revélase claramente el deseo de establecer cierta analogía entre su muerte y la de Sócrates. Pero aun aquellas versiones según las cuales no murió envenenado, no sólo aparecen en gran parte desfiguradas, sino que en todas ellas se revela la tendencia, que tan á menudo ha contribuído á oscurecer la verdad histórica, de utilizar como abundante manantial de temas para composiciones retóricas, la muerte de Aristóteles. No otro origen debió tener la noticia de una supuesta acusación de impiedad que contra él dirigió el Jerofante Eurimedon ó un cierto Demófilo [2]), y la carta, frecuentemente citada, en que el filósofo de Estagira justificaba su resolución de abandonar á Atenas [3]). De la misma índole parece ser el discurso con que Demócares intentó justificar, valiéndose principalmente de cartas atribuídas á Aristóteles [4]) y que denunciaban á éste como traidor á su patria, la moción de Sófocles para que fuesen expulsados los filósofos, moción posterior á la muerte del Estagirita. El dis-

[1]) Según Dion Casio, 77, 7, Caracalla, para castigar el crimen de Aristóteles, no sólo mandó quemar sus obras, sino que derogó las prerrogativas de que los Peripatéticos habían gozado hasta entonces en Alejandría.

[2]) Véase Phavorin., en Diógenes Laercio, 5, 5, y Ateneo, 15, p. 696, a.

[3]) Véase *Vita Marciana*, p. 8, Ammonio, p. 400 de Westermann, David, *In categ.*, p. 26, b, 25. El pensamiento expresado en el verso de la *Odisea*, 7, 120,

ὄγχνη ἐπ' ὄγχνῃ γηράσκει, σῦκον δ' ἐπὶ σύκῳ,

de que los sicofantes hacían intolerable la existencia en Atenas, lo atribuye también Eliano, *Historias varias*, 12, 52, á Isócrates. Orígenes, *C. Cels.*, 1, 65, dice en cambio: οὗτος γὰρ ἰδὼν συγκροτεῖσθαι μέλλον κατ' αὐτοῦ δικαστήριον ὡς κατὰ ἀσεβοῦς διά τινα δόγματα τῆς φιλοσοφίας αὐτοῦ, ἃ ἐνόμισαν εἶναι ἀσεβῆ οἱ Ἀθηναῖοι, ἐν Χαλκίδι τὰς διατριβὰς ἐποιήσατο ἀπολογησάμενος τοῖς γνωρίμοις καὶ λέγων· ἀπίωμεν ἀπὸ τῶν Ἀθηνῶν, ἵνα μὴ πρόφασιν δῶμεν Ἀθηναίοις τοῦ δεύτερον ἅγος ἀναλαβεῖν παραπλήσιον τῷ κατὰ Σωκράτους, καὶ ἵνα μὴ δεύτερον εἰς φιλοσοφίαν ἀσεβήσωσιν. Véase Eliano, *Historias varias*, 3, 36, y David, *In categ.*, p. 26, b, 20.

[4]) Aristocles, en Eusebio, *Praepar. evang.*, 15, 2, p. 791.

curso en cuestión tiene todos los visos de una superchería, como lo era, en opinión de Ateneo, la supuesta defensa de Aristóteles contra las acusaciones de que fué objeto [1]).

En lo que claramente convienen todas estas noticias, es en la traslación del gran filósofo á Calcis, donde sólo debió vivir muy breve tiempo; pues que al año siguiente, 322 a. Chr., acarreóle la muerte una enfermedad cuyo largo proceso justifica la admiración que produjo, el que hubiese podido llegar á la edad de sesenta y tres años [2]); y acaso aun más, la extrañeza de que no obstante su complexión débil y á pesar de haber sido su vida mucho más breve que la de la inmensa mayoría de los filósofos griegos más célebres, aventajase á todos ellos, por lo menos en lo tocante al número y extensión de sus obras.

Antes de examinar estas producciones, conviene que digamos algo acerca del carácter del hombre que consagró su vida entera á la investigación y propagación de la verdad científica. Desde luego, la actividad verdaderamente increíble á que se deben los abundantes frutos de su trabajo intelectual que dejó al morir, pudiera aducirse como razon bastante para negar todo crédito á lo que sobre la desarreglada conducta de su juventud se ha dicho. No existe tampoco prueba alguna, como ya hemos visto, de su tan decantada ingratitud para con Platon. Ni lo que se dice de su avaricia ó de su servilismo para con los reyes de Macedonia, tiene base alguna firme en qué apoyarse. Lejos de poderse citar ni un solo fragmento de sus obras que confirme cargos semejantes, no se ve en todas ellas sino una aspiración decidida á la verdad y firmes convicciones morales, cuya expresión muchas veces, como sucede en algunos pasajes de la *Etica Nicomaquea*, pudiera calificarse de inspirada. El único escrito que tenemos de mano de Aristóteles, íntimamente relacionado con su persona, produce una impresión tan grata para el lector como favorable para el autor: el Testamento conservado

[1]) Libro 15, 697, a.

[2]) Censor., *De die nat.*, c. 14: *Hunc (Aristotelem) ferunt naturalem stomachi infirmitatem crebrasque morbidi corporis offensiones adeo virtute animi diu sustentasse, ut magis mirum sit ad annos LXIII eum vitam pertulisse quam ultro non protulisse.* La noticia de Eumelo, en Diógenes Laercio, 5, 6, de que Aristóteles llegó á la edad de setenta años, merece tanto menos crédito, cuanto que afirma que murió envenenado por la cicuta, relacionando verosimilmente su muerte con las medidas adoptadas contra los filósofos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por Diógenes Laercio, de cuya autenticidad no podemos dudar, á no ser que dudemos también de todos los fragmentos de obras análogas de los filósofos griegos [1]). Las disposiciones contenidas en este documento, dan testimonio del cariñoso interés que Aristóteles sentía por los suyos, y de su gratitud hacia aquellos con quienes se consideraba obligado. Es también muy digna de nota, la designación de Antípatro como albacea testamentario. Las amistosas relaciones que entre éste y Aristóteles mediaron, están acreditadas además por una serie de cartas de que desgraciadamente sólo se han salvado escasos fragmentos, los cuales, por lo menos, muestran que era extraordinaria la intimidad que reinó entre el filósofo y el futuro dominador de Macedonia [2]).

[1]) Así, por ejemplo, A. Grant, *Aristoteles*, trad. de J. Imelmann, Berlín, 1878, p. 22, habla del «verdadero ó supuesto Testamento de Aristóteles», conviniendo, sin embargo, en que «si no es auténtico, está hábilmente inventado». Que estos Testamentos habían sido incluídos ya en la obra de Hermipo, resulta indudable; así como se verá perfectamente claro el valor que tenían para las generaciones siguientes, si se recuerda que en parte eran para las distintas escuelas los títulos de posesión.

[2]) Véanse los pasajes en Bernays, *Die Dialoge des Aristoteles*, p. 135.

CAPÍTULO XLVII

Obras de Aristóteles.

La diversa impresión que en nuestro ánimo producen Platon y Aristóteles, sólo en parte puede ser atribuída á la diferencia del punto de vista filosófico que cada uno de ellos ha adoptado. Al contraste entre la tendencia idealista del uno y la realista del otro, se agrega además otra diferencia de grandísimo interés: admiramos en Platon no sólo al filósofo profundo, sino también al autor de buen número de obras de sobresaliente mérito; mientras que Aristóteles, si bien aparece á nuestros ojos como un gran pensador que domina los ramos más diversos del saber, en cambio, como escritor que persigue fines puramente didácticos, no cuida en punto á la forma, sino de que la dicción sea la más apropiada al asunto.

De la desemejanza resultante del carácter enteramente distinto de las obras que de Platon y Aristóteles conocemos, ni sus contemporáneos, ni las generaciones siguientes, tuvieron idea bastante clara; sino que antes bien, pasó para ellos por completo inadvertida. A no ser así, no tendría explicación el hecho de que, á juicio de los críticos, Aristóteles ocupe el mismo lugar que Platon entre los escritores clásicos de Filosofía. Todos le tributan los más incondicionales elogios, y todos ensalzan con exceso la elegancia, la riqueza, el «río de oro» de su elocuencia.

Por muy favorable que sea el juicio que formemos del estilo de Aristóteles, tal y como se revela en las obras que se han conservado, difícilmente encontraremos justificadas semejantes alabanzas. Basta, sin embargo, para comprenderlas, considerar que las obras á que se refieren y en las cuales el juicio de la antigüedad está basado, ostentaban un carácter muy distinto del de las que hoy conocemos; pues mientras que las primeras, por su forma, no sólo resistían sino que provocaban una comparación con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por Diógenes Laercio, de cuya autenticidad no podemos dudar, á no ser que dudemos también de todos los fragmentos de obras análogas de los filósofos griegos [1]). Las disposiciones contenidas en este documento, dan testimonio del cariñoso interés que Aristóteles sentía por los suyos, y de su gratitud hacia aquellos con quienes se consideraba obligado. Es también muy digna de nota, la designación de Antípatro como albacea testamentario. Las amistosas relaciones que entre éste y Aristóteles mediaron, están acreditadas además por una serie de cartas de que desgraciadamente sólo se han salvado escasos fragmentos, los cuales, por lo menos, muestran que era extraordinaria la intimidad que reinó entre el filósofo y el futuro dominador de Macedonia [2]).

[1]) Así, por ejemplo, A. Grant, *Aristoteles*, trad. de J. Imelmann, Berlín, 1878, p. 22, habla del «verdadero ó supuesto Testamento de Aristóteles», conviniendo, sin embargo, en que «si no es auténtico, está hábilmente inventado». Que estos Testamentos habían sido incluídos ya en la obra de Hermipo, resulta indudable; así como se verá perfectamente claro el valor que tenían para las generaciones siguientes, si se recuerda que en parte eran para las distintas escuelas los títulos de posesión.

[2]) Véanse los pasajes en Bernays, *Die Dialoge des Aristoteles*, p. 135.

CAPÍTULO XLVII

Obras de Aristóteles.

La diversa impresión que en nuestro ánimo producen Platon y Aristóteles, sólo en parte puede ser atribuída á la diferencia del punto de vista filosófico que cada uno de ellos ha adoptado. Al contraste entre la tendencia idealista del uno y la realista del otro, se agrega además otra diferencia de grandísimo interés: admiramos en Platon no sólo al filósofo profundo, sino también al autor de buen número de obras de sobresaliente mérito; mientras que Aristóteles, si bien aparece á nuestros ojos como un gran pensador que domina los ramos más diversos del saber, en cambio, como escritor que persigue fines puramente didácticos, no cuida en punto á la forma, sino de que la dicción sea la más apropiada al asunto.

De la desemejanza resultante del carácter enteramente distinto de las obras que de Platon y Aristóteles conocemos, ni sus contemporáneos, ni las generaciones siguientes, tuvieron idea bastante clara; sino que antes bien, pasó para ellos por completo inadvertida. A no ser así, no tendría explicación el hecho de que, á juicio de los críticos, Aristóteles ocupe el mismo lugar que Platon entre los escritores clásicos de Filosofía. Todos le tributan los más incondicionales elogios, y todos ensalzan con exceso la elegancia, la riqueza, el «río de oro» de su elocuencia.

Por muy favorable que sea el juicio que formemos del estilo de Aristóteles, tal y como se revela en las obras que se han conservado, difícilmente encontraremos justificadas semejantes alabanzas. Basta, sin embargo, para comprenderlas, considerar que las obras á que se refieren y en las cuales el juicio de la antigüedad está basado, ostentaban un carácter muy distinto del de las que hoy conocemos; pues mientras que las primeras, por su forma, no sólo resistían sino que provocaban una comparación con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los diálogos de Platon, las otras son producciones puramente didácticas que por su propia naturaleza quedan fuera de los dominios de la crítica artística. Aclárase hasta cierto punto esta diferencia, recordando los ya citados discursos acerca del Bien, pronunciados por Platon. Supongamos que en lugar de los diálogos sólo se hubiesen conservado los apuntes tomados por varios de sus discípulos, y, como demostraremos más adelante, hubiera sucedido con Platon lo que, si bien sólo en muy contados casos, ha acontecido con Aristóteles.

Mas no hay que pensar que este hecho sea debido á mera casualidad; lejos de ello, es fácil determinar la razon de que en cierta época las obras de Aristóteles hasta entonces generalmente conocidas, fueran pospuestas y aun eclipsadas por otras; pues que esta razon se halla íntimamente relacionada con el rápido vuelo que tomó desde el principio de nuestra Era el estudio de la filosofía aristotélica, después de haber estado desatendido largo tiempo. Ahora bien: si este desarrollo fué en parte ocasionado, ó á lo menos favorecido por una causa puramente externa, como la publicación de obras hasta entonces desconocidas, es cuestión que sólo puede resolverse estudiando con esmero las noticias que se conservan acerca de las vicisitudes por que han pasado los trabajos de Aristóteles. Pero aparte esto, hay otras causas que hacen necesario el comenzar por este estudio, y exponer á guisa de introducción y lo más brevemente posible, la historia de las producciones aristotélicas. Con esto tendremos también ocasión de discutir varios puntos de interés, para poder apreciar las diferencias que existen entre los varios géneros en que dichas obras pueden dividirse.

El testimonio más antiguo respecto de las obras de Aristóteles, está en la enumeración de las que existían en las bibliotecas de Alejandría unos cien años después de la muerte del autor; pues que este Catálogo, cuyo conocimiento debemos á Diógenes Laercio, fué indudablemente formado por Hermipo de Esmirna, continuador de los trabajos bibliográficos de Calímaco. Cítanse en dicho Catálogo 146 obras, que en conjunto constaban de unos 400 rollos [1]). Este número, ya de por sí considerable, hubo de

[1]) Diógenes Laercio, 5, 22 y ss. Al final del 34, dice: δῆλον ἐν τῶν προγεγραμμένων συγγραμμάτων, ἃ τὸν ἀριθμὸν ἐγγὺς ἥκει τῶν τετρακοσίων, τὰ ὅσα γε ἀμφίλεκτα. La concordancia de este dato con el del Catálogo antes publicado por

aumentarse en más del doble en los dos siglos siguientes, si es verdad que Andrónico de Rodas, undécimo sucesor de Aristóteles, y el cual vivió hacia la mitad del siglo I, a. Chr., calculaba nada menos que en mil libros—palabra con la que evidentemente debe entenderse rollos—los escritos aristotélicos [1]).

Aunque esta diferencia es por extremo considerable, no merecería gran atención, dada la inseguridad de los datos bibliográficos de posteriores épocas que nos han sido trasmitidos, si una serie de circunstancias no pareciese darle interés excepcional. Es la primera, el hecho de citarse en su abono la autoridad de Andrónico, en la cual descansa realmente la importancia de este testimonio, porque por más de un concepto tiene Andrónico contraídos méritos especiales para con Aristóteles. Si la antigüedad, como afirma un comentarista posterior [2]), le elogió como diligente crítico y descubridor de las obras del Estagirita, debiólo á lo que cuentan Plutarco y Estrabon, este último contemporáneo suyo, pero más joven que él [3]): según éstos, después de la muerte de Teofrasto, sus manuscritos y los de Aristóteles pasaron por herencia á poder de un cierto Neleo, natural de Scepsis, supuesto hijo de un socrático llamado Corisco [4]), el cual los llevó á su patria. Para resguardar este tesoro del poco escrupuloso celo coleccionador de los Atálidas, ocultáronlo en un sótano los herederos

Menage, συνέγραφε βιβλία ἐγγὺς υ', basta para admitir el común origen de ambas listas, no obstante ciertas diferencias que se advierten, sobre todo en el orden de los títulos.

[1]) David, *Comm. in Arist. Cat.*, p. 24, a, 18: τῶν Ἀριστοτελικῶν συγγραμμάτων χιλίων ὄντων τὸν ἀριθμόν, ὡς Ἀνδρόνικος παραδίδωσιν ὁ τούτου ἑνδέκατος λενόμενος διάδοχος. En el pasaje p. 22, a, 11: τῶν Ἀριστοτελικῶν συγγραμμάτων πολλῶν ὄντων, χιλίων τὸν ἀριθμόν, ὡς φησι Πτολεμαῖος ὁ Φιλάδελφος ἀναγραφὴν αὐτῶν ποιησάμενος, καὶ τὸν βίον αὐτοῦ καὶ τὴν διάθεσιν, incurre evidentemente en error al nombrar á Ptolomeo Filadelfo en lugar del autor de una obra sobre Aristóteles, que debió florecer según todas las probabilidades en el siglo II de la Era cristiana. El Catálogo hecho por él, se ha conservado en lengua árabe.

[2]) Boetius, *In Aristoteles de interpr.*, 2, p. 284, en Brandis, p. 97, a, 27: *Quem cum exactum diligentemque Aristotelis librorum et iudicem et repertorem iudicarit antiquitas.*

[3]) Estrabon, 13, p. 608, Plutarco, *Vita Sullae*, c. 36.

[4]) El nombre de Κορισκός designa frecuentemente en las obras de Aristóteles una persona agradable. Dicho se está que el padre del heredero de Teofrasto, muerto á lo sumo el año 288, a. Chr., no pudo ser de los primeros discípulos de Sócrates, aun cuando aquel Κορισκός de quien habla Estobeo, *Florilegio*, 7, 53, es designado como εὖ μάλα γέρων ὤν.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Neleo. Maltratados allí tan preciosos manuscritos por la humedad y la polilla, pasaron más tarde á poder del rico bibliófilo y entusiasta admirador de Aristóteles, Apelicon de Teos [1]); y juntamente con la biblioteca de este último, fueron trasladados á Roma después de la conquista de Atenas por Sila. Un ensayo de publicación de estos manuscritos hecho por el mismo Apelicon, no tuvo éxito, por carecer el editor de los conocimientos necesarios para llevar á cabo tamaña empresa, la cual realizó al fin Andrónico de Rodas, con el concurso del gramático Tiranion, el célebre amigo de Ciceron.

Aun cuando estas noticias, á las cuales, sin motivo, han querido algunos negar todo crédito, dejan mucho que desear en punto á exactitud y agudeza, no es posible tenerlas por destituídas de todo fundamento. Por lo demás, como el mismo Estrabon observa en un pasaje de que luego hablaremos más detenidamente, no se trata aquí de una Colección completa de las obras de Aristóteles; pues no sólo demuestra ya lo contrario el ya citado Catálogo, sino que al propio tiempo confirma el dicho de Estrabon y de Plutarco, dado que aquella Colección contiene muchas obras que en éste no se citan. Y si bien es posible que algunas de ellas hubiesen sido incluídas en él con distinto título, esta posibilidad sólo puede ser aplicable á algún que otro caso, y carece por lo tanto de la virtualidad y fuerza necesarias. Hay que observar además, que respecto de algunos escritos que indudablemente deben ser contados entre los más importantes de Aristóteles, parece no hay indicio alguno seguro, no ya de que existieran, sino ni de que fueran muy conocidos ó de fácil adquisición en los tiempos anteriores á Andrónico [2]).

[1]) Véase el cap. XLVI, nota 1 de la pág. 213 del presente tomo.

[2]) No es ciertamente este, el lugar oportuno para penetrar más en el fondo de semejante cuestión: con tanto más motivo cuanto que de una parte un *argumentum a silentio* es necesariamente aventurado, y de otra la solución es siempre dudosa donde, como en el caso presente, se trata de opiniones determinadas cuya fuente no se cita. Enfrente de las hábiles disquisiciones de Zeller, *Ueber die Benützung der aristotelischen Metaphysik in den Schriften der älteren Peripatetiker*, Berlin, 1877, podría alegarse sólo la consideración de que, por lo que toca á Teofrasto, su conocimiento de las obras de Aristóteles se explica ya por el hecho de haberlas heredado. De la misma suerte, la correspondencia entre Eudemo y Teofrasto que menciona Simplicio, *In Arist. physica*, 6, fol. 216, confirma la hipótesis de que el primero debió poseer el texto auténtico, cuando por otra parte sólo existían copias más ó menos fieles.

En vista de lo expuesto, pudiera muy bien plantearse la cuestión, que en mi concepto no puede resolverse con perfecta seguridad, de si Andrónico editó ó no por primera vez un número más ó menos considerable de los trabajos de Aristóteles. Mas aunque se pretenda poner en tela de juicio su gloria como descubridor y propagandista de obras, hasta aquel tiempo ignoradas ó muy poco conocidas, del fundador de la escuela peripatética, será siempre importantísima la parte que tuvo en la Colección que se ha conservado de los escritos aristotélicos.

Con mucha más precisión que Plutarco, el cual únicamente habla de que los títulos que las producciones de Aristóteles llevaban en su tiempo, se debían á Andrónico [1]), se expresa respecto de este punto un erudito escritor posterior. Para justificar el orden, algún tanto arbitrario, que siguió en la publicación de las obras de su maestro Plotino, invoca Porfirio el precedente de Andrónico [2]); y si bien habla además de *pragmateias* [3]), en que Andrónico dividió las obras de Aristóteles, es evidente que por esta palabra sólo puede entenderse los grupos en que éstas nos han sido trasmitidas.

Hasta qué extremo llegó en este punto la influencia de Andrónico, infiérese de algunas indicaciones que encontramos dispersas en los comentaristas posteriores. Así, por ejemplo, el más ilustre de ellos, Alejandro de Afrodisia, que vivió hacia la primera mitad del siglo segundo después de Jesucristo, manifiesta la fundada duda de si el final del libro tercero y el libro cuarto de la *Meteorología*, ocupan realmente el lugar que les corresponde; ó si por el contrario debieran más bien ir unidos á los libros *Sobre la generación* y *Sobre la destrucción*, que, en la serie de las obras, les preceden inmediatamente [4]). Una prueba más clara todavía, ofre-

[1]) *Loc. cit.*: τὸν Ῥόδιον Ἀνδρόνικον εὐπορήσαντα τῶν ἀντιγράφων εἰς μέσον θεῖναι καὶ ἀναγράψαι τοὺς νῦν φερομένους πίνακας. Por la palabra πίνακες sólo puede entenderse enumeraciones de los títulos de las diversas obras llamadas también σίλλυβοι, y en latín *Indices* (véase Ciceron, *Ep. ad Att.*, 4, 4), pero de ninguna manera verdaderos catálogos.

[2]) *Vita Plotini*, c. 24: μιμησάμενος δ' Ἀπολλόδωρον τὸν Ἀθηναῖον καὶ Ἀνδρόνικον τὸν περιπατητικόν, ὧν ὁ μὲν Ἐπιχάρμον τόν κωμῳδιογράφον εἰς δέκα τόμους φέρων συνήγαγεν, ὁ δὲ τὰ Ἀριστοτέλους καὶ Θεοφράστου εἰς πραγματείας διεῖλε τὰς οἰκείας ὑποθέσεις εἰς ταὐτὸν συναγαγών.

[3]) Evidentemente esta denominación está tomada del mismo Aristóteles, el cual llama así á menudo á determinadas partes de la Filosofía.

[4]) Alejandro de Afrodisia, *In Arist. meteor.*, t. 2, p. 167 de Ideler: τὸ τέταρτον

ce el conjunto de trabajos designados con el nombre de *Metafísica*. Si este título procede de Andrónico, como parece inferirse de lo que dice Plutarco [1]), basta por sí solo para darnos á conocer con suficiente claridad, el procedimiento seguido por aquél; el cual, por otra parte, como revela la forma misma que dió á la obra, era perfectamente arbitrario. En este terreno, pues, debe también llamarse la atención sobre cuán grande sería la importancia, no sólo de la doctrina peripatética en general, sino tambien del sistema establecido para su enseñanza por Andrónico, cuando ha sido universalmente admitido, y se ha conservado hasta hoy un título adoptado por razones puramente extrínsecas, en lugar del que el mismo Aristóteles escogió para aquella parte de la Filosofía.

Respecto al fin que Andrónico se propusiera, apenas puede quedarnos duda alguna después de lo que hasta aquí llevamos dicho. Desde luego hay que excluir la idea de que quisiera formar una Colección de todas las obras de Aristóteles, á la manera de la que cincuenta años más tarde formó Trasilo con los escritos de Demócrito y Platon. Prescindiendo de la cuestión de si esta empresa hubiera podido ó no ser realizable, sus aspiraciones fueron mucho más modestas. Como el fin que Andrónico perseguía, era exclusivamente filosófico, se explica que no le inspirasen verdadero interés, más que las obras en que las ideas de Aristóteles hallaron interpretación más perfecta: esto es, las producciones rigorosamente científicas ó las que pueden ser calificadas de didác-

ἐπιγραφόμενον τῶν 'Αριστοτέλους μετεωρολογιῶν ἐστι μὲν 'Αριστοτέλους, οὐ μὴν τῆς γε μετεωρολογικῆς πραγματείας· οὐ γὰρ ἐκείνης οἰκεῖα τὰ ἐν αὐτῷ λεγόμενα, μᾶλλον δέ, ὅσον ἐπὶ τοῖς λεγομένοις, ἦν ἂν ἑπόμενον τοῖς περὶ γενέσεως καὶ φθορᾶς. El mismo, *Quaest. natur.*, 3, 14: ἐν τούτῳ τῷ ἐπιγραφομένῳ μὲν τετάρτῳ μετεωρολογικῶν, ὄντι δὲ μᾶλλον οἰκείῳ τῇ περὶ γενέσεως καὶ φθορᾶς πραγματείᾳ. Véase Olimpiodoro, *In Arist. meteor.*, p. 133 de Ideler, y Teodoro Metochita en el comienzo de su paráfrasis al libro IV.

[1]) Debe notarse que Plutarco es el primer escritor en quien hallamos este título. Véase *Vita Alex.*, c. 7. Ofrece un ejemplo anterior, Nicolás de Damasco que floreció en la época de Augusto, y cuya θεωρία τῶν 'Αριστοτέλους μετὰ τὰ φυσικά fué citada por el escoliasta de la *Metafísica* de Teofrasto, p. 323 de la edición de Brandis. Bajo este título, no hay que entender escrito alguno especial así denominado, sino una parte de la obra que consagró á exponer sistemáticamente la filosofía de los peripatéticos, en la cual, según parece, había seguido la clasificación de Andrónico, de que verosímilmente trataba también la obra de Adrasto περὶ τῆς τάξεως τῶν 'Αριστοτέλους συγγραμμάτων.

ticas. Ahora bien: cuan de lleno consiguió esta Colección el fin á que iba encaminada, lo acredita en primer término el hecho de haberse perdido casi todos los demás escritos de Aristóteles, especialmente aquellos que durante largo tiempo habían difundido el conocimiento de la doctrina peripatética.

Respecto de las grandes diferencias que en punto á la clasificación de las producciones aristotélicas se han dibujado, no escasean ciertamente las pruebas, y el orden mismo seguido en el citado Catálogo, nos sugiere ya una sobrado importante. Estrabon, por otro lado, atribuye la decadencia de los estudios en las escuelas peripatéticas, al desconocimiento de las obras dadas á luz por Andrónico, y designa con el nombre de exotéricas la mayoría de las entonces conocidas [1]). Con más claridad aun se expresa Ciceron, cuando para refutar el dicho de que Aristóteles no siempre está de acuerdo consigo mismo, recuerda que tanto éste como Teofrasto, dieron á luz dos clases de obras: unas de vulgarización y al alcance de todas las inteligencias, las cuales se denominaban exotéricas, y otras en que trataban los asuntos con más precisión y rigorismo científico y en forma menos literaria [2]).

Ahora bien: ¿es exacto que, como Ciceron afirma apoyándose evidentemente en la autoridad de otro escritor, el mismo Aristóteles designó con el nombre de exotéricas algunas de sus producciones? Difícil sería probarlo con los pasajes que conocemos, en que emplea Aristóteles esta expresión. La tentativa hecha por un distinguido investigador, de hacer ver en los lugares en que Aristóteles cita discursos exotéricos, otras tantas referencias á obras dialogadas, puede considerarse como fracasada [3]). Ni semejante explicación es aplicable á todos los pasajes, ni concuerda con el uso enteramente análogo que de la frase «discursos exotéricos» se hace en dos distintos fragmentos de un escrito indudablemente de

[1]) *Loc. cit.*, se dice: συνέβη δὲ τοῖς ἐκ τῶν περιπάτων τοῖς μὲν πάλαι τοῖς μετὰ Θεόφραστον, ὅλως οὐκ ἔχουσι τὰ βιβλία, πλὴν ὀλίγων, καὶ μάλιστα τῶν ἐξωτερικῶν, μηδὲν ἔχειν φιλοσοφεῖν πραγματικῶς, ἀλλὰ θέσεις ληκυθίζειν.

[2]) *De finibus*, 5, 5, 12: *De summo autem bono, quia duo genera librorum sunt, unum populariter scriptum, quod* ἐξωτερικὸν *appellabant; alterum limatius, quod, in commentariis reliquerunt, non semper idem dicere videntur, nec in summa tamen ipsa aut varietas est ulla, apud hos quidem quos nominavi, aut inter ipsos dissensio.* De igual suerte se dice en las *Ep. ad Attic.*, 4, 16, 2: *Aristoteles in iis quos* ἐξωτερικοὺς *vocat.*

[3]) Véase J. Bernays, *Die Dialoge des Aristoteles in ihrem Verhältniss zu seinen übrigen Werken*, Berlin, 1863.

Eudemo; lejos de esto, parece que debe tomarse esta palabra en un sentido mucho más general, entendiendo por ella no una determinada clase de obras, sino más bien opiniones ajenas, por decirlo así, á la doctrina que se enseñaba en el Liceo [1]).

Enteramente independiente de la cuestión de si aquella frase—á la que no se comprende por qué Andrónico no dió ya este sentido—es ó no justamente aplicable á los escritos de Aristóteles, es el uso que de la misma hicieron escritores posteriores, los cuales la emplearon para marcar el contraste á que Ciceron y Estrabon se refieren. En este sentido, cita Alejandro de Afrodisia obras exotéricas al lado de obras retóricas [2]). En otro pasaje, que desgraciadamente sólo conocemos por una cita posterior, se expresa respecto de este mismo punto, de que también había hablado Ciceron, en sentido completamente distinto, á saber: contraponiendo á las obras exotéricas, esto es, dialogadas, las acroamáticas, y observando al propio tiempo, que las últimas eran las únicas que contenían la verdadera opinión de Aristóteles y lo realmente cierto, mientras que las primeras sólo encerraban las opiniones de otros filosófos y lo que indudablemente era falso [3]). Es de notar, sobre todo, la dureza con que se expresa Alejandro. Ahora bien: si este era el juicio que en general se tenía de los escritos exotéricos, ¿qué más natural sino que la atención de los aristotélicos se fijase bien pronto sólo en las obras denominadas *acroamáticas?*

No hay para que detenernos aquí en patentizar la relación que existe entre esta última denominación y los discursos doctrinales, ni tampoco en exponer las razones de donde se infiere como verosímil, que el primero que la empleó fué Andrónico. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto, que su uso no está completamente justificado. Aun cuando, como haremos notar más adelante, hay entre las producciones de Aristóteles algunas que fueron sin duda resultado de tales discursos doctrinales—en este punto

[1]) Véase la disertación de H. Diels, *Ueber die exoterischen Reden des Aristoteles*, en las SITZUNGSBERICHTE DER BERLINER AKADEMIE, 1883, p. 477 y ss.

[2]) *Comm. in Arist. top.*, p. 261, a, 25: διαλεκτικῶς δὲ πρὸς δόξαν, ὡς ἔν τε ταύτῃ τῇ πραγματείᾳ καὶ ἐν τοῖς ῥητορικοῖς καὶ ἐν τοῖς ἐξωτερικοῖς· καὶ γὰρ ἐν ἐκείνοις πλεῖστα καὶ περὶ τῶν ἠθικῶν καὶ περὶ τῶν φυσικῶν ἐνδόξως λέγεται.

[3]) David, *In categ.*, p. 24, b, 33: ὁ δὲ Ἀλέξανδρος ἄλλην διαφορὰν λέγει τῶν ἀκροαματικῶν πρὸς τὰ διαλογικά, ὅτι ἐν μὲν τοῖς ἀκροαματικοῖς τὰ δοκοῦντα αὐτῷ λέγει καὶ τὰ ἀληθῆ, ἐν δὲ τοῖς διαλογικοῖς τὰ ἄλλοις δοκοῦντα· καὶ τὰ ψευδῆ. Véase Ammon., *In Categ.*, fol. 7, b.

basta por el momento con remitir al lector á una noticia que sobre ello hallamos en el Catálogo [1])—es, sin embargo, evidente, que no puede atribuirse el mismo origen á la mayoría de ellas. Preferible hubiera sido quizá atemperarse también aquí al tecnicismo de la escuela de Aristóteles, teniendo en cuenta, por ejemplo, la diferencia establecida, entre otros, por Eudemo, entre los «discursos exotéricos» y los «filosóficos», λόγοι κατὰ φιλοσοφίαν [2]).

Pero aunque en ambos casos queda la elección de los vocablos sometida á las censuras de la crítica, no se necesita en modo alguno justificar la diferencia misma que señalan, pues que en el fondo se trata simplemente de establecer un deslinde entre obras que no sólo son completamente distintas por su forma y por su objeto, sino también, como trataremos de demostrar, por la época de su publicación. Este punto tan claro de por sí, ha sido oscurecido por los más peregrinos errores. Con él se relaciona la idea, más tarde muy generalizada, de la existencia de una doble doctrina de Aristóteles, como antes se había hablado de la existencia de una doctrina secreta de Platon. La inexactitud de tamaño aserto, sin embargo, se infiere ya de la carencia de todo testimonio fidedigno sobre este punto. Ni Ciceron, ni Estrabon, ni menos Alejandro de Afrodisia, tuvieron noticia alguna de semejante doctrina secreta. Pero la credulidad de las generaciones posteriores halló la ansiada base de aquella noticia, en las conocidas cartas que se pretende mediaron entre Alejandro y Aristóteles. Al sentimiento manifestado por el primero ante la publicación de doctrinas que habría preferido hubiesen quedado reservadas para la escuela, contesta Aristóteles diciendo que las obras en cuestión están y no están publicadas, dado que sólo los que han sido sus discípulos se hallan en estado de comprenderlas [3]).

[1]) En Diógenes, 75: πολιτικῆς ἀκροάσεως ὡς ἡ Θεοφράστου, en ocho libros, y en el Anónimo, πολιτικῆς ἀκροάσεως κ'.

[2]) *Ethic. Eud.*, 1, 8, p. 1217, 6, 19: εἰ δὲ δεῖ συντόμως εἰπεῖν περὶ αὐτῶν, λέγομεν ὅτι πρῶτον μὲν τὸ εἶναι ἰδέαν μὴ μόνον ἀγαθοῦ ἀλλὰ καὶ ἄλλου ὁτουοῦν λέγεται λογικῶς καὶ κενῶς· ἐπέσκεπται δὲ πολλοῖς περὶ αὐτοῦ τρόποις καὶ ἐν τοῖς ἐξωτερικοῖς λόγοις καὶ ἐν τοῖς κατὰ φιλοσοφίαν. *Ibid.*, p. 1216, b, 35, y *Politica*, p. 1282, b, 19; *Física*, p. 191, a, 24; *De part. anim.*, p. 642, a, 5.

[3]) Hallamos ambas cartas en Plutarco, *Alex.*, c. 7, y Aulo Gelio, *Noct. att.*, 20, 5. El primero observa: ἔοικε δ' Ἀλέξανδρος οὐ μόνον τὸν ἠθικὸν καὶ πολιτικὸν παραλαβεῖν λόγον, ἀλλὰ καὶ τῶν ἀπορρήτων καὶ βαρυτέρων διδασκαλιῶν, ἃς οἱ ἄνδρες ἰδίως ἀκροαματικὰς καὶ ἐποπτικὰς προσαγορεύοντες, οὐκ ἐξέφερον εἰς πολλούς

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aun cuando se afirme que esta correspondencia se encontraba ya en la obra de Andrónico sobre Aristóteles [1]), no queda en modo alguno resuelta la cuestión de su autenticidad. Ya hemos tenido ocasión de ver, cuán á menudo las relaciones que mediaron entre Aristóteles y Alejandro han servido de pretexto para las más absurdas invenciones [2]); pero prescindiendo de esto, la intención que revelan las palabras atribuídas á Aristóteles resultará clara, con sólo ver en ellas la tentativa más ó menos afortunada de señalar de una manera ingeniosa, la dificultad de entender bien algunas de las obras aristotélicas [3]). Ahora bien: esta oscuridad precisamente, es la que, por razones fáciles de comprender, se han complacido en hacer resaltar los editores, presentándola como rebuscada é intencional, é invocándola al propio tiempo como prueba del carácter misterioso y, por decirlo así, místico de las obras del filósofo [4]).

Temeríamos fatigar al lector, si quisiéramos exponer detenidamente cuantos absurdos y quimeras se han propalado respecto de los escritos aristotélicos. No carecen por completo de fundamento algunas distinciones aun hoy admitidas y corrientes, como, por ejemplo, la establecida entre una doctrina esotérica y otra exotérica; con tal de que la diferencia quede reducida, de una parte á la dificultad propia de las cuestiones, y de otra á la manera de exponerlas y desarrollarlas.

μετασχεῖν. Si se para mientes en la corta edad de Alejandro cuando era discípulo de Aristóteles, difícilmente se podrá armonizar el dicho de Plutarco sobre la enseñanza por aquel recibida, con la opinión vertida en la *Etica Nicomaquea*, I, 1, p. 1095, a, 2, donde se dice: διὸ τῆς πολιτικῆς οὐκ ἔστιν οἰκεῖος ἀκροατὴς ὁ νέος· ἄπειρος γὰρ τῶν κατὰ τὸν βίον πράξεων, οἱ λόγοι δ' ἐπὶ τούτων καὶ περὶ τούτων.

[1]) Aulo Gelio, *op. cit.*

[2]) Cap. XLVI, p. 213, 214 y 217 del presente tomo.

[3]) Agregaremos aquí, que esta correspondencia parece en todo caso autorizar la hipótesis de que el mismo Aristóteles publicó varias de sus obras. De esta suerte se comprende cómo Niebuhr, *Röm. Geschichte*, vol. I, nota 30, ha podido calificar de «probablemente auténtica» la carta de Aristóteles.

[4]) Sobre este particular, basta con remitirse al pasaje p. 319 d, del discurso 24 de Temistio. Al lado de una serie de las más intrincadas locuciones tomadas del culto de los misterios, aparecen otras sacadas evidentemente de las obras citadas ya. En la paráfrasis de las *Segundas Analíticas*, t. I, p. 2 de Spengel, se dice: πολλὰ μὲν οὖ ἔοικε τῶν Ἀριστοτέλους βιβλίων εἰς ἐπίκρυψιν μεμηχανῆσθαι, οὐχ ἥκιστα δὲ τὰ προκειμένα. Según otros, la oscuridad de su dicción debía ser intencionada y con el fin de obligar á los lectores á aguzar el entendimiento y ejercitar la inteligencia.

Después de tan larga digresión, sería hora de que entrásemos á examinar separadamente cada uno de los escritos de Aristóteles, si no fuese antes necesario clasificarlos en determinados grupos. Si por un lado el extraordinario número de sus producciones hace indispensable esta clasificación, por otro, la imposibilidad de determinar, siquiera sea sólo aproximadamente, la época en que vieron la luz la mayoría de ellas, nos obliga á desviarnos del método que hemos seguido al examinar las del fundador de la Academia. En suma, al proceder á esta clasificación, parécenos lo más oportuno atender más bien á la forma que al fondo de cada una de las citadas producciones; pues que en armonía con el objeto general de la presente obra, nuestra misión aquí, es ante todo, trazar un cuadro lo más completo posible de la actividad de Aristóteles como escritor. Y debemos vacilar tanto menos en acudir á este método, cuanto que, como se verá más adelante, en esta clasificación no pueden separarse en absoluto, las obras relacionadas entre sí por el asunto ó por la época á que corresponden.

Bajo este aspecto, nos ofrece el Catálogo la necesaria base. El orden que en él se sigue está fundado, como en la mayoría de los casos análogos, en la diferencia de forma; y aunque se echan de menos los epígrafes de las distintas secciones, que en otras partes hallamos, pueden suplirse con facilidad. Figuran en primer lugar los diálogos, con algunas de las llamadas parenesis ú obras que deben incluirse en el género apodíctico; van después los tratados (συγγράμματα) que es la clase más numerosa; siguen á éstos, colecciones de problemas ó simples memorias, únicamente relacionadas entre sí por la semejanza del asunto (ὑπομνήματά); y por último, las poesías y cartas.

Tan difícil es objetar algo contra la bondad de esta clasificación, como difícil es formarse idea clara del carácter propio de cada obra, á causa de lo compendioso de los títulos. Pero podemos prescindir de ello con tanto más motivo, cuanto que lejos de entrar en nuestro plan el propósito de estudiar más ó menos detenidamente todas las obras en dicho Catálogo citadas, hemos de limitarnos á consignar tan sólo lo que respecto de ellas tenemos por indudable y seguro [1]). Dicho esto, parece lo más oportuno

---

[1]) Bajo este punto de vista, ha de quedar también á un lado la cuestión de cuántas de las obras comprendidas en el Catálogo podían ser auténticas. No es necesario invocar el conocido pasaje de Galeno, *In Hippocr. de nat. hom.*, I, 42,

clasificar las producciones de Aristóteles en los siguientes grupos: *Diálogos* y *Parenesis*, *Obras didácticas* y *Colecciones*.

La identidad de los títulos de algunos diálogos aristotélicos, con los de los compuestos por Platon ó por otros discípulos de Sócrates: el *Político*, el *Sofista*, *Menexeno*, el *Erótico* y el *Banquete*, por ejemplo, demuestran suficientemente que estos coloquios debieron ser escritos en una época en que Aristóteles estaba todavía completamente sometido á la influencia de su maestro. Este hecho se halla además acreditado, por todas aquellas obras respecto de las cuales puede fijarse con alguna seguridad la época en que fueron compuestas. Así, el *Grilo*, intitulado también «Sobre la Retórica», debió ser escrito no mucho tiempo después de la batalla de Mantinea, 362 a. Chr., puesto que era un elogio del hijo de Jenofonte, que murió en este combate. Respecto del *Eudemo*, puede también tenerse por verosímil, que vió la luz poco tiempo después del año 353 a. Chr., en que murió el amigo de Aristóteles combatiendo delante de Siracusa. El ser, pues, éstas, por lo menos en parte, obras de la juventud de su autor, explica, de un lado, la discordancia que se nota entre las ideas en ellas emitidas y las formuladas en escritos posteriores, y de otro, la mayor influencia de las doctrinas platónicas. Este punto se halla, no sólo expresamente consignado [1]), sino confirmado además por el hecho de que, aun en sus diálogos, aparece ya Aristóteles como decidido impugnador de la teoría de las ideas. Sólo de un diálogo ha podido tomarse el dicho que á este propósito de él se cita, á saber: que no podía en manera alguna declararse conforme con la mencionada

t. 15, p. 105, con el cual deben compararse Ammon., *In Ar. categ.*, fol. 9 verso, y David, p. 28, a, 14, para tener por perfectamente verosímil que se han podido deslizar en este punto numerosos errores. Por lo demás, en obras de esta naturaleza, en que se ha atendido más al contenido que á la forma, la idea de la autenticidad debe entenderse siempre en su sentido más amplio. Simples extractos hechos por mano ajena, podian pasar perfectamente por originales de Aristóteles.

[1]) En Plutarco, *De virtute morali*, c. 3: ταύταις ἐχρήσατο ταῖς ἀρχαῖς (trátase de las opiniones formuladas por Platon en la *República*, 1, 1, p. 439 y ss.) πλεῖστον Ἀριστοτέλης, ὡς δῆλόν ἐστιν ἐξ ὧν ἔγραψεν· ὕστερον δὲ τὸ μὲν ξυμοειδὲς τῷ ἐπιθυμητικῷ προσένειμετο. Es cuestionable si el empleo que Plutarco hace del vocablo ἔγραψεν autoriza la consecuencia de que quiso oponer á las obras escritas la enseñanza oral. En la misma obra, c. 8, dice: ἀλλ' αὐτός τε Ἀριστοτέλης, Δημόκριτός τε καὶ Χρύσιππος ἔνια τῶν πρόσθεν αὐτοῖς ἀρεσκόντων ἀθορύβως καὶ ἀδήκτως καὶ μεθ' ἡδονῆς ἀφεῖσαν.

teoría, aun cuando su oposición fuera calificada de amor á la contradicción y á la polémica [1]).

Si bajo este punto de vista es ya sensible la pérdida de los diálogos de Aristóteles, es aun más de lamentar por otras razones. ¿Cuán interesante no sería, por ejemplo, un paralelo entre los cuatro libros de que constaba el diálogo *Sobre la Justicia* (περὶ δικαιοσύνης), y la *República* de Platon? Lo mismo puede decirse respecto de los tres libros *Sobre la Filosofía*, que, por error, se habían creído reconocer en la *Metafísica* que hoy se conserva [2]), sin embargo de que, á juzgar por lo que de ellos encontramos en otros autores, especialmente en Ciceron, si bien su fondo era análogo al de la *Metafísica*, su carácter era completamente distinto. De igual suerte podría compararse el ya citado *Eudemo*, con el *Fedon;* pues como da á entender su segundo título *Sobre el Alma* (περὶ ψυχῆς), tratábanse en ambos las mismas cuestiones, sobre todo la de la inmortalidad—que parece no volvió á tratar más Aristóteles—en el mismo sentido que lo hizo Platon [3]). Además, á juzgar por los fragmentos relativamente escasos que se han conservado, ¡cuán distinto no sería el conocimiento que tendríamos de la poesía griega, si poseyésemos los tres libros *Sobre los poetas!*

Prescindiendo de lo que de los mismos títulos puede inferirse, el conocimiento que de los diálogos de Aristóteles tenemos es sobrado insuficiente é incompleto. Ya hemos tenido ocasión de señalar, fundándonos en un paralelo hecho por Basilio, en qué

[1]) Plutarco, *Adv. Colotem*, c. 14: τάς γε μὴν ἰδέας, περὶ ὧν ἐγκαλεῖ τῷ Πλάτωνι, πανταχοῦ κινῶν ὁ Ἀριστοτέλης καὶ πᾶσαν ἐπάγων ἀπορίαν αὐταῖς ἐν τοῖς ἠθικοῖς ὑπομνήμασιν, ἐν τοῖς φυσικοῖς, διὰ τῶν ἐξωτερικῶν διαλόγων, φιλονεικότερον ἐνίοις ἐδόκει ἢ φιλοσοφώτερον ἐκ τῶν δογμάτων τούτων ὡς προθέμενος τὴν Πλάτωνος ὑπεριδεῖν φιλοσοφίαν· οὕτω μακρὰν ἦν τοῦ ἀκολουθεῖν. Joan. Philop., *Contr. Procl. de aetern. mundi*, fol. B, 1 verso, el cual cita un pasaje de una obra de Proclo, ἐπισκεψις τῶν πρὸς τὸν Πλάτωνος Τίμαιον ὑπ' Ἀριστοτέλους ἀντειρημένων, donde se enumeran las distintas objeciones formuladas por Aristóteles contra la teoría de las ideas de Platon, y donde, para terminar, se dice: καὶ ἐν τοῖς διαλόγοις σαφέστατα κεκραγὼς μὴ δύνασθαι τῷ δόγματι τούτῳ συμπαθεῖν, κἄν τις αὐτὸν οἴηται διὰ φιλονεικίαν ἀντιλέγειν.

[2]) La opinión de Krische, *Forschungen auf dem Gebiete der alten Philosophie*, páginas 263 y ss., según la cual los tres libros de la obra *Sobre la Filosofía* eran los libros 1, 11 y 12 de la *Metafísica*, es tan errónea como las anteriores. Prescindiendo de toda otra prueba, debe observarse que Prisciano, en la edición de Plotino hecha por Didot, p. 553, afirma que estaban compuestos en forma dialogada.

[3]) Véase David, p. 24, b, 21.

se distinguen estos diálogos de los de Platon [1]). Ciceron, por otra parte, hace notar el papel secundario que en ellos desempeñaba el elemento dramático y mímico: su carácter era más bien dogmático, y no estaban encerrados en un marco tan artístico como el que tanto atractivo comunica á los de Platon. Con esto concuerda también lo que el mismo Ciceron nos dice sobre que cada libro, en los diálogos que constaban de más de uno, tenía su introducción especial. Ahora bien: como, á juzgar por los fragmentos conservados, la forma narrativa era siempre la predominante, es de presumir que éstas introducciones estuviesen destinadas á orientar al lector respecto del punto que había de examinarse, hablando el autor en su propio nombre, como vemos en las obras de Ciceron. Qué es lo que haya de cierto en el repetido dicho del gran orador romano, de que para la composición de sus diálogos tomó por modelo á Aristóteles, y hasta qué punto logró igualar al original, son cuestiones imposibles de resolver [2]). En cambio, despréndese con bastante claridad de sus indicaciones: de una parte, la introducción por el fundador del Liceo de extensos y no interrumpidos razonamientos (*disputationes*), en lugar de la rápida sucesión de interpelaciones y réplicas, con lo cual abandonaba el verdadero método socrático; y de otra, la intervención del autor en el examen del asunto, como defensor de la opinión que tenía por verdadera.

Tal vez en este último extremo, estriba la mayor dificultad. Lo que, dadas las condiciones en que se hallaba Ciceron, se comprende sin obstáculo, es más difícil de explicar tratándose de Aristóteles, que todavía era joven. Aparte esto, carecemos en absoluto de datos respecto de los interlocutores que presenta en sus diálogos, si se exceptúa lo que Temistio refiere acerca de aquel aldeano de Corinto en quien tan honda impresión hizo la lectura

[1]) Véase cap. XLV, p. 190 del presente tomo. No concuerda completamente con esto lo que dice Ammon., *In categ.*, fol. 1, 2: διαλογικὰ δὲ ὅσα μὴ ἐξ οἰκείου προσώπου συνέγραψεν, ἀλλ' ὥσπερ ὁ Πλάτων, ὑποκρινόμενος ἑτέρων πρόσωπα.

[2]) *Ep. ad Attic.*, 13, 19, 4: *Sunt etiam de oratore nostri tres, mihi vehementer probati, in eis quoque eae personae sunt, ut mihi tacendum fuerit... quæ autem his temporibus scripsi* Ἀριστοτέλειον *morem habent: in quo ita inducitur sermo ceterorum, ut penes ipsum sit principatus, ita confeci quinque libros* περὶ τελῶν, *ut Epicurea L. Torquato, Stoica M. Catoni,* περιπατητικὰ *M. Pisoni darem. Ep. ad div.*, 1, 9, 23: *scripsi igitur Aristoteleo more, quemadmodum quidem volui, tres libros in disputationibus ac dialogo de oratore.* Finalmente del *mos Aristoteleus* se habla también en los libros *De oratore*, 3, 21, 80.

del diálogo *Gorgias*, que todo lo abandonó para seguir á Platon [1]). Parece, sin embargo, indudable que, no sólo no figuraba Sócrates en los diálogos de Aristóteles, sino que ninguno de sus personajes debió tener importancia histórica.

Lejos, pues, de entregarnos á hipótesis y conjeturas completamente inútiles, tenemos por más oportuno el dar una idea, siquiera no sea más que aproximada é imperfecta, del modo cómo manejó Aristóteles el diálogo, fundándonos para ello en los fragmentos bastante extensos que se conservan. Bajo este punto de vista, el *Eudemo* es el coloquio que conocemos mejor. Según se desprende del extracto que de él nos trasmite el autor de la *Epístola consolatoria á Apolonia* atribuída á Plutarco [2]), era un diálogo referido. Desenvolvíase en él la idea, con tan varias formas revestida en la antigüedad, de que el que muere alcanza la bienaventuranza, razon por la que lo mejor es morir ó no haber nacido. A este fin servíase el autor de un mito, según el cual, conducido Sileno á presencia del rey Midas, y preguntado sobre qué es lo más apetecible para el hombre, después de mucho vacilar y de lamentarse del triste destino de la especie humana, tan triste que es preferible no saber nada sobre lo que á cada uno está reservado, explícase al fin en el sentido que dejamos dicho. Nada se dice del concepto que merecían á Aristóteles tamaños pesimismos, los cuales se revelan también en la leyenda de Cleobis y Biton, referida por Heródoto: mas de todas suertes, las ya citadas censuras de que estos diálogos contenían muchos errores, podían muy bien aludir á tales ideas en ellos expresadas [3]).

También los tres libros *Sobre la Filosofía* contenían, al parecer, varias materias destinadas á ser expuestas y desarrolladas de un modo más comprensible para el vulgo. Sin intentar exponer aquí el contenido de este diálogo [4]), nos contentaremos con hacer

[1]) *Orat.*, 33, p. 295, b: ὁ δὲ γεωργὸς ὁ Κορίνθιος τῷ Γοργίᾳ ξυγγενόμενος, οὐκ αὐτῷ ἐκείνῳ Γοργίᾳ ἀλλὰ τῷ λόγῳ ὃν Πλάτων ἔγραψεν ἐπ' ἐλέγχῳ τοῦ σοφιστοῦ, αὐτίκα ἀφεὶς τὸν ἀγρὸν καὶ τὰς ἀμπέλους, Πλάτωνι ὑπέθηκε τὴν ψυχὴν καὶ τὰ ἐκείνου ἐσπείρετο καὶ ἐφυτεύετο καὶ οὗτός ἐστιν ὃν τιμᾷ ὁ Ἀριστοτέλης τῷ διαλόγῳ τῷ Κορινθίῳ. No se halla en el Catálogo ningún diálogo de este nombre. Verosímilmente era el conocido con el inexplicable título de Νήρινθος.

[2]) Capítulo 27. Ciceron, *Tusc. disput.*, 1, 48, 114, alude también á lo allí referido.

[3]) Es muy verosímil que fuese el *Eudemo* el diálogo que más desagradó á Alejandro, por tratarse en él la cuestión de la inmortalidad del alma de una manera contraria á sus propias opiniones.

[4]) Véase sobre este coloquio á J. Bernays, *Die Dialoge des Aristoteles*, y J. By-

algunas ligeras indicaciones. Servíale de introducción el examen de los trabajos hechos por los filósofos anteriores, y sin duda de aquí tomaba pie Aristóteles para afirmar, como vemos en Ciceron, que los filósofos antiguos eran ó muy necios ó muy jactanciosos; pero que veía que en pocos años se había progresado mucho, y que en breve tiempo la Filosofía llegaría al más alto grado de perfección posible [1]). Evidentemente estas palabras, que por desgracia no sabemos si se hallaban en la introducción ó en el diálogo, no aludían directamente al mismo Aristóteles ni á las investigaciones filosóficas que pensaba realizar algún día; pero á la par que envuelven el reconocimiento de los méritos de Sócrates y de Platon, reflejan la elevación de miras del miembro de la Academia más notable por su laboriosidad y por sus talentos. Era quizá un punto culminante de este diálogo, en que, dicho sea de paso, se negaba la existencia del poeta Orfeo [2]), un pasaje sólo conocido por la traducción de Ciceron, en la cual parece que se ha conservado la artística construcción de sus períodos [3]). Partiendo de la hipótesis de que existiesen hombres que después de haber pasado su vida en mansiones subterráneas, pero embellecidas con todas las magnificencias del arte, pudieran de improviso contemplar la luz del día, descríbese la impresión que necesariamente habían de producir en ellos las maravillas de la tierra y las del cielo con todos sus astros, las cuales debían despertar en su conciencia la persuasión de que todo ello sólo puede ser obra de los dioses. Este solo pasaje, bastaría para justificar los elogios que al arte de Aristóteles se han tributado; é indudablemente puede compararse con lo mejor que Platon ha producido, tanto por lo que se refiere á la inventiva, como por lo que respecta á la belleza de la forma.

Los ejemplos citados, dan clara idea así del fondo como de la forma de los diálogos de Aristóteles. Además se han conservado algunos extensos fragmentos de un coloquio *Sobre la Aristocracia* (περὶ εὐγενείας). Sin embargo, este diálogo — en verdad el único

water, *Aristotles dialogue «on Philosophy»* en el JOURNAL OF PHILOLOGY, vol. 7.

[1]) *Tusc. disput.*, 3, 28, 60: *Aristoteles veteres philosophos accusans, qui existimavissent philosophiam suis ingeniis esse perfectam, ait eos aut stultissimos aut gloriosissimos fuisse: sed se videre quod paucis annis magna accessio facta esset, brevi tempore philosophiam plane absolutam fore.*

[2]) Ciceron, *De nat. deor.*, 1, 38.

[3]) *Loc. cit.*, 2, 37, 95.

que se halla en este caso — parece de autenticidad dudosa, no sólo por las sospechas ya sobre este punto formuladas por los antiguos [1]), sino principalmente porque parece que en él se hablaba de la supuesta bigamia de Sócrates [2]). Por lo demás, el tono de este coloquio trae á la memoria los diálogos socráticos, al paso que sus pensamientos no parecen indignos de Aristóteles, y aun están en parte de acuerdo con las ideas por éste profesadas. Por lo que hace á otros coloquios como los intitulados *Sobre la Riqueza* (περὶ πλούτου), *Sobre la Oración* (περὶ εὐχῆς), *Sobre el Placer* (περὶ ἡδονῆς), el *Banquete* y otros citados ya, son tan escasas las noticias que se conservan, que no merecen que nos detengamos á examinarlas.

En cambio, debemos hacer algunas observaciones respecto del *Protréptico*. A pesar de que esta obra se halla incluída en el Catálogo entre los coloquios, es muy aventurado asegurar que tuviese forma dialogada. No sólo el título, sino principalmente la dedicatoria á Temison, rey de Chipre [3]), revelan más bien que era una especie de epístola del género de las que con tanta frecuencia hallamos en la Literatura de aquel tiempo [4]). Los numerosos pasajes que Ciceron tomó de esta obra para su diálogo *Hortensio*, no prueban que su forma fuera la dialogada. Por lo demás, según costumbre muy admitida en la antigüedad, parece que sin citarlo fué copiado y utilizado á menudo este trabajo, sobre todo en la obra de igual título del neoplatónico Iamblico. Del *Protréptico* de Aristóteles, sólo conocemos un pasaje respecto del cual se haga constar la fuente de donde se toma: la conclusión, algún tanto

[1]) Plutarco, *Vita Aristidis*, c. 27: εἰ δὴ τὸ περὶ εὐγενείας βιβλίον ἐν τοῖς γνησίοις Ἀριστοτέλους ϑετέον.

[2]) Según una noticia á menudo repetida, Sócrates había tenido por mujer, juntamente con Xantipa, una hija de Aristides llamada Mirto.

[3]) De los pasajes de Teles citados por Estobeo, *Florilegio*, 95, 21, despréndese claramente que se trataba de una obra dirigida especialmente á Temison: Ζήνων ἔφη Κράτητα ἀναγινώσκειν ἐν σκυτείῳ καϑημένον τὸν Ἀριστοτέλους Προτρεπτικόν, ὃν ἔγραφε πρὸς Θεμίσωνα τὸν Κυπρίων βασιλέα, λέγων ὅτι οὐδενὶ πλείω ἀγαϑὰ ὑπάρχει πρὸς τὸ φιλοσοφῆσαι· πλοῦτόν τε γὰρ πλεῖστον αὐτὸν ἔχειν ὥστε δαπανᾶν εἰς ταῦτα, ἔτι δὲ δόξαν ὑπάρχειν αὐτῷ. ἀναγινώσκοντος δὲ αὐτοῦ, τὸν σκυτέα ἔφη προσέχειν ἅμα ῥάπτοντα, καὶ τὸν Κράτητα εἰπεῖν· ἐγώ μοι δοκῶ, ὦ Φίλισκε, γράψειν πρὸς σὲ προτρεπτικόν· πλείω γὰρ ὁρῶ σοι ὑπάρχοντα πρὸς τὸ φιλοσοφῆσαι ὧν ἔγραψεν Ἀριστοτέλης.

[4]) Opinan por la forma dialogada J. Bywater, JOURNAL OF PHILOLOGY, t. 2, p. 55 y ss., y Usener, *Rhein. Museum*, vol 28, p. 396 y 397. Véase en cambio á Hirzel, *Ueber den Protreptikos des Aristoteles*, en el HERMES, vol. 10, p. 61 y ss.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sutil y sofística, de que «siempre y en todo caso se debe filosofar, porque aun la prueba de que la Filosofía es innecesaria, sólo puede obtenerse por medio de la misma Filosofía» [1]).

Más escasas aun son las noticias que tenemos respecto de dos obras pertenecientes á este mismo grupo, pero que á todas luces son de época posterior á la que según todas las probabilidades corresponden las que hasta aquí hemos examinado. También es dudoso si la forma de ellas, era la dialogada ó la epistolar. De ser exacta la opinión de que sólo los diálogos eran designados con nombres propios, y cierto también que el título de la primera de aquéllas era, tal y como se consigna en el Catálogo, *Alejandro ó sobre la fundación de colonias* (Ἀλέξανδρος ἢ ὑπὲρ ἀποικιῶν), habría que creer que era un diálogo. Pero tanto de este escrito como de otro intitulado *Sobre la Realeza* (περὶ βασιλείας), consta expresamente que eran epístolas dirigidas á Alejandro [2]).

Al fijar ahora nuestra atención en el segundo de los grupos en que hemos clasificado las producciones de Aristóteles, habremos de determinar ante todo, qué es lo que debe entenderse por obras didácticas. En realidad, no sólo existen varias clases de ellas, sino que, según todas las apariencias, pertenecen á este género algunos de los escritos de Aristóteles que se han conservado, y algunos también de los que se han perdido. La cuestión es sobre todo sencillísima de resolver, tratándose de obras como la *Retórica*, por ejemplo, la cual conserva hoy sin duda la misma forma que su autor le dió al publicarla; su objeto es sustituir los antiguos tratados de arte retórica de carácter meramente empírico ó práctico, por un método científico, en lo posible, de tratar el asunto. La relación que existe entre esta obra y el magisterio de su autor—en materias de Retórica de todo punto acreditado—puede expresarse diciendo que es, por decirlo así, el fruto sazonado de sus enseñanzas. No puede decirse lo mismo de otras producciones, las cuales, aunque parece seguro, ó por lo menos muy probable, que tuviesen con el magisterio de Aristóteles la misma relación que la anterior, es indudable que en su forma actual no proceden inmediatamente del filósofo, sino de los apuntes que otros tomaron de sus discursos ó explicaciones. El ejemplo más seguro de ello nos lo ofrece, como procuraremos demostrar más adelante, la redacción del tratado conocido con el título de *Retórica de Teodectes*. Obras de este linaje, se encuentran en gran número en la Literatura filosófica antigua. En el fondo, entre los apuntes ó notas tomados por Jenofonte para escribir sus diálogos socráticos, y las llamadas acroasis, sólo hay una pequeña diferencia, consistente en el mayor ó menor esmero de la forma [1]). Háse suscitado también á menudo, la cuestión de si algunas de estas obras deben ser consideradas como escritas por Aristóteles con el fin de que le sirviesen para sus explicaciones, ó si como se ha sostenido, las compuso exclusivamente para sus discípulos [2]). Tan aventurado como es poner en duda la posibilidad de que así sucediese, tan difícil es demostrarlo con pruebas sólidas y eficaces. Mas no es lo que menos influye en esta dificultad, la circunstancia de no conservarse los escritos aristotélicos en su forma primitiva, sino en la que más tarde recibieron. Muchos de ellos, especialmente la *Metafísica*, están compuestos de elementos muy heterogéneos: no sólo entre partes que evidentemente formaban un todo armónico y completo, se hallan intercaladas algunas que, ó no estaban destinadas á ocupar aquel sitio ó que son de otra mano, sino que hay otras que parecen simples borradores ó apuntes provisionales que habrían de ser utilizados después. Más adelante, tendremos ocasión de citar ejemplos de este género. Por otro lado, después de lo ya dicho, sería difícil hacer un deslinde que ofreciese garantías de seguridad: dado que en determinadas obras, cabe la posibilidad de que en su composición actual se hallen representados muchos y aun todos los géneros ya dichos.

[1]) Véase á Alejandro de Afrodisia, *In top.*, p. 266, a, 15. En Quintiliano, 5, 10, 70: *Philosophandum est etiam si nom est philosophandum.*

[2]) Véase Ciceron, *Ep. ad Attic.*, 12, 40, 2, y 13, 28, 2, así como las biografías de Aristóteles, y Ammon., *In Categ.*, fol. 9, p. 35, b, 14: ὡς ἐπιστολαὶ ἢ ὅσα ἐρωτηθεὶς ὑπ' Ἀλεξάνδρου τοῦ Μακεδόνος περί τε βασιλείας καὶ ὅπως δεῖ τὰς ἀποικίας ποιεῖσθαι γεγράφηκε. Véase el cap. XLVI, p. 205 del presente tomo.

[1]) Véase Galeno, *De subst. facult.*, t. 4, p. 758: Ἀριστοτέλους καὶ Θεοφράστου τὰ μὲν τοῖς πολλοῖς γεγραφότων, τὰς δ' ἀκροάσεις τοῖς ἑταίροις. Para resolver la cuestión habría que examinar y penetrarse bien de los ἐκδεδόμενοι λόγοι, citados en la *Poética*, p. 1454, 6, 16, ó de lo que se denomina ἐν κοινῷ γιγνόμενοι λόγοι, en el tratado *De anima*, p. 407, 6, 27.

[2]) Véase, por ejemplo, lo que observa Diógenes Laercio, 4, 65, respecto del filósofo Carneades: φέρονται δὲ αὐτοῦ ἐπιστολαὶ πρὸς Ἀριαράθην τὸν Καππαδοκίας βασιλέα· τὰ δὲ λοιπὰ αὐτοῦ οἱ μαθηταὶ συνέγραψαν· αὐτὸς δὲ κατέλιπε μηδέν. Relaciónase con esto la noticia del *Index Platon.*, p. 14, donde se dice de Zenon, discípulo de Carneades: ὁ καὶ σχολὰς ἀνα[γρ]άψ[ας] αὐτοῦ. Una cosa análoga hizo Clitómaco, y más tarde Arriano, con Epicteto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es por más de un concepto aventurada la división en dos períodos de la carrera literaria de Aristóteles, atribuyendo al primero las obras dialogadas, y al postrero, que aproximadamente coincide con su segunda residencia en Atenas, las didácticas. Por nuestra parte, nos contentaremos con aducir las pruebas que justifican la opinión de que algunas de las obras didácticas fueron compuestas mucho antes de lo que generalmente se ha creído. Cuéntase entre ellas la citada *Retórica de Teodectes*. Ya hemos hablado antes [1]) de este escritor, que ocupó un lugar distinguido entre los últimos poetas trágicos. Tenemos además buen número de datos, que demuestran el prestigio de que, como poeta y como orador, gozó entre sus contemporáneos [2]). Según otra noticia, en realidad no muy fidedigna, su deserción de la escuela de Isócrates para pasarse á la de Aristóteles, fué lo que motivó la publicación por aquél, de su escrito contra los sofistas, que en realidad era una arremetida contra la escuela de los filosófos [3]). Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que viene hasta cierto punto á justificar este aserto, la especial predilección, ya por Ciceron notada [4]), que Aristóteles dispensó á Teodectes. El número de pasages que el Estagirita tomó de sus escritos, es extraordinario. Pero más que todo acredita la intimidad de relaciones que entre ambos medió, lo que se dice sobre el origen de la *Retórica* que lleva el nombre del último, á saber: que estando tomado el fondo de la obra, de las explicaciones del fundador del Liceo, confióse su publicación á Teodectes [5]). De aquí, que solo pueda referirse á Aristóteles el dicho de un cómico de la época, al hablar del que inventó

[1]) Véase el cap. XXVI.

[2]) Pausanias, 1, 37. Plutarco, *Vita Alex.*, c. 17, y *Vitæ X oratorum*, p. 837, c.

[3]) *Argum. Isocrat. orat. c. soph.*: καὶ οἱ μὲν ἀπελογήσαντο λέγοντες τὴν αἰτίαν διὰ τὸ τὸν Ἀριστοτέλη λυπῆσαι αὐτόν, διὰ τὸ ἀφελέσθαι αὐτοῦ μαθητήν, Θεοδέκτην ὀνόματι.

[4]) *Orator*, c. 51, 172: *Theodectes imprimis, ut Aristoteles saepe significat, politus scriptor atque artifex.*

[5]) Quintiliano, 2, 15, 2: *Theodectes sive ipsius id opus est, quod de rhetorice inscribitur, sive, ut creditum est, Aristotelis.* Sólo es exacto en parte lo que Valerio Máximo, 8, 14, 3 ext., dice: *Aristoteles Theodecti discipulo oratoriæ artis libros quos ederet donaverat molesteque ferens titulum sic alii cessisse, proprio volumine quibusdam insistens planius sibi de his in Theodecteis* (así debe leerse en lugar de *Theodectis*) *libris dictum esse, indem die Verweisung im dritten Buche der Rhetorik ohne Grund so gedeutet wird.* Lo que refiere Ateneo, 13, p. 566, d: Σωκράτης δ' ὁ φιλόσοφος, ὁ τῶν πάντων καταφρονῶν, τοῦ Ἀλκιβιάδου κάλλους οὐχ ἥττων ἐστίν; ὡς καὶ ὁ σεμνότατος Ἀριστοτέλης τοῦ Φασηλίτου μαθητοῦ, procede evidentemente de la misma impura fuente que la historieta relativa á Jenofonte y Temistógenes, ya citada en la página 100 del presente tomo.

la *Retórica de Teodectes* [1]). Por otra parte, estos hechos explican por sí solos, ya la completa conformidad, á menudo notada, de esta producción, con la *Retórica* que después publicó el mismo Aristóteles [2]), ya también el que ésta sea designada como obra del fundador del Liceo [3]); en cambio no merece ser tomado en cuenta el dicho de que dicho escrito se llama así por haber sido dedicado á Teodectes: pues que semejante aserto es de época muy posterior [4]). Es sin embargo importante, porque demuestra el escaso crédito que merece otro aserto análogo de Ciceron, quien para explicar el título de la *Etica Nicomaquea* dice que bien pudo ésta ser obra de Nicómaco, el hijo de Aristóteles: dado que no había razon alguna que impidiese que el hijo pudiera asemejarse á su padre [5]). Además de esta interpretación, destituída por supuesto de todo fundamento y que, por otra parte, tampoco parece haber sido inventada por el gran orador romano, existe otra, según la cual, dicho trabajo debe el referido título á la circunstancia de haberla dedicado Aristóteles á su padre; al paso que la llamada *Grande Etica*, debió llamarse también *Pequeña Nicomaquea* por haber sido dedicada al hijo [6]).

Lo insustancial y absurdo de esta noticia, es evidente. Mas sea cualquiera la relación que pueda tener con el llamado Nicómaco, es lo cierto que el título en cuestión tiene un origen análogo al de la *Retórica de Teodectes*. Reservando para más adelante el examen de aquella obra en su forma actual, nos contentaremos aquí con exponer la opinión de que en parte se halla también compuesta de apuntes tomados de explicaciones ó discursos ora-

[1]) Antifanes en Ateneo, 4, p. 134, b: ὁ τὴν Θεοδέκτου μόνος ἐξευρηκὼς τέχνην.

[2]) Véase Dionisio de Halicarnaso, *De verbor. compos.*, c. 2; *De adm. vi Demosth.*, c. 48; Ciceron, *Orator*, c. 51, 172; 57, 194.

[3]) En el Anon. Seguer., en los *Rhet. gr.* de Spengel, t. 1, p. 205: Ἀριστοτέλης ἐν ταῖς Θεοδεκτικαῖς τέχναις. Diógenes Laercio dice en su Catálogo: τέχνης τῆς Θεοδέκτου συναγωγὴ α', en el Anónimo, τέχνης τ. Θ. συναγωγὴ ἐν γ'.

[4]) Del escoliasta anónimo de la *Retórica* de Aristóteles, edición de Paris, 1539, fol. 63: πρὸς τὸν Θεοδέκτην ἔγραψεν ὁ Ἀριστοτέλης ῥητορικήν.

[5]) *De finibus*, 5, 5, 12: *Quare teneamus Aristotelem et eius filium Nicomachum, cuius adcurate scripti de moribus libri, dicuntur illi quidem esse Aristotelis, sed non video cur non potuerit patri similis esse filius.* Véase Diógenes Laercio, 8, 88. De Nicómaco nada se dice, fuera de una noticia, de índole por cierto muy dudosa, que hallamos en Diógenes Laercio, 5, 39.

[6]) David, *In categ.*, p 9, b, 25, a, 10.

les. Prescindiendo del tono dominante en muchos pasajes de ella [1]), y el cual ya por sí solo revela esta procedencia, constituye una prueba de cierta eficacia en favor de nuestra opinión, el ya citado pasaje en que se impugna la teoría de las ideas [2]), en términos que hay motivo para presumir que sólo alude al mismo Platon, y que las palabras en él contenidas fueron pronunciadas en vida de éste y en la misma Academia. Según esto, la *Etica Nicomaquea*, ó por lo menos una parte de su contenido actual, se encuentra en las mismas condiciones que la *Retórica de Teodectes*, creencia que confirma el mismo Catálogo, donde sólo figura una *Etica* compuesta de cinco libros. No podemos descender aquí á investigar [3]) si existen ó no otras razones en favor de nuestro juicio acerca del tiempo en que fué compuesta una parte por lo menos de la *Etica Nicomaquea*; pero sí consignaremos de paso, que no pueden en manera alguna invocarse como prueba en contrario, remisiones y citas como las que en mayor ó menor número se encuentran en todos los escritos de Aristóteles; pues que no sólo es difícil determinar siempre si se refieren ó no á obras escritas, sino que algunas de ellas tienen todo el aspecto de ser adiciones ajenas y posteriores.

Estos dos ejemplos, bastan para demostrar que no hay que admitir como cosa indiscutible y necesaria, la opinión de que las obras que nosotros hemos llamado didácticas, fueron compuestas después de la fundación del Liceo. Mas en la imposibilidad de encontrar base bastante segura en este punto, creemos lo más conveniente atenernos en nuestro examen, al orden seguido desde Andrónico.

Figuran en primer término, los escritos consagrados á la Lógica. El título de *Organon* con que generalmente se designó luego esta Colección, si bien no hay pruebas positivas para atribuirlo á

[1]) Véase la colección en Oncken, *Die Staatslehre des Aristoteles*, Leipzig, 1870, vol. 1, p. 58.

[2]) Libro 1, 4, p. 1096, a, 11: ταῦτα μὲν οὖν ἀφείσθω· τὸ δὲ καθόλου βέλτιον ἴσως ἐπισκέψασθαι καὶ διαπορῆσαι πῶς λέγεται, καίπερ προσάντους τῆς τοιαύτης ζητήσεως γινομένης διὰ τὸ φίλους ἄνδρας εἰσαγαγεῖν τὰ εἴδη· δόξειε δ' ἂν ἴσως βέλτιον εἶναι καὶ δεῖν ἐπὶ σωτηρίᾳ γε τῆς ἀληθείας καὶ τὰ οἰκεῖα ἀναιρεῖν, ἄλλως τε καὶ φιλοσόφους ὄντας· ἀμφοῖν γὰρ ὄντοιν φιλοῖν ὅσιον προτιμᾶν τὴν ἀλήθειαν.

[3]) Es digna de nota la observación de Teichmüller, *Literarische Fehden im 4. Jahrhundert vor Christum*. Breslau, 1881, p. 164, según la cual Aristóteles no debia conocer aún las *Leyes* de Platon, cuando se expresó de la manera que lo hizo en la *Etica Nicomaquea*, 1, 3.

Andrónico, responde perfectamente al papel que éste señala á la Lógica y á la Dialéctica, considerándolas como parte preliminar y, por decirlo así, instrumental de la Filosofía [1]). Es punto que debe resolverse negativamente, el de si habría merecido la aprobación de Aristóteles el lugar asignado á cada uno de los tratados de que se compone el *Organon*, á saber: *Categorías*, el tratado sobre la dicción, ó mejor dicho, *Sobre la proposición* (περὶ ἑρμηνείας), las dos *Analíticas* y la *Tópica*. La norma á que este orden de sucesión se ajustaba, sería indudablemente el paso natural y lógico de los elementos simples, la idea y la palabra, á la proposición que de ellas se compone, y de ésta á la conclusión en sus diversas clases, caracterizadas bien por la certidumbre completa ó por la simple probabilidad. De todas suertes, no hay que creer que fuese este el orden en que aparecieron: antes bien, parece verosímil que la *Tópica*, que en la Colección va hoy la última, fuese la primera en ver la luz pública.

Si bien el fondo de las *Categorías* es indudablemente de Aristóteles, parece en cambio muy dudoso que sea también del fundador del Liceo, su forma actual [2]). Para resolver este punto, sería preciso conocer las razones por las que, entre las dos obras de este género que según se ha acreditado [3]) corrieron á un tiempo con el nombre de Aristóteles, se dió á ésta la preferencia. Es de notar, por lo demás, que á juicio de Andrónico, no era de Aristóteles la última parte de las *Categorías*, esto es, los denominados *Postpraedicamenta*.

Una opinión análoga que emitió el mismo Andrónico respec-

[1]) Véase David, *In categ.*, p. 26, a, 11: οἱ δὲ λέγοντες ὅτι δεῖ ἀπὸ τῆς λογικῆς ἄρχεσθαι ἔφασκον ὅτι ὄργανον ἡ λογική. Que Andrónico anteponía la Lógica, se desprende de lo que él mismo dice en la pág. 25, b, 42.

[2]) Lo que Simplicio, *In categ.*, f. 8, p. 30, 6, 36, dice: καὶ αὐτὸς δὲ Ἀριστοτέλης μέμνηται τοῦ βιβλίου ἐν ἄλλοις δέκα κατηγορίας αὐτὸ καλῶν, sólo demostraría algo, cuando se tratase de citas textuales y no solamente de citas de sentido.

[3]) Simplicio, *In categ.*, fol. 8 verso: ἱστορεῖ δὲ ὁ Ἄδραστος ἐν τῷ περὶ τῆς τάξεως τῶν Ἀριστοτέλους συγγραμμάτων ὅτι φέρεται καὶ ἄλλα τῶν Κατηγοριῶν βιβλία ὡς Ἀριστοτέλους καὶ αὐτὰ ὄν βραχὺ καὶ σύντομον κατὰ τὴν λέξιν καὶ διαιρέσεσιν ὀλίγαις διαφερόμενον, ἀρχὴν δὲ ἔχον· τῶν ὄντων τὰ μέν ἐστι. πλῆθος δὲ στίχων ἑκατέρου τὸ αὐτὸ ἀναγράφει ὥστε τὸ βραχὺ κατὰ τὴν λέξιν εἶπεν, ὡς συντόμως ἕκαστον τῶν ἐπιχειρημάτων ἐκτιθέμενον. Una cosa análoga dice Ammon., fol. 13, b, y Joan. Philop., p. 39, a, 19. Según lo que David dice, *In categ.*, p. 30, a, 5, es verosímil que fueran las *Categorías* la obra citada en el Catálogo con el título τὰ πρὸ τῶν τόπων α'.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

to del tratado *Sobre la proposición*, fué victoriosamente impugnada por Alejandro de Afrodisia [1]). Por lo que hace á la forma, esta obrita, que carece de todo género de indicaciones preliminares, es sin duda una de las más descuidadas entre cuantas corren con el nombre de Aristóteles. Por otra parte, al paso que en ella encontramos frecuentes remisiones á otras obras, en ninguna de éstas vemos cita alguna que á ella se refiera.

No sólo se afirma que de las *Categorías* hubo dos redacciones distintas, sino que de las *Analíticas* se asegura que había nada menos que cuarenta [2]). Bien mirada esta cuestión, es difícil de explicar, á menos que se crea eran distintas redacciones de discursos didácticos. No otra cosa parece indicar también la distinción, igualmente indudable para Teofrasto, entre *Primeras Analíticas* (πρότερα) y *Analíticas posteriores* (ὕστερα), que es como si dijéramos primero y segundo curso. La visible conexión que media entre ambos escritos, basada no sólo en la analogía de las materias, sino principalmente en lo que se dice así en la introducción de la primera obra, como en el comienzo de la segunda, hace hasta cierto punto inexplicable el por qué, tratándose de un trabajo compuesto desde el principio con arreglo á un plan único, no se prefirió, como era mucho más lógico, reunir y enlazar las dos partes en un todo completo. A esto se agrega la desigualdad que entre ambas existe; pues las *Primeras Analíticas* revelan más esmero y simetría. Por lo que hace al fondo de estos escritos, trátase en el primero la teoría del raciocinio, y en el segundo, partiendo ya de los resultados obtenidos en aquél, expónese la doctrina del procedimiento científico.

Lo que respecto de las producciones arriba citadas no es más que meramente hipotético, puédese demostrar de una manera casi incontrovertible respecto de la *Tópica*, si, como parece probable, debe considerarse como parte de ella el escrito generalmente designado con el título de *Argumentos sofísticos* (σοφιστικοὶ ἔλεγχοι) [3]).

[1]) Boecio, *De interpr.*, 2, p. 284 de Brandis; Alejandro, *In anal. pr.*, p. 161, b, 42; Ammon., *In Ar. de interpr.*, p. 97, a, 19, y el Anónimo, *loc. cit.*, p. 94, a, 21. Véase en Simplicio, *In categ.*, p. 47, b, 40, la observación tomada de Porfirio.

[2]) Joan. Philop., *In categ.*, p. 39, a, 20: εἰδέναι δὲ δεῖ ὅτι ἐν ταῖς παλαιαῖς βιβλιοθήκαις τῶν μὲν Ἀναλυτικῶν μ' βιβλία εὑρηνται, τῶν δὲ Κατηγοριῶν δύο. Ambos catálogos mencionan, por lo demás, nueve libros de las *Primeras Analílicas*, las cuales sólo constan hoy de dos.

[3]) Véase el escolio en la edición del *Organon*, de Waitz, t. 2, p. 528, 3.

El final encierra sin duda un apóstrofe, en el cual se revela, juntamente con la conciencia del propio mérito, una laudable modestia [1]). Ahora bien: como este pasaje contiene además una alusión manifiesta á los discursos ó explicaciones sobre Retórica, no sería infundado suponer que los trabajos sobre Lógica, y en general toda la parte formal de la Filosofía, fuesen de la época de la primera residencia de Aristóteles en Atenas. Mas aunque ofrece muchos atractivos el penetrar, por decirlo así, con ayuda de tales hipótesis, en el taller de donde salieron obras tan importantes, parécenos más oportuno limitarnos á lo que puede pasar por suficientemente comprobado; y ya en este terreno no es muy aventurado considerar que la *Tópica* de hoy es la misma que, no sólo el Catálogo, sino el mismo Aristóteles, designa con el título de *Metódica* [2]). Es de todas suertes indudable que este escrito no persigue el mismo fin que el que, sin duda por analogía con el título bajo el cual conoció Ciceron la obra del Estagirita, denominó aquél *Tópica* [3]), en lugar de haberla intitulado quizá con más propiedad *De inventione*. Antes bien, Aristóteles consigna al principio, que su propósito es exponer el método por cuya virtud podemos discurrir lógicamente y con sujeción á las reglas de la verosimilitud, sobre cualquier problema que se nos presente [4]).

Sería en realidad justo, que nos detuviésemos un momento para mostrar la íntima relación que existe entre el grandioso edificio levantado por Aristóteles en los dominios de la Lógica y de la Dialéctica, sobre bases tan sólidas que ha resistido firme los embates de los siglos, y todo el movimiento intelectual de los tiempos anteriores. Pero el camino que aun nos queda por recorrer es demasiado largo, para que sobre este punto podamos hacer otra cosa que ligeras indicaciones. Otro tanto acontece, por lo demás,

[1]) Página 184, a, 8: καὶ περὶ μὲν τῶν ῥητορικῶν ὑπῆρχε πολλὰ καὶ παλαιὰ τὰ λεγόμενα, περὶ δὲ τοῦ συλλογίζεσθαι παντελῶς οὐδὲν εἴχομεν πρότερον ἄλλο λέγειν, ἀλλ' ἢ τριβῇ ζητοῦντες πολὺν χρόνον ἐπονοῦμεν. εἰ δὲ φαίνεται θεασαμένοις ὑμῖν ὡς ἐκ τοιούτων ἐξ ἀρχῆς ὑπαρχόντων ἔχειν ἡ μέθοδος ἱκανῶς παρὰ τὰς ἄλλας πραγματείας τὰς ἐκ παραδόσεως ηὐξημένας, λοιπὸν ἂν εἴη πάντων ὑμῶν ἢ τῶν ἡκροαμένων ἔργον τοῖς μὲν παραλελειμμένοις τῆς μεθόδου συγγνώμην τοῖς δ' εὑρημένοις πολλὴν ἔχειν χάριν.

[2]) *Retórica*, 1, 2, p. 1356, b, 19: καθάπερ γὰρ καὶ ἐν τοῖς Μεθοδικοῖς εἴρηται. En el Catálogo, la *Metódica* tiene ocho libros.

[3]) Véase el prefacio á la *Tópica* y la *Epist. ad fam.*, 7, 19.

[4]) Página 100, a, 18: ἡ μὲν πρόθεσις τῆς πραγματείας μέθοδον εὑρεῖν, ἀφ' ἧς δυνησόμεθα συλλογίζεσθαι περὶ παντὸς τοῦ προτεθέντος προβλήματος ἐξ ἐνδόξων.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

con la Retórica, en cuyo campo Aristóteles, no sólo aventajó en mucho á todos sus predecesores, sino que no llegó á igualarle ninguno de los que le siguieron.

Por extraño azar, puede servir de prueba irrefutable de la superioridad de Aristóteles en esta materia, un escrito que, si bien lleva su nombre, era, según todas las apariencias, obra de un contemporáneo suyo. El título de *Retórica á Alejandro* débelo indudablemente á una dedicatoria falsificada de intento, y que sólo pudo ser agregada á la obra en tiempos posteriores [1]). Por lo que respecta á la producción misma, no sólo su título, sino también el tecnicismo en ella empleado, son tan distintos de los del fundador del Liceo, como lo es el punto de vista adoptado por el autor. Comienza éste por establecer una distinción entre los discursos políticos y los forenses, y admite, en general, siete clases de discursos, según que se trate de aconsejar ó disuadir, elogiar ó vituperar, acusar ó defender ó simplemente exponer y examinar. Tras numerosas observaciones acerca de los medios de que dispone el orador en los dos primeros casos, enumera las diferentes cuestiones que pueden ventilarse en los discursos políticos, las cuales clasifica de igual suerte en siete distintos grupos: religiosas (θυσίαι), legales, administrativas, de relaciones extranjeras, de guerra, de paz y financieras; exponiendo los puntos de vista que pueden servir de norma en cada una de ellas. De una manera análoga é igualmente superficial, trata las demás cuestiones. La segunda parte persigue un fin más general, pues que, ante todo, investiga los diversos modos de persuadir, con los cuales relaciona las reglas sobre la elocución. Predomina en esta parte la forma aforística: ejemplos que parecen inventados por el mismo autor [2]), y no siempre con fortuna, sirven de base á definiciones formuladas de la manera más concisa posible. La tercera sección, está dedicada al examen de las diferentes partes del discurso. Por último, los dos apéndices con que la obra termina, no tienen grandes conexiones con lo en ella expuesto: en el uno,

[1]) Es muy difícil decidir si la definición de νόμος que hallamos en Ateneo, 8, p. 508, a, está tomada de dicha dedicatoria, ó de la misma obra donde también se encuentra, p. 1422, a, 2; 1424, a, 2 y 1424, a, 10. El único que cita este escrito con el nombre de Aristóteles es Siriano, *In Hermog.*, t, 4, p. 60 de Waitz. Sin él la citan David, *In categ.*, p. 25, b, 18, y Simplicio, *loc. cit.*, a, 42.

[2]) Constituye excepción única la cita del *Filoctetes*, de Euripides, en el cap. 19, p. 1423, b, 12.

indícase la necesidad de que el orador practique en su vida privada los preceptos morales que invoca en sus discursos; el otro, es una especie de resumen de los principios político-morales que en su mayor parte van ya incluídos en lo anteriormente dicho.

Justifica este detenido análisis que hacemos de la obra, la circunstancia de ser el único ejemplar que se conserva de tratados de este género, tan numerosos y frecuentes antes de Aristóteles, quien, siguiendo su costumbre de estudiar y comparar los trabajos realizados en todos terrenos por sus predecesores, los reunió en una obra con el título de τεχνῶν συναγωγή, que por su importancia para la historia de la Retórica ha sido á menudo utilizada por escritores posteriores. Por lo que hace al tiempo en que vió la luz la producción que venimos examinando, podría muy bien considerársela como coetánea de la *Retórica* de Aristóteles, cuando no se tengan por persuasivas [1]) las razones que se invocan para atribuirla á Anaximenes.

Pero sea de ello lo que quiera, el interés que ofrece la comparación entre esta obra y la de Aristóteles, es siempre el mismo. La gran superioridad de la última consiste, ante todo, en el concepto mucho más exacto que da de la esencia de la Retórica. Después de algunas observaciones preliminares sobre los vicios y defectos de las opiniones hasta entonces admitidas, presenta á la Retórica como un arte paralelo (ἀντίστροφος) al de la Dialéctica. Una y otra versan sobre cosas para todos asequibles, porque nadie hay que no intente discutir ó mantener una opinión cualquiera, defenderse ó atacar; pero mientras unos lo hacen sin previa deliberación y de un modo por decirlo así inconsciente, revelan otros cierta destreza adquirida con el ejercicio; de aquí, que no pueda negarse la posibilidad de investigar el método por el cual se llega á adquirir aquella aptitud, y este es el fin del arte. Teniendo en cuenta, pues, lo mismo las ideas sostenidas por los sofistas que las contrarias profesadas por Platon, determina Aristóteles el concepto y el fin de la Retórica y demuestra la posibilidad de su enseñanza. Haciendo resaltar, por último, las ventajas que su estu-

[1]) Sólo en parte conviene la división que hallamos al comienzo de la obra con la atribuída á Anaximenes por Dionisio de Halicarnaso, *De Isaeo*, c. 9, *Epist. ad Ammæum*, 1, 2, y Quintiliano, 3, 4, 9. Son de todo punto violentos los recursos empleados por Spengel, el cual ha publicado la obra con el nombre de Anaximenes, trocando τρία en δύο y borrando el γένος ἐπιδεικτικόν.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dio ofrece, y su utilidad bajo el punto de vista moral, la define diciendo que es la facultad de hallar en cualquier caso los medios de persuadir [1]).

La diferencia que media entre esta definición y todas las expuestas por retóricos anteriores, demuestra por sí sola los progresos realizados por Aristóteles. Consisten éstos principalmente, en asignar á la Retórica el empleo exclusivo de argumentos ó medios probatorios (πιστεῖς); pero mientras la Dialéctica halla estos medios en el silogismo, el orador dispone del llamado entimema, especie de argumentación basada en simples probabilidades ó indicios. Análoga es la diferencia que establece entre los paradigmas ó ejemplos (παράδειγμα) de que ha de hacer uso el orador, y la inducción (ἐπαγωγή) sólo admisible en una demostración rigorosamente dialéctica. Colocados de esta suerte los cimientos de su edificio, investiga Aristóteles qué es lo que cuadra á cada uno de los tres géneros oratorios por él establecidos: el deliberativo, el forense y el epidéctico ó demostrativo.

Merced á estos puntos de vista adoptados y difundidos por Aristóteles, fué éste el fundador de un sistema científico de la Retórica, como lo fué de la Dialéctica. Sin la holgura necesaria para mostrar aquí cómo desarrolló este sistema, nos limitaremos á consignar que su obra es un rico tesoro de ingeniosas teorías, y que la calidad y el número de los ejemplos que en ella aduce, le dan tanto más valor cuanto que en su mayor parte están tomados de producciones de que no queda vestigio alguno en la Historia de la Literatura.

Un escritor competente, dice de la *Retórica* de Aristóteles que es la más perfecta, la más simétrica y la más lógicamente expuesta de sus obras [2]). La única reserva que respecto de este juicio debe hacerse, concierne al libro tercero. Indudablemente las cuestiones que en él se estudian—además de la λέξις, esto es, la elocución, trata la τάξις, ó lo que es lo mismo, la teoría relativa al orden ó disposición de las partes del discurso—caen de lleno dentro de los dominios de la Retórica. Pero aparte la sospecha que desde luego despierta el hecho de que el Catálogo sólo habla de

[1]) Libro 1, 2: ἔστω δὲ ἡ ῥητορικὴ δύναμις περὶ ἑκάστου τοῦ θεωρῆσαι τὸ ἐνδεχόμενον πιθανόν.

[2]) Brandis, *Ueber Aristoteles Rhetorik und die gr. Ausleger derselben*, PHILOLOGUS, vol. 4, p. 1 y ss.

dos libros, hay que considerar que ni en los dos primeros hay la más ligera referencia á la doctrina contenida en el tercero, ni en éste se halla alusión alguna á aquéllos. De aquí que, ó ha de considerarse el libro tercero como una obra de Aristóteles agregada más tarde á la *Retórica*, ó debe mirársele como complemento de ésta, conveniente sí, pero añadido por una mano extraña [1]). Algunas diferencias que en las definiciones gramaticales se observan entre este libro tercero y los capítulos correspondientes de la *Poética*, no son tan importantes que por ellas haya de ponerse en duda el origen aristotélico de aquél ó de ésta.

Es indudable que Dionisio de Halicarnaso sólo conoció la *Retórica* de Aristóteles en su forma actual [2]); y al parecer, su testimonio tiene tanto más valor, cuanto que en uno de sus escritos [3]) se detiene á investigar la época en que esta obra fué compuesta. Según él, debió ver la luz poco antes de la muerte de Demóstenes. Mas aunque fueran exactas las razones que alega, difícilmente habría conseguido demostrar, como se proponía, que las doctrinas de Aristóteles no ejercieron influencia alguna sobre Demóstenes. En el fondo, según lo que ya hemos observado, las ideas del fundador de la escuela peripatética estaban ya contenidas en la *Retórica de Teodectes* publicada mucho tiempo antes. Ignoramos qué es lo que movió á Aristóteles á consignarlas de nuevo dándole una forma completamente propia; pero en todo caso, más bien que la razon indicada por Valerio Máximo [4]), debió servirle de estímulo el deseo de enunciar de la manera más perfecta posible, su teoría sobre la Retórica. Conjetura es ésta tanto más verosímil, cuanto que medió largo tiempo entre la publicación de la *Retórica de Teodectes* y la de la suya. Bajo cierto aspecto, pues, es perfectamente exacta la opinión de Niebuhr [5]), según la cual,

[1]) En este sentido se expresa Schaarschmidt, *Die Sammlung der Plat. Schriften*, página 108 y ss.

[2]) *De verbor. compos.*, p. 197, donde se cita expresamente el libro 3, c. 9, página 1409, a, 24. Es muy de notar cuán poco parece haber conocido Ciceron la *Retórica* de Aristóteles. La única alusión á ella se encuentra en *Orat.*, c. 32, 113, al paso que las palabras que hallamos en *De orat.*, 2, 38, 160: *Atque inter hunc Aristotelem, cuius et illum legi librum, in quo exposuit dicendi artes omnium superiorum et illos, in quibus ipse sua quaedam de eadem arte dixit*, sólo podrían dar una extraña idea de la obra de que se trata.

[3]) En la primera epístola á Ammeo.

[4]) Véase el pasaje, en la pág. 240 del presente tomo.

[5]) *Röm. Geschichte*, vol. 1, nota 30.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la *Retórica* en su primitivo plan, fué de las primeras obras de Aristóteles; pero la forma que hoy tiene, prescindiendo del libro tercero, sólo pudo recibirla con posterioridad al año 336 a. Chr. [1]).

Con razon se ha comparado á la *Retórica* con una oración fúnebre, que, con claro y delicado ingenio, describe el carácter y tendencias del personaje difunto, presentándolo á sus semejantes como modelo digno de ser imitado [2]). Es circunstancia digna de tenerse en cuenta, la de que la aparición de este trabajo, sin duda el más notable en su género, coincidiera aproximadamente con la del discurso *Por la corona*, elogiado como la obra maestra más acabada de la elocuencia ateniense. Pero aun más sorprendente que esta simultaneidad de la más perfecta ejecución del arte mismo y de su teoría, es la escasa estima que mereció á Aristóteles, el orador á quien el juicio unánime de todos los siglos ha otorgado el primer lugar en la historia de la elocuencia [3]). Este hecho, por varios modos explicable, determina por sí solo una notable diferencia entre la obra del Estagirita y todos los libros posteriores sobre Retórica: diferencia que se revela también en el hecho de que á pesar de todas sus bellezas, fué bastante escaso el influjo ejercido por la *Retórica* de Aristóteles en los retóricos de las siguientes épocas. Los elogios que éstos le tributaron, no impidieron que á menudo emprendiesen un camino enteramente opuesto al que aquél había seguido.

No aconteció lo mismo en el campo de las ciencias naturales, en el cual la autoridad de Aristóteles ha dominado en absoluto á través de los siglos. Las producciones aristótelicas sobre estas materias, son tan importantes como numerosas. Mas no son pocas las dificultades con que se tropieza, para dar clara idea de su forma primitiva. Como sobre este punto, el Catálogo no nos da luz alguna, parécenos oportuno limitarnos á exponer lo más necesario, comenzando por las obras consagradas á lo que los antiguos entendían por Física. La más extensa de esta clase, es la

[1]) Como se desprende del discurso de Demóstenes, *Por la Corona*, § 213, lo dicho en el libro 2, 23, p. 1397, b, 31, se refiere á sucesos acaecidos poco después de la batalla de Queronea. De análoga suerte en la pág. 1399, b, 12, se habla de la paz concertada el año 336. Son por lo menos dudosas, las huellas de posterior origen que se han creído hallar en el libro 3.

[2]) H. Sauppe, *Dionysius und Aristoteles*, Göttingen, 1863, p. 17.

[3]) Sólo tres veces nombra Aristóteles á Demóstenes, en todo el curso de su *Retórica*, libro 2, 23, p. 1397, b, 17; 24, p. 1401, b, 33, y 3, 4, p. 1407, a, 7.

generalmente designada con el título de *Física*, que consta de ocho libros. Tanto en nuestros manuscritos como en la generalidad de las ediciones, se intitula φυσικὴ ἀκρόασις. Pero de semejante denominación no puede sacarse conclusión alguna segura, dado que por otro lado consta que el primitivo título de los cinco libros primeros era φυσικά, y que los tres siguientes parece que fueron designados, aun por el mismo Andrónico, con el de περὶ κινήσεως, *Sobre el movimiento*. Relaciónanse directamente con la *Física* los cuatro libros *Sobre la bóveda celeste* (περὶ οὐρανοῦ), los dos *Sobre la generación y la destrucción* (περὶ γενέσεως καὶ φθορᾶς) [1]), y por último, los cuatro *Sobre Meteorología* (μετεωρολογικά).

Tan indudable como es, en general, el que estos tratados, íntimamente relacionados entre sí, proceden de Aristóteles, tan difícil sería poder determinar su primitiva extensión, así como las denominaciones que recibieron del mismo Estagirita; buena prueba de ello es lo que ya hemos dicho sobre el final de la *Meteorología* [2]). Pero aparte esto, no faltan razones para calificar de más ó menos arbitraria la fusión actual de todos ellos. Adviértese en primer término esta arbitrariedad, en el libro séptimo de la *Física*, el cual no sólo no tiene conexión alguna con los demás, sino que produce el efecto de estar compuesto de apuntes, en parte poco esmerados, con los cuales se refundieron más tarde extractos ó de una simple paráfrasis ó de otra redacción [3]).

No hay para qué detenernos aquí á examinar la obra *Sobre el Cosmos* (περὶ κόσμου), pues, que sea producción de un estóico posterior, ó de Nicolás de Damasco, como con razones muy atendibles se ha supuesto [4]), es indudable que no procede de Aristóteles; opinión que tiene en su abono la circunstancia de no haberle sido atribuída sino por escritores muy posteriores y de escasa nota [5]). Pasemos, pues, á tratar de los escritos que versan sobre la vida y los seres vivientes.

[1]) Es dudoso si estos últimos no debieran llevar con más motivo el título de περὶ στοιχείων que Aristóteles emplea en el tratado *De anima*, 2, 11, p. 423, b, 29, y en el *De sensu*, 4, p. 441, b, 28, y que figura en el Catálogo. Véase Galeno, *De elem. sec. Hipp.*, 1, 9, t. 1, p. 486.

[2]) Véase la pág. 225 del presente tomo.

[3]) Véase la disertación de Spengel, *Ueber das siebente Buch der Physik des Aristoteles*, en las Abhandlungen der Münchner Akadëmie, vol. 3, 2.ª parte.

[4]) Esta última opinión ha sido formulada por Th. Bergk. Véase el *Rhein. Museum*, vol. 37, p. 50 y ss., y 294 y 295.

[5]) Proclo, *In Tim.*, p. 322, dice: εἴπερ ἐκείνου τὸ περὶ κόσμου βιβλίον, al paso

En el orden tradicional de estas obras, figuran en primer término los tres libros *Sobre el alma* (περὶ ψυχῆς), cuando tal vez fuera más acertado colocarlos, juntamente con los pequeños tratados que les acompañan, después de las obras zoológicas. Dado que este escrito justifica hasta cierto punto una observación análoga á la que ya varias veces hemos hecho, por hallarse también su último libro en un estado mucho más imperfecto que los dos primeros, los breves trabajos que con diferentes títulos van á continuación, no pueden ser otra cosa que partes sueltas de un todo armónico, donde se tratase de todos los hechos y fenómenos en que intervienen por igual el alma y el cuerpo [1]). No es fácil resolver si aluden á trabajos hoy perdidos, ó simplemente á los que Aristóteles se proponía realizar, algunas referencias á investigaciones que muy bien caben dentro de este grupo, como, por ejemplo, las designadas con los epígrafes *Sobre la juventud y la vejez* (περὶ νεότητος καὶ γήρως), *Sobre la enfermedad y la salud* (περὶ νόσου καὶ ὑγιείας) y *Sobre la nutrición* (περὶ τροφῆς)—no encaja bien aquí una obra *Sobre la embriaguez* (περὶ μέθης) citada únicamente por Ateneo, y que según todas las probabilidades, era apócrifa.—Es de todas suertes digna de nota la circunstancia de que, excepción hecha de los que aun se conservan, no queda vestigio alguno de los tratados de este género, citados en las obras de Aristóteles.

Por lo que hace á los escritos designados generalmente con el título de *Parva naturalia*, que todavía existen, son los siguientes: *Sobre la percepción* (περὶ αἰσθήσεως καὶ αἰσθητῶν), *Sobre la memoria y el recuerdo* (περὶ μνήμης καὶ ἀναμνήσεως), *Sobre el sueño y la vigilia* (περὶ ὕπνου καὶ ἐγρηγόρσεως), *Sobre los ensueños* (περὶ ἐνυπνίων), *Sobre la adivinación en sueños* (περὶ τῆς καθ' ὕπνου μαντικῆς), *Sobre la longevidad y la brevedad de la vida* (περὶ μακροβιότητος καὶ βραχυβιότητος), *Sobre la vida y la muerte* (περὶ ζωῆς καὶ θανάτου), y por último, *Sobre la respiración* (περὶ ἀναπνοῆς), que verosímilmente está relacionado con el anterior. No es en cambio de Aristóteles, aunque quizá procede de su escuela, la obrita *Sobre el aliento* (περὶ πνεύματος), la cual parece tener estrechas conexiones con otra, también apócrifa, *Sobre el movimiento de los animales* (περὶ ζῴων κινήσεως).

---

que Joan. Philop., *Contr. Procl. de aetern. mundi*, fol. D. 4, y otros, la citan como de Aristóteles.

[1]) En el sentido en que el mismo Aristóteles, *De anima*, 3, 10, p. 433, b, 20, habla de los κοινὰ σώματος καὶ ψυχῆς ἔργα.

Respecto de las producciones propiamente zoológicas, nos contentaremos con mencionar las tres que siguen: *Sobre los miembros de los animales* (περὶ ζῴων μορίων), en cuatro libros, *Sobre la generación de los animales* (περὶ ζῴων γενέσεως), en cinco, y *Sobre la marcha de los animales* (περὶ ζῴων πορείας). Su autenticidad está suficientemente acreditada por las alusiones á ellas, que hallamos en otros escritos aristotélicos; en cambio, y merced á su índole especial, rara vez las citan los escritores posteriores. Sólo hablaremos con detenimiento de la más importante de todas estas producciones, la intitulada *Historia de los animales* (περὶ τὰ ζῷα ἱστορία), la cual no sólo precede á todas las demás en el orden tradicional, sino que parece debió ser publicada también antes.

No hay para qué volver á las anécdotas, ya citadas [1]), á que á menudo dió margen en la antigüedad esta obra. Inventadas como indudablemente son, sólo tienen interés en cuanto nos proporcionan la prueba más clara de la grande autoridad de que debió gozar una producción respecto de la cual pudieron hallar crédito las más peregrinas invenciones. De lo mucho que fué utilizada, da además testimonio el prodigioso número de citas que de ella se han hecho, no menos que el de tratados á que dió origen hasta ya muy entrada la época bizantina, y los cuales fueron, ó simples extractos literales, ó refundiciones en que, con el fin de facilitar su uso, variábase esencialmente su forma. Entre estas últimas, figuran sin duda las obras que tan á menudo extracta Ateneo en sus *Deipnosofistas*. Una de ellas, parece haber consistido en una enumeración—que en punto al lenguaje se aparta con frecuencia del de Aristóteles [2])—de los diferentes animales, dispuesta por especies y siguiendo en lo posible el orden alfabético; de suerte que viene á ser, por decirlo así, un léxicon como los de las plantas y metales que pasan también por obras del Estagirita. Tan difícil como determinar la relación que entre sí tuvieron estas producciones, las cuales contenían también muchas cosas perfectamente ajenas á Aristóteles, sería determinar el por qué el libro

---

[1]) Véase el cap. XLVI, pág. 217 del presente tomo.

[2]) Así, por ejemplo, la palabra ἀμφίβιος, que, según consta por el testimonio de Teofrasto, fragm. 171, 12 de Wimmer, fué usada ya por Demócrito, se encuentra sólo en dichas citas, y de ningún modo en las obras zoológicas de Aristóteles que aún se conservan. Asimismo se distingue por una serie de construcciones, evidentemente originadas por las exigencias de una terminología lacónica y concisa, acerca de la cual debe verse Apuleyo, *De magia*, c. 38.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quinto de la *Historia de los animales*, es siempre designado por Ateneo como libro quinto de la obra *Sobre los miembros de los animales*.

Estas son, sin embargo, cuestiones cuyo examen detenido no es de este lugar. De mayor importancia sería para nosotros conocer más á fondo las relaciones que pueden existir entre la *Historia de los animales* y la obra repetidas veces citada por Aristóteles con el título de Ἀνατομαί. Fuera de las indicaciones que hallamos en el Catálogo, no se encuentra vestigio alguno de semejante tratado, al que acompañaban una serie de dibujos, ó que tal vez no se componía más que de ellos. Esto basta para demostrar cuán amplias eran las bases sobre que descansaban las investigaciones de Aristóteles en aquella materia, si bien por otra parte parece indudable que pudo utilizar en sus tareas numerosos trabajos anteriores. En qué medida utilizó estos trabajos al redactar su obra, no es posible determinarlo hoy por haberse ésta perdido; pero según todas las probabilidades, muchos de los datos por él recogidos estaban tomados de Demócrito. Y no es que con esta observación pretendamos en manera alguna rebajar el mérito de Aristóteles, sino que sólo de esta manera se puede explicar bien la variedad y extensión sorprendente de sus escritos. Mas aunque fuera ya mucho lo que encontró hecho, todavía hay base sobrada para considerar como numerosas é importantísimas sus investigaciones. No sólo es admirable la multitud de observaciones y hechos por él acumulados, sino que merece aplauso su propósito de relacionarlos entre sí, aunque en los principios no logró exponerlos con orden verdaderamente sistemático. Ahora bien; por lo que hace á los juicios, en parte divergentes; que acerca de este extremo se han formulado [1]), antes de emitir el nuestro, habría que ver hasta qué punto la forma que hoy conserva la obra es la misma que recibió de Aristóteles. No sólo el

[1]) Hállase coleccionado buen número de ellos en la obra de Lewes, p 274 y ss. de la traducción alemana. El mismo Lewes se expresa de este modo: «Considerada históricamente, esto es, en relación con las obras que salieron á luz durante algunos siglos, la *Historia animalium* es una obra admirable; pero considerada en absoluto, esto es, con relación á la ciencia de que trata, es un conjunto de detalles mal ordenados y peor compilados, la mayoría de ellos de valor escaso, y con apariencias de ser algo mejor. Bien mirada, no se encuentra en ella verdadera ciencia, ni siquiera un sistema científico, ni una buena descripción, etc.» Semejante juicio es á todas luces erróneo, porque no parte de lo que Aristóteles pudo realmente hacer, sino de lo que ha progresado la ciencia en el siglo XIX.

libro décimo parece una adición posterior que ni fué del Estagirita ni de su escuela, sino que en los otros nueve, hay también indudables perturbaciones del orden primitivo y hasta una serie de partes interpoladas, fáciles de conocer por las repeticiones que en ellas se advierten [1]). Como se ve, tampoco esta obra se ha librado del destino que cupo á todas las de Aristóteles que conocemos.

Una serie de breves tratados, de origen dudoso unos y otros decididamente apócrifos, no ofrecen interés bastante para que nos detengamos á hablar de ellos. Así, pues, pasando por alto una obra que tampoco es de Aristóteles, que un manuscrito atribuye á Teofrasto, y que se intitula, sin razon, *Sobre Meliso, Jenófanes y Gorgias* [2]), trataremos de otra que en su estado actual, no sólo es de mucha más importancia, sino que al mismo tiempo ofrece no pocos rasgos análogos á los que ya hemos examinado, y aun más manifiestos que ellos: tal es la intitulada *Metafísica* (τὰ μετὰ τὰ φυσικά).

Todos los escritores convienen en que esta obra está formada por la reunión arbitraria y apenas justificable, en parte de elementos heterogéneos, y en parte también de otros que en su forma actual tampoco proceden de Aristóteles. Dicho esto, se comprenderá bien que las opiniones, así acerca del origen como del objeto propio de cada uno de estos elementos, sean por extremo variadas. Es ante todo difícil de resolver la cuestión, no de á quién se deben el orden y disposicición actuales de la obra, pues que de éstos ya hemos visto antes que sólo puede hacerse responsable á Andrónico, sino de cuáles fueron las razones que en tamaña tarea le sirvieron de guía. Sorprende desde luego la doble numeración con que hasta nosotros ha llegado el libro primero [3]), mientras que por otro lado, la parte señalada con «alfa pequeña», ó ha sido atribuída al rodio Pasicles, hijo de Boeto y sobrino de Eudemo, ó por lo menos, en opinión de algunos, entre ellos Alejandro, habría sido preferible unirla á la *Física* á guisa de introducción [4]).

[1]) En estas cuestiones que, como queda dicho, no han sido aun resueltas, debemos contentarnos con remitir al lector á lo que sobre el particular se dice en el prólogo de la edición de la *Historia de los animales*, de Aubert y Wimmer, Leipzig, 1868.

[2]) Véase Zeller, *Philosophie der Griechen*, vol. I, p. 464 y ss.

[3]) Establécese una diferencia entre A τὸ μεῖζον y α τὸ ἔλαττον, denominaciones que se explican por la desigualdad del contenido.

[4]) *Schol. cod. reg.*, p. 588, a, 41: τοῦτο τὸ βιβλίον ἔνιοι Πασικλέους εἶναί φασι τοῦ

Pudiera en cambio no estar en lo cierto el editor citado, cuando no sólo defiende la autenticidad del libro quinto (Δ), sino también el lugar que ocupa. Pero aunque lo primero sea muy verosímil,—semejante problema ha sido mencionado á menudo y aun parece que no era desconocido para el autor del Catálogo [1])—las definiciones, que es de lo que aquí se trata, no encajan bien en el conjunto, ni cuadran á lo que constituye el objeto de la obra, que es, por decirlo así, la quinta esencia de la Metafísica. No sería difícil aumentar el número de aquellos ejemplos con otros muchos análogos. Así, una parte en que se impugna la teoría de las ideas, se halla casi literalmente reproducida en dos lugares distintos [2]); al paso que la segunda mitad del libro undécimo, está compuesta de simples extractos de la *Física* [3]). Ni es fácil explicar satisfactoriamente todo esto, ni puede adivinarse tampoco qué es lo que movió á Andrónico á dislocar, por decirlo así, y á mezclarlo con elementos en parte completamente extraños, un escrito de Aristóteles, según todas las apariencias incompleto, pero cuyo plan aun hoy mismo puede reconocerse. Semejante procedimiento, sólo debe ser calificado de arbitrario; por otro lado, sin embargo, para que puedan parecer admisibles semejantes cambios y transformaciones realizadas con miras estrechas é interesadas, se necesita tener presente la libertad con que los antiguos procedían siempre al utilizar las obras científicas y literarias de otros escritores.

Quizá menos patentes, aunque no menos razonables, son las dudas que suscita la composición de las obras éticas. De las tres pertenecientes á este grupo,—la obrita intitulada *Sobre las Virtudes y los Vicios* (περὶ ἀρετῶν καὶ κακιῶν) evidentemente no es de Aristóteles—la *Etica Nicomaquea*, ya citada, es la que más derecho tiene á

Ῥοδίου, ὃς ἦν ἀκροατὴς Ἀριστοτέλους, υἱὸς δὲ Βοηθοῦ (el manuscrito Βοναίου), τοῦ Εὐδήμου ἀδελφοῦ. Ἀλέξανδρος δὲ ὁ Ἀφροδισιεὺς Ἀριστοτέλους αὐτό φησιν εἶναι. καὶ ἔνιοι μὲν αὐτὸ πρὸ τῆς φυσικῆς πραγματείας δεῖν ἔφασαν τάττεσθαι. Véase Alejandro, *loc. cit.*, 26: ὅσον δὲ πάλιν ἐπὶ τῷ τέλει αὐτοῦ, οὐ δόξει τοῦτο ἐκ ταύτης εἶναι συντάξεως, ἀλλὰ τῆς φυσικῆς πραγματείας προοίμιόν τι.

[1]) *Metafísica*, 7, 1, p. 1028, a, 11 y 10, 1, p. 1052, a, 15. Véase *De gen. et corr.*, 2, 10, p. 336, b, 29; *Física*, 1, 8, p. 191, b, 29, así como el título περὶ τῶν ποσαχῶς λεγομένων ἢ κατὰ πρόθεσιν α', en Diógenes Laercio. El Anónimo escribe: περὶ τῶν ποσαχῶν λεγομένων ἢ τῶν κατὰ πρόθεσιν.

[2]) Libro 1, 9, y 13 c. 4 y 5.

[3]) Tal observa ya el correspondiente editor, el cual en vez de hacer nuevas aclaraciones, remite al lector al comentario á la *Física*.

que se le considere como producción del Estagirita; pero en cambio, es tan imposible admitir que saliera de sus manos en la forma que hoy tiene, cuanto que claramente se descubre en ella la tendencia á reunir, en un todo más ó menos compacto y homogéneo, materiales análogos. Aparte la noticia que nos proporciona el Catálogo, no encontramos testimonio alguno expreso sobre este punto. En lugar de los diez libros que hoy existen, el Catálogo sólo menciona una obra de la mitad próximamente de esta extensión, pues que la *Etica* que cita, no consta más que de cinco libros, y según otro pasaje, sólo de cuatro [1]). No puede determinarse con seguridad si son éstos ó no de los que forman la *Etica* actual; pero no faltan razones que mueven á considerar como verosímil, la hipótesis de que la obra fué posteriormente ampliada, ó si se quiere completada. Los que sobre todo deben llamar nuestra atención, son los libros quinto al séptimo, los cuales contienen una serie de repeticiones que, en un trabajo en que hubiese unidad, parecerían inexplicables [2]); viene, sobre todo, á robustecer tales dudas el hecho de ser estos libros los mismos que figuran con los números cuarto al sexto en la *Etica de Eudemo*. La cuestión de á cuál de estas dos obras debieron pertenecer originariamente, ha sido resuelta en diferentes sentidos [3]); mas aunque nos decidiéramos en favor de la hipótesis de que sirvieron alguna vez para llenar un hueco en la *Etica de Eudemo*, no se demostraría que desde el principio hubiesen formado parte de la *Etica Nicomaquea*. En este

---

[1]) Evidentemente no tiene importancia alguna el que en la misma parte de su obra, 5, 21, Diógenes Laercio cite el libro VII de la *Etica*, lo cual se explica suficientemente por haberse ajustado en todo á las fuentes de que disponía. De análoga suerte se explica, que en el proemio cite una obra de Aristóteles intitulada Μαγικός, no comprendida en el Catálogo de Hermipo, y la cual figura en un apéndice del Anónimo, entre las pseudepigráficas. En el 8, 88, dice de la *Etica* que era obra de Nicómaco y cita un pasaje del décimo libro.

[2]) Sobre este particular, basta con ver la obra de Rassow, *Forschungen über die Nikomachische Ethik*, Weimar, 1874, p. 15 y ss. Sobre el libro VII habla muy detenidamente Häcker, *Beiträge zur Erklärung und Kritik des 7. Buchs der Nikomachischen Ethik*, Berlin, 1869.

[3]) Schleiermacher, partiendo de la idea de que la denominada «Grande Etica» es la más antigua y la «Nicomaquea», por el contrario, la más moderna de las tres obras, se decide en favor de la Etica de Eudemo. Según la opinión de Spengel, *Ueber die unter dem Namen des Aristoteles erhaltenen ethischen Schriften*, ABHANDLUNGEN DER MÜNCHNER AKADEMIE, vol. 3, p. 439 y ss. pertenecen á la *Etica Nicomaquea*, y empleáronse posteriormente como complemento de la *Etica de Eudemo*.

punto es de mucho peso la exactísima observación de un editor antiguo, á cuya penetración no se escapó la distinta manera con que se habla del placer (ἡδονή) en el libro séptimo y en el décimo: pues mientras en aquél [1]) se sostiene que el deleite no es en sí y por sí mismo malo, sino que, aun habiendo varias clases de placeres malos, puede muy bien ser lo mejor (τἄριστον) ó lo bueno (τἀγαθόν), se dice por el contrario en el décimo [2]) que si bien no todo placer es en sí y por sí mismo reprobable, no puede ser tampoco ni lo mejor ni lo bueno. Para explicar esta contradicción, observa el editor citado que este segundo pasaje pudiera ser de Eudemo [3]). Ahora bien; esto, que en el fondo no es más que una simple hipótesis, parece por lo menos tan verosímil como aquella otra, según la cual el primer pasaje debe considerarse como bosquejo trazado por Aristóteles, el cual lo reemplazó más tarde por un nuevo concepto del mismo tema. Tanto en un caso como en otro, la cuestión en definitiva queda en pie; esto es, que no puede pasar por obra perfecta y homogénea, un trabajo como el que venimos examinando [4]).

Cuán imperfectamente conocían los antiguos los escritos aristotélicos, demuéstralo con evidencia la opinión, por cierto bastante generalizada, de que las tres obras sobre Etica eran de Aristóteles [5]). Aunque en los puntos capitales esté de acuerdo la *Etica de Eudemo* con las ideas de aquel filósofo, la misma razon hay para tener á Eudemo por autor de esta obra, como para mirar cual si fueran también suyas las *Analíticas* y la *Física*. Falta además por saber, si la redacción de estas obras es realmente suya, ó si, lo que parece posible, eran apuntes tomados de sus explicaciones por alguno de sus discípulos. En cuanto á la *Grande Etica*, cuyo título contrasta notablemente con su extensión—al paso que la

[1]) Capítulo 12 y ss.

[2]) Capítulo 1 y ss.

[3]) Véase el pasaje en Spengel, *loc. cit.*, p. 84, y en sus *Aristotelische Studien*, cuad. 1, München, 1863.

[4]) No queremos descender aquí á la cuestión de si bajo el título de περὶ φιλίας que figura en los Catálogos, deben entenderse los libros VIII y IX de la *Etica Nicomaquea*, y bajo la denominación περὶ ἡδονῆς, el libro X: sin embargo de que esta hipótesis, explicaría perfectamente la existencia de una *Etica* compuesta sólo de cuatro libros.

[5]) Véase Atico en Eusebio, *Praepar. evangel.*, 15, 4, 6, y Porfirio, *Prol.*, p. 9, b, 24, David, *In categ.*, p. 25, a, 48, Simplicio, p. 25, a, 48, y el comentarista de la *Etica Nicomaquea*, f. 152, a.

Nicomaquea tiene diez libros y siete la de *Eudemo*, ésta sólo cuenta dos—no se ha logrado hasta ahora explicar satisfactoriamente este último. Entre las varias opiniones emitidas sobre el particular, parece la más aceptable, la de que aquel título aludía menos á la extensión de la obra, que á la mayor riqueza de su contenido, comparada con la *Etica Nicomaquea* [1]). Hay desde luego que desechar la idea de que el autor de ella fuera Aristóteles; pues en realidad, no sólo tiene más íntimas conexiones con la *Etica de Eudemo* que con la *Nicomaquea*, sino que además ofrece diferencias muy notables en punto al uso del dialecto [2]) y carece en absoluto de aquella concisión que distingue á los escritos aristotélicos de autenticidad indiscutible.

En íntima relación con la Etica, se halla, según opinión de Aristóteles y aun de la antigüedad en general, la Política, y á esta relación aluden las últimas palabras de la *Etica Nicomaquea*. Presupuesta, pues, la autenticidad de este pasaje [3]), la *Política* viene á ser la continuación de la *Etica*, pues que ambas están destinadas á tratar, cada cual á su modo, las cosas humanas [4]). Pero aunque en el comienzo de la *Etica* se considera repetidamente esta ciencia como parte y preliminar de la Política, no puede en ello verse una prueba de que inmediatamente después de la primera de estas obras apareciera la otra: con tanto más motivo cuanto que la *Política* no es en el fondo otra cosa que notas ó apuntes tomados de explicaciones ó discursos orales. Que esta opinión es perfectamente exacta, lo prueba, no sólo el testimonio expreso del Catálogo, sino también las condiciones y estructura de la obra. La alusión á Teofrasto que hallamos en el Catálogo, es un enigma. En los Catálogos primero y cuarto de los escritos

[1]) Véase Alberto Magno, en Jourdain, *Recherches critiques sur l'origine des traductions latines d'Aristote*, París, 1843, p. 352: *Non ideo quod scriptura plus contineat, sed quia de pluribus tractat.*

[2]) El escoliasta de la *República* de Platon, 183, 6, hace notar que es insólito y extraño el empleo del vocablo σαλακωνεία, en lugar del cual usaba Aristóteles βαναυσία. Puede citarse además el uso de ὑπὲρ con genitivo, en lugar de ἐπί. Véase Eucken, *Ueber den Sprachgebrauch des Aristoteles*, Berlín, 1868, p. 47.

[3]) El texto del pasaje en cuestión, ofrece no pocos motivos de duda; por lo pronto es de extrañar el empleo del vocablo ἀνερεύνητον, que no se encuentra en parte alguna de las obras aristotélicas, al paso que ἔρευνα ó ἐρευνᾶν sólo se halla en las apócrifas. Por lo demás, las citadas palabras las ha considerado ya como apócrifas Schlosser, en su traducción de la *Política*.

[4]) ἡ περὶ τὰ ἀνθρώπινα φιλοσοφία.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

de este último, se citan dos tratados, uno de seis y otro sólo de dos libros, cuyos títulos son idénticos al de la obra del Estagirita; mas no conservándose ni una sola cita de estos escritos de Teofrasto, es imposible determinar, siquiera fuera solo aproximadamente, la mayor ó menor relación que pudieran tener con el de Aristóteles. Pero más extraña aún que la absoluta carencia de noticias acerca de la producción de Teofrasto, es el poco aprecio que, por lo menos en los primeros tiempos, parece se hizo de la de Aristóteles. Aun cuando se demostrara que todos los pasajes en que se ha creído descubrir alguna alusión á dicha obra, la contienen en realidad, su número es por extremo escaso en relación con la importancia de aquel trabajo [1]).

De mayor interés que este punto, es lo que del estado actual de la obra se desprende. En este terreno, extraña más el evidente desorden en que nos han sido trasmitidos sus libros, —el séptimo y el octavo debieran ir inmediatamente después del tercero [2])— que lo imperfecto del trabajo, y sobre todo su estructura y redacción, las cuales son tan defectuosas, que excluyen en absoluto toda idea de que el autor hubiera pensado en publicarlo en semejante forma. Por otra parte, no sólo sería inútil todo intento de atribuir tamaños defectos á interpolaciones posteriores ó á lagunas que están por llenar, sino que no hay razon alguna para sostener que la *Política* tuviera algún día una forma más perfecta y acabada que la que hoy tiene.

---

[1]) No es posible examinar aquí detenidamente, los pasajes en cuestión. Hay que conceder que aun ante asertos como el de Ciceron, *Epist. ad Quint. fratr.*, 3. 5: *Aristotelem denique quæ de republica et præstante viro scribat, ipsum loqui*, parece permitida la duda, pues que se refiere más bien á las obras dialogadas. Tendriamos una prueba decisiva de que en época relativamente remota fué ya utilizada la *Política*, si pudiera demostrarse la exactitud de la hipótesis formulada primero por R. Prinz, *De Solonis Plutarchei fontibus*, Bonn, 1867, páginas 24 y 25, y más tarde por E. Hiller, *Satura philologa H. Sauppio oblata*, página 16, según la cual Jerónimo de Rodas la utilizó en gran parte. Hállanse coleccionados los pasajes en que se ha creído encontrar alusiones á la *Política*, en la obra de Spengel, *Ueber Aristoteles Politik*, en las ABHANDLUNGEN DER MÜNCHNER AKADEMIE, vol. 5, p. 44, nota, y en la de Susemihl, *Aristoteles Politik*, Leipzig, 1879, Introducción, p. 7, con la cual debe confrontarse la pág. XVIII de su edición, Leipzig, 1882.

[2]) Barthélemy St. Hilaire ha sido el primero en razonar de una manera persuasiva, la duda que respecto de este punto habían formulado ya antes otros eruditos.

Felizmente estas imperfecciones, no son tales que roben á la obra todo su mérito. Aunque en lo relativo á las cualidades y excelencias meramente formales sea inferior á la *República* de Platon, y aun cuando no transporte al lector á regiones ideales, revela, sin embargo, juntamente con un admirable talento de observación, un arte tal de ordenar los hechos y fenómenos según determinados puntos de vista, que sólo podemos ver en este trabajo el fruto de la reflexión madura de uno de los mayores genios que la antigüedad ha producido. Tan sorprendente como la multitud de hechos que el autor ofrece, es la superioridad y maestría con que los domina. No es una reconstrucción del Estado, como las que habían intentado ya Platon y otros, lo que Aristóteles se propone; sino que después de estudiar su esencia, considerándolo como una sociedad que tiene por objeto la consecución del bien, y de examinar, de acuerdo con estas ideas preliminares, las opiniones por otros formuladas, define las diferentes formas de gobierno y expone las leyes que rigen sus transformaciones, influyen en su conservación ó determinan su ruina.

Pudiera conocerse mejor y más á fondo el pensamiento de la obra, si fuera posible determinar con seguridad lo que falta para su conclusión. Las opiniones acerca de este punto están en desacuerdo; pero es sobre todo dudoso, si entraba en el propósito del autor examinar más detenidamente, y agrupando por decirlo así los resultados obtenidos, las condiciones que debe reunir el mejor Estado. En cambio, es indudable que se ha perdido por completo la parte en que hablaba con más extensión de la influencia de los poetas, y quizá también de la ejercida por los diversos géneros poéticos. Las conocidas opiniones de Platon acerca de este punto y el detenimiento con que el mismo Aristóteles habla de la música, hacen inexplicable el que éste no hubiera examinado la poesía bajo un punto de vista análogo.

Es insignificante y á todas luces apócrifo, el intitulado *Libro primero del Económico*. No tiene conexión alguna con éste, la obrita que se le agregó, sin duda mucho tiempo después, en concepto de *Libro segundo*. A una colección de máximas hábiles sí, pero no siempre honradas, de administración y economía, precede una breve introducción, la cual, por lo demás, es dudoso si fué ó no agregada también por mano ajena. Cuanto á la colección misma, pudo muy bien haber sido compuesta en la época

de los Diadocos [1]). No existen mejores razones para considerar como obra de Aristóteles, otro segundo tratado que sólo conocemos por dos traducciones hechas en la Edad Media, y el cual es designado también como *Libro segundo del Económico*; cuando verosímilmente es idéntico á un escrito, á todas luces apócrifo, *Sobre la vida en común del hombre y de la mujer* [2]).

El último tratado de esta serie, de que hablaremos más extensamente, es la *Poética* (περὶ ποιητικῆς). Aun cuando por desgracia no se conserva sino un fragmento de esta obra, el mérito de aquél bastaría para asegurar al autor un lugar distinguido en la Literatura griega. También en este punto, tropezamos con cuestiones cuya solución es por extremo difícil. Tanto el dato que nos suministra el Catálogo, el cual cita una obra sobre Poética que consta de dos libros, como el contenido de la parte que se conserva, inducen á creer que el autor se proponía darle mayor extensión. Pero es dudoso si lo que hoy subsiste, es solo el primer libro ó meros extractos de toda la obra. Dificulta no poco la solución del problema, la carencia casi absoluta de indicios seguros de que esta producción hubiera sido utilizada posteriormente. En todo caso, de Aristóteles parece haberse tomado alguna parte del contenido de varios tratados posteriores sobre la Comedia y sobre el concepto de lo ridículo, y quizá también cuanto se refiere á la catarsis trágica [3]); pero esto apenas basta para dar una idea clara de la forma primitiva de la obra en cuestión, cuyo abandono fué tal, que sólo en un manuscrito han llegado hasta nosotros sus mutilados restos. Con fundamento, pues, debe atribuirse su conservación á una feliz casualidad.

---

[1]) Véase el cap. XLII, p. 127 del presente tomo, y Niebuhr, *Ueber das 2. Buch der Ekonomika unter den Aristotelischen Schriften*, en los KLEINE SCHRIFTEN, 1, serie, Bonn, 1828, p. 412 y ss.

[2]) En el Catálogo del Anónimo se halla este título en el apéndice, é inmediatamente después de éste va el de Νόμους ἀνδρὸς καὶ γαμετῆς, del cual se duda si se referiría á la misma obra ó no. El primero lo da á conocer también David, *In categ.*, p. 25, b, 6: ἀλλὰ μὴν καὶ οἰκονομικά εἰσιν αὐτῷ γεγραμμένα βιβλία, ὧν τὸ οἰκονομικὸν σύνταγμα καὶ περὶ συμβιώσεως ἀνδρὸς καὶ γυναικός. No está clara la relación que pudiera existir entre esta obra y la intitulada *De matrimonio*, citada por el Padre de la Iglesia San Jerónimo, *C. Jovin.*, 1, t. 4, 1, p. 191 de la edición de París de 1706. Véase sobre el particular, á Aem. Luebeck, *Hieronymus quos nouerit scriptores et ex quibus hauserit*, Lipsiae, 1872, p. 87 y 88.

[3]) Véase Bernays, *Rhein. Museum*, vol. 8, p. 561 y ss., y sus *Grundzüge der Abhandlungen des Aristoteles über die Wirkung der Tragödie.*,

Habida consideración de su brevedad, la *Poética* es quizá entre todas las obras científicas y literarias de la cultura antigua, la que más cuestiones de todo linaje ha provocado, sin que por esto haya mermado un punto el interés que despierta; verdad es, que tampoco en ningún tiempo se han expuesto ideas más claras sobre la esencia de la poesía misma, y en particular de la tragedia griega; y aunque pueda parecer una paradoja el conocido dicho de Lessing, de que su infalibilidad no es inferior á la de los *Elementos* de Euclides, es verdad inconcusa, por lo menos en lo que se refiere á la crítica y juicio de la tragedia griega. Impídennos penetrar mucho en el fondo de la obra, así su brevedad extraordinaria, como el estado en que nos ha sido trasmitida: que es tal, que hace difícil conocer el plan seguido primitivamente por el autor, ó exponerlo sin entrar en disquisiciones prolijas. Entre lo mucho que este escrito contiene digno de especial mención, sólo observaremos que todo lo que se sabe de cierto sobre el origen y desarrollo del drama griego, se reduce única y exclusivamente á las pocas palabras que sobre el particular dice Aristóteles. Esto sólo bastaría para dar á su trabajo la preferencia sobre la *Epístola á los Pisones*—para la cual tomó su autor todo lo que sobre el mismo punto dice, de fuentes posteriores y menos puras, —aun admitiendo que ambas producciones fuesen comparables entre sí en punto á su valor y mérito.

Por considerable que sea el número de las obras hasta aquí citadas, no constituyen éstas si no una pequeña parte de las que se han atribuído á Aristóteles. De las que aun existen, basta con mencionar las intituladas *Sobre las líneas indivisibles* (περὶ ἀτόμων γραμμῶν), *Sobre las plantas* (περὶ φυτῶν), *Sobre los colores* (περὶ χρωμάτων), *Fisionomónica* (φυσιογνωμονικά) y *Sobre lo susceptible de ser oído* (περὶ τῶν ἀκουστῶν), ninguna de las cuales es, según parece, auténtica. Al paso que la primera se atribuye también á Teofrasto [1]), la segunda vino á reemplazar más tarde á aquella otra que Aristóteles promete unas veces y menciona otras como ya existente [2]). La obra *Sobre los colores*, sólo por un escritor cita-

---

[1]) Simplicio, *In Arist. de coelo*, f. 140, p. 510, b, 10: ὅ τινες εἰς Θεόφραστον ἀναφέρουσιν, y Joan. Philop., *In Arist. de gen. et corrupt.*, f. 8. Ambos editores mencionan, sin embargo, esta obra como de Aristóteles, en sus comentarios á la *Física*, f. 114 v, p. 360, b, 14 y fol. m, p. 360, b, 17; el último añade que iba dirigida contra Xenócrates.

[2]) Según una hipótesis, no ciertamente inverosímil, de E. H. F. Meyer, *Nicolai*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da [1]), suscita escrúpulos y sospechas, ya por la contradicción en que se hallan con las ideas de Aristóteles algunas de las en ella expresadas, ya también por su estructura. Es sobre todo difícil dar una solución fija y segura, acerca de la autenticidad de la *Fisionomónica*. Si la obra que hoy existe con este título, es ó no la misma que incidentalmente mencionan los Catálogos y aun Galeno [2]), es tanto más dudoso, cuanto que algunas citas inducen á creer que fuese un trabajo mucho más extenso. Por otra parte, los pasajes que conocemos por Apuleyo son tales, que vienen á robustecer la sospecha de que se trata de una producción supuesta, ó por lo menos de un tratado que ha sufrido grandes interpolaciones [3]).

Por lo demás, compréndese fácilmente cuán expuesta había de estar á todo género de mudanzas toda obra que, como ésta, no estuviese defendida por cierta estrechez y rigorismo de forma, contra ampliaciones ulteriores; de aquí que nada haya más complicado que un estudio de Colecciones, como las que en número considerable figuran en los Catálogos de los escritos aristotélicos. De las que se designan con el nombre de Θέσεις y que servían á los fines de la enseñanza, puesto que según todas las apariencias, se componían de temas sobre que podían entablarse las llamadas *disputationes*, no tenemos más conocimiento que el que se desprende de sus respectivos títulos [4]). No acontece lo mismo con los *Problemas*, pues por lo menos dos Colecciones de este género que aun se conservan, nos dan idea bastante clara de ellos. Pero es en cambio imposible determinar exactamente la relación que tuviera ésta con otras Colecciones análogas, que sólo conocemos por la mención de sus títulos. Ni de Eucairo, á quien se nos presenta como oyente de Aristóteles, ni de los setenta y dos libros intitulados συμμικτὰ ζητήματα que el mismo menciona como obra del Estagirita, puede decirse nada concre-

Damasceni de plantis, l. II, Lipsiae, 1841, Nicolás de Damasco era el autor de los dos libros sobre las plantas, solo existentes en lengua griega y latina.

[1]) David, *In categ.*, 25, a, 13.

[2]) *De passion. animi*, t. 4, p. 797. El Anónimo menciona dos libros, al paso que la *Fisionomónica* actual sólo consta de uno.

[3]) Véase Rose, *Anecdota gr. et graecolatina*, primer cuad., p. 59 y ss.

[4]) Cítanse veinticinco libros: Θέσεις ἐπιχειρηματικαί, 4 Θέσεις ἐρωτικαί, 2 Θέσεις περὶ φιλίας, 1 Θέσεις περὶ ψυχῆς. Análogo objeto pudieron tener las obras denominadas διαιρέσεις ὁ προτάσεις, las cuales se citan en gran número.

to [1]); y otro tanto acontece con los treinta y ocho libros de *Problemas físicos*, dispuestos por orden alfabético (φυσικῶν λή κατὰ στοιχεῖον), que citan los Catálogos; pues aunque dicha cifra conviene con el número de partes, por cierto muy desiguales, de la Colección actual, no se descubre en ésta vestigio alguno de una distribución ú orden determinado. Por otro lado, tampoco concuerdan con ella las remisiones á los *Problemas* que encontramos en diez distintos pasajes de Aristóteles, ni las numerosas citas de otros escritores. De aquí, que no pueda dudarse de la existencia de obras de esta índole, más extensas ó de asuntos distintos. Por lo que hace á la Colección hoy existente, es indudable que se compone de elementos muy heterogéneos; algunos de ellos pueden con seguridad atribuirse á Aristóteles; otros parecen proceder de Teofrasto, especialmente la parte que se refiere á la melancolía, y muchos acusan un origen muy posterior [2]). El mérito de sus distintas partes es en todo caso muy vario y desigual; al lado de algunas por más de un concepto de grandísimo interés, como la que trata de la armonía, se encuentran otras insignificantes é insulsas. La fusión y enlace de las diversas partes resulta torpe é inhábil, no sólo por la falta absoluta de orden, sino principalmente porque á menudo vemos repetidas las mismas preguntas con las mismas contestaciones, como acontece en una de las obras atribuídas á Hipócrates, de que ya hemos hablado [3]). Por lo que hace á la forma de los distintos problemas, es invariable; á la pregunta, encabezada constantemente con las palabras τα μηχανικά, sigue la respuesta, que en muchos casos no es más que una simple repetición de las anteriores. Cítanse como obra especial los *Problemas mecánicos*, los cuales van precedidos de una extensa introducción. Por lo demás tantos motivos hay para atribuir á Aristóteles la paternidad de este tratado, como los que pro-

[1]) En el segundo Catálogo del Anónimo se dice: συμμίκτων ζητημάτων οβ', ὡς φησιν Εὔκαιρος ὁ ἀκουστὴς αὐτοῦ. El autor de la *Vita Marciana* habla también de setenta libros de *Problemas*, y lo mismo David, *In categ.*, p. 24, b, 9: τὰ πρὸς Εὐκαίριον αὐτῷ γεγραμμένα ἑβδομήκοντα βιβλία περὶ συμμίκτων ζητημάτων, χωρὶς προοιμίων καὶ ἐπιλόγων καὶ διαιρέσεως, con cuyo pasaje debe confrontarse la p. 24, a, 42, de la misma obra.

[2]) Véase la disertación de Prantl, *Ueber die Probleme des Aristoteles*, en las ABHANDLUNGEN DER MÜNCHNER AKADEMIE, vol. 6, 2, p. 341 y ss.; y V. Rose, *De Arist. libr. ord.*, p. 191.

[3]) Véase el cap. XL, pág. 69 del presente tomo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bablemente habría para adjudicarle los *Problemas geométricos y ópticos* que suelen citarse juntamente con aquél, y que se han perdido por completo [1]).

Carácter, forma y hasta fin análogo al de esta producción, parecen haber tenido las *Cuestiones homéricas* (ἀπορήματα Ὁμηρικά). Aunque este trabajo es de los que se han perdido, los fragmentos que de él se conservan son bastante numerosos para poder formar juicio del mérito de Aristóteles en este terreno, en el cual, dicho sea de paso, no podía exigírsele demasiado. Así como en cuestiones gramaticales y aun más en las etimológicas, las opiniones de los antiguos son con frecuencia inexactas, así también se observa á menudo notable timidez en sus ensayos sobre interpretación de los poetas. Mas no hay razones que justifiquen el que consideremos como apócrifo, todo aquello que parezca defectuoso. La conformidad perfecta de algunas cuestiones homéricas con ejemplos citados en la *Poética*, parece conjurar toda sospecha. Es, por lo demás, muy posible, que esta obra debiera principalmente su origen á las necesidades y ejercicios de la escuela; pues que el planteamiento y resolución de tales cuestiones relativas á los poetas y sobre todo á Homero, era aún mucho tiempo después, ocupación predilecta de los eruditos: ó mejor, una especie de recreación y ejercicio del ingenio, que no sería justo juzgar tan severamente como á menudo lo han hecho los filósofos [2]).

Pero aun examinadas bajo este aspecto, la pérdida de estas *Cuestiones homéricas*, con las cuales se citan otras relativas á distintos poetas, como Hesiodo, Arquíloco y Eurípides, sin que después se haya podido descubrir rastro alguno de ellas, es mucho más de lamentar que la de varias producciones cuyos títulos figuran en el Catálogo, inmediatamente después de las Colecciones de problemas. A juzgar por lo que de ellas se sabe, es indudable que pertenecían á la clase de las que la antigüedad acostumbraba denominar «hipomnemáticas». En punto á obras como las *Olimpiónicas*, las *Pitiónicas* y las *Didascalias*, semejante opinión no necesita más prolijas pruebas. En lo esencial constituía su asunto la simple reproducción de los documentos á que aquellas fiestas daban origen, con el fin de perpetuar el recuerdo de los vencedores. La utilidad de semejantes Colecciones es palmaria y evidente: no sólo para la busca y comprobación de datos cronológicos, sino también para el conocimiento de la Literatura, constituían un tesoro inapreciable, y como tal lo utilizaron á menudo los críticos alejandrinos.

[1]) Simplicio, *In categ.*, 25, a, 45 y David, *In categ.*, 36.

[2]) Principalmente C. Lehrs, en su obra *De Aristarchi studiis homericis*.

Más difícil es dar idea exacta de la forma de una obra que, como se infiere de las citas que de ella se han conservado, fué utilizada por los escritores posteriores, tanto y tan á menudo como la *Historia de los animales;* nos referimos á la intitulada *Policías*. Componíase de 158 secciones ó capítulos, cada uno de los cuales estaba dedicado á un Estado distinto [1]). Consta, aunque por testimonios posteriores y no del todo fidedignos, que estaban dispuestos por orden alfabético [2]). De su contenido nos dan idea un pasaje de Ciceron [3]), el término de *Establecimientos ó Instituciones* con que Plutarco las designa [4]), y sobre todo los fragmentos que aun se conservan. No limitaba Aristóteles su estudio á la fundación y organización de los Estados, sino que sus noticias se extendían también á las leyendas, usos y costumbres. El objeto, pues, que con este escrito perseguía, era en realidad propio de la historia de la civilización [5]), y el mismo que se propuso su dis-

[1]) En Diógenes Laercio, 5, 27: πολιτεῖαι πόλεων δυοῖν δεουσαῖν ῤʹ· καὶ ἰδίᾳ, δημοκρατικαί, ὀλιγαρχικαί, ἀριστοκρατικαί, τυραννικαί; en el Anónimo, πολιτείας πόλεων ἰδιωτικῶν καὶ δημοκρατικῶν καὶ ὀλιγαρχικῶν ρνη'. El número 250 que dan Porfirio, *Prol. in phil.*, p. 9, 6, 26, (véase el Anónimo, *Prol. phil.* en los *Anecdot.* de Cramer, Paris, t. 4, p. 225, 6) y David, *In categ.*, p. 24, a, 24, está basado pura y simplemente en una tradición inexacta.

[2]) David, *loc cit.*, y el Anónimo, Comentario á Porfirio, en Rose, *Arist. fragm.*, p. 1535: ὁ μὲν γὰρ Ἀριστοτέλης συνὼν καὶ Ἀλεξάνδρῳ τῷ κτίστῃ πολιτείας λέγεται μετ' αὐτοῦ περιελθεῖν, ὧν ἀνεγράφετο τὸν βίον κατὰ στοιχεῖον· ὅτι τυχὸν μὲν Ἀλεξανδρεῖς τοιῶσδε πολιτεύονται καὶ Ἀθηναῖοι τοιῶσδε καὶ Βιθυνοὶ καθεξῆς κατὰ τὴν τάξιν τῶν στοιχείων· οὕτως οὖν καὶ τὰς πολιτείας τέθεικεν.

[3]) *De finibus*, 5, 4: *Omnium fere civitatum non Graeciæ solum sed etiam barbariæ ab Aristotele mores, instituta, disciplinas, a Theophrasto leges etiam cognovimus.*

[4]) *Non posse suaviter vivere sec. Epicur.*, c. 10, 4: ὅταν δὲ μηδὲν ἔχουσα λυπηρὸν ἢ βλαβερὸν ἱστορία καὶ διήγησις ἐπὶ πράξεσι καλαῖς καὶ μεγαλαῖς προσλάβῃ λόγον ἔχοντα δύναμιν καὶ χάριν, ὡς τὸν Ἡροδότου τὰ Ἑλληνικά, καὶ Περσικὰ τὸν Ξενοφῶντος,

ὅσσα δ' Ὅμηρος ἐθέσπισε θέσκελα εἰδώς,

ἢ γῆς Περι[όδους] Εὔδοξος, ἢ Κτίσεις καὶ πολιτείας Ἀριστοτέλης, ἢ Βίους ἀνδρῶν Ἀριστόξενος ἔγραψεν, οὐ μόνον μέγα καὶ πολὺ τὸ εὐφραῖνον, ἀλλὰ καὶ καθαρὸν καὶ ἀμεταμέλητόν ἐστι.

[5]) Lo que dicen los escritores posteriores, como Joan. Philop., *In categ.*, p. 35, b, 19, y David, *Prol. in Porphyr.*, p. 16, b, 20, *In categ.*, p. 25, b, 5, no tiene evidentemente valor alguno.

cípulo Dicearco al componer su obra, cuyo título Βίος Ἑλλάδος puede muy bien traducirse por «Civilización de la Grecia». Muchos ejemplos pudieran citarse del extraordinario interés que á la generación de entonces inspiraba este linaje de investigaciones; pero entre todos los trabajos de esta índole, parece que ninguno alcanzó tanta autoridad y aplauso como el de Aristóteles.

Ahora bien: por lo mismo que esta producción ha sido utilizada á menudo como fuente de conocimiento por los escritores posteriores, debe sorprendernos tanto más no saber nada preciso sobre su forma de exposición. Aunque estuviera perfectamente demostrado que algunos fragmentos publicados en la época moderna, pertenecieron á un ejemplar de la *Policía* de los Atenienses [1]), no por eso estaría resuelta la cuestión de si la narración de Aristóteles era única y seguida, ó si su obra no era una simple aglomeración de notas ó apuntes más ó menos extensos. Bajo este aspecto, es de importancia el lugar que las *Policías* ocupan en el Catálogo; mas hay que tener en cuenta la circunstancia de que parecería absolutamente inexplicable el que en ningún escritor, ni siquiera en Dionisio de Halicarnaso, encontremos juicio alguno sobre el estilo de la obra de Aristóteles [2]), si ésta hubiese tenido el carácter de una narración histórica. Pero cuál fuese la índole de las *Policías*, lo revela bien á las claras el hecho de que Ciceron las nombra al lado de la Colección de leyes de Teofrasto; de todas suertes parece indudable que era un tratado de sabia investigación, en el que lo interesante de la materia ofrecía no pocos atractivos al lector. Qué conexiones tuvieran las *Policías* con la *Política*, puede ya calcularse por lo que llevamos dicho. Que no podían ser tan íntimas como las que existen entre la *Historia de los animales* y las

[1]) Véase Blass, *Papyrusfragmente im aegyptischen Museum zu Berlin*, HERMES, vol. 15, p. 366 y ss. el Suplemento, vol. 16, p. 42 y ss., y el trabajo de Bergk, *Zur Aristotelischen Politie der Athener* en el RHEIN. MUSEUM, vol. 36, p. 87 y ss. Que las *Policías* han sido más tarde repetidas veces extractadas, se infiere no sólo del dicho de Focio, *Bibl. cod.*, 161, p. 104, b, 38 de Bekker, sino también y muy principalmente, del extracto que aun se conserva, con el nombre de Heráclides Pónticos.

[2]) Véase la observación de Simplicio, *In Arist. categ.*, p. 27, a, 43: δῆλον δὲ καὶ ἐξ ὧν ἐν οἷς ἐβουλήθη σαφέστατα ἐδίδαξεν, ὡς ἐν τοῖς Μετεώροις καὶ τοῖς Τοπικοῖς καὶ ταῖς γνησίαις αὐτοῦ Πολιτείαις, ἅπερ διὰ τὸ κοινότερον τῶν θεωρημάτων σαφέστερον ἀπαγγεῖλαι σύνοιδε. La palabra γνησίαις está evidentemente viciada, pues no se comprende por qué causa, si existían unas *Policías* falsas, de las cuales por lo demás no se habla en ninguna parte, eran difíciles de comprender.

demás obras zoológicas, lo prueba ya la observación de que, mientras en éstas son relativamente frecuentes las referencias á la *Historia de los animales*, en la *Política* no hallamos el más ligero vestigio de alusión alguna á las *Policías*. Por lo que hace á las *Costumbres bárbaras* (Νόμιμα βαρβαρικά), obra análoga á las *Policías*, y encaminada al mismo objeto, aunque mucho menos extensa,—atribúyensele cuatro libros—basta con mencionarla.

Además de una elegía á Eudemo, de que ya antes hemos hablado, y de una inscripción dedicada á Hermias, conocemos de Aristóteles un escolio en *Elogio de la virtud* [1]), que en nada cede á las mejores producciones que se conservan de los líricos griegos posteriores. Por lo que toca al denominado *Peplos*, es una colección de 67 epitafios de héroes, todos ellos, excepción hecha de uno solo, compuestos de un simple dístico. Sólo mucho tiempo después vemos citada esta colección [2]), la cual sirvió quizá para los usos de la enseñanza; y tal vez la circunstancia de que alguno que otro de estos dísticos se encuentra mencionado en las *Policías* de Aristóteles, explica el por qué se le atribuyó aquella obra [3]).

No hay para qué hablar de la autenticidad de las supuestas cartas de Aristóteles que aun se conservan; en cambio, de las verdaderamente suyas que los antiguos conocieron y que estaban dirigidas á Antípatro, sólo quedan escasos fragmentos.

Teniendo en cuenta que con lo que va dicho apenas hemos hecho mención de la mitad de las obras que en cierta época corrieron con el nombre de Aristóteles, podríamos dar á éste el calificativo de «escritor», además del de «lector», que ya le había adjudicado Platon. Por muchas que sean las que se consideren como apócrifas ó como apuntes y extractos de mano extraña, siempre lo que reste será más que suficiente para hacernos admirar la fecundidad de Aristóteles como escritor, y para reconocer el cuidado que se ha puesto en reunir cuanto pudiera pasar por la más fiel y perfecta expresión de sus doctrinas. Ahora bien: si el procedimiento que para ello se ha seguido, ha sido siempre el más oportuno, es cuestión que sólo puede contestarse negativamente.

[1]) En Diógenes Laercio, 5, 7, y en Ateneo, 15, p. 696, a, el cual lo cita para impugnar la opinión de que era un pean compuesto en honor de Hermias.

[2]) Véase Porfirio en *Eusth. in Iliad.*, p. 285, y Sócrates, *Hist. eccles.*, 3, 23.

[3]) El escoliasta del *Panath.* de Arístides, p. 323, y Tzetzes, *In Lycophr.*, v. 488, parece como que suponen la existencia de otro Aristóteles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No sólo eran, como ya hemos dicho, las libertades que los antiguos se permitían, mucho mayores que las que nosotros consentiríamos hoy en casos análogos, sino que el interés que las obras de Aristóteles despertaron, no fué por desgracia tan vario y general como los conocimientos del autor.

Ya dijimos que no existe testimonio alguno acerca del efecto que produjese la elocuencia de Platon. En cambio, el testimonio expreso de un contemporáneo nos da clara idea de la impresión que producía la oratoria de Aristóteles. En una carta consagrada á su memoria, ensalzaba Antípatro, juntamente con todas sus demás dotes, su palabra persuasiva [1]). Ya antes hemos tenido ocasión de consignar que poseía además grandes dotes de escritor; mas para apreciar bien aquellas cualidades, tenemos por desgracia que sujetarnos en gran parte al juicio de los críticos antiguos, entre los cuales Ciceron es el que sobre todo no pierde coyuntura favorable de hacer públicos su admiración y su respeto hacia el Estagirita. Unas veces elogia su estilo elocuente, agradable y cadencioso, y otras su nervio y su vigor [2]); en un pasaje encomia las galas y atavíos con que sabía embellecer sus discursos [3]), y en otro habla del «río de oro de su elocuencia» [4]). Aun cuando los elogios de Dionisio de Halicarnaso no son tan entusiastas [5]), no convienen con los de Ciceron menos que el que en

[1]) Plutarco, *Alcib. et Coriol. compar.*, c. 3: 'Αντίπατρος μὲν οὖν ἐν ἐπιστολῇ τινι γράφων περὶ τῆς 'Αριστοτέλους τοῦ φιλοσόφου τελευτῆς· πρὸς τοῖς ἄλλοις, φησίν, ὁ ἀνὴρ καὶ τὸ πείθειν εἶχε. El mismo *Arist. et Cat. comp.*, c. 2, donde, sin embargo, escribe τὸ πιθανόν.

[2]) *De orat.*, I, II, 49: *Et si Plato de rebus a civilibus controversiis remotissimis divinitus est locutus, quod ego concedo, si item Aristoteles, si Theophrastus, si Carneades in rebus eis, de quibus disputaverunt, eloquentes et in dicendo suaves atque ornati fuerunt... Brutus*, 31, 121: *Quis Aristotele nervosior, Theophrasto dulcior?* En los *Topica*, I, 3 se habla del *dicendi incredibili quadam cum copia, tum etiam suavitate des Aristoteles die Rede*. En *De invent.*, 2, 2, 6, se dice de la συναγωγὴ τεχνῶν: *inventoribus ipsis suavitate et brevitate dicendi præstitit*. Véase *Orat.*, c. 2, 5.

[3]) *De finibus*, I, 5, 14: *Platonis Aristotelis Theophrasti orationis ornamenta, Ep. ad Attic.*, 2, I, 1: *totum Isocratis μυροθήκιον... ac non nihil etiam Aristotelis pigmenta consumpsi*.

[4]) *Acad.*, p. 2, 38, 119: *Cum enim tuus iste Stoicus sapiens syllabatim tibi ista dixerit, veniet flumen orationis aureum fundens Aristoteles*.

[5]) *De cens. vet. script.*, p. 430. παραληπτέον δὲ καὶ 'Αριστοτέλη εἰς μίμησιν τῆς τε περὶ τὴν ἑρμηνείαν δεινότητος καὶ τῆς σαφηνείας καὶ τοῦ ἡδέος καὶ πολυμαθοῦς. *De verbor. compos.*, c. 24, p. 187: φιλοσόφων δὲ, κατ' ἐμὴν δόξαν, Δημόκριτός τε καὶ Πλάτων καὶ 'Αριστοτέλης (ἀξιοθέατοί εἰσιν), τούτων γὰρ ἑτέρους εὑρεῖν ἀμήχανον ἄμεινον κεράσαντας τοὺς λόγους.

breves palabras le dedica Quintiliano [1]). Otros retóricos antiguos tomaron también á menudo ejemplos de las obras de Aristóteles [2]), lo cual demuestra que su estilo pasaba por tan digno de ser imitado como el de Platon.

Nadie pensará ya en buscar, como á veces se ha hecho, vestigios de estas relevantes cualidades, en las producciones del filósofo que aun se conservan. Aunque la diferencia entre ellas existente no pasó inadvertida para los antiguos comentaristas de los escritos aristotélicos, todas sus observaciones descansan sobre la hipótesis, á todas luces infundada, de que Aristóteles procuró de intento ser oscuro en algunos de sus trabajos, para que el conocimiento de su doctrina quedase limitado al escaso número de aquellos á quienes estaba destinada. Mas prescindiendo de semejante conjetura, es perfectamente exacto cuanto dicen respecto de los diálogos. A diferencia de todas las demás obras del autor, eran éstos verdaderas producciones artísticas, tan notables por su amenidad y elegancia como por el esmero con que en ellos se buscaba la mayor belleza posible de la forma [3]). Así pues, sólo á estos debe atenderse cuando se trata de juzgar á Aristóteles como escritor ó de compararlo con Platon. Si es verdad que de los escasos fragmentos que de los diálogos se conservan, poco partido podemos sacar para aumentar las observaciones incidentales hechas ya sobre este punto, cierto es también que ellos confirman plenamente los juicios que la antigüedad nos ha trasmitido. Así como en la traducción que Ciceron hizo de un pasaje del diálogo *Sobre la Filosofía*, se descubre una construcción artística admirable, así el contenido en la *Epístola consolatoria á Apolonia*, de Eudemo [4]), se distingue por su entonación solemne y por su lenguaje

[1]) *Instit. orat.*, 10, I, 83: *Quid Aristotelem? quem dubito scientia rerum an scriptorum copia an eloquendi suavitate... clariorem putem*.

[2]) Demetrio, en la obra *De elocutione*, y Gorgias el Joven, traducido por Rutilio Lupo.

[3]) Temistio, *Orat.*, 26, p. 319, d: καὶ τὸ ὠφέλιμον αὐτῶν (esto es el πρὸς τὸ πλῆθος ἐσκευασμένων λόγων) οὐ παντάπασιν ἀτερπὲς καὶ ἀνήδονον, ἀλλ' ἐπικέχυται 'Αφροδίτη καὶ χάριτες ἐπανθοῦσιν τοῦ ἐφολκὸν εἶναι. En análoga fuente parece haber bebido David, *In categ.*, p. 26, b, 35, cuyo texto ha corregido Bernays, *Die Dial. des Arist.*, p. 137. Véase además Joan. Philop., *In categ.*, p. 36, b, 26: ἐν δέ γε τοῖς διαλογικοῖς, ἃ πρὸς τοὺς πολλοὺς αὐτῷ γέγραπται, καὶ ὄγκου φροντίζει τινὸς καὶ περιεργίας λέξεων καὶ μεταφορᾶς, καὶ πρὸς τὰ τῶν λεγόντων πρόσωπα σχηματίζει τὸ εἶδος τῆς λέξεως, καὶ ἁπλῶς ὅσα λόγου οἶδε καλλωπίζειν ἰδέαν.

[4]) Plutarco, *Cons. ad Apoll.*, c. 27.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

noble y elevado, al que ciertas formas y giros comunican un colorido casi poético [1]). Aunque no se conserva pasaje alguno que lo compruebe, parece que también brilló Aristóteles por la agudeza del ingenio; pues es indudable que á esto aludían, no sólo los *pigmenta* de que, como hemos visto, habla Ciceron, sino principalmente las observaciones que sobre el particular hace en dos pasajes distintos, el autor de la obra *Sobre la elocución*. En uno de ellos coloca á Aristóteles al nivel de Lisias y de Sofron, aunque sin fundar su juicio en pasaje alguno [2]); al paso que el que cita en el otro en pro de su aserto, es poco eficaz, por ser sobrado oscuro el verdadero sentido de la alusión [3]).

No es tarea fácil la de apreciar, bajo el punto de vista del estilo, el mérito de los escritos aristotélicos que aun se conservan. Ante todo, y visto lo que dejamos consignado acerca de la variedad de origen que se les presume, es evidente que no sólo han de ofrecer notables diferencias, sino que á menudo se dudará de si debe creerse que el texto actual procede directamente del Estagirita. Donde, como es natural, el problema resulta más sencillo, es en aquellas obras que el mismo Aristóteles destinó á la publicidad en la forma que hoy tienen. Entre éstas se halla sin duda la *Tópica*, cuya suma claridad y sencillez, en comparación con otros tratados, llamó ya la atención de los antiguos comentaristas [4]). No sólo la materia que en ella se trata no ofrece dificultades ni tropiezos de ningún linaje, sino que la exposición es hasta prolija [5]). Lo mismo puede decirse de la *Retórica*, pero con la

---

[1]) Por ejemplo, τεθνᾶναι, ἀνυστόν; y lo mismo la forma μακαριστώτατε.

[2]) Demetrio, *De elocutione*, § 128: ὁ γλαφυρὸς λόγος χαριεντισμὸς καὶ ἱλαρὸς λόγος ἐστί· τῶν δὲ χαρίτων αἱ μὲν εἰσι μείζονες καὶ σεμνότεραι, αἱ τῶν ποιητῶν· αἱ δὲ εὐτελεῖς μᾶλλον καὶ κωμικώτεραι, σκώμμασιν ἐοικυῖαι, οἷον αἱ Ἀριστοτέλους χάριτες καὶ Σώφρονος καὶ Λυσίου. Es completamente injustificado el cambio de Ἀριστοτέλους en Ἀριστοφάνους, que la mayoría de las veces ha sido admitido como verosímil por los editores.

[3]) *Loc. cit.*, § 28: ἐν γοῦν τοῖς Ἀριστοτέλους περὶ δικαιοσύνης ὁ τὴν Ἀθηναίων πόλιν ὀδυρόμενος εἰ μὲν οὕτως εἶπεν, ὅτι· „ποίαν ταιαύτην πόλω εἶλον τῶν ἐχθρῶν, οἵαν τὴν ἰδίαν πόλιν ἀπώλεσαν", ἐμπαθῶς ἂν εἰρηκὼς εἴη καὶ ὀδυρτικῶς· εἰ δὲ παρόμοιον αὐτὸ ποιήσει· „ποίαν γὰρ πόλιν τῶν ἐχθρῶν τοιαύτην ἔλαβον, ὁποίαν τὴν ἰδίαν ἀπέβαλον", οὐ μὰ τὸν Δία πάθος κινήσει οὐδὲ ἔλεον, ἀλλὰ τὸν καλούμενον κλαυσιγέλωτα.

[4]) Véase Simplicio, *In categ.*, p. 27, a, 43, y David, *In categ.*, p. 22, a, 21.

[5]) Véase el *Comentario* de Waitz, t. 2, p. 439, y Bonitz, *Aristotelische Studien*, cuaderno 4.

diferencia de que en esta última, además de ser más rica en pensamientos, la dicción es á menudo más esmerada y escogida. Estas consideraciones son aplicables sobre todo al libro segundo. Prescindiendo del interés que por la delicadeza de observación ofrecen las pinturas de caracteres, subordinadas principalmente á la diferencia de edad ó á la variedad de condiciones externas, la forma es tan apropiada como agradable. Su concisión, á todas luces calculada, no excluye algunos símiles atinados, como cuando dice de las aspiraciones de la juventud, que son violentas pero no duraderas, como el hambre y la sed de los enfermos [1]); ó cuando afirma de la misma juventud, que está por naturaleza embriagada [2]). Se halla también admirablemente expresado, lo que dice de los sentimientos que inspira la descendencia de noble linaje: «Es característico de la nobleza, el mayor celo de los que la poseen por conservar y acrecentar su honra. Todos en realidad procuramos aumentar lo que es nuestro, y la nobleza de nacimiento consiste en el honor heredado de los abuelos» [3]).

Máximas como éstas, en que no son menos de admirar la exactitud y la profundidad del pensamiento que la concisión de la forma, las hallamos á cada paso, no sólo en la *Retórica*, sino también en la *Etica*, en la *Política*, y, en general, en casi todas las obras aristotélicas. Su riqueza de ideas es verdaderamente inagotable, hasta el punto de que á ella se debe en buena parte la oscuridad frecuentemente criticada de la dicción de Aristóteles. El empeño por decir todo lo que estima indispensable para cimentar sus opiniones, unido al deseo de ser lo más conciso posible, dábale á menudo por resultado construcciones que carecen de la claridad necesaria, y á las cuales puede perfectamente aplicarse, según ha hecho notar un escritor competente, el conocido dicho del mismo Estagirita, sobre la dificultad de puntuar bien las oraciones de Heráclito [4]).

---

[1]) *Retórica*, 2, 12, p. 1389, a, 8: ὀξεῖαι γὰρ αἱ βουλήσεις καὶ οὐ μεγάλαι, ὥσπερ αἱ τῶν καμνόντων δίψαι καὶ πεῖναι.

[2]) *Loc. cit.*, 20: ὥσπερ γὰρ οἱ οἰνωμένοι, οὕτω διάθερμοί εἰσιν οἱ νέοι ὑπὸ τῆς φύσεως.

[3]) Capitulo 15, p. 1390, b, 17: εὐγενείας μὲν οὖν ἦθός ἐστι τὸ φιλοτιμώτερον εἶναι τὸν κεκτημένον αὐτήν· ἅπαντες γὰρ, ὅταν ὑπάρχῃ τι, πρὸς τοῦτο σωρεύειν εἰώθασιν, ἡ δ' εὐγένεια ἐντιμότης προγόνων ἐστίν.

[4]) Véase Bonitz, *Aristotelische Studien*, cuad. 2 y 3, vol. 2, p. 428.

Fácilmente se comprende que esta dificultad resulta aun más sensible, en aquellas obras cuya forma es, por decirlo así, imperfecta: ya se las considere como apuntes tomados por otra mano, ó como simples esbozos trazados por el mismo Aristóteles. Tanto en uno como en otro caso, la atención del que escribía fijábase únicamente en el fondo, sin tener para nada en cuenta la corrección necesaria de la forma. Sólo de esta suerte se explica, por ejemplo, la forma que ostenta la *Política*. Ahora bien; si en ésta como en otras obras, al lado de capítulos no más que rápidamente bosquejados, puesto que para restablecer el curso de las ideas se hacía preciso introducir miembros intermedios y frases de transición [1]), vemos otros cuyo estilo revela más esmero, esta circunstancia puede explicarse de varios modos. Pero más probable que la hipótesis de que Aristóteles había copiado en estos últimos pasajes sus propios diálogos [2]), parece la sospecha de que su mayor perfección estriba en haber sido más fielmente trasmitidos. Por otra parte, el relato de Estrabon y de Plutarco, dan á esta última conjetura garantías de verosimilitud.

Parécenos prudente, sin embargo, dejar á un lado estos pormenores, dado que no queremos correr el peligro de descender de nuevo á investigaciones que tantas dificultades ofrecen. Por lo que hace al punto que nos ocupa, apenas es posible dudar de que, si bien son bastante exagerados los elogios que hasta en tiempos muy modernos se han tributado á menudo á los escritos de Aristóteles que aun se conservan, al lado de algunos defectos, revélanse en la dicción misma, las maravillosas dotes del autor. Mas en esto hay que tener muy en cuenta que á la composición de todas las obras que hoy subsisten, debió ser en absoluto extraño todo propósito de apelar á los recursos del arte. Unas son puramente didácticas, y otras, como con razon se ha dicho [3]), estaban destinadas á servir de simples medios nemotécnicos. De aquí que de ninguna de ellas pueda decirse que ostente un verdadero estilo artístico; aparte de que hasta el dialecto, que no era ya el puramente ático, sino que se inclinaba al vulgar, obligaba

[1]) Demuéstralo claramente el ensayo de una traducción del comienzo de la *Política*, hecho por J. Bernays, *Aristoteles Politik erstes, zweites und drittes Buch mit erhlärenden Zusätzen ins Deutsche übertragen*, Berlin, 1872.

[2]) Blass, *Attische Beredsamkeit*, 2.ª parte, p. 428.

[3]) Bernhardy, *Grundlage der gr. Syntax*, p. 29.

al autor á renunciar desde luego á toda forma artística. Con la introducción de un tecnicismo especial, Aristóteles había preparado la formación de un lenguaje filosófico para uso de las escuelas, que cada día se fué apartando más del que con justicia admiramos en el fundador de la Academia, aun cuando bajo otro aspecto tenía el defecto de perjudicar á la exactitud y precisión científicas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XLVIII

Vida y obras de Demóstenes.

Difícil sería encontrar dos hombres que ocupen un lugar igualmente importante en la Historia de la Literatura griega y aun en la de su patria; que hayan nacido al mismo tiempo y muerto en el mismo año, y que simultáneamente hayan vivido y ejercido su influencia en Atenas, sin que á pesar de esto, mediase entre ellos, á lo que parece, relación personal alguna, y entre los que existiera una tan completa diferencia como entre Aristóteles y Demóstenes. Mientras el primero permanece, por decirlo así, alejado de los trascendentales acontecimientos que agitaron su época, ó los contempla como testigo desinteresado y mudo, entregado por entero á sus estudios filosóficos y científicos, es, por el contrario, el más ardiente patriotismo, el exaltado entusiasmo por el engrandecimiento de Atenas, lo que parece constituir el único resorte que da impulso á toda la actividad del segundo.

No entra en nuestro propósito descender á más pormenores en el paralelo entre estos dos hombres igualmente extraordinarios, cada uno en su género; por más que pudiera ser muy instructivo para hacer ver, cómo la diversidad de criterio y aspiraciones pueden producir una oposición de ideas tan completa como la que sin duda existió entre Demóstenes y Aristóteles. No era sólo lo que les separaba la diferencia de convicciones personales ó dependientes de la diversidad de condiciones exteriores, aunque en todo caso igualmente arraigadas y respetables. Entre los dos había un abismo más profundo, á saber: el que mediaba entre el desarrollo anterior del mundo helénico, que á la sazon tocaba á su fin, y el helenismo siguiente y que tan distinto era en sus aspiraciones. Si Aristóteles es el verdadero prototipo de este último, Demóstenes, en cambio, es la personificación de aquella desesperada resistencia de Atenas, donde, no obstante

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las mil vicisitudes porque había atravesado, el recuerdo de un pasado glorioso era aún bastante fuerte para decidirla á luchar por la hegemonía contra el poderío macedonio que se alzaba de repente amenazador y terrible.

Los fracasos sufridos por la política de Demóstenes, lejos de aminorar su gloria, han contribuído á abrillantarla. Fuesen cualesquiera las consecuencias de su aparición, indudablemente sin ella habría faltado algo á la grandeza de Atenas; y fué tal su influjo como orador, que no sólo llegó con él á su apogeo la elocuencia ateniense, sino que, al mismo tiempo, tocó también á su término. Mas no es que inmediatamente después de su muerte enmudeciera la tribuna, sino que habiendo variado las condiciones de Atenas, varió también el carácter de la oratoria. La decadencia política de esta República, señala á la par el fin del período de la Literatura denominado ático.

Cuán alto colocó la posteridad á Demóstenes como orador, se desprende de la categórica afirmación de Dionisio de Halicarnaso, de que si Iseo llegó á hacerse célebre—y sin duda, en su opinión debe contársele en el número de los diez grandes oradores áticos—debiólo á haber sido maestro de Demóstenes [1]). Antes, por consiguiente, de hablar de este último, será forzoso dedicar al primero algunas líneas.

Según unos, *Iseo*, hijo de Diágoras, había nacido en Atenas, mientras que según otros, era su patria Calcis, en la isla de Eubea [2]). Esto postrero parece ser lo exacto, sin que de aquí haya de inferirse necesariamente que fuera simple meteco en Atenas. Es de todas suertes dudoso, que alguna vez usara de la palabra en asuntos públicos. Los títulos de dos discursos, uno de los cuales parece, por lo demás, apócrifo, no nos permiten inferir conclusión alguna segura sobre este punto [3]). Sólo en un caso aparece demostrado que hablara en público, y esta vez lo hizo en defensa de sus parientes [4]). Es tanto más verosímil que Iseo se dedicase á las tareas de simple logógrafo y maestro de Retórica, cuanto que esto explica bien la insuficiencia de las noticias que acerca de él han llegado hasta nosotros. Ya Dionisio de Halicarnaso observa que no se sabía de Iseo otra cosa sino que vivía después de la guerra del Peloponeso y hasta la época de Filipo [5]). Mas que no era en Atenas una persona en absoluto desconocida, lo demuestra la sátira que el poeta Teopompo se permitió dirigirle en una de sus comedias [6]), la cual evidentemente aludía á aquello de que también habla Dionisio de Halicarnaso, cuando dice que Iseo gozaba, entre sus contemporáneos, fama de hombre diestro en todo género de ardides y estratagemas. Para demostrarlo, invoca el testimonio de uno de los acusadores de Demóstenes, en el proceso de Harpalo, el cual no había tenido reparo en declarar que si Demóstenes era un modelo de perversidad, debíalo á haber sido educado por Iseo en sus artificios retóricos [7]).

No parece mucho más segura que la noticia de que Iseo fué discípulo de Isócrates, la de que escuchó las lecciones de los más famosos filósofos de su tiempo [8]). La vaguedad de esta última versión, revela ya por sí sola el deseo de disimular de alguna manera la falta de datos seguros y fidedignos. Por lo que á Isócrates respecta, no hallamos entre él é Iseo ninguna semejanza; y aunque este último se asemeja mucho más á Lisias, esta analogía no autoriza suficientemente la hipótesis de que fuese discípulo suyo [9]).

Con el nombre de Iseo conocía la antigüedad sesenta y cinco discursos, de los cuales, sin embargo, sólo cincuenta eran auténticos.

---

[1]) *Isæus*, c. 1, p. 586: Ἰσαῖος δέ, ὁ Δημοσθένους καθηγησάμενος καὶ διὰ τοῦτο μάλιστα γενόμενος περιφανής. *Vitae X oratorum*, p. 844, b.

[2]) Dionisio y Suidas se inclinan por Atenas, por la cual, según se infiere de las noticias de Harpocracion, opinaba también Hermipo. Suidas cita además á Demetrio de Magnesia como testimonio en favor de Egina. Según una hipótesis de Schömann, Iseo nació en Egina el año 411 a. Chr., y pertenecia á una familia de colonos que allí se había establecido. Después de la sublevación promovida en la isla de Eubea bajo el gobierno de los Cuatrocientos, habíase trasladado á Atenas, donde obtuvo el derecho de ciudadanía.

[3]) Harpocracion cita tres veces un discurso περὶ τῶν ἐν Μακεδονίᾳ ῥηθέντων, y una sola vez otro con el título κατὰ Μεγαρέων, añadiendo εἰ γνήσιος.

[4]) En el discurso *Sobre la herencia de Nicóstrato*.

[5]) Schömann, en su edición, *Praef.*, p. V y p. 354, señala como año de su muerte el 351 a. Chr.

[6]) *Vitae X oratorum*, p. 839 y 840.

[7]) *Isæus*, c. 4, p. 591: ἦν δὲ περὶ αὐτοῦ δόξα παρὰ τοῖς τότε γοητείας καὶ ἀπάτης, ὡς δεινὸς ἀνὴρ τεχνιτεῦσαι λόγους ἐπὶ τὰ πονηρότερα καὶ εἰς τοῦτο διεβάλλετο· δηλοῖ δὲ τοῦτο τῶν ἀρχαίων τις ῥητόρων ἐν τῇ Δημοσθένους κατηγορίᾳ, Πυθέας, ὡς ἐμοὶ δοκεῖ. πονηρίαν γὰρ τῷ Δημοσθένει καὶ κακίαν τὴν ἐξ ἁπάντων ἐνοικεῖν φήσας καὶ τόδε τὸ μέρος ὅλον εἰς διαβολὴν ἐπιτίθησιν, ὅτι τὸν Ἰσαῖον ὅλον καὶ τὰς τῶν λόγων ἐκείνου τέχνας σεσίτισται.

[8]) Ambas descansan en el testimonio de Hermipo. Véase Dionisio de Halicarnaso, *loc. cit.*, y Suidas.

[9]) *Vitae X oratorum*, y Focio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ticos á juicio de los críticos. Además de los once que íntegros han llegado hasta nosotros, conocemos los títulos de otros cuarenta. Todos los que aun se conservan, versan sobre herencias, y de aquí que constituyesen una parte de una Colección en que los discursos se hallaban ordenados por asuntos. Por lo demás, como afirma Dionisio [1]), Iseo sólo escribió discursos forenses, y todos ellos sobre cuestiones de derecho privado.

Los antiguos elogian sobre todo á este orador, por su profundo conocimiento del derecho, al cual unía una agudeza extraordinaria para la investigación y exposición de las pruebas. Dionisio de Halicarnaso nos muestra cuán superior era en este punto Iseo á Lisias, y cómo en lo demás el último aventajaba mucho al primero. En parte, quizá estriba esta superioridad en la índole misma de las cuestiones tratadas por Iseo, donde lo principal es necesariamente los llamados medios externos de prueba, á saber, la deposición de testigos y los preceptos legales. En nuestro concepto, sin embargo, el uso que de ellos hace no siempre es acertado, pues que á veces procura suplir su falta de eficacia, aumentando considerablemente su número. A menudo, como en el discurso *Sobre la herencia de Astifilo*, apela á multitud de testimonios perfectamente insignificantes y pueriles, al paso que no dedica ni una sola palabra al punto en que verdaderamente estriba el litigio, á saber: si el demandante se había conducido como verdadero hermano con Astifilo, cuando ya éste hubo llegado á la adolescencia. La lectura de estos discursos, como la de algunos otros, viene á confirmar la impresión que el mismo Dionisio no pudo menos de sentir; evidentemente no sirven sino para dar apariencias de equidad, á pretensiones más ó menos dudosas. Por otra parte, las conclusiones que de cada caso particular deriva, resultan con frecuencia por extremo forzadas y violentas. ¡Cuán nimio es, por ejemplo, en el discurso antes citado, el argumento con el cual quiere demostrar la falsedad del testamento de Astifilo, esto es: el de que antes de la guerra en que Astifilo perdió la vida, no debió éste hacer testamento alguno, porque en anteriores ocasiones se había abstenido de hacerlo! Es evidente que pruebas como ésta, no predisponen á nadie en favor de aquel en cuya defensa se alegan; antes bien confirman lo que se ha dicho de Iseo al compararle con Lisias, á saber: que Lisias persuadía, aun cuando fuese mala la causa que defendiera; mientras que Iseo despertaba desconfianzas y dudas, aun cuando la causa por que abogase fuera la buena [1]).

[1]) *Loc. cit.*, c. 20, p. 628: ἱκανικὸνς δὲ ἦ συμβουλευτικοὺς οὐκ ἀπολέλοιπε λόγους.

Por lo que toca á la dicción de Iseo, demostrada está su radical diferencia de la de Isócrates, pues que ni se distingue por su brillantez, ni revela el amor á las antítesis que caracteriza la escuela isocrática; lejos de esto, su principal mérito está en ser perfectamente apropiada á los asuntos que se ventilan. Su sencillez y naturalidad, sin embargo, están muy lejos de producirnos la impresión que en nuestro ánimo despiertan las bellezas de Lisias á pesar de que tampoco carecen de cierto atractivo. Evidentemente Iseo aspiraba menos á triunfar por la belleza y elegancia de sus discursos, que á persuadir por la fuerza en apariencia incontrastable de sus argumentos. Al mismo tiempo procuraba debilitar de antemano, en lo posible, las pruebas de que pudiera hacer uso su adversario. Pero aun reconociendo toda su habilidad en este punto, no se podrá menos de considerar sus oraciones sino como meros productos de una técnica bien manejada, diestra en el empleo de todo género de recursos, y cuyo carácter, por decirlo así, mecánico, se revela en el uso frecuente de hábiles transiciones y digresiones [2]). La elocuencia de Iseo nos deja siempre completamente indiferentes y fríos, porque no es otra cosa que la elocuencia del abogado que sólo busca salir adelante con su empeño, sean cualesquiera los medios á que para ello necesite apelar; así es que, aun en pasajes donde parece dar libre vuelo á su fantasía, como en el apóstrofe que forma el epílogo del discurso *Sobre la herencia de Diceógenes*, no satisface el ánimo del oyente. Apenas se le puede calificar de otra manera que de insípido, cuando después de preguntar al acusado si aguarda que los jueces sentencien en su favor por los sacrificios que no ha hecho por la patria; por los servicios militares que, no obstante ser ciudadano de Atenas, no ha prestado, mientras que los olintios y los insulares se hacían matar por ella en los campos de batalla; ó por la conducta que había seguido, prefiriendo, para conseguir una

[1]) *Vita Isaei* a. Schl.: αὕτη δὲ ἦν ἡ διαφορὰ Λυσίου καὶ Ἰσαίου, ὥστε Λυσίας μὲν (καὶ) ὑπὲρ ἀδίκων ἔπειθε λόγων, Ἰσαῖος δὲ καὶ ὑπὲρ ἀγαθῶν λέγων ὕποπτος ἦν.

[2]) Así el pasaje del discurso *Sobre la herencia de Ciron*, c. 28, se encuentra textualmente reproducido en un fragmento de una oración sobre tutela, citado por Dionisio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

herencia, llevar el nombre de Diceógenes en lugar del de Harmodio, matador del tirano, renunciando de esta suerte á comer en el Pritáneo, á la proedria y á la atelia, sólo exclama para terminar: «¡Además, si á Harmodio y á Aristógiton se tributaron honores, debiéronlos no á su progenie, sino á su abnegación y patriotismo, de los cuales, oh Diceógenes, tú nada tienes!»

Del prolijo trabajo que Dionisio de Halicarnaso ha dedicado á Iseo, bastará con recordar, además de lo que ya dejamos dicho, el paralelo que hace entre Lisias é Iseo, llevado, según costumbre muy generalizada entre los retóricos [1]), al terreno de las artes plásticas. En opinión de Dionisio, ejercía Lisias una fuerza de atracción semejante á la de los pintores antiguos, cuyo colorido uniforme y sin sombras tenía su verdadero mérito en la delicadeza y corrección del dibujo. Iseo, por el contrario, se asemeja á los pintores modernos, cuyo dibujo revela ciertamente cuidado escaso, pero que merced á la mayor variedad del colorido y á la hábil distribución de luz y sombras, parece mejor ejecutado [2]). Si, según él mismo confiesa [3]), en este examen del carácter y cualidades de Iseo, sólo movía á Dionisio la idea de descubrir en aquel orador los gérmenes y fundamentos de la elocuencia de Demóstenes, ocurre preguntar si no concedió excesiva importancia á cosas meramente formales, al paso que no hizo la necesaria cuenta, de la diferencia entre un simple abogado de carácter equívoco, como parece que lo era Iseo, y un hombre como Demóstenes. Es, sin embargo, indudable, que Iseo no alcanzó gran autoridad ni prestigio en la opinión pública. Excepción hecha de un elogio bastante moderado que de él hace Hermógenes [4]), no encontramos en ningún otro escritor, juicio alguno sobre Iseo; el interés que en época posterior despertaron sus discursos, parece haber sido un interés esencialmente jurídico y legal, como lo demuestran casi todas las citas que de ellos hallamos.

Completamente distinta fué bajo este aspecto la suerte de *Demóstenes*, del cual vamos á hablar con gran detenimiento, pero procurando siempre mantenernos dentro de los límites que nos marcan la índole y fin de la presente obra. Aunque es muy difícil distinguir y separar en todo caso la actividad del estadista de la del orador, esta última es sobre todo la que aquí nos importa y la que más debe interesar al historiador de la Literatura.

[1]) Véanse los ejemplos en J. Brzoska, *De canone decem oratorum graecorum quæstiones*, Vratislav., 1883, p. 81 y ss.

[2]) *Loc. cit.*, c. 4, p. 591.

[3]) *Loc. cit.*, c. 20: τὸν δὲ δὴ τρίτον, Ἰσαῖον, εἴ τις ἔροιτό με τίνος ἕνεκα παρέλαβον, Λυσίου δὲ ζηλωτὴν ὄντα, ταῦτα ἂν αὐτῷ φαίην τὴν αἰτίαν, ὅτι μοι δοκεῖ τῆς Δημοσθένους δεινότητος, ἣν οὐδεὶς ἔστιν ὃς οὐ τελειοτάτην ἁπασῶν οἴεται γενέσθαι, τὰ σπέρματα καὶ τὰς ἀρχὰς οὗτος ὁ ἀνὴρ παρασχεῖν.

[4]) *De ideis*, 2, 11.

Hijo de un padre bien acomodado, de Demóstenes de Peania, demo del Atica, de quien el mismo Esquines no pudo menos de confesar que era hombre noble y honrado, al paso que tilda de traidor á Gilon, abuelo materno de Demóstenes [1]), nació éste último, según los cálculos más probables, á fines de la 98.ª Olimpiada, 384 a. Chr. [2]). Era aún muy niño cuando perdió á su padre, el cual le dejaba heredero de una fortuna, para las necesidades y exigencias de la época, más que suficiente, y cuya base principal constituíala la posesión de una fábrica de armas. La codicia con que administraron su patrimonio los tres tutores nombrados por el padre, fué causa de que, al entrar en la mayor edad, el hijo se viera envuelto en larga serie de enmarañados pleitos. Si la tradición es exacta, esta circunstancia fué precisamente la que sobre todo influyó en que Demóstenes se consagrase á la oratoria, obligándole á adquirir lo antes posible las aptitudes necesarias para defender sus propios derechos ante los tribunales. Este y no otro fué tambien el fin que le movió á acudir á Iseo.

Los pormenores que á este extremo se refieren, no son tales que merezcan completo crédito. Ante todo, las noticias que nos han sido trasmitidas, son muy contradictorias. Sin embargo, es hasta cierto punto indiferente la circunstancia de que, mientras de una parte se hacen subir nada menos que á 10.000 dracmas los honorarios que se suponen entregados por Demóstenes á Iseo, de otra se asegure que las lecciones de Iseo fueron com-

[1]) Discurso *Contra Ctesifon*, § 171; por lo que respecta al padre de Demóstenes, véase el testimonio de Teopompo, en Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 4. Puede citarse además el segundo discurso de Demóstenes, *Contra Afobo*, § 22: ἐμοῦ μὲν γὰρ εἰ καὶ μήπω πεῖραν εἰλήφατε, ποῖός τις εἰς ὑμᾶς εἴην, ἐλπίζειν προσήκει μὴ χείρω τοῦ πατρὸς ἔσεσθαι.

[2]) No hay para qué descender aquí á quilatar las distintas noticias que hasta nosotros han llegado acerca de la fecha del nacimiento de Demóstenes. Basta con que remitamos al lector á la obra de A. Schäfer, *Demosthenes und seine Zeit*, vol. 3, 2, p. 38 y ss.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pletamente gratuitas [1]). La intención que preside á uno y otro aserto, es bien fácil de conocer. Lo mismo puede decirse de la noticia según la cual Iseo abandonó su propia escuela, para dedicarse por completo á la enseñanza de Demóstenes. Y es que cuanto mayor llegó á ser la admiración de que éste fué objeto por parte de las generaciones posteriores, tanto más natural parecía el que se procurase relacionar íntimamente su avasalladora elocuencia, con circunstancias excepcionales y extraordinarias. Esto explica, así la creencia en que la educación del gran orador había sido la más costosa, como la de que Iseo se había encargado de ella renunciando á toda recompensa y contentándose con el honor de haber sido maestro de Demóstenes. Mas tanto la base de una como la de otra afirmación, es ni más ni menos que el presentimiento de la futura grandeza de Demóstenes, la cual no podía en manera alguna preverse, si es exacto lo que se cuenta acerca de los obstáculos con que en los comienzos de su carrera tuvo que luchar. Además, ambas tradiciones tropiezan con importantes dificultades. Si Demóstenes, según se asegura, formuló su querella apenas llegado á la mayor edad, es difícil admitir, como necesariamente habría que suponerlo, que hubiera podido antes disponer con tal libertad de su fortuna. Pero ni esto concuerda con sus propias declaraciones, según las cuales los honorarios que debían pagarse á sus maestros les habían sido negados por su tutor Afobo [2]), y mucho menos con el dicho de Esquines, de que Demóstenes había abandonado ridículamente su fortuna, colocándose de esta suerte en situación de descender de la clase de trierarca á la de logógrafo [3]).

Mas sea de ello lo que quiera, es indudable que este litigio fué por lo menos la causa que movió á Demóstenes á hablar por primera vez en público. En la colección de sus oraciones encuéntranse aun cinco, denominadas *Discursos sobre la tutela* (λόγοι ἐπιτροπικοί). Respecto de la mayor ó menor participación que Iseo tu-

[1]) La primera versión se encuentra en las *Vitae X oratorum*, p. 839, e; la segunda en Suidas, *vide*, 'Ισαῖος, donde se dice: οὗτος ἐπαινεῖται καὶ ὡς ῥήτωρ καὶ ὡς Δημοσθένην ἀμισθὶ προαγαγών. Véase además el pasaje de Plutarco citado en la nota 3 de la pág. 286 del presente tomo.

[2]) *Orat. pr. in Aphobum*, § 46.

[3]) Discurso *Contra Ctesifon*, § 173: ἐκ τριηράρχου λογογράφος ἀνεφάνη, τὰ πατρῷα καταγελάστως προέμενος. Véase el discurso *Contra Timarco*, § 170: ἐπειδὴ τὴν πατρῴαν ἀνήλωσε.

viera en ellos, las opiniones de los críticos antiguos estaban divididas [1]). Es perfectamente cuestionable si la concordancia de algunos pasajes de estos discursos, con otros de Iseo, es fundamento bastante para dar por segura la colaboración del maestro en los ejercicios del discípulo. No pocas veces, lo que en realidad encontramos son repeticiones más ó menos textuales de transiciones y lugares comunes. Si se conservara hoy en día mayor número de discursos de los oradores antiguos, no sería á buen seguro difícil aumentar considerablemente la lista de plagios formada por un escritor posterior [2]). Por lo demás, la semejanza de estas oraciones de Demóstenes con las de Iseo, no sólo se explica en parte por la analogía de los asuntos por uno y otro tratados sino que, por otro lado, nada parece más natural sino que Demóstenes se asimilase el método de exposición de su maestro. Hay que convenir sin embargo, en que aparte de que la impresión despertada por estos discursos es por extremo favorable, lo cual en último término se explica por la profunda simpatía que nos inspira el orador, no se echan de menos en ellos ciertos medios y resortes cuyo empleo revela más bien la sutileza del abogado experto, que la ingenuidad y el candor propios de la juventud. Como ejemplo de esto, puédese citar el final del segundo discurso *Contra Afobo*. La manera cómo Demóstenes pone en juego el interés personal de los jueces, pues que, según asegura, en el caso de que se le devolviera su patrimonio estaba dispuesto á contribuir de buena voluntad á todas las cargas del Estado, mientras que Afobo procuraría eludir el pago de los impuestos, para evitar la sospecha de que había sido absuelto injustamente, si

[1]) *Vitae X oratorum*, p. 839, e, donde se dice de Iseo: αὐτὸς δὲ καὶ τοὺς ἐπιτροπικοὺς λόγους συνέταττε τῷ Δημοσθένει, ὡς τινες εἶπον. Libanio, *Vita Demosth.*, c. 3: τοὺς δὲ λόγους τοὺς ἐπιτροπικοὺς εἰσὶν οἳ φασιν 'Ισαίου καὶ οὐ Δημοσθένους εἶναι, διὰ τὴν ἡλικίαν τοῦ ῥήτορος ἀπιστοῦντες (ὀκτωκαίδεκα γὰρ ἐτῶν ἦν, ὅτε πρὸς τούτους ἠγωνίζετο) καὶ ὅτι δοκοῦσιν οἱ λόγοι τὸ τοῦ 'Ισαίου πως ἐπιφαίνειν εἶδος· ἕτεροι δὲ νομίζουσι συντετάχθαι μὲν ὑπὸ Δημοσθένους, διωρθῶσθαι δὲ ὑπὸ τοῦ 'Ισαίου, y en el argumento del segundo discurso *Contra Onetoro*.

[2]) Porfirio, en Eusebio, *Praepar. evang.*, 10, p. 466. Entre otros ejemplos allí citados, se encuentra el del discurso de Iseo en el litigio *Sobre la herencia de Cilon*, del cual se halla un pasaje en el segundo discurso de Demóstenes *Contra Onetoro*. Es muy débil la prueba que resulta de que el pasaje en cuestión se halle reproducido también en el *Trapecítico* de Isócrates, como ha observado Porfirio. Véase E. Meier, *De furti litterarii suspicione in poetas et oratores Atticos collata*, en el tomo 2 de sus Opuscula Academica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bien no puede negársele habilidad y sutileza, tiene, para nuestro modo de ver las cosas, algo de ofensiva.

Sin entrar á examinar aquí este litigio, embrollado por subterfugios de todo linaje, nos limitaremos á observar que el resultado definitivo sólo hasta cierto punto fué favorable á Demóstenes; pues habiéndose visto obligado á entrar en transacciones, tuvo que renunciar á la mayor parte de su herencia [1]). Según el ya citado dicho de Esquines, la situación que estas vicisitudes le crearon, fué causa de que se dedicase al oficio de logógrafo; pero aunque esto fuera cierto, parece además que los ensayos que en la oratoria forense había necesitado hacer cuando apenas contaba veinte años de edad, influyeron muy poderosamente también en que adoptara aquella profesión; cosa tanto más verosímil, si convenimos en que ya en aquella época alimentaba Demóstenes más altas aspiraciones. Como parece haber acontecido á otros contemporáneos suyos, entre los cuales bastará con recordar á Licurgo y á Hipérides, si Demóstenes se consagró á una profesión tenida entonces, particularmente en Atenas, por tan poco honrosa, que, según se infiere así de los preceptos de un retórico de la época, como de numerosos pasajes de los mismos oradores, era cosa general y hasta obligada condenarla y censurarla [2]), hízolo porque veía en ella el medio más seguro, no sólo para hacerse orador perfecto, sino también para asegurarse la influencia y prestigio que habían de proporcionarle más tarde la intervención en los negocios públicos.

Cuanto se refiere á la educación y desarrollo de las facultades oratorias de Demóstenes, aparte lo relativo á las enseñanzas que le procurara Iseo, descansa por lo general en noticias sobre cuya exactitud caben más ó menos fundadas dudas. No más verosímil que el que fuese discípulo de Isócrates, es que acudiera á escuchar las lecciones de Platon. Plutarco niega categóricamente lo primero, si bien las razones que para ello alega parecen poco sólidas [3]). Las noticias que, tomándolas de memorias ó apuntes

[1]) Así, por ejemplo, dice Plutarco, c. 6: ἐκπρᾶξαι μὲν οὐδὲ πολλοστὸν ἠδυνήθη μέρος τῶν πατρῴων. Véase Schäfer, vol. 1, p. 270 y ss.

[2]) Los preceptos en cuestión se hallan en el cap. XXXVI de la llamada *Retórica á Alejandro*.

[3]) *Vita Demosthenis*, c. 2: ἐχρήσατο δὲ Ἰσαίῳ πρὸς τὸν λόγον ὑφηγητῇ, καίπερ Ἰσοκράτους τότε σχολάζοντος· εἴτε ὡς τινες λέγουσι, τὸν ὡρισμένον μισθὸν Ἰσοκράτει τελέσαι μὴ δυνάμενος, τὰς δέκα μνᾶς, διὰ τὴν ὀρφανίαν· εἴτε μᾶλλον τοῦ Ἰσαίου τὸν λόγον, ὡς δραστήριον καὶ πανοῦργον ἐπὶ τὴν χρείαν ἐπιδεχόμενος.

anónimos, nos trasmite Hermipo, y según las cuales Demóstenes había sido discípulo de Platon y tenía mucho que agradecer á este último, no son menos propias para despertar recelos, que aquella otra que, tomándola de Ctesibio, nos refiere el mismo escritor, á saber: que Demóstenes, ayudado por un cierto Calias de Siracusa y otros, habíase procurado secretamente las obras sobre arte retórica de Isócrates y Alcidamas, y aprendídolas de memoria [1]). Mas esto que Hermipo, á pesar de su buena voluntad, sólo se aventuró á dar como verosímil, fué para los escritores posteriores cosa perfectamente comprobada [2]). Por último, la noticia de que Eubúlides de Megara fué también maestro de Demóstenes [3]), parece descansar en una mala inteligencia de ciertos textos. Según unos, Eubúlides enseñó al gran orador la Dialéctica [4]), al paso que otros afirman que el retórico megarense había corregido y mejorado el estilo de las arengas de Demóstenes [5]). Ni una ni otra versión tienen viso alguno de exactitud; antes bien, el poeta

[1]) Plutarco, *loc. cit.*: Ἕρμιππος δέ φησιν ἀδεσπότοις ὑπομνήμασιν ἐντυχεῖν, ἐν οἷς ἐγέγραπτο τὸν Δημοσθένη συνεσχολακέναι Πλάτωνι καὶ πλεῖστον εἰς τοὺς λόγους ὠφελῆσθαι· Κτησιβίου δὲ μέμνηται λέγοντος, παρὰ Καλλίου τοῦ Συρακουσίου καὶ τινων ἄλλων τὰς Ἰσοκράτους τέχνας καὶ τὰς Ἀλκιδάμαντος κρύφα λαβόντα τὸν Δημοσθένη καταμαθεῖν. Véanse además las *Vitae X oratorum*, p. 844, c, donde también se habla de los discursos de Zoilo.

[2]) Hay tanto menos motivo para considerar á Ciceron, *Brutus*, 31, 121, y *Orator*, 4, 15, como una excepción en este punto, cuanto que las cartas de Demóstenes á que se remite no son auténticas; al paso que, por otra parte, aventura la idea de que todos los oradores y escritores notables de aquella época habían salido de la escuela de Isócrates.

[3]) Diógenes Laercio, 2, 108: περὶ τούτου (Eubúlides) φησί τις τῶν κωμικῶν·

οὗριστικος δ' Εὐβουλίδης κερατίνας ἐρωτῶν
καὶ ψευδαλαζόσιν λόγοις τοὺς ῥήτορας κυλίων
ἀπῆλθ' ἔχων Δημοσθένους τὴν ῥωποπερέθραν.

ἐῴκει γὰρ αὐτοῦ καὶ Δημοσθένης ἀκηκοέναι καὶ ῥωβικώτερος (ῥωπικωτερος es conjetura de Menaje) ὢν παύσασθαι.

[4]) Suidas en el 2. *art.* Δημοσθένης y Apuleyo, *De magia*, c. 15: *Ita ille summus orator cum a Platone philosopho facundiam hausisset, ab Eubulide dialectico argumentationes edidicisset, novissimam pronuntiandi congruentiam a speculo petivit.*

[5]) Además de Diógenes Laercio, el autor de las *Vitae X oratorum*, p. 845, b, el cual hablando de la incorrección con que Demóstenes se expresó al decir Ἀσκλήπιος en lugar de Ἀσκληπίος, añade: σχολάσας δὲ Εὐβουλίδῃ τῷ διαλεκτικῷ Μιλησίῳ ἐπηνωρθώσατο πάντα.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cómico de quien está tomada la noticia, apenas ha pretendido otra cosa que tildar á Eubúlides del mismo defecto de que adolecía Demóstenes en punto á la pronunciación de la **r**.

Este defecto era uno de los muchos de que se cree adolecía por naturaleza Demóstenes, pero que según cuentan, gracias á extraordinarios esfuerzos consiguió corregir. Lo averiguado é indudable en este punto, es únicamente lo que Demetrio Faléreo había oído referir del mismo Demóstenes [1]): su pronunciación oscura y difícil, especialmente la de la **r**, remedióla el orador metiéndose piedrecitas en la boca y ejercitándose de esta suerte en recitar largos períodos [2]). Asimismo procuraba robustecer la voz, declamando trozos poéticos; y para habituarse á ajustar la mímica á la materia de sus discursos, ensayábase delante de un gran espejo. Lo mismo lo que se cuenta de la complexión naturalmente débil de Demóstenes, que lo que sabemos de las grandes esperanzas que los antignos cifraban en el orador, parece tan verosímil como la noticia de que Demóstenes utilizó para su profesión los consejos de actores expertos, principalmente de Sátiro. Todos los demás pormenores como el de haberse rasurado la mitad de la cabeza, el haber vivido durante meses enteros en un subterráneo que se contaba entre las maravillas que después enseñaban los guías á los extranjeros en Atenas, lo que se dice de la espada que pendía al lado de su cara para corregirse de un encogimiento involuntario de hombros, y de los ensayos para hacer oir su voz en medio del ruido de las olas: todo esto debe mirarse, si no como pura invención, al menos como poco fidedigno. A medida que Demóstenes iba siendo considerado como verdadero modelo de oradores en las escuelas de Retórica, aumentaba la tendencia á atribuirle rasgos de aquel linaje, á fin de corroborar, con el ejemplo del más famoso representante de la elocuencia ateniense, la conocida máxima de que el orador no nace sino que se hace.

No siendo nuestro propósito examinar detenidamente en este sitio, la actividad de Demóstenes como logógrafo, dejaremos para

[1]) En Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 11.

[2]) Lo que Zozimo de Ascalona cuenta en su *Biografía de Demóstenes*, p. 299 de Westermam: οὕτως δὲ τοῦτο ἐπηνωρθώσατο, ὥστ' εἰσελθόντα εἰπεῖν τοῖς Ἀθηναίοις ἐκεῖνο τὸ περιφερόμενον· ἦκω φέρων ὑμῖν τὸ ρ καταρρητορευμένον, es naturalmente una invención posterior.

más adelante lo que debe observarse sobre esta materia. Hay un punto, sin embargo, que no podemos pasar aquí en silencio, porque él nos sugiere la prueba de cómo la conducta de Demóstenes pudo favorecer la general prevención con que se miraba á los logógrafos. Gracias á la inflexible saña con que Esquines describe el proceder de su adversario, consignando con secreta cruel complacencia no más que lo que podía comprometer su honra, conocemos un suceso que ciertamente en nada le favorece. Refiere Esquines, que Demóstenes había mostrado de antemano al adversario de Formion, el discurso que para este último tenía escrito y que aun se conserva [1]). Plutarco tiene por indudable la falsía de Demóstenes, si bien, como con gran agudeza ha sospechado un escritor moderno [2]), fúndase para creerlo así, en el testimonio de otro enemigo personal del orador. Aludiendo éste con tanto ingenio como mala intención al oficio de su padre, acusaba á Demóstenes de haber vendido á ambos contendientes para la lucha, armas salidas de los mismos talleres [3]). Que la falta de que de esta suerte se le tildaba, no era en absoluto infundada, infiérese del silencio que sobre el particular guarda el mismo Demóstenes. Aun concediendo que fué en gran parte dictada por el odio la afirmación de Esquines de que á consecuencia de este proceder, Demóstenes había perdido su crédito como abogado y resuéltose por ende á consagrarse á la oratoria política [4]), su conducta sólo puede disculparse en cierto modo, alegando circunstancias atenuantes [5]).

Es difícil determinar hasta qué punto es exacto que Demóstenes renunciara en absoluto á la profesión de abogado. Con el ya citado testimonio de Esquines, concuerda, por lo demás,

[1]) *Sobre la traición de la Embajada*, § 165: ἔγραψας λόγον Φορμίωνι τῷ τραπεζίτῃ χρήματα λαβών· τοῦτον ἐξήνεγκας Ἀπολλοδώρῳ τῷ περὶ τοῦ σώματος κρίνοντι Φορμίωνα. Véase el discurso *Contra Ctesifon*, § 173.

[2]) H. Weil, *Les harangues de Demosthène*, Paris, 1881, Introducción, p. XI.

[3]) Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 15: ἀτεχνῶς καθάπερ ἐξ ἑνὸς μαχαιροπωλίου, τὰ κατ' ἀλλήλων ἐγχειρίδια πωλοῦντος αὐτοῦ τοῖς ἀντιδίκοις.

[4]) Discurso *Contra Ctesifon*, § 173: ἄπιστος δὲ καὶ περὶ ταῦτα (τὸ λογογραφεῖν) δόξας εἶναι καὶ τοὺς λόγους ἐκφέρων τοῖς ἀντιδίκοις ἀνεπήδησεν ἐπὶ τὸ βῆμα.

[5]) A. Schäfer, *loc. cit.*, vol. 1, p. 315, cree que hubo quien intentó mediar en el negocio, á fin de evitar el público escándalo de un litigio entre suegro y yerno. H. Weil, que no considera á Demóstenes como completamente inocente, apunta el hecho de la reconciliación política ocurrida en cierto tiempo entre Demóstenes y Apolodoro; este último era rival de Formion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una declaración del mismo Demóstenes. En el discurso *Contra Zenotemis* que, no sabemos cómo, tuvieron los antiguos por obra del gran orador, refiere el autor, ó la persona que lo pronunciara, una conversación, desgraciadamente incompleta, que había tenido con Demóstenes. La razon que éste alegaba para negarse á apadrinarle á él, no obstante ser pariente suyo, era que desde que se ocupaba en los asuntos públicos, había renunciado por completo á intervenir en asuntos privados ante los tribunales de justicia [1]). Es evidente que esto sólo puede entenderse aplicable á su intervención como sinegoro ó abogado, lo cual no excluye la posibilidad de que algunos de los discursos forenses que aun se conservan, los compusiera Demóstenes en la época de Alejandro, así como que volviese en los últimos años de su vida, al ejercicio de su primera profesión. Falta, sin embargo, una base segura para afirmarlo rotundamente, á menos que se admita que Ciceron, al complacerse en recordar el ejemplo de Demóstenes en este punto, se fundaba en datos positivos [2]).

Por lo demás, Demóstenes era aun bastante joven cuando hizo sus primeras armas en la elocuencia política. Entre los discursos suyos de este género que aun se conservan, el intitulado *Sobre las Symmorias*, pronunciado el año 3 de la 106.ª Olimpiada, 354 a. Chr., es, en orden cronológico, el primero. Que Demóstenes intervenía ya antes en los negocios públicos, se infiere así de que en el exordio de este discurso no hallamos alusión alguna á que fuese este su primer ensayo en aquel terreno, como de la circunstancia de hablarse en él de los fracasos que el orador había sufrido en los comienzos de su carrera [3]). Lo mismo en esta oración que en las pronunciadas el año 352 y el 351 a. Chr., *Por los Megalopolitanos* y *Sobre la libertad de los Rodios*, encontramos expresadas ya las mismas ideas á que permaneció fiel toda su vida.

---

[1]) Oración *Contra Zenothemis*, § 32: Δήμων, ἔφη, ἐγὼ ποιήσω μὲν ὡς ἂν σὺ κελεύῃς καὶ γὰρ ἂν δεινὸν εἴη (esto es, μὴ παρεῖναι καὶ βοηθεῖν, como Demon le había pedido), δεῖ μέντοι καὶ τὸ σαυτοῦ καὶ τοὐμὸν λογίσασθαι. ἐμοὶ συμβέβηκεν, ἀφ' οὗ περὶ τῶν κοινῶν λέγειν ἠρξάμην, μηδὲ πρὸς ἓν πρᾶγμ' ἴδιον προσεληλυθέναι, ἀλλὰ καὶ τῆς πολιτείας αὐτῆς τὰ τοιαῦτ' ἐξέστηκα....

[2]) *Ep. ad Attic.*, 2, 1, 3: *Fuit enim mihi commodum, quod in eis orationibus quæ Philippicae nominantur, enituerat civis ille tuus Demosthenes, et quod se ab hoc refractariolo iudiciali dicendi genere abiunxerat, ut* σεμνότερός τις καὶ πολιτικώτερος *videretur, curare ut meæ quoque essent orationes, quæ consulares diceventur.*

[3]) Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 7.

En opinión de Demóstenes, si no debía provocarse imprudentemente lucha alguna, tampoco se la debía temer; y lo que ante todo consideraba indispensable, era consolidar la posición de Atenas; pero no ya como antes, por medio de una hegemonía basada en la opresión de los confederados, sino con una política desinteresada y cuyo principal objetivo fuera el bien general de los helenos.

Cuando aun no hacía mucho tiempo que Demóstenes se consagraba á la política, y cuando, según resulta de sus propias palabras [1]), no había conseguido aun figurar entre los oradores más insignes y de mayor prestigio, comenzaron las discordias entre Atenas y el rey Filipo. También Demóstenes permaneció largo tiempo en el error á que se abandonaba la gran mayoría de sus conciudadanos, sin conocer la extensión del peligro que por parte del ambicioso rey de Macedonia, hombre de grandes dotes militares y dispuesto á llevar á la práctica sus vastos planes de conquista, amenazaba á Atenas. Sin embargo, cuando la embajada á Macedonia, de que formó parte en el año 2 de la 108.ª Olimpiada, 346 a. Chr., le proporcionó ocasión de examinar más de cerca la verdadera situación de las cosas, y de conocer á fondo no sólo las aspiraciones de Filipo, sino también la influencia de los cómplices con que para su realización contaba en la misma Atenas, no vaciló un punto en adoptar una resolución y en lanzarse abiertamente á la lucha. Desde entonces, el partido antimacedónico no tuvo adepto más entusiasta que él, ni quien mayor y más decisivo influjo ejerciera en los acontecimientos que se sucedieron.

No es este lugar oportuno para examinar una cuestión tan variamente juzgada, como la de si la política seguida por Demóstenes y aprobada por la mayoría de los atenienses, era ó no la más conveniente á los intereses de Atenas. Podrá dudarse de si ante las debilidades y flaquezas del Estado ateniense, por nadie mejor pintadas que por el mismo Demóstenes, no habría sido más prudente no trabar lucha con una potencia que disponía de un ejército numeroso, disciplinado y aguerrido, y que estaba sometida á la voluntad de un solo señor. Pero precisamente en este error, tan nefasto para él como para todo el pueblo ateniense, estriba la grandeza de Demóstenes. Cuanto más desfavorable era

---

[1]) *Filípica*, 1, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la perspectiva del éxito, tanto más admirable parece lo que en definitiva realizó. Claro es que no podemos descender aquí á referir los pormenores de la lucha que Demóstenes sostuvo al mismo tiempo en Atenas contra el partido que allí secundaba las pretensiones de Filipo, y fuera de Atenas con todo el poderío del macedonio. Basta con recordar que si en la última fué vencido, en la primera quedó vencedor. La misma batalla de Queronea quebrantó tan poco el prestigio de que gozaba en su patria, que Filipo creyó prudente desistir de la primitiva condición que había impuesto, de que le fueran entregados varios oradores enemigos de Macedonia: hecho que se repitió después de la destrucción de Tebas por Alejandro.

Cómo Demóstenes, pocos años después de haber alcanzado un glorioso triunfo sobre Esquines, su enemigo más enconado y peligroso, con la primera obra maestra de la elocuencia ateniense, y en una época en que su carrera parecía casi llegar á su fin, se encontró sin poder hacer frente con éxito á una acusación dirigida contra él, parecería inexplicable si no fuesen frecuentes en política semejantes anomalías producidas por las efímeras alianzas de los partidos extremos. Sólo el concierto y acción común de los enemigos de Demóstenes y de buen número de corifeos del partido antimacedónico, explicarían el giro que el llamado proceso de Harpalo tomó para el gran orador; aun cuando por otra parte es difícil justificar el silencio en que parece éste haberse encerrado, no obstante que las acusaciones contra él lanzadas por sus antiguos correligionarios debían llagarle mucho más que las de sus enemigos de siempre.

La inconstancia de los atenienses, de la cual la generación siguiente dió las más tristes muestras por su conducta para con un estadista quizá más benemérito que el mismo Demóstenes, Demetrio Faléreo, manifestóse poco tiempo después. A la muerte de Alejandro siguió inmediatamente en Atenas la proposición de que Demóstenes fuese llamado á su patria, y á su regreso fué recibido en triunfo. Sin embargo de esto, parece que su influencia en la dirección de los negocios públicos fué desde entonces menor que la del orador Hipérides. Por lo menos no tenemos noticias de que después de su entrada en el Peloponeso, donde todavía como proscrito había influido en favor de una alianza contra los macedonios, dirigiera la palabra al pueblo. Mas las halagüeñas esperanzas de Atenas, no debían durar mucho; el desgraciado término de la breve guerra de Lamia, obligó á Demóstenes á abandonar por segunda vez su patria; y, temiendo caer en manos de sus perseguidores, prefirió envenenarse en el templo de Poseidon de la pequeña isla de Calauria, situada en la costa de la Argólida, sustrayéndose así á la muerte que aguardaba á sus correligionarios. Murió el año 3 de la 114.ª Olimpiada, 322 a. Chr., con el cual se abría una época completamente nueva, cuyo comienzo vino á señalar no sólo la pérdida de las libertades helénicas, sino al mismo tiempo la decadencia de la Literatura nacional que tenía en aquéllas sus fundamentos y raíces.

Es rasgo que honra á los atenienses el de no haber olvidado la memoria del hombre á quien eran deudores de no haber sido sojuzgados sin gloria. Unos cuarenta años después de la muerte de Demóstenes, el 1 de la 125.ª Olimpiada, 280 a. Chr., á propuesta de su sobrino Demócares, acordóse erigir al gran orador una estatua de bronce en el mercado, y concediéronse al más anciano de su familia los privilegios acostumbrados en tales casos. Lo mismo el decreto, que la inscripción que llevaba la estatua, han llegado hasta nosotros: «Si tu poder, oh Demóstenes,—decía esta última —hubiera igualado á tu genio, jamás hubiera imperado en Grecia la espada del Macedonio» [1]). La idea de esta suerte expresada no deja de ser hasta cierto punto exacta, aun cuando como es natural, el sitio á que iba destinada la inscripción sólo consintiera incondicionales elogios. Mas precisamente la carencia de aquel poder con que hacer frente al de Filipo, es lo que constituye la parte débil de la política preconizada por Demóstenes. Agregábase á esto, que el fin á que iban encaminados todos sus esfuerzos, no era la realización de un pensamiento nuevo y que cuadrase al estado del país, sino la restauración de un orden de cosas irrevocablemente destruído. Ahora bien: si se pregunta qué habría sucedido si la fortuna hubiera dado el triunfo á los atenienses, contestaremos, como ya ha observado con razon un historiador egregio [2]), que, aun en el caso mejor, habrían sobrevenido circunstancias análogas á las que antes había atravesado Atenas

[1]) Plutarco, *Vita Demosthenis*, 30, y en otro pasaje:

εἴπερ ἴσην ῥώμην γνώμῃ, Δημόσθενες, εἶχες,
οὔποτ' ἂν Ἑλλήνων ἦρχεν Ἄρης Μακεδών.

[2]) Droysen, *Geschichte des Hellenismus*, vol. 1, p. 33.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y cuya inestabilidad había quedado demostrada: en el exterior, la hegemonía con todas las inevitables luchas por ella provocadas, y en el interior la discordia de los partidos, y como consecuencia de ella, la falta de una política firme, enérgica y constante.

Hemos llegado á un terreno en el que sólo parece necesario entrar para combatir la falsa idea de que corresponde á Demóstenes, entre los estadistas de Atenas, un puesto análogo al que con razon ocupa como patriota entusiasta y sobre todo como orador. Mas antes de examinar á fondo en qué se funda la superioridad que bajo este último aspecto le reconocieron unánimemente los antiguos, nos parece oportuno decir lo más indispensable acerca de la Colección de los discursos suyos que ha llegado hasta nosotros.

Por lo que hace á la historia de esta Colección, observaremos que quedan aún varios puntos por dilucidar. Es indudable que aquellos discursos fueron primitivamente coleccionados en Alejandría, y, según se infiere de repetidas indicaciones, el colector fué Calímaco. A juzgar por la única noticia que sobre el particular se nos ha trasmitido, el número de oraciones de Demóstenes reconocidas como auténticas, ascendían á sesenta y cinco [1]); en ninguna parte, sin embargo, encontramos la cifra de aquellas cuya autenticidad había sido puesta en duda. Entre estas últimas deben contarse un elogio de Pausanias, asesino de Filipo, y dos discursos relativos al proceso de Harpalo, que incidentalmente cita Dionisio de Halicarnaso [2]); uno sobre la extradición de los oradores pedida por Alejandro [3]); una acusación de Démades [4]), y tres oraciones sobre querellas privadas, que sólo conocemos por las citas de sus títulos.

Si es cierto que se da por seguro que no tenemos que lamentar hoy la pérdida de ninguno de los discursos auténticos de Demóstenes que conocía la antigüedad, también lo es que el número de los comprendidos en nuestra Colección y que evidentemente no son de Demóstenes, es extraordinario. La razon de esto, sólo puede hallarse en el interés que á los antiguos críticos alejandrinos inspiraban las obras de los oradores, así como en el poco cuidado que ponían en la ejecución de su tarea. Pero aunque posteriormente se han hecho otras ediciones de los discursos de Demóstenes, en todas ellas, como acontece en la de Atico, á menudo mencionada por Harpocracion [1]), parece haberse atendido sobre todo, no á separar con el auxilio de la crítica los discursos auténticos de los apócrifos, sino á la más fiel reproducción de los textos. El mismo Dionisio de Halicarnaso y su contemporáneo Cecilio, se limitaron á hacer la crítica de determinados discursos [2]); y aunque en general hay que asentir á su juicio, es en cambio muy considerable el número de oraciones admitidas por ellos lisa y llanamente como auténticas, y cuya falsedad demuestran argumentos incontrovertibles y persuasivos; de tal suerte, que ni siquiera han formulado la más ligera duda sobre la autenticidad de un discurso, como el ya mencionado *Contra Zenotemis*, de cuyo texto se infiere con toda certeza que no pudo ser compuesto por Demóstenes.

Lo mismo que la recopilación de estos discursos, derívase de tiempos remotos también, el orden que guardan en la Colección actual, y para el cual ha servido de base la diferencia entre los tres géneros de la oratoria: *deliberativa*, *forense* y *epidéctica ó demostrativa* [3]).

De estas tres clases principales, puede perfectamente suprimirse la última; pues que ninguno de los dos discursos en ella comprendidos, el *Epitáfico* y el *Erótico*, pueden ser atribuídos á Demóstenes. Es indudable que se encomendó al gran orador la tarea de componer la acostumbrada oración fúnebre en honor de los atenienses muertos en Queronea [4]); mas sólo admitiendo que

[1]) *Vitae X oratorum*, p. 847, e: φέρονται δ' αὐτοῦ λόγοι γνήσιοι ἑξήκοντα πέντε. Blass supone que esta cifra es la total y que falta la de los discursos reconocidos como auténticos. Dionisio de Halicarnaso, *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 57, p. 1126, hace ascender el número de líneas, sin duda sumando las de todas las oraciones, de 50.000 á 60.000.

[2]) *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 44, p. 1095, tilda de apócrifos, en unión del *Epitáfico:* παὶ τὸ τοῦ σοφιστικοῦ λήρου μεστὸν ἐγκώμιον εἰς Παυσανίαν, los discursos ἀπολογία τῶν δώρων y περὶ τοῦ μὴ ἐκδοῦναι Ἅρπαλον, c. 57.

[3]) Suidas, *vide*, ἅμα.

[4]) Bekker, *Anecdot.*, p. 335, 30.

[1]) Véase W. Christ, *Die Attikusausgabe des Demosthenes*, en las Abhandlungen der Münchner Akademie, vol. 16, parte 3.a. De todas suertes, parece indudable que este Atico, no pudo ser el conocido amigo de Ciceron. Véase Birt, *Das antike Buchwesen*, p. 285.

[2]) Véase Dionisio de Halicarnaso, *De Dinarcho*, c. 11.

[3]) No hay para qué examinar aquí las diferencias que ofrece la tradición en punto á la cronología de los discursos.

[4]) Discurso *Por la Corona*, § 285.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estuvo muy lejos de satisfacer en este caso las más modestas esperanzas, podría creerse en la autenticidad del primero de estos discursos, el peor en su género de cuantos conocemos. Con razon lo califica Dionisio de Halicarnaso de obra ampulosa, enfática, vana y pueril [1]). Tiene de común con las demás análogas producciones, la circunstancia de no contener indicación alguna sobre las relaciones y afectos personales del autor con los elogiados; y exceptuada una alusión general [2]) sobre la suerte de la patria, ni una sola palabra revela la situación grave por que entonces atravesaba Atenas.

Pero es aun más incomprensible que se pudiera considerar el *Erótico* como obra de Demóstenes. Observaremos, sin embargo, que no ha encontrado aun ni un solo defensor de su autenticidad [3]). Precédelo una introducción en forma dialogada, cuyo comienzo, como los de dos obras de Jenofonte que ya hemos examinado, supone un diálogo anterior que el autor no ha querido dar á conocer [4]). El pensamiento capital de esta obra, es pobre y mezquino. El conjunto parece una simple imitación, cosa que quizá revela ya la misma elección del nombre de la persona á quien el discurso va dirigido, la cual, como el dueño de la casa en que según el *Fedro* de Platon compuso Lisias su *Erótico*, se llamaba Epicrates [5]). La dicción, además, antes recuerda el estilo de Isócrates que el de Demóstenes.

Las demegorias ó discursos políticos constituyen una segunda clase, la cual á su vez se subdivide en varios pequeños grupos, cuya clasificación debe derivar de más remota época [6]). Contando

---

[1]) *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 23, p. 1027: ὅ τε φορτικὸς καὶ κενὸς καὶ παιδαριώδης ἐπιτάφιος; y lo mismo Libanio, πάνυ φαύλως καὶ ἀσθενῶς ἔχοντα; y Focio, p. 492. Harpocracion, *vide* Αἰγεῖδαι y Κεκροπίς, tiene por sospechoso este discurso. En cambio no tiene importancia alguna lo que se dice en la *Retórica* atribuída á Dionisio de Halicarnaso, 6, 1, p. 259, donde parece adjudicarse á Demóstenes la paternidad del *Epitáfico*, ó el intento de Siriano, *Schol. in Hermog.*, t. 4, p. 44 de los Rhet. gr. de Walz, de tomar la defensa de aquella opinión.

[2]) § 32: τὰ τῆς πατρίδος πράγματ' ἔρημα καὶ δακρύων καὶ πένθους πλήρη.

[3]) La opinión de Dionisio, *loc. cit.*, c. 44, según la cual son apócrifos todos los discursos epidécticos atribuidos á Demóstenes, se extiende indudablemente también al *Erótico*. Pollux, 3, 144, consigna al citarlo esta observación: εἰ Δημοσθένους ἐστὶ τὸ βιβλίον.

[4]) Dice así: ἀλλ' ἐπειδήπερ ἀκούειν βούλει τοῦ λόγου.

[5]) Página 227, b.

[6]) En apoyo y como prueba de la opinión de que los títulos de los diversos discursos, por lo demás no siempre bien elegidos, proceden de Calimaco, puede invocarse la observación de Dionisio de Halicarnaso, *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 13, p. 994: ὁ δὲ πρὸς τὴν ἐπιστολὴν καὶ τοὺς πρέσβεις τοὺς παρὰ Φιλίππου ῥηθεὶς λόγος, ὃν ἐπιγράφει Καλλίμαχος· ὑπὲρ Ἀλοννήσου. Véase la *Epist. ad Ammæum*, c. 4, p. 725.

la carta de Filipo, cuya inclusión entre las obras de Demóstenes débese sólo á la existencia de una respuesta á la misma, como veremos más adelante, á todas luces falsa, asciende el número de las oraciones denominadas *Filípicas* (λόγοι Φιλιππικοί) á doce. Tres de ellas llevan el título especial de *Olínticas*, y otras tres, á pesar de referirse á la política exterior de Atenas, no tienen conexión alguna inmediata con los asuntos macedónicos.

El primero de este último grupo, que fué al mismo tiempo el primero de los discursos políticos de Demóstenes que se consignó por escrito, es el intitulado *Sobre las Symmorias*, pronunciado el año 3 de la 106.ª Olimpiada, 354 a. Chr. Su objeto era exhortar á los atenienses para que estuviesen preparados ante los peligros que podían amenazarles por parte del rey de Persia, é invitarlos sobre todo á reformar las llamadas Symmorias trierárquicas, corporaciones establecidas en Atenas para la más pronta recaudación de los tributos y demás medios necesarios en caso de guerra. Merece especial atención, aunque quizá no tanta como le concede un crítico antiguo, un pasaje de este discurso, en el cual se dice que aun cuando los preparativos que se hicieran pudiesen parecer innecesarios por lo que respectaba al rey de Persia, siempre serían oportunos frente á aquéllos—y con esto aludía evidentemente á Filipo—cuya hostilidad era manifiesta [1]). En el discurso que pronunció dos años después *Por los Megalopolitanos*, exponía Demóstenes la política que debía seguirse con Esparta y Tebas, al paso que en el que pronunció el año 2 de la 107.ª Olimpiada, 351 a. Chr., poco después de la primera Filípica, *Sobre la libertad de los Rodios*, declarábase en favor de los campeones de la democracia expulsados de Rodas, considerando que debía Atenas, en conformidad con sus tradiciones, ampararlos contra la oligarquía.

---

[1]) Véase el § 11, donde la frase ὁμολογούμενοι ἐχθροί se refiere indudablemente á Filipo; si bien es decir demasiado, lo que se asegura respecto de este punto en la *Retórica* atribuída á Dionisio de Halicarnaso, 8, 7, p. 292, y 9, 10. Lo que se dice en último término: ὅσπερ λόγος εἰκότως ἂν καὶ δικαίως ἐπιγράφοιτο περὶ τῶν βασιλικῶν, descansa en un dicho del mismo Demóstenes en el discurso *De Rhod. libert.*, § 6: οἶμαι δ' ὑμῶν μνημονεύειν ἐνίους ὅτι, ἡνίκ' ἐβουλεύεσθ' ὑπὲρ τῶν βασιλικῶν.

No parece que con ninguno de estos discursos se propusiera Demóstenes conseguir resultados prácticos inmediatos. En realidad, mucho más que justificar una proposición cualquiera y conseguir su aprobación, tenían por objeto difundir las opiniones políticas de su autor en cuestiones determinadas. Eran en cierto modo, si se nos permite el símil, simples artículos ó folletos políticos. Esta circunstancia explica también, en parte, el por qué fueron consignados por escrito; pues que verosímilmente con ello se proponía el gran orador, no sólo abrir más ancho campo á la influencia de las ideas en dichas oraciones expresadas, sino hacerla más duradera. Por lo demás, bajo el punto de vista de la exposición, sería muy difícil encontrar una diferencia sensible entre estos discursos y los pronunciados más tarde por Demóstenes. Las opiniones en ellos consignadas, revelan un juicio maduro y libre de las corrientes y parcialidades que á la sazon imperaban en Atenas; al paso que la forma no sólo se halla en armonía con esta serenidad de juicio, sino que al mismo tiempo es en sumo grado dúctil y flexible. Es sobre todo hábil la manera cómo sin provocar el enojo de los atenienses, intenta moverlos en favor de los tebanos y de los rodios.

Cuán modesta debía ser, por otra parte, la influencia que Demóstenes ejercía en aquella época, despréndese claramente del exordio de la *Primera Filípica*, pronunciada poco tiempo antes del discurso *Sobre la libertad de los Rodios*. «Si se tratase de una cuestión nueva, dice, habría reservado mi opinión, según acostumbro, para aguardar que algún orador influyente presentase una proposición que fuese de mi gusto; pero como de este asunto se ha hablado ya tantas veces, espero se me disculpará de haber tomado la palabra.» Es evidente que si Demóstenes hubiera tenido por buenos los consejos ya dados al pueblo, no habría creído necesario hacerle ninguna otra advertencia. Aun cuando algunas frases de este exordio sean muy semejantes á otras empleadas por Isócrates en el comienzo de su carta á Arquidamo, apenas puede sostenerse que Demóstenes se limitara en este caso á imitar á Isócrates [1]; pero aunque esto fuera, Demóstenes resultaría de todas suertes superior á Isócrates, porque, como ya ha observado Hermógenes [2], la comparación de ambos pasajes favo-

[1] Blass, *Att. Beredsamkeit*, 2.ª parte, p. 265 y 3.ª, p. 262.

[2] περὶ ἰδεῶν A. p. 320 y B. p. 412 de Spengel.

rece en sumo grado al del primero. En definitiva, sin embargo, no encontramos en ellos de común otra cosa que el empleo del mismo pensamiento, el cual, por otra parte, recomendábalo todo tratado de Retórica para la ocasión oportuna [1].

Ni en el examen de este ni de los siguientes discursos, aguarde el lector noticias detalladas de sus asuntos y contenido. Lejos de esto, nos limitaremos á dar de ellos una idea general, apuntando sólo lo necesario para que se pueda formar juicio de cada uno.

Dos años después de la *Primera Filípica*, el 4 de la 107.ª Olimpiada, 349 a. Chr., pronunció Demóstenes las tres oraciones llamadas *Olínticas*. No menos errónea que la creencia de Dionisio de Halicarnaso, según el cual la *Primera Filípica* está compuesta de dos discursos, es su opinión acerca del orden en que nos han sido trasmitidas las *Olínticas;* en su sentir, la primera y la tercera han cambiado de lugar [2]). Ya Cecilio, contemporáneo de Dionisio, había combatido esta idea [3]), cuya inexactitud es hoy generalmente reconocida. Esencialmente distinto del tono imperante en este discurso, es el que ostenta la oración *Sobre la Paz*, pronunciada el año 3 de la 108.ª Olimpiada, 346 a. Chr., y cuyo título suscita fundadas dudas [4]). Esta diferencia esencial, parece haber dado margen, de una parte á la creencia en que este discurso no es original de Demóstenes [5]), y de otra, á la hipótesis de Libanio, quien sin ir tan allá, sospecha que fué escrito pero no pronunciado por Demóstenes [6]). Aunque estos juicios se apoyen en parte en lo que el orador dice en el discurso *Sobre la traición de la Embajada*, compuesto tres años después, sus palabras no son tan explícitas ni de tanto peso, que alcancen á justificar ninguna de aquellas opiniones. Pero son mayores aún las dificultades que suscita el proemio; pues que no sólo es incontestable la falta de

[1]) Véase *Rhet. ad Alex.*, c. 29, p. 1436, a, 39: προφασίζεσθαι δὲ ὑπὲρ αὐτῶν δεῖ τὸν μὲν νεώτερον ἐκ τῆς ἐρημίας τῶν συμβουλευόντων. Muy semejante es el comienzo del primero de los proemios que hasta nosotros han llegado con el nombre de Demóstenes.

[2]) Véase la primera carta á Ammeo, c. 4. p. 726.

[3]) Según testimonio del escoliasta del comienzo de la segunda *Olíntica*.

[4]) Véase Schäfer, *op. cit.*, vol. 2, p. 279.

[5]) Véase el escoliasta, p. 158 de Dindorf: τινὲς δὲ ἐνόθευσαν τοῦτον τὸν λόγον ὡς ἀνομοίαν ἔχοντα ὑπόθεσιν τῆς γνώμης αὐτοῦ.

[6]) En la *Hipótesis*: οὗτος δὲ ὁ λόγος παρεσκευάσθαι μέν, οὐ μὴν εἰρῆσθαί μοι δοκεῖ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una justa relación entre éste y el discurso [1]), sino que no se halla explicación satisfactoria alguna de cómo ha venido á parar al lugar que ocupa [2]).

La opinión emitida ya en la arenga de que acabamos de hablar, de que la conocida paz concertada por Filócrates era perjudicial y ruinosa, hállase más ampliamente desenvuelta en la *Segunda Filípica*, pronunciada el año 344 a. Chr. No son ya simples temores los que el orador expone en esta obra: Demóstenes ve acercarse más y más el peligro, y aunque todavía manifiesta el deseo de que sus sospechas resulten ilusorias, no puede sustraerse al presentimiento de que el mal está muy próximo [3]). En el discurso siguiente, *Sobre el Quersoneso*, procura en cambio mover á los atenienses á la guerra contra Filipo, pero sin llegar á hacer proposición alguna en aquel sentido. Es admirable el arte con que Demóstenes pasa á cada momento del asunto que constituía el motivo de la deliberación—las justas quejas de Filipo contra la violación de la paz, cometida por Diopites—á su verdadero tema: demostrar que la guerra con Filipo era inevitable. Sin defender á Diopites, á quien había de ser fácil justificarse, insiste en la necesidad de que Atenas se prepare para los acontecimientos ya inminentes, y de que, lejos de renunciar al poder de que dispone, lo aumente, lo robustezca y se aperciba para la guerra.

Pocos meses después, y en el mismo año 3 de la 109.ª Olimpiada, 341 a. Chr., pronunció Demóstenes la última, y como con razon ha dicho ya un crítico antiguo [4]), la más importante de las oraciones políticas suyas que hoy se conservan: la *Tercera Filípica*. No sólo representa ésta un progreso respecto de todos los discur-

[1]) Véase especialmente Spengel, *Die Demegorien des Demosthenes*, en las ABHANDLUNGEN DER MÜNCHNER AKADEMIE, vol. 9, p. 82.

[2]) La observación de Blass, *Att. Beredsamkeit*, 3.ª parte, 1, p. 301: «aun cuando nadie más que el mismo Demóstenes puede haberlo colocado delante», no resuelve la cuestión. Antes bien parece más verosímil la pérdida de un discurso entre este proemio y lo que sigue.

[3]) § 33: τὸ γὰρ πρᾶγμ' ὁρῶ προβαῖνον, καὶ οὐχὶ βουλοίμην μὲν ἂν εἰκάζειν ὀρθῶς, φοβοῦμαι δὲ μὴ λίαν ἐγγὺς ᾖ τοῦτ' ἤδη.

[4]) Dionisio de Halicarnaso, *De Thucyd.*, c. 54, p. 947: ἐν δὲ τῇ μεγίστῃ τῶν κατὰ Φιλίππου δημηγοριῶν, lo cual, como con razon ha observado H. Weil, no puede referirse en manera alguna á la mayor extensión, como á menudo se ha sostenido; pues que para este caso habría escrito μακροτάτῃ. Además, la manera cómo Dionisio prosigue, al decir del discurso *Por la Corona* ἐν δὲ τῷ κρατίστῳ τῶν δικανικῶν... λόγῳ, no permite dudar de su intención.

sos anteriores, pues que su objeto era justificar la proposición de que se hicieran preparativos por mar y tierra y se enviaran embajadores con el fin de asegurar á Atenas la alianza de otros pueblos [1]), sino que los aventaja á todos en el encono de los ataques contra Filipo, no menos que en la energía de las exhortaciones y consejos dirigidos á los atenienses. Reunir y concertar á los helenos, instruirlos y aconsejarlos, era la misión de Atenas, y al mismo tiempo el privilegio que, no sin vencer grandes peligros, habían conquistado las generaciones anteriores. A este recuerdo de un pasado glorioso, sigue inmediatamente la conclusión: «Mas si para conseguir el fin que pretendemos, cada uno de nosotros permanece constantemente cruzado de brazos, y sólo piensa en lo que hará para no hacer nada, no sólo no hallaremos quien se preste á suplir y reparar nuestra inacción, sino que temo mucho que, sobre no haber conseguido lo que deseamos, nos veamos á la postre en la necesidad de hacer lo que no queremos.»

Al lado del justo interés que por su forma y contenido despierta este discurso, último eco de la tribuna política de Atenas que ha llegado hasta nosotros, merece fijar nuestra atención la manera cómo nos ha sido trasmitido. En realidad, descúbrense en él claros vestigios de una doble redacción; pero si, como no sin grandes visos de verosimilitud se ha supuesto [2]), lo escribió el mismo Demóstenes, no es fácil inquirir las razones que podrían explicar ciertas variantes.

Si fuera exacto, como ha observado un conocido investigador [3]), que las últimas oraciones contra Filipo eran también las que más honraban á Demóstenes, sería justo preguntar por qué no se ha conservado ninguno de los discursos políticos pronunciados por él en época posterior. ¡De cuánto interés no sería para nosotros el discurso que al tener noticia de la toma de Elatea, dirigió Demóstenes á sus conciudadanos, para levantar de nuevo su ánimo decaído y moverlos á buscar la alianza de Tebas, como el único medio de salvación [4]); ó aquel otro pronunciado en Tebas poco tiempo después, y elogiado por el historiador Teo-

[1]) § 70 y 71.

[2]) Véase, para más pormenores, á Spengel, ABHANDLUNGEN DER MÜNCHNER AKADEMIE, vol. 3, p. 157; vol. 9, 1, p. 112 y ss. H. Weil en su edición, p. 315.

[3]) Véase H. Weil, Introducción, p. XXVI.

[4]) Véase la notable descripción contenida en el discurso *Por la Corona*, § 169 y siguientes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pompo [1]), con el cual logró el gran orador entusiasmar á los tebanos y que aceptasen la alianza contra los macedonios! Es difícil determinar por qué esta oración, como otras muchas, jamás, al parecer, fué puesta por escrito. Aun cuando un estadista tan afamado como Demóstenes careciera en aquel tiempo de la necesaria holgura para ocuparse en publicar sus producciones, y aunque concediese poca importancia á la fama que pudieran darle sus discursos escritos, es de creer que algunos años después, ninguna de estas dos razones, por lo menos, había de ser ya para él bastante eficaz.

Sin embargo, para emitir un juicio definitivo sobre este punto, se necesitaría conocer más á fondo la cuestión. Sobre todo, sería necesario saber qué motivos determinaron la publicación de algunas arengas ó demegorias. Que estos motivos no podían reducirse única y exclusivamente al deseo de brillar y alcanzar fama por los trabajos oratorios, lo revela la existencia, en la Colección de demegorias que lleva el nombre de Demóstenes, de algunas arengas que evidentemente no son suyas, y que además no ostentan las relevantes cualidades que caracterizan las del gran orador. De uno de estos discursos, cosa ciertamente rara en casos como el presente, podemos determinar con seguridad casi completa, quien fué el autor. Nos referimos al discurso *Sobre Haloneso*, —título que debe á la mención que en su comienzo se hace de aquella pequeña isla, cuya posesión era entonces muy disputada, —el cual, según observación de Libanio, debiera llamarse mejor «Respuesta á la embajada de Filipo.» Era en realidad una réplica á otro discurso pronunciado por Piton—orador de la escuela de Isócrates, á quien Filipo confiaba á menudo misiones diplomáticas, y que fué oído con aplauso en la misma Atenas [2])—en apoyo de una carta del rey, de que él era portador, el año 2 de la 109.ª Olimpiada. Que esta réplica no puede ser en manera alguna original de Demóstenes, lo prueban varias noticias en ella contenidas. Fuera el discurso de uno de los embajadores enviados á

[1]) Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 18: ἡ δὲ τοῦ ῥήτορος δύναμις, ὡς φησι Θεόπομπος, ἐκριπίζουσα τὸν θυμὸν αὐτῶν καὶ διακαίουσα τὴν φιλοτιμίαν ἐπεσκότησε τοῖς ἄλλοις ἅπασιν, ὥστε καὶ φόβον καὶ λογισμὸν καὶ χάριν ἐκβαλεῖν αὐτοὺς ἐνθουσιῶντας ὑπὸ τοῦ λόγου πρὸς τὸ καλόν.

[2]) Véase la oración *Sobre Haloneso*, § 20: καὶ γὰρ ηὐδοκίμησεν ὁ Πύθων παρ' ὑμῖν ἐν τῇ δημηγορίᾳ.

Filipo para tratar la cuestión de Haloneso [1]), fuera una acusación contra Calipo [2]), es lo cierto que no sólo ninguna de estas hipótesis conviene al gran orador de Atenas, sino que es, por otra parte, indudable, que el tono general en él dominante, recuerda mejor el estilo de Lisias que el de Demóstenes. Más razon, pues, que Dionisio de Halicarnaso, para quien sin embargo no pasó desapercibida esta última circunstancia [3]), parecen tener los críticos que opinan que este discurso no es de Demóstenes, sino de su correligionario *Hegesipo*, opinión contra la que nada hay que objetar [4]). Ni Hegesipo era del número de los oradores notables de su época, ni cabe la posibilidad de comparar una arenga suya con las arengas de Demóstenes. La diferencia entre una y otras es considerable. En los discursos de Hegesipo no se encuentra ni el más ligero vestigio de aquella sublime energía que sólo podía inspirar la pasión; su dicción, además, es poco esmerada, pues ni evita el hiato, ni la repetición frecuente de las mismas palabras; el hecho de ser á menudo idénticas las transiciones, da cierta uniformidad al estilo; finalmente, como con razon se ha observado [5]), el abuso de la ironía hace que allí donde quiere ser ingenioso, caiga en una insulsa acritud que no vemos en ninguna de las oraciones de Demóstenes [6]).

La cuestión varía en lo que respecta á la *Cuarta Filípica*. Los defectos de que su composición adolece, son palmarios; evidentemente está compuesta de varios fragmentos, algunos de los cuales forman parte de otros discursos de Demóstenes, y otros, como de su mismo contenido se desprende, es imposible atribuirlos al gran orador. Tal sucede sobre todo con un extenso razonamiento en favor de las llamadas Teóricas, ó fondos destinados á juegos públicos, cuyo empleo en cosas más útiles había pedido á menu-

[1]) § 2.

[2]) § 43.

[3]) *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 13, p. 994, dice de este discurso: ὅλος ἐστὶν ἀκριβὴς καὶ λεπτὸς καὶ τὸν Λυσιακὸν χαρακτῆρα ἐκμέμακται εἰς ὄνυχα.

[4]) Todas las razones arriba expuestas fueron ya aducidas por Libanio, quien en este punto sigue á otros críticos más antiguos. Véase Harpocracion en Ἡγήσιππος, Ἀλέξανδρος y Ἐλάτεια.

[5]) Vömel, *Proleg. in orat. de Halonneso*, § 4.

[6]) Tal sucede en la conclusión, § 45: ὅσοι δ' Ἀθηναῖοι ὄντες μὴ τῇ πατρίδι, ἀλλὰ Φιλίππῳ εὔνοιαν ἐνδείκνυνται, προσήκει αὐτοὺς ὑφ' ὑμῶν κακοὺς κακῶς ἀπολωλέναι, εἴπερ ὑμεῖς τὸν ἐγκέφαλον ἐν τοῖς κροτάφοις καὶ μὴ ἐν ταῖς πτέρναις κατεπεπατημένην φορεῖτε. Véase Hermógenes, περὶ ἰδεῶν, I, 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do Demóstenes con gran empeño. Así pues, en su forma actual, este discurso no puede ser auténtico [1]); antes bien, parece estar compuesto de fragmentos que quizá se hallaron entre las obras póstumas de Demóstenes, mezclados con otros de procedencias diversas [2]).

Aun es más desfavorable el juicio que se ha formado del discurso que Dionisio de Halicarnaso, sin poner en duda su autenticidad, denomina «la última Filípica» [3]), y el cual es conocido con el título de *Respuesta á la epístola de Filipo* (πρὸς τὴν ἐπιστολὴν τὴν Φιλίππου). Aun cuando la citada epístola fuera auténtica [4]), sólo podría tenerse este discurso por una falsificación hecha en época posterior, como lo demuestra suficientemente su completa insignificancia. Lo mismo puede decirse del discurso *Sobre el orden* (περὶ συντάξεως), contado por unos en el número de las Filípicas, y considerado por otros como una simple amonestación. En cambio, por lo que toca á la última de las arengas que con el nombre de Demóstenes ha llegado hasta nosotros, el discurso *Sobre los pactos con Alejandro* (περὶ τῶν πρὸς Ἀλέξανδρον συνθηκῶν), es de advertir que puede decirse de él lo mismo que dejamos ya dicho acerca de la oración *Sobre Haloneso*. Pero así como de ésta sólo puede darse por conocido el autor, de aquél sólo puede determinarse la época en que fué pronunciado, y de ninguna manera el orador á quien se debe [5]).

Examinar en conjunto los discursos forenses que aun se conservan con el nombre de Demóstenes, es tanto menos factible

[1]) Aunque Dionisio de Halicarnaso tiene por auténtico este discurso, otros escritores posteriores lo consideran sospechoso, fundándose en un pasaje del § 6: μανδραγόραν πεπωκόσιν ἤ τι φάρμακον ἄλλο τοιοῦτον ἐοίκαμεν ἀνθρώποις. Véase Ioa. Sic., *In Hermog.* en los RHET. GR., t. 6, p. 253 de Walz: Ἀναστάσιος δὲ ὁ Ἐφέσιος καί τινες τῶν τεχνογράφων ἐκ τῆς λέξεως ταύτης νοθεύουσι τὸν λόγον. Observaciones análogas á las que han hecho acerca de este discurso los críticos modernos, hicieron ya, según el escoliasta, los retóricos Alejandro, Dióscoro y Zenon.

[2]) Esta explicación dada por H. Weil, parece preferible á la de Blass, según la cual la digresión sobre las Teóricas fué obra de un falsario.

[3]) *Epist. ad Ammæum*, pr. 10.

[4]) No es inverosímil la hipótesis de H. Weil, según la cual fué escrita por el mismo Píton. En favor de esta conjetura habla el estilo isocrático de la obra.

[5]) Dionisio, *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 57, p. 1127, lo incluye en el número de los discursos apócrifos; Libanio supone que era autor de esta obra el orador Hipérides, al paso que otros, como se infiere del dicho del escoliasta, lo atribuían á Hegesipo. En concepto de Spengel, *Die* Δημογορίαι *des Demosthenes*, p. 315, es de los primeros tiempos del reinado de Alejandro.

cuanto que precisamente el interés que la mayoría de ellos ofrece está en los asuntos, y muchos no tienen derecho alguno á ser considerados como obras del gran orador. Las dudas ya sobre esto formuladas por los críticos antiguos, pueden ser admitidas sin reparo, aun cuando no siempre se conozcan los motivos que les determinaron á consignarlas. Sin embargo, entre los discursos de este género, el número de falsificaciones propiamente dichas, ó para hablar con más exactitud, de oraciones falsificadas de intento con el nombre de Demóstenes, es pequeño en comparación con las que parecen habérsele atribuído por error. Según opinión unánime de los eruditos modernos, deben contarse entre las primeras las dos acusaciones *Contra Aristógiton*. Nada importa que la réplica de Aristógiton, el enemigo de Demóstenes, de Hipérides, de Licurgo, á quien Quintiliano cuenta entre los oradores llamados áticos [1]), y el cual debe á su insolencia el sobrenombre de «perro», á una acusación contra él dirigida por Licurgo y Demóstenes [2]), sea ó no auténtica; de todas suertes, debe ser considerada como punto de partida de los dos discursos que corren con el nombre de Demóstenes, los cuales, por lo demás, como demuestra claramente la desemejanza del estilo, son obras de diversos autores.

No puede determinarse con la misma seguridad el origen del último de los discursos denominados *Sobre la tutela*, esto es, el tercero *Contra Afobo*. Si, por una parte, ofrece pocas garantías de verosimilitud la opinión de que semejante asunto—se trata de la defensa de un cierto Fano, cuyo testimonio contra Afobo había sido redargüido de falso—podía interesar á cualquiera otra persona que no fuese Demóstenes, por otra, como con razon ha observado un crítico, la circunstancia de invocarse en este discurso hechos y argumentos de que no se halla huella en los anteriores, parece excluir toda sospecha de falsificación [3]).

Por lo que hace á los demás alegatos no originales de Demós-

[1]) *Instit. orat.*, 12, 10, 22.

[2]) Focio, *Bibl.*, p. 491, a, 36, la menciona; pero sólo para combatir, fundándose en ella, la opinión de Dionisio respecto á la falsedad del discurso atribuído á Demóstenes.

[3]) Véase Blass, *op. cit.*, p. 205 y ss. Además de éste, combaten la hipótesis formulada por A. Schäfer y otros, sobre que este discurso es falsificado, Weil, *Harangues de Démosthène*, París, 1807, p. IV, y Dareste, *Plaidoyers civils de Démosthène*, t. 1, p. 44 y 66.

tenes, advertiremos que faltan noticias para poder determinar quiénes sean el autor ó autores de algunos de ellos; mientras que á otros, casi se les puede considerar como obras de aquéllos en cuyo favor fueron pronunciados. Los primeros, esto es, los discursos *Contra Beoto, sobre la dote; Contra Lacrito*, *Contra Teocrines*, *Contra Fenipo* y *Contra Dionisodoro*, han sido excluídos del número de los que sin duda son del gran orador, por haber sido ya puesta en tela de juicio su autenticidad por los antiguos, y no existir razon alguna para contradecir una opinión cuya exactitud está en perfecta armonía con los resultados que arroja el paralelo entre éstos y los indiscutiblemente auténticos, lo mismo en lo que respecta al fondo que en lo que toca á la forma. En igual caso se encuentran los alegatos *Contra Macartato*, *Contra Olimpiodoro*, *Contra Leocares*, *Contra Apaturio* y *Contra Formion* considerados apócrifos por todos los investigadores, los cuales dudan al propio tiempo de la autenticidad del alegato *Contra Eubúlides*. Volviendo al discurso *Contra Zenotemis*, ya citado, observaremos que, según todas las apariencias, debe ser obra del mismo abogado que lo pronunció. Llamábase éste—así al menos se desprende del discurso—Demon, hijo de un primo de Demóstenes nombrado Demómedes, y el mismo que propuso fuese llamado Demóstenes del destierro [1]).

No deja de ofrecer grandes dificultades la tarea de determinar quién fuera el autor de varios discursos pronunciados, como abogado acusador, por Apolodoro. Entre ellos hay cuatro, los intitulados *Contra Nicóstrato*, *Contra Timoteo*, *Contra Evergo* y *Menesíbulo*, y *Contra Neera*, cuya paternidad negaron ya á Demóstenes los críticos antiguos. Lo mismo han hecho los modernos con los alegatos *Contra Calipo*, *Contra Policles*, y los dos *Contra Estéfano*. Si esta opinión es exacta, la investigación de su verdadero autor ha de ser para nosotros materia de muy secundario interés. La opinión emitida por el autor de la obra más importante y extensa sobre Demóstenes, según la cual estos discursos deben considerarse como trabajos del mismo Apolodoro, parece haber sido formulada ya, al menos en parte, por los antiguos [2]). Dilucidar detenidamente aquí

[1]) El nombre se encuentra en el § 32. Véase Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 27. Según testimonio del poeta cómico Timocles, en Ateneo, 8, p. 341 y 342, Demon era del número de los sobornados por Harpalo.

[2]) A esto se refiere la observación del escoliasta del discurso de Esquines

este punto, sería tanto menos oportuno, cuanto que el interés que ofrecen las referidas oraciones no es ciertamente el que, dada la índole del presente libro, debe llamar más nuestra atención [1]). Agrégase á esto, que ni la gloria de Demóstenes padece quebranto alguno porque se le niegue la paternidad de dichos discursos y de todos los que se encuentran en caso análogo, ni por ello nos colocamos en la imposibilidad de apreciar y conocer suficientemente sus dotes y recursos de orador, en los distintos géneros en que se han manifestado. Para esto último, bastan sus oraciones indiscutiblemente auténticas, ó las que no han sido excluídas del número de sus obras, por razones incontrovertibles y decisivas.

Entre los discursos que ahora vamos á examinar, el único que se encuentra en este último caso, es el que versa *Sobre la Corona de Trierarca* (περὶ τοῦ στεφάνου τῆς τριηραρχίας), el cual debe ser próximamente de la época de los pronunciados por Demóstenes en los diversos litigios contra sus tutores: esto es, los tres alegatos *Contra Afobo* y los dos *Contra Onetoro*. De la clasificación que nos ha trasmitido la antigüedad, así como de las indicaciones de Libanio, resulta que también se creyó que era Apolodoro el que, como abogado, había pronunciado el discurso *Por la Corona*, sin que por otra parte, hubiese ningún otro fundamento que abonara esta opinión. Ahora bien: lo mismo la corta edad que Demóstenes contaba en esta época, que la circunstancia de que al comienzo de aquella obra aparece citado Cefisodoto como sinegoro del querellante, parece dar ciertas garantías de verosimilitud á la hipótesis de que pudiera ser este orador [2]), el autor de ella. El discurso en cuestión, no es por otra parte, ni más ni menos que

Sobre la traición de la Embajada, § 165: ἐκ τούτου δῆλον ὅτι καὶ οἱ περὶ τὴν οἰκίαν (Schäfer supone que debiera decir οὐσίαν) Ἀπολλοδώρου λόγοι οὐκ Ἀπολλοδώρου, ἀλλὰ Δημοσθένους. Contra la opinión de que el retórico Tiberio, *De figuris*, c. 14, en RHET. GR. de Walz, t. 8, p. 543, tuvo por obra de Apolodoro el primer discurso contra Estéfano, del cual cita un pasaje, § 84, añadiendo: καὶ πάλιν Ἀπολλόδωρος· «ἐγὼ γὰρ... οὐκ οἶδα», se pronuncia Weil, *Harangues de Démosthène*, p. II, nota 1, al suponer que debe leerse καὶ πάλιν ὡς Ἀπ. Al mismo tiempo llama la atención sobre la circunstancia de que lo mismo los pasajes que le preceden que los que le siguen están tomados de Demóstenes.

[1]) Además de las investigaciones de A. Schäfer, *op. cit.*, vol. 3, 2, p. 184, y de la disertación de Sigg, *Der Verfasser neun angeblich von Demosthenes für Apollodor geschriebener Reden*, en el 9. SUPPLEMENTB. DER JAHRBÜCHER FÜR KLAS. PHILOLOGIE, 1873, basta con remitir al lector á las observaciones de Blass.

[2]) Nómbrasele repetidas veces en el libro III de la *Retórica* de Aristóteles.

el último alegato breve y conciso, pronunciado en un proceso que lo mismo puede ser tenido por de carácter político que por de índole privada [1]).

Por lo demás, pueden considerarse como obras de la juventud de Demóstenes, los discursos *Contra Espudias, sobre la dote* (πρὸς Σπουδίαν ὑπὲρ προικός), y *Contra Calicles, sobre daños hechos en un campo* (πρὸς Καλλικλέα περὶ χωρίου βλάβης). Ni uno ni otro sugieren motivo alguno para dudar de su autenticidad, y en ambos la exposición y desarrollo del asunto son por extremo sencillos. Lo mismo puede decirse del discurso *Contra Conon, sobre malos tratamientos* (κατὰ Κόνωνος αἰκίας), pronunciado según unos hacia el año 357, y según otros el 343 a. Chr. Resulta de todas suertes oscura, la relación que podía existir entre el centinela de las milicias fronterizas de Panacton mencionado en este alegato, causante de los malos tratamientos para los cuales Ariston, sinegoro desconocido, pide justicia [2]), y el de que habla Demóstenes en su discurso *Sobre la traición de la Embajada* [3]), pronunciado en el año últimamente indicado. Que en esta época interviniera Demóstenes en tal cuestión, habría que tenerlo por verosímil, si, lo que no puede asegurarse, le hubiesen movido á ello razones especiales.

De carácter muy distinto y de mucho mayor alcance por la índole de sus asuntos, son los discursos comprendidos en el grupo á cuya cabeza figura el intitulado *Contra Androcion, sobre violación de la ley* (κατὰ Ἀνδροτίωνος παρανόμων). Según la cronología de Dionisio de Halicarnaso, es el primer discurso que compuso Demóstenes sobre cuestiones de carácter más ó menos político, y fué pronunciado el año 2 de la 106.ª Olimpiada, 355 a. Chr. [4]).

[1]) Además de A. Schäfer, *op. cit.*, vol. 3, 2, p. 157, se pronuncia por Cefisodoto A. Kirchhoff, *Ueber die Rede vom trierarchischen Kranze*, en las ABHANDLUNGEN DER BERLINER AKADEMIE, 1865. Las razones que Blass invoca en favor de Demóstenes son tanto menos decisivas, cuanto que el hecho de habérsenos trasmitido entre los discursos apócrifos, basta por sí solo para sospechar de su autenticidad; mientras que por otra parte las pruebas sacadas de la forma son siempre muy inseguras. Debe tenerse en cuenta además, la noticia de Dionisio de Halicarnaso, en la carta primera á Ammeo, c. 4, según la cual el primer discurso público de Demóstenes fué el dirigido contra Androcion.

[2]) *Loc. cit.*, § 3.

[3]) *Loc. cit.*, § 326.

[4]) *Epist. ad Ammæum*, pr. c. 4: δημοσίους δὲ λόγους ἤρξατο γράφειν ἐπὶ Καλλισ-

Esta oración ofrece gran interés, porque el hombre contra quien va dirigida es indudablemente el mismo á quien más adelante veremos figurar entre los llamados escritores átidas, que había sido uno de los primeros discípulos de Isócrates [1]), y que en la época en que fué acusado, hacía ya casi treinta años que intervenía en el desempeño de los negocios públicos [2]). Con este discurso, que era lo que entonces se llamaba una deuterologia, compuesta por Demóstenes para uno de los acusadores de Androcion, nombrado Diodoro, tiene grandes conexiones la oración *Contra Timarco* (κατὰ Τιμοκράτους παρανόμων), pronunciada el año 352 a. Chr.; pues que de ella resulta que Timócrates, partidario de Androcion, era un simple instrumento de este último; al paso que el discurso igualmente compuesto para Diodoro, va más bien enderezado contra el mismo Androcion.

Una acusación análoga fué la que dió margen al discurso *Contra Leptines* (περὶ τῆς ἀτελείας πρὸς Λεπτίνην), pronunciado poco tiempo después del dirigido contra Androcion, 354 a. Chr. Sin acusarle en nombre propio, sino sólo como sinegoro de uno de los dos autores de la proposición presentada á la Asamblea, esto es de Ctesipo, hijo de Chabrias, Demóstenes halló ocasión de hacer valer sus propias opiniones y sus dotes de orador. Para conseguir lo primero, Demóstenes se expresa en el exordio, concisa pero francamente afirmando que el convencimiento de los peligros que consigo podía traer la ley decretada por Leptines, era lo que le había movido á acudir á la tribuna. Lo segundo, logrólo con exceso según testimonio unánime de la antigüedad. El discurso contra Leptines, aunque es una deuterologia, y por consiguiente deja á un lado muchos puntos y aspectos de la cuestión ya expuestos sin duda por el primer sinegoro [3]), puede ser considerado con razon como una obra maestra, en que brillan con esplendor extraordinario las dotes oratorias y el talento político de su joven autor. Aun cuando fuera inexacta la noticia que hallamos en un escritor posterior, de que con este discurso Demóstenes aguardaba obtener un éxito comple-

τράτου ἄρχοντος... καὶ ἔστιν αὐτῷ πρῶτος τῶν ἐν δικαστηρίῳ κατασκευασθέντων ἀγώνων ὁ κατ' Ἀνδροτίωνος, ὃν γέγραφε Διοδώρῳ τῷ κρίνοντι παρανόμων.

[1]) § 4: ἔστι γὰρ τεχνίτης τοῦ λέγειν καὶ πάντα τὸν βίον ἐσχόλακεν ἐν τούτῳ.

[2]) § 66.

[3]) Fué éste un ciudadano llamado Formion, no conocido por ningún otro concepto, según se infiere de los §§ 51, 100 y 159.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to [1]), pues que gracias á él aquellos que habían perdido sus privilegios en virtud de la ley de Leptines, volvieron á recobrarlos, es por lo menos indudable que contribuyó á preparar la influencia que más tarde había de conquistar el gran orador.

Lo mismo que el discurso *Contra Timócrates*, fué pronunciado en el año 352 a. Chr. el dirigido *Contra Aristócrates*. Era, como las anteriores, una acusación por violación de la ley, con motivo de la proposición presentada por Aristócrates para que se concedieran á Caridemo, capitán al servicio del rey de Tracia, privilegios hasta entonces no acostumbrados en Atenas. Escribióla Demóstenes para Euticles, con el cual había sido aquél, Trierarca. Su objeto, por lo demás, según se desprende del mismo exordio, era de suma trascendencia; «no es, dice Demóstenes, enemistad personal lo que ha dado margen á esta acusación, sino el temor de que la posesión de Quersoneso corra peligro para Atenas.»

Por lo que toca á los discursos *En favor de Formion* (παραγραφὴ ὑπὲρ Φορμίωνος), *Contra Beoto, sobre el nombre* (πρὸς Βοιωτὸν περὶ τοῦ ὀνόματος), *Contra Panteneto* (παραγραφὴ πρὸς Πανταίνετον), y finalmente, el dirigido *Contra Nausímaco y Xenopites* (παραγραφὴ πρὸς Ναυσίμαχον καὶ Ξενοπείθην), nos contentaremos con sólo mencionarlos, pues que sería muy difícil, sin entrar en largas disquisiciones, dar idea clara de los asuntos—eran todos ellos litigios sobre posesión de bienes—que constituían el fondo de los respectivos procesos. Demóstenes no pronunció ninguno de estos discursos, ni siquiera el que compuso para Formion, no obstante que ya en el exordio se dice que no era el que lo pronunciaba, el mismo en cuyo favor había sido escrito [2]). Por lo demás, este discurso fué unánimemente tenido por el más hermoso de cuantos de análoga índole escribió Demóstenes como logógrafo.

Mucho mayor ó por lo menos más general, es el interés que ofrecen las tres oraciones que vamos á examinar ahora; no sólo porque las cuestiones en ellas tratadas son de mayor alcance, sino principalmente porque Demóstenes hablaba en causa propia.

[1]) Dion Crisóstomo, *Or.*, 31, 121.

[2]) Discurso *Para Formion*, § 1: τὴν μὲν ἀπειρίαν τοῦ λέγειν, καὶ ὡς ἀδυνάτως ἔχει Φορμίων, αὐτοὶ πάντες ὁρᾶτε, ὦ ἄνδρες Ἀθηναῖοι, ἀνάγκη δ' ἐστὶ τοῖς ἐπιτηδείοις ἡμῖν, ἃ σύνισμεν πολλάκις τούτου διεξιόντος ἀκηκοότες, λέγειν καὶ διδάσκειν ὑμᾶς. Esquines, en su discurso *Sobre la traición de la Embajada*, § 165, se limita á decir: ἔγραψας λόγον Φορμίωνι.

El primero de estos discursos, intitulado *Contra Midias* (κατὰ Μειδίου περὶ τοῦ κονδύλου), fué provocado por una bofetada dada á Demóstenes por un rico ateniense llamado Midias. Aunque ya esta ofensa era en sí y por sí misma grave, imprimíale aun peor carácter la circunstancia de hallarse desempeñando á la sazon voluntariamente Demóstenes, el cargo de Corego. Por lo que tocaba al ofensor, su conducta era evidentemente la explosión, así de una insolencia inaudita basada en sus cuantiosas rentas, como del odio que desde hacía largo tiempo profesaba al orador. No sólo había tenido ya Demóstenes ocasión de experimentar este encono, sino que más tarde habíalo aumentado considerablemente la resistencia que opuso al deseo expresado por Midias y sus amigos políticos, de intervenir en los asuntos de Eubea, en favor de un cierto Plutarco de Eretria [1]). Con tales circunstancias, no parece posible dudar, así de la justicia de la causa de Demóstenes, como de la gravedad de la ofensa que se le había inferido: todo lo cual contribuye á hacer aun más inexplicable su conducta en esta cuestión. Aun cuando la noticia de que á cambio de la suma de treinta minas pagadas por Midias, Demóstenes desistió de su acusación, descansa sólo en el testimonio de su rival Esquines, no cabe dudar de su exactitud [2]). No ha dejado ciertamente Plutarco de disculpar su conducta. Mas ni la razon por él alegada, á saber: que Demóstenes, merced á la posición que entonces ocupaba en la República, había tenido por imprevisto el resultado definitivo del proceso [3]), ni su natural espíritu conciliador, pueden ser considerados como argumentos decisivos en este asunto; antes bien, sólo pueden disculparle los desórdenes y cambios políticos tan frecuentes en aquella época, los cuales, con razon ha tomado para ello en cuenta un investigador moderno [4]).

Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el resultado

[1]) Discurso *Sobre la Paz*, § 5.

[2]) Discurso *Contra Ctesifon*, § 52: ἀπέδοτο τριάκοντα μνῶν ἅμα τὴν τε εἰς αὐτὸν ὕβριν καὶ τὴν τοῦ δήμου καταχειρατονίαν, § 84: ὁ γὰρ ἄνθρωπος οὐ κεφαλήν, ἀλλὰ πρόσοδον κέκτηται. Böckh, *Von den Zeitverhältnissen der Demosthenischen Rede gegen Meidias*, en las Abhandlungen der Berliner Akademie, 1818, Kleine Schriften, vol. 5, p. 163, nota 2, observa que todos los demás testimonios descansan única y exclusivamente en este pasaje.

[3]) *Vita Demosthenis*, c. 12.

[4]) Blass, *loc. cit.*, p. 37. Weil está también de acuerdo con esta última interpretación: *Les plaidoyers politiques de Démosthène*, Paris, 1877, p. 105.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

final fué que el alegato *Contra Midias* no llegó á pronunciarse. Por la misma razon, quizá tampoco llegó á publicarlo el mismo Demóstenes; conjetura que parece abonada por el estado actual del discurso, al cual evidentemente faltan los últimos toques. Que su forma es muy imperfecta, era ya opinión unánime de los críticos antiguos, cuya completa exactitud confirma el examen atento y detenido de la obra [1]). Desde luego choca la repetición textual de idénticas ideas, bien en distintos pasajes, bien en uno mismo y sucediéndose inmediatamente la una á la otra [2]). En la exposición de los hechos se encuentra una gran laguna, cuya existencia sólo puede explicar la misma causa que explica los demás defectos; á saber: que Demóstenes, no descendió á consignar los correspondientes testimonios, en un simple bosquejo de discurso [3]). Pero si, como se ve, la oración *Contra Midias* carece de la perfección que indudablemente le habría dado la última mano de su autor, no le faltan bellezas por las cuales puede colocársela en justicia al lado del discurso *Contra Leptines;* sólo que al examen de los hechos, aunque basado en una persuasión íntima, desapasionado y tranquilo, que hallamos en este último, reemplaza en aquél el apasionamiento y el odio provocados por la afrenta, á la cual habían precedido tantos insultos por parte del acusado. Si los esfuerzos del orador resultan hasta cierto punto ineficaces; si todos los recursos empleados por Demóstenes para presentar como inconcebible é inaudita la conducta de su adversario, y hacer ver que la ofensa era, por las circunstancias, mucho más que una simple afrenta personal, con el fin de persuadir á los jueces de que el interés público exigía el más rigoroso castigo; si á pesar de toda su habilidad, en suma, nos deja algo fríos, la causa de ello está mucho menos que en los citados defectos, en el desagrado que necesariamente inspira el término que tuvo una querella de tal manera y por tal motivo planteada [4]).

[1]) Acerca de este discurso y del intitulado *Sobre la traición de la Embajada*, observa Focio, *Bibl.*, c. 265, p. 491, a, después de llamar la atención sobre sus defectos: διὸ καί τινες ἔφησαν ἑκάτερον λόγον ἐν τύποις καταλειφθῆναι, ἀλλὰ μὴ πρὸς ἔκδοσιν διακεκαθάρθαι.

[2]) De esta suerte, un paralelo hecho ya en el § 101, aparece textualmente reproducido en los §§ 184 y 185. El contenido de los §§ 208 al 212 está repetido en extracto en el § 213. Compárense además los §§ 83 y 95.

[3]) Véase Böckh, *op. cit.*, p. 172.

[4]) En punto á la fecha del discurso *Contra Midias*, las opiniones son muy discordes.

No es ciertamente impresión alguna análoga á aquella, la que merma nuestra admiración hacia el gran orador, cuando leemos los dos discursos de que aun nos resta que hablar. No sólo sus asuntos son en sí y por sí mismos menos desagradables, sino que aumenta extraordinariamente nuestro interés así la consideración de que el peligro que Demóstenes corría era mucho mayor, como el hecho de que, gracias á excepcionales circunstancias, podemos comparar el uno con la réplica, y el otro con la acusación del adversario.

Ya hemos llamado antes la atención del lector sobre la repentina claridad con que aparecieron á los ojos de Demóstenes, así los propósitos de Filipo como la conducta de sus partidarios de Atenas, después de las dos embajadas de que en el año 346 a. Chr. había formado parte. Las primeras consecuencias, fueron los esfuerzos hechos por sus amigos, para que los secuaces de Filipo fuesen condenados. La acusación formulada por Timarco y Demóstenes contra Esquines, trajo como consecuencia la condena de Timarco, el año 345 a. Chr. Peor resultado tuvo el proceso entablado dos años después por Hipérides y Demóstenes contra Filócrates, al cual siguió pronto otro dirigido contra Esquines, á quien se acusaba de haber abusado, sobornado por Filipo, de las facultades de que se le invistió al enviarle á Persia. Sostener esta acusación era el objeto del discurso *Sobre la traición de la Embajada* (κατὰ Αἰσχίνου περὶ τῆς παραπρεσβείας).

Realmente es para admirar la escasez de noticias que en época posterior se tenían sobre los pormenores de un verdadero pugilato de elocuencia, que, como asegura uno de los interesados en él, había escuchado la mayoría de los ciudadanos de Atenas [1]). No sólo Plutarco, sino quizá también Dionisio de Halicarnaso [2]), son de opinión de que el proceso no llegó nunca á incoarse. El primero de estos escritores se afirma en su creencia, no obstante conocer el testimonio de Idomeneo de Lampsaco, según el cual Esquines fué absuelto sólo por una mayoría de treinta

[1]) Esquines, discurso *Sobre la traición de la Embajada*, § 5: σχεδὸν δ' οἱ πλεῖστοι τῶν πολιτῶν πάρεισιν.

[2]) Tal infiere H. Weil, *op. cit.*, p. 234, de la expresión καὶ τὸν κατ' Αἰσχίνου συνετάξατο λόγον usada por él en la *Epist. ad Ammæum.* pr. c. 10; pues que cuando habla de discursos realmente pronunciados, se sirve de los vocablos εἶπε, ἀπήγγειλε, διέθετο, διελήλυθε.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

votos [1]). Mas aunque Idomeneo, el amigo de Epicuro, no se distingue en manera alguna por la seguridad y exactitud de sus testimonios, era, sin embargo, lo bastante próximo á la época de que aquí se trata, para estar suficientemente enterado de cuanto entonces sucedió. Así pues, no parece que Plutarco esté completamente en lo justo, al invocar en apoyo de su juicio la circunstancia de que no se aluda á este primer proceso, en los dos discursos posteriores de ambos rivales. Aun sin invocar un dicho del mismo Demóstenes alusivo á la absolución de Esquines [2]), no faltan razones suficientes que expliquen este silencio. No es más decisivo el argumento sacado de la discordancia entre dos pasajes de ambos discursos, relativos al cómico Sátiro [3]). Lo mismo esta que otras diferencias consistentes en omisiones ó variantes en los detalles de la exposición, deben con mucho más motivo considerarse como deliberadamente introducidas en alguna refundición posterior [4]). Que esta refundición se hizo, en efecto, en algún tiempo, sólo podría ponerse en duda, si se diera fe al juicio de algunos críticos antiguos, según el cual, el discurso de Demóstenes *Sobre la traición de la Embajada*, se encuentra en el mismo caso que la oración *Contra Midias* [5]). Las razones en que dicho parecer se apoya, están sin embargo, muy lejos de tener la misma fuerza que las que se alegaron al tratar de este último discurso, las cuales evidentemente no pueden ser contradichas. No más persuasivos son los ensayos hechos por modernos eruditos, para salvar los supuestos defectos del discurso, bien alterando el orden de algunas de sus partes, bien admitiendo grandes interpolaciones [1]). Si es chocante el hecho de no hallarse en los críticos antiguos tales juicios respecto de un discurso tenido entonces por una obra maestra [2]), es aun más extraña la unanimidad con que buen número de investigadores modernos ha tomado bajo su protección esta arenga, y tiende sobre todo á demostrar que la amalgama de la exposición de los hechos y de las pruebas, de la defensa y de la acusación, fué intencional y premeditada: el soborno de Esquines, dicen, era indudable; mas como para evidenciarlo faltaba la prueba jurídica, y esta falta debía ocultarla el orador por cuantos medios hallara á mano, es claro que sólo había de intentarlo no ofrecienndo á sus oyentes ocasión alguna de darse cuenta de ella.

Más decisivo que este primer encuentro entre ambos rivales, fué el segundo. Esta vez, Demóstenes llevaba la ventaja de intervenir en el asunto en propia defensa. Por otra parte, su triunfo debía resultar tanto más brillante, cuanto que su transcendencia había de ser mucho mayor que la que cumplía á la cuestión materia del proceso. Este fué motivado por la proposición presentada por Ctesifon, para que se concediese á Demóstenes la corona de oro, ante todo por la liberalidad con que había contribuído á la reedificación de las fortificaciones de Atenas, acabada por iniciativa suya diez meses después de la batalla de Queronea, y en segundo término, como expresión del reconocimiento de los atenienses á los servicios que les había prestado y á su dirección política. La réplica formulada por Esquines contra la propuesta de Ctesifon, aprobada ya por el Consejo y sometida á la votación del pueblo, en la cual acusaba á aquél de querer violar la ley, abra-

[1]) Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 15: ὁ δὲ κατ' Αἰσχίνου τῆς παραπρεσβείας ἄδηλον εἰ λέλεκται· καίτοι φησὶν Ἰδομενεὺς παρὰ τριάκοντα μόνας τὸν Αἰσχίνην ἀποφυγεῖν. ἀλλ' οὐκ ἔοικεν οὕτως ἔχειν τἀληθές, εἰ δεῖ τοῖς περὶ στεφάνου γεγραμμένοις ἑκατέρων λόγοις τεκμαίρεσθαι. μέμνηται γὰρ οὐδέτερος αὐτῶν ἐναργῶς οὐδὲ τρανῶς ἐκείνου τοῦ ἀγῶνος ὡς ἀχρὶ δίκης προελθόντος.

[2]) Discurso *Por la Corona*, § 142: ἐκεῖνο φοβοῦμαι, μὴ τῶν εἰργασμένων αὐτῷ κακῶν ὑπολειφθῇ οὗτος ἐλάττων· ὅπερ πρότερον συνέβη, ὅτε τοὺς ταλαιπώρους Φωκέας ἐποίητ' ἀπολέσθαι τὰ ψευδῆ δεῦρ' ἀπαγγείλας. Véanse los §§ 79 y 81 del discurso de Esquines *Contra Ctesifon*.

[3]) Demóstenes, discurso *Sobre la traición de la Embajada*, § 192 y ss. Esquines, §§ 156 y 157. El escoliasta del último pasaje dice: ἐκ δὴ τούτων δῆλον ὅτι οὐκ ἐλέχθησαν οἱ λόγοι· οὐ γὰρ ἂν ἄλλ' ἀκούσας ὁ Αἰσχίνης ἄλλα ἔλεγεν, ἀλλὰ δῆλον ὅτι ἃ ὑπενόησεν ἐρεῖν αὐτὸν πρὸ τοῦ ἀγῶνος ταῦτα ἐνέγραψεν. La última observación parece una refutación de la primera.

[4]) Con razon observa el escoliasta de Esquines, *loc. cit.*, § 6: πολλὰ γὰρ εἰκὸς εἰπεῖν αὐτὸν (esto es, Demóstenes) ἐν τῷ ἀγῶνι καὶ παραλιπεῖν ἐν τῷ λόγῳ, ἀποδοκιμάσαντα (según una corrección justa, en lugar de δολιμάσαντα) ὡς περιττά. Véase además Weil, *op. cit.*, p. 235 y 236.

[5]) Focio, *Bibl.*, p. 491: μάλιστα δὲ ὁ κατ' Αἰσχίνου λόγος παρέσχεν αἰτίαν ἐν ὑπομνήμασι καταλελεῖφθαι οὕπω τὴν ἐργασίαν ἀπειλημμένως τελείαν· διὸ καὶ ἃ πρὸς τὴν κατηγορίαν πολλὴν ἔσχε τὴν ἀμυδρότητα καὶ κουφότητα ἐπὶ τῇ τελευτῇ τοῦ λόγου παρέθετο· ὅπερ οὐκ ἂν περιεῖδεν ὁ ῥήτωρ, εἰς ἐξεργασίαν ἀκριβεστέραν τῶν ἰδίων λόγων καταστάς.

[1]) Ha hecho lo primero Spengel, *Die disposition der Demosthenischen Rede*, περὶ παραπρεσβείας, en el Rhein. Museum, vol. 16, p. 476 y ss., cuya conducta han seguido otros; lo último lo ha hecho principalmente O. Gilbert, *Die Rede des Demosthenes*, περὶ παραπρεσβείας, Berlin, 1873.

[2]) Ciceron, *Orat.*, 31, 111, lo coloca al nivel del discurso *Por la Corona*. Filóstrato, *Vit. sophist.*, 1, 7, 3, cuenta que Dion Crisóstomo consagró á esta obra y al *Fédon* de Platon, por espacio de mucho tiempo, todas sus horas de lectura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zaba tres puntos. En primer lugar, sostenía que era inexacto que Demóstenes, con sus discursos y sus actos, hubiese labrado el bien del pueblo; en segundo, que era contrario á la ley coronar á un ciudadano antes de rendir cuentas; y en tercero y último término, que era también ilegal coronarlo en el teatro con ocasión de las Grandes Dionisiacas, en lugar de hacerlo en la Asamblea popular.

Fácilmente se comprende la extraordinaria latitud dada lo mismo á la acusación que á la defensa. Si toda discusión, según general costumbre de los antiguos, ofrecía ya coyuntura suficiente para examinar la conducta y proceder del adversario hasta en los más recónditos pormenores de la vida privada, con más motivo debía hacerse en un proceso político, cuyo término había de acarrear necesariamente la ruina de uno de los dos adversarios.

El espacio de casi siete años que medió entre la presentación de la acusación y la vista del proceso, celebrada el año 3 de la 112.ª Olimpiada, 330 a. Chr., lejos de calmar el odio de ambos rivales, pareció aumentarlo. Y era que, en realidad, no se trataba solo del pasado, sino de la prosecución de la lucha entre los que desde hacía largo tiempo figuraban al lado del rey de Macedonia, y los que sólo aguardaban una ocasión favorable para libertar definitivamente á Atenas del yugo que sobre ella pesaba. Así pues, no sólo para los atenienses, sino para la Grecia entera [1]), la contienda entre los dos primeros oradores de su época era un acontecimiento de la mayor importancia que vivió largo tiempo en la memoria de las generaciones.

En dos puntos de los tres que abarcaba la acusación, tenía indudablemente Esquines la ley de su parte, en tal manera, que Demóstenes no pudo demostrar lo contrario. Los precedentes en que intentaba apoyarse, eran también en el fondo verdaderas violaciones de la ley, de las que acostumbraban permitirse los partidos políticos que ocupaban el poder. Ahora bien: al presentar Esquines como la cuestión que ante todo y sobre todo le importaba, los honores reclamados para Demóstenes [2]), colocaba la contien-

[1]) La fecha se encuentra en Dionisio de Halicarnaso, *Epist. ad Ammæum*, pr. c. 12: ἐπ 'Αριστοφῶντος ἄρχοντος, con cuyo dato se muestra de acuerdo Teofrasto, *Charact.*, 7, al hablar de la lucha bajo el arcontado de Aristofon.

[2]) Véase Ciceron, *De opt. gen. orat.*, c. 7, 22: *Ad quod iudicium concursus dicitur e tota Graecia factus esse. Quid enim tam aut visendum aut audiendum fuit quam summorum oratorum in gravissima causa accurata et inimicitiis incensa contentio*, lo cual

da en un terreno, en el cual era mucho más fácil á su adversario valerse de su superioridad.

No hemos de presentar nosotros aquí el cuadro de la vida política de Demóstenes, tan admirablemente por él mismo bosquejado, ni llamar la atención sobre cada una de las descripciones, jamás igualadas, que animaban y sostenían en los atenienses el recuerdo de los trascendentales acontecimientos y alternativas de la lucha contra Filipo, desde la nefasta paz del año 346 a. Chr. Aunque en realidad, y miradas bajo otro punto de vista, algunas de las censuras dirigidas contra la conducta de Demóstenes, puedan creerse más ó menos justificadas, por haber pasado éste en silencio, por ejemplo, ciertos cargos que le fueron hechos por Esquines, en el modo y manera como lo hizo se ve la prueba más clara de su extraordinaria habilidad y de su admirable tacto, así en la elección de los puntos que había de tocar, como en lo relativo al orden en que debía tratarlos. De la libertad que para sí pide en el comienzo de su oración [1]), con el fin de no sujetarse en la defensa al orden seguido por su adversario, hace el más cumplido uso [2]). Muchos de los extremos expuestos con gran proligidad por Esquines, los trata Demóstenes muy á la ligera, y en cambio se extiende en otros de los cuales no había aquél hablado. Pero donde más se patentiza su habilidad, es en el punto indudablemente más difícil y delicado de la defensa: ¡con cuánto calor pide que se juzgue su conducta, no por los resultados, sino por sus aspiraciones y deseos! Las repetidas alusiones que hace á la fuerza incontrastable del poder que rige los destinos de la humanidad; aquel paralelo con el capitán de un buque que ha hecho cuanto ha podido por salvar la nave, pero que resulta impotente contra el Océano desencadenado; por último, la frase final: «yo no mandaba en la Tyche, sino que ella lo domina todo» [3]), donde no puede verse la

parece descansar en lo que Esquines dice en su discurso *Contra Ctesifon*, § 56: καὶ τῶν πολιτῶν, ὅσοι γε ἔξωθεν περιεστᾶσι, καὶ τῶν 'Ελλήνων, ὅσοις ἐπιμελὲς γέγονεν ἐπακούειν τῆσδε τῆς κρίσεως.'

[1]) Discurso *Contra Ctesifon*, § 49: ἔστι δ' ὑπόλοιπόν μοι μέρος τῆς κατηγορίας ἐφ' ᾧ μάλιστα σπουδάζω· τοῦτο δ' ἐστὶν ἡ πρόφασις δι' ἣν αὐτὸν ἀξιοῖ στεφανοῦσθαι.

[2]) § 2: τοῦτο δ' ἐστὶν οὐ μόνον τὸ μὴ προκατεγνωκέναι μηδέν, οὐδὲ τὸ τὴν εὐνοίαν ἴσην ἀποδοῦναι, ἀλλὰ καὶ τὸ τῇ τάξει καὶ τῇ ἀπολογίᾳ, ὡς βεβούληται καὶ προῄρηται τῶν ἀγωνιζομένων ἕκαστος οὕτως ἐᾶσαι χρήσασθαι. Véase Quintiliano, 7, 1, 2.

[3]) § 192 y ss.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más débil sombra de disculpa, si no antes bien la conciencia de no haber aconsejado nunca más que lo justo, lo digno, y jamás nada que pudiera deslustrar el glorioso pasado de Atenas: todo ello basta para explicar un éxito, cuya trascendencia evidentemente no presentía Esquines, pues que nada le impidió ó evitar en absoluto la contienda, ó retardarla hasta más favorable ocasión. Nosotros, sin embargo, debemos estarle agradecidos de que así no lo hiciera; pues sin su audacia, nos veríamos privados de una obra que, según Ciceron, responde completamente al ideal de la elocuencia [1]).

Como el discurso *Sobre la traición de la Embajada*, el intitulado *Por la Corona* puede deber también su forma actual á una refundición posterior. Sería de gran interés investigar las alteraciones y adiciones hechas en aquella arenga [2]), aun cuando difícilmente podrían obtenerse resultados seguros. En cambio, por lo que hace á la opinión formulada por un crítico moderno, según la cual el discurso *Por la Corona* está formado de dos como bosquejos ó borradores escritos en distintas épocas, y los cuales fueron inhábilmente refundidos en uno después de muerto Demóstenes [3]), basta para refutarla considerar cuán extraño sería que semejante amalgama en una obra tan admirada, tan atentamente leída y analizada en todas sus partes por los antiguos, hubiera podido pasar por completo inadvertida á la penetración de aquéllos. Esto aparte, de que de la lectura que el mismo Esquines hizo del mencionado discurso [4]), se puede inferir la época de su publicación. Mas aunque se comprende el por qué Demóstenes no publicó él mismo su elegato *Contra Midias*, no existe motivo alguno análogo aplicable al discurso *Por la Corona*. Antes bien, podrían invocarse otras razones en apoyo de la opinión de que debió ver la luz en

[1]) *Orator*, c. 38, 133: *Ea profecto oratio in eam formam quæ est insita in mentibus nostris sic includi potest, ut maior eloquentia non requiratur*, de acuerdo en todo con Dionisio de Halicarnaso, *De verbor. compos.*, c. 25, p. 204.

[2]) Es perfectamente ajena á esta cuestión, la que se refiere á los documentos incluidos asi en este como en otros discursos, en los cuales no tenemos para qué ocuparnos en este lugar.

[3]) A. Kirchhoff, *Ueber die Redaktion der Demosthenischen Kranzrede*, en las ABHANDLUNGEN DER BERLINER AKADEMIE, 1875, p. 59 y ss. Véase también H. Weil, *De la rédaction et de l'unité du discours de la couronne*, en el ANNUAIRE DE L'ASSOCIATION POUR L'ENCOURAGEMENT DES ÉTUDES GRECQUES, 10.e année, Paris, 1876, p. 170 y ss.

[4]) Véase la pág. 326 del presente tomo.

plazo breve. Sobre todo, induce á creerlo así el carácter eminentemente político de la obra. Juntamente con la importancia que ha conservado á través de los siglos, esta oración tenía para los contemporáneos otro gran interés: el de ser prueba palmaria de lo poderosos que eran aún en Atenas los enemigos de Macedonia.

El discurso *Por la Corona*, el más hermoso de Demóstenes, es al mismo tiempo su postrera obra; por lo menos hay que considerarla como la última de las que han llegado hasta nosotros, mientras no se demuestre que son auténticos algunos de los alegatos que se dicen compuestos para otras personas ó las *Cartas* que se han conservado con su nombre. Ni lo uno ni lo otro, sin embargo, llegará á lograrse. Por lo que toca á las Cartas, hablan contra su autenticidad no sólo las razones generales que inducen á desconfiar justamente de todas las producciones de este género que la antigüedad nos ha trasmitido, sino además el tono en ellas dominante. Ni aun la excusa que su más moderno campeón ha creído ver en la vejez del autor [1]), debiera apenas bastar, prescindiendo ahora de otras consideraciones, para suponer á Demóstenes capaz de escribir tales lugares comunes: que no otra cosa son los que en general constituyen los asuntos de dichas epístolas. Como es natural, esto no excluye el que su autor, que en todo caso no debía ser muy posterior á Demóstenes, pudiera conocer algunos hechos históricos de que nosotros no tenemos noticia por otras fuentes.

Por lo que hace á la colección de cincuenta y seis *Proemios* (προοίμια δημηγορικά) ó de mayor número aun si se admite la disgregación de algunas piezas, es naturalmente muy difícil decidir sobre su autenticidad. Apenas puede invocarse en su abono, el hecho de figurar en ella cinco proemios idénticos á los de otros tantos discursos de Demóstenes que hoy se conservan; pues que de todas suertes no excluye la posibilidad de que fuesen mezclados con ellos, los de otros oradores [2]).

[1]) Blass, *op. cit.*, p. 391: «Realmente encuentro que su laconismo y pobreza de imágenes, eran consecuencias propias de la ancianidad.»

[2]) Las razones que pueden invocarse para demostrar que esta Colección es de Demóstenes, han sido expuestas por Blass, *op. cit.*, p. 281 y ss. No se sabe si Ciceron aludia á la de Demóstenes, al hablar de la Colección de proemios que cita en la *Epist. ad Attic.*, 16, 6, y 13, 32.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XLIX

Carácter de Demóstenes como orador y como escritor.

Ya en el capítulo precedente hemos tenido ocasión de observar con cuánto amor se dedicaron los retóricos posteriores á desentrañar, por decirlo así, el secreto de la superioridad del más celebrado entre todos los oradores áticos. Con esta tarea están sin duda íntimamente relacionadas las numerosas noticias que nos han sido trasmitidas, bien respecto de la educación intelectual de Demóstenes, bien más particularmente acerca de los medios por él empleados con perseverante empeño, para dominar ciertos defectos innatos que podían impedirle conseguir el anhelado triunfo en la tribuna pública. Mas sean estas anécdotas inventadas ó verdaderas, es lo cierto, que apenas alcanzan á explicar la diferencia que separa á Demóstenes de los demás oradores. En no pequeña parte, la enormidad de esta diferencia estriba en la abnegación y solicitud con que Demóstenes se consagró á la carrera que había elegido. Fué, pues, su abnegación, la que le dió fama de gran bebedor de agua [1]), y la que provocó la satírica frase de un rival suyo, por él tan hábilmente contestada [2]), de que sus discursos olían á lámpara. Por otro lado, es indudable que ni el trabajo más constante, ni la laboriosidad más entusiasta, habrían podido por sí solas asegurar á Demóstenes el puesto que ocupó entre los oradores antiguos. Para ello necesitaba además, no sólo un talento privilegiado, sino también el favor, en verdad poco frecuente, de circunstancias bajo cuyo influjo pudiera aquél desarrollarse y alcanzar su completa madurez.

[1]) Blass, *op. cit.*, p. 25, ha recopilado los pasajes en cuestión.

[2]) Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 8: εἰς τοῦτο δὲ ἄλλοι τε πολλοὶ τῶν δημαγωγῶν ἐχλεύαζον αὐτόν, καὶ Πυθέας ἐπισκώπτων ἐλλυχνίων ἔφησεν ὄζειν αὐτοῦ τὰ ἐνθυμήματα. τοῦτον οὖν ἠμείψατο πικρῶς ὁ Δημοσθένης· „οὐ ταῦτα γάρ, εἶπεν, ἐμοί τε καὶ σοι, ὦ Πυθέα, ὁ λύχνος σύνοιδεν."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si la resolución de Demóstenes de estudiar la oratoria se explica por la necesidad en que se hallaba de demandar ante los tribunales á sus tutores, es de creer también que el haber oído un discurso de Calístrato, el orador ateniense más célebre de su época, fuese lo que en él despertara el deseo de desempeñar algún día un papel análogo en la República. Es tanto más difícil asegurar que fuera precisa semejante causa para que se desarrollase en Demóstenes una afición aun en germen, cuanto que las noticias que sobre el particular se nos han trasmitido, ni concuerdan entre sí, ni están en perfecta armonía con los hechos [1]). En todo caso, es indudable que semejantes estímulos no escaseaban en Atenas: en ninguna parte y en ninguna época, ha sido mayor el poder de la oratoria para conquistar influencia y valimiento, ni el don de la elocuencia ha constituído jamás como entonces la condición indispensable para intervenir con éxito en las luchas de la política. Mas precisamente en este punto, manifiéstase una gran diferencia entre Demóstenes de una parte, y oradores como Lisias é Isócrates por otra. Lo que para estos últimos había sido el objeto principal, no era para Demóstenes sino el medio de alcanzar un fin más elevado. De aquí que su actividad como logógrafo, no pueda juzgarse sino bajo un punto de vista análogo al de la de su contemporáneo Hipérides, y que se haya de creer que lo que su rival Esquines ha sostenido respecto á las lecciones por él dadas á algunos jóvenes, sólo descansa en una desfiguración completa de los hechos, ó por lo menos en una exageración de los mismos [2]).

Si para demostrar que desde un principio Demóstenes abrigó el propósito de intervenir en la dirección de los negocios públicos, basta con recordar lo joven que era cuando comenzó á desarrollar su programa político, aun prueba más el hecho de haber perseverado durante toda su vida en lo que puede considerarse como el verdadero objetivo de todos sus esfuerzos. Por desfavorable que, por lo demás, sea el juicio que se forme de aquella aspiración, es imposible desconocer el ideal que la animaba. La virtud persuasiva de la elocuencia de Demóstenes, tiene sus raíces ante todo y sobre todo en el entusiasmo por la grandeza de su patria,

[1]) Con las noticias de Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 5, no se compadece la edad de Demóstenes en la época en que fué incoado el proceso contra Calístrato, esto es, el año 3 de la 106.ª Olimpiada, 366 a. Chr., ni concuerda lo que refiere Hermipo, en Gelio, *Noct. att.*, 3, 13.

[2]) Discurso *Contra Timarco*, §§ 117, 170, 171, 173 y 175.

pero al mismo tiempo también en su intención sana y perfectamente moral. Sus bellezas, en cambio, son el fruto del más perfecto dominio de la forma, sin que por esto haya de atribuirse á esta última otro mérito que el de expresar los pensamientos de la manera más adecuada y enérgica. Lo que en primer término caracteriza á Demóstenes, es la riqueza de ideas tan exactas como elevadas; su argumentación, además, es siempre perfecta, y maravilloso su arte para sacar de un hecho dado todas las pruebas en él contenidas, ordenarlas hábilmente y dar de este modo á sus discursos una fuerza que jamás pudo imprimir á los suyos ningún otro orador de la antigüedad.

Pero semejante superioridad presupone necesariamente un trabajo serio y una meditación profunda, y sobre todo una idea de la misión del orador, que de ninguna manera puede estar en contradicción con la moral más severa. El mayor elogio de Demóstenes en este concepto, lo encontramos en un dicho de Panecio, filósofo estóico: «la mayoría de sus discursos, dice, están de tal manera escritos, que en todos ellos se revela el convencimiento de que sólo lo bueno y lo bello debe ser amado por sí mismo. De aquí que no intente inclinar á sus conciudadanos á lo que es más fácil, más cómodo, ó más útil, sino que á menudo les persuade á anteponer á su propia seguridad lo bello y lo honrado» [1]). Semejante dicho de un filósofo, es tanto más importante, cuanto que éstos suelen juzgar muy desfavorablemente á los oradores. El además, recuerda cuán en armonía estaban las ideas y conducta de Demóstenes, bajo el punto de vista ético, con el proceder y las doctrinas de Sócrates. Sin ir tan allá como Quintiliano, el cual ve en el juramento que el gran orador hizo en el discurso *Por la Corona*, por las almas de los guerreros muertos en Maraton, Platea y Salamina, la prueba de que Platon fué maestro de Demóstenes [2]), admitiremos que aquél ejerció en éste una influencia ostensible y no limitada á la forma. No discutiremos aquí si la tentativa de mostrar que ciertos pasajes de sus discursos son imitaciones de Platon, ha tenido ó no éxito [3]).

Por desgracia, ni sabemos quién era el peripatético anónimo

[1]) Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 13.

[2]) *Instit. orat.*, 12, 10, 23 y 24. Y en Ciceron, *Brutus*, c. 31, 121, donde dice: *Lectitavisse Platonem studiose, audivisse etiam Demosthenes dicitur: idque apparet ex genere et granditate verborum.*

[3]) Véase Heusde, *Initia philosophiæ platonicæ*, Lugd. Batav., 1842, p. 191 y ss.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuyas opiniones iba encaminada á refutar la primera de las cartas dirigidas á Ammeo por Dionisio de Halicarnaso, ni si intentó seriamente cimentar su creencia de que Demóstenes había recibido enseñanzas de Aristóteles y trasladado á sus discursos lo que de él había aprendido. En todo caso, semejante opinión no puede sostenerse en esta forma; mas no sería imposible comprender, por lo menos hasta cierto punto, cómo ha nacido. Demóstenes es, entre todos los oradores, aquél cuyo proceder, descansando siempre en la exactitud y justicia de las pruebas, más responde á la idea de la Retórica dada por Aristóteles. Claro es, que semejante correspondencia no presupone en manera alguna, influencia directa de Aristóteles en Demóstenes; pero sí demuestra, que Demóstenes se hallaba al nivel de la cultura de su época y que ésta se refleja bien en sus discursos.

Cuanto más claro ha sido este hecho para la antigüedad, tanto más comprensibles son las numerosas explicaciones que de él se han dado. Entre ellas, débese indudablemente contar lo que se ha dicho acerca del profundo estudio que Demóstenes hizo de Tucídides. Aunque anécdotas como la de que Demóstenes había copiado nada menos que ocho veces la obra del gran historiador [1]), ó la opinión aun más ridícula de que se hallaba familiarizado de tal modo con aquella producción, que si se hubiese perdido habría podido escribirla de nuevo [2]), no merezcan fe, demuestran por lo menos cuán general era la idea de que Demóstenes fué lector entusiasta de Tucídides. Que el gran orador, conocía la obra de este último, es indudable; pero todo lo demás, como se desprende en parte del tono y corte de las noticias mismas, descansa en meras hipótesis [3]).

[1]) Luciano, *C. indoct.*, c. 4.

[2]) Zozimo, *Vita Demosthenis.*

[3]) Dionisio de Halicarnaso, *Epist. ad Cn. Pompei.*, c. 3, p. 777, dice hablando de Tucidides: ἐμοὶ μέντοι καὶ τῷ φιλτάτῳ Καικιλίῳ δοκεῖ τὰ ἐνθυμήματα αὐτοῦ μάλιστα γε καὶ ζηλῶσαι Δημοσθένης. De una manera igualmente indeterminada, dice en *De Thucyd.*, c. 53, p. 944: ῥητόρων δὲ Δημοσθένης μόνος, ὥσπερ τῶν ἄλλων ὅσοι μέγα τι καὶ λαμπρὸν ἔδοξαν ποιεῖν ἐν λόγοις, οὕτω καὶ Θουκυδίδου ζηλωτὴς ἐγένετο κατὰ πολλά, καὶ προσέθηκε τοὺς πολιτικοὺς λόγους παὲ ἐκείνου, λαβών, ἃς οὔτ' Ἀντιφῶν, οὔτε Λυσίας, οὔτ' Ἰσοκράτης, οἱ πρωτεύσαντες τῶν τότε ῥητόρων, ἔσχον ἀρετάς, τὰ τάχη λέγω καὶ τὰς συστροφάς, καὶ τοὺς τόνους, καὶ τὸ στρυφνόν, καὶ τὴν ἐξεγείρουσαν τὰ πάθη δεινότητα. El autor de las *Vidas de los diez oradores*, p. 844, 6, dice: ζηλῶν Θουκυδίδην καὶ Ὁλάτωνα. Como se infiere de las palabras de Ciceron en el *Orator*, c. 9, 32: *Quis porro unquam Græcorum rhetorum a Thucydide quidquam duxit*, parece haber sido puesta en tela de juicio la opinión de que la lectura de Tucídides fué útil para los oradores posteriores.

Más fácil relativamente que inquirir el proceso de la educación intelectual y moral de Demóstenes, es determinar en qué consisten en definitiva sus excelencias y relevantes cualidades. Prescindiendo de algunas excepciones poco importantes, esto es, de aquellos que eligieron como modelos á Lisias ó Hipérides [1]), quizá no por otra razon sino porque consideraban más fácil rivalizar con ellos, la superioridad de Demóstenes jamás fué puesta entre los antiguos en tela de juicio. Así como á Homero se le llamaba el poeta, así las generaciones posteriores llamaron á Demóstenes, el orador [2]); no sólo sirve este último como de término de comparación para formar juicio de los demás oradores, sino que es el único á quien se ha comparado con Ciceron, como príncipe de la elocuencia romana.

Por lo que concierne á la influencia ejercida por Demóstenes en su auditorio, existe gran número de testimonios contemporáneos, de algunos de los cuales, por lo menos, puede sacarse partido. La anécdota referida por Plutarco, de que cuando Demóstenes subió por primera vez á la tribuna, fué exhortado por el triasio Eunomo á no dejarse intimidar por el fracaso sufrido, porque su dicción se asemejaba á la de Pericles [3]), no parece que deba merecer completo crédito. Más fidedignas son, en todo caso, las noticias referentes á su manera de accionar. Según una tradición á menudo citada, preguntado Demóstenes qué cosa era la más principal de la oratoria, contestó que la acción, y la misma respuesta dió al preguntársele á cuál correspondía el segundo lugar, y á cuál el tercero [4]). De aquí el que se diga que la mímica de Demóstenes era mucho más animada y enérgica que la de los demás oradores anteriores á él ó contemporáneos suyos. Es digna de nota la respuesta que según Hermipo, dió un cierto Esion, cuando habiéndosele preguntado el juicio que le merecían los ora-

[1]) Ciceron, en el *Brutus*, c. 83, 286, llama al logógrafo Carisio imitador de Lisias; al paso que Dionisio de Halicarnaso, *De Dinarcho*, c. 8, dice de algunos de los llamados oradores rodios, que eligieron por modelo á Hipérides. Véase Focio, p. 495, b, 5.

[2]) *Procl. chrest.*, en Focio, p. 319, a, 15: καθάπερ καὶ ὁ Ὅμηρος τὸν ποιητὴν καὶ ὁ Δημοσθένης τὸν ῥήτορα ᾠκειώσατο.

[3]) *Vita Demosthenis*, c. 6.

[4]) Filodemo, *Adv. rhet.*, 16, 3; Ciceron, *De orat.*, 3, 56; Quintiliano, *Instit. orat.*, 11, 3, 6, y otros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

dores antiguos y los de su tiempo, respondió que al oirlos, cualquiera admiraría en aquéllos la delicadeza y dignidad con que hablaban al pueblo; pero que leídas, las oraciones de Demóstenes aventajaban á las suyas en primor y energía [1]). Concuerda con este juicio el de Demetrio Faléreo, al calificar de afectada é innoble, la manera de accionar de Demóstenes [2]). Claro es, que no puede determinarse qué es lo que hay de cierto y razonable en esta censura; pero es en cambio, indudable, que la mímica viva, enérgica y animada de Demóstenes, que el mismo Demetrio opone incidentalmente á la de Esquines, al observar con tanta malicia como agudeza que no es para el orador, pero sí para el embajador, el conservar la mano sobre el pecho [3]), no sólo respondía perfectamente al gusto de la época, sino que además había llegado á prevalecer en la escena, puesto que se concedía la preferencia, no al mejor poeta, sino al mejor actor [4]). El mismo Esquines, debió reconocer que era subyugadora la impresión que en sus oyentes podía producir su rival. Cuéntase que cierta vez leyó á sus discípulos en su destierro de Rodas, el discurso *Por la Corona* de Demóstenes; y como aquéllos, llenos de verdadero asombro, prorrumpieran en aplausos, exclamó agitado por el recuerdo de la postrera contienda: «¡Cuál no habría sido vuestra admiración, si se lo hubiérais oído á él mismo!» [5]).

Dionisio de Halicarnaso, no contento con hacer ver cuán grande era la diferencia entre Demóstenes é Isócrates, merced á la importancia dada por aquél á la acción y al esmero que, según opinión general, puso en cultivarla [1]), ha intentado, con oportunos ejemplos, demostrar que las palabras del orador exigen ya por su propia índole ser dichas de una manera fija y determinada [2]). Mas por hábiles que hasta cierto punto sean sus observaciones sobre el particular, debemos prescindir de ellas con tanto más motivo, cuanto que es evidente que entre los discursos de Demóstenes que hoy se conservan y los que realmente pronunció, no existe perfecto acuerdo. Para probar que en la tribuna mostraba á menudo mayores confianza y audacia que las que revelan sus discursos escritos, invoca Plutarco el testimonio de Demetrio Faléreo, de Eratóstenes y de los poetas cómicos [3]). Según Eratóstenes, cuando hablaba dejábase arrastrar por la inspiración del momento [4]), y Demetrio cita un juramento en metro, que asegura pronunció Demóstenes arrebatado por el entusiasmo [5]). El hecho de figurar en los discursos de Esquines varios conceptos á que no responde ninguno de los contenidos en las oraciones de Demóstenes, parece demostrar que algunas de las ideas expuestas por este último, no fueron recogidas en sus discursos escritos. Entre ellas merecen atención especial, el paralelo por él establecido entre el tirano Dionisio y Esquines; la exhortación á los atenienses, á quienes aconseja estén siempre en guardia con él, como con un hombre funesto, y el sueño de una sacerdotisa siciliana, contenidas todas en el discurso *Sobre la traición de la Embajada* pronunciado por Demóstenes, y de las cuales no se halla vestigio alguno en el que hoy se conserva [6]).

Con esto hemos llegado al punto en que creemos á todo trance indispensable examinar con más detenimiento las relacio-

---

[1]) Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 11: Αἰσίωνα δέ φησιν Ἕρμιππος ἐρωτηθέντα περὶ τῶν πάλαι ῥητόρων καὶ τῶν καθ' αὑτὸν εἰπεῖν, ὡς ἀκούων μὲν ἄν τις ἐθαύμασεν ἐκείνους εὐκόσμως καὶ μεγαλοπρεπῶς τῷ δήμῳ διαλεγομένους, ἀναγιγνωσκόμενοι δ' οἱ Δημοσθένους λόγοι πολὺ τῇ κατασκευῇ καὶ δυνάμει διαφέρουσιν.

[2]) Filodemo, *Adv. rhet.*, 4, 16: παρὰ δὲ τῷ Φαληρεῖ λέγεται ὑποποίκιλον μὲν αὐτὸν ὑποκριτὴν γεγονέναι καὶ περιττόν, οὐχ ἁπλοῦν δὲ οὐδὲ κατὰ τὸν γενναῖον τρόπον, ἀλλ' ἐς τὸ μαλακώτερον καὶ ταπεινότερον ἀποκλίνοντα. Plutarco, *loc. cit.*: τοὺς μὲν οὖν πολλοὺς ὑποκρινόμενος ἥρεσκε θαυμαστῶς, οἱ δὲ χαρίεντες ταπεινὸν ἡγοῦντο καὶ ἀγεννὲς αὐτοῦ τὸ πλάσμα καὶ μαλακόν, ὧν καὶ Δημήτριος ὁ Φαληρεύς ἐστιν.

[3]) Discurso *Sobre la traición de la Embajada*, § 255.

[4]) Véase Aristóteles *Retórica*, 3, 1, p. 1403, b, 34.

[5]) Ciceron, *De orat.*, 3, 56, 213 y otros. El autor de las *Vidas de los diez oradores*, página 840, d, refiere el hecho del modo siguiente: ἀνέγνω... τοῖς Ῥοδίοις τὸν κατὰ Κτησιφῶντος λόγον ἐπιδεικνύμενος· θαυμαζόντων δὲ πάντων εἰ ταῦτα εἰπὼν ἡττήθη, οὐκ ἄν, ἔφη, ἐθαυμάζετε, Ῥόδιοι, εἰ πρὸς ταῦτα Δημοσθένους λέγοντος ἠκούσατε. La frase que Plinio, *Epist.*, 2, 3, pone en sus labios, es aun más enérgica: τί δὲ εἰ αὐτοῦ τοῦ θηρίου ἀκηκόατε.

---

[1]) *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 22.

[2]) *Op. cit.*, c. 53, p. 1118: αὐτὴ γὰρ ἡ λέξις διδάσκει τοὺς ἔχοντας ψυχὴν εὐκίνητον, μεθ' οἵας τῆς ὑποκρίσεως ἐκφέρεσθαι δεήσει.

[3]) *Vita Demosthenis*, c. 9.

[4]) *Loc. cit.*: Ἐρατοσθένης μέν φησιν αὐτὸν ἐν τοῖς λόγοις πολλαχοῦ γεγονέναι παράβακχον.

[5]) *Loc. cit.*: ὁ δὲ Φαληρεὺς τὸν ἔμμετρον ἐκεῖνον ὅρκον ὀμόσαι ποτὲ πρὸς τὸν δῆμον ὥσπερ ἐνθουσιῶντα· μὰ γῆν, μὰ κρήνας, μὰ ποταμούς, μὰ νάματα.

[6]) Esquines, *De fals. legat.*, § 70: ἐνεχείρησε δ' ἀπεικάζειν με Διονυσίῳ τῷ Σικελίας τυράννῳ, καὶ μετὰ σπουδῆς καὶ κραυγῆς πολλῆς παρεκελεύσαθ' ὑμῖν τὸ θηρίον φυλάξασθαι, καὶ τὸ τῆς ἱερείας ἐνύπνιον τῆς ἐν Σικελίᾳ διηγήσατο. Es inexacta la interpretación del escoliasta, según la cual las palabras en cuestión fueron pronunciadas por los dietetas ó árbitros. Véase A. Schäfer, *loc. cit.*, vol. 3, 2, página 69.

nes existentes entre los discursos realmente pronunciados por Demóstenes y sus oraciones escritas, ó mejor dicho, entre la verdadera actividad de Demóstenes como orador, y su actividad como logógrafo.

En un pasaje de sus *Instituciones Oratorias*, aconseja Quintiliano al orador novel, que no diga nunca cosa que antes no haya escrito, en cuanto la materia lo permita; y á este propósito invoca el testimonio de Demóstenes, según el cual, todo discurso, cuando fuera posible, debía ser esculpido antes que pronunciado [1]). Con esta opinión concuerda lo que Plutarco dice de su aversión á hablar sin prepararse, y de sus negativas á hacer uso de la palabra cuando de repente sus conciudadanos le invitaban á subir á la tribuna pública [2]). Si más adelante asegura que no negaba Demóstenes el esmero con que preparaba sus oraciones, declarando que ni escribía antes completamente sus discursos, ni hablaba nunca sin haber escrito algo [3]), esta noticia, que quizá como otras de Plutarco está basada en la autoridad de Demetrio Faléreo, debe tenerse por exacta en muchos casos. Como era natural, el carácter de los diversos discursos determinaba ya por sí solo una diferencia esencial; pues si las demegorias podían ser publicadas en la misma forma en que habían sido dichas, en los discursos de acusación y defensa, por el contrario, podía parecer oportuno introducir importantes modificaciones. No á otra cosa responden las divergencias que á menudo se encuentran entre los discursos hablados y los escritos. Además de los ejemplos citados, hay toda una serie de imágenes más ó menos atrevidas que Esquines cita como empleadas por su rival, y de las cuales no encontramos huella alguna en las oraciones de Demóstenes [4]). Aunque no se dice

[1]) *Instit. orat.*, 12, 9, 16: *Dicet scripta quam res patietur plurima, et, ut Demosthenes ait, si continget, et sculpta.*

[2]) Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 8.

[3]) *Loc. cit.*, donde dice á continuación de la respuesta á Piteas arriba citada: πρὸς δὲ τοὺς ἄλλους οὐ παντάπασιν ἦν ἔξαρνος, ἀλλ' οὔτε γράψαι οὔτ' ἄγραφα κομιδῇ λέγειν ὡμολόγει.

[4]) Discurso *Contra Ctesifon*, § 166: οὐ μέμνησθε αὐτοῦ τὰ μιαρὰ καὶ ἀπίθανα ῥήματα, ἃ πῶς ποθ' ὑμεῖς, ὦ σιδηροῖ, ἐκαρτερεῖτ' ἀκροώμενοι; ὅτ' ἔφη παρελθών, ἀμπελουργοῦσί τινες τὴν πόλιν, ἀνατετμήκασί τινες τὰ κλήματα τοῦ δήμου, ὑποτέτμηται τὰ νεῦρα τῶν πραγμάτων, φορμορραφούμεθα, ἐπὶ τὰ στενά τινες ὥσπερ τὰς βελόνας διείρουσι. ταῦτα δὲ τί ἐστιν, ὦ κίναδος; ῥήματ' ἢ θαύματα. Véase también Dionisio de Halicarnaso, *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 57, p. 1126, quien después de citar las palabras de Esquines, observa: οὐδέ γ' ἄλλα τινὰ φορτικὰ καὶ

donde las empleó este último, compréndese bien que el fuego de la primera impresión, ó la inspiración del momento, pudieran originar frases ó ideas que, reflexionando luego más tranquilamente y por temor á la réplica de su adversario ó por consideración al lector, se decidiera á borrar.

Es por extremo difícil determinar, cuanto se relaciona con la publicación de las oraciones de Demóstenes. De noticias como las que acerca de los discursos de Ciceron han llegado hasta nosotros [1]), carecemos en absoluto en lo que á Demóstenes se refiere, si se exceptúa el hecho atestiguado por el ya citado dicho de Esión. Sin embargo de esto, parece seguro que, como Ciceron las suyas, fué el mismo Demóstenes quien publicó sus arengas. Qué razones le movieron á vencerse y dominar aquella inexplicable aversión de que habla Fedro en el diálogo de Platon de este nombre [2]), cuando podía perfectamente conservarla y sostenerla, es bien fácil de adivinar. Sin conceder mayor importancia de la que merece á la ya citada opinión de que Demóstenes no pronunció jamás el discurso *Sobre la paz*, ni intentar sostener esto mismo respecto de otras oraciones, observaremos que la gran mayoría de las demegorias, antes que á apoyar determinadas proposiciones, parecen destinadas á despertar sentimientos de unión y concordia, á exponer con toda claridad los fines de la política seguida por Filipo, y á llamar la atención sobre los peligros que envolvía para Atenas y para toda la Grecia [3]). Como se ve, el valor de estas arengas no era en manera alguna efímero y pasajero, y para ejercer la deseada influencia y ser conocidas aun fuera de Atenas, su publicación era imprescindible. Sobre todo se comprende que se diesen á luz en una época como aquella, en que no esca-

ἀηδῆ ὀνόματα ἐν οὐδενὶ τῶν Δημοσθένους λόγων εὑρεῖν δεδύνημαι, καὶ ταῦτα πέντε, ἢ ἓξ μυριάδας στίχων ἐκείνου τοῦ ἀνδρὸς καταλελοιπότος.

[1]) Véanse las *Epist. ad Att.*, 2, 1, 12. Sabido es que los discursos de Ciceron fueron en parte publicados por él mucho más tarde, en su forma actual. Otros no fueron pronunciados, y otros, que sólo dejó como esbozos, fueron dados á luz por su liberto. Véase Quintiliano, *Instit. orat.*, 10, 7, 30, 31, 4, 1, 69.

[2]) Página 257, d: ἐφαίνετο γάρ, ὦ Σώκρατες, καὶ σύνοισθά που καὶ αὐτός, ὅτι οἱ μέγιστον δυνάμενοί τε καὶ σεμνότατοι ἐν ταῖς πόλεσιν αἰσχύνονται λόγους τε γράφειν καὶ καταλείπειν συγγράμματα ἑαυτῶν, δόξαν φοβούμενοι τοῦ ἔπειτα χρόνου, μὴ σοφισταὶ καλῶνται.

[3]) Véase sobre este particular á Hartel, *Demosthenische Studien*, en las SITZUNGSBERICHTE DER WIENER AKADEMIE, vol. 87 y 88, y *Demosthenische Anträge*, en las COMM. IN HON. MOMMSENI, p. 517 y ss.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seaban las sátiras y folletos políticos [1]). Por lo que hace á la forma en que aparecieron, es asunto á que no debe darse ninguna importancia. Que fueran cartas, discursos como el *Filipo* que Isócrates escribió inmediatamente después de la paz de Filocrates, ó verdaderas arengas, es en definitiva indiferente. Mas no debemos olvidar con cuánta razon se ha observado que Demóstenes, aunque en realidad no fuese insensible á la gloria de escritor que pudiera darle la publicación de sus oraciones, perseguía un fin mucho más alto y en consecuencia echaba mano de cuantos medios le parecían buenos para conseguirlo [2]).

Por lo que respecta á la publicación de los discursos civiles, observaremos que se debe sin duda á razones análogas á las que explican la subsistencia de los de los logógrafos. No parece inverosímil que algunos de ellos hayan llegado hasta nosotros por haber sido conservados por las personas para quienes estaban escritos. Otros, por el contrario, como se ha supuesto que aconteció con las oraciones *Contra Timócrates* y *Contra Midias*, y como acaso también sucedió con los discursos *Sobre la tutela*, no debieron ser publicados hasta después de muerto Demóstenes.

Si todas las oraciones de Demóstenes fueran de un mismo género, podría intentarse seguir paso á paso el desarrollo de las dotes oratorias de su autor, desde los comienzos hasta su completa madurez. La sujeción del orador al tema que en cada una de ellas desenvuelve es, sin embargo, demasiado grande, para que pueda parecer factible un paralelo entre obras de carácter tan distinto. La dilucidación de cuestiones puramente privadas, es ya, por su propia índole, esencialmente distinta de la de aquellas en que estaban empeñados los más altos intereses de la República, ó que concernían á la posición política del orador. Partiendo de esta idea, parécenos oportuno hacer algunas observaciones acerca de los discursos forenses, antes de hablar de aquellos otros en que Demóstenes halló ocasión de hacer gala de los maravillosos recursos de que disponía.

---

[1]) Según A. Schäfer, *op. cit.*, vol. 3, 2, p. 322. C. F. Hermann había calificado ya de tales las *Olínticas*.

[2]) Con perfecta razon ha hecho ya resaltar este punto Croiset, *Des idées morales dans l'éloquence politique de Démosthène*, Montpellier, 1874, p. 252, al decir: «On peut même douter que la gloire de l'éloquence ait été l'attrait principal auquel cèda Démosthène. L'objet de son ambition était surtout de devenir un grand homme d'État et comme un second Périclès.»

Por el plan y disposición de sus partes, los discursos forenses de Demóstenes son exactamente iguales á las demás obras de análoga índole que nos ha trasmitido la antigüedad. El elemento, por decirlo así mecánico y rutinario, común á todas éstas, se descubre también fácilmente en las del gran orador. Tal sucede, por ejemplo, con la repetición de ciertos pasajes, como los que son comunes al discurso *Contra Nausímaco y Xenopites* y á la oración *Contra Panteneto*. En ambas oraciones encuéntranse expresadas, con las mismas palabras, las consecuencias de la prescripción otorgada por la ley [1]). Semejantes concordancias que, según observación de Dionisio de Halicarnaso, no se encontraban en Lisias á pesar de ser considerable el número de sus oraciones [2]), no son raras en Demóstenes [3]). La razon de ello está en que el fin principal de estos discursos era ejercer una influencia pasajera y del momento, á la cual, naturalmente, no podía ser obstáculo el empleo de unas mismas ideas y puntos de vista generales. Lo extendida que, según testimonio de antiguos retóricos, se hallaba esta costumbre [4]), demuestra que no producía extrañeza alguna: cosa tanto más natural cuanto que la consideración de que sus oraciones eran sólo para escuchadas, había de contribuir á que el autor se esmerase en ellas menos que si las compusiera para ser leídas.

Aparte ciertos pensamientos expresados siempre en forma fija y determinada, en cada caso particular quedaba al orador ancho campo para hacer ostentación y gala de su habilidad y de su arte. Una y otro, brillan con gran esplendor en los discursos forenses indudablemente auténticos de Demóstenes. En primer lugar, en cada oración domina el tono que en realidad le conviene; porque colocándose mentalmente el orador en el lugar de aquél á quien el discurso estaba destinado, hacíale sólo decir lo que

---

[1]) No sólo comienzan ambos discursos de la misma manera, sino que el epílogo de la oración *Contra Panteneto*, § 58, se encuentra textualmente reproducido en la oración *Contra Nausímaco y Xenopites*, § 21 y 22.

[2]) *De Lysia*, c. 17, p. 491.

[3]) Véase Meier, *De furti litterarii suspicione in poetas et oratores Atticos collata*, en sus Opuscula Academica, t. 2, p. 307 y ss.

[4]) Ulpian., *In or. c. Aristocr.*, § 99: ἔθος πᾶσι τοῖς παλαιοῖς ἐπὶ τῶν αὐτῶν νοημάτων καὶ τοῖς αὐτοῖς κεχρῆσθαι λόγοις, ἵνα μὴ δοκοῖεν ἀπειρόκαλοι εἶναι ἐναλλαγῆ τῆς φύσεως. εἶπεν οὖν καὶ ἐν τῷ κατ' Ἀνδροτίωνος (§ 7) τὸ αὐτό. Theon, *Progymn.*, c. 1: πάντες οἱ παλαιοὶ φαίνονται τῇ παραφράσει ἄριστα κεχρημένοι οὐ μόνον τὰ ἑαυτῶν ἀλλὰ καὶ τὰ ἀλλήλων μεταπλάσσοντες.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

correspondía á su persona, á su educación y á su cultura. ¡Cuán en armonía está con el carácter de Nicóbulo, que siempre aparece á nuestros ojos como iluminado por una luz indecisa, la descripción que hace para poner de manifiesto las faltas de su adversario, al cual intenta hacer antipático y odioso, no sólo recordando que el ateniense aborrece al usurero de oficio, sino llamando la atención sobre sus defectos físicos, su andar á grandes pasos, su voz fuerte, y su costumbre de llevar baston! [1]). El mismo tacto revela el discurso en defensa de Formion, no sólo por la discreción con que se habla de éste, sino principalmente por la cortesía con que en él se trata al demandante Apolodoro [2]), cuya conducta y proceder habría sido tarea llana para el orador describir con colores mucho más vivos. Cuanto mejor era la causa que defendía, tanto más fácil era para él proceder con tranquilidad y mesura. Por lo demás, su triunfo en este caso fué completo; en otro discurso posterior en defensa de Apolodoro, y cuyo autor era verosímilmente el mismo interesado, se queja éste de que los jueces no quisieran dejarle pronunciar una sola palabra [3]). Dionisio de Halicarnaso, califica de extraordinariamente feliz el discurso *Para Conon* [4]). En realidad es una oración por extremo hábil. Su franca sinceridad responde perfectamente á la idea que formamos de aquel ciudadano que muy bien podía ser el mismo Conon, de quien se cuenta que acudió á Demóstenes pidiéndole ayuda y refiriéndole que le habían maltratado; y como éste dudara de la verdad de su narración y aquél exclamase: «¿Con qué yo no he sufrido nada de eso, Demóstenes?» replicó el orador, «sí á fe mía; ahora oigo la voz de un hombre que ha sido agraviado y ofendido» [5]).

Como ejemplo análogo á éstos, puede citarse el discurso del hijo de Tisias *Contra Calicles*, en el cual, bajo una apariencia de rústica sencillez, se advierte no poca astucia y sutileza. Así la cordial exhortación con la cual el padre de Calicles, amigo de

[1]) Discurso *Contra Panteneto*, § 52 y ss.

[2]) Las consideraciones que guardaba á Apolodoro se revelan principalmente en la exhortación que le dirige en el § 52: ὦ βέλτιστε, εἰ οἷόν τε σὲ τοῦτ' εἰπεῖν, οὐ παύσει, καὶ γνώσει τοῦτ', ὅτι πολλῶν χρημάτων τὸ χρηστὸν εἶναι λυσιτελέστερόν ἐστι.

[3]) Primer discurso *Contra Estéfano*, § 6.

[4]) *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 13, p. 992.

[5]) Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 11.

Tisias, habría impedido el daño producido por la invasión de las aguas y el que Calicles quisiera luego obligarle á desecar las que de su predio corrían hasta el vecino, como otros análogos pormenores, dan á este breve discurso aquella animación dramática que caracteriza las oraciones de Demóstenes. La superioridad de éstas respecto de las de Ciceron, la ha hecho ya notar Plutarco [1]). Aun más claramente se expresa sobre este punto, un traductor moderno, competente como pocos, de las oraciones civiles de Demóstenes, al declarar que con sólo cambiar algunas palabras, estos discursos podrían ser pronunciados hoy ante nuestros tribunales de justicia, al paso que los de Ciceron no resistirían semejante prueba [2]). Del dicho de Dionisio de Halicarnaso, según el cual los discursos de Isócrates y de Lisias, le inspiran más fe que los de Iseo y Demóstenes, no hay para qué hablar [3]). No sólo su predilección por Lisias, sino además la tendencia á buscar el origen del método expositivo de Demóstenes en las enseñanzas que había recibido de Iseo, explican su opinión; mientras que, por otra parte, es muy posible que Demóstenes, lo mismo que Iseo, gracias á su profundo conocimiento del derecho y de las leyes, entrase á menudo en un terreno en el que no era tan fácil analizar y comprobar la exactitud de sus pruebas.

Aunque las oraciones civiles de Demóstenes son perfectamente equiparables y aun superiores á todas cuantas de análoga índole nos ha trasmitido la antigüedad, son sin duda inferiores á los discursos en que ventilaba altos intereses públicos, ó sus asuntos propios. En realidad, no puede negarse que con la importancia del tema multiplicábanse por modo extraordinario las dotes y los recursos de que Demóstenes disponía. Su derecho á ser considerado como el primer orador político de la antigüedad, es indiscutible desde el momento en que en este terreno no tuvo competidor alguno con quien podamos compararle. Aun hoy en día, la magia de su palabra no deja de producir en nuestro ánimo honda impresión. Lo mismo en juzgar á Demóstenes como esta-

[1]) *Comp. Dem. et Ciceron.*, c. 1: Δημοσθένης... ὑπερβαλλόμενος ἐναργείᾳ καὶ δεινότητι τοὺς ἐπὶ τῶν ἀγώνων καὶ τῶν δικῶν συνεξεταζομένους.

[2]) *Les plaidoyers civils de Démosthène traduit en français avec arguments et notes*, par Rod. Dareste, París, 1873, Introducción, p. III.

[3]) *De Isaeo*, c. 4, p. 592.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dista, que como maestro en el decir, existe unanimidad completa.

Lo que sobre todo hace verdaderamente admirable la elocuencia de Demóstenes, es la persuasión íntima que se advierte en todos sus discursos. Cierto es, sin embargo, que sin gran profundidad de pensamientos y alteza de miras, aquella cualidad no habría podido por sí sola asegurar el éxito á sus oraciones. Esta consideración parece venir á justificar el paralelo, tan á menudo repetido, entre él y Pericles. Lo que Platon elogió en este último, á saber: su riqueza de ideas y sus esfuerzos siempre encaminados á la consecución de determinados altos fines [1]), se encuentra de igual manera en Demóstenes. Como Pericles, jamás Demóstenes aspiró á ejercer con sus discursos una influencia efímera y pasajera: aunque su propósito era ante todo combatir la política de Filipo, no se abandonaba nunca á la ilusión de que el triunfo definitivo pudiera alcanzarse por otro medio que el de un cambio radical en la conducta de los atenienses y la aplicación de las reformas que parecieran más adecuadas para curar por completo las llagas del Estado. Sus miras, por tanto, eran más elevadas: recordando constantemente á sus conciudadanos las proezas de sus predecesores, el glorioso pasado de su patria y la propia seguridad para el porvenir, exhortábales á reunir todos sus esfuerzos y animábalos á empresas varoniles. Haber logrado esto, por lo menos hasta cierto punto, constituye su mayor triunfo, en realidad tanto más admirable cuanto que, lejos de manchar sus labios con la adulación ó solicitar el favor de las muchedumbres, dirigía de continuo á sus conciudadanos duros cargos y graves censuras. Con tales circunstancias, sus éxitos sólo se explican por el privilegiado talento y superiores dotes que revelaban todos sus discursos, juntamente con la persuasión íntima que despertaron en el pueblo ateniense, de que no aspiraba Demóstenes á otra cosa sino á esclarecer la verdad y á conseguir el bien de Atenas. Ahora bien; el entusiasmo extraordinario con que Demóstenes se consagró á esta tarea, es lo que da al contenido de sus discursos un valor eterno. La mayoría de las ideas en ellos expresadas, no han perdido nada de su verdad; pues no sólo son fruto de una inteligencia privilegiada que marchaba á la cabeza de la cultura de su época, sino que sin excepción se derivan de un convencimiento moral que, sin poseer el carácter ideal del de Platon, responde de lleno á las más rigurosas exigencias que en este terreno pudieran hacérsele.

[1]) Véase el tomo II, cap. XXI, pág. 321 de la presente obra, y Ciceron, *Orator*, 1, 5, § 15.

Con estas cualidades reunía Demóstenes un dominio perfecto de la forma, tanto más agradable cuanto menos gala hace de él y menos parece ejercerlo por propia voluntad. Es sobre todo admirable en sus obras, el arte de la composición y la habilidad y maestría extraordinarias con que el orador sabe emplear la riqueza de ideas verdaderamente inagotable de que dispone; en tal manera, que ni á lo que él dice sobre cada cuestión se puede añadir nada importante que haya omitido, ni jamás se extiende en disquisiciones supérfluas y vanas. El fin que persigue nunca Demóstenes lo pierde de vista, y sólo aparenta dejarlo á un lado, cuando estima que es este el mejor medio para conducir más seguramente al auditorio al punto que se propone. Además, en sus arengas, todas las cuales se distinguen por un perfecto y bien calculado encadenamiento de las partes, no se encuentra el más ligero rastro de afectación y artificio, sino que el curso de las ideas es siempre sencillo y natural. El discurso *Por la Corona* es, bajo este punto de vista, el que con razon ha sido en todo tiempo más admirado. Al exordio, que comienza y termina con una invocación á los dioses, sigue inmediatamente la refutación de los cargos hechos por el adversario. Para justificar la proposición presentada por Ctesifon, refiere Demóstenes los afanes de su vida política, interrumpiendo el relato, ya con el examen de la cuestión legal, ya para hacer el retrato de Esquines. No sólo ofrece este plan la ventaja de disimular la flaqueza evidente de las razones aducidas en favor de la legalidad de la propuesta, sino que al mismo tiempo proporciona al orador ocasión de hablar de sí mismo sin temor de cansar al auditorio, desde el momento en que el examen de la conducta de Esquines parece como que le obliga á volver sobre el asunto ya antes tratado, y á recordar acontecimientos tan decisivos como dolorosos para Atenas. Lo mismo en esta hábil mezcla, contraria á la distribución y división generalmente admitidas, de las pruebas y de los hechos, que en la manera cómo vela ó solo incidentalmente trata lo que á todas luces le es poco favorable, muéstrase claro el admirable arte de Demóstenes con todos los recursos de que disponía. Ahora bien: si por esto, ó por que pasa en silencio algunos de los cargos que se le imputaron y contesta

otros con ambigüedades y evasivas, el discurso *Por la Corona* debe ser calificado, como ya se ha hecho [1]), de obra maestra de la sofística, es cosa que sólo podría asegurarse cuando en la contienda entre Demóstenes y Esquines no se hubiese ventilado realmente más que la legalidad de la propuesta de Ctesifon, ó cuando allí donde la pasión política y el odio alimentado por largos años habían llegado á un grado casi inconcebible, se tratara de otra cosa que de servirse de cuantos recursos y ventajas pudieran conseguir los adversarios.

Más aun que las maravillosas cualidades de Demóstenes que hemos examinado, admiraron los antiguos su dicción. Según unos, descansaba ante todo su principal mérito en la frecuencia con que hacía uso de las llamadas figuras de pensamiento [2]); al paso que Ciceron duda de si los rayos por aquél fulminados, habrían tenido la misma eficacia cuando no debieran su fuerza al ritmo del discurso [3]). Es indudable que tanto aquéllos como éste, referíanse á cualidades que caracterizaban en alto grado la dicción de Demóstenes. En el frecuente empleo que hace de la interrogación, del apóstrofe, de la epéntesis, de la interjección, de la invocación y del asíndeton [4]), descansa la extraordinaria vivacidad de su estilo, aquello á que los retóricos de la antigüedad denominaban δεινότης, y que determina una diferencia esencial entre él y todos los antiguos oradores, incluso Isócrates. Como con gran razon observa un retórico antiguo [5]), semejantes figuras de pensamiento, producidas por apasionados afectos del ánimo, no sólo no se encuentran en Antifon, ó las emplea

[1]) Véase Spengel, *Demosthenes Verteidigung des Ktesiphon. Ein Beitrag zum Verständnis des Redners.*, en las ABHANDLUNGEN DER MÜNCHNER AKADEMIE, 1864, página 27 y ss.

[2]) *Orator*, c. 40, § 136: *Sed sententiarum ornamenta maiora sunt: quibus quia frequentissime Demosthenes utitur, sunt qui putent, idcirco eius eloquentiam maxime esse laudabilem. Et vero nullus fere ab eo locus sine quadam conformatione sententiæ dicitur.*

[3]) *Op. cit.*, c. 70, § 234: *Quasi vero Trallianus fuerit Demosthenes, cuius non tam vibrarent fulmina illa, nisi numeris contorta ferrentur.* Véase la observación que Quintiliano, *Instit. orat.*, 9, 4, 55, hace al citar estas palabras.

[4]) Focio, *Bibl. cod.*, 265, p. 491 de Bekker: μαρτυρεῖ δὲ καὶ τὰ σχήματα· ἔστι γὰρ συνεστραμμένα μετὰ γοργότητος καὶ ποικιλίαν τῷ λόγῳ παρεχόμενα· καὶ γὰρ ἐρωτήσεις προβάλλεται καὶ ὑποστροφὰς καὶ τὸ ἀσύνδετον, οἷς μάλιστα ΔημοσθένηςΔημοσθένης χαίρει χρώμενος.

[5]) Focio, c. 289, p. 485. Véase además el tomo II, cap. XXXIII, p. 347 de la presente obra.

inconscientemente, sino que son no menos raras en Lisias é Isócrates. No acontece lo mismo á Iseo, cuyos propósitos en este punto son bien fáciles de reconocer: dando mayor animación y viveza al discurso, hacíalo sin duda más adecuado á los fines de la oratoria práctica [1]). Pero este paso dado por él, tenía íntimas conexiones con las tendencias que caracterizaron aquella época: así como el arte plástico se esforzaba en sustituir la rigidez y severidad de las obras de tiempos anteriores, con mayor viveza de expresión, consagrándose con especial amor á reproducir afectos apasionados del ánimo, de la misma suerte, como ya hemos visto, Demóstenes transportó á la tribuna pública la gesticulación patética del actor cómico. Ahora bien: aunque en este punto es difícil determinar qué era lo que Demóstenes tenía que agradecer á su predecesor, no parece imposible que la imitación directa del discurso oral, ensayada tan magistralmente por Platon, ejerciera en él considerable influencia. Sin imitar en realidad ninguno de los modelos ya existentes, parece como que el gran orador se apropió cuanto encontró bueno en cada uno de ellos. De aquí el que ni Ciceron [2]) ni Dionisio de Halicarnaso [3]), incluyeran su estilo en ninguno de los tres géneros que desde Teofrasto se solían distinguir: sino que antes bien, lo considerasen como un nuevo género que respondía á las necesidades y deficiencias de los otros.

A cimentar esta opinión, está consagrada una gran parte del tratado que aun se conserva de Dionisio de Halicarnaso, *Sobre la sublimidad de la dicción de Demóstenes* (περὶ τῆς λεκτικῆς ΔημοσθένουςΔημοσθένους δεινότητος), cuyo complemento, *Sobre la sublimidad de Demóstenes en el modo de tratar los asuntos*, se ha perdido por desgracia [4]).

[1]) Dionisio de Halicarnaso, *De Isæo*, después de citar un extenso fragmento de un discurso de Iseo que se ha perdido, y el cual consta de breves sentencias sin hilación ni enlace, y en parte de preguntas y respuestas, dice, c. 13, p. 608: ταυτὶ μὲν διαλελυμένα, καὶ ἐξ ἐπερωτήσεως, οἷς ὁ μὲν Λυσίας ἥκιστα κέχρηται· ΔημοσθένηςΔημοσθένης δέ, ὁ παρὰ τούτου (Iseo) τὰς ἀφορμὰς λαβών, ἀφειδέστερον. Véanse las *Vitae X oratorum*, p. 839 y 840, donde se dice de Iseo: καὶ σχηματίζειν ἤρξατο καὶ τρέπειν ἐπὶ τὸ πολιτικὸν τὴν διάνοιαν, ὁ μάλιστα μεμίμηται ΔημοσθένηςΔημοσθένης.

[2]) *Orator*, c. 7, § 23: *Hoc* (esto es, Demóstenes) *nec gravior extitit quisquam nec callidior nec temperatior.*

[3]) *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 8, p. 975: ἐγὼ μὲν τοιαύτην τινὰ δόξαν ὑπὲρ τῆς ΔημοσθένουςΔημοσθένους λέξεως ἔχω, καὶ τὸν χαρακτῆρα τοῦτον ἀποδίδωμι αὐτῷ, τὸν ἐξ ἁπάσης μικτὸν ἰδέας.

[4]) No menos lamentable es la pérdida de dos obras de Cecilio, contempo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sería muy difícil, sin reproducir casi íntegra la extensa obra de Dionisio, citar las observaciones agudas y atinadas que en ella se contienen. Son sobre todo interesantes é instructivos los paralelos con otros escritores, para demostrar en qué puntos la dicción de Demóstenes se asemeja á la de Tucídides, Lisias, Isócrates y Platon, y en qué otros se diferencia de cada una de ellas. Aunque, como ya hemos intentado hacer ver incidentalmente, en algunos puntosha y que guardar ciertas reservas, debemos asociarnos á la admiración de que por parte de Dionisio era objeto Demóstenes, el cual, con exquisito tacto, supo hallar siempre lo justo sin incurrir nunca en exageraciones.

Muéstrase esto claro sobre todo, en el moderado influjo que en su propio estilo ejercieron el gusto y las nuevas tendencias introducidas por Isócrates. Por lo que hace á los giros y figuras que siguiendo el ejemplo de Gorgias empleó con predilección Isócrates, no se echan en absoluto de menos en Demóstenes; por más que á menudo no puede determinarse si su uso es deliberado ó sólo casual. Es indudable, sin embargo, que cuando Demóstenes los emplea intencionadamente, hácelo como medio para conseguir con más facilidad el fin que se propone. No sin razon decía Esquines, que temía al mal intencionado uso que Demóstenes hacía de la antítesis [1]). Cuán peligrosa podía ser este arma para él, muéstralo bien á las claras el notable paralelo del discurso *Por la Corona* [2]). La dureza y acritud con que Demóstenes se compara á sí mismo con su adversario, es sin duda á nuestros ojos más insultante y ofensiva que lo era para la antigüedad, y por sí sola bastaría á justificar la opinión de Plutarco, en cuyo sentir Demóstenes fué hombre de carácter agrio y desconsiderado en la defensa [3]). A pesar de esto, es muy de admirar, tanto la hábil cons-

ráneo de Dionisio, una de las cuales consistía en un paralelo entre Demóstenes y Ciceron, y la otra en un paralelo entre Demóstenes y Esquines. Véase Plutarco, *Vita Ciceronis*, c. 3, y Ateneo, 11, p. 466.

[1]) *Or. de fals. legat.*, § 4: ἐψοβήθην μὲν γάρ, καὶ ἔτι καὶ νῦν τεθορύβημαι, μή τινες ὑμῶν ἀγνοήσωσί με ψυχαγωγηθέντες τοῖς ἐπιβεβουλευμένοις καὶ κακηθεσι τούτοις (ὁ τουτού) ἀντιθέτοις. Véase Tiberius, *De figuris*, p. 67 de Spengel.

[2]) § 265: ἐδίδασκες γράμματα, ἐγὼ δ' ἐφοίτων· ἐτέλεις, ἐγὼ δ' ἐτελούμην· ἐχόρευες, ἐγὼ δ'ἐχορήγουν· ἐγραμματεύες, ἐγὼ δ' ἐθεώρουν· ἐξέπιπτες, ἐγὼ δ' ἐσύριττον· ὑπὲρ τῶν ἐχθρῶν πεπολίτευσαι πάντα, ἐγὼ δὲ ὑπὲρ τῆς πατρίδος.

[3]) *Vita Demosthenis*, c. 12, dice de él, después de citar el verso 467 del canto 20 de la *Iliada*: οὐ γάρ τοι γλυκύθυμος ἄνηρ ἦν, οὐ δ' ἀγανόφρων ἀλλ' ἔντονος καὶ βίαιος περὶ τὰς ἀμύνας.

trucción, como la gradación de estas antítesis; aun cuando, por otra parte, hay que reconocer que no es de todo punto infundada la censura de un antiguo crítico, según el cual vése en ellas demasiada afectación, y los giros resultan artificiosos y rebuscados [1]). Análogos notables paralelos se encuentran en gran número, en las oraciones de Demóstenes; por ejemplo, el del discurso *Contra Midias*, encaminado á pintar como extraordinariamente grave la conducta de su adversario [2]). Sin embargo, como con razon observa Dionisio de Halicarnaso [3]) citando un pasaje de la tercera *Olíntica*, en este terreno Demóstenes jamás incurre en exageraciones como las que tan á menudo hallamos en Isócrates.

Por lo que respecta al hiato, aunque en general procura evitarlo, no muestra Demóstenes la delicadeza que vemos en los discípulos de Isócrates, sobre todo en Teopompo [4]). Determinar con exactitud en qué casos estimaba Demóstenes admisible el hiato y en qué casos no, y dar acerca de ello una regla fija, sería poco menos que imposible. Sobre que es ya aventurado y peligroso querer avanzar en este terreno más de lo que ya hicieron los antiguos, á pesar de todos sus progresos verdaderamente admirables en el arte retórica, no faltan otras razones para considerar de antemano infecundo todo ensayo de esta naturaleza. Aun prescindiendo de la inseguridad de la tradición escrita, sería siempre dudoso hasta qué punto sus discursos orales estaban conformes con los textos que han llegado hasta nosotros. Pero es mucho más importante, la circunstancia de que no podemos contar á Demóstenes entre los oradores que consagraban toda su atención y estudio á la forma. Juzgado desde este punto de vista, han de inspirarnos necesariamente cierto recelo, las tentativas hechas

[1]) Demetrio, *De elocutione*, § 250: ἡ δὲ ἀντίθεσις, ἣν ἐπὶ τοῦ Θεοπόμπου ἔφην, (§ 247) οὐδ' ἐν τοῖς Δημοσθενικοῖς ἥρμοσεν, ἔνθα φησίν „ἐτέλεις, ἐγὼ δ' ἐτελούμην. ἐδίδασκες, ἐγὼ δ' ἐφοίτων· ἐτριταγωνίστεις, ἐγὼ δὲ ἐθεώμην· ἐξέπιπτες, ἐγὼ δ' ἐσύριττον· κακοτεχνοῦντι γὰρ ἔοικε διὰ τὴν ἀνταπόδοσιν, μᾶλλον δὲ παίζοντι, οὐκ ἀγανακτοῦντι. Además de Hermógenes, citan el pasaje de Demóstenes, Harpocracion, Alejandro, *De figuris*, 2, 3, 21, y Tiberio, § 49 y 61.

[2]) § 73 y 74.

[3]) *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 21. El pasaje en cuestión de Demóstenes, se halla en la *Olíntica* III, § 23 y ss.

[4]) Ciceron, *Orat.*, c. 43, 151: *In ea* (esto es, en el epitafio del *Menexeno*, de Platon) *est crebra ista vocum concursio, quam magna ex parte ut vitiosam fugit Demosthenes*; Quintiliano, *Instit. orat.*, 9, 4, 36: *At Demosthenes et Cicero modice vespexerunt ad hanc partem.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la época moderna para descubrir el secreto á que la armonía de su estilo debe su superioridad indiscutible. En todo caso, no puede negarse la posibilidad de un error, desde el momento en que se considera como regla de antemano sentada, el resultado de un análisis detenido. Así como Demóstenes se dejó guiar única y exclusivamente por su exacto conocimiento de la lengua, así también debieron bastarle sus naturales dotes, educadas por el ejercicio, para hallar siempre el justo medio de la armonía en la oratoria, sin necesidad de recurrir á la idea de que inventó una teoría propia de que no tuvieron noticia alguna los retóricos posteriores, no obstante haber sido conocida y seguida por los más antiguos imitadores del gran orador [1]).

Por mucho que sea lo que al fin y al cabo contribuya á realzar el mérito de las obras de Demóstenes, su admirable arte en el modo de tratar los asuntos y su esmero aun en las cosas que parecen insignificantes, es indudable que ni lo uno ni lo otro alcanza apenas á explicar la avasalladora impresión que produce su elocuencia.

En realidad, lo que despierta esta impresión no es el arte, por maravilloso que éste sea, es la fuerza del genio que da vida y aliento á la forma, es el desinterés entusiasta con que un hombre consagra todas sus energías á la consecución de un fin determinado, en circunstancias que apenas pueden imaginarse más favorables.

Sin suscitar aquí la cuestión de si en época distinta y en circunstancias menos penosas para Atenas, Demóstenes habría conseguido alcanzar la extraordinaria gloria de que gozó entre sus contemporáneos, recordaremos que el desarrollo de sus talentos se halla íntimamente relacionado con la grandeza y las dificultades de la misión que se impuso. Mas la misma época de su florecimiento ejerció también bajo otro aspecto, no pequeño influjo en el desarrollo de sus maravillosas facultades: hacía próximamente medio siglo que con tan increíble celo como rápidos resultados, consagrábanse los atenienses al cultivo del dialecto ático, de suerte que no escaseaban modelos para los diversos géneros de la oratoria. Ahora bien; para que esta última llegara al grado más alto que debía alcanzar en la antigüedad, necesitábase

[1]) Véase Blass, *op. cit.*, p. 99 y ss., y Fr. Rühl, *Das »rhythmische Gesetz« des Demosthenes*, en el Rhein. Museum, vol. 34, p. 593 y ss.

sólo un hombre que, como acontecía á Demóstenes, á un talento privilegiado, á un sentido recto, á una gran fuerza de voluntad, á un trabajo intelectual constante, á una aspiración rigorosamente moral, reuniese la necesidad impuesta por las circunstancias de la época, de servirse de la palabra como del único medio para dar á conocer sus opiniones y hacerlas triunfar en la lucha con adversarios no menos hábiles y expertos.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO L

Oradores contemporáneos de Demóstenes.

A consecuencia de una selección análoga á la que hallamos en todos los géneros de la poesía y de la prosa, del número total de los oradores notables de la Grecia, fueron elegidos diez, cuyas obras parecieron las más dignas de ser leídas é imitadas en las escuelas de Retórica. En realidad no hay para qué detenernos aquí á investigar en qué época ni por quien fué acometida aquella selección [1]). Para cumplir nuestro objeto, bastará con decir que una vez hecha y generalizada—cosa que sucedió ya antes del comienzo de nuestra Era, no obstante algunos reparos puestos á su justicia y acierto—predominó de tal suerte, que sólo por excepción ha inspirado pasajero y accidental interés algún que otro orador no incluído en el Canon.

Esta consideración explica las pocas probabilidades de éxito que ofrece toda tentativa de ensanchar el círculo ya trazado. Aunque se lograse descubrir un número mayor ó menor de nombres de autores de discursos forenses ó arengas, sería imposible apreciar exactamente no sólo la actividad de estos como oradores, sino también los caracteres propios de su elocuencia; de manera que á lo sumo tendríamos que limitarnos á una simple enumeración de los mismos, la cual no ofrecería tampoco garantía alguna de ser completa. No son menores las dificultades con que por otro lado se tropieza: la colección que con el nombre de Demós-

---

[1]) Con razones muy atendibles ha procurado J. Brzoska, en su tratado *De canone decem oratorum atticorum quæstiones*, Vratisl., 1883, dar apariencias de verosimilitud á la opinión de Reifferscheidt, según la cual el Canon de los diez oradores áticos fué formado en Pérgamo á fines del siglo II a. Chr. Según esto, debería rectificarse lo dicho en la nota 4, pág. 350 del tomo II, pues que Cecilio, discípulo según parece de Apolodoro, retórico de Pérgamo, no podría ser considerado como autor del Canon, sino como hombre que con su prestigio contribuyó á su aceptación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenes ha llegado hasta nosotros, contiene, como ya hemos tenido ocasión de ver, cierto número de discursos á todas luces apócrifos, y que según parece eran obras de oradores contemporáneos. Es, sin embargo, cuestión distinta, la de si en todos los casos se ha logrado descubrir sus verdaderos autores; por lo menos es aventurado el intento de atribuir al mismo Apolodoro no sólo los discursos que aun se conservan sobre litigios suyos, sino también el intitulado *Contra Neera*. Pero aunque así fuese, no se habría adelantado mucho; pues que con ello sólo se demostraría que en Atenas—cosa ya en sí y por sí misma perfectamente verosímil—gracias al desarrollo que había alcanzado el arte retórica y á la existencia de numerosos modelos, debían hallarse muy generalizados los conocimientos necesarios para componer semejantes discursos forenses. Por consecuencia de esto mismo, sin embargo, el mérito artístico de aquellas oraciones es relativamente escaso. En trabajos de esta índole, compuestos por decirlo así, en masa, explícase bien—y tal podría decirse además de las innumerables obras de la última época de la comedia—que no pasasen de un nivel medio cuya consecución ofrecía tantas menos dificultades, cuanto que respondía á las costumbres de la antigüedad el conservar la forma ya adoptada, sujetándose lo más estrictamente posible á los modelos ya existentes.

Más fácil que el de los discursos arriba citados, es determinar el origen del intitulado *Sobre Haloneso*, pues que con seguridad casi completa puede considerarse, según ya hemos visto, como obra de *Hegesipo*. Satirizado por los poetas cómicos á causa de su fealdad [1]), parece que Hegesipo debió á su cabellera el sobrenombre de Cróbilo [2]). Es cosa singular, el que de ordinario fuera designado con este apodo. No sólo se lo da constantemente Esquines [3]), sino que Teofrasto hace lo propio al citar la respuesta que dió Hegesipo al deseo manifestado por los aliados, de que se fijara el tipo de los tributos, replicando con razon, que la

[1]) Escolios al discurso de Esquines *Contra Timarco*, § 71: ἐκωμῳδήθη ὡς αἰσχρὸς τὴν ὄψιν καὶ περὶ τὰ Φωκικὰ ἡμαρτηκώς, sobre lo cual debe verse á A. Schäfer, *op. cit.*, vol. 1, pág. 456.

[2]) *Contra Timarco*, § 64, 71, 110, y *Contra Ctesifon*, § 118. Tucídides, 1, 6, llama κρωβύλος á un rizo que, sujeto con una aguja de oro, llevaron los atenienses hasta poco antes de la guerra con los persas.

[3]) Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 17: ὡς οὐ τεταγμένα σιτεῖται πόλεμος. Véanse los *Apotegmas*, p. 187, e.

guerra no podía mantenerse con lo tasado [1]). Como su hermano Hegesandro, militaba Hegesipo entre los más enconados enemigos de Filipo. Si Libanio tuviese razon al afirmar que entre los argumentos alegados por los críticos antiguos para atribuir á Hegesipo la paternidad del discurso *Sobre Haloneso*, invocaron la semejanza de éste con otros discursos de aquel orador [2]), resultaría indudable la existencia de tales discursos en tiempos posteriores, y verosímilmente también en la época de Cecilio. Sin embargo, no ha podido descubrirse huella alguna segura de ellos. Es chocante que Dionisio de Halicarnaso no abrigara dudas acerca de que este discurso fuera de Demóstenes, sin embargo de que no pasó para él desapercibida la gran diferencia que existe entre éste y los del gran orador. En su concepto, el carácter de aquella oración recuerda perfectamente el de los discursos de Lisias [3]). Mas como parece natural, la cuestión de si fué ó no obra de Demóstenes, es cuestión de todo punto independiente de la mayor ó menor exactitud de este paralelo. El tono dominante en la arenga, excluye toda idea de atribuirla al gran orador. Lo que sobre todo la caracteriza, es una cierta languidez y el empleo frecuente de la ironía, perfectamente ajeno á Demóstenes. Lejos de disimular la falta de energía que en todo el discurso se advierte, la exhortación que dirige á los atenienses para que castiguen á los traidores que les rodean, hácela resaltar mucho más gracias á su forma pesada, lánguida é insulsa [4]). Es, por lo demás dudoso, si este discurso fué realmente pronunciado en la tribuna pública. Como ha dicho ya una autoridad competente [5]), en conjunto esta

[1]) Argumento: πεφωράκασί τινες ὄντα Ἡγήσιππον καὶ ἀπὸ τῆς ἰδέας τῶν λόγων· τοιαύτη γὰρ κέχρηται.

[2]) *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 13, p. 994: ὅλος ἐστὶν ἀκριβὴς καὶ λεπτὸς καὶ τὸν Λυσιακὸν χαρακτῆρα ἐκμέμακται εἰς ὄνυχα· ἐξαλλαγῆς δὲ ἢ σεμνολογίας ἢ τῶν ἄλλων τινός, ἃ τῇ Δημοσθένους δυνάμει παρακολουθεῖν πέφυκεν ὀλίγην ἐπίδειξιν ἔχει.

[3]) § 45: ὅσοι δ' Ἀθηναῖοι ὄντες μὴ τῇ πατρίδι, ἀλλὰ Φιλίππῳ εὔνοιαν ἐνδείκνυνται, προσήκει αὐτοὺς ὑφ' ὑμῶν κακοὺς κακῶς ἀπολωλέναι, εἴπερ ὑμεῖς τὸν ἐγκέφαλον ἐν τοῖς κροτάφοις καὶ μὴ ἐν ταῖς πτέρναις καταπεπατημένον φορεῖτε.

[4]) Schäfer, *op. cit.*, vol. 2, p. 411.

[5]) § 46: ὑπόλοιπόν μοί ἐστιν ἔτι πρὸς ταύτην τὴν ἐπιστολὴν τὴν εὖ ἔχουσαν καὶ τοὺς λόγους τῶν πρέσβεων γράψαι τὴν ἀπόκρισιν, ἣν ἡγοῦμαι δικαίαν τ' εἶναι καὶ συμφέρουσαν ὑμῖν. Estas palabras no me parecen abonar la hipótesis de Weil, *Harangues de Démosthène*, p. 246, según la cual debió tener lugar en un segundo discurso, y después de haber hablado los embajadores de Filipo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

oración tiene más bien el carácter de una réplica de abogado, que el de discurso de un estadista. La opinión de que debe mirársela más bien como folleto político de circunstancias, explica á la vez fácilmente algunas dificultades: de una parte, la falta del bosquejo de una respuesta á la carta de Filipo, anunciado al final del discurso [1]), y el cual ó se perdió, ó fué asunto de una segunda publicación que no ha llegado hasta nosotros; de otro lado, el modo y manera cómo aparece empleado el distingo, calificado por Esquines de simple pedantería [2]), de que la isla cuya posesión se disputaba, no la debían recibir de Filipo los atenienses como regalo, sino como devolución [3]). Sobre que esta pretensión en manera alguna indiferente, no fué primitivamente formulada por otro que por el mismo Demóstenes, no debe abrigarse duda según testimonio expreso de un poeta cómico contemporáneo [4]).

Al lado de Hegesipo, nombra Demóstenes entre sus partidarios á *Polieucto* de Esfecia; y quizá la manera como habla de él, parece justificar la consecuencia de que la opinión que de este último tenía formada, era aun más favorable que la que le merecía el primero [5]). De todas suertes, Polieucto fué del número de los oradores cuya extradición pidió Alejandro después de destruída Tebas. De una maliciosa frase de Focion, sólo se infiere que no regateó esfuerzo alguno para promover la guerra contra Filipo [6]); al paso que el único fragmento que se cita como perteneciente á un discurso suyo contra Démades, no solo no ofrece garantías de autenticidad, sino que además tiene todas las apariencias de haberse fingido á semejanza del discurso contra Ctesifon, con el cual parece relacionarse.

---

[1]) *Contra Ctesifon*, § 83.

[2]) § 5 y 6.

[3]) Antifanes, en Ateneo, 7, p. 223, e.

[4]) En la *Tercera Filípica*, § 72, donde la diferencia: Πολύευκτος ὁ βέλτιστος ἐκεινοσὶ καὶ Ἡγήσιππος καὶ οἱ ἄλλοι πρέσβεις, se explica quizá porque Polieucto estuviese presente en la Asamblea.

[5]) Plutarco, *Vita Phoc.*, c. 9: Πολύευκτον δὲ τὸν Σφήττιον ὁρῶν ἐν καύματι συμβουλεύοντα τοῖς Ἀθηναίοις πολεμεῖν πρὸς Φίλιππον, εἶτα ὑπ' ἄσθματος πολλοῦ καὶ ῥοῦτος, ἅτε δὴ καὶ ὑπέρπαχυν ὄντα, πολλάκις ἐπιῤῥοφοῦντα τοῦ ὕδατος· ,,ἄξιον, ἔφη, τούτῳ πιστεύσαντας ὑμᾶς ψηφίσασθαι τὸν πόλεμον· ὃν τί οἴεσθε ποιήσειν ἐν τῷ Θώρακι καὶ τῇ ἀσπίδι τῶν πολεμίων ἐγγὺς ὄντων, ὅτε λέγων πρὸς ὑμᾶς, ἃ ἐπέσκεπται, κινδυνεύει πνιγῆναι.

[6]) Según Dinarco, discurso *Contra Demóstenes*, § 101, entre otros honores que se le tributaron, resolvióse erigir á Démades una estatua de bronce. En un

Sin detenernos más tiempo en la enumeración de aquellos oradores que aunque, como *Merocles* por ejemplo, fueron los más influyentes de su época, no han dejado huella alguna en la Literatura, bien porque no llegaron á publicar ninguno de sus discursos, ó porque no tardaron éstos mucho tiempo en perderse, convertiremos nuestra atención á aquel orador á cuyo posterior renombre parece haber contribuído eficazmente la circunstancia de haber sido no sólo el más resuelto, sino también el de más genio y más hábil de los rivales de Demóstenes. Su memoria había encontrado asilo seguro en las escuelas de los retóricos, por estar estrechamente unida al más glorioso triunfo alcanzado por Demóstenes; y he aquí porqué nada era tan frecuente como establecer entre ambos comparaciones y paralelos. Tan inagotables como son los elogios que se tributan á Demóstenes, tantas y tan acerbas son las censuras que se dirigen á Esquines; y unas y otras, revelan la predilección de las generaciones posteriores en una rivalidad tan enconada y ruda, llevada á sus últimas consecuencias [1]).

Lo que sabemos de la vida de *Esquines*, está muy lejos de descansar en testimonios imparciales. En lo esencial, nos hallamos limitados á las revelaciones, no siempre exactas y justas, que el orador hace de sí mismo, ó á las pinturas que de él nos ofrece Demóstenes. Por lo que hace á su origen y progenie, nos encontramos con dos noticias contradictorias: mientras que Demóstenes sostiene que el padre de Esquines, Antrómeto, se ha-

---

fragmento conservado por Apsines, *De inv.*, t. 1, p. 387 de los RHET. GR. de Spengel, se pregunta en qué posición debía ser representado Démades: τί γὰρ σχῆμα ἕξει; τὴν ἀσπίδα προβαλεῖται; ἀλλὰ ταύτην γε ἀπέβαλεν ἐν τῇ περὶ Χαιρώνειαν μάχῃ· ἀλλὰ ἀκροστόλιον νεὼς ἕξει; y más adelante: ποίας; ἢ τῆς τοῦ πατρός ἀλλὰ; βιβλίον, ἐν ᾧ φάσεις καὶ εἰσαγγελίαι ἔσονται γεγραμμέναι. ἀλλὰ νὴ Δία στήσεται προσευχόμενος τοῖς θεοῖς, κακόνους ὢν τῇ πόλει καὶ τὰ ἐναντία πᾶσιν ὑμῖν ηὐγμένος; ἀλλὰ τοῖς ἐχθροῖς ὑπηρετῶν. En el fragmento anónimo que nos trasmiten Herodiano, *De figuris*, *op. cit.*, p. 99, y Alejandro, *De figuris*, p. 37, de Spengel, y el cual se ha atribuído al mismo discurso de Polieucto, es imposible desconocer la imitación de la antitesis arriba citada del discurso *Por la Corona*, § 265 de Demóstenes.

[1]) Basta á este propósito con citar el comienzo del paralelo hecho por Libanio: οὔτε κάλλιον οὐδὲν Ἀθήνησι γέγονε Δημοσθένους· κάκιόν τε οὐδὲν Αἰσχίνου. De análoga manera se expresa el retórico Nicolao, en Walz, t. 1, p. 360: Δημοσθένης εἰκὼν ἀρετῆς, ὥσπερ Αἰσχίνης κακίας παράδειγμα. La *Apología de Esquines* de que habla Luciano, *De parasito*, c. 56, no podía ser sino una obra meramente retórica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bía llamado antes Tromes, y que fué esclavo de nacimiento, Esquines asegura, por el contrario, que su empobrecimiento y miseria fueron consecuencia del destierro á que le condenaron los Treinta tiranos [1]). Sea de ello lo que quiera, es indudable que Esquines sólo tenía que agradecer su posterior posición, á su claro talento natural puesto al servicio de ambiciosos planes. Su educación fué por extremo singular y extraña. Siendo niño ayudó á su padre, pobre maestro de escuela, en su misión de difundir la enseñanza elemental; más tarde, ganábase el sustento en los gimnasios ó desempeñando el papel de tritagonista. Si hemos de dar crédito á las aseveraciones de Demóstenes [2]), en este último oficio no obtuvo sino fracasos hasta en los papeles secundarios que se le confiaban. Con tales circunstancias parecería incomprensible la indicación de que Esquines fué discípulo de Isócrates y de Platon, si no estuviera suficientemente demostrada la ligereza con que se propalan y da crédito á semejantes noticias [3]). De todas suertes, la ilustración que en sus discursos revela Esquines es á menudo muy escasa, y según todas las apariencias, sus dotes naturales era lo único que le capacitaba para ser orador. El largo tiempo que desempeñó el cargo de γραμματεύς—como tal le estaba encomendada la lectura pública de las leyes—así como las relaciones que trabó con Aristofon y Eubulo, estadistas muy influyentes en aquella época, ofreciéronle coyunturas no sólo para dar á conocer sus aptitudes, sino también para ejercitar su habilidad en el manejo de los negocios públicos. Eubulo, especialmente, fué protector decidido de Esquines. Si á esto se agrega la influencia política que lo mismo sus hermanos que su suegro habían sabido ganarse, se comprenderá cómo, elegido por sus conciudadanos, llegó á desempeñar cargos públicos. En el año 1 de la 108.ª Olimpiada, 347 a. Chr., formó parte de una embajada á la Arcadia, la cual le proporcionó ocasión de cimentar su crédito de orador, con un discurso pronunciado en Megalópolis. Como el mismo Esquines confiesa, el objeto de este discurso fué exhortar á los arcadios y demás griegos, á una acción común

[1]) Demóstenes, discurso *Por la Corona*, § 129; Esquines, discurso *Sobre la traición de la Embajada*, § 78 y 147. No tiene valor propio la biografía que con el nombre de un cierto Apolonio ha llegado hasta nosotros, y cuyas noticias están tomadas exclusivamente de Demóstenes.

[2]) *Loc. cit.*, § 180 y 262.

[3]) Demóstenes, *Por la Corona*, § 126.

contra Filipo [1]). Ahora bien; la célebre embajada enviada á Macedonia el año 2 de la 108.ª Olimpiada, 346 a. Chr., parece haber sido la causa determinante del brusco cambio que vino luego á operarse en la actitud política de Esquines. Aunque Demóstenes no vacila en atribuir este cambio al hecho de haber sido entonces sobornado Esquines por Filipo, Esquines rechaza con energía tamaña afirmación. Resolver de plano este problema, es poco menos que imposible. Pero si bien las razones por este último alegadas y su mismo carácter, no son tales que puedan inducirnos á dar crédito á sus protestas, no es tampoco de todo punto inverosímil, que el trato personal de Filipo y el conocimiento directo de los medios de que el rey de Macedonia disponía, operasen una transformación repentina en sus opiniones políticas. Mas aun admitida esta posibilidad, difícilmente nos sentiríamos inclinados á equiparar á Esquines con hombres, como Focion por ejemplo, partidarios entusiastas de la guerra contra el rey de Macedonia. Á pesar de todos los esfuerzos que Esquines hace en su defensa, la impresión que sus asertos despiertan en nosotros es siempre desfavorable; no sólo sus palabras no nos inspiran confianza ni simpatía, sino que hasta nos produce evidente complacencia el que al fin y á la postre sea vencido por su adversario.

Esquines pasó los últimos años de su vida en el destierro. Según Plutarco, vivió en Rodas y en Jonia [1]). Hasta qué punto la escuela de Retórica que más tarde floreció en Rodas, debía su origen á la estancia de Esquines en dicha isla, como se ha asegurado, lo veremos más adelante.

De los numerosos discursos pronunciados por Esquines, sólo se conservan tres, al parecer los únicos que fueron puestos por escrito [3]). Cronológicamente considerados, el primero es el dirigido *Contra Timarco*, y provocado por el deseo de Esquines de hacer fracasar de antemano la acusación proyectada contra él por Demóstenes en la cuestión de la embajada, ó á lo menos por el propósito de retardar la sentencia de los jueces. Timarco, á quien el mismo Esquines nos presenta como hombre muy entendido en la adminis-

[1]) Discurso *Sobre la traición de la Embajada*, § 79 y 164.

[2]) *Vita Demosthenis*, c. 24.

[3]) Un discurso sobre los asuntos de Delos (Δηλιακός) citado con el nombre de Esquines, pasaba por apócrifo; que en realidad lo era, lo ha demostrado incontrovertiblemente Böckh, *Erklärungen einer attischen Urkunde über das Vermögen des Apollin. Heiligthums auf Delos*, Kleine Schriften, vol. 5, p. 446 y ss.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tración del Estado, que había logrado inspirar toda una serie de plebiscitos [1]), y que desempeñaba al mismo tiempo varios empleos [2]), encontrábase entre los firmantes de la acusación formulada por Demóstenes. Contra él, pues, dirigió sus primeros dardos Esquines, en cuyo concepto, lo mismo su conducta pasada que la manera cómo había dilapidado su patrimonio, le hacían indigno de tener voz en los negocios públicos.

Apenas se encontrará otra obra en toda la antigüedad, que por su asunto produzca una impresión más desagradable y aun repulsiva, que este discurso de Esquines. Mas no son sólo las cosas de que en él se habla lo que nos inspira antipatía y aversión, sino también el modo con que el autor las expone. En definitiva, es muy difícil determinar si lo que más subleva nuestro ánimo son los cargos que se hacen al acusado ó el lenguaje que emplea el acusador. Finalmente, despierta también en nosotros cierto disgusto, el hecho de que Demóstenes se sirviera de un hombre como Timarco, aun concediendo que sólo una mínima parte de los cargos contra él dirigidos estuviera justificada [3]).

De este discurso, que fué por decirlo así como simple débil preludio de la verdadera lucha,—en él no se echan tampoco de menos algunas alusiones á Demóstenes—pasaremos al segundo, intitulado *Sobre la traición de la embajada*, con el cual Esquines se colocaba ya franca y abiertamente enfrente de su rival. Sin entrar á examinar aquí de parte de quien estaba la razon, para juzgar única y exclusivamente, como solemos hacer cuando nos hallamos en presencia de dos diestros gladiadores, la habilidad en la agresión y en la defensa, es innegable que el adversario con quien Demóstenes tenía que habérselas, no era indigno de su empuje y energía. Indudablemente es grande la sangre fría y la destreza con que Esquines se defiende de las centellas contra él fulminadas: con habilidad sorprendente sabe aprovecharse de la menor ventaja, de la más pequeña debilidad de su antagonista para pasar también al ataque. El comienzo del discurso en que

[1]) Argumento de la oración *Contra Timarco*, p. 17: διάσημος ὢν ἐν τῇ πολιτείᾳ καὶ δημηγορῶν καὶ πλέον ἢ ρ' ψηφίσματα γεγραφώς.

[2]) Discurso *Contra Timarco*, § 106, donde se asegura que los consiguió por cohechos ó por otros medios ilícitos y poco decorosos.

[3]) A. Hug, *Rhein. Museum*, vol. 29, p. 434 y ss., ha llamado la atención sobre la concordancia de algunos pasajes de este discurso, con otros que Platon cita en el *Banquete* como ejemplos de producciones sofísticas.

pide al pueblo le escuche con benevolencia; la confesión del temor que invade su alma desde que ha oído la tremenda acusación de Demóstenes; el arte con que sabe separar la atención del auditorio de lo que para él es peligroso, para llevarla á puntos secundarios; la modesta actitud que con habilidad extraordinaria adopta al final del discurso: todo esto acusa no sólo un prudente cálculo, sino también un gran dominio de todos los recursos de que dispone la oratoria.

No produce quizá el mismo efecto el discurso *Contra Ctesifon*. El tono trágico del exordio, que más que exordio parece un epílogo, fué ya censurado por los antiguos [1]); la prueba jurídica es sofística é insuficiente [2]); los cargos que el orador dirige á Demóstenes y que como él mismo declara constituyen el objeto principal de su oración, carecen de la base necesaria; cuantas razones alega Esquines en su favor parecen más bien simples disculpas, que justificaciones basadas en la conciencia de haber obrado bien; el epílogo, por último, no sólo fatiga por su inoportuna extensión y por su falta de orden, sino que se resiente de mal gusto: cosa que sobre todo se revela en la invocación final á la tierra, á la virtud, á la inteligencia y á la cultura [3]).

La ya citada tendencia á presentar en oposición radical y completa á Demóstenes con Esquines, muéstrase principalmente en el juicio que, considerándolos como oradores, se ha formado de ellos; en Demóstenes, era el arte el que en lucha tenaz y victoriosa con la naturaleza, le había colocado al fin á la cabeza de los oradores; Esquines, por el contrario, debía más bien á sus dotes naturales el no haber sido inferior á ningún otro orador [4]). Que semejante diferencia, que ya indica el mismo Esquines [5]),

[1]) *Hipótesis*: μέμψαιτο δ' ἄν τις τὸ προοίμιον ὡς τραγικὸν καὶ περιττὸν καὶ ἐπιλόγῳ μᾶλλον ἐοικός.

[2]) Trata más detenidamente este punto Halm, *Ueber die Beweisführung des Aeschines in der Rede gegen Ktesiphon*, en las SITZUNGSBERICHTE DER MÜNCHNER AKADEMIE, 1875, vol. I.

[3]) Véase el discurso *Contra Ctesifon*, § 260, y Demóstenes, *Por la Corona*, § 127.

[4]) Dionisio de Halicarnaso, *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 35, p. 1063: Αἰσχίνης ὁ ῥήτωρ, ἀνὴρ λαμπροτάτη φύσει περὶ λόγους χρησάμενος· ὃς οὐ πολὺ ἂν ἀπέχειν δοκεῖ τῶν ἄλλων ῥητόρων, καὶ μετὰ Δημοσθένην μηδενὸς δεύτερος ἀριθμεῖσθαι. Véase, *Vet. script. cens.*, c. 5, p. 434: καὶ οὐ πάνυ μὲν ἔντεχνος, τῇ δὲ παρὰ τῆς φύσεως εὐχερείᾳ κεχορηγημένος.

[5]) Véase el discurso *Sobre la traición de la Embajada*, § 41, y *Contra Ctesifon*, § 228. No sabemos en qué ocasión le comparó Demóstenes con las sirenas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se funda en los hechos, es incuestionable. Cuanto más se persuade Esquines de su escasez de conocimientos, tanto más se esfuerza por disimularla redoblando su vigor y su energía. Bajo este punto de vista, es significativa la manera cómo se expresa en el discurso *Contra Timarco*, donde también quiso demostrar que conocía los poetas [1]). Complácese además en emplear este resorte, cuyo frecuente uso estaba quizá en él estrechamente relacionado con su antiguo oficio de actor cómico, allí donde se le ofrece ocasión de hacer gala de la «solemne dignidad» que, según Demóstenes [2]), caracterizaba sus discursos.

Ahora bien; estas citas vienen á demostrar que Esquines no hablaba nunca sin la conveniente preparación. Pero aun resulta esto más claro, de aquellos pasajes en que ó se ha repetido á sí mismo, ó se ha permitido tomar conceptos y frases de otros oradores. Así, en el discurso *Contra Ctesifon*, no sólo hallamos casi textualmente reproducido el parecer sobre las distintas formas de gobierno que ya puso en el exordio de la oración *Contra Timarco* [3]), sino también el paralelo entre Arístides y Timarco, pero aplicado esta vez á Demóstenes [4]). En esta última arenga, se encuentran patentes muestras de que su autor utilizó obras ajenas [5]). Aun cuando no puede asegurarse que el comienzo del discurso *Contra Ctesifon* está tomado de Andócides [6]), es indudable que procede de éste la exposición histórica del discurso *Sobre la traición de la Embajada*, á menos que se recurra á la hipótesis, siempre aventurada, de que ambos oradores tomaron sus relatos de un mismo historiador [7]).

Lo que caracteriza á Esquines como orador, es un don de exposición clara y animada, el arte de excitar en alto grado la atención del auditorio, y de concentrarla de nuevo y manejarla á

---

[1]) *Loc. cit.*, § 141: ἵν' εἰδῆτε, ὅτι καὶ ἡμεῖς τι ἤδη ἠκούσαμην καὶ ἐμάθομεν, λέξομέν τι περὶ τούτων.

[2]) Discurso *Sobre la traición de la Embajada*, § 252 y 255.

[3]) Discurso *Contra Timarco*, § 4, y *Contra Ctesifon*, § 6. Véase además el § 3 del primero y el 9 del segundo.

[4]) Discurso *Contra Timarco*, § 25, y *Contra Ctesifon*, § 182. Véase Dionisio de Halicarnaso, *Iud. de Lysia*, c. 17, p. 491 y 492: καίτοι γε τοῦτο καὶ οἱ τοὺς ὀλίγους γράψαντες εὑρίσκονται πεπονθότες· λέγω δὲ τὸ τοῖς αὐτοῖς ἐπιβάλλειν τόποις.

[5]) Véase la nota 3 de la pág. 348 del presente tomo.

[6]) Véase Clemente Alejandrino, *Stromat.*, 6, p. 748 de Potter.

[7]) Confróntese el § 172 y ss., con el tercer discurso de Andócides, § 3 y ss., y Cobet, *Novae lect.*, p. 556 y 557.

su antojo [1]). Su dicción, sin ser pura y correcta [2]), es siempre clara y transparente. Se ha elogiado sobre todo su estilo terso y brillante [3]), enriquecido á menudo por el empleo de vocablos y metáforas de colorido casi poético. Por esto mismo quizá, carece de la necesaria concisión: en tal manera que, como dice Quintiliano, tiene más carne que músculos [4]). Á pesar, sin embargo, de todas las buenas cualidades que adornaban á Esquines y que han sido reconocidas por los críticos posteriores [5]), sus discursos están muy lejos de poder producir la impresión que despiertan los de Demóstenes: pues como con razon observa Hermógenes, no obstante toda su energía, no consiguen persuadir al que los oye ó los lee [6]). Y en realidad sería un pobre arte el de la elocuencia, si, dadas análogas aptitudes para servirse de los medios que le son propios, acaeciese que la superioridad moral no fuera bastante á dar resultados mucho más eficaces que los producidos por sentimientos mezquinos y vulgares, como eran indudablemente los de Esquines.

Además de los tres discursos de Esquines aun existentes, los cuales al ser publicados sufrieron modificaciones análogas á las que se introdujeron en la mayoría de las oraciones de Demóstenes que hoy se conservan, corren con su nombre doce cartas [7]). Es de todo punto indudable que estas epístolas son de época posterior. El hecho de figurar que Esquines escribió desde su destierro una carta á Filócrates, el cual había muerto hacía ya lar-

---

[1]) Véanse como ejemplos el § 22 y ss. del discurso *Sobre la traición de la Embajada*.

[2]) Particularmente emplea Esquines gran número de vocablos compuestos innecesarios, como por ejemplo, en el discurso *Contra Timarco*, § 122: ἐναπολογήσασθαι.

[3]) Ciceron, *Orator*, 31, § 110: *Demosthenes... nihil cedit... levitate Aeschini et splendore verborum.*

[4]) *Instit. orat.*, 10, 1, 77: *Plenior Aeschines et magis fusus et grandiori similis, quo minus strictus est: carnis tamen plus habet, minus lacertorum.* Véase *Ibid.*, 12, 10, 23.

[5]) Véase Focio, *Cod.*, 61, p. 20 de Bekker, Dion Crisóstomo, *Or.*, 18, 11; Theon, *Progymn.*, 2, p. 72 de Spengel.

[6]) *De ideis*, p. 413, de Spengel: διὸ καίτοι πολλῇ τῇ σφοδρότητί τε καὶ τραχύτητι χρώμενος ἔστιν οὐ τόνον οὐδένα ἔχει, διὰ τὸ μὴ πεποιῆσθαι μηδὲ ἀληθινῶς προφέρεσθαι τὸν λόγον. ταὐτὸ δὲ αἴτιον καὶ τοῦ μὴ πάνυ γοργὸν μηδὲ εὐκίνητον εἶναι. δεινότης δὲ ἡ κατὰ μέθοδον μέν ἐστιν οὐκ ὀλίγη παρ' αὐτῷ. ἡ δὲ φαινομένη τε ὁμοῦ καὶ οὖσα ἀναγκαίως ἐκ τῶν προειρημένων.

[7]) Focio, *Bibl.*, 61, p. 264 de Bekker, sólo conoce nueve, á las cuales llama las Musas; á los tres discursos los denomina las Gracias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

go tiempo, demuestra cuán poco escrupuloso era su autor [1]). De los ensayos de poesía erótica que el mismo Esquines menciona incidentalmente [2]), no ha llegado hasta nosotros ninguna otra noticia.

La antítesis de Esquines era el hombre que, perteneciendo á una de las más antiguas familias del Atica, la de los Eteobutades, esto es, la descendencia de Butes, en la cual era hereditario el sacerdocio de Poseidon, habíase conquistado grandísimo prestigio, nunca combatido ni por sus mismos enemigos políticos, gracias á su larga, desinteresada y feliz administración de la Hacienda pública [3]), y en general por toda su conducta. Este hombre se llamaba *Licurgo:* era hijo de Licofron, y tenía algunos años más que Demóstenes, pues que había nacido en la 96.ª Olimpiada. Lo que sobre todo hacía sobresalir á Licurgo, á quien con justicia se ha llamado uno de los hombres más probos de la antigüedad, era menos que grandes dotes oratorias, una honradez intachable, una gran nobleza de aspiraciones, y los relevantes servicios que á su patria había prestado. No sin razon se le ha comparado á Pericles [4]), ya por sus acertadas reformas en la administración de la Hacienda pública á la que, según parece, sólo eludiendo hábilmente la ley pudo consagrar su actividad durante doce años, ya también, por las construcciones que en esta época se emprendieron para embellecimiento de Atenas, y entre las cuales merece citarse la terminación del teatro de Dionysos. No es menos digno de nota por otro concepto, el interés que revela su moción acerca de las obras de los tres grandes trágicos [5]): para preservar los textos de las interpolaciones y falsificaciones que á menudo se permitían introducir en ellas

[1]) Es de igual suerte un anacronismo, la mención en la carta IV, de una estatua erigida al poeta Pindaro en Atenas. Véase Böckh, *Sobre las odas de Pindaro*, t. 2, 2, p. 18 y 19.

[2]) Discurso *Contra Timocreonte*, § 135 y 136.

[3]) No es este lugar oportuno para tratar más detenidamente de la duración y carácter de esta administración. Para las investigaciones más antiguas respecto á este punto, remitiremos al lector á lo que O. Müller ha dicho al hablar del discurso inaugural de F. Nissen, *De Lycurgi oratoris vita et rebus gestis*, Kiel, 1833, en los KLEINE SCHRIFTEN, vol. 1, p. 437 y ss. Véase U. Köhler, *Ein neues Aktenstück aus der Finanzverwaltung des Lykurg*, en el HERMES, vol. 1, p. 312 y ss.

[4]) Véase Pausanias, 1, 29, 16.

[5]) Véase O. Korn, *De publico Aeschyli, Sophoclis, Euripidis fabularum exemplari Lycurgo auctore confecto*, Bonn, 1863.

los actores, mandó hacer copias que sirvieran de base á la representación, bajo la vigilancia del escribano público. Esta medida parece tener cierta analogía con aquellas que, algunos siglos antes, fueron dictadas para las recitaciones de los rápsodas.

No merecen ciertamente más crédito que la gran mayoría de las noticias de análoga índole, las que sobre la educación de Licurgo se nos han trasmitido. Ante todo, no deja de ser chocante la de que después de haber asistido á las lecciones de Platon, Licurgo se hizo discípulo de Isócrates [1]); ni hay para qué hablar aquí de otras historietas que recuerdan en parte las contrariedades con que tuvo que luchar Demóstenes y los esfuerzos que hubo de hacer para vencerlas [2]). Aun cuando parece cierto que Licurgo no tenía gran facilidad de palabra, sería absurdo formarse de él una idea, que á lo sumo pudiera convenir á algún retórico de época posterior, pero de ninguna manera á un estadista práctico: con tanto más motivo, cuanto que el objeto de semejantes invenciones es claro y manifiesto.

De los quince discursos auténticos de Licurgo mencionados por los escritores antiguos,—de los cuales los que más de lamentar es que se hayan perdido son quizá aquellos en que el orador rendía cuentas de su administración [3])—, el dirigido *Contra Leocrates* es el único que ha llegado hasta nosotros. Como la arenga *Contra Autolico*, que se ha perdido, era éste la denuncia de una traición

[1]) *Vitae X oratorum*, p. 841, b: ἀκροατὴς δὲ γενόμενος Πλάτωνος... ταπρῶτα ἐφιλοσόφησεν, εἶτα καὶ Ἰσοκράτους... γνώριμος γενόμενος. Diógenes Laercio, 3, 46, cuenta á Licurgo entre los discípulos de Platon, invocando el testimonio de Chamaleón del Ponto y de Polemon. Por lo que hace á la noticia de Olimpiodoro en su comentario al *Gorgias* de Platon, en el *Jahrb. Suppl.* de Jahn, 14, p. 395, donde llama á Demóstenes y Licurgo discípulos de Platon, y añade luego: καὶ πάλιν ὁ Φιλίσκος τὸν βίον γράφων τοῦ Δυκούργου, φησίν, ὅτι μέγας γέγονε Δυκοῦργος, καὶ πολλὰ κατώρθωσεν, ἃ οὐκ ἔστι δυνατὸν κατορθῶσαι, τὸν μὴ ἀκροασάμενον τῶν λόγων Πλάτωνος, ofrece no escasos motivos de sospecha. En primer lugar, ha de causarnos no poca extrañeza semejante aserto en labios de un discípulo de Isócrates; además es altamente inverosímil que Filisto, quien como dicen las *Vitae X oratorum*, p. 836, c, era un ἑταῖρος de Lysias, fuera anterior á Licurgo, cuya biografía pudo escribir.

[2]) Véanse las *Vitae X oratorum*, p. 842, c: ἐμελέτα δὲ καὶ νυκτὸς καὶ ἡμέρας, οὐκ εὖ πρὸς τὰ αὐτοσχέδια πεφυκώς, κλινιδίου αὐτῷ ὑποκειμένου, ἐφ' ᾧ μόνον ἦν κῴδιον καὶ προσκεφάλαιον, ὅπως ἐγείροιτο ῥᾳδίως καὶ μελετῴη.

[3]) Según la hipótesis de Sauppe, el discurso citado por Harpocracion con el título de ἀπολογισμὸς ὧν πεπολίτευται, era el mismo que Suidas intitula ὑπὲρ τῶν εὐθυνῶν. Otro de asunto análogo, lo denomina περὶ διοικήσεως.

(εἰσαγγελία προδοσίας) cometida por Leocrates con circunstancias análogas á las de la hecha por aquél [1]). Después de la desgraciada batalla de Queronea, Leocrates, tímido y cobarde, huyó de Atenas. Sus esperanzas de poder volver impunemente á su patria después de un destierro de siete años, pasado parte en Rodas y parte en Megara, quedaron burladas, pues que sólo por empate logró librarse del castigo que para él había pedido Licurgo. Así como bajo el punto de vista estrictamente jurídico échanse de menos en este discurso fundamentos sólidos y persuasivos, así también bajo el punto de vista retórico adolece de innegables defectos. No sólo su plan no está en armonía con el gusto literario moderno, porque en buena parte consiste en la aglomeración de ejemplos tomados de los tiempos míticos ó de los históricos, cuya uniformidad acaba por fatigar la atención del lector, sino que su forma además, es lánguida y pesada: ni los períodos están redondeados, ni la construcción resulta agradable. Es evidente que Licurgo no dominaba la forma como otros oradores. En cambio son dignos de incondicional encomio, los sentimientos que en todas y cada una de sus partes revela esta arenga. Su concepto de los deberes para con la patria, es verdaderamente ideal, aunque desde el punto de vista práctico era quizá exigir demasiado. Esta alteza de miras, sin embargo, sólo agrada cuando el orador, contra lo que es general y corriente, no desciende nunca á cosas ajenas al asunto de su discurso.

La escasez de dotes oratorias que en comparación con otros oradores contemporáneos suyos ó más antiguos, distinguía á Licurgo, no pasó desapercibida para los críticos de la antigüedad; los cuales si hacen resaltar su amor á la verdad, su moralidad y honradez más severas, y la general confianza que por efecto de estas mismas cualidades inspiraba, censuran en cambio con razon, los defectos de forma, su dicción poco agradable, la aspereza de sus metáforas y sus numerosas digresiones [2]). Resultan de tanto peor gusto las personificaciones que se encuentran en dos distintos pasajes de su obra, cuanto que son en parte los mismos asuntos á

[1]) Véase Licurgo, oración *Contra Leocrates*, § 53, y Harpocracion, *vide* Αὐτόλυκος.

[2]) Dionisio de Halicarnaso, *Vet. script. cens.*, 5, 3: ὁ δὲ Λυκοῦργός ἐστι διὰ παντὸς αὐξητικὸς καὶ διηρημένος καὶ σεμνὸς καὶ ὅλος κατηγορικὸς καὶ φιλαλήθης καὶ παρρησιαστικός· οὐ μὴν ἀστεῖος οὐδὲ ἡδύς, ἀλλ' ἀναγκαῖος. Aun más severamente lo juzga Hermógenes, *De ideis*, 2, p. 416.

los que en ellos imprime animación y vida [1]); por otro lado, las extensas citas poéticas que Licurgo hace en su discurso [2]), muestran bien á las claras su falta de inventiva.

Si en la colección de biografías de los diez oradores, se guarda, como parece verosímil, un orden cronológico rigoroso, es de creer que *Hipérides*, cuyas dotes oratorias eran indudablemente muy superiores á las de Licurgo, naciese después que Demóstenes. Mas aunque la diferencia de edad no era entre ellos considerable, sus respectivos caracteres eran tan distintos como la índole de su elocuencia.

Como Demóstenes, pertenecía Hipérides á una familia acomodada. Según parece fué educado con gran esmero para la carrera de orador, si bien acerca de esto no tenemos más noticias concretas que la de que fué discípulo de Isócrates y de Platon [3]). Como logógrafo, desarrolló maravillosa actividad; pero casi tan numerosos, como las oraciones que escribió para otros, son los discursos civiles y políticos que pronunció. En política figuró siempre entre los más exaltados patriotas. Sólo esto explica su franco rompimiento con Demóstenes en la cuestión de Harpalo, á consecuencia de lo cual, Hipérides entró á dirigir la política de Atenas, que verosímilmente continuó dirigiendo también después del regreso de Demóstenes. La sublevación de los atenienses á la muerte de Alejandro, que tan triste y rápido fin había de tener en la llamada guerra de Lamia, respondió á las vehemencias de su ardiente temperamento. La suerte que le cupo después de la derrota, fué aun más triste que la de Demóstenes: hecho prisionero por Archias, llamado «el cazador de fugitivos», cuéntase que le cortaron la lengua y que fué ejecutado en Cleone por orden de Antípatro [4]).

Aunque adornado de brillantes dotes naturales, Hipérides era

[1]) § 44 y 150.

[2]) La ῥῆσις de Eurípides, que se halla en el § 100, no cuenta menos de cincuenta y cinco versos. Citanse además seis versos de Homero en el § 103, una elegía de Tirteo en treinta y dos versos en el § 107 y dos epigramas en el § 109.

[3]) Filóstrato en la *Vita Sophoclis*, 1, 17, 4, lo cita como el discípulo más notable de Isócrates.

[4]) Lo mismo acerca del lugar en que fué hecho prisionero—según unos lo fué en el templo de Demeter en Hermiona, y según otros en el santuario de Eaco en Egina—que respecto á las circunstancias y pormenores de su muerte, hay gran diversidad de opiniones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bajo todos aspectos, inferior á Demóstenes. De aquella moderación que constituía un rasgo sobresaliente de este último, no encontramos huella alguna en el primero; pues aunque sin engolfarse en los deleites corporales, estaba muy lejos de desdeñarlos. Hombre vividor en el sentido más amplio de la palabra, aparece Hipérides como el representante de aquella tendencia que poco tiempo después había de encontrar su expresión filosófica en la doctrina de Epicuro. La vida voluptuosa de que parece alardeaba, provocó á menudo las sátiras de los poetas cómicos. Sus paseos matinales por el mercado de pescados, su propensión á la glotonería y su amor al juego de dados, proporcionaban sobrada materia para aquellas burlas [1]). Pero su conducta era bajo otro aspecto aun más censurable: de ser ciertas las noticias tomadas de fuente en realidad no muy segura, Hipérides tenía á un tiempo nada menos que tres amantes, una en sus posesiones de Eleusis, otra en el Pireo, y la tercera en su casa de Atenas, de la cual, por lo mismo, alejó á su hijo Glausipo [2]). Parece además, que sentía viva pasión por la célebre meretriz Frine. El mismo Hipérides parece haber hablado de ello franca y abiertamente en el discurso [3]) que pronunció en su defensa, combatiendo la acusación de impiedad presentada contra ella por Eutias. Este proceso, en el que, según parece, el discurso del acusador no lo compuso el mismo Eutias sino Anaximenes de Lampsaco [4]), llegó á hacerse célebre por el recurso final que se dice empleó Hipérides: viendo el orador que sus argumentos eran ineficaces, hizo entrar

[1]) Además del pasaje citado en el cap. XLVI, p. 216 del presente tomo, véase el de Timocles, en Ateneo, 8, p. 342, a, donde nombra los que se suponía que habian recibido dinero de Harpalo, y en el cual dice de Hipérides:

A. ὅ τ' ἐν λόγοισι δεινὸς Ὑπερείδης ἔχει.
B. τοὺς ἰχθυοπώλας οὗτος ἡμῶν πλουτιεῖ
ὀψοφάγος, ὥστε τοὺς λάρους εἶναι Σύρους

aludiendo al hecho de que los sirios se abstenían de comer pescados. *Ibid.*: Φιλέταιρος δ' ἐν Ἀσκληπιῷ τὸν Ὑπερείδην πρὸς τῷ ὀψοφαγεῖν καὶ κυβεύειν αὐτόν φησι.

[2]) Idomeneo, en Ateneo, 13, p. 590, c.

[3]) Ateneo, *loc. cit.*, d.

[4]) Harpocracion, *vide* Εὐθίας... τῶν ἐπὶ συκοφαντίᾳ διαβεβλημένων ἦν ὁ Εὐθίας· τὸν μέντοι λόγον αὐτῷ τὸν κατὰ Φρύνης Ἀναξιμένην πεποιηκέναι φησὶν Ἕρμιππος. Ateneo, 13, p. 591, e, cita como garantía de esta noticia, la autoridad del periegete Diodoro.

á la acusada, y rasgando el manto que la cubría, pidió compasión para ella á los jueces. Aunque á menudo referida por los escritores posteriores [1]), es de creer que esta escena no llegara á realizarse. De todas suertes, es muy distinta la descripción que de ella nos trasmite el poeta cómico Poseidipo, muy cercano á dicha época, y según el cual, Frine solo logró salvar su vida, tendiendo la mano á cada uno de los jueces, y vertiendo abundantes lágrimas [2]).

Gracias á la feliz casualidad que hizo que en la época moderna se encontraran varios discursos de Hipérides, conocemos por sus propias declaraciones los primeros pasos de su carrera política. «No,—dice en el discurso *Para Euxenipo*, dirigiéndose á su adversario—no creo que debas obrar como obras, y yo mismo he seguido muy distinta conducta. Hasta hoy, no he exigido responsabilidad alguna ante los tribunales á ningún ciudadano ajeno en absoluto al gobierno y administración de la República; sino que antes bien les ayudé siempre con todas mis fuerzas. ¿Quiénes, si no, son las personas á quienes yo he acusado?: Aristofon de Azenia, hoy uno de los estadistas más influyentes, y el cual debió su absolución á una mayoría de dos votos; Diopites de Esfecia, según parece uno de nuestros conciudadanos más temibles; y finalmente, Filócrates de Agnusia, el cual ha dado muestras de una insolencia inaudita en la dirección de los negocios públicos; yo le he exigido responsabilidad de los servicios prestados por él á Filipo, presentando en contra suya una acusación justa y arreglada al texto de la ley» [3]).

Por lo demás, á las acusaciones que, no sin cierto orgullo, cita Hipérides en este discurso, había precedido otra *Contra Autocles*, la cual, según todas las probabilidades, habíala compuesto para Apolodoro. De este discurso verosímilmente escrito poco después del año 361 a. Chr., se conserva, entre otros fragmentos, una alusión á la sentencia de Sócrates; pues para demostrar que debía exigirse al acusado responsabilidad por sus arengas, re-

[1]) Estos pasajes han sido coleccionados por Sauppe, *Or. att.*, entre los fragmentos de Hipérides, núm. 218.

[2]) Ateneo, 13, p. 591, e:

καὶ τῶν δικαστῶν καθ' ἕνα δεξιουμένη
μετὰ δακρύων διέσωσε τὴν ψυχὴν μόλις.

[3]) Discurso *Para Euxenipo*, § 27 y 28.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuerda que también Sócrates había sido condenado por sus discursos [1]): declaración indisculpable, en la forma al menos en que nos ha sido trasmitida, si Hipérides, como algunos aseguran, hubiera sido discípulo de Platon.

Coetánea del discurso de Demóstenes *Contra Leptines*, fué la acusación de aquel Aristofon, de quien Esquines dice que podía vanagloriarse de haber salido felizmente de setenta y cinco procesos por violaciones de la ley [2]). La acusación contra Filócrates, fué como un preludio de la formulada por Demóstenes contra Esquines, sobre la traición de la embajada [3]). Lo mismo que en esta coyuntura, vemos á Hipérides figurar en otras al lado de Demóstenes: él fué quien después de la batalla de Queronea presentó la proposición, á menudo citada, con que dió muestras de poseer aquellos sentimientos de que él mismo hablaba en un discurso pronunciado probablemente poco tiempo después. «Los hombres temerarios, decía, obran siempre sin reflexión; los valerosos afrontan serenos y tranquilos los peligros que les amenazan» [4]). Hipérides era de los oradores cuya extradición había pedido el rey de Macedonia. Como Demóstenes, el cual recuerda en su discurso *Por la Corona* de qué manera en aquel tiempo era cada día objeto de nuevas acusaciones [5]), vióse también expuesto Hipérides á los ataques del partido macedónico. Entre sus acusadores figuraba Aristógiton, el mismo contra quien iban dirigidas las dos oraciones falsamente atribuídas á Demóstenes [6]). La proposición antes citada fué el motivo de esta acusación. Aunque según la letra de la ley, la querella estaba justificada, circuns-

[1]) Greg. Cor., *Schol. ad Hermog.*, t. 7, p. 1148 de Walz: Ὑπερείδης ἐν τῷ κατ' Αὐτοκλέους εἰπών, ὅτι τοῦτον ἐπὶ λόγοις δεῖ κολάσαι, τίθησιν ὅμοιον ὅτι καὶ Σωκράτην οἱ πρόγονοι ἡμῶν ἐπὶ λόγοις ἐκόλαζον.

[2]) Discurso *Contra Ctesifon*, § 194. Tipo perfectamente opuesto á este, era Céfalo, el cual jamás había sido citado ante los tribunales.

[3]) Véase Demóstenes, discurso *Sobre la traición de la Embajada*, § 116.

[4]) Suidas, *vide* Θρασύς... Ὑπερίδης φησὶν ἐν τῷ Κυζικηνικῷ (véase Licurgo, oración *Contra Leocrates*, § 42, y las *Vitae X oratorum*, p. 852, b) „οἱ μὲν Θρᾷττες ἄνευ λογισμοῦ πάντα πράττουσιν, οἱ δὲ Θαρραλέοι μετὰ λογισμοῦ τοὺς προσπεσόντας κινδύνους ἀνέκπληκτοι ὑπομένουσιν".

[5]) § 249.

[6]) Reiske intentó reclamar para Hipérides la paternidad del primero de estos discursos. Posteriormente Cobet ha aceptado y procurado difundir de nuevo esta hipótesis. Sus argumentos, sin embargo, no son convincentes. Véase la *Miscell. crit.*, p. 559 y ss.: *Novae lectt.*, p. 225.

tancias inherentes á la personalidad de su adversario daban á Hipérides inmensa ventaja. No sólo era aquél hijo de un hombre condenado á muerte, á quien Aristógiton hizo morir de hambre en Eretria, donde se había refugiado, y de una mujer que, nacida esclava y habiendo adquirido después la libertad, cayó de nuevo en esclavitud, sino que él, por su parte, había llevado siempre una vida vergonzosa y torpe. Hasta cierto punto, las relaciones que mediaban entre Hipérides y Aristógiton, no dejaban de tener cierta analogía con las en que se hallaban Demóstenes y Esquines. De aquí que Hipérides, sin entrar en la cuestión de derecho, diese á su defensa un giro completamente extraño al asunto que se debatía. «¿Por qué?», exclama en un pasaje á menudo citado con elogio [1]), «¿por qué pides incesantemente mi condena, dirigiéndome estas preguntas?: ¿Has propuesto la libertad de los esclavos?—La he propuesto para que los libres no caigan en esclavitud.—¿Has pedido el regreso de los desterrados?—Lo he pedido para que nadie sea condenado á destierro.—¿Por consiguiente te has hecho superior á las leyes que prohibían ambas cosas?—No podía obrar de otra manera, porque á sus preceptos se oponían las armas de los macedonios.—No, no he sido yo quien ha escrito la proposición, sino la batalla de Queronea.» Como el discurso *Por la Corona*, contenía también el de Hipérides una pintura de la impresión que en Atenas produjo la noticia de la toma de Elatea; mas, según testimonio de un retórico posterior, era inferior á la de Demóstenes [2]).

De esta misma época, y de todas suertes anterior á la muerte de Filipo, es una arenga de Hipérides *Contra Démades*. A propósito de la pregunta de Plutarco [3]) sobre si Solon, Licurgo y Pitaco, contestaban á sus adversarios con declamaciones tan injuriosas como las que Demóstenes disparaba contra Esquines, é Hipérides contra Démades, debe recordarse, por lo menos en lo que á Pitaco se refiere, las sátiras contra él dirigidas por Alceo [4]) para demostrar que el odio político se manifestó en todo tiempo cruda y francamente entre los griegos. Excepción hecha de un

[1]) Rutilius Lupus, *De figuris*, 1, 19; *Vitae X oratorum*, p. 849, a, y en otros lugares.

[2]) Theon, *Progymn.*, t. 1, p. 167 de Walz.

[3]) *Praecepta polit.*, c. 14, 16.

[4]) Véase el tomo I, pág. 268 de la presente obra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pasaje en que Hipérides compara á su adversario con una víbora [1]), no se ha conservado nada de este género del discurso *Contra Démades;* el epílogo, en cambio, cítase frecuentemente como modelo de recapitulación. «La proposición presentada por Démades no contiene los verdaderos motivos que hacen á Eutícrates —uno de los traidores de Olinto—merecedor de que se le conceda la progenie. Mas yo quiero señalaros en una nueva proposición, las razones que existen para que le sea otorgada. Eutícrates es digno de la progenie, porque con palabras y hechos ha defendido los intereses de Filipo; porque de esta manera ha causado la ruina de los calcidios; porque después de la toma de Olinto ha tasado el valor de los prisioneros; porque en la cuestión de Delos combatió las pretensiones de Atenas; porque después de la batalla de Queronea no hizo enterrar á ningún muerto, ni redimir á ningún prisionero» [2]).

Entre los discursos posteriores de Hipérides, el pronunciado *Contra Demóstenes* en la cuestión de Harpalo, pertenece á los descubiertos en su mayor parte modernamente. También este se distingue por una dureza y una desconsideración, que en realidad no hacían gran honor al carácter de Hipérides. Si, como es verosímil, el apóstrofe: «¡No te avergüenzas, oh Demóstenes, á la edad que ya cuentas, de ser acusado por los jóvenes, de corrupción y soborno!», iba relacionado con el recuerdo de las censuras que incidentalmente había dirigido el gran orador á la juventud de entonces, por su inmoderación en el beber [3]), claro es que ha de resultar más odioso y repulsivo. Si se necesitase una prueba del grado de desmoralización y desconcierto en que yacía Atenas, bastaría con señalar rasgos como estos, sólo posibles allí donde la pasión política, ya desencadenada, sofoca toda moderación y todo sentimiento de equidad y justicia.

No se sabe si Hipérides debió á su nueva actitud para con Demóstenes, el haber sido de allí adelante el director de los des-

[1]) Harpocracion, *vide* Παρεῖται ὄφεις.

[2]) Apsines, *Rhet.*, t. 9, p. 547. Véase 532 de Walz. Anon., *In Hermog.*, t. 4, página 425.

[3]) Prisc., 18, 25, p. 219 de Krehl: Ὑπερείδης κατὰ Δημοσθένους· ἀλλὰ τοὺς νεωτέρους ἐπὶ βοηθείαν καλεῖς, οὓς ὕβριζες καὶ ἐλοιδόρου ἀκροκώθωνας ἀποκαλῶν. Véase Ateneo, 10, p. 424, d: τῷ δὲ ἀκρατέστερον Ὑπερείδης κέχρηται ἐν τῷ κατὰ Δημοσθένους, γράφων οὕτως· εἰ μέν τις ἀκρατέστερον ἔπιεν, ἐλύπει σέ.

tinos de Atenas. Al mismo tiempo que la muerte de Alejandro, ocurrida poco después, le proporcionaba ocasión de llevar á la práctica el plan largo tiempo meditado, la apurada aunque efímera situación de Macedonia, podía hacerle aguardar un éxito; Focion, por el contrario, estaba muy lejos de participar de tan halagüeñas esperanzas [1]). En los discursos que un historiador de los sucesores de Alejandro, Dexipo, pone en boca de Focion y de Hipérides, se encuentra expresado este contraste. La hipótesis de que el de este último podía encerrar ideas y opiniones realmente formuladas por Hipérides en aquel tiempo, apenas podría defenderse; pues lo que en él hallamos, no es más que simples lugares comunes y artificios retóricos, sin relación estrecha con los sucesos de entonces. Pero si las esperanzas de que no se hubieran perdido completamente sus obras, á pesar de haber sido más justificadas y frecuentes que las que se abrigaron de encontrar las producciones de cualquier otro escritor antiguo [2]), han resultado defraudadas, se han visto en cambio satisfechas en una arenga, la última sin duda, si no pronunciada, publicada al menos por Hipérides, y cuya causa determinante es bien fácil de comprender. Aunque era realmente íntima la amistad que le unía á Leostenes, jefe de las huestes atenienses [3]), son más bien sus propias impresiones las que vemos expresadas en las palabras con que describe los sentimientos del caudillo: «Leostenes vió la Grecia abatida y humillada, arruinada por aquellos á quienes Filipo y Alejandro habían comprado para atacar á su propia patria; vió que nuestra ciudad necesitaba un hombre, y la Grecia una ciudad que se colocase al frente de ella para resistir al enemigo, y Leostenes se dió á nuestra ciudad, y Atenas á la Grecia para recobrar la libertad perdida» [4]). No es preciso hacer resaltar, comparándolo con los ejemplos hasta aquí citados de la oratoria de Esquines, el carácter completamente distinto que ostenta este pasaje, cuya ampulosidad y alambicamiento responden á las exigencias del género epidéctico, á que pertenece el *Epitáfico*, del cual tomamos las palabras citadas.

[1]) Véase Plutarco, *Vita Phoc.*, c. 23; *De sui laude*, c. 17.

[2]) Háblase especialmente de un manuscrito con escolios, de todos los discursos de Hipérides, que se dice existía en la biblioteca del rey Matías Corvino.

[3]) Plutarco.

[4]) *Epitáfico.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El total de los discursos que corrían con el nombre de Hipérides, ascendía á setenta y siete, de los cuales, sin embargo, solo cincuenta y dos eran tenidos por auténticos [1]). El interés que en época posterior despertaron estas oraciones, se infiere claramente del número de los títulos aun conocidos, casi igual al citado en primer término. El hallazgo en las escavaciones del Alto Egipto, de dos discursos completos y de extensos fragmentos de otros dos, es de los más felices de cuantos en el siglo presente han venido á enriquecer el conocimiento de la Literatura griega. Se conservan completas las oraciones *Para Licofron* y *Para Euxenipo*, ambas sobre asuntos civiles; la última, sin embargo, toca muy á la ligera importantes asuntos políticos. El discurso *Para Licofron* fué compuesto, según todas las probabilidades, poco después del año 4 de la 107.ª Olimpiada, y puede considerarse, por consiguiente, como obra de la adolescencia del autor. La oración *Para Euxenipo* fué motivada por una contienda jurídica surgida á consecuencia de la devolución á Atenas, por Filipo, de la ciudad de Oropo, población fronteriza. Pertenece al género de las llamadas deuterologias, esto es, las réplicas que competían al demandado, después del discurso del demandante.

Por lo que hace á la oración *Contra Demóstenes*, de la cual dan suficiente idea los fragmentos que de ella se conservan, es, bajo el punto de vista del arte, muy superior á las de análoga índole de Dinarco. En cambio, el *Epitáfico* no responde á las esperanzas que respecto de él debían abrigarse; pues aunque aventaje á los similares que se conservan con los nombres de Lisias y de Demóstenes, es por lo menos muy inferior al discurso de Pericles en la forma que le ha dado Tucídides. Ante todo, carece en su mayor parte del atractivo de la novedad; no sólo los lugares comunes en él contenidos deben su escaso mérito á la forma con que se hallan expresados, sino que al mismo tiempo, el amor á las antítesis perturba tanto más el curso de la exposición, cuanto que muchas de ellas son inexactas y defectuosas. En el exordio, hace resaltar Hipérides la dificultad de ensalzar á Leostenes como merecía. El elogio de Atenas que va á continuación, termina con un paralelo con el sol, que no revela ciertamente el mejor gusto. El haber librado con su arrojo á la Grecia del yugo de la esclavi-

[1]) *Vitae X oratorum*, p. 849, d. En Suidas, νς' no es ni más ni menos que una errata, en lugar de νβ'.

tud, era en concepto del orador, lo que sobre todo realzaba el mérito de los muertos, los cuales, como bienhechores de sus conciudadanos, vivirían siempre en la memoria de éstos y recibirían el premio en los infiernos. También en este punto traspasa el orador los límites de lo justo. En el epílogo, Hipérides se dirige á los parientes de los muertos, exhortándolos no sólo á no olvidar á éstos, sino además á no borrar de la memoria las virtudes de que muriendo dieron prueba. Respondiendo á las exigencias de la oratoria panegírica, por todas partes hallamos muchas galas de estilo, cuyo número en algunos pasajes resulta excesivo. Sin embargo de ello, esta oración fúnebre, que en cierto sentido lo fué también de la elocuencia ática, pasaba por ser la mejor en su género [1]): juicio que sólo se comprende examinándola desde el punto de vista limitado y parcial de los antiguos, quienes en casos como el presente, solían atender menos al fondo que á la forma.

No sólo no llegó jamás Hipérides á igualar la grandeza de Demóstenes, sino que en sus discursos se advierte ya la nota característica de una nueva época de decadencia; á menudo recuerda los poetas de la llamada comedia nueva, pero es más ingenioso y elegante que ellos; todo en él tiene ya, si se me permite la frase, un barniz moderno. He aquí por qué, hasta cierto punto no sin razon, le consideraron algunos como muy digno de ser imitado [2]); y precisamente, por lo mismo que eran tan numerosas las buenas cualidades que le distinguían y tan grande su flexibilidad para acomodar su elocuencia á los tonos más diversos, era tanto más natural la esperanza de asemejarse á él en algún modo. No deja de ser hábil el paralelo establecido por un crítico antiguo, entre Hipérides y los combatientes en los cinco juegos de la palestra; pues que éstos, aunque en ninguno obtuvieran el premio, en todos ellos mostraban ser más que medianías. Si se concede más valor al número de buenas dotes que á su mérito intrínseco, Hipérides debe ser tenido por superior á Demóstenes [3]); pues aunque la alteza de pensamientos y la reflexión profunda de este último eran realmente admirables, Hipérides en cambio, se distinguía

[1]) El autor de la obra περὶ ὕψους, dice en el § 34: τὸν μὲν ἐπιτάφιον ἐπιδεικτικῶς, ὡς οὐκ οἶδ' εἴ τις ἄλλος διέθετο.

[2]) Véase la pág. 325 del presente tomo, y Dion Crisóstomo, *Or.*, 18.

[3]) *De sublim.*, § 34.

por la flexibilidad maravillosa y la finura y elegancia de su estilo. En la gracia que le caracteriza revélanse ya claramente aquel influjo que poco á poco ha ído prevaleciendo, no sólo en las obras de arte, sino también en la Literatura, y un ingenio más punzante que el de Demóstenes. La máxima, según parece suya: «La invectiva es la mejor prueba de la falta de ilustración y de cultura» [1]), es perfectamente aplicable al mismo Hipérides. Que no carecía de malicia, lo demuestra aquel apóstrofe con que cierta vez interrumpió al hijo de Démades, Demeas, cuya madre era flautista: «Calla, que tocas peor que tu madre» [2]). «En vano procuras—decía á Aristofon de Azenia—engañar la opinión pública; pues que no lograrás hacer creer que tu astucia es ciencia, economía tu avaricia, y severidad tus aviesas intenciones. No, no hay defecto alguno del cual puedas tú vanagloriarte como virtud» [3]). En las escuelas de Retórica citábanse á menudo análogos ejemplos de agudeza é ingenio, tomados de Hipérides.

Si es cierto que no tenemos hoy noticia alguna de que Hipérides acostumbrase dirigir á sus adversarios injurias como aquellas que ni Demóstenes ni Esquines temían dirigirse, es por lo menos indudable que no mostraba gran escrupulosidad en el uso de los vocablos, y precisamente á esta circunstancia debemos el conocer hoy no escaso número de los pasajes recogidos por aticistas posteriores. Fácilmente se comprende, que no es posible determinar con exactitud cuáles fueron invención suya y cuáles tomó del lenguaje de la comedia ó del vulgo. Constituyen, sin embargo, notas características de su estilo, una afición manifiesta á los neologismos y una propensión indudable á locuciones tomadas del lenguaje vulgar [4]). Evidentemente Hipérides manejaba el discurso en forma mucho menos aparatosa y solemne que sus predecesores, mostrando en ello mayor flexibilidad y una gracia

[1]) Dionis. Antioch., *Epist.*, 79, p. 273 de las *Epistolographi* de Hercher: ὁ Γλαυκίππου δὲ πάντων ἀπαιδεύτατον ἔφη τὸ λοιδορεῖν, cita que Tournier, *Revue de philol.* n. s. t. 1, p. 208, aplica á Hipérides.

[2]) Eustacio, *Ad Iliad.*, p. 1151, 9.

[3]) Rutilius Lupus, 1, 4, y Quintiliano, 9, 3, 65.

[4]) Hermógenes, *De ideis*, t. 3, p. 382, de Walz: ἴδιόν δὲ Ὑπερείδου τὸ καὶ ταῖς λέξεσιν ἀφειδέστερόν πως καὶ ἀμελέστερον χρῆσθαι, ὥσπερ ὅταν μονώτατος λέγῃ καὶ γαλέαγρα καὶ ἐκκοκύζειν καὶ ἐστηλοκόπηται καὶ ἐπήβολας, καὶ ὅσα τοιαῦτα. Véase Pollux, 5, 89. Dionisio de Halicarnaso, *De Dinarcho*, c. 6: ὁ δὲ Ὑπερείδης κατὰ μὲν τὴν ἐκλογὴν τῶν ὀνομάτων ἡττᾶται Λυσίου.

que sólo podía ser resultado de un arte ya perfeccionado, de una aptitud natural extraordinaria, y sobre todo de aquella vivacidad intelectual propia del carácter ateniense. Pero por lo mismo que la oratoria de Hipérides parecía más apropósito para agradar que para entusiasmar, era también, según Quintiliano [1]), más acomodada, por no decir más útil, para las causas triviales.

El último de los diez oradores áticos, y al mismo tiempo quizá el que más debe admirarnos que haya sido incluído en aquel número, es *Dinarco*. La mayoría de las noticias que de él tenemos son oscuras y contradictorias. Ya Dionisio de Halicarnaso, el cual le ha consagrado una obra especial, se vió reducido en parte á combinaciones meramente arbitrarias, basadas todas ellas en una especie de querella unida al discurso que Dinarco pronunció en causa propia contra Proxeno. Presupuesta la autenticidad de aquel escrito, habrá que creer, en contra de otras noticias, que nació en Corinto y que su padre se llamaba Sóstrato. Según el cómputo hecho por Dionisio, nació hacia el año 360 a. Chr.; mas es difícil conciliar con este dato, lo que otros aseguran al decir que siendo aun joven, en la época en que Alejandro pasó á Asia, trasladóse á Atenas y asistió á las lecciones de Teofrasto. Con más cautela se expresa Dionisio, al inferir pura y simplemente de sus propias palabras, que mantuvo amistad estrecha con Teofrasto y con Demetrio Faléreo; al paso que aventura la hipótesis, en realidad sin gran fundamento, de que Dinarco se dedicaba ya á la profesión de logógrafo bajo el arcontado de Pitodemo, año 1 de la 111.ª Olimpiada, 336 a. Chr. Como meteco, era la única que le estaba permitida; mas ella le granjeó, no sólo gran influjo, sino también considerables riquezas. A consecuencia de la restauración de la democracia, el año 2 de la 118.ª Olimpiada, 307 a. Chr., Dinarco se vió obligado á abandonar á Atenas, á donde regresó quince años después, tiempo que había pasado en Calcis, en la isla de Eubea. No tenemos noticia alguna sobre la época en que acaeció su muerte.

La misma inseguridad que hallamos en las noticias referentes á la persona de Dinarco, encontramos también en las que atañen á sus discursos. Sin entrar á examinar aquí detenidamente ni las divergencias de estos testimonios, ni el Catálogo, hoy por cierto muy incompleto, de Dionisio de Halicarnaso, ni siquiera los cri-

[1]) *Instit. orat.*, 10, 1, 77: *Minoribus causis, ut non dixerim utilior, magis par.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terios por él expuestos acerca de la autenticidad ó falsedad de las diversas oraciones, bastará con observar que en su opinión sólo sesenta eran auténticas [1]). De este número no se conservan hoy más que tres, todas las cuales guardan relación con el proceso de Harpalo. Pero aun la mejor de ellas, esto es, la dirigida *Contra Demóstenes*, comparada con los discursos de otros oradores, sólo merece la calificación de obra sobrado floja. Lejos de intentar hacer ver la culpabilidad de Demóstenes, el autor sólo se esfuerza en rebuscar, de la manera más odiosa y repulsiva, cuanto puede presentar bajo un prisma desfavorable la persona y la actividad política del acusado. Y es tanto más desagradable la impresión que esta arenga despierta, cuanto que ni siquiera puede invocarse para disculpa de Dinarco, la acritud y exasperación producidas por un odio inveterado como el de Esquines. Con la mayor sangre fría, reune Dinarco y confía á otro—se ignora quién pronunció este discurso—cuantos materiales le parecían buenos para aniquilar á Demóstenes: más bien, sin embargo, que con el fin de esclarecer la cuestión, con el propósito deliberado de oscurecerla y embrollarla. No sólo no teme incurrir en repeticiones, sino que en realidad la mayoría de las cosas que dice, las habían expresado ya mejor Esquines y otros oradores.

Sólo en el caso de que fuesen mejores que éste, cosa que ciertamente no puede sostenerse, los otros dos discursos que se conservan con el nombre de Dinarco, el pronunciado *Contra Aristógiton*, hoy muy incompleto, y el intitulado *Contra Filocles;* ó demostrando con razones claras y seguras que así éstos como el dirigido contra Demóstenes, son apócrifos, podría formarse un juicio menos desfavorable de aquel orador. Por lo que toca á este último, ya en la antigüedad negó que fuera obra de Dinarco, un investigador cuyo tacto y exactitud merecen, en general, elogios [2]). Dionisio de Halicarnaso no asiente á este juicio, y, según

[1]) Es muy desfavorable la opinión de Dionisio de Halicarnaso, *De Dinarcho*, c. 1, sobre el juicio emitido por Calimaco y los críticos de Pérgamo acerca de los discursos de Dinarco.

[2]) Dionisio de Halicarnaso, *De Dinarcho*, c. 1, p. 631 y 632, cita un largo pasaje de la obra περὶ τῶν ὁμωνύμων de Demetrio de Magnesia, que termina así: καὶ νομίσειεν ἄν τις, εὐήθεις εἶναι τοὺς ὑπολαβόντας, τὸν λόγον τὸν κατὰ Δημοσθένους εἶναι τούτου· πολὺ γὰρ ἀπέχει τοῦ χαρακτῆρος· ἀλλ' ὅμως τοσοῦτον σκότος ἐπιπεπόλακεν, ὥστε τοὺς μὲν ἄλλους αὐτοῦ λόγους, σχεδόν που ὑπὲρ ἑξήκοντα καὶ ἑκατὸν ὄντας, ἀγνοεῖν συμβέβηκε· τὸν δὲ μὴ γραφέντα ὑπ' αὐτοῦ μόνον ἐκείνου νομίζεσθαι.

parece, con razon. En realidad no hay otro motivo para negar la autenticidad de aquel discurso de Dinarco, que la desagradable impresión que su lectura produce; y es indudable que sólo podría ésta invocarse como prueba, cuando existiesen motivos para atribuir á Dinarco dotes iguales á las de los demás oradores á cuyo lado figura. Dionisio de Halicarnaso, le niega todo linaje de aptitudes, al decir de él que ni supo descubrir un camino nuevo, ni aventajar á aquellos á quienes seguía [1]). Lejos de imitar á uno solo de los oradores anteriores ó contemporáneos, erigióse en imitador de Lisias unas veces, de Hipérides otras, y otras de Demóstenes [2]). Encontrábasele, sin embargo, más semejanza con este último, de quien, en todo caso, no fué sino una imagen tosca y grosera. A esto alude sin duda la denominación de «Demóstenes rústico» [3]), y la aun más característica de «Demóstenes hordeáceo» que le da Hermógenes [4]). Las cualidades de Dinarco no son tales que produzcan en nosotros una impresión favorable: ni su persona nos inspira confianza, ni los discursos que de él subsisten, pueden movernos á creer que tuviese extraordinario talento. Del testimonio de Demetrio de Magnesia, se infiere á lo sumo que produjo obras mejores que las que hoy se conservan; y aun cuando fuese cierto, como siguiendo á otros ha sostenido Dionisio de Halicarnaso, que el discurso *Contra Teocrines* que corre con el nombre de Demóstenes, era de Dinarco [5]), semejante paternidad

[1]) *De Dinarcho*, c. 1, p. 629 y 630: μήτε εὑρετὴν ἰδίου γεγονέναι χαρακτῆρος τὸν ἄνδρα, ὥσπερ τὸν Λυσίαν καὶ τὸν Ἰσοκράτην καὶ τὸν Ἰσαῖον· μήτε τῶν εὑρημένων ἑτέροις τελειωτήν, ὥσπερ τὸν Δημοσθένην, καὶ τὸν Αἰσχίνην, καὶ Ὑπερείδην ἡμεῖς κρίνομεν.

[2]) *Op. cit.*, c. 5, p. 639: καιρὸς ἤδη καὶ περὶ τοῦ χαρακτῆρος αὐτοῦ λέγειν· ἔστι δὲ δυσάριστον. οὐδὲν γὰρ οὔτε κοινόν, οὔτ' ἴδιον ἔσχεν, οὔτ' ἐν τοῖς ἰδίοις, οὔτ' ἐν τοῖς δημοσίοις ἀγῶσιν· ἀλλὰ καὶ τοῖς Λυσίου παραπλήσιός ἐστιν ὅπου γίνεται, καὶ τοῖς Ὑπερείδου, καὶ τοῖς Δημοσθένους λόγοις· καὶ τούτων πολλὰ δή τις ἔχει παραδείγματα ἐκθέσθαι.

[3]) *Op. cit.*, c. 8, p. 647: δι' αὐτὸ γὰρ τοῦτο καὶ ἄγροικόν τινες Δημοσθένην ἔφασαν εἶναι, κατὰ τὸ ἐλλειπὲς τῆς οἰκονομίας ταύτην περὶ αὐτοῦ τὴν δόξαν λαβόντες· τὸ γὰρ ἄγροικον τοῦ πολιτικοῦ σώματος οὐ μορφῇ, κατασκευῇ δὲ καὶ διαθέσει τινὶ τῆς μορφῆς διήνεγκεν.

[4]) *De ideis*, p. 413 de Spengel: καθόλου τε ὁ ἀνὴρ ἐμφαινόμενον ἔχει πολὺ τὸ Δημοσθενικὸν διὰ τὸ τραχὺ καὶ γοργόν καὶ σφοδρόν, ὥστ' ἤδη τινὲς καὶ προσπαίζοντες αὐτὸν οὐκ ἀχαρίτως κρίθινον Δημοσθένην εἰρήκασιν. De análogo modo se expresa L. Focio, en Suetonio, *De clar. rhet.* c. 2: *Hordearius rhetor.*

[5]) *De Dinarcho*, c. 10: κατὰ Θεοκρίνου ἔνδειξις... τοῦτον Καλλίμαχος ἐν τοῖς Δημοσθένους φέρει. Harpocracion, *vide* Θεοκρίνης... εἴτε Δημοσθένους ἐστὶν εἴτε

no haría variar mucho nuestro juicio sobre este orador. Lo que indudablemente se advierte á primera vista en Dinarco, es los preludios de la próxima decadencia: el vigor que falta á su oratoria, trata de compensarlo con hueca palabrería; sus períodos son muchas veces desproporcionados y diformes [1]); y su amor á las largas perífrasis, á los sinónimos é incisos innecesarios, y especialmente al empleo de los participios, es claro y manifiesto [2]).

Ante la unanimidad de opiniones acerca de las privilegiadas dotes oratorias que adornaban á *Démades*, admiraríamosnos de que su nombre no figurase en el Catálogo de los diez oradores áticos, antes, por ejemplo, que el de Dinarco, si por otra parte su postergación no fuese perfectamente explicable. Es evidente que los que formaron dicho Catálogo, no poseían discurso alguno de Démades, dado que existen testimonios expresos de que no se conservaba ninguno [3]). Así, pues, careceríamos de toda base para hablar aquí de este orador, á quien un escritor latino daba el pintoresco calificativo de «pillo genial y extravagante» [4]), si las escuelas de los retóricos no hubiesen conservado su memoria por dos distintas vías. De una parte, con las citas frecuentes de ingeniosas frases en que parece abundaba la dicción de Démades [5]); de otra, usando con predilección de su nombre, para atribuirle discursos que no eran sino simples ejercicios de escuela, ú oraciones que debían servir de modelo para aquellos ejercicios. Sólo de esta suerte se explica el que hallemos citadas en época posterior obras de Démades, á pesar de que los escritores anteriores no habían conocido ninguna suya. Con esto queda á la vez demostrada la falsedad, así del fragmento de un supuesto discurso, conservado con el título de ὑπὲρ τῆς δωδε-

Δεινάρχου οὗτος ὁ λόγος, y ἀγραφίου. Libanio, en el argumento: τὸν δὲ λόγον οἱ πολλοὶ νομίζουσιν εἶναι Δεινάρχου, καίτοιγε οὐκ ἀπεοικότα τῶν τοῦ Δημοσθένους. Contra la opinión de Dionisio puede invocarse la fecha del discurso, muy anterior á la que aquél le atribuye. Véase Blass, *op. cit.*, vol. 3, 1, p. 440.

[1]) Véase la oración *Contra Demosthenes*, § 64-65, § 94-95, y especialmente los §§ 18-21.

[2]) Véanse los pasajes coleccionados por Blass, vol. 3, 2, p. 295 y 296.

[3]) Ciceron, *Brutus*, c. 9, § 36: *Is, cuius nulla extant scripta, Demades*, y lo mismo Quintiliano, *Institt. orat.*, 2, 17, 13: *Neque enim orationes scribere est ausus, ut eum multum valuisse in dicendo sciamus. Ibid*, 12, 10, 49: *Ideoque in agendo clarissimos quosdam nihil posteritati mansurisque mox litteris reliquisse, ut Demadem, ut Phocionem.*

[4]) Veleyo Patérculo, c. 2, 68: *Ingeniose nequam.*

[5]) Evidentemente han existido colecciones de ellas.

καετίας, como de otros que hoy ya no existen [1]) y que en la época bizantina pasaron por ser producciones de Démades [2]). El mismo citado fragmento, obra insulsa y sin valor alguno, confirma plenamente esta opinión. Según parece, el objeto del discurso no era otro que justificar la conducta política que Démades había seguido por espacio de doce años. La manera como esto se procura, es la característica de toda producción de autor adocenado, esto es, empleando sólo ideas generales y artificios retóricos ya muy manoseados, y salpicados, al parecer, de frases atribuídas por la tradición á Démades [3]). Por lo que toca á estas últimas, es, como acontece en todos los casos análogos, muy difícil decidir sobre la autenticidad de cada una de ellas. Pueden citarse, sin embargo, algunas de estas locuciones que explican bien la fama de que gozó Démades. Cierto es que la frase: «No, no he sido yo quien ha escrito esta proposición, sino la guerra con la lanza de Alejandro» [4]), recuerda otra muy semejante de Hipérides, y que la denominación de «primavera del pueblo» [5]), que dió á la virtud, trae también á la memoria la conocida imagen usada por Pericles; pero también es cierto que períodos como este: «No, atenienses, Alejandro no ha muerto; si hubiese muerto, el mundo entero olería su cadáver» [6]); aquel otro en que compara al ejército macedonio privado de su jefe, con el cíclope cegado por Ulises [7]); no menos que aquel en que hablando de Atenas, dice: «No es ya la poderosa ciudad marítima, sino una anciana que anda pausadamente con zapatillas, y bebe con esfuerzo mucilago de cebada» [8]), revelan gran agudeza de ingenio que no podía menos de impresionar el ánimo, y cuya base principal está en la unión y consorcio de una dicción enfática con la alegoría y con la

[1]) Suidas cita dos títulos: ἀπολογισμὸς πρὸς Ὀλυμπιάδα τῆς ἑαυτοῦ δωδεκαετίας y ἱστορία περὶ Δήλου καὶ τῆς γενέσεως τῶν Λητοῦς παίδων. Un catálogo de catorce títulos de supuestos discursos de Démades, publicado de un manuscrito del siglo XIII por R. Schöll, *Hermes*, vol. 3, p. 277 y ss., comienza con el de ὑπὲρ τῆς δωδεκαετίας. Por lo demás, la segunda obra citada por Suidas la atribuye H. Diels á otro Démades. Véase el *Rhein. Museum*, vol. 29, p. 107.

[2]) Como tales las utilizó Tzetzes, *Chiliad.*, 6, v. 16 y ss.

[3]) Tal parece haber sucedido en los §§ 11 al 14. Véase Diels, *op. cit.*

[4]) Demetrio, *De elocutione*, § 28.

[5]) Ateneo, 3, p. 99, d.

[6]) Demetrio, *op. cit.*, § 283.

[7]) *Op. cit.*, § 284.

[8]) *Op. cit.*, § 285.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hipérbole [1]). Dada su significación política y el papel que desempeñó en la vida pública de Atenas—del cual es, por lo demás, muy difícil formarse una idea clara — compréndese bien que Démades esgrimiera á menudo contra Demóstenes los dardos de su ingenio. Es singularmente aguda y maliciosa la frase que de él se cita, acerca de la afección á la garganta que impidió á Demóstenes defenderse en el proceso de Harpalo [2]); en cambio no es sino un sofisma, con frecuencia empleado en casos análogos, aquel con que hacía responsable á su adversario de cuantos desastres habían sobrevenido á Atenas [3]).

Del paralelo entre Demóstenes y Démades, atribuído á Teofrasto, y según el cual, el primero era «digno de Atenas» y el segundo «superior á Atenas» [4]), poco partido podemos sacar, por ser casi imposible determinar con exactitud qué era lo que con esto quería decir el autor. En cambio nos ofrece una idea perfectamente clara, un paralelo de uno de los discursos dirigidos contra Demóstenes en el proceso de Harpalo: «El ventrudo Démades, entregado á todo género de excesos, es el tipo opuesto á Demóstenes, el bebedor de agua que pasa las noches meditando» [5]).

Esta comparación está tomada de *Piteas*, quien, de familia humilde como Démades, parece llegó á adquirir cierta notoriedad é importancia, gracias, sobre todo, á su insolencia y á lo inconsiderado de su lenguaje. Cuanto á inmoralidad, parece indudable que en nada cedía á Démades [1]): afiliado primero al partido antimacedónico, se dejó comprar luego por sus enemigos. ¡Qué efecto, pues, había de producir en sus labios, aquel apóstrofe á menudo citado como ejemplo de epanalepsis!: «¿Qué puedes contestar, oh Demóstenes, á tantos y tan evidentes cargos? Estás convencido de que la República era para tí comprable; ¡sí; estás convencido!» [2]). Peor impresión aún que las acusaciones dirigidas al gran orador en este mismo discurso, por su conducta en la batalla de Queronea, despertaría en nosotros el dicho de que Demóstenes era indigno de encender en Atenas el fuego sagrado porque sus labios estaban mancillados, si el escritor que lo atribuye á Piteas mereciera completa confianza [3]).

El arte de la oratoria no podía descender ya, bajo el punto de vista moral, más de lo que había descendido con Démades, Piteas y otros, como *Estratocles*, por ejemplo; pues que en cierto modo, había llegado á justificar plenamente las censuras que en la época de Sócrates se dirigían á sus campeones los sofistas. Mas también por otro concepto, el papel que la elocuencia había desempeñado hasta entonces tocaba á su fin: en comparación con los grandes oradores antiguos, el lugar que hombres como *Demócares* y *Demetrio Faléreo* ocuparon en tiempos posteriores, fué muy secundario.

---

[1]) *Op. cit.*, § 282: δεινὰ δὲ καὶ τὰ Δημάδεια, καίτοι ἴδιον καὶ ἄτοπον ἔχειν δοκοῦντα, ἔστι δὲ αὐτῶν ἡ δεινότης ἔκ τε τῶν ἐμφάσεων γινομένη, καὶ ἐξ ἀλληγορικοῦ τινος παραλαμβανομένου, καὶ τρίτον ἐξ ὑπερβολῆς.

[2]) Pollux, 7, 104: ἀργυράγχη, ὡς Δημάδης σκώπτων Δημοσθένη συνάγχῃ λέγοντα εἰλῆφθαι.

[3]) Aristóteles, *Retórica*, 2, 24, p. 1401, b, 29, en la enumeración de las entimemas: ἄλλος παρὰ τὸ ἀναίτιον ὡς αἴτιον, οἷον τῷ ἅμα ἢ μετὰ τοῦτο γεγονέναι· τὸ γὰρ μετὰ τοῦτο ὡς διὰ τοῦτο λαμβάνουσι, καὶ μάλιστα οἱ ἐν ταῖς πολιτείαις, οἷον ὡς ὁ Δημάδης τὴν Δημοσθένους πολιτείαν πάντων τῶν κακῶν αἰτίαν· μετ' ἐκείνην γὰρ συνέβη ὁ πόλεμος. Lo mismo había hecho Esquines, discurso *Contra Ctesifon*, § 134 y 136. Vease Demóstenes, discurso *Para Ctesifon*, § 143.

[4]) Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 10: ἐρωτηθέντα ὁποῖός τις αὐτῷ φαίνεται ῥήτωρ ὁ Δημοσθένης, εἰπεῖν „ἄξιος τῆς πόλεως", ὁποῖος δὲ Δημάδης, „ὑπὲρ τὴν πόλιν".

[5]) Ateneo, 2, p. 44 y 45: καὶ Πυθέας γοῦν φησίν· ἀλλὰ τοὺς νῦν δημαγωγοὺς ὁρᾶτε, Δημοσθένη καὶ Δημάδην, ὡς ἐναντίως τοῖς βίοις διάκεινται. ὁ μὲν γὰρ ὑδροποτῶν καὶ μεριμνῶν τὰς νύκτας, ὡς φασιν, ὁ δὲ πορνοβοσκῶν καὶ μεθυσκόμενος κατὰ τὴν ἡμέραν ἑκάστην προγάστωρ ἡμῖν ἔν ταῖς ἐκκλησίαις ἀνακυκλεῖται. Caracterizan aún mejor á Démades, las palabras que, en el núm. 8 de las Δημάδεια publicadas por Diels, se ponen en sus labios.

---

[1]) Véase la carta 3 de Pseudodemóstenes, § 30.

[2]) Rutilius Lupus, 1, 14.

[3]) Suidas: ᾧ τὸ ἱερὸν πῦρ οὐκ ἔξεστι φυσῆσαι. Según Timeo, Demóclides fué quien dijo esto refiriéndose á Demócares; al paso que Duris, refería lo mismo de Piteas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO LI

Historiadores retóricos, y arqueólogos.

El género historiográfico de que es considerado con razon Tucídides como inimitable modelo, no tiene ningún otro representante notable ni en las épocas siguientes ni en toda la antigüedad. A lo sumo, constituye en este terreno una excepción el historiador siciliano Filisto, de cuyas obras hemos hablado ya en otro capítulo [1]); mas la semejanza entre él y su modelo, no parece haber pasado de ciertas exterioridades: en tal manera, que antes que á sus excelencias y buenas prendas, es á determinados defectos á lo que debe la honra de haber sido comparado con Tucídides.

Dos razones son, sobre todo, las que han impedido que los ensayos de establecer un paralelo entre ambos escritores hayan sido frecuentes. De una parte, la superioridad indiscutible de Tucídides: pues que las raras dotes que le adornaban, excluían de antemano toda esperanza de rivalizar ventajosamente con él; de otro lado, la circunstancia de que su obra viese la luz en una época en que el gusto artístico y literario estaba á punto de sufrir una transformación. A sus mismos contemporáneos más jóvenes que él, parecíales ya su dicción anticuada, ó por lo menos que no respondía á las exigencias del gusto á la sazon predominante [2]). De todas suertes, si es verdad que había sido un progreso el que Isócrates, siguiendo la senda abierta por los sofistas, había realizado, cierto es también que al mismo tiempo reapare-

---

[1]) Véase el cap. XLII.

[2]) Es significativo el que Tucídides no aparezca citado, por ejemplo, en pasaje alguno de la *Retórica* de Aristóteles. El elogio mismo que en su obra περὶ λέξεως tributa Teofrasto tanto á él como á Heródoto, parece por extremo modesto. Véase Ciceron, *Orator*, 13, 39.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cieron con él los defectos inseparables de todo esfuerzo encaminado única y exclusivamente al perfeccionamiento de la forma. La Historiografía debía caer de la altura á que Tucídides la elevara, desde el momento en que se la incluyese en el género epidéctico, y en que su objeto, lejos de ser ya investigar la verdad é inquirir aquella conexión íntima que por virtud de la sucesión natural de efecto y de causa, da á acontecimientos distintos la apariencia de un todo único y compacto, quedara limitado á lo que Isócrates llamaba la primer excelencia del discurso epidéctico: esto es, el arte de dar, según las propias ideas ó teniendo en cuenta las de los lectores, apariencias de grande á lo pequeño y de pequeño á lo grande [1]). Es indudable, que semejante procedimiento había de conducir rápidamente la Historia á su decadencia. Á medida que aumentaba el número de los que se consagraban á la Historiografía siguiendo las reglas fijadas por los retóricos, iba decreciendo el mérito de sus trabajos. No obstante la buena acogida que algunos de ellos hallaron entre sus contemporáneos y en parte también en los siglos siguientes, sus obras se han perdido por completo; de suerte que es imposible, con las escasas noticias que de varias de éstas se han conservado, formar idea clara de su verdadero carácter. En tales condiciones, fácilmente se comprenderá que nos limitemos á hablar aquí de los más notables representantes de aquella tendencia. Cuanto á los demás, puede decirse con razon, que sin tener las cualidades que en cierto modo distinguieron á aquéllos, adolecieron de sus mismos defectos en mucha mayor escala.

En realidad, es bastante poco lo que puede decirse de hombres como *Cefisodoro* de Tebas ó *Asclepiades* de Tragilo. El primero, á quien ya conocemos como discípulo de Isócrates y como autor de una obra contra Aristóteles, muy elogiada por Dionisio de Halicarnaso [2]), parece que alcanzó poco éxito con su *Historia de la guerra sagrada* (τὰ περὶ τοῦ ἱεροῦ πολέμου). Excepción hecha de dos pasajes en que se la cita incidentalmente, ni la hallamos mencio-

[1]) *Panegírico*, § 8: ἐπειδὴ δ' οἱ λόγοι τοιαύτην ἔχουσι τὴν φύσιν, ὥσθ' οἷόν τ' εἶναι περὶ τῶν αὐτῶν πολλαχῶς ἐξηγήσασθαι καὶ τά τε μεγάλα ταπεινὰ ποιῆσαι καὶ τοῖς μικροῖς μέγεθος περιθεῖναι, καὶ τά τε παλαιὰ καινῶς διελθεῖν καὶ περὶ τῶν νεωστὶ γεγενημένων ἀρχαίως εἰπεῖν, οὐκέτι φευκτέον ταῦτ' ἐστὶ περὶ ὧν ἕτεροι πρότερον εἰρήκασι, ἀλλ' ἄμεινον ἐκείνων εἰπεῖν πειρατέον.

[2]) Véase el cap. XLVI, pág. 208 del presente tomo. Dionisio, *De Isocrate*, la intitula ἀπολογία πάνυ θαυμαστή.

nada en ninguna otra parte [1]), ni en las fuentes de que hoy disponemos se habla palabra de sus excelencias ni de sus defectos. Respecto de Asclepiades, cuya patria, Tragilo, era ciudad de Macedonia, observaremos que también fué discípulo de Isócrates [2]); pero evidentemente pertenecía á una generación posterior, si fué el mismo contra quien Filocoro dirigió una de sus producciones [3]). Que en efecto lo fuera, no parece inverosímil dado que Asclepiades había tratado en su obra intitulada Τραγῳδούμενα [4]) y compuesta de seis libros, cosas que al parecer trató también con gran detenimiento Filocoro. Si del contenido de este escrito, á menudo utilizado por los escritores posteriores [5]), no es difícil formar clara idea—constituíalo una serie de investigaciones sobre los materiales mitológicos utilizados por los poetas trágicos—carecemos, en cambio, de noticias acerca de su verdadero carácter, sobre todo respecto de si era más bien una obra recreativa ó un trabajo de erudición; sin embargo, tratándose de un discípulo de Isócrates, parece lo primero lo más verosímil.

Entre los historiadores salidos de la escuela de Isócrates, los más renombrados fueron *Eforo* y *Teopompo*. Al empeño, nacido sin duda en época posterior, de presentar á estos dos escritores como de tendencias y caracteres completamente distintos y en muchos puntos en la oposición más abierta y radical, cosa muy frecuente entre los antiguos, sobre todo tratándose de escritores que hubiesen recibido las mismas enseñanzas, parece deberse el que las noticias relativas á ellos se hallen más ó menos desfiguradas. De aquí, que no sin razon se ponga en duda la exactitud de la creencia, por cierto muy generalizada, de que fueron condiscípulos en la escuela de Isócrates, lo cual conduciría á suponer que con

[1]) El autor del comentario al libro III de la *Etica Nicomaquea*, fol. 46 v, nombra á Cefisodoro, Anaximenes y Eforo. El orden en que los cita, basta para hacer inverosímil la hipótesis de que pudiera referirse á un autor posterior del mismo nombre. En lugar de ἐν δωδεκάτῃ, como allí aparece, debe leerse con Cobet, ἐν β'.

[2]) *Vitae X oratorum*, p. 838, y Suidas, *vide* Θεόπομπος.

[3]) En los escolios de Marciano á la *Hécuba* de Euripides, verso 1, se la intitula πρὸς Ἀσκληπιάδην ἐπιστολή.

[4]) Según Esteban de Bizancio, *vide* Τράγιλος.

[5]) El número de fragmentos coleccionados por Werfer, *Asclepiadis Tragilensis tragodumenon reliquiæ*, en las ACTA PHILOL. MONAC., t. 2, 1818, está considerablemente aumentado en los *Fragm. hist. gr.*, t. 3, p. 301 y ss., y quizá se pudieran coleccionar mayor número.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corta diferencia habían nacido por la misma época. Ahora bien: aunque se asegura que ambos nacieron en la 93.ª Olimpiada [1]), todas las apariencias inducen á creer que Eforo era de mucha más edad que Teopompo: si este último contaba cuarenta y cinco años cuando la intercesión de Alejandro le permitió volver á su patria, no puede en manera alguna suponerse que naciera antes de la 100.ª Olimpiada. Por lo que respecta á Eforo, al decir Suidas que vivía ya antes de que Filipo subiera al trono [2]), no debía guiarle otra idea que la de hacer ver que era mucho más viejo que Teopompo.

Eforo, hijo de Demófilo, era oriundo de Cime, en Eolia. El amor á su patria de que á menudo dió palmarias muestras, y el cual le movió no sólo á llamar cimeo á Homero, sino á aprovechar cuantas ocasiones se le presentaron para nombrar á Cime y darle de esta suerte una importancia muy superior á la que en realidad merecía, muévenos á creer que pasó en ella la mayor parte de su existencia. De los demás pormenores de su vida, sólo sabemos lo que se refiere á sus años de aprendizaje en la escuela de Isócrates. Como ya hemos indicado, las noticias que se conservan son simples anécdotas que, aunque en el fondo tengan algo de verdad, merecen bien poco crédito. La conocida frase puesta en labios de Isócrates, de que Eforo necesitaba espuela y Teopompo necesitaba freno [3]), se hace sospechosa desde el momento en que unas veces se atribuye á Platon y otras á Aristóteles [4]). De la misma suerte, es un simple chiste el afirmar que se adjudicó á Eforo el sobrenombre de Díforo, porque, no obstante hallarse ya en condiciones de poder trabajar por sí después de haber asistido á la escuela de Isócrates el tiempo acostumbrado, su padre resolvió pagar segunda vez el estipendio que se abonaba entonces por la enseñanza, esto es, mil dracmas, para que asistiera á la escuela un segundo curso [5]). Pero ni este sacrificio habría bastado para hacer de Eforo un orador, no obstante asegurarse que más de una vez ganó la corona con que Isócrates solía premiar mensualmente al mejor de sus discípulos [1]). En hipótesis destituídas de todo fundamento, descansaban también otras especies como la de que Isócrates disuadió á Eforo de su propósito de consagrarse á la oratoria política [2]). Es evidente, por último, que el número de verdaderos oradores formados por Isócrates, fué mucho menor que el de escritores; al paso que, por otra parte, es muy dudoso que Cime, su patria, pudiera ofrecer á Eforo muchas ocasiones de ejercitarse en la oratoria.

Excepción hecha de un tratado *Sobre el estilo* (περὶ λέξεως) [3]), raras veces citado, sólo conocemos de Eforo obras históricas. Entre estas figuraba una en dos libros *Sobre las invenciones* (περὶ εὑρημάτων), punto en aquel tiempo muy discutido, en unión del estudio sobre los comienzos de la cultura humana. Contra la idea de que esta obra podía ser una simple colección, hecha posteriormente, de extractos de las *Historias* de Eforo, puede aducirse no sólo la circunstancia de que ya el filósofo Estraton, discípulo de Aristóteles, compuso un tratado combatiendo el de Eforo [4]), sino también el hecho de que Estrabon la menciona como obra independiente [5]). En cambio, es muy de creer que el título de σύνταγμα ἐπιχώριον sólo citado en la biografía de Homero falsamente atribuída á Plutarco [6]), se daba á una recopilación de cuanto Eforo había dicho sobre su patria. Extractos hechos más tarde, eran los que formaban las obras intituladas παραδόξων τῶν ἑκαστάχου en quince libros, y περὶ ἀγαθῶν καὶ κακῶν en veinticuatro. Evidentemente, esta última perseguía fines retóricos. Es, sin embargo, dudoso, si para formar estas colecciones se utilizaron sólo las

---

[1]) Suidas, *vide* Ἔφορος y Θεόπομπος.

[2]) Suidas, *vide* Ἔφορος. Después de consignar la fecha de la 93.ª Olimpiada, dice: ὡς καὶ πρὸ τῆς Φιλίππου βασιλείας εἶναι τοῦ Μακεδόνος. Véase E. Rhode, *Rhein. Museum*, vol. 33, p. 191 y 192.

[3]) Ciceron, *Epist. ad Attic.*, 6, 1, 12, *Brutus*, 56, 204, *De orat*, 3, 9, 36, y á menudo en otros escritores.

[4]) Diógenes Laercio, 4, 6, y 5, 39.

[5]) *Vitae X oratorum*, p. 839, a.

[1]) Menandro, *De encom.*, en los RHET. GRÆC. de Spengel, t. 3, p. 398: ὥσπερ Ἔφορος ἐστεφανοῦτο καὶ Θεόπομπος, οἱ μαθηταὶ Ἰσοκράτους, ὡς διαφέροντες τῶν ἄλλων... καὶ γὰρ Ἰσοκράτης ἀρετῆς προυτίθει ἀγῶνα τοῖς ἀρίστοις τῶν ἀκροατῶν κατὰ μῆνα στέφανον.

[2]) Séneca, *De tranquil animi*, c. 6: *Isocrates iniecta manu a foro subduxit, utiliorem componendis monumentis historiarum ratus*. Véase Ciceron, *De orat.*, 2, 13, 57.

[3]) Citalo Theon, *Progymn.*, t. 2, p. 71 de los RHET. GRÆC. de Spengel. Véase Ciceron, *Orat.*, c. 57, Quintiliano, *Instit. orat.*, 9, 4, 87.

[4]) Plinio, *Hist. nat.*, en el *Ind. auct.* del libro 7: *Stratone, qui contra Ephori* εὑρήματα *scripsit*. Véase Polibio, 12, 25, e.

[5]) Libro 13, p. 622.

[6]) Página 21, 7, de Westermann: σύνταγμα ἐπιχώριον. Es dudoso si se refiere á esto también la cita de Harpocracion, *vide* γεωφάνιον, Ἔφορος... περὶ χωρίων.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obras de Eforo, ó si, como su gran extensión induce á suponer, tomáronse materiales de otras fuentes.

Mejor informados que de estas producciones, hoy enteramente perdidas, estamos de las *Historias* (Ἱστορίαι), obra en treinta libros. Comenzando con el relato de la expedición de los Heráclidas, abarcaba hasta el sitio de Perinto por el rey Filipo, el año 1 de la 110.ª Olimpiada, 340 a. Chr. [1]). Es indudable que sólo la muerte pudo ser lo que impidió al autor continuar su narración, pues que los últimos acontecimientos que relata, no constituyen el final propio de un trabajo histórico. Por otra parte, los antiguos mismos aseguran que el último libro fué terminado más tarde por Demófilo, hijo de Eforo, y agregado por él á la obra [2]). Lo mismo la gran extensión de ésta que la división en libros, hecha según se asegura por el mismo autor [3]), de suerte que cada libro forma por sí sólo y en razon á su contenido un todo completo con introducción especial, inducen á creer que dicha producción fué compuesta y publicada por partes. En el fondo, la obra de Eforo no era sino el fruto de investigaciones prolijas cuya base constituíanla casi exclusivamente las producciones de historiadores anteriores. En ninguna parte se habla de viajes que, según costumbre muy generalizada en la antigüedad, emprendiera el autor con el fin de instruirse y recoger los materiales necesarios para su trabajo. Por lo que toca al Egipto, Diodoro afirma que Eforo no debía sus informes á la propia observación [4]). En cambio, las

[1]) Diodoro, 4, 1 y 16, 76, y Taurus en Joan. Philop., *Contr. procl. de mundi aeternitate*, 6, 8. Con menos exactitud dice Suidas: ἀπὸ τῆς Ἰλίου πορθήσεως καὶ τῶν Τρωικῶν μέχρι τῶν αὐτοῦ χρόνων. La noticia de Clemente de Alejandría, *Stromat.*, 1, p. 403, según la cual el espacio comprendido entre la expedición de los Heráclidas y el reinado de Alejandro abraza 735 años, únicamente se explica porque agrégase los años trascurridos entre la toma de Perinto y el paso de Alejandro á Asia. Por lo demás, es muy inverosímil cuanto, siguiendo á Plutarco, *De stoic. repugn.*, c. 20, se dice sobre la negativa de Eforo á acompañar á Alejandro en su expedición á Asia.

[2]) Según Diodoro, 16, 14. Ateneo, 6, p. 232, d: Ἔφορος δὲ ἢ Δημόφιλος ὁ υἱὸς αὐτοῦ ἐν τῇ τριακοστῇ τῶν ἱστοριῶν.

[3]) Diodoro, 5, 1: Ἔφορος δὲ τὰς κοινὰς πράξεις ἀναγράφων οὐ μόνον κατὰ τὴν λέξιν ἀλλὰ καὶ κατὰ τὴν οἰκονομίαν ἐπιτέτευχε· τῶν γὰρ βίβλων ἑκάστην πεποίηκε περιέχειν κατὰ γένος τὰς πράξεις. Véase 4, 1; 16, 1, y Estrabon, 8, p. 322. Según Estrabon, 7, p. 463, el libro IV llevaba el título de Εὐρώπη. El V estaba dedicado á las cosas de Asia y de Lidia.

[4]) Libro 1, 37.

frecuentes citas que hace de inscripciones epigráficas, revelan un exacto conocimiento de la Grecia.

El mismo Eforo nos explica la manera cómo juzgaba del valor de las fuentes, en las siguientes palabras: «Entre los escritores—dice—que narran acontecimientos de su época, merecénme más confianza los que los cuentan más prolijamente. En cambio, los que hacen esto mismo tratándose de sucesos remotos, son en mi concepto los que menos crédito merecen, porque es apenas verosímil que se puedan guardar en la memoria después de tan largo tiempo, ni los hechos mismos, ni los discursos en ellos inspirados» [1]). De perfecto acuerdo con estas ideas, está aquel otro dicho del mismo Eforo, según el cual «si fuera dable que los historiadores presenciasen todos los hechos, éste sería el mejor modo de conocerlos» [1]). Lástima que Eforo haya seguido al parecer con tan poco esmero, estas máximas por él formuladas. Ya Estrabon hace notar la contradicción en que á menudo incurre, pues aunque censura á los que intercalan fábulas en la narración histórica, no rehuye el hacerlo también [3]). Sin embargo de esto, Eforo fué generalmente tenido en la antigüedad por hombre escrupuloso, veraz y fidedigno. Sobre todo, elógiase con frecuencia su deseo de corregir á su predecesor Helánico. Aunque, por otra parte, es cierto que no falta tampoco quien le eche en cara el poco aprecio que hacía de la verdad [4]), es de creer que este menosprecio fuera más bien consecuencia de su falta de penetración y de verdadero sentido histórico, que del propósito deliberado de falsear los hechos. Como con gran acierto ha notado O. Müller, Eforo no se hallaba en condiciones de poder descubrir las verdaderas causas de los acontecimientos: en todas partes no ve sino causas pueriles y nimias, y los sucesos más trascendentales é importantes, son siempre á sus ojos simple resultado de los actos ó de las resoluciones de algunos. No

[1]) Harpocracion, *vide* ἀρχαίως y καινῶς.

[2]) Polibio, 12, 27.

[3]) Libro 9, p. 646: Ἔφορος δ' ᾧ τὸ πλεῖστον προσχρώμεθα διὰ τὴν περὶ ταῦτα ἐπιμέλειαν, καθάπερ καὶ Πολύβιος μαρτυρῶν τυγχάνει, ἀνὴρ ἀξιόλογος, δοκεῖ μοι τἀναντία ποιεῖν ἔσθ' ὅτε τῇ προαιρέσει καὶ ταῖς ἐξ ἀρχῆς ὑποσχέσεσιν.

[4]) Estrabon, 5, p. 375: οὔτε ἀληθέστατα λέγει περὶ πάντων. Diodoro, 1, 39: ὀλιγορηκότα ἐν πολλοῖς τὴν ἀληθείαν. Aristides, *Or.*, 48, t. 2, p. 470: δῶμεν ἀληθῆ λέγειν Ἔφορον, καίτοι τοσοῦτόν γε ψεύδεται, Séneca, *Quaest. nat.*, 7, 19. Escolios á la *Iliada*, 9, 31.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sólo le es imposible sustraerse á las ideas y apreciaciones de su tiempo, sino que antes bien procura amoldar á ellas la historia de siglos pasados, á la cual, por lo mismo, imprime un sello completamente moderno [1]).

El modo cómo explica el que los acarnienses no tomasen parte en la expedición contra Troya, basta para demostrar lo que dejamos apuntado. No sólo conoce perfectamente y en todos sus pormenores las causas que determinaron aquella resolución, sino que también sabe el juicio que á Agamemnon mereció este hecho [2]). ¡Qué poca perspicacia, qué absoluta carencia de sentido político, más aún, qué poca elevación de miras, revela el relato que hace de las causas de la guerra peloponense, y cuán mísero y egoísta parece, por su retrato, un hombre como Pericles [3])! Si á todo esto se agrega las prolijas expansiones retóricas, todas inventadas, que Eforo se ha permitido, poniendo, por ejemplo, en labios de ambos generales y antes de comenzar cada batalla, interminables discursos, no se dudará de que Eforo estaba muy lejos de reunir las condiciones que él mismo exigía á todo historiador.

Es indubable que tales defectos habían de ser tanto más sensibles, cuanto más remotos fueran los acontecimientos narrados; pero también es cierto, que tampoco se echaban de menos en la relación de sucesos para él recientes. Eforo, ni podía levantarse á más alta esfera abandonando la investigación de detalles, ni sustraerse al afan, que hallamos también en muchos de sus sucesores, de estar mejor enterado de cosas que, en el fondo, era imposible conocer con exactitud. Ni Eforo podía vanagloriarse de tener talento filosófico, ni tenía tampoco la perspicacia del estadista; lo que en realidad le caracteriza, es ni más ni menos que la laboriosidad del coleccionador diligente que no ha llegado á sacar de sus materiales el necesario partido. Cuán absurdo era á menudo su método y cuán inexactas sus consecuencias, lo demuestra el uso que hizo de dos inscripciones, una de las cuales se encontraba en Tere, al pie de una estatua de Etolo, y la otra, al pie de una estatua de Oxilo, levantada en el mercado de Elis [4]). No

[1]) *Dorier*, lib. 1, p. 137.
[2]) Estrabon, 10, p. 709.
[3]) Diodoro, 12, 38 y ss.
[4]) Estrabon, 10, p. 711.

menos absurdas y ligeras son con frecuencia sus etimologías [1]); de tal suerte, que para ganar en apoyo de sus opiniones el testimonio de Homero, no tiene escrúpulos en alterar arbitrariamente los textos [2]). Resulta pues, que aunque existan motivos para considerar á Eforo como el primero en cuyas obras aparece la Historia como disciplina científica [3]), no podrá menos de calificarse su método de imperfecto y contrario á las máximas más elementales de la crítica.

Así como la mayoría de los citados defectos de Eforo son comunes, no sólo á muchos de sus predecesores, sino también, excepción hecha de escaso número, á la gran mayoría de los que le siguieron, así tampoco ha logrado librarse del calificativo de plagiario que se ha adjudicado á muchos de ellos. Por lo pronto, nos es imposible hoy juzgar de hasta qué punto desmostraba la exactitud de aquella censura, la obra de un cierto Lisímaco «Sobre los plagios de Eforo» [4]); en cambio, el dicho del neoplatónico Porfirio, de que Eforo había copiado textualmente tres mil líneas por lo menos de Dímaco, Calístenes y Anaximenes, ó es fuerza interpretarlo en sentido inverso, dado que por lo menos estos dos últimos historiadores difícilmente pudieron escribir sus obras antes que Eforo la suya, ó se ha de convenir — presupuesta la exactitud del hecho denunciado — en que todos ellos utilizaron una misma y más antigua fuente [5]).

[1]) Como ejemplo, basta citar su derivación del nombre Apaturia de ἀπάτη y ὄρος. Véase O. Müller, *Die Minyer*, p. 391, donde dice acerca de la diferencia establecida por Eforo entre tebanos y Θηβαγενεῖς. «La interpretación del vocablo, es necia; y la indeterminación del pensamiento, acusa por sí sola la falta de sólida base.»

[2]) Según Estrabon, 12, p. 827, Eforo, modificando la tradición escrita, había alterado los versos 856 y 857 de la *Iliada*,

αὐτὰρ Ἀλιζώνων Ὀδίος καὶ Ἐπίστροφος ἦρχον
τηλόθεν ἐξ Ἀλύβης, ὅθεν ἀργύρου ἐστὶ γενέθλη

de esta suerte:

αὐτὰρ Ἀμαζώνων Ὀδίος καὶ Ἐπίστροφος ἦρχον
ἐλθόντ' ἐξ Ἀλόπης, ὅθ' Ἀμαζονίδων γένος ἐστί.

[3]) Niebuhr, *Vorträge über alte Geschichte*, vol. 2, p. 410.
[4]) Eusebio, *Praepar. evang.*, 10, 3, p. 467: περὶ Ἐφόρου κλοπῆς.
[5]) *Op. cit.*, p. 464. Según C. Müller, no se refiere esto á la obra de Eforo, sino á los extractos arriba citados que andaban unidos con los de otros historiadores. Véase *Hist. gr. fragm.*, t. 1, praef. p. LXIV y t. 2, p. 440. Por lo demás, semejante opinión es inverosímil, porque no se encuentra cita alguna de aquellos extractos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lo que Polibio dice, sobre que Eforo fué el primero y hasta entonces el único que había intentado escribir una narración histórica general [1]), no debe entenderse en el sentido de que emprendiera la tarea de componer una Historia universal, propiamente dicha, pues que es indudable que su fin no fué otro que escribir la historia de Grecia. De aquí que no hablase de los bárbaros, á quienes consideraba como de más antiguo origen que los griegos, sino incidental y brevemente, y sólo por su natural relación con la Geografía y la Etnología, á las cuales daba en su obra gran amplitud. Que esta parte, que aventajaba á todas las producciones ya conocidas, gozó de gran predicamento, lo atestiguan no sólo el testimonio expreso de Estrabon [2]), sino también la circunstancia de que de ella tomaron sus materiales numerosas obras didácticas.

Por lo que hace al carácter de Eforo, píntasele á menudo como franco, dulce y leal, en contraposición á la doblez y acritud del de Teopompo. Ciceron elogia también su dulzura, en el paralelo que establece entre los historiadores más notables de la antigüedad [3]). No es tan favorable el juicio que se ha formado de su estilo, pues que se le atribuyen con frecuencia los defectos contrarios á las bellezas que se aplauden en Teopompo, calificándose unánimemente, por ejemplo, su dicción, de descuidada (ὕπτιος), tarda (νωθρός) y falta de arranque y energía (μηδεμίαν ἔχων ἐπίτασιν) [4]). Los fragmentos que se conservan, confirman en general este juicio, y explican el porqué no se cuenta á Eforo entre los escritores modelos. Su estilo es afectado y pesado por extremo. La única gala que se permite, es el frecuente empleo de digresiones, las cuales, sin embargo, producen una impresión tanto más fría, cuanto que á menudo son pueriles y nimias. En realidad, no resulta muy ingenioso cuando con ocasión de un paralelo entre las Constituciones de Esparta y de Creta, recuerda que la imitación no es nunca anterior al modelo, ni lo posterior más antiguo que lo anterior [1]). En todo ello adviértese una pobreza de ideas semejante á la que no pocas veces hallamos en Isócrates, y cuya verdadera razon de ser, está en el deseo de redondear los períodos lo mejor posible y de agradar sobre todo al oído. Pero lo que principalmente parece haber procurado igualar Eforo, aunque nunca pudo lograrlo por completo, fué aquel estilo liso y pulimentado de que se tiene á Isócrates por inimitable modelo. Más favorable que el juicio de los críticos posteriores, todos los cuales, excepción hecha de Teon, parecen haber asignado á Eforo un lugar muy secundario, es el de Polibio. En un pasaje por lo menos, no vacila este último en calificar de admirables su dicción, la elección de los hechos, la distribución de los materiales y particularmente las digresiones y observaciones que agrega por su cuenta [2]): rasgos que encontramos también en Polibio, sin que por esto merezcan más aplauso. Sólo en un punto no cree que llena bien su cometido: en la descripción de batallas terrestres; en cambio las de las navales, las encuentra inimitables [3]).

Mas sea de ello lo que quiera, es indudable que en la época siguiente Eforo gozó de gran prestigio. Tal se infiere, no sólo del número de los que combatieron sus ideas [4]), sino también de las varias continuaciones que se hicieron de su obra. Para terminarla convenientemente, agrególe un libro *Diylo* de Atenas, el cual compuso además una *Historia de Grecia y de Sicilia*, en veinticuatro libros; concluían éstos con la muerte de Filipo IV, el año 4 de la 120.ª Olimpiada [5]). Este trabajo fué continuado á su vez por *Psaon* de Platea, en treinta libros. Plutarco llama á Diylo «historiador estimable» [6]). En cambio Dionisio de Halicarnaso, al contar á Psaon entre los imitadores de Isócrates, le censura por su método de exposición descuidado, frío, poco enérgico y por consiguiente falso [7]): causas que explican bien el por qué en otro pasa-

[1]) Libro 5, 33: Ἔφορον τὸν πρῶτον καὶ μόνον ἐπιβεβλημένον τὰ καθόλου γράφειν.

[2]) Libro 8, p. 332, y 10, p. 465.

[3]) Hortens, *Frag.*, 12: *Quid enim aut Herodoto dulcius aut Thucydide gravius aut Philisto brevius aut Theopompo acrius aut Ephoro mitius inveniri potest.*

[4]) Suidas, *vide* Ἔφορος. Análogo es el juicio de Dion Crisóstomo, 18, p. 283 de Dindorf: Εφορος δὲ πολλὴν μὲν ἱστορίαν παραδίδωσιν, τὸ δ' ὕπτιον καὶ ἀνειμένον σοι τῆς ἀκαγγελίας οὐκ ἐπιτήδειον.

[1]) Estrabon, 10, p 738.

[2]) Libro 12, 28, 10: ὁ γὰρ Ἔφορος παρ' ὅλην τὴν πραγματείαν θαυμάσιος ὢν καὶ κατὰ τὴν φράσιν καὶ κατὰ τὴν ἐπίνοιαν τῶν λημμάτων, δεινότατός ἐστιν ἐν ταῖς παρεκβάσεσι καὶ ταῖς ἀφ' αὑτοῦ γνωμολογίαις, καὶ συλλήβδην ὅταν που τὸν ἐπιμετροῦντα λόγον διατιθῆται.

[3]) Libro 12, 25 g.

[4]) Además de Estraton, de quien ya se ha hablado, escribió contra él Alexino, discípulo de Eubúlides de Megara. Timeo le combatió también con frecuencia.

[5]) Diodoro, 16, 14.

[6]) *De Herod. malign.*, c. 26.

[7]) *De Dinarcho*, c. 8, p. 646.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

je le menciona entre aquellos cuyas obras nadie lee hasta el fin [1]).

Más accidentada que la de Eforo, fué la vida de Teopompo. Era aun muy joven cuando vióse obligado á abandonar á Chíos, su patria, y acompañado de su padre Damasítrato, afiliado al partido macedónico, marchó al destierro. Muy poco tiempo después comenzó á frecuentar la escuela de Isócrates, á la que según parece perteneció también su hermano Caucalo, el cual llegó á distinguirse como orador [2]). El triunfo que obtuvo cuando aun no contaba treinta años de edad—si como antes hemos observado, nació en la 100.ª Olimpiada—en el concurso organizado por Artemisia el año 1 de la 107.ª Olimpiada, 351 a. Chr., para honrar la memoria de su difunto esposo el rey Mausolo de Caria, habla muy alto en favor de las raras dotes y de los progresos de Teopompo. Cítase entre sus competidores á Teodectes de Faselia y Naucrates de Eritrea; pero es poco creible que también compitiera con él Isócrates [3]). Por lo demás, que apenas es de suponer que en este certamen se pronunciaran realmente discursos en honor del difunto, se infiere de la noticia de que Teodectes compuso para este acto su tragedia *Mausolo* [4]). Evidentemente se dejaba en libertad á los concursantes, para escoger la forma de sus trabajos; mas es indudable también que respondía mejor á los deseos de Artemisia, el que se honrase la memoria de su esposo en obras que, semejantes por ejemplo, al *Panegírico* de Isócrates, no fueran de un valor efímero y pasajero, ni pudieran ser sólo conocidas en un círculo estrecho y limitado.

Mas no quiere esto decir que Teopompo no figurase como orador brillante. Siguiendo la costumbre de los sofistas, vagaba de ciudad en ciudad dando muestras de su habilidad y de su arte [5]); pero, como con cierto orgullo dice en la introducción de su *Historia*, no con otro fin que el de alcanzar notoriedad y fama. De aquí que se considerase con Naucrates muy por encima de

[1]) *De verbor. compos.*, c. 4, p. 30.

[2]) Esto induce á suponer por lo menos su ἐγκώμιον Ἡρακλέους, citado por Ateneo, 10, p. 412, b.

[3]) Tal sostiene Aulo Gelio, *Noct. att.*, 10, 18, 6, y Porfirio, en Eusebio, *Praepar. evang.*, 10, 3, p. 464.

[4]) Gelio, *loc. cit.*

[5]) Focio, *Cod.*, 176, p. 203: ἔτι δὲ καί, διότι οὐδείς ἐστι τόπος κοινὸς τῶν Ἑλλήνων, οὐδὲ πόλις ἀξιόχρεως, εἰς οὓς αὐτὸς οὐκ ἐπιδημῶν, καὶ τὰς τῶν λόγων ἐπιδείξεις ποιούμενος, οὐχὶ μέγα κλέος καὶ ὑπομνῆμα τῆς ἐν λόγοις αὐτοῦ κατέλιπε ἀρετῆς.

hombres como Isócrates y Teodectes, que se veían forzados á ejercer su profesión por dinero, escribiendo discursos para otros ó enseñando en una escuela [1]). Por lo demás, el hecho de que Teopompo disponía de una gran fortuna, está perfectamente confirmado: gracias á ella se halló en situación de emplear grandes sumas en adquirir cuantas noticias necesitaba para componer su obra [2]).

A los cuarenta y cinco años de edad, según todas las probabilidades el año 3 de la 111.ª Olimpiada, 334 a. Chr., y á consecuencia de la caída del partido oligárquico derribado por Alejandro, regresó Teopompo á Chíos. Sólo gracias á la protección del rey, parece que pudo resistir los ataques de Teócrito, el adversario más enconado de Aristóteles y de Anaximenes [3]); pero apenas muerto Alejandro, vióse obligado á abandonar por segunda vez su patria. Rechazado en todas partes, dirigióse por último á Egipto, no se sabe á ciencia cierta si en la época en que Ptolomeo subía al trono (año 2 de la 118.ª Olimpiada, 306 a. Chr.), aunque así se desprende de un pasaje de Focio [4]). Parece, sin embargo, que no fué más favorable la acogida que allí tuvo; pues se asegura que sólo á ruego de algunos amigos desistió Ptolomeo de su propósito de hacerle matar. Por otra parte, lo que se cuenta de su carácter avieso, inquieto y levantisco, induce á creer en la exactitud de esta noticia [5]).

La fecundidad de Teopompo como escritor, fué extraordinaria. Según Focio, sus discursos epidécticos sumaban veinte mil líneas; al paso que su *Historia* no contaba más de ciento cincuenta

[1]) *Loc. cit.*: συνακμάσαι δὲ αὐτὸς ἑαυτὸν λέγει Ἰσοκράτει τε τῷ Ἀθηναίῳ καὶ Θεοδέκτῃ τῷ Φασηλίτῃ καὶ Ναυκράτει τῷ Ἐρυθραίῳ, καὶ τούτους ἅμα αὐτῷ τὰ πρωτεῖα τῆς ἐν λόγοις παιδείας ἔχειν ἐν τοῖς Ἕλλησιν· ἀλλὰ Ἰσοκράτην μὲν δι' ἀπορίαν βίου καὶ Θεοδέκτην μισθοῦ λόγους γράφειν καὶ σοφιστεύειν, ἐκπαιδεύοντας τοὺς νέους, κἀκεῖθεν καρπουμένους τὰς ὠφελείας· αὐτὸν δὲ καὶ Ναυκράτην, αὐταρκῶς ἔχοντας, ἐν τούτοις ἀεὶ τὴν διατριβήν, ἐν τῷ φιλοσοφεῖν καὶ φιλομαθεῖν ποιεῖσθαι. Por lo que respecta á Naucrates, parece que se ocupó en perfeccionar la técnica, según las máximas de Isócrates. Véase Ciceron, *De orat.*, 3, 44, 173. Dionisio, *Rhet.*, 6, 1, cita un epitafio suyo.

[2]) Dionisio, *Epist. ad Cn. Pompei*, c. 6, p. 783.

[3]) Teócrito de Chios, sobre el cual debe verse la pág. 213 del presente tomo, es designado como discípulo del isocrático Metrodoro.

[4]) *Loc. cit.*: πανταχόθεν ἐκπεσόντα εἰς Αἴγυπτον ἀφικέσθαι, Πτολεμαῖον δὲ τὸν ταύτης βασιλέα οὐ προσίεσθαι τὸν ἄνδρα, ἀλλὰ καὶ ὡς πολυπράγμονα ἀνελεῖν ἐθελῆσαι, εἰ μή τινες τῶν φίλων παραιτησόμενοι διεσώσαντο.

[5]) Suidas le llama πικρὸς καὶ κακοήθης.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mil [1]). No obstante el gran aprecio en que Teopompo parece haber tenido sus propios discursos, fué muy poco lo que de ellos pasó á la posteridad. Del *Elogio de Mausolo* no se ha conservado una sola palabra; al paso que de las *Cartas á Alejandro* (συμβουλαὶ πρὸς Ἀλέξανδρον) y de las *Epístolas de Chíos* (Χιακαὶ ἐπιστολαί), sólo subsisten muy escasos fragmentos, los cuales se refieren á las relaciones de su autor con Teócrito—principalmente hablan de sus riquezas de entonces y de su antigua miseria [2])—ó á la cuestión de Harpalo [3]). Modelos de las primeras, así como de otras producciones análogas de Aristóteles, tenía á la vista Ciceron cuando meditaba escribir á César una carta de este género [4]).

Si prescindimos de un extracto en dos libros de la *Historia* de Heródoto, que se supone obra de Teopompo y sobre cuya autenticidad caben fundadas dudas [5]), quedan setenta libros de los setenta y dos de que constaba la *Historia* de Teopompo; de ellos doce constituyen las *Helénicas*, y cincuenta y ocho las *Filípicas*. Como las *Helénicas* de Jenofonte, comenzaban las de Teopompo en el punto y hora en que termina la obra de Tucídides [6]). En junto abrazaban un espacio de diecisiete años, desde el combate naval de Cinosema, hasta el de Cnido, año 3 de la 96.ª Olimpiada, 394 a. Chr. [7]). Polibio asegura que Teopompo comenzó las *Filípicas* después de terminar las *Helénicas* [8]). Según parece iban aquéllas precedidas de un prólogo, en el cual el autor, con su escasa modestia habitual, hablaba de su propia persona. Á pesar de su mucha extensión, abarcan sólo un espacio de veinticuatro años, desde el año 1 de la 105.ª Olimpiada, 360/59 a. Chr., hasta la muerte de Filipo, 336 a. Chr. Tres libros, LXI al LXIII, estaban consagrados á la historia de Sicilia, pues que en ellos se relataban los acontecimientos ocurridos desde el comienzo del reinado de Dionisio el Antiguo, hasta el destronamiento de Dionisio el Joven [1]). Teopompo, sin embargo, dió cabida en su obra á muchos materiales perfectamente ajenos á la índole de ella. Entre éstos se hallaban, sobre todo, numerosas anécdotas fabulosas relativas á las varias localidades que cita, y maravillas de todo género. Según parece, ya desde un principio fueron desglosados y citados bajo títulos especiales, algunos de estos episodios y digresiones. A este número pertenecían indudablemente las «Historias maravillosas» (ἐν τοῖς Θαυμασίοις) [2]), y los tratados «Sobre los demagogos» (περὶ δημαγωγῶν) [3]) y «Sobre los tesoros robados de Delfos» (περὶ τῶν συληθέντων ἐκ Δελφῶν χρημάτων) [4]). También debían ser meros adornos en la *Historia* de Teopompo, el «Elogio de Filipo» y el «Elogio de Alejandro» de que habla un retórico posterior [5]). Por lo que al de Alejandro toca, es esto tanto más de creer, cuanto que las *Filípicas* no quedaron terminadas antes del año 324 a. Chr. [6]). De igual suerte la diatriba dirigida contra la escuela de Platon [7]), debía ser ni más ni menos que un episodio encajado en el cuerpo de la obra, en el cual el discípulo de Isócrates daba rienda suelta al enojo que le producía la influencia del fundador de la Academia; al paso que una digresión «Sobre la piedad», iba quizá dirigida contra el tratado del mismo título de Teofrasto, cuyo asunto era también en parte histórico [8]). El hecho de que en un extracto de la obra de Teopompo formado posteriormente y don-

[1]) Focio, *Cod.*, 176, p. 120, al parecer ateniéndose á los datos del mismo Teopompo.

[2]) Ateneo, 6, p. 230 y 231.

[3]) *Loc. cit.*, 13, p. 595, a y 586, c.

[4]) *Epist. ad Attic.*, 12, 40.

[5]) Véase Hachtmann, *De Theopompi vita et scriptis*, Detmold, 1872, p. 16 y 17. Sólo raras veces encontramos citado este extracto, y siempre por particularidades de lenguaje.

[6]) Diodoro, 13, 42.

[7]) *Loc. cit.*, 14, 84.

[8]) Libro 8, 13.

[1]) Diodoro, 16, 71, cuyos datos numéricos, sin embargo, parecen inexactos.

[2]) Diógenes Laercio, 1, 10 y 11, y Apollon. Dysc., *Hist. comm.*, c. 10. El último, c. 1, dice: Θεόπομπος ἐν ταῖς ἱστορίαις, ἐπιτρέχων τὰ κατὰ τόπους Θαυμάσια.

[3]) Ateneo, 4, p. 166, d: Θεόπομπος ἐν τῇ ι' τῶν Φιλιππικῶν, ἀφ' ἧς τινὲς τὸ τελευταῖον μέρος χωρίσαντες ἐν ᾧ ἐστι τὰ περὶ τῶν Ἀθήνησι δημαγωγῶν. Véanse los *Schol. Luc. Tim.*, c. 29 y 30.

[4]) Ateneo, 12, p. 532, d: ἐν δὲ τῷ ἐπιγραφομένῳ τοῦ Θεοπόμπου συγγράμματι περὶ τῶν ἐκ Δελφῶν συληθέντων χρημάτων, y 13, p. 604 y 605.

[5]) Theon, *Progymn.*, 2, p. 68 de Spengel: ἔχομεν δὲ καὶ Ἰσοκράτους τὰ ἐγκώμια Πλάτωνος δὲ καὶ Θουκυδίδου καὶ Ὑπερίδου καὶ Λυσίου τοὺς ἐπιταφίους καὶ Θεοπόμπου τοῦ Φιλίππου ἐγκώμιον καὶ Ἀλεξάνδρου, y 8, p. 110: Θεόπομπος ἐν τῷ Φιλίππου ἐγκωμίῳ.

[6]) Pollux, 5, 43, cita un pasaje de la *Historia* de Teopompo, en la cual se habla de la ciudad bautizada en honor del perro de Alejandro. Véase Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 26.

[7]) Ateneo, 11, p. 508, c.: Θεόπομπος ὁ Χῖος ἐν τῷ κατὰ Πλάτωνος διατριβῆς.

[8]) Escolios á las *Aves* de Aristófanes, verso 1354: Θεόπομπος ἐν τῷ περὶ εὐσεβείας. Porfirio, *De abstin.*, 2, 16. Véase Bernays, *Theophrasts Schrift über Frömmigkeit*, p. 69.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de el compendiador se limitó á recoger la historia de Filipo, los cincuenta y ocho libros quedaron reducidos á dieciséis, da cabal idea del muchísimo espacio que el autor dedicaba en su obra á estas digresiones [1]). Lo que llevamos dicho, basta para conocer con suficiente claridad el carácter de la *Historia* de Teopompo. Evidentemente el autor sacrificó la unidad de la exposición, á su manía de extenderse en todo género de reflexiones, ó de buscar medios de ingerir toda clase de adornos retóricos, entre los cuales se contaban los muchos discursos que á menudo interrumpían el hilo de la narración. Pero, según parece, fué peor aun por otro concepto la influencia que en Teopompo ejerció el deseo de tratar su asunto retóricamente. Como Polibio asegura, su obra era un tejido de contradicciones: en la introducción daba á entender que comenzaba á escribir la historia de Filipo, por no haber nacido en el mundo hombre alguno que pudiera compararse á este príncipe; sin embargo de lo cual—lo afirma el mismo Polibio—desde las primeras páginas y en todo el curso de la obra, pintábale excesivamente aficionado á las mujeres y expuesto por ello á perder su propia casa, injusto y pérfido con sus amigos y aliados, sometiendo á servidumbre las ciudades por engaño y violencia, y amante del vino hasta el punto de presentarse ebrio en mitad del día [2]). El comienzo del libro XLIX, que Polibio cita para comprobar su aserto, contiene en efecto descripciones muy difíciles de conciliar con las palabras que encabezaban la obra; con tanto más motivo cuanto que, como con razon observa Polibio, Teopompo no podía alegar respecto de Filipo, las causas que más tarde pudieron mover á Timeo á desatarse en groseras invectivas contra Agatocles, tirano de Sicilia. Ahora bien; aunque Polibio profesa la opinión de que Teopompo debería haberse limitado á continuar su primer trabajo, incluyendo la historia de Filipo en la de Grecia, y no envolviendo la de Grecia en la de Filipo, en realidad es este un punto en el cual se puede pensar de otra manera, sin que por ello se debiliten los reparos puestos á la conducta de Teopompo. Por lo menos, es muy aventurado el suponerle capaz de haber escrito una Historia con ánimo imparcial y sereno, y con una justa distribución de luces y sombras. Tan exagerado en el elogio como inmoderado en la censura, empleaba siempre los colores más vivos, dejándose conducir por su natural amor á la Retórica, el cual contribuía á oscurecer y sofocar en el todo sentimiento de lo justo y de la verdad histórica; agregábanse á esto su manifiesta inclinación á la censura y su natural acritud, tales que parecía que todo sentimiento noble y generoso era por naturaleza completamente ajeno á su carácter. Como Luciano observa [1]), Teopompo no despertaba nunca la impresión de un narrador, sino la de un acusador enconado. Esto dicho, casi no hay para qué añadir que aun bajo otro punto de vista, se tilda la narración de Teopompo de infiel é injusta: tan desfavorablemente como las de Eforo,' juzga Polibio las descripciones de batallas de este historiador [2]), sin duda porque revelan más fantasía que conocimiento de las cosas.

Si no obstante estos defectos, Ciceron se muestra inclinado á reconocer á Teopompo cierta superioridad respecto de Tucídides, su opinión sólo se explica por la limitación del punto de vista con que lo juzga: la altisonancia del estilo y la esplendidez del lenguaje que distinguió á Teopompo de Tucídides y de su imitador Filisto, y por las cuales aventajó también Demóstenes á Lisias, fué lo que vino á determinar el juicio del gran orador romano [3]). Pero precisamente este carácter retórico que resplandece en toda su obra, fué lo que con razon movió á Quintiliano á considerar á Teopompo como muy inferior á Heródoto y Tucídides [4]). En el fondo, su estilo lleva impreso el sello del de Isócrates, con la diferencia de que el temperamento apasionado del historiador prestaba á menudo á su dicción un vigor que, según testimonio de un antiguo crítico, recordaba el de Demóstenes [5]). Con Isócrates tenía de común la tendencia á evitar el hiato, la cons-

[1]) Focio, c. 176, p. 121.
[2]) Libro 8, 11-13.

[1]) *De conscr. hist.*, c. 59. Véase Cornelio Nepote, *Alcib.*, 11.
[2]) Libro 12, 25.
[3]) *Brutus*, c. 17, § 66: *Nam ut horum concisis sententiis, interdum etiam non satis apertis cum brevitate tum nimio acumine, officit Theopompus elatione atque altitudine orationis suæ, quod idem Lysiæ Demosthenes.*
[4]) *Instit. orat.*, 10, 1, 74.
[5]) Dionisio de Halicarnaso, *Epist. ad Cn. Pompei*, c. 6, p. 786: διαλλάττει δὲ τῆς Ἰσοκρατείου κατὰ τὴν πικρότητα καὶ τὸν τόνον ἐπ' ἐνίων, ὅταν ἐπιτρέψῃ τοῖς πάθεσι, μάλιστα δ', ὅταν ὀνειδίζῃ πόλεσιν ἢ στρατηγοῖς, πονηρὰ βουλεύματα καὶ πράξεις ἀδικούς. πολὺς γὰρ ἐν τούτοις, καὶ τῆς Δημοσθένους δεινότητος οὐδὲ κατὰ μικρὸν διαφέρει, ὡς ἐξ ἄλλων πολλῶν ἄν τις ἴδοι, κἀκ τῶν Χιακῶν ἐπιστολῶν, ἃς τῷ πνεύματι ἐπιτρέψας γέγραφεν.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trucción rigorosamente simétrica de los períodos, y la exacta ponderación de las figuras [1]). Sin embargo, en punto á la pureza del lenguaje era muy inferior á su maestro: sobre todo, parece que no mostraba escrupulosidad alguna en la elección de los vocablos, pues ó empleaba palabras por completo extrañas al dialecto ático, ó expresiones que pasaban por triviales é inconvenientes [2]). Es muy dudoso si, como otros escritores posteriores han sostenido, su estilo ganaba con esto en vigor y energía [3]).

Mucho menos conocido que sus dos contemporáneos, es *Anaxímenes*, hijo de Aristocles de Lampsaco. Como presunto autor de la *Retórica á Alejandro* que figura entre las obras de Aristóteles, hemos tenido ya ocasión de hablar de este escritor, así como también de una supuesta acusación formulada por él contra Frine [4]). Dícese que Anaximenes fué discípulo de Diógenes Cínico y del sofista Zoilo, muy conocido como contradictor de Homero, citado además como autor de obras históricas, y el cual debió ser maestro de Alejandro y uno de los de su séquito en la expedición á Asia [5]).

Según opinión de Dionisio de Halicarnaso, Anaximenes consagró todos sus esfuerzos á figurar como escritor inteligente y hábil en los más diversos géneros literarios. De aquí que no consiguiera sobresalir en ninguno de ellos, y que todos sus trabajos fuesen no más que medianos y sin atractivo [6]). No debe extrañar

[1]) *Loc cit.*: εἰ δ' ὑπερεῖδεν ἐν τούτοις, ἐφ' οἷς μάλιστ' ἂν ἐσπούδακε, τῆς τε συμπλοκῆς τῶν φωνηέντων γραμμάτων καὶ τῆς κυκλικῆς εὐρυθμίας τῶν περιόδων, καὶ τῆς ὁμοειδείας τῶν σχηματίσμων, πολὺ ἀμείνων ἂν ἦν αὐτὸς ἑαυτοῦ κατὰ τὴν φράσιν.

[2]) Dion Crisóstomo, en Dionisio de Halicarnaso, llama á esto ῥᾳθυμον περὶ τὰς λέξεις. Pollux, 4, 93, cita el vocablo ἀποκηρυκτός, no usado por los escritores anteriores, y censura por inexactas las expresiones Ἀπαθηναῖοι, ἀπολῖται, ἀφέταιροι, 3, 58. Demetrio, *De elocutione*, § 240: καθάπερ ὁ Θεόπομπος τὰς ἐν τῷ Πειραιεῖ αὐλητρίας καὶ τὰ πορνεῖα καὶ τοὺς αὐλοῦντας καὶ ᾄδοντας καὶ ὀρχουμένους, ταῦτα πάντα δεινὰ ὀνόματα ὄντα καίτοι ἀσθενῶς εἰπὼν δεινὸς δοκεῖ.

[3]) Dion Crisóstomo, *Or.*, 18, p. 479 de Reiske.

[4]) Véase el cap. XLVII, pág. 247, y el cap. L, pág. 358.

[5]) Suidas, *vide* Ἀναξιμένης. La fecha que fija Eusebio, año 4 de la 112.ª Olimpiada, 329 a. Chr.: Ἀναξιμένης καὶ Ἐπίκουρος ἐγνωρίζετο no concuerda completamente con la de Diodoro, 15, 76, el cual señala el año 3 de la 103.ª Olimpiada, 366, a. Chr.: ὑπῆρξαν δὲ κατὰ τούτους τοὺς χρόνους ἄνδρες κατὰ παιδείαν ἄξιοι μνήμης, Ἰσοκράτης τε ὁ ῥήτωρ καὶ οἱ τούτου γενόμενοι μαθηταί, καὶ Ἀριστοτέλης ὁ φιλόσοφος, ἔτι δὲ Ἀναξιμένης ὁ Λαμψακηνός, καὶ Πλάτων ὁ Ἀθηναῖος, por lo cual se creyó que el Anaximenes filósofo y el Anaximenes historiador, eran personajes distintos.

[6]) *De Isæo*, c. 19, p. 626: Ἀναξιμένην δὲ τὸν Λαμψακηνόν, ἐν ἁπάσαις μὲν ταῖς

por tanto, el que, no obstante el gran número y extensión de sus obras, sólo raras veces se le halle citado. Como muestra de agradecimiento por los servicios que había prestado á su patria, sus conciudadanos le erigieron una estatua en Olimpia, que Pausanias encontró aun allí [1]). Según testimonio de Diodoro, parece que Anaximenes escribió lo primero una *Historia helénica* en que, comenzando por el origen de los dioses y de la humanidad, llegaba hasta la batalla de Mantinea [2]). La narración histórica era en esta obra, compuesta de doce libros, mucho más concisa que en la de Eforo; pero hay que observar que en ella no iba comprendida la historia de los pueblos bárbaros. Servíanle de continuación las *Filípicas*, por lo menos en ocho libros, y quizá una *Historia de Alejandro*, de la cual sólo hallamos citado hoy el libro segundo.

La escasez de fragmentos que de estas producciones se han conservado, impide formar juicio acerca de la diferencia existente entre ellas y las de Eforo y Teopompo. A pesar de que Anaximenes no fué de la escuela de Isócrates, advertíase en sus escritos el gusto en aquélla dominante [3]). No es ciertamente para él muy lisonjera la opinión atribuída á Teócrito de Chíos, según el cual, Anaximenes era tan rico en palabras como pobre de ideas [4]). En todo caso no contradice este juicio, ni el hecho de que se le señale como el primer improvisador [5]), ni el de que los discursos

ἰδέαις τῶν λόγων τετράγωνόν τινα εἶναι βουλόμενον· καὶ γὰρ ἱστορίας γέγραφε καὶ περὶ τοῦ ποιητοῦ συντάξεις καταλέλοιπε καὶ τέχνας ἐξενήνοχεν· ἠπται δὲ καὶ συμβουλευτικῶν καὶ δικανικῶν ἀγώνων· οὐ μέντοι τέλειόν γε ἐν οὐδεμιᾷ τούτων τῶν ἰδεῶν, ἀλλ' ἀσθενῆ καὶ ἀπίθανον ὄντα ἐν ἁπάσαις θεωρῶν.

[1]) Libro 6, 8, 2.

[2]) Diodoro, 15, 89: Ἀναξιμένης δ' ὁ Λαμψακηνὸς τὴν πρώτην τῶν Ἑλληνικῶν ἀνέγραψεν ἀρξάμενος ἀπὸ θεογονίας καὶ ἀπὸ τοῦ πρώτου γένους τῶν ἀνθρώπων, κατέστροφε δ' εἰς τὴν ἐν Μαντινείᾳ μάχην καὶ τὴν Ἐπαμεινώνδου τελευτήν, περιέλαβε δὲ πάσας σχεδὸν τὰς τε τῶν Ἑλλήνων καὶ βαρβάρων πράξεις ἐν βιβλίοις δώδεκα. Véase Pausanias, *loc. cit.* La cita de Ateneo, 6, p. 231, c: ἐν ταῖς πρώταις ἐπιγραφομέναις ἱστορίαις, parece referirse al comienzo de las *Helénicas*.

[3]) De todas suertes, en el único extenso fragmento que se ha conservado del libro I de las *Filípicas* de Anaximenes, parece descubrirse el amor á la consonancia y á redondear los períodos, que caracteriza á todos los discípulos de Isócrates. Véase Estobeo, *Florilegio*, 117, 5.

[4]) Estobeo, *Florilegio*, 36, 20: Θεόκριτος, Ἀναξιμένους λέγειν μέλλοντος, ἄρχεται, εἶπε, λέξεων μὲν ποταμὸς νοῦ δὲ σταλαγμός. Según testimonio de Hermipo en Ateneo, 1, p. 21, c, Teócrito calificó la manera que tenía Anaximenes de envolverse en la toga, de impropia de un hombre bien educado.

[5]) Pausanias, 6, 18, 6: οὐ μὴν οἶδὲ εἰπεῖν τις αὐτοσχεδίως Ἀναξιμένους πρότε-

que intercaló en su *Historia*, merecieran, en sentir de Plutarco, las mismas severas censuras que merecían los de sus dos célebres contemporáneos. [1]).

No más conocidas que sus escritos históricos, son otras producciones que se citan de Anaximenes [2]). Es dudoso si el libro dos veces mencionado con el título de Βασιλέων μεταλλαγαί [3]), en que se relataban las muertes violentas de muchos reyes, era un trabajo original, ó constaba sólo de extractos hechos posteriormente. De su obra sobre Homero, no tenemos más noticia que la de que designaba á Chíos como patria del poeta [4]). De su *Elogio de Helena*, sólo sabemos que más bien que un simple elogio, era una verdadera apología [5]). Son en cambio más explícitas, las noticias que se conservan de una obra encaminada á hacer el posible daño á Teopompo. Con el nombre de su rival, publicó Anaximenes un libro intitulado *Tricarano*, lleno, según parece, de invectivas contra los tres Estados que en diversas épocas se habían hallado á la cabeza de los distintos pueblos de la Grecia, Atenas, Esparta y Tebas, con el fin de aumentar de esta suerte el descontento que ya comenzaba á inspirar Teopompo [6]). Como se ve, esta conducta no nos presenta á Anaximenes bajo el prisma más favorable.

Más quizá que á sus escritos, debe *Calístenes* á su triste fin, la fama que hasta estos últimos tiempos ha conservado. Era su pa-

---

ρός ἐστιν εὑρηκώς, lo cual recuerda lo dicho en la *Retórica á Alejandro*, c. 38: δεῖ... συνεθίζειν αὐτοὺς τούτοις ἅπασιν ἐξ ἑτοίμου χρῆσθαι.

[1]) Véase lo ya dicho sobre el particular.

[2]) La tentativa de Rossignol, *Revue de Philologie*, París, 1846, t. 2, p. 515 y ss., de atribuir á Anaximenes, fundándose para ello en un pasaje de Fulgencio, *Mythol.*, 3, 3, p. 107 de Muncker, la paternidad de una obra sobre pintura, ha fracasado.

[3]) Esteban de Bizancio, *vide* Ἀσσαργάδαι, y Ateneo, 12, p. 531, d.

[4]) *Vita Homeri*.

[5]) En la *Hypoth. Isocr. Helen.*, se dice: βέλτιον δὲ λέγειν, ὥσπερ ὁ Μαχάων, ὅτι πρὸς Ἀναξιμένην τὸν Λαμψακηνὸν γράφει· φέρεται δ' ἐκείνου λόγος, Ἑλένης ἀπολογία μᾶλλον οὖσα ἥπερ ἐγκώμιον, lo cual tiene Blass por imposible, *Att. Beredsamkeit*, 2.ª parte, p. 222 y 352. Véase, sin embargo, Usener, *Quaest. Anaximeneae*, Göttingen, 1856, p. 11.

[6]) Habla extensamente sobre el particular, Pausanias, 6, 18. Véase O. Müller, *Orchom.*, p. 101 de la 2.ª edición, y *Proleg. zu einer wiss. Mythol.*, p. 98; y C. Müller, *Fragm. hist. gr.*, t. 1, p. LXXIV. El que Josefo, *C. Apion*, 1, 24, llame á esta obra Τριπολιτικός, se explica quizá por una confusión con el libro así intitulado de Dicearco.

tria Olinto, y fué sobrino y discípulo de Aristóteles. Es difícil determinar la causa que le hizo incurrir en desgracia de Alejandro, á quien acompañó en su expedición á Asia. Lo que sobre este particular cuentan escritores posteriores, ofrece todos los caracteres de una hipérbole retórica, y lo mismo lo que dicen acerca del supuesto castigo que se le impuso. Si el suplicio de Calístenes constituye un borron en el carácter y conducta de Alejandro, hay que conceder que con la acritud y destemplanza de sus censuras, el mismo Calístenes se buscó en buena parte tan desgraciada suerte. Parece en todo caso fuera de duda, que el tono de la obra que, con el título de *Calístenes* ó *Sobre la aflicción*, dedicó Teofrasto á la memoria de su amigo, era tranquilo y templado.

Calístenes fué autor de unas *Helénicas* (Ἑλληνικά) en diez libros, donde relataba la historia del tiempo trascurrido entre la paz de Antálcidas, año 2 de la 98.ª Olimpiada, 387 a. Chr., y la toma del templo de Delfos por Filomelo, año 4 de la 105.ª Olimpiada, 357 a. Chr. [1]). Al hablar de las causas de las inundaciones del Nilo, cuestión muy debatida en la antigüedad y que el autor examina en el libro cuarto, indicaba que á la sazon se hallaba en Etiopía [2]); así es que verosímilmente, terminó su obra en Asia. En una segunda producción exponía Calístenes la *Historia de la guerra sagrada* (περὶ τοῦ ἱεροῦ πολέμου) desde el año 4 de la 115.ª el 3 de la 108.ª Olimpiada, 357-346 a. Chr. Su tercera obra, en fin, contenía la *Historia de Alejandro;* pero este título es por lo menos tan dudoso—según todas las probabilidades se intitulaba *Pérsicas* [3])—como la época á que el autor llegaba en su narración.

En sentir de Polibio, Calístenes debía carecer en absoluto de las dotes más necesarias para escribir la historia de Alejandro [4]). La descripción de la batalla de Iso, es para aquel historiador la mejor prueba. De acuerdo con Polibio están, Ciceron cuando afirma que Calístenes escribió como un retórico [5]), y un crítico posterior, quien equiparándole á Gorgias, dice de su estilo que á menudo lejos de ser sublime, era hueco y ampuloso [6]). Entre los fragmen-

---

[1]) Diodoro, 14, 117. 16, 14.

[2]) Joan. Laur. Lyd., *De mens.*, 4, 68.

[3]) Las Μακεδονικά y Θρακικά citadas en los llamados *Parallela minora*, de Pseudoplutarco, y por Estobeo, son evidentemente meras falsificaciones.

[4]) Libro 12, 17-22.

[5]) *De oratore*, 2, 14, § 58; aun habla peor de él en las *Epist. ad Quint. fr.*, 2, 13.

[6]) Pseudolong., *De subl.*, c. 3, 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos de sus obras que se conservan, hay varios que confirman la exactitud y justicia de esta censura. Algunos de ellos rivalizan por su mal gusto, con los peores trabajos de la llamada escuela asiánica. Así, por ejemplo, refería Calístenes que en la expedición de Alejandro á las costas de Panfilia, el mar, cual si hubiese presentido la aproximación del gran conquistador, habíase encrespado primero, y aplacádose luego ante el rey, como si hubiera querido darle una muestra de su veneración y de su respeto [1]). Esta riqueza de imágenes, difícilmente se armoniza con los sentimientos francamente expresados de Calístenes. Pero tampoco en otras ocasiones parece que tuvo escrúpulos en ponerse en contradicción consigo mismo. Como, según el testimonio de Polibio [2]), había dicho de él Timeo, convenía muy poco á su cualidad de filósofo, el que en su *Historia* se mostrase tan amante de prodigios y cuentos de vieja. Parece, pues, perfectamente justificado el calificativo de adulador que Timeo daba á Calístenes, por haber recogido con singular predilección cuantas maravillas oía de Alejandro; en cambio son á todas luces injustas, las censuras que sobre esto mismo dirige Polibio á Timeo [3]).

Aun cuando la antigüedad no nos ha trasmitido juicio alguno general sobre las obras históricas de Calístenes, es indudable que no puede tenérselas sino por de mérito muy escaso. Como historiador de Alejandro, parece haber mostrado la misma falta de veracidad que la gran mayoría de los que en la época inmediatamente siguiente, se consagraron á relatar las hazañas del joven conquistador. Ya el honor, en verdad equívoco y dudoso, que por ello le cupo en suerte, á saber: el de que su nombre fuese unido hasta en época bastante posterior á un escrito entonces muy conocido, la llamada «Novela de Alejandro», debiera considerarse como sobrada prueba del carácter casi novelesco de su propia obra.

De *Timeo*, que es de los historiadores más notables de la anti-

[1]) Cita este pasaje Eustacio, tomándolo de un antiguo comentario á la *Iliada*, 13, 29. Véanse los *Schol. Vict. z. d. St.* Evidentemente Calístenes intentó imitar la dicción del poeta γηθοσύνη δὲ θάλασσα διέστατο. Decia así: τὸ Παμφύλιον πέλαγος, 'Αλεξάνδρου παριόντος... ἐξυπανάστῆναι... αἰσθόμενον οἷον τῆς ἐκείνου πορείας καὶ οὐδ' αὐτὸ ἀγνοῆσαν τὸν ἄνακτα ἵνα ἐν τῷ ὑποκυρτοῦσθαί πως δοκῇ προσκυνεῖν. Los aducidos μειλίγματα, como los denominaron Aristóteles y Teofrasto, lejos de ser argumento en contra de esta opinión, la confirman plenamente.

[2]) Libro 12, 12.

[3]) *Loc. cit.*, 23.

güedad el que más se asemeja por el carácter de su obra á los hasta aquí nombrados, deberemos de hablar más adelante por haber florecido después de Alejandro. Mas para concluir, nos parece oportuno citar los trabajos de algunos escritores que, sin dejarse deslumbrar por el brillo de la Retórica, consignaron los resultados de sus investigaciones, en una serie de obras cuyo plan parece haber sido tan sencillo como llana la exposición. Hasta cierto punto estos hombres, entre los cuales debe colocarse en primera línea á Aristóteles, por sus *Policias*, deben ser considerados como los precursores de los críticos alejandrinos, para quienes sus escritos fueron rica mina de datos y noticias de tiempos más antiguos. Verdad es también, que precisamente á esta circunstancia debemos el conocer á fondo algunos de ellos.

No es necesario explicar, por ser ya de por sí suficientemente claro, el por qué fué sobre todo Atenas donde más prevalecieron estos trabajos, ó por lo menos, el por qué las obras dedicadas á investigar el pasado de esta ciudad, han sido las más utilizadas por las generaciones posteriores. Ya los antiguos las dieron el calificativo común de *Athidas* [1]), y Dionisio de Halicarnaso señala como nota esencial y característica de ellas, su semejanza con las crónicas [2]). La exposición en este género de trabajos, era, pues, uniforme, y producía en el lector un sentimiento de fastidio. Es por lo demás, dudoso, si en la narración los hechos iban enlazados los unos con los otros, ó si por el contrario eran simples apuntes ligados sólo por la comunidad de asunto. Constituían sus materiales, antiguas tradiciones, noticias sobre usos, costumbres, tendencias, cambios en la vida del Estado, y diversas formas del culto; puede decirse, en suma, que abarcaban todas las manifestaciones de la investigación arqueológica. Si prescindimos de *Ameleságoras*, citado en un solo pasaje como autor de un trabajo de este género [3]), y de *Helánico*, de quien ya hemos hablado antes y á quien sólo cumple citar aquí por haber llevado el título

[1]) Pausanias, 6, 7 y 10, 8, emplea la expresión 'Ατθὶς συγγραφή, al paso que Dionisio de Halicarnaso y Estrabon sólo escriben 'Ατθίς.

[2]) *Ant. rom.*, 1, 8: ταῖς χρονικαῖς παραπλήσιον, ἃς ἐξέδωκαν οἱ τὰς 'Ατθίδας πραγματευόμενοι· μονοειδεῖς γὰρ ἐκεῖναί τε καὶ ταχὺ προσιστάμεναι τοῖς ἀκούουσι.

[3]) Antig. Car., *Hist. mir.*, c. 12: 'Αμεληαγόρας ὁ 'Αθηναῖος, ὁ τὴν 'Ατθίδα συγγεγραφώς. Dionisio de Halicarnaso le llama Χαλκηδόνιος, y le cuenta entre los historiadores de la guerra del Peloponeso. Véanse los *Fragm. hist. gr.*, t. 2, p. 21.

de Ἀτθίς una parte de su obra, réstanos que hablar de Clidemo, Androcion, Fanodemo y Filocoro. Es de advertir que el orden en que los citamos no deja de tener importancia; pues que en las obras de los últimos, cosa natural dada la homogeneidad de temas, adviértese á menudo que sus autores tuvieron presentes las de los primeros.

Que *Clidemo* ó *Clitodemo*, como con frecuencia se le llama también, fué el primero de todos ellos, lo dice Pausanias [1]). La época en que floreció sólo puede determinarse aproximadamente, atendiendo á que hablaba en una de sus obras de la división introducida en las llamadas Symmorias, el año 3 de la 100.ª Olimpiada, 378 a. Chr. [2]). Otras producciones que de él se citan, parece que eran de índole y asuntos análogos [3]). Más conocido es *Androcion*, si fué el mismo contra quien iba dirigido el discurso de Demóstenes que lleva aquel nombre. Educado en la escuela de Isócrates, figuró durante treinta años como orador y como estadista, y murió en Megara, donde había compuesto su obra sobre antigüedades [4]). Hay motivos para dudar que este trabajo estuviese escrito en tono retórico [5]); porque de ser así, Dionisio no habría dejado de llamar la atención sobre excepción semejante en producciones de este género. De *Fanodemo* sólo sabemos que además de su Ἀτθίς ὁ Ἀττικὴ ἀρχαιολογία, como la titula Dionisio de Halicarnaso [6]), escribió una obra análoga sobre la pequeña isla de Icco, enclavada en las inmediaciones de Eubea. Por lo que hace á *Demon*, observaremos que es posible que fuera el pariente de Demóstenes á menudo citado. Que fué anterior á Filocoro, parece desprenderse de la circunstancia de que este último combatió las aseveraciones de aquél.

El último y más importante de los arqueólogos, fué *Filocoro*, hijo de Cicno de Atenas, y el cual debía hallarse ya por el año 306 a. Chr., en la edad viril, cuando en esta época desempeñaba el

[1]) Libro 10, 15, 5.

[2]) Véase el fragm. 8, y Böckh, *Urkunden über das attische Seewesen*, p. 182. Hesiquio, *vide* Ἀγαμεμνόνια ῥήματα, cita el libro XII.

[3]) Πρωτογόνεια, Νόστοι y Ἐξηγητικός.

[4]) Véase Suidas y Zozimo, *Vita Isocr.*, p. 256 de Westermann. Plutarco, *De exilio*, c. 14, le asocia con Tucídides, Jenofonte, Filisto y Timeo.

[5]) Según la hipótesis de A. Schäfer, *Demosthenes und seine Zeit*, vol. 1, página 252.

[6]) *Ant. rom.*, 1, 61.

cargo de adivino y agorero [1]). Evidentemente este empleo fué lo que le movió á dedicarse al estudio de las antigüedades de Atenas, y lo que le sirvió de base para escribir algunas otras obras sobre los ritos y ceremonias de los cultos patrios. Por lo demás, utilizó en pro de la libertad la influencia que le daba su cargo. Sobre todo figuró como enemigo de Demetrio Poliorcetes, y luego de su hijo Antígono Gonatas; pero la resistencia que á uno y otro hizo, le costó al fin la vida. Después de la toma de Atenas en la guerra Cremonídica, año 3 de la 129.ª Olimpiada, 261 a. Chr., le mandó matar Antígono, como partidario de Ptolomeo Filadelfo.

La obra de Filocoro estaba dividida en diecisiete libros y llegaba hasta la época inmediatamente anterior á la muerte de su autor [2]). Los seis primeros debían constar sólo de adiciones y rectificaciones á la obra de Demón; y es indudable que esta hipótesis tiene más visos de verosimilitud que la de que Filocoro compuso un escrito especial contra Demón [3]), á pesar de que Suidas parece citar un tratado de esta naturaleza; por otra parte, sus noticias son á menudo contradictorias y confusas; como por ejemplo, cuando atribuye á un cierto Asinio Polion de Tralles, verosímilmente liberto del célebre orador romano, un extracto de la »Arqueología» de Filocoro [4]). Entre los demás trabajos de Filocoro sobre antigüedades, cítanse los intitulados *Sobre la Tetrápolis*, *Sobre la fundación de Salamina*, *Sobre las fiestas áticas*, *Sobre la sucesión de los arcontes*, desde el año 3 de la 101.ª, al 3 de la 107.ª Olimpiada, ó al 2 de la 115.ª, y una colección de *Inscripciones áticas*. Otros versaban sobre los ritos, misterios y sacrificios; y otros, finalmente, acerca de los poetas Sófocles, Eurípides y Alcman [5]). Dos libros de *Investigaciones sobre las Olimpiadas*, tenían quizá ín-

[1]) Según su propio testimonio, en Dionisio, *De Dinarcho*, c. 3. Parece falsa la noticia de Suidas, según la cual Eratóstenes era muy joven cuando Filocoro era ya anciano.

[2]) Suidas dice: περιέχει δὲ τὰς Ἀθηναίων πράξεις καὶ βασιλεῖς καὶ ἄρχοντας ἕως Ἀντιόχου τοῦ τελευταίου τοῦ προσαγορευθέντος Θεοῦ, ἔστι δὲ πρὸς Δήμωνα. Antioco de Teos empuñó las riendas del gobierno el año 261 a. Chr.

[3]) Tal es la opinión de Böckh, *Abhandl. über den Plan der Atthis des Philochoros*, en las Abhandlungen der Berliner Akademie, 1832, y en los Kleine Schriften, vol. 5.

[4]) *Vide* Πωλίων ὁ Ἀσίνιος.

[5]) Verosímilmente los primeros formaban parte de una obra intitulada περὶ τραγῳδιῶν.

tima conexión con las emprendidas en la misma época por Timeo. Aunque no pueden resolverse muchas cuestiones relativas á estos escritos, es indudable que Filocoro fué un investigador tan perspicaz como laborioso, y que en concepto de tal, gozó entre los antiguos de un prestigio tan indiscutible como merecido. Para demostrarlo, basta ver los numerosos pasajes que se citan de sus obras. Como escritor, la dicción de Filocoro era llana, sencilla y siempre acomodada á la índole de los asuntos.

Entre los arqueólogos del siglo tercero antes de la Era cristiana, ocupó también lugar muy señalado *Crátero*, cuyas investigaciones fueron hasta cierto punto más fecundas que las de los escritores de athidas. Hijo de uno de los capitanes macedonios más hábiles, llamado Crátero, quien con los diez mil veteranos que había llevado en auxilio de Antípatro puso fin á la guerra de Lamia; hermano uterino del rey Antígono de Macedonia; y señor él de Corinto y de la isla de Eubea, prefirió—rara excepción en aquella época—las investigaciones científicas, á la persecución de planes ambiciosos y egoístas [1]). Su colección de plebiscitos y otros documentos oficiales, era una especie de colección diplomática de la ciudad de Atenas, y fué una de las fuentes más importantes para la Historiografía. Esta obra, intitulada συναγωγὴ ψηφισμάτων, constaba de nueve libros [2]). Por lo demás, de numerosas citas se infiere que Crátero no se limitó á reproducir simplemente los documentos, sino que los acompañó de glosas y observaciones.

---

[1]) Plutarco, *De frat. amore*, c. 15, lo cita en unión de Perilao, como formando digno contraste con los que en tan revueltos tiempos luchaban con sus propios hermanos por alcanzar el poder: οὕτω καὶ Κρατερὸς Ἀντιγόνου βασιλεύοντος ἄδελφος ὤν, καὶ Κασάνδρου Περίλαος· ἐπὶ τὸ στρατηγεῖν καὶ οἰκουρεῖν ἔταττον αὐτούς. Madvig, *Advers.*, t. 1, p. 642, supone que debe sustituirse στρατηγεῖν por σκιατραφεῖν. Quizá debiera leerse mejor συγγράφειν.

[2]) Además de los pasajes coleccionados por Meineke en su *Epimetrum* I á Esteban de Bizancio, la obra de Crátero fué sin duda la fuente de otras muchas noticias que nos trasmiten escritores posteriores. Véase Cobet, *Variae lectt.*, p. 368.

FIN DEL TOMO TERCERO

INDICE

TOMO TERCERO

CAPÍTULO XXXVII

Páginas.

Sócrates y la nueva educación ateniense..... 1

CAPÍTULO XXXVIII

Los socráticos..... 21

CAPÍTULO XXXIX

Demócrito..... 39

CAPÍTULO XL

La literatura médica y las obras atribuídas á Hipócrates..... 53

CAPÍTULO XLI

Jenofonte..... 81

CAPÍTULO XLII

Ctesias, Filisto y Eneas el Táctico..... 115

CAPÍTULO XLIII

Vida y magisterio de Platon..... 129

CAPÍTULO XLIV

Los Diálogos de Platon..... 151

CAPÍTULO XLV

Carácter de Platon como escritor..... 185

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tima conexión con las emprendidas en la misma época por Timeo. Aunque no pueden resolverse muchas cuestiones relativas á estos escritos, es indudable que Filocoro fué un investigador tan perspicaz como laborioso, y que en concepto de tal, gozó entre los antiguos de un prestigio tan indiscutible como merecido. Para demostrarlo, basta ver los numerosos pasajes que se citan de sus obras. Como escritor, la dicción de Filocoro era llana, sencilla y siempre acomodada á la índole de los asuntos.

Entre los arqueólogos del siglo tercero antes de la Era cristiana, ocupó también lugar muy señalado *Crátero*, cuyas investigaciones fueron hasta cierto punto más fecundas que las de los escritores de athidas. Hijo de uno de los capitanes macedonios más hábiles, llamado Crátero, quien con los diez mil veteranos que había llevado en auxilio de Antípatro puso fin á la guerra de Lamia; hermano uterino del rey Antígono de Macedonia; y señor él de Corinto y de la isla de Eubea, prefirió—rara excepción en aquella época—las investigaciones científicas, á la persecución de planes ambiciosos y egoístas [1]). Su colección de plebiscitos y otros documentos oficiales, era una especie de colección diplomática de la ciudad de Atenas, y fué una de las fuentes más importantes para la Historiografía. Esta obra, intitulada συναγωγὴ ψηφισμάτων, constaba de nueve libros [2]). Por lo demás, de numerosas citas se infiere que Crátero no se limitó á reproducir simplemente los documentos, sino que los acompañó de glosas y observaciones.

---

[1]) Plutarco, *De frat. amore*, c. 15, lo cita en unión de Perilao, como formando digno contraste con los que en tan revueltos tiempos luchaban con sus propios hermanos por alcanzar el poder: οὕτω καὶ Κρατερὸς Ἀντιγόνου βασιλεύοντος ἄδελφος ὤν, καὶ Κασάνδρου Περίλαος· ἐπὶ τὸ στρατηγεῖν καὶ οἰκουρεῖν ἔταττον αὐτούς. Madvig, *Advers.*, t. 1, p. 642, supone que debe sustituirse στρατηγεῖν por σκιατραφεῖν. Quizá debiera leerse mejor συγγράφειν.

[2]) Además de los pasajes coleccionados por Meineke en su *Epimetrum* I á Esteban de Bizancio, la obra de Crátero fué sin duda la fuente de otras muchas noticias que nos trasmiten escritores posteriores. Véase Cobet, *Variae lectt.*, p. 368.

FIN DEL TOMO TERCERO

INDICE

TOMO TERCERO

CAPÍTULO XXXVII

Páginas.

Sócrates y la nueva educación ateniense..... 1

CAPÍTULO XXXVIII

Los socráticos..... 21

CAPÍTULO XXXIX

Demócrito..... 39

CAPÍTULO XL

La literatura médica y las obras atribuídas á Hipócrates..... 53

CAPÍTULO XLI

Jenofonte..... 81

CAPÍTULO XLII

Ctesias, Filisto y Eneas el Táctico..... 115

CAPÍTULO XLIII

Vida y magisterio de Platon..... 129

CAPÍTULO XLIV

Los Diálogos de Platon..... 151

CAPÍTULO XLV

Carácter de Platon como escritor..... 185

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XLVI

Páginas.

Aristóteles..... 203

CAPÍTULO XLVII

Obras de Aristóteles..... 221

CAPÍTULO XLVIII

Vida y obras de Demóstenes..... 277

CAPÍTULO XLIX

Carácter de Demóstenes como orador y como escritor..... 321

CAPÍTULO L

Oradores contemporáneos de Demóstenes..... 343

CAPÍTULO LI

Historiadores retóricos, y arqueólogos..... 375

ERRATAS IMPORTANTES

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
27	23	Simon el Silógrafo	Timon el Silógrafo
33	7	conservan, sin embargo	conservan; sin embargo
57	28	medios de memorias	medios, de memorias.
73	21	*Teateto*	*Teeteto*
78	10 y 11	la idea, según la cual Eliano	la idea de Eliano, según la cual
96	29	estilo de Platon	estilo de Jenofonte
105	15	las últimas	la última
246	10	no sólo su título	no sólo su estilo
318	27	elegato	alegato

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS